This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 859,556

PROPERTY OF THE
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XXIII

LAS VIDAS PARALELAS

DE

PLUTARCO

TRADUCIDAS DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR

D. ANTONIO RANZ ROMANILLOS

TOMO III.

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
COLEGIATA, NÚM. 6
1879

PGV
LR16
v.3

766625-190

LISANDRO.

El tesoro de los Acancios tiene en Delfos esta inscripcion: *Brasidas y los Acancios de los Atenienses.* Por esta causa piensan muchos que la estatua de piedra que hay dentro del templo junto á la puerta es de Brasidas, siendo así que es un retrato de Lisandro, con gran cabellera á la antigua, y con una barba muy crecida, pues no por haberse cortado el cabello los Argivos por luto despues de una gran derrota lo dejaron crecer los Esparciatas, tomando la contraria ensoberbecidos con la victoria, que es la opinion de algunos: ni tampoco adoptaron esta costumbre de usar cabello largo, á resulta de haberles parecido despreciables y feos los Baquiadas, que de Corinto se acogieron á Lacedemonia, por tener el cabello cortado; sino que esta fué tambien institucion de Licurgo; de quien se refiere haber dicho que el cabello á los hermosos les daba más gracia, y á los feos los hacía más terribles.

El padre de Lisandro, Aristoclito, se dice que aunque no era de casa real, era del linage de los Heraclidas. Crióse Lisandro en la pobreza, y desde luégo se mostró dócil, como el que más, á las instituciones de Esparta, valiente y domador de todos los placeres, á excepcion solamente de aquel que resulta al hombre de vencer y de ser hon-

PROPERTY OF THE
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

de ningun modo desechara su disposicion á complacerle, sino que dijese y pidiese cuanto quisiera, porque en nada sería desatendido. Entónces Lisandro le salió al encuentro diciendo: «Pues que tal es, oh Ciro, tu buena voluntad, te pido y te exhorto á que añadas un óbolo al prest de los marineros, de manera que perciban cuatro óbolos en lugar de tres.» Complacido Ciro con esta honrosa peticion, le entregó diez mil daricos, con los que aventajando en el óbolo á los marineros, y mejorando su condicion, en poco tiempo dejó vacías las naves de los enemigos; porque el mayor número se iba al que daba más, y los que quedaban se volvian desidiosos é insubordinados, no dando sino disgustos á sus generales. Mas áun con haber dejado tan solos á los enemigos, y haberles hecho tantos males, huia receloso de un combate naval, temiendo á Alcibiades, que sobre ser hombre activo y tener mayores fuerzas, en cuantas batallas se habia encontrado hasta entónces por mar y por tierra en todas habia salido vencedor.

Sucedió á poco que haciendo Alcibiades viaje á Focea desde Samos, y dejando con el mando de la armada á Antioco, éste, como para insultar á Lisandro, se dirigió orgulloso con dos galeras al puerto de Efeso, pasando con arrogancia y con algazara y burla por delante de la escuadra; de lo que irritado Lisandro, desde luégo no despachó sino unas cuantas galeras en su persecucion; pero viendo que los Atenienses le daban auxilio de su parte, envió luégo otras, y al fin vino á trabarse un combate naval, en el que venció Lisandro, y tomando quince galeras erigió un trofeo. El pueblo de la capital de Atenas, disgustado con este suceso, quitó el mando á Alcibiades, y como tambien los soldados que habia en Samos le denostasen é improperasen, se retiró del campamento al Quersoneso. No fué esta batalla en sí misma de grande entidad; pero la fortuna le dió nombradía por causa de Alcibiades. Lisandro de su parte hizo concurrir á Efeso de las otras ciudades á aque-

llos sujetos que observó sobresalian en valor y prudencia; con lo que echó disimuladamente las primeras semillas de las innovaciones y mudanzas de gobierno que introdujo más adelante. Procuró, pues, excitarlos é inflamarlos á que formaran ligas y cofradías entre sí, y á que se aplicaran á los negocios, para que en el mismo momento de ser excluidos los Atenienses, quitaran el gobierno democrático, y mandaran ellos en su respectiva patria. Cumplió á su tiempo á cada uno de éstos con obras la palabra que les habia dado, elevando á los que habia hecho sus amigos y huéspedes á los mayores honores, comisiones y mandos, sin reparar en ser él tambien injusto, y en cometer errores por servir á la codicia de ellos; de donde provino que todos le tenian consideracion, le obsequiaban y deseaban, con la esperanza de que podrian aspirar á las mayores cosas si él quedaba vencedor; por lo cual al principio vieron con disgusto que iba Calicrátidas á sucederle; y áun despues, cuando ya éste habia dado pruebas de ser el hombre más recto y justo, no estaban contentos con su modo de gobernar, que tenía mucho de la verdad y sencillez dórica; sino que admirando su virtud á la manera que la belleza de una estatua heroica, echaban ménos la actividad de aquél, y buscaban su condescendencia con los amigos, y la utilidad que les provenia: así es que cuando partió se desconsolaron, y llegaron hasta derramar lágrimas.

Contribuia él tambien por su parte á indisponerlos todavía más con Calicrátidas; y lo que restaba aún del dinero que Ciro le habia dado para la escuadra, lo volvió á remitir á Sardis, diciendo que el mismo Calicrátidas lo pidiese, ó viera de dónde habia de sacar con qué mantener á los soldados. Finalmente, al estar para partir, tomó testigos de que entregaba la armada dueña del mar; mas queriendo aquél reprender su vana y presuntuosa ambicion, «pues ¿por qué, le dijo, dejando á la izquierda á Samos, y nave-

gando á Mileto, no me haces allí la entrega de la armada? puesto que si somos dueños del mar, en él no tenemos por qué temer á los enemigos que se hallan en Samos;» pero respondiéndole Lisandro que ya no tenía mando, sino que él era quien estaba encargado de la escuadra, tomó la vuelta del Peloponeso, dejando á Calicrátidas en el mayor apuro. Porque ni á su venida habia traido fondos de Esparta, ni le sufria su corazon recogerlos por fuerza de las ciudades, que estaban infelices. No le quedaba, pues, otro recurso que ir, como Lisandro, á tocar las puertas de los generales del Rey, y mendigarlos de ellos, para lo que era el ménos á propósito del mundo; porque como hombre libre y de elevados pensamientos, creia que cualquiera derrota de los Griegos era para la Grecia toda más honrosa que el adular y presentarse ante las puertas de unos bárbaros que, fuera de poseer mucho oro, nada bueno tenian. Precisado sin embargo de la estrechez, subiendo á la Lidia, marchó en derechura á la casa de Ciro, y mandó decir que Calicrátidas, el comandante de la escuadra, estaba allí y queria hablarle; pero como uno de los que servian á la puerta le diese la respuesta de que Ciro no estaba entónces de vagar porque bebia, «pues nada malo hay en eso, le contestó, porque yo me esperaré aquí hasta que haya bebido.» Parecióles á aquellos bárbaros que era un hombre muy inurbano, y como observase que se reian de él, se marchó. Volvió segunda vez á la puerta, y no siendo admitido, incomodado de ello, marchó á Efeso, echando mil imprecaciones contra los primeros que fueron corrompidos con el lujo de los bárbaros y que los enseñaron á ser insolentes á causa de su riqueza, y jurando ante los que se hallaban presentes, que apénas se viese en Esparta haria todo cuanto le fuese posible porque se reconciliaran entre sí los Griegos y porque, haciéndose temibles á los bárbaros, se dejaran de implorar la fuerza de éstos unos contra otros.

Mas Calicrátidas, que pensaba de un modo digno de Esparta, y que competia en justicia, en magnanimidad y valor con los más elevados varones de la Grecia, vencido al cabo de poco tiempo en el combate naval de Arginusas, perdió en él la vida, con lo que los negocios tomaron mal aspecto; y enviando los aliados embajadores á Esparta, pidieron por comandante de la armada á Lisandro, á causa de que mandando él concurririan con mejor voluntad á lo que fuese menester; y tambien Ciro les escribió con el propio objeto. Mas como hubiese una ley que no permitia que uno mismo mandase dos veces la armada, deseando los Lacedemonios dar gusto á los aliados, en la apariencia crearon general á un tal Araco; pero mandando á Lisandro de enviado en el nombre, en la realidad le hicieron el árbitro de todo; lo que se ejecutó así muy segun el deseo de los que gobernaban y tenian el principal influjo en las ciudades; porque esperaban que todavía habian de adelantar por él en poder despues de disuelto el gobierno popular. Pero para los que gustaban más de un modo de gobernar sencillo y generoso, comparado Lisandro con Calicrátidas, parecia astuto y solapado, usando en la guerra de diversas clases de engaños, y celebrando lo justo cuando iba unido con lo provechoso; mas si no, empleando lo útil como si fuera honesto; porque no creia que la verdad fuese por naturaleza preferible á la mentira, sino que por el provecho discernia el aprecio que habia de darse á una ú otra; y á los que le decian no ser digno de los descendientes de Hércules el hacer con engaños la guerra, los mandaba á pasear; diciendo que donde no alcanzaba la piel de leon, se habia de coser un poco de la de zorra.

Que era este su carácter se confirma con lo que se dice haber hecho en Mileto: porque habiendo prometido á sus amigos y huéspedes que les ayudaria á desatar la democracia y desterrar á los contrarios; como aquellos hubie-

sen mudado de propósito y reconciliádose con sus enemigos, lo que es públicamente, fingió que se holgaba mucho de ello y tomaba parte en la reconciliacion; pero en secreto los reprendia y vituperaba, excitándolos á sobreponerse á la muchedumbre. Cuando ya tuvo noticia de la insurreccion, partió inmediatamente á auxiliarla, y entrando en la ciudad, á los primeros con quienes tropezó de los insurgentes los maltrató de palabra y se les mostró irritado, como si hubiera de tomar venganza de ellos; y á los otros les inspiraba confianza, dándoles á entender que nada desagradable temieran miéntras él estuviese allí: haciendo uso de estas ficciones y de estos diferentes papeles, con la mira de que no huyesen los demócratas y de mayor poder, sino que permaneciesen en la ciudad, para quitarles la vida, como efectivamente sucedió, porque perecieron todos cuantos se confiaron. Tambien nos ha conservado Andróclidas una expresion de Lisandro, que depone contra su indiferencia en materias de juramentos; porque, segun dice, era su opinion que á los niños se les habia de engañar con dados, y á los hombres con juramentos: tomando malamente por modelo un general á un tirano, esto es, Lisandro á Policrates de Samos: fuera de que no era muy espartano, sobre ser muy inicuo, el haberse mal así con los Dioses como con los enemigos: porque el que abusa para engañar del juramento, reconoce que teme á su enemigo, y que insulta á Dios.

Llamó Ciro á Sardis á Lisandro, y dándole diferentes cosas, le prometió otras, diciendo con ardor juvenil en su obsequio, que áun cuando nada diera su padre, pondria en mano de Lisandro cuanto á él le pertenecia; y á falta de todo se desharia del trono en que daba audiencia, que era todo de oro y plata. Finalmente, que subiendo á la Media trataria con el padre de que aquél recogiese los tributos de las ciudades, para lo que le hacía entrega de su autoridad. Despidiéronse, y rogándole que no combatiera con

los Atenienses ántes que él volviese, porque volveria trayendo muchas naves de la Fenicia y la Cilicia, subió á donde estaba el padre. Lisandro, no pudiendo combatir ni áun con iguales fuerzas, ni tampoco estarse sin hacer nada con tan gran número de naves, dando la vela, atrajo á algunas de las islas; y á Egina y Salamina, penetrando en ellas, las taló. Subiendo despues al Atica, pasó á saludar á Agis, bajando para esto desde Decelia, é hizo ante el ejército de tierra, que allí se hallaba, ostentacion de sus fuerzas navales, como que podia por mar áun más de lo que queria; y con todo, como los Atenienses fuesen en su persecucion, huyó por medio de las islas apresuradamente al Asia; donde hallando desamparado el Helesponto, acometió él mismo desde el mar con las naves á Lamsaco; y Torax, acudiendo tambien con las tropas de tierra al mismo punto, combatió las murallas, con lo que tomó la ciudad á viva fuerza, permitiendo á los soldados que la saqueasen. Hacía vela á la sazon la armada de los Atenienses, fuerte de ciento y ochenta galeras, á Eleunte del Quersoneso; pero con la noticia de haberse perdido Lamsaco, tomaron al punto rumbo para Sesto; y provistos allí de víveres se dirigieron á Egospotamos enfrente de los enemigos, que todavía estaban surtos en Lamsaco. Eran generales de los Atenienses varios otros, y Filocles, aquel que ántes habia persuadido al pueblo que se hiciera ley para que se cortara el dedo pulgar de la mano derecha á los que se cautivasen en la guerra, á fin de que no pudieran llevar la lanza, pero sí manejar el remo.

Nada hicieron por entónces ni unos ni otros, esperando que al dia siguiente se combatirian las escuadras; pero muy distinto era el pensamiento de Lisandro; el cual sin embargo dió órden á los marineros y pilotos, como si al otro dia al amanecer se hubiera de pelear, de que montasen las galeras y esperasen en formacion y con silencio la disposicion que se les comunicase; y de la misma manera mandó

que el ejército de tierra aguardara igualmente sin moverse. Al salir el sol los Atenienses se presentaron de frente provocándolos con todas sus naves; y él, con tener las suyas en órden y bien tripuladas desde la noche, no se hizo al mar; y ántes por sus edecanes envió avisos á las naves principales para que permanecieran en su puesto, sin inquietarse ni salir contra los enemigos. Hubiéronse de retirar ya al oscurecer los Atenienses; y él sin embargo no permitió á los soldados desembarcarse sin haber despachado ántes de exploradoras dos ó tres galeras, y haber vuelto estas con la noticia de que habian visto saltar en tierra á los enemigos. Ejecutóse enteramente lo mismo el dia siguiente, y el tercero y el cuarto: de manera que los Atenienses concibieron la mayor confianza, y empezaron á mirar con desprecio á los enemigos, como que les temian y les habian cobrado miedo. En tanto Alcibiades, que se hallaba todavía en el Quersoneso detenido en una de sus plazas, marchando á caballo al ejército de los Atenienses, increpó á los generales primeramente de haber anclado en una costa mal segura y abierta, y en segundo lugar de que hacian mal en ir léjos á tomar las provisiones de Sesto, cuando les convenia no apartarse mucho de esta ciudad y su puerto, manténiendose á distancia de unos enemigos que estaban á las órdenes de un hombre solo, obedeciéndole en todo por miedo á la menor señal. Estas lecciones les daba; mas ellos no le prestaron oidos, y áun Tideo lo despidió con enfado, diciéndole que no era Alcibiades, sino otros los que mandaban.

Separóse, pues, de ellos Alcibiades, no sin alguna sospecha de que eran traidores á su patria. Hicieron los Atenienses al quinto dia su navegacion y retirada segun costumbre, con gran desden y desprecio; y Lisandro, al enviar las naves exploradoras, encargó á los capitanes que inmediatamente despues de haber visto desembarcarse á los Atenienses, se apresurasen á volver, y al estar en me-

dio de la travesía levantasen en alto por la proa un escudo de bronce en señal de que debian hacerse á la vela. En tanto, convocaba á los pilotos y capitanes y los exhortaba á que cada uno tuviese á bordo y en órden á todos los individuos de la marinería y tripulacion, y á la primera señal moviesen aceleradamente contra los enemigos. Luego que de las naves se levantó en alto el escudo, y se dió de la capitana la señal con la trompeta, salieron al mar las naves, y el ejército de tierra marchó por la costa hácia el promontorio; y siendo la distancia que habia entre ambos continentes de quince estadios, con la diligencia y ardor de los remeros en breves instantes fué vencida. Conon fué el primero de los generales atenienses que divisó en el mar la escuadra, é inmediatamente esforzó la voz para que se embarcaran; y sintiendo ya el mal que les habia sobrevenido, convocaba á unos, rogaba á otros, y á otros los obligaba á tripular las naves; pero toda su diligencia era vana, estando la gente dispersa; pues luego que saltaron en tierra unos habian marchado á tomar víveres, otros andaban divertidos, y otros dormian en las tiendas, muy distantes todos de aquel apuro y menester por impericia de sus generales. Cuando ya los enemigos estaban encima con grande gritería y alboroto, Conon se hizo á la vela con ocho naves, y se retiró á Chipre al amparo de Evagoras; pero cargando sobre las demas los del Peloponeso, de ellas tomaron unas enteramente vacías, y desbarataron otras que ya estaban tripuladas. De la gente unos murieron cerca de las naves cuando desarmados corrian á defenderlas, y otros recibieron la muerte miéntras huian por tierra, desembarcándose al efecto los enemigos. Tomó Lisandro cautivos á tres mil hombres, inclusos los generales y la armada entera, á excepcion de la galera de Paralo y las que Conon llevó consigo. Amarradas, pues, las naves y saqueado el compamento, navegó al són de las trompetas y entonando canciones triunfales la vuelta de Lamsaco; ha-

biendo ejecutado con el menor trabajo la mayor hazaña, y abreviado en una hora sola un tiempo muy dilatado, por haber terminado en ella de un modo increible la guerra más encarnizada y de más varios casos de fortuna entre cuantas la habian precedido; la cual, despues de una indecible alternativa de sucesos y de la pérdida de más generales que los que fallecieron en todas las demas guerras de la Grecia, fué de este modo fenecida por el tino y habilidad de un hombre solo: así es que esta hazaña fué calificada de divina.

Hubo algunos que dijeron haber visto, al punto mismo de salir contra los enemigos la nave de Lisandro, brillar de una y otra parte sobre el timon de ella la constelacion de los Dióscuros con grandes resplandores; y otros afirman que la caida de la piedra fué señal de este acontecimiento, porque, como es opinion comun, cayó del cielo hácia Egospotamos una piedra de gran tamaño, la que muestran todavía en el dia de hoy, siendo tenida en veneracion por los del Quersoneso. Refiérese haber predicho Anaxágoras, que verificándose algun desnivel ó alguna conmocion de los cuerpos que están sujetos en el cielo, habria rompimiento y caida de uno que se desprendiese, y que no está cada una de las estrellas en el lugar en que apareció; porque siendo por su naturaleza pedregosas y pesadas, resplandecen por reflejo y refraccion del aire, y son arrebatadas por el poder y fuerza de la esfera donde están sujetas; como lo quedaron en un principio para no caerse acá, cuando lo frio y pesado se separó de los demas séres. Pero hay otra opinion más probable de los que afirman que las estrellas que caen, no son corrimiento ó destruccion del fuego etéreo que se apaga en el aire al mismo encenderse; ni tampoco incendio y resplandor del aire, que inflamándose asciende por su gran copia á la region superior, sino desprendimiento y caida de los cuerpos celestes, como por ceder y perder su fuerza el movimiento de rota-

cion á causa de estremecimientos; los que no los llevan á puntos habitados de la tierra, sino que muchos van á caer al gran mar, por lo que despues no aparecen. Mas con el dicho de Anaxágoras conforma la relacion de Damaco, quien en su tratado de *La piedad* expresa que ántes de caer la piedra por setenta y cinco dias contínuos se observó en el cielo un cuerpo encendido de gran magnitud á manera de nube de fuego, no quieto, sino movido en diferentes giros y direcciones; el cual, siendo llevado de una parte á otra, con la agitacion y el mismo movimiento se partió en pedazos tambien encendidos, y que centelleaban como las estrellas que caen. Luego que cayó en aquel punto, y que los naturales se recobraron del miedo y sobresalto, acudieron á él, y no encontraron del fuego ni una señal siquiera, sino una piedra tendida en el suelo, grande sí, pero que no conservaba ni la más pequeña parte de aquella circunferencia que apareció inflamada. Es bien claro que necesita Damaco lectores demasiado indulgentes; pero si su relacion es cierta, convence con bastante fuerza á los que sostienen haber sido aquella una piedra que, arrancada de alguna elevacion por los vientos y los huracanes, se mantuvo y fué llevada en el aire como los torbellinos, hasta que se desplomó y cayó en el momento que cedió y aflojó la fuerza que la tenia elevada: á no ser que realmente fuese fuego lo que se vió por muchos dias, y que de su extincion y destruccion resultasen vientos y agitaciones fuertes que despues hiciesen caer la piedra. Pero estos objetos son más bien para tratados en otra especie de escritos.

Lisandro, despues que en consejo fueron condenados á muerte los tres mil Atenienses que habia tomado cautivos, hizo llamar al general Filocles, y le pregunto qué sentencia pronunciaba contra sí mismo, que tales consejos habia dado á sus conciudadanos contra los Griegos. Mas éste, sin mostrar abatimiento ninguno en aquel trance, le con-

testó que era en vano acusar por cosas de que ninguno era juez competente; y que como vencedor mandara ejecutar lo que vencido habria tenido que sufrir. Lavóse despues, y vistiéndose un rico manto, se puso al frente de sus conciudadanos para ser llevado á la matanza, segun escribe Teofrasto. Recorrió luégo Lisandro las ciudades, y cuantos Atenienses encontraba á todos les intimaba que marchasen á Atenas, porque no tendria indulgencia con ninguno, sino que haria dar la muerte á cuantos hallase fuera de la ciudad; lo que ejecutaba enviándolos á todos á la capital, porque era su ánimo que en ella hubiese una grande hambre y carestía, para que no le diesen mucho que hacer con el cerco, sufriéndole en la abundancia. Disolvió, pues, las democracias y demas gobiernos, y en cada ciudad dejó un gobernador lacedemonio y diez magistrados tomados de las cofradías que á su órden se habian establecido; lo que ejecutó, igualmente que en las ciudades enemigas, en las aliadas; y libre con esto de cuidados, volvió al mar, habiendo adquirido para sí en cierta manera la comandancia de toda la Grecia. Porque no tomaba los magistrados ni de la clase de los nobles, ni de la de los ricos; sino que todo lo hacía en obsequio de sus amigos y sus huéspedes, constituyéndolos árbitros de las recompensas y de los castigos; con lo que, y prestarse él mismo á los asesinatos que aquellos ejecutaban, y á desterrar á los contrarios de sus enemigos, no dió la más favorable idea del mando de los Lacedemonios. Asi, debe entenderse que chocheaba el historiador Teopompo cuando comparó á los Lacedemonios con los taberneros, por cuanto habiendo dado á los Griegos á probar la excelente bebida de la libertad, luego les habian echado vinagre; pues que desde luego fué muy desabrida y amarga su bebida, no permitiendo Lisandro que los pueblos fuesen independientes en sus negocios, y poniendo las ciudades en manos de unos cuantos, y éstos los más atrevidos é insolentes.

Habiendo gastado bien corto tiempo en estas cosas y despachado á Lacedemonia quien anunciase que venía con doscientas naves, en las costas del Ática se juntó con los reyes Agis y Pausanias, con el propósito de tomar sin dilacion la ciudad; mas como los Atenienses se defendiesen, vuelto á las naves, pasó otra vez al Asia, y en todas las ciudades sin distincion anuló los gobiernos que tenian y estableció los decemviros, con muerte en cada una de muchos y con fuga de otros tantos. En la isla de Samos, expeliendo á todos los naturales, dió las ciudades á los que ántes habian sido desterrados, y posesionándose de Sesto, ocupada por los Atenienses, no permitió que la habitasen los Sestios; sino que la ciudad y el territorio los dió á los pilotos y á los cómitres de su armada para que se los repartiesen; aunque esto lo reprobaron los Lacedemonios, y restituyeron otra vez los Sestios á su tierra. Las disposiciones que con gusto vieron todos los Griegos fueron la de haber recobrado los Eginetas su ciudad al cabo de mucho tiempo, y la de haber sido restituidos por él los Melios y Escionios, expeliendo á los Atenienses, y obligándolos á reintegrar á aquellos en sus ciudades. Noticioso ya entónces de que la capital se hallaba en mal estado apretada del hambre, navegó al Pireo, y estrechó á la ciudad, obligándola á admitir la paz con las condiciones que le prescribió. Algunos Lacedemonios dicen que Lisandro escribió á los Eforos en estos términos: «Se ha tomado Atenas;» y que los Eforos respondieron: «Basta con haberse tomado;» pero esta relacion ha sido así compuesta por decoro: pues la verdadera resolucion de los Eforos fué en esta forma: «Los magistrados de los Lacedemonios han decretado que »derribando el Pireo y el murallon, y saliendo de todas las »demas ciudades, conserveis vuestro territorio; y bajo las »siguientes condiciones tendreis paz; dareis lo que fuere »menester; entregareis los pasados, y acerca del número »de naves hareis lo que allí se determine.» Este decreto

le admitieron los Atenienses á persuasion de Teramenes, hijo de Agnon; y áun se dice que como Cleomedes, uno de los demagogos jóvenes, le replicase, por qué se atrevia á obrar y proponer lo contrario que Temístocles, entregando á los Lacedemonios unas murallas que aquél contra la voluntad de éstos habia levantado, le respondió: «Nada de eso, oh jóven; yo no obro en oposicion con Temístocles, pues si él para la salud de los ciudadanos levantó estas murallas, por la misma salud las derribamos nosotros: y si los muros hiciesen felices á las ciudades, Esparta sería la más desdichada de todas, pues no está murada.»

Lisandro en el momento en que se hizo dueño de todas las naves, á excepcion de doce, y de las murallas de los Atenienses, lo que se verificó el 16 del mes Muniquion, el mismo dia en que se ganó en Salamina la batalla naval contra los bárbaros; resolvió mudar tambien el gobierno, y como los Atenienses lo rehusasen y llevasen á mal, envió á decir al pueblo que estaban en el descubierto de haber quebrantado los tratados, porque subsistian los muros despues de pasados los dias en que debieron derribarse; por tanto, que estaba en el caso de deliberar de nuevo acerca de ellos, pues que habian faltado á lo convenido. Algunos dicen que ante los aliados manifestó el dictámen de reducirlos á la esclavitud, y que Erianto de Tebas habia sido de parecer de que la ciudad fuese demolida y el territorio quedase para pasto del ganado. Mas tenida nueva junta, y cantando miéntras bebian uno de Focea aquella entrada del coro de la *Electra* de Eurípides, que empieza:

Hija de Agamenon, oh Electra, vengo
Al atrio yermo de tu triste alcázar,

se conmovieron todos, y tuvieron por cosa muy dura y abominable el destruir y arrasar una ciudad tan afamada

y que tan ilustres hijos habia producido. Lisandro, pues, condescendiendo á todo los Atenienses, mandó traer de la ciudad muchas tañedoras de flauta, y reuniéndolas todas en su campo, á són de flauta arrasó los muros é incendió las naves, coronando al mismo tiempo sus cabezas, y aplaudiendo con himnos los aliados, como que en aquel dia empezaba su libertad. En seguida sin perder tiempo mudó asimismo el gobierno, estableciendo treinta tiranos en la ciudad y diez en el Pireo. Puso tambien guarnicion en la ciudadela, nombrando por gobernador á Calibio de Esparta. Sucedió con éste que habiendo levantado la vara para herir á Autolico el gladiator, que es el objeto del convite escrito por Geriofonte, cogiéndole éste de las piernas le levantó en alto y derribó en tierra; de lo que no sólo no se incomodó Lisandro, sino que reprendió á Calibio, diciéndole que debia saber mandaba á hombres libres; pero con todo los treinta tiranos quitaron de allí á poco la vida á Autolico, precisamente por hacer obsequio á Calibio.

Hechas estas cosas, se embarcó Lisandro para la Tracia, y todo lo que le habia quedado de los fondos públicos, con cuantos dones y coronas habia recibido, siendo muchos los que, como era natural, hacian presentes á un varon de tanto poder y dueño en cierta manera de la Grecia, lo remitió á Lacedemonia por medio de Gilipo, el que mandó en Sicilia. Este, segun se dice, cortando por abajo las costuras de los sacos, y sacando de cada uno mucho dinero, los volvió á coser despues, ignorante de que en cada uno habia una factura que expresaba la cantidad. Llegado, pues, á Esparta, ocultó lo que habia sustraido debajo del tejado de su casa, y entregó los sacos á los Eforos mostrándoles los sellos; pero abiertos los sacos y contado el dinero, se notó la diferencia entre la cantidad que resultaba y la de la factura, y hallándose los Eforos con este motivo en grande confusion, un esclavo de Gilipo les dijo

enigmáticamente que debajo del Cerámico (1) se recogian muchas lehuzas: pues, segun parece, la marca de la moneda entre los Atenienses era por lo comun una lechuza.

Gilipo, convencido de una maldad tan fea é ignominiosa despues de las grandes y brillantes hazañas que ántes habia ejecutado, voluntariamente se expatrió de Lacedemonia, y los más prudentes de los Esparciatas, temiendo por esto mismo con más vehemencia el poder del dinero, pues veian los efectos que producia en ciudadanos tan principales, increpaban á Lisandro y hacian denuncia á los Eforos para que echaran fuera todo oro y toda plata como atractivos de corrupcion. Propusiéronlo los Eforos al pueblo; y Esquirafidas, segun Teopompo, ó Flogidas, segun Eforo, fué de dictámen de que no debia admitirse dinero ni moneda alguna de oro ó plata en la ciudad, sino usarse sólo de la moneda patria. Era ésta de hierro, apagado ántes en vinagre para que no pudiera otra vez forjarse, sino que por aquella inmersion quedase dura y nada maleable: á lo que se agregaba ser más pesada y de difícil conduccion, de manera que en gran número y volúmen se tenía poco valor. Y áun corre peligro que en lo antiguo en todas partes fuese lo mismo, usando unos por moneda de tarjas de hierro y otros de bronce; de donde ha quedado que á ciertas de estas tarjas, que corren en gran cantidad, se les llame óbolos, y dracma á la cantidad de seis óbolos, porque esta era la que abarcaba la mano. Hicieron sin embargo oposicion á aquella propuesta los amigos de Lisandro, formando empeño de que el dinero quedase en la ciudad, y lograron se decretase que para el público se introdujese aquella moneda; pero si se hallaba que en particular la poseyese alguno, la pena fuese la de muerte: como si Licurgo temiese al dinero, y no á la codicia de tenerlo; la

(1) El Cerámico podia ser el tejado, y el término y sitio donde se hacian las tejas, el cual tenía este nombre, así como nosotros le llamamos los tejares.

que no tanto la corta el no poseerle los particulares, como la excita el que la república lo emplee, dándole el uso, precio y estimacion: no siendo posible que lo que veian apreciado en público lo despreciasen como inútil en particular, y que creyesen no servir de nada para los negocios domésticos una cosa tan estimada y apetecida en comun; fuera de que con más facilidad pasan á los particulares las inclinaciones y costumbres manifestadas por los gobiernos, que no los yerros y afectos de los particulares estragan y corrompen las costumbres públicas. Porque el que las partes se estraguen juntamente con el todo cuando este se inclina á lo peor, es muy natural y consiguiente: y los yerros de los miembros hallan respecto del todo mucha defensa y auxilio en los bien morigerados. Además, aquellos á las casas de los particulares, para que en ellas no penetrase el dinero, les pusieron por guarda el miedo y la ley; pero no conservaron los ánimos insensibles é inflexibles al atractivo del dinero, sino que ántes encendieron en todos el deseo de enriquecer, como de una cosa grande y honorífica. Mas de este y otros institutos de los Lacedemonios hemos tratado en otro escrito.

De los despojos consagró Lisandro en Delfos su retrato, y el de cada uno de los capitanes de las naves, y puso de oro las estrellas de los Dióscuros, las que ya no existian ántes de la batalla de Leuctras. En el tesoro de Brasidas y de los Acancios habia además una galera de dos codos hecha de oro y marfil, la que le habia enviado Ciro de regalo en parabien de la victoria. Alejandrides de Delfos refiere que existió allí un depósito de Lisandro en dinero de un talento, cincuenta y dos minas, y además once pesos; diciendo cosas que están en oposicion con lo que generalmente se halla recibido por todos acerca de su pobreza. Llegando entónces el poder de Lisandro al punto á que no habia llegado ántes ninguno de los Griegos, parece que su arrogancia y orgullo sobrepujó todavía á su poder: por-

que, segun escribe Duris, las ciudades de la Grecia le erigieron altares como á un Dios, y le ofrecieron sacrificios. Fué asimismo el primero en cuyo honor se cantaron himnos, conservándose todavía en memoria uno que empezaba así:

Io pean, de Esparta la extendida
Al ínclito caudillo celebremos,
Que es ornamento de la excelsa Grecia.

Los Samios decretaron que las fiestas llamadas entre ellos Junonias en adelante se llamasen Lisandrias. Tuvo siempre consigo á uno de los ciudadanos llamado Cirilo, para que exornase con la poesía sus hazañas. A Antiloco, que hizo en su loor ciertos versos, le regaló un sombrero lleno de dinero; y de Antimaco Colofonio y Nicerato Heracleota, que con sus poemas entablaron un combate, al que llamaron juego Lisandrio, dió á Nicerato la corona; de lo que sentido Antimaco, quemó su poema. Platon, que entónces era todavía jóven, y que tenía en mucho á Antimaco por su habilidad en la poesía, como viese que éste llevaba á mal el haber sido vencido, trató de alentarle y consolarle, diciendo que la ignorancia á quien dañaba era á los ignorantes, como la ceguera á los que no ven. Llegó á tanto, que Aristonoo el Citarista, que habia vencido seis veces en los juegos Píticos, dijo á Lisandro por adulacion, que si venciese otra vez se haria pregonar esclavo de Lisandro.

Mas la ambicion de Lisandro sólo era incómoda á los grandes y á sus iguales; pero el orgullo y crueza que acompañaban á su ambicion, fomentados por el tropel de aduladores, hacian que ni en el premio ni en el castigo hubiese para él regla alguna; sino que los premios de la amistad y hospitalidad eran una autoridad ilimitada y una tiranía insufrible; y para el encono sólo habia un modo de satisfacerlo, que era la muerte del que era de otro partido;

pues ni huir se concedia. Así es que más adelante, temiendo no huyesen los Milesios que servian las magistraturas, y queriendo atraer á los que se habian ocultado, juró que no los ofenderia; y como con esta confianza viniesen y se presentasen, los entregó á los oligarcas para que los degollasen, no bajando su número de ochocientos entre todos. En las demas ciudades eran igualmente innumerables las muertes de los demócratas, quitándoles la vida no sólo por causa particular que con él tuviesen, sino complaciendo y sirviendo con estos asesinatos á las enemistades y deseos de los amigos que tenía en todas partes. Por tanto, con razon fué aplaudido el lacedemonio Eteocles, que dijo que la Grecia no podria sufrir dos Lisandros: aunque esto mismo refiere Teofrato haber dicho Arquistrato de Alcibiades. Sin embargo, en éste lo que principalmente se llevaba mal era la falta de decoro, y el lujo con un cierto engreimiento; pero en Lisandro la dureza de carácter hacía temible é insoportable su poder. Esto no obstante, los Lacedemonios de todos los demas atentados suyos se desentendieron; y sólo cuando Farnabazo, ofendido por él, les taló y asoló el campo, y envió á Esparta quien le acusase, se indignaron los Eforos, quitando la vida á Torax, uno de sus amigos y colegas, porque averiguaron que en particular poseia dinero, y enviando al mismo Lisandro *la correa* con órden de que se presentase. La correa es en esta forma: cuando los Eforos mandan á alguno de comandante de la armada ó de general, cortan dos trozos de madera redondos, y enteramente iguales en el diámetro y en el grueso, de manera que los cortes se correspondan perfectamente entre sí. De estos guardan el uno, entregando el otro al nombrado; y á estos trozos les llaman correas. Cuando quieren, pues, comunicar una cosa secreta é importante, forman una como tira de papel larga y estrecha como un liston, y la acomodan al trozo ó correa que guardan, sin que sobre ni falte, sino que ocupan exactamente con el papel todo

el hueco: hecho esto, escriben en el papel lo que quieren estando arrollado en la correa. Luégo que han escrito quitan el papel, y sin el trozo de madera lo envian al general. Recibido por éste, nada puede sacar de unas letras que no tienen union, sino que están cada una por su parte; pero tomando su correa, extiende en ella la cortadura de papel, de modo que formándose en órden el círculo, y correspondiendo unas letras con otras, las segundas con las primeras, se presente todo lo escrito seguido á la vista. Llámase la tira *correa*, igualmente que el trozo de madera, al modo que lo medido suele llevar el nombre de la medida.

Habiendo recibido Lisandro la correa en el Helesponto, entró en algun cuidado; y como la acusacion que más le hacía temer fuese la de Farnabazo, procuró avistarse y tratar con él para transigir aquella diferencia. Pasando, pues, á verle, le rogó escribiese otra carta á los magistrados, en que dijese que no se hallaba ofendido, ni tenía queja de Lisandro; pero no sabía que un Cretense las habia con otro, segun dice el proverbio; porque habiéndole prometido Farnabazo que le complaceria, á su vista escribió una carta como Lisandro deseaba; pero reservadamente tenía escrita otra muy diversa, y despues al cerrarlas y sellarlas, cambiando los papeles, que en nada se diferenciaban á la vista, le entregó la que reservadamente habia escrito. Llegado Lisandro á Lacedemonia, y yendo á presentarse, segun costumbre, al palacio del gobierno, entregó á los Eforos la carta de Farnabazo, en la inteligencia de que en ella se hallaba desvanecido el cargo que más cuidado le daba, por cuanto tenía Farnabazo gran partido con los Lacedemonios, á causa de haber sido entre los generales del Rey el que mejor se habia portado en la guerra; pero cuando habiendo leido la carta los Eforos se la mostraron, y entendió que

No solamente Ulises es doloso,

entónces, aumentándose su inquietud, se retiró sin hacer nada; pero volviendo al cabo de pocos dias á presentarse á los magistrados, les propuso que tenía que pasar al templo de Amon, y ofrecerle los sacrificios de que le habia hecho voto ántes de sus combates. Algunos son de opinion que efectivamente sitiando la ciudad de Afitis en la Tracia se le habia aparecido Amon, entre sueños, y que por lo mismo, levantando el sitio habia dado órden á los Afitios de que sacrificasen á Amon, como si el mismo Dios se lo hubiera encargado, y que pasando al Africa, habia procurado aplacarle; pero los más entienden que esto del Dios fué un pretexto, y que lo que hubo, en verdad, fué haber temido á los Eforos, y no poder aguantar el yugo de Esparta, ni sufrir él ser mandado; por lo que recurrió á este viaje y peregrinacion, como caballo que desde el prado y los pastos libres vuelve luego al pesebre y á los trabajos cotidianos; pues la otra causa que asigna Eforo á esta peregrinacion la referiremos más adelante.

Con dificultad y trabajo recabó de los Eforos que le dejasen partir, y se hizo á la vela. Los reyes, estando él ausente, reflexionaron que miéntras por medio de las cofradías dominase en las ciudades, sería el único árbitro y señor de la Grecia, por lo que pensaron en el modo de reintegrar á los demócratas en los negocios, excluyendo á sus amigos. Moviéronse, pues, alteraciones en este sentido, siendo los Atenienses los primeros que desde Fila marcharon contra los treinta tiranos, y los vencieron; pero volviendo á la sazon Lisandro, persuadió á los Lacedemonios que fuesen en auxilio de los oligarcas, y contuviesen con el castigo á los pueblos: así, lo primero que hicieron fué enviar á los treinta cien talentos para la guerra, y nombrar á Lisandro por general. Viéronlo los reyes con envidia, y temiendo no fuera que de nuevo tomase á Atenas, determinaron salir á la guerra uno de los dos. Salió Pausanias, en la apariencia en defensa de los tiranos contra el

pueblo, pero en realidad con ánimo de terminar la guerra, para que Lisandro no tuviera ocasion de hacerse de nuevo dueño de Atenas por medio de sus amigos. Consiguiólo con facilidad, y hecha la paz con los Atenienses, sosegando sus alteraciones, se quitó todo asidero á la ambicion de Lisandro; pero como al cabo de poco se sublevasen otra vez los Atenienses, se culpó á Pausanias de que quitado el freno de la oligarquía el pueblo se habia hecho atrevido é insolente; y Lisandro adquirió opinion de hombre que no gobernaba á voluntad de otros ni por ostentacion, sino derechamente, segun el provecho y utilidad de Esparta lo exigia.

En el decir era resuelto, y sabía dejar parados á los que le contradecian: así á los de Argos, que disputaban sobre el amojonamiento de su territorio, y parecia tener más justicia que los Lacedemonios, enseñándoles la espada: «el que manda con esta, les respondió, es el que alega mejor derecho sobre los mojones de su término.» En cierta ocasion, uno de Megara le habló con mucho desenfado, y él le contestó: «Oh huésped, tus palabras han menester ciudad.» Los Beocios no eran seguros en ninguno de los dos partidos, y les preguntó cómo pasaria por sus términos, si con las lanzas derechas ó inclinadas. Rebeláronse los Corintios, y al acercarse á sus murallas, vió que los Lacedemonios se detenian en acometer, y al mismo tiempo advirtió que una liebre pasaba el foso; díjoles, pues: «¿No os avergonzais de temer á unos enemigos en cuyos muros por su flojedad hacen cama las liebres?» Murió el rey Agis dejando á su hermano Agesilao y á Leotuquidas, que pasaba por hijo suyo; y Lisandro, que habia sido amador de Agesilao, le incitó á que se apoderara del reino, por ser Heraclida legítimo; pues de Leotuquidas habia la sospecha de que era hijo de Alcibiades, con quien en secreto habia tenido trato Timea, mujer de Agis, miéntras aquél residió en Esparta en calidad de desterrado; y Agis, segun se

decia, habia echado la cuenta de que no podia haber concebido de él, por lo que no hacía caso de Leotuquidas, y era público que nunca lo habia reconocido. Con todo, cuando le trajeron enfermo á Herea, condescendiendo con las súplicas del mismo jóven y las de sus amigos, declaró delante de muchos á Leotuquidas por su hijo; y rogando á los que se hallaban presentes que así lo manifestaran á los Lacedemonios, falleció. Depusieron, pues, éstos en favor de Leotuquidas; y además á Agesilao, varon de excelentes calidades y que tenía el patrocinio de Lisandro, le perjudicaba el que Diopeites, sujeto de grande opinion en la interpretacion de oráculos, acomodaba el siguiente vaticinio á la cojera de Agesilao:

Por más, oh Esparta, que andes orgullosa
Y sana de tus piés, yo te prevengo
Que de un reinado cojo te precavas:
Pues te vendrán inesperados males,
Y de devastadora y larga guerra
Serás con fuertes olas combatida.

Eran muchos los que opinaban por el vaticinio, y se declaraban por Leotuquidas; pero Lisandro dijo que Diopeites no lo habia entendido bien; pues el Dios no se oponia á que un cojo mandara en Esparta, sino que manifestaba que entónces estaria cojo el reino cuando los bastardos y malnacidos reinasen sobre los Heraclidas; con la cual interpretacion y su gran poder ganó la causa, y fué declarado rey Agesilao.

Inclinóle desde luego Lisandro á formar una expedicion contra el Asia, lisonjeándole con la esperanza de acabar con los Persas y engrandecerse. Con este objeto escribió á sus amigos de Asia, proponiéndoles que pidiesen á los Lacedemonios nombraran á Agesilao por general para la guerra contra los bárbaros. Vinieron éstos en ello, y en-

viaron embajadores á Lacedemonia con aquella súplica; en lo que no hizo Lisandro á Agesilao menor beneficio que en alcanzarle el reino; pero los genios ambiciosos, aunque por otra parte no son malos para el mando, por la envidia que tienen á los que compiten con ellos en gloria, suelen ser de mucho estorbo para las grandes empresas, porque vienen á hacerse rivales, cuando convenia que fuesen cooperadores. Agesilao, pues, llevó consigo á Lisandro entre los treinta consejeros, con ánimo de valerse principalmente de su amistad; pero sucedió que llegados al Asia, eran muy pocos los que se dirigian á tratar con aquél, no teniéndole conocido; cuando á Lisandro por el anterior trato los amigos le obsequiaban, y los sospechosos de miedo le buscaban tambien y le hacian agasajos; de manera que así como en las tragedias acontece con los actores que el que hace el papel de un nuncio ó de un esclavo es aplaudido y ensalzado, y no se hace caso, ni siquiera se presta atencion, al que lleva la diadema y el cetro, del mismo modo aquí todo el obsequio y la autoridad era del consejero, no quedándole al Rey más que el nombre desnudo de todo poder. Era preciso, por tanto, hacer alguna rebaja en tan incómoda ambicion, y reducir á Lisandro al segundo lugar, ya que no le fuese dado á Agesilao el desechar y apartar de sí del todo á un hombre de tanta opinion, y su bienhechor y su amigo. Así, lo primero que hizo fué no darle ocasion ninguna para intervenir en los negocios, ni encargarle comisiones relativas á la milicia; y despues, si observaba que Lisandro tomaba interes y formaba empeño por algunos, éstos eran los que ménos alcanzaban, y cualesquiera otros salian mejor librados que ellos, debilitando así y entibiando poco á poco su poder; tanto, que el mismo Lisandro, viéndose desairado en todo, y que su mediacion habia venido á ser perjudicial á sus amigos, se retiró de hacer por ellos, y les rogaba que se dejasen de obsequiarle y se dirigieran al Rey y á los que

al presente podian hacer bien á sus protegidos. A estos ruegos muchos se abstuvieron de importunarle en sus negocios; pero no se retiraron de obsequiarle, sino que continuaron acompañándole en los paseos y en los gimnasios; con lo que Agesilao, á causa de este honor, se mostraba más incomodado que ántes, en términos que, encargando á otros muchos del ejército diferentes comisiones de él, y el gobierno de las ciudades, á Lisandro le nombró distribuidor de la carne; y luego como para que más se corriese decia á los Jonios: «Id ahora á mi distribuidor de carne, y hacedle la corte.» Parecióle, pues, preciso á Lisandro entrar ya en explicaciones con él, y el diálogo de ambos fué muy breve y muy lacónico: «¿Te parece puesto en razon, oh Agesilao, humillar á tus amigos?—Sí, si quieren hacerse mayores que yo: así como es muy justo que los que contribuyen á aumentar mi poder, participen de él.—Acaso en esto es más, oh Agesilao, lo que tú dices que lo que yo he hecho; pero te ruego, aunque no sea más que por los que de afuera nos observan, que me pongas en el ejército en aquel lugar en que creas que he de incomodarte ménos, y te he de ser más útil.»

Enviósele de resultas de embajador al Helesponto; y aunque partió indignado contra Agesilao, no por eso descuidó el cumplir con su deber. Al persa Mitrídates, que estaba mal con Farnabazo, y que sobre ser varon de generosa índole, tenía un ejército á sus órdenes, le persuadió á la defeccion, y le hizo pasarse á Agesilao, el cual para nada se valió ya de él en aquella guerra; y como el tiempo se pasase en esta inaccion, regresó á Esparta humillado y lleno de encono contra Agesilao. Estaba, por otra parte, más disgustado todavía que ántes con todo aquel órden de gobierno; por lo cual resolvió el poner por obra sin más dilacion lo que largo tiempo ántes traia en el ánimo y tenía meditado para una mudanza y un trastorno, que era en el modo siguiente. El linaje de los Heraclidas, que unidos

con los Dorios se habian trasladado al Peloponeso, era muy ilustre, y florecia sobremanera en Esparta; pero no todo él era admitido á participar de la sucesion al trono, sino que reinaban solamente los de dos casas, los Eurutionidas y los Agiades; y los demas ninguna ventaja disfrutaban por su orígen en el gobierno, sino que los honores que se alcanzan por virtud eran indistintamente para todos los que los mereciesen. Lisandro, pues, que era uno de aquellos, despues que por sus hazañas se elevó á una gloria ilustre y se adquirió muchos amigos y gran poder, veia con displicencia que la república le debiese sus aumentos, y que reinasen sobre ella otros que en nada eran mejores que él; y habia pensado trasladar el mando de solas estas dos casas, dándolo en comun á todos los Heraclidas; y segun algunos no á éstos, sino á todos los Esparciatas: para que no fuera el premio de los Heraclidas, sino de los que se asemejasen á Hércules en la virtud, que fué la que á éste le granjeó los honores divinos; con la esperanza de que, adjudicándose de este modo la corona, ningun Esparciata le sería preferido en la eleccion.

El preparativo que escogitó al principio, y que trató de poner por obra, fué persuadir á sus conciudadanos, disponiendo al efecto un discurso trabajado con esmero por Cleon de Halicarnaso; pero reflexionando despues sobre lo extraordinario y grande de la novedad que intentaba, para la que eran necesarios superiores auxilios, usando de máquinas como en las tragedias, empleó é introdujo los vaticinios y los oráculos, desconfiando del efecto de la habilidad de Cleon, si al mismo tiempo no atraia á los ciudadanos á su propósito pasmándolos y sobrecogiendo su ánimo con la supersticion y el temor de los Dioses. Eforo dice que habiendo intentado sobornar á la Pitia, y despues ganar por medio de Ferecles á las Dodonidas, como hubiese salido mal en una y otra tentativa, partió al templo de Amon, y quiso tambien corromper con grandes dádivas á

aquellos ciudadanos; los cuales, ofendidos de ello, enviaron á Esparta algunos que le acusasen, y que como fuese absuelto, dijeron los Africanos al tiempo de retirarse á su país: «Mejor juzgaremos nosotros, oh Esparciatas, cuando vengais á habitar entre nosotros en el Africa:» porque se suponia haber un oráculo antiguo sobre que habian de trasladar su residencia al Africa los Lacedemonios. Mas de todo este enredo y esta trama, que no deja de ser curiosa, ni tuvo un vulgar principio, sino que como un teorema matemático procedió de un punto á otro por medio de lemas difíciles y laboriosos hasta llegar á su complemento, daremos una puntual razon, siguiendo las huellas de un historiador y filósofo.

Habia en el Ponto una mozuela que decia haber sido fecundada por Apolo; lo que muchos, como es natural, se resistian á creer; pero otros pasaban por ello, y habiendo dado á luz un varon, fueron muchas y muy conocidas las personas que se encargaron de su crianza y educacion. Púsosele por nombre Sileno por causa particular que parece habia para ello. De aquí tomó Lisandro el principio, y por sí fué preparando y agregando lo demas, ayudándole en esta farsa no pocos ni despreciables actores, los cuales trataron de hacer creible y sin sospecha la voz del orígen del niño, y además divulgaron y esparcieron por Esparta que en letras misteriosas guardaban los sacerdotes ciertos oráculos muy antiguos á que les estaba vedado llegar, y que no podian sin sacrilegio ser tocados si no venía al cabo de largo tiempo uno que fuera hijo de Apolo, y que dando á los que los custodiaban señales ciertas de su nacimiento, trajera consigo las tablas en que los oráculos estaban escritos. Sobre estos preparativos debia presentarse Sileno, y pedir los oráculos en calidad de hijo de Apolo; y los sacerdotes, que estaban en el misterio, examinar cada cosa y asegurarse del nacimiento: últimamente, persuadidos ya de ello, habian de mostrarle, como á hijo de Apolo,

las letras, y él delante de muchos habia de leer otros varios vaticinios, y tambien aquel por el que todo se fraguaba, relativo al Rey: á saber, que era mejor y más conveniente para los Esparciatas elegir sus reyes entre los hombres de probidad. Cuando ya Sileno era mocito, y el enredo iba á ponerse en ejecucion, se le desgració á Lisandro su farsa por cobardía de uno de los personajes de ella, temblando y apartándose del intento en el punto mismo de haber de llevarle al cabo. Mas en vida de Lisandro nada de esto se supo á la parte de afuera, sino sólo despues de su muerte.

Murió ántes que Agesilao volviese del Asia, habiéndose metido en la guerra con los Beocios, ó habiendo metido, por mejor decir, á toda la Grecia, pues se dice de una y otra manera, y el motivo unos se lo achacan á él mismo, otros á los Tebanos, y otros dicen haber sido comun y dimanado de ambas partes. Atribúyese á los Tebanos la interrupcion de los sacrificios en Aulide, y el que sobornados Androclidas y Anfiteo con el oro del Rey para suscitar á los Lacedemonios una guerra de toda la Grecia, acometieron á los de Focea y talaron sus términos. De Lisandro se dice haberse irritado contra los Tebanos porque ellos solos habian reclamado la décima de la guerra, cuando los demas aliados guardaban silencio; porque habian mostrado disgusto á causa de las riquezas que Lisandro habia enviado á Esparta; y más principalmente por haber sido los que dieron á los Atenienses pié para libertarse de los treinta tiranos que les puso Lisandro, y cuyo poder y terror aumentaron los Lacedemonios, estableciendo que los fugitivos de Atenas podrian ser reclamados y traidos de cualquiera parte y que quedarian fuera de los tratados los que se opusieran á ello. Pues contra esto dieron los Tebanos los decretos que correspondia, muy parecidos á las hazañas de Hércules y Baco: «que todas las casas y todos los »pueblos de la Beocia estarian abiertos á cualquier Ate-

»niense que en ellos buscara asilo: que el que no auxiliara »á un Ateniense fugitivo que querian llevársele, pagara de »multa un talento; y que si alguno conducia á Atenas por »la Beocia armas contra los tiranos, ningun Tebano lo viera »y lo entendiera.» Y no se contentaron con tomar estas disposiciones tan propias de unos Griegos y tan llenas de humanidad, sin que correspondieran las obras á las palabras; sino que Trasibulo y los que le siguieron para tomar á File, salieron de Tebas, proporcionándoles los Tebanos armas, dinero, el no ser descubiertos y el dar principio á su obra. Estas son las causas que inflamaron á Lisandro contra los Tebanos.

Siendo ya inaguantable en su cólera por la melancolía exaltada con la vejez, acaloró á los Eforos, persuadiéndoles que enviaran guarnicion contra ellos; y encargándose del mando, marchó con las tropas. Más adelante enviaron tambien á Pausanias con un ejército; y éste, rodeando el Citeron, se dirigia á invadir la Beocia; pero Lisandro se le adelantó por la Focide con la mucha gente que tenía á sus órdenes; y tomando á Orcomene, que voluntariamente se le entregó, pasó por Lebadia y la taló. Envió de allí á Pausanias una carta, previniéndole que de Platea pasase á Haliarto, pues él al rayar el dia estaria ya sobre las murallas de los Haliartios. Esta carta vino á poder de los Tebanos, por haber tropezado con unos exploradores el que la llevaba. Los Tebanos, habiendo acudido en su socorro los Atenienses, encomendaron á éstos su ciudad, y ellos, marchando al primer sueño, se anticiparon un poco á Lisandro en llegar á Haliarto, entrando alguna parte de la gente en la ciudad. Determinó aquél por lo pronto, acampando su ejército en un collado, esperar allí á Pausanias; pero ya muy entrado el dia, como no le fuese dado permanecer, tomando las armas y exhortando á los aliados, marchó en derechura por el camino con su tropa formada hácia las murallas. De los Tebanos los que habian quedado fuera,

dejando la ciudad á la izquierda, se dirigieron contra la retaguardia de los enemigos junto á la fuente llamada Tilfuda; en la que, segun la fábula, lavaron sus nodrizas á Baco recien nacido, pues su agua, brillando con un cierto color de vino, es sumamente trasparente y muy dulce de beber. Nacen no léjos de ella estoraques de Creta, lo que los Haliartios tienen por señal de haber residido allí Radamanto, cuyo sepulcro muestran llamándole *Alea*. Hállase tambien cerca el sepulcro de Alcmena, porque dicen que fué allí enterrada, habiendo casado con Radamanto despues de la muerte de Anfitrion. Los Tebanos de la ciudad, que se hallaban formados con los Haliartios, hasta allí se habian estado quietos; pero cuando vieron que Lisandro entre los primeros avanzaba contra las murallas, abriendo de repente las puertas y saliendo con ímpetu, le dieron muerte, juntamente con el agorero y con algunos pocos de los demas: porque la mayor parte huyeron precipitadamente á incorporarse con la hueste; mas como los Tebanos no se detuviesen, sino que fuesen en su seguimiento, todos se entregaron á la fuga por aquellas alturas, pereciendo unos mil de ellos. Perecieron tambien unos trescientos Tebanos que persiguieron á los enemigos por las mayores asperezas y derrumbaderos. Estaban éstos notados de partidarios de los Lacedemonios, y para lavarse ante sus conciudadanos de esta mancha, habian tenido en la persecucion poca cuenta con sus personas; y esto fué lo que les condujo á su perdicion.

Fué anunciada á Pausanias esta derrota cuando estaba en camino desde Platea para Tespias, y formando su tropa se dirigió á Haliarto. Acudió tambien Trasibulo desde Tebas con los Atenienses, y queriendo Pausanias recobrar por capitulacion los muertos, llevándolo á mal los más ancianos de los Esparciatas, altercaron entre sí, y yendo despues en busca del Rey, le expusieron que Lisandro no debia ser recobrado por capitulacion, sino con las armas;

y que combatiendo cuerpo á cuerpo y venciendo, así era como se le habia de dar sepultura; y si fuesen vencidos, seria muy glorioso yacer allí con su general. Así le hablaron los ancianos; pero viendo Pausanias que era obra mayor sobrepujar á los Tebanos cuando acababan de triunfar, y que habiendo perecido Lisandro muy cerca de las murallas no habia otro medio para cobrarle que capitular ó vencer, envió un heraldo, y hecho el tratado retiró sus tropas. Los que traian á Lisandro, luego que estuvieron en los términos de la Beocia, le dieron tierra en el país de los Panopeos, que era amigo y aliado, donde ahora está su sepulcro junto al camino que va á Queronea desde Delfos. Estando allí acampado el ejército, se dice que refiriendo un Focense el combate á otro que no se halló presente, expresó haberles acometido los enemigos cuando Lisandro acababa de pasar el Hoplites, y que como éste se maravillase, un Esparciata amigo de Lisandro preguntó cuál era el que llamaba Hoplites, pues le era desconocido el nombre: y el otro habia respondido: «allí donde los enemigos dieron muerte á los primeros de los nuestros, porque al arroyo que corre junto á la ciudad le llaman Hoplites;» lo que oido por el Esparciata se echó á llorar, y exclamó: «¡cuán inevitable es al hombre su hado!» pues segun parece se habia entregado á Lisandro un oráculo que decia así:

Te prevengo que evites diligente
El resonante Hoplites y el doloso
Terrigena dragon que á traicion hiere.

Mas algunos dicen que el Hoplites no corre junto á Haliarto, sino que cerca de Coronea hay un torrente, que incorporado con el rio Fliaro, pasa junto á aquella ciudad, y que este, llamándose ántes Hoplia, ahora es nombrado Isomanto. El Haliartio que dió muerte á Lisandro, llamado Neocoro, llevaba por insignia en el escudo un dragon, y á

esto se infiere que aludia el oráculo. Dícese asimismo que á los Tebanos en tiempo de la guerra del Peloponeso les vino un oráculo de Apolo Ismenio, que juntamente con la batalla de Delio predecia tambien esta de Haliarto, que fué treinta años despues de aquella: el oráculo era este:

Del lobo con el límite ten cuenta
Cuando en acecho vayas; y te guarda
Del Orcalide monte, que no es nunca
De la astuta vulpeja abandonado.

Llamó límite al lugar de Delio por estar en el confin entre la Beocia y el Atica; y Orcalide al collado que ahora se llama *Alopeco* ó de la Zorra, sito en el territorio de Haliarto por la parte del Helicon.

Muerto de esta manera Lisandro, sintieron tanto por lo pronto los Esparciatas su falta, que intentaron contra el Rey causa de muerte; y como éste no se atreviese á sostenerla, huyó á Tegea, y allí vivió pobre en el bosque de Minerva; por cuanto descubierta con la muerte la pobreza de Lisandro, esta hizo más patente su virtud; pues que entre tantos caudales, tanto poder, tanto séquito de las ciudades y tanto obsequio de los reyes, en punto á riqueza en nada adelantó su casa, segun relacion de Teopompo, á quien más fácilmente dará cualquiera crédito cuando alaba que no cuando vitupera, pues nos es más sabroso reprender que celebrar. Eforo dice que más adelante, habiéndose promovido en Esparta cierta disputa relativa á los aliados, y siendo necesario acudir á los documentos que reservó en su poder Lisandro, pasó á su casa Agesilao, y que habiendo encontrado el cuaderno en que estaba escrito el discurso sobre la forma de la república, y en razon de que debia hacerse comun la autoridad real sacándola de manos de los Eurutionidas y los Agidas y elegirse el Rey entre los ciudadanos de mayor probidad, era la in-

tencion de Agesilao mostrar el discurso á los ciudadanos, y hacerles ver qué hombre era Lisandro, y cuán errados habian andado acerca de él; pero que Lacratidas, varon prudente y presidente entónces de los Eforos, se habia opuesto á Agesilao, diciéndole que no convenia desenterrar á Lisandro, sino más bien enterrar con él el discurso: ¡tanto era el arte y habilidad con que estaba dispuesto! Diéronle despues de muerto diferentes honores; y á los que estaban desposados con sus hijas, y se apartaron despues de su fallecimiento por ver que era pobre, los castigaron con una multa; pues que le obsequiaron mientras le tuvieron por rico, y cuando vieron por su misma pobreza que habia sido justo y recto, le abandonaron; y es que á lo que parece en Esparta habia establecidas penas contra los que no se casaban, contra los que se casaban tarde, y contra los que se malcasaban; y en esta incurrian principalmente los que buscaban más bien á los ricos que á los honrados y parientes, que es lo que hemos tenido que referir de Lisandro.

SILA.

—

Lucio Cornelio Sila era de linaje patricio, que es como si dijéramos de linaje noble. De sus ascendientes se dice haber sido cónsul Rufino y haber sido en él más pública la afrenta que este honor: porque habiéndose averiguado que poseia en dinero acuñado más de diez libras, que era lo que la ley permitia, por esta causa fué expelido del Senado. Los que despues le siguieron vivieron en la oscuridad; y el mismo Sila se crió con un patrimonio bien escaso: pues siendo mancebo, habitó casa alquilada en precio muy moderado, como despues se le echó en cara cuando se le vió más floreciente de lo que parecia justo; porque se refiere que jactándose él y haciendo ostentacion de sus haberes despues de la expedicion de Africa, le dijo uno de los ciudadanos honrados y austeros: «¿Cómo puedes ser hombre de bien tú que no habiéndote dejado nada tu padre, tienes ahora tanta hacienda?» Pues no era esto de hombre que permaneciese en una conducta y en unas costumbres rectas y puras, sino de quien hubiese declinado y hubiese sido corrompido por la pasion del lujo y del regalo. Pon por tanto en igual grado de ménos valer al que disipa su caudal, y al que no se mantenia en la pobreza pura. A lo último, cuando apoderado ya de la República, daba á muchos la vida, un hombre de condicion liber-

tina, que se creia ocultaba á uno de los proscriptos, y que por tanto habia de ser precipitado, insultó á Sila diciéndole que por largo tiempo habian habitado en la misma casa en cuartos arrendados, llevando él mismo el de arriba en dos mil sextercios, y Sila el de abajo en tres mil; de manera que la diferencia de fortunas entre uno y otro era la que correspondia á mil sextercios, que venian á hacer doscientas y cincuenta dracmas áticas. Estas son las noticias que nos han quedado de su primera fortuna.

Cuál fuese lo demas de su figura, aparece de sus estatuas; pero aquel mirar fiero y desapacible de sus ojos azules se hacía todavía más terrible al que lo miraba, por el color de su semblante, haciéndose notar á trechos lo rubicundo y colorado mezclado con su blancura; y áun se dice que de aquí tomó el nombre, viniendo á ser un mote que designaba su color: así, un decidor de mentidero de los de Atenas le zahirió con estos versos:

Si una mora amasares con la harina,
Tendras de Sila entónces el retrato.

De estas mismas señas no sería extraño colegir su genio, que se dice haber sido el de un hombre jovial y chancero: pues desde mozo, y cuando todavía no gozaba de opinion, gustaba de acompañarse y pasar el tiempo con histriones y gente baladí. Despues, dueño ya de todo, solia reunir cada dia á los más insolentes de la escena y el teatro, beber con ellos, y contender en bufonadas y chistes, haciendo cosas muy impropias de su vejez y que desdecian mucho de su autoridad, y abandonando en tanto negocios que exigian prontitud y diligencia: pues miéntras Sila estaba en la mesa, no habia que irle con negocios serios, sino que con ser en las demas horas activo y solícito, era extraña la mudanza que en él se notaba cuando se entregaba á los festines y á beber; siendo en esta sazon muy benigno para

cómicos y danzantes, y muy afable y manejable para todos cuantos se le acercaban. De esta misma relajacion pudo venirle el achaque de ser muy dado á amores y disoluto en cuanto á placeres, exceso en el que no se contuvo áun siendo viejo. De jóven tuvo amores con un tal Metrovio, hombre de la escena; y áun le vino algun fruto de esta pasion, porque habiéndose aficionado de una mujer pública. pero rica, llamada Nicopolis, como ésta se hubiese enamorado realmente de él por el con tínuo trato y por su figura, á su fallecimiento le dejó por heredero. Heredó asimismo á su madrastra, que le amó como si fuera su hijo; y de aquí le vino ya el ser un hombre me dianamente acomodado.

Nombrado cuestor, se embarcó para el Africa con Mario en su primer consulado cuando partió á hacer la guerra á Yugurta. Llegado al ejército, dió ventajosa idea de sí en muchas cosas, y aprovechando la ocasion, trabó amistad con Boco, rey de los Numidas: porque habiendo dado acogida y tratado con distincion á unos embajadores suyos en ocasion de huir de una cuadrilla de salteadores que al modo numídico los acometieron, se los envió, haciéndoles regalos y dándoles escolta que los llevase con seguridad. Era Yugurta suegro de Boco, y hacía tiempo que éste le temia y lo tenía en odio; y como entónces hubiese sido vencido y se hubiese acogido á él, armándole asechanzas, envió á llamar á Sila, queriendo más que la prision y entrega de Yugurta se hiciera por medio de éste, que no directamente por su mano. Comunicándolo, pues, con Mario y tomando unos cuantos soldados, se arrojó Sila á un grave peligro, por cuanto confiado en un bárbaro infiel á los suyos para apoderarse de otro, hizo entrega de sí mismo. Hecho Boco dueño de ambos, y puesto en la necesidad de faltar á la fe con el uno ó el otro, estuvo muy indeciso en el partido que tomaria; pero al fin se determinó por la primera traicion, y puso á Yugurta en manos de Sila. El que triunfó por este hecho fué Mario; pero la gloria del vencimiento,

que la envidia contra Mario la atribuia á Sila, tácitamente ofendia sobre manera el ánimo de aquél, porque el mismo Sila, vanaglorioso por carácter, y que entónces por la primera vez, saliendo de la oscuridad y siendo tenido en algo, empezaba á tomar el gusto á los honores, llegó á tal punto de ambicion, que hizo grabar esta hazaña en un anillo, del que usó ya siempre en adelante. En él estaba Boco retratado en actitud de entregar y Sila en la de recibir á Yugurta.

Habia esto incomodado á Mario; pero no teniendo todavía á Sila por hombre que pudiera ser envidiado, siguió valiéndose de él en sus mandos militares: en el consulado segundo para Legado, y en el tercero para Tribuno, y por su medio, hizo cosas de gran importancia; porque siendo legado, dió muerte á Copilo, general de los Tectosagos; y de tribuno, persuadió á la grande y poderosa nacion de los Marsos que se hiciese amiga y aliada de los Romanos. Percibiendo ya entónces que Mario le miraba mal y no fácilmente le daba ocasiones de acreditarse, sino que más bien se oponia á sus aumentos, se arrimó al colega de Mario, Catulo, hombre recto, pero de poca disposicion para las cosas de la guerra; bajo el cual, encargado de los más graves y arduos negocios, adelantó á un tiempo en poder y en opinion: pues la mayor parte de las cosas en la guerra tenida contra los bárbaros en los Alpes se hacian por su medio; y habiendo faltado los víveres, encargado de la provision, proporcionó tal abundancia, que estando sobrados los soldados de Catulo, tuvieron para dar á los de Mario; lo que dicen fué causa para que éste se indispusiera cruelmente contra él; y una enemistad que nació de tan pequeña ocasion y tan débiles principios subió despues por los grados de la sangre civil y de insufribles convulsiones hasta la tiranía y el trastorno de toda la república, haciendo ver con cuánta sabiduría y conocimiento de los negocios políticos amonestaba el poeta Eurípides que se huyera de la ambicion como

del genio más maléfico y perjudicial para los que de él se dejan dominar.

Entendiendo ya entónces Sila que la gloria de sus hazañas militares podia servirle para entrar en las ocupaciones civiles, pasó desde el ejército á hacer obsequios y rendimientos al pueblo, y presentándose á pedir la pretura, fué desatendido, de lo que atribuye la causa á la muchedumbre: porque dice que aprobando ésta su amistad con Boco, de la que tenía noticia, y creyendo que si en lugar de pretor se le hacía edil, daria magníficos juegos y combates de fieras africanas, nombró otros pretores, precisándole á servir el cargo de edil. Mas por sus mismos hechos se convence á Sila de que huye de reconocer la verdadera causa de su repulsa; pues que al año inmediato alcanzó ya la pretura, ora adulando al pueblo, y ora ganándole con dinero. Por eso, como sirviendo la pretura dijese á César con enfado que usaria contra él de su propia autoridad: «muy bien haces, le repuso éste, en llamarla tuya propia, pues que la tienes por haberla comprado.» Despues de la pretura fué enviado á la Capadocia, segun las órdenes públicas, para restituir á Ariobarzanes; mas el verdadero objeto era contener á Mitrídates, nimiamente inquieto, y que iba recobrando una autoridad y un poder en nada inferior al que tenía. No llevó consigo muchas fuerzas; pero auxiliándole los aliados de la mejor voluntad, con dar muerte á muchos de los de Capadocia y á mayor número de los de Armenia, que hacian causa con éstos, lanzó del trono á Gordio, y dió á reconocer por rey á Ariobarzanes. Miéntras se detenia orillas del Eufrates, fué á hablarle Orobazo el Parto, embajador del rey Arsaces, sin que ántes hubiera habido comunicacion entre las dos naciones; y esto mismo se cuenta por uno de los mayores favores de la fortuna de Sila, haber sido el primero de los Romanos á quien se presentaron los Partos en demanda de amistad y alianza; y áun se dice que habiendo hecho poner tres sillas curules, una para Ariobarzanes,

otra para Orobazo y la tercera para sí, dió audiencia sentado en medio de ambos; con cuya ocasion el rey de los Partos dió despues muerte á Orobazo; y de los Romanos unos aplaudieron á Sila por haber usado de magnificencia y aparato con los bárbaros, y otros le notaron de engreido y vanagloriosо. Dícese asimismo que uno de Calcis, que fué de la comitiva de Orobazo, habiendo reparado en el semblante do Sila, y estado atento á los movimientos de su ánimo y de su cuerpo, examinando por las reglas que él tenía cuál debia ser su índole y carácter, habia exclamado que necesariamente aquel hombre debia de ser muy grande; y áun se maravillaba cómo podia aguantar el no ser ya el primero de todos. A su vuelta intentó contra él Censorino causa de soborno, por haber recibido de un reino amigo y aliado mucho más de lo que la ley permitia; pero aquél no se presentó al juicio, sino que dejó desierta la acusacion.

Su indisposicion con Mario tomó nuevas fuerzas de la ocasion quo dió para ello Boco con haberse propuesto hacer un obsequio al pueblo romano, y juntamente manifestar su gratitud á Sila; pues con este objeto consagró en el Capitolio ciertas imágenes con diferentes trofeos, y entre ellas un Yugurta de oro en actitud de ser entregado por él á Sila. Irritóse con esto sobremanera Mario, y concibió el designio de acabar con la ofrenda; de parte de Sila había muchos dispuestos á oponérsele, y faltaba muy poco para que la ciudad entera ardiese, cuando por entónces la guerra social, que mucho tiempo ántes humeaba, vino á levantar llama, y contuvo la sedicion. En esta guerra larga, sumamente vária, y que trajo á los Romanos muchos males y gravísimos peligros, Mario, no habiendo podido ejecutar ningun hecho señalado, dió una clara prueba de que la virtud guerrera pide robustez y fuerzas corporales; cuando Sila, ejecutando muchos hechos insignes y dignos de memoria, se acreditó de gran general entre los propios, de más grande todavía entre los aliados, y de muy

afortunado entre los enemigos. Y no se condujo en esta parte como Timoteo, hijo de Conon, que como sus enemigos atribuyesen á la fortuna todos sus triunfos, y le hubiesen pintado durmiendo, miéntras la fortuna cogia las ciudades con una red, disgustado é irritado contra los que así le trataban, por cuanto le privaban de la gloria debida á sus hazañas, dijo al pueblo en ocasion de venir de una expedicion dirigida con acierto: «Pues en esta expedicion, oh Atenienses, no ha tenido ninguna parte la fortuna;» y despues de haber usado de este lenguaje arrogante, parece que un mal genio se propuso burlarse de él, pues nada de provecho pudo hacer ya en adelante, sino que desgraciado en sus empresas, y despojado del favor del pueblo, por fin salió desterrado de la ciudad. Mas Sila no sólo sacó constantemente partido de aquella felicidad suya y de la confianza en ella, sino que en alguna manera aumentó y como divinizó sus hechos y sus sucesos con atribuirlos á la fortuna: bien fuera por ostentacion, ó bien por ser este su modo de pensar acerca de las cosas divinas; puesto que él mismo escribe en sus Comentarios que áun las empresas acometidas al parecer temeraria é inoportunamente, solian salirle mejor que las más detenidamente meditadas; y con decir de sí mismo que le parecia haber sido más bien formado por la naturaleza para las cosas de fortuna que para las de la guerra, se ve claro que más valor daba á la fortuna que á la virtud. En general, parece que todo él se tenía por posesion de la fortuna, cuando le atribuye hasta la concordia en que vivió con Metelo, varon igual á él en honores, y su suegro; pues cuando creia que siendo un hombre de tanta autoridad le daria mucho en que entender, le halló sumamente apacible en la comunion de mando. Mas á Lúculo, en sus Comentarios que le dedicó, le exhorta á que nada tenga por tan cierto y seguro como lo que por la noche le prescriba su genio. Enviado con ejército á la guerra social, re-

fiere que se abrió una gran sima cerca de Laverna, de la cual salió mucho fuego y una llama muy resplandeciente que subió hácia el cielo, y que acerca de ello habian dicho los agoreros que un insigne varon, de bella y excelente figura, haria cesar aquellas grandes agitaciones, y éste da por supuesto no ser otro que él: pues en cuanto á figura, la suya tenía por peculiar el tener el cabello de color de oro; y en cuanto á virtud, no se avergonzaba de atribuírsela, despues de haber ejecutado tantas y tan ilustres hazañas. Esto en punto á su felicidad tenida por divina: en sus costumbres por lo demas podia ser reputado por inconsecuente y como diverso de sí mismo: arrebataba muchas cosas, y regalaba muchas más; honraba con exceso, deshonraba y afrentaba de la misma manera: agasajaba á los que habia menester, y dejábase obsequiar de los que le pedian; de manera que podia quedar en duda qué era lo que por naturaleza sobresalia en él, si la soberbia ó la bajeza. De su inconsecuencia en los castigos, alborotando el mundo por cualquiera leve motivo, y pasando blandamente por las mayores maldades; aplacándose benignamente en cosas que parecian insufribles, y por faltas pequeñas y despreciables propasándose á muertes y publicaciones de bienes, la razon que puede darse es que siendo por índole iracundo y pronto á castigar, sabia ceder de aquella dureza cuando contemplaba que le convenia. En esta misma guerra social, habiendo hecho sus soldados perecer á palos y á pedradas á un oficial general que servia de legado, llamado Albino, dejó pasar sin castigo tan atroz delito; y áun en tono de quien aprueba les dijo que con eso se portarian más denodadamente en la guerra para desvanecer aquella falta con su valor. Si de esto se le reprendia, no se le daba nada; y ántes cuando ya habia concebido la idea de acabar con Mario, y cuando se veia que la guerra social iba prontamente á terminarse, para ser nombrado general contra Mitrídates aduló y lisonjeó al ejército que

mandaba; y trasladándose á Roma, fué nombrado cónsul con Quinto Pompeyo á la edad de cincuenta años. Entónces contrajo un enlace ilustre, casando con Cecilia, hija de Metelo, Pontífice Máximo; sobre lo que el vulgo le compuso muchos cantares, y los principales tuvieron mucho que hablar, no juzgando digno de una mujer al que juzgaban digno de ser cónsul, como observa Tito Livio. Ni estuvo casado con esta sola, sino que siendo jóven casó con Ilia, de quien tuvo una hija; despues de esta con Elia; y en terceras nupcias con Celia, á la que repudió por estéril, tratándola con honor y el mayor miramiento, y haciéndola presentes; mas como de allí á pocos dias se hubiese enlazado con Metela, se formó concepto de que no era cierto el defecto imputado á Celia. Tuvo siempre á Metela en grande estimacion, tanto, que deseando el pueblo romano la restitucion de los que por causa de Mario habian sido desterrados, como Sila lo negase, interpuso la mediacion y el nombre de Metela. Cuando tomó la ciudad de Atenas trató con dureza á los Atenienses, porque, á lo que se dice, insultaron con burla y sarcasmos á Metela desde la muralla; pero esto fué más adelante.

Creyendo entónces que el consulado no podia servirle de mucho para lo que preveia venidero, dirigió todos sus conatos á la guerra contra Mitrídates; pero le hacía oposicion Mario, por ánsia loca de gloria y codicia de honores, enfermedades que no envejecen; y aunque pesado de cuerpo é inhábil por la vejez para las empresas militares, como lo habia mostrado la experiencia en las que acababan de preceder, aspiraba, sin embargo, á guerras lejanas y ultramarinas; y miéntras Sila marchaba al ejército para ciertas cosas que tenía pendientes, estándose él en casa, meditaba y fraguaba aquella destructora sedicion, más funesta para Roma que cuantas guerras la afligieron, como los Dioses se lo habian anunciado con prodigios. Porque por sí mismo se prendió fuego en las varas en que se lle-

van las insignias, y hubo gran dificultad para apagarlo; tres cuervos, juntando sus polluelos, se los comieron, y los restos los volvieron al nido; los ratones royeron el oro que habia en el templo; y habiendo cogido los custodios de él una hembra con ratonera, parió ésta en la ratonera misma cinco ratoncillos, de los que se comió tres; y lo que es más extraño todavía, hallándose la atmósfera despejada y sin nubes, se oyó el sonido de una trompeta, que le dió muy agudo y doloroso; de manera que por lo penetrante les aturdió y asombró á todos. Los inteligentes de la Etruria dieron la explicacion de que aquel prodigio anunciaba la mudanza y venida de una nueva generacion; porque las generaciones habian de ser ocho, diferentes todas entre sí en el método de vida y en las costumbres, teniendo cada una prefinido por Dios el término de su duracion dentro del período del año grande; y cuando una concluye y ha de entrar otra, se manifiestan señales extraordinarias en la tierra ó en el cielo, en términos que los que se han dado á examinar estas cosas y las conocen, al punto advierten que vienen otros hombres, diferentes en sus usos y en su tenor de vida, y de los que los Dioses tienen mayor ó menor cuidado que de los que les precedian. En todo hay gran novedad cuando se verifica este cambio en las generaciones, y tambien la ciencia adivinatoria ó aumenta en estimacion, acertando en sus pronósticos, porque el Genio envia señales claras y seguras; ó decae en la otra generacion, dejada á sí misma, y no pudiendo emplear sino medios oscuros y sombríos para conjeturar lo futuro. Tales eran las fábulas que divulgaban los Etrurios, que se tienen por más inteligentes y más sabios en estos negocios que los otros pueblos.

En el acto mismo en que congregado el Senado gastaba su tiempo con los agoreros en el templo de Belona, cayó en él, á vista de todos, un pájaro, que llevaba en el pico una cigarra, y dejando caer allí una parte de ella, marchó

llevándose la otra; y los explicadores de prodigios vieron en esto una sedicion y discordia entre los del campo y la gente ciudadana y placera: porque esta es gritadora como las cigarras, y los del campo sólo dados á su agricultura (1).

Mario echa entónces mano de Sulpicio, que no tenía segundo en las más insignes maldades; de manera que no habia que preguntar si era más perverso que alguno otro, sino qué cosa era aquella para la que sobresaldria en perversidad; porque su crueldad, su osadía y su codicia no habia infamia ni atrocidad por la que se detuviese; siendo hombre que descaradamente vendia la ciudadanía de Roma á los de condicion libertina y á los forasteros, percibiendo el precio en una mesa que tenía puesta en la plaza. Mantenia á su costa tres mil hombres armados, y le seguia una muchedumbre de jóvenes del órden ecuestre, dispuestos para todo, á los que llamaba su *Antisenado*. Hizo establecer por ley que ninguno del órden senatorio pudiera deber arriba de dos mil dracmas, y él dejó deudas á su muerte por más de tres cuentos. Dióle, pues, suelta Mario para con el pueblo, y confundiéndolo todo con la fuerza y el hierro, propuso otras varias leyes perjudiciales, y con ellas la de que se diera á Mario el mando para la guerra Mitridática. Como los cónsules hubiesen publicado ferias con este motivo, hizo marchar á la muchedumbre contra ellos, hallándose en junta en el templo de los Dióscuros, y dió muerte, además de otros muchos, al hijo del cónsul Pompeyo en la plaza; y el mismo Pompeyo tuvo que libertarse con la huida. Sila se entró perseguido en la casa de Mario, y se vió en la precision de salir y abrogar las ferias; y por esta causa haciendo Sulpicio revocar el consulado de Pompeyo, no se le quitó á Sila, y sólo trasladó á Mario el man-

(1) Lugar muy oscuro, y que sólo leyéndole como se indica en la traduccion hace algun sentido.

do de las tropas destinadas contra Mitrídates; enviando al punto á Nola tribunos que se encargaran del ejército y se le trajeran á Mario.

Anticipóseles Sila, huyendo al ejército; y matando á pedradas los soldados á los tribunos, luégo que fueron informados de lo sucedido Mario y los suyos, á su vez daban en Roma muerte á los amigos de Sila, y se apoderaban de sus bienes, siendo además contínuas las traslaciones y fugas de unos á la ciudad desde el ejército, y de otros que desde la ciudad se dirigian á aquél. El Senado no era dueño de sí mismo, sino que se prestaba á las órdenes de Mario y de Sulpicio; y noticioso de que Sila movia para la ciudad, envió dos pretores, á Bruto y Sulpicio, con la órden de que se retirase. Como éstos hubiesen hablado á Sila con arrogancia, los soldados quisieron acabar con ellos; mas sólo les rompieron las fasces, y los despojaron de la púrpura, despachándolos con ignominia. Con su desmedida tristeza, y con vérseles despojados de las insignias pretorias, anunciaban bastante que la sedicion, léjos de estar apaciguada, no podia reprimirse. Mario, pues, hacía preparativos, y Sila venía desde Nola trayendo seis legiones completas; y aunque al ejército lo veia muy resuelto á marchar sin detencion contra Roma, él estaba indeciso en su ánimo, y temia el peligro. Mas como haciendo él sacrificio examinase las señales el agorero Postumio, tendiendo las manos hácia Sila, le pedia que le aprisionase y custodiase hasta la batalla, y si todo no se terminaba pronto y favorablemente, tomara de él la última venganza á que se ofrecia. Dícese que á Sila se le apareció entre sueños la Diosa, cuyo culto aprendieron los Romanos de los de Capadocia, llámese la Luna, ó Minerva, ó Belona: parecióle, pues, á Sila que colocada ésta á su cabecera le puso en la mano un rayo, y nombrándole á cada uno de sus enemigos, le decia que tirase; y que tirando él, éstos caian y se desvanecian. Alentado con esta aparicion, y dando al otro dia parte de ella á su colega, se

dirigió á Roma. Alcanzóle ya en Pictas un mensaje, por el que se le rogaba suspendiese en aquel punto la marcha, pues el Senado decretaria á su favor cuanto fuese justo; mas aunque dió palabra á los embajadores de que asentaria el campo, llegando hasta comunicar la órden para el acantonamiento de las tropas, como acostumbraban hacerlo los generales, con lo que aquellos se retiraron confiados, apénas hubieron marchado envió á Lucio Basilo y Cayo Mumio, y por medio de ellos tomó la puerta y lienzo de muralla que está sobre el monte Esquilino; y en seguida se aproximó él mismo con la mayor prontitud. Acometieron los de Basilo á la ciudad, y se hacian dueños de ella; pero el pueblo en gran número, aunque desarmado, empezó á tirarles tejas y piedras, y los contuvo de ir adelante, obligándoles á recogerse á la muralla. En esto ya Sila habia llegado, y enterado de lo que pasaba, gritó que se acercasen á las casas, y tomando un hacha encendida corrió él el primero, y dió órden á los arqueros para que usasen de los portafuegos, dirigiéndolos contra los tejados, sin hacerse cargo de nada; sino que dejándose llevar de la cólera de que se hallaba poseido, y abandonando á ella la direccion de las operaciones, no vió en Roma más que enemigos, y sin consideracion ni compasion alguna de amigos, de parientes y deudos, lo entregó todo al fuego, que no hace distincion entre los culpados y los que no lo son. Miéntras esto pasaba, Mario corrió al templo de la Terra, y publicó la libertad á todos los esclavos; pero no pudiendo sostenerse con la entrada de los enemigos, salió de la ciudad.

Congregó Sila el Senado, é hizo decretar la pena de muerte contra Mario y algunos otros, entre ellos el tribuno de la plebe Sulpicio; y éste fué efectivamente muerto por traicion de un esclavo, á quien Sila desde luego dió libertard; pero despues le hizo despeñar. La cabeza de Mario la puso á precio con notable ingratitud y falta de política

respecto de un hombre que poco ántes le habia dejado ir libre y seguro, habiéndose él mismo puesto en sus manos; y á fe que si Mario no hubiera dado entónces puerta franca á Sila, sino que le hubiera dejado á discrecion de Sulpicio, habria podido quedar dueño de todo; y sin embargo, usó de indulgencia con él; cuando por el contrario, al cabo de pocos dias, hallándose Mario en el mismo caso, no obtuvo igual consideracion: conducta con la que Sila afligió al Senado, aunque éste no lo manifestó; pero el disgusto y venganza del pueblo pudo verse muy bien en sus obras, porque desatendiendo en cierta manera con ultraje á Nonio su sobrino, y á Sérvio que con su proteccion pedian las magistraturas, las confirieron á otros, por cuanto con preferirlos le daban disgusto. Mas Sila aparentaba que se complacia con esto mismo, como que á él le debia el pueblo el gozar de la libertad de hacer lo que le pareciese; y poniéndose él mismo de parte del odio de la muchedumbre, hizo que del partido contrario fuese nombrado cónsul Lucio Cina, que con imprecaciones y juramentos se comprometió á abrazar sus intereses. Subió, pues, este al Capitolio, y teniendo una piedra en la mano, juró y se echó la maldicion de que si no guardaba concordia con él, fuese arrojado de la ciudad como aquella piedra era arrojada de la mano, y la tiró al suelo á presencia de muchos; más á pesar de todo, no bien se hubo posesionado de la dignidad, cuando al punto trató de trastornar el órden establecido, y dispuso que se formara causa á Sila, presentando para que le acusase á Virginio, uno de los tribunos; pero aquél, desentendiéndose del acusador y del tribunal, marchó contra Mitrídates.

Refiérese que por aquellos mismos dias en que Sila movia de la Italia sus tropas, le aconteció á Mitrídates, que residia entónces en el Ponto, entre otros muchos prodigios, el de que una Victoria coronada que los de Pérgamo habian suspendido desde arriba con ciertos instrumentos

sobre su cabeza, cuanto no tocar á ella, se rompió, y la corona, cayendo sobre el pavimento del teatro, habia corrido por el suelo hecha pedazos; lo que habia causado terror en el pueblo y gran desaliento en Mitrídates, sin embargo de que sus negocios progresaban y prosperaban en aquella sazon áun más allá de sus esperanzas. Porque él mismo, habiendo tomado el Asia de los Romanos, y de los reyes la Bitinia y la Capadocia, se habia establecido en Pérgamo, repartiendo hacienda, provincias y reinos á sus amigos; y de sus hijos, el uno conservaba su antigua dominacion en el Ponto y el Bósforo hasta las tierras no habitadas de la laguna Meotis sin ninguna contradiccion; y Ariarates discurria con numeroso ejército por la Tracia y la Macedonia. Sus generales ocupaban otros diferentes puntos con tropas que mandaban; y Arquelao, el principal de ellos, hecho dueño con sus naves de todo el mar, habia sojuzgado las Cícladas y todas las demas islas que dentro de Malea están situadas, ocupando tambien la Eubea, y marchando desde Atenas habia sublevado los pueblos de la Grecia hasta la Tesalia, tocando un poco en Queronea, porque allí le salió al encuentro el legado de Sencio, general de la Macedonia, Brucio Surra, varon eminente en valor y en prudencia. Haciendo, pues, éste frente por la Beocia á Arquelao, que lo corria todo á manera de torrente, y dándole tres batallas, lo arrojó de Queronea y lo retiró otra vez hasta el mar. Mas previniéndole Lucio Lúculo que diera lugar á Sila que se acercaba, y le dejara la guerra que se le habia decretado, abandonando al punto la Beocia fué á unirse con Sencio, sin embargo de que todo le salia más felizmente de lo que podia esperar, y de que la Grecia por sus excelentes prendas estaba muy bien dispuesta á una mudanza; y estos fueron los hechos más brillantes y sobresalientes de Brucio.

Sila recobró muy pronto las demas ciudades, enviando á ellas heraldos y atrayéndolas; pero á Atenas, obligada á es-

tar de parte del Rey por el tirano Aristion, tuvo que marchar con grandes fuerzas, y rodeando el Pireo, le puso cerco, asestando contra ella toda especie de máquinas, y empleando diferentes medios de combatir. Y si hubiera aguantado un poco de tiempo, se le habria venido á la mano tomar sin riesgo la ciudad de arriba, apurada ya del hambre hasta el último punto por falta de los más precisos alimentos; pero teniendo puesta la vista en Roma, y temiendo las novedades allí intentadas, apresuró la guerra á costa de grandes peligros, de muchos combates y de inapreciables gastos; pues sobre todos los demas preparativos el aparato sólo de las máquinas constaba de diez mil pares de mulas, prontos todos los dias para este servicio. Faltóle la madera, quebrantándose muchas de las piezas por su propio peso, y siendo frecuentemente incendiadas otras por los enemigos, y acudió por fin á los bosques sagrados, despojando la Academia, que de todos los alrededores de Atenas era el más poblado de árboles, y el Liceo. Hacíanle tambien falta para la guerra grandes caudales, y escudriñó los asilos de la Grecia, como el de Epidauro y el de Olimpia, enviando á pedir las alhajas más ricas y preciosas entre todas las ofrendas. Escribió tambien á Delfos á los Anfictuones, diciéndoles que era lo mejor le trajesen las riquezas del Dios, porque ó las guardaria con más seguridad, ó si usaba de ellas, daria otras que no valiesen ménos; y de entre sus amigos envió para este efecto á Cafis de Focea con órden de que lo recibiera todo por peso. Trasladóse Cafis á Delfos, y rehuia el tocar las cosas sagradas, manifestando ante los Anfictuones la mayor afliccion por la precision en que se veia; y como algunos hubiesen dicho que habian oido resonar la cítara del santuario, ó porque lo creyese, ó porque fuese su ánimo mover á Sila á la supersticion, se lo envió á decir. Mas éste, tomándolo á burla, respondió que se admiraba no supiese Cafis que el cantar era de los que están alegres, y no de

los enfadados; por lo que le mandó que tuviese ánimo y tomase las alhajas como que el Dios las daba contento. De las demas cosas traidas pudieron no tener noticia muchos de los Griegos, pero como la tinaja de plata, que era lo que quedaba de las alhajas del Rey, no pudiese acomodarse en una acémila, fué preciso hacerla pedazos; lo que excitó en los Anfictuones la memoria ya de Flaminio y Mario Acilio, y ya de Emilio Paulo, de los cuales aquél arrojó á Antioco de la Grecia, y éstos vencieron en batalla á los reyes de Macedonia; y con todo, no sólo no tocaron á los templos de los Griegos, sino que les hicieron grandes dones, y les prestaron el mayor honor y veneracion. Y es que aquellos mandaban conforme á las leyes á hombres sobrios y que sabian prestar en silencio sus manos á los jefes; y como éstos fuesen régios en los ánimos, pero muy moderados en toda su conducta, no hacían más gastos que los precisos y que les estaban asignados, teniendo por mayor afrenta adular á sus soldados que temer á los enemigos. Mas los generales de esta era, habiendo adquirido la autoridad más por la fuerza y la violencia que por la virtud, y teniendo necesidad de las armas más bien unos contra otros que contra los enemigos, se veian precisados á hacerse populares en el mismo mando de las armas, y á tener que gastar en regalos para los soldados, comprando sus trabajos militares, y haciendo venal puede decirse que la patria toda, y á sí mismos esclavos de los más ruines, á trueque de mandar á los mejores. Esto fué lo que arrojó de la ciudad á Mario, y lo que despues volvió á traerle contra Sila; y esto fué lo que respectivamente hizo á Cina matador de Octavio, y á Fimbria matador de Flaco. Pues á ninguno fué inferior Sila en estas malas artes, disipando el dinero para corromper y atraer á los que estaban bajo el imperio de otros, y para contentar á los que él mandaba; con lo cual, habiendo de sobornar á los unos para que fuesen traidores, y dar cebo á los otros para sus vicios, tenía ne-

cesidad de grandes caudales, y sobre todo para aquel sitio.

Porque era grande é irreducible el ánsia que tenía de tomar á Atenas, bien fuese por una cierta emulacion con una ciudad cuya gloria parecia hacer sombra, ó bien por encono é irritacion, á causa de las burlas y denuestos con que para irritarle les insultaba cada dia á él mismo y á Metela desde las murallas el tirano Aristion, cuya alma era un compuesto de lascivia y crueldad, á las que habia reunido todos los vicios y pasiones de Mitrídates; y éste era el que estaba reduciendo á los mayores extremos, como á una enfermedad mortal, á una ciudad que habia podido salvarse hasta entónces de mil guerras y de muchas tiranías y sediciones. Porque el poco grano que habia en la ciudad se vendia á mil dracmas la fanega, manteniéndose los hombres con la parietaria que se criaba en la ciudadela, y comiéndose los despojos de los zapatos y vasijas; y miéntras él pasaba el tiempo en banquetes y comilonas, danzando y haciendo escarnio de los enemigos, ni siquiera cuidó de la lámpara sagrada de la Diosa que se habia apagado por falta de aceite. A la hierofanta que le habia pedido una hemina (1) de trigo, le envió pimienta; y á los senadores y sacerdotes que le rogaban se compadeciese de la ciudad y pidiera la paz á Sila, los dispersó á flechazos. Al fin, ya en el último apuro, envió á tratar de paz á dos ó tres de sus camaradas; á los cuales, como nada dijesen en órden á salvar la ciudad, sino que se vanagloriasen de Teseo, de Eumolpo y de sus hazañas contra los Medos, los despidió Sila diciéndoles: «Retiraos de aquí, hombres dichosos, conservando esas grandes palabras; pues yo no he sido enviado á Atenas á aprender, sino á sujetar á unos rebeldes.»

---

(1) La hemina era la mitad de la mina ó libra griega, y equivalia á seis onzas y un cuarto de nuestro peso.

Refiérese que en este estado de cosas hubo quien oyó en el Cerámico la conversacion que entre sí tenian unos ancianos, en la que censuraban al tirano de haber descuidado la guarda de la muralla por la parte del Heptacalco, que era únicamente por donde los enemigos tenian un paso y entrada sumamente fácil; y que de esta conversacion se dió conocimiento á Sila; el cual no la despreció, sino que pasando á la noche al sitio, y hallando que era accesible y fácil de ocupar, lo puso al punto por obra. Dice el mismo Sila en sus Comentarios, que el primero que subió á la muralla, llamado Marco Ateyo, como se le opusiese un enemigo, le dió un golpe en el casco, y con la gran fuerza que para él hizo se le rompió la espada, la que no salió del lugar de la herida, sino que se quedó fija en él. Tomóse, pues, la ciudad por aquel punto que los ancianos atenienses habian designado; y el mismo Sila, derribando hasta el suelo el lienzo de muralla entre las puertas Piraica y Sagrada, entró á la media noche, causando terror y espanto con el sonido de los clarines y de una infinidad de trompetas y con la gritería y algazara de los soldados, á los que dió entera libertad para el robo y la matanza: así corriendo por las calles con las espadas desenvainadas es indecible cuánto fué el número de los muertos, aunque por la sangre que corrió se puede todavía computar á lo que debió ascender. Pues sin que entren en cuenta los que murieron por todo el resto de la ciudad, la matanza de sola la plaza inundó cuanto terreno cae dentro de la puerta Dipila; y áun hay muchos que dicen que llegó hasta la parte de afuera. Y con ser tantos los que así perecieron, no fueron ménos los que se quitaron la vida de lástima y afliccion por su patria, que daban por deshecha y arruinada del todo, obligando á los mejores ciudadanos á desconfiar y temer por la salud de ella el que de Sila nada humano ni clemente se prometian. Con todo, parte por los ruegos y súplicas de Meidio y Califonte unos de los desterrados, y

parte tambien por la intercesion de todos los senadores que eran de la expedicion, y le pidieron conservara la ciudad; como además se hallase satisfecho en su venganza, dijo despues de haber hecho un elogio de los antiguos Atenienses, que hacía á los pocos el obsequio de los muchos, á los muertos de los vivos. Escribe en sus Comentarios haber tomado á Atenas el dia 1.º de Marzo, que viene á corresponder al principio tambien del mes Antisterion, en el que casualmente se hacen muchas ceremonias y fiestas de conmemoracion por la excesiva lluvia que causó tamaña ruina y estrago como fué el del diluvio, que vino á suceder en tales dias. Tomado lo que propiamente se llama la ciudad, como el tirano se hubiese retirado á la ciudadela, le puso cerco, encargando de él á Curion. Resistió aquél por bastante tiempo; pero al cabo se entregó estrechado de la sed; en lo que intervino una señal y prodigio del buen Genio de Sila; porque en el mismo dia y en la misma hora en que Curion le recibió, habiendo la mayor serenidad, repentinamente se amontonaron muchas nubes, y la gran lluvia que cayó inundó la ciudadela. Tomó igualmente Sila el Pireo de allí á breves dias, y abrasó la mayor parte de sus obras, y entre ellas la armería de Filon, que era una de las más admirables.

En esto Taxiles, general de Mitrídates, bajando de la Tracia y la Macedonia con cien mil infantes, diez mil caballos y noventa carros falcados, llamaba para que se le reuniese á Arquelao, que todavía se mantenia en la marina en la parte de Muniquia, por no querer ni retirarse del mar, ni combatir con los Romanos, sino sólo entretener la guerra é interceptar á éstos los víveres. Conocíolo todavía mejor que él Sila, y así marchó precipitadamente hácia la Beocia, abandonando unos terrenos quebrados, y que áun en tiempo de paz no podian proveer á su subsistencia. Eran muchos los que creian que habia errado su cálculo, por cuanto dejando el Atica, que era país áspero y poco á

propósito para la caballería, habia bajado á los valles y á las dilatadas llanuras de la Beocia, no obstante ver que la fuerza principal de los bárbaros consistia en los carros y en la caballería; pero por huir, como hemos dicho, del hambre y la carestía, se vió precisado á preferir el peligro de una batalla. Dábale además cuidado Hortensio, buen caudillo y animoso guerrero, que trayendo de la Tesalia refuerzos al mismo Sila, era espiado y aguardado de los bárbaros en los desfiladeros. Estos fueron los motivos que tuvo Sila para marchar á la Beocia; y en cuanto á Hortensio, Cafis, que seguia nuestra causa, le condujo, engañando á los bárbaros, por caminos excusados á aquella misma Titorea, que no era entónces una ciudad grande como lo es hoy, sino sólo un castillo clavado en una roca tajada, á la que ya en otro tiempo se acogieron y en la que se salvaron aquellos Focenses que huyeron de Jerges en su venida. Allí se acampó Hortensio, y por el dia se ocultó á los enemigos; mas á la noche bajó por los terrenos más fragosos á Patronide, donde con su tropa se unió á Sila, que le salió al encuentro.

Luégo que estuvieron reunidos, tomaron una grande altura, que está en medio de los deliciosos campos de Elea, con agua abùndante en su falda: llámase Filobeoto, y Sila celebra sobremanera sus calidades y su posicion. Acampáronse, y á los ojos de los enemigos parecieron muy pocos, pues de caballería no eran más de mil y quinientos, y la infantería áun no llegaba á quince mil hombres: por lo cual, precisando los demas generales á Arquelao á que formase sus tropas, llenaron toda la llanura de caballos, de carros, de escudos y de rodelas, no bastando el aire para referir la gritería y alboroto de tantas especies de gentes como allí se hallaban reunidas y ordenadas. No era tampoco pequeña parte para el espanto y el terror la riqueza y brillantez con que se presentaban, porque el resplandor de las armas guarnecidas graciosamente con plata

y oro, y los colores de las túnicas de la Media y la Escitia, adornadas con el bronce y el hierro que brillaban á lo léjos, al moverse y sacudirse semejaban al fuego, y hacian una vista terrible; tanto, que los Romanos se estaban retirados dentro del valladar, y no halló Sila modo alguno ni palabras que bastasen á desvanecer su asombro: viéndose precisado, por cuanto no queria tampoco violentar á los que así se resistian, á haber de estarse quieto y aguantar con el mayor desabrimiento la mofa y el escarnio de los bárbaros, que al cabo fué lo que más le aprovechó. Porque despreciándole los enemigos, se entregaron al mayor desórden; y como por otra parte no eran ya muy obedientes á sus generales, por ser tantos los que mandaban, eran muy pocos los que permanecian en el campamento; y ántes habiéndose cebado la mayor parte en el saqueo y la rapiña, solian andar dispersos y separados de aquél jornadas enteras: de manera que se dice haber asolado la ciudad de los Panopeos, saqueado la de los Lebadios, y despojado su oráculo sin órden de ninguno de sus generales. Sentia Sila y se afligia extremadamente de que ante sus ojos fuesen destruidas las ciudades, y tomaba el partido de no dejar en reposo á los soldados, sino que sacándolos del campamento, les hizo trabajar en mudar el curso del Cefiso y en abrir fosos, no permitiendo descansar á ninguno, y castigando irremisiblemente á los que aflojaban, para lo que estaba él mismo de sobrestante; todo con la mira de que aburridos con las obras, abrazaran el peligro por huir del trabajo, como así sucedió. Porque al cabo de los tres dias de aquella fatiga, sacándolos Sila, le pidieron á voces que los llevara contra los enemigos; á lo que les contestó que aquel clamor no le significaba que quisiesen pelear, sinó que deseaban huir del trabajo; mas con todo, si se sentian con ánimo de combatir tomasen las armas y viniesen á aquel sitio, señalándoles la que ántes habia sido ciudadela de los Parapotamios, y entónces, destruida la ciudad, habia

venido á quedar en ser un collado pedregoso y escarpado, que no estaba separado del monte Edulio sino el espacio que con sus aguas ocupa el Aso; el cual, confundiéndose en la misma falda con el Cefiso, y haciéndole de más rápida corriente, contribuye á que la cumbre sea más á propósito para establecer con seguridad un campamento. Así es que, viendo Sila que de los enemigos los de bronceados escudos se dirigian á él, quiso anticipárseles ocupando aquel puesto, y le ocupó; mostrándose con grande ánimo los soldados. Como arrojado de allí Arquelao moviese contra Queronea, los Queronenses, que militaban con Sila, le suplicaron que no abandonase su patria; por lo que envió en su defensa al tribuno Gabinio con una legion, dejando ir con ellos á los Queronenses, que aunque quisieron no pudieron llegar ántes que aquél: de manera que el que iba á salvarlos, áun se mostró más activo y pronto que los mismos que habian menester su auxilio. Tuba dice que el enviado no fué Gabinio, sino Ericio; mas como quiera, en esto consistió el que nuestra ciudad saliese de aquel peligro.

De Lebadia y de Trofonio les llegaban á los Romanos felices anuncios y faustos vaticinios; acerca de los cuales hacen los del país diferentes relaciones; mas lo que escribe el mismo Sila en el libro décimo de sus Comentarios es que despues de haber ganado ya la batalla de Queronea, vino á buscarle Quinto Tito, varon de no pequeño crédito entre los que traficaban en la Grecia, y le participó que Trofonio le profetizaba allí mismo otra segunda batalla y victoria dentro de breve tiempo. Despues de éste, otro de los que militaban en su ejército, llamado Salvinio, le anunció de parte del Dios cuál era el término que habian de tener las cosas de Italia. Ambos hablaron por visiones que habian tenido, porque segun sus relaciones habian visto de una misma manera la hermosura y grandeza de Júpiter Olimpio. Luego que Sila pasó el Aso, se dirigió al Edulio,

acampándose al frente de Arquelao, que habia puesto su campo fortificado en medio del Aconcio y el Edulio, en los que llaman los Asios. El lugar en que puso las tiendas todavía de su nombre se llama Arquelao en el dia de hoy. Habiendo tomado Sila un dia de reposo, al siguiente dejó allí á Murena, que mandaba una legion y dos cohortes, para que cargara sobre los enemigos cuando ya estuvieran en desórden; y él hizo á orilla del Cefiso un sacrificio, despues del cual marchó la vuelta de Queronea, para tomar la tropa que allí habia, y reconocer el monte llamado Turio, en cuya ocupacion se le habian adelantado los enemigos. Es este una eminencia muy pendiente y redonda, á la que damos el nombre de *Ortopago:* al pié pasa el rio Molo, y se halla el templo de Apolo Turio; tomando el Dios esta denominacion de Turo, madre de Quiron, que se dice haber sido el fundador de Queronea. Otros dicen que fué allí donde se apareció la vaca que para guía fué dada á Cadmo por Apolo, y que de ella tomó aquel nombre el sitio; porque los Fenicios al buey le llaman *Tor*. Estando Sila en marcha para Queronea salió á recibirle con su tropa ya armada el tribuno que tenía puesto de gobernador en aquella ciudad, trayéndole una corona de laurel. Luego que saludó con la mayor afabilidad á los soldados, se dispuso para el combate, y en este acto se le presentaron dos ciudadanos de Queronea, Homoloico y Anaxidamo, ofreciéndole destrozar á los que ocupaban el Turio, sólo con que les diese unos cuantos soldados; porque habia un atajo, ignorado de los bárbaros, que por el Museo conducia al Turio desde el llamado Petroco, hasta estar encima del puesto que éstos tenian; y cayendo sobre ellos por aquel camino, con facilidad serian destruidos, ó se les desalojaria hácia la llanura. Aseguróle Gabinio del valor y lealtad de los que hacian la oferta; y dándoles Sila la órden de que la pusiesen en ejecucion, formó su ejército, distribuyendo la caballería en una y otra ala: tomó él mismo para

sí el mando de la derecha, y dió á Murena el de la izquierda. Los legados Galba y Hortensio, que mandaban las cohortes de retaguardia, marcharon á ponerse en observacion sobre las alturas, para el caso de que se tratara de envolverlos, por cuanto se habia advertido que los enemigos ponian mucha caballería y tropa ligera en las alas, extendiéndolas demasiado, y haciéndolas delgadas y flexibles para cercar á los Romanos.

Habian los Queronenses tomado de Sila por caudillo á Ericio, y marchando por el Turio sin ser sentidos, cuando despues se mostraron fué grande la turbacion y fuga de los bárbaros, y mayor todavía la matanza de unos con otros; porque no aguardaron en su puesto, sino que corriendo por los precipicios caian sobre sus propias lanzas, y con la priesa se despeñaban unos á otros, persiguiéndolos desde arriba los enemigos, é hiriéndolos por la espalda; de manera que perecieron unos tres mil en el Turio; y de los que huyeron, á unos les cortó la retirada, y los destrozó Murena, que ya habia tomado posicion; y otros, arrojados hácia el campamento amigo, como cayesen repentinamente y sin órden sobre la hueste ya formada, introdujeron en la mayor parte el terror y la confusion; y con retardar las órdenes de los generales no fué tampoco pequeño el mal que causaron. Porque Sila sobrevino prontamente cuando así estaban desordenados, y pasando con ligereza el espacio que los separaba, quitó á los carros falcados toda su actividad y fuerza, por cuanto esta la toman principalmente de lo largo de la carrera, que es la que les da ímpetu y pujanza: siendo por el contrario los golpes de cerca ineficaces y flojos, como los de los dardos, si el arco no ha podido tenderse; que fué lo que entónces sucedió á los bárbaros, porque apoderados los Romanos de los primeros carros, que no habian podido obrar ni chocar sino débil y remisamente, luégo con risa y gritería pedian otros, como se acostumbra hacer en el circo en las

carreras de caballos. En este estado vinieron á las manos una y otra infantería, presentando los bárbaros sus lanzas largas, y procurando con la union de los escudos conservar el órden de la formacion; mas los Romanos, arrojando las picas y echando mano á las espadas, retiraron las lanzas de aquellos tan pronto como con gran rabia se arrojaron sobre ellos; porque vieron que estaban formados en primera fila quince mil esclavos, que los generales del Rey habian proclamado libres de los tomados á los enemigos, y les habian dado lugar entre los primeros infantes: así se dice haber exclamado un centurion de los Romanos, que sólo en los Saturnales habia visto á los esclavos usar de libertad. A éstos, pues, como con dificultad los hiciesen huir los infantes romanos por el apiñamiento y espesor de la formacion, y tambien porque ellos mostraron más denuedo del que podia esperarse, los desordenaron por fin y obligaron á volver la espalda las piedras y dardos que con abundancia les tiraron los Romanos que se habian colocado á la espalda.

Extendia Arquelao su ala derecha en disposicion de envolver á los Romanos, y Hortensio acudió á carrera con sus cohortes á acometerle por el flanco; pero como aquél enviase sin dilacion á su encuentro dos mil caballos que tenía á mano, oprimido de la muchedumbre se retiró hácia las alturas, perdida algun tanto la formacion y cercado de los enemigos. Súpolo Sila, y marchó al punto en su auxilio desde el ala derecha, que áun no habia entrado en accion. Arquelao, que por el polvo levantado con aquel movimiento conjeturó lo que era, dejó en paz á Hortensio, y se dirigió al sitio de donde partió Sila en su ala derecha para derrotarla, hallándola falta de caudillo. Al mismo tiempo Taxiles cargó á Murena con sus *calcaspidas*, ó los de bronceados escudos; de manera que formándose gritería en dos partes, y repitiendo el eco las montañas, lo entendió Sila, y quedó muy confuso sin saber á dónde acudir. Resolvió

volver á su puesto, mandando en socorro de Murena á Hortensio con cuatro cohortes; y dando órden á la quinta de que le siguiese, marchó al ala derecha, que por sí misma se habia sostenido dignamente contra Arquelao; y con su venida enteramente le rechazó. Victoriosos, pues, persiguieron á los enemigos hácia el rio y el monte Aconcio, á donde corrian en completa dispersion. Mas no por esto se descuidó Sila de Murena, que quedaba en riesgo, sino que partió á dar socorro á aquellas tropas; pero viéndolas tambien vencedoras, volvió á tomar parte en la persecucion. Murieron muchos de los bárbaros en aquella llanura; pero fueron muchos más los que perecieron sobrecogidos en las inmediaciones del campamento á donde querian refugiarse: en términos que de tantos millares solos diez mil llegaron á Calcis. Sila dice que de los suyos sólo faltaron catorce, y de éstos aún perecieron dos á la caida de la tarde. Así en los trofeos inscribió á Marte, la Victoria y Vénus, como que habia dado fin glorioso á aquella guerra no ménos por su buena dicha que por la pericia y el valor; y este trofeo, por la victoria de la llanura, le colocó en el punto en donde primero cedió Arquelao junto al rio Molo. El otro por la sorpresa de los bárbaros existe en la cima del Turio, y su inscripcion en caracteres griegos da el prez de la victoria á Homoloico y Anaxidamo. Las fiestas por estas victorias las celebró en Tebas, erigiendo un altar junto á la fuente Edipode: los jueces eran Griegos, escogidos de las demas ciudades, habiéndose mostrado irreconciliable con los Tebanos, á quienes tomó la mitad de sus términos, consagrándola á Apolo Pitio y Júpiter Olimpio; y del dinero de las rentas de ellos mandó se diera tambien á los Dioses el que les habia tomado de sus templos.

Sabiendo á poco de ejecutadas estas cosas que Flaco, elegido cónsul de la faccion contraria, atravesaba con tropas el mar Jonio, segun se decia contra Mitrídates, pero

en realidad contra él mismo, movió hácia Tesalia, como para salir á recibirle; pero habiendo llegado á Melitea, le vinieron avisos de muchas partes de que estaban talando el país que dejaba á la espalda tropas del Rey en no menor número que ántes. Porque Dorilao, que habia llegado á Calcis con grande aparato de naves, en las que traia ochenta mil hombres del ejército de Mitrídates, ejercitados y muy en órden, sin detenerse habia pasado á la Beocia; y apoderado del país, procuraba atraer á Sila á una batalla: desatendiendo los consejos de Arquelao, que trataba de contenerlo, y áun reconviniendo en cierta manera á éste sobre la anterior batalla, como que sin traicion no podian haber sido desechas tan considerables fuerzas. Mas Sila, que tuvo que retroceder á toda priesa, hizo conocer á Dorilao que Arquelao era hombre prudente, y tenía experiencia de lo que era el valor romano; pues con sólo haber tedido con Sila unos ligeros encuentros cerca de Tilfosio, fué ya el primero en no tener por conveniente que la contienda se decidiera en una batalla, sino que la guerra se alargase y se fatigase á Sila á fuerza de tiempo y de gastos. Mas, sin embargo de esto, dió cierta confianza á Arquelao el país de Orcomene, en que estaban acampados, por ser muy ventajoso, en caso de venir á las manos, para los que prevalecian en caballería; porque entre las llanuras de la Beocia es la más bella y más espaciosa la que empieza en la ciudad de Orcomene, porque ella sola se dilata anchamente, y está despejada de arboledas hasta las lagunas en que se pierde el rio Melas; el cual, naciendo debajo de Orcomene, caudaloso y navegable desde su fuente, en lo que es único entre todos los rios de la Grecia, tiene además la particularidad de que crece como el Nilo en el solsticio del verano, y lleva plantas semejantes á las de aquél, sino que no dan fruto, ni llegan á la misma altura. No va tampoco muy léjos, sino que la mayor parte se pierde muy pronto en lagos ciegos y pantanosos; y despues la otra

parte, que es bien escasa, se mezcla con el Cefiso en aquel punto donde la laguna produce la caña de flautas.

Estando acampados muy cerca unos de otros, Arquelao se mantenia en quietud; pero Sila se dedicó á abrir fosos de uno y otro lado, con el objeto de cortar á los enemigos, si le era posible, los lugares seguros y á propósito para la caballería, y estrecharlos hácia las lagunas. No lo sufrieron éstos, sino que saliendo con ardor y en tropel luégo que los generales se lo permitieron, no sólo se dispersaron los que con Sila se hallaban en los trabajos, sino que tambien se conmovieron y dieron á huir parte de los que estaban sobre las armas. Entónces Sila, apeándose del caballo y tomando una insignia, corrió por entre los que huian contra los enemigos, diciendo á voces: «A mí me es glorioso, oh Romanos, morir en este sitio: vosotros, á los que os pregunten dónde abandonasteis á vuestro emperador, acordaos de responderles que en Orcomene.» Esta voz los contuvo, y como dos cohortes de las del ala derecha se adelantasen á apoyarle, con ellas rechazó á los enemigos. Retrocedió luego con ellas un poco, y dándoles un refresco, volvió otra vez al trabajo de abrir foso delante del real de los enemigos. Volvieron éstos tambien á acometer en más órden que ántes; y Diógenes, hijo de la mujer de Arquelao, peleando en el ala derecha, pereció con gloria. Los arqueros, como oprimidos de los Romanos no tuviesen retirada, tomando muchos dardos en la mano, é hiriendo con ellos como con unas espadas, procuraban defenderse: al fin, encerrados en su campo, á causa de las muertes y heridas, pasaron congojosamente la noche. Al dia siguiente otra vez sacó Sila los soldados á la obra del foso, y como los enemigos salieseh en gran número como para batalla, arrojándose sobre ellos, los rechazó, y no quedando ninguno que hiciese frente, tomó á viva fuerza el campamento. Llenaron los muertos de sangre las lagunas y de cadáveres todo el terreno pantanoso, tanto, que áun ahora se en-

cuentran arcos del uso de los bárbaros, morriones, fragmentos de corazas de hierro y espadas sumergidas entre el cieno, sin embargo de haberse pasado doscientos años poco más ó ménos desde aquella batalla. Así es como se refiere le ocurrido en las jornadas de Queronea y Orcomene.

Como en Roma Cina y Carbon maltratasen con la mayor injusticia y violencia á los más principales ciudadanos, muchos, huyendo de la tiranía, se acogian como á un puerto al ejército de Sila: así, por cierto tiempo hubo cerca de él una especie de Senado; y Metela, habiendo podido con dificultad ocultarse á sí misma y á sus hijos, llegó trayéndole la noticia de que su casa y sus haciendas habian sido quemadas por sus enemigos, y pidiéndole diera auxilio á los que quedaban en Roma. Cuando se hallaba perplejo, por no poder resolverse ni á abandonar la patria molestada y oprimida, ni á partir dejando imperfecta una obra tan importante como era la guerra Mitridática, se le presentó un comerciante de Delos, llamado Arquelao, enviado secretamente de parte del otro Arquelao á hacerle ciertas proposiciones y darle esperanzas. Oyóle Sila con tanto placer, que se determinó á ir por sí mismo á conferenciar con Arquelao, y conferenciaron en efecto orilla del mar, cerca de Delio, donde está el templo de Apolo. Comenzó Arquelao la plática, procurando atraer á Sila á que abandonando el Asia y el Ponto partiese á la guerra que tenía que sostener en Roma, recibiendo para ella de parte del Rey intereses, galeras y tropa en la cantidad quo quisiese; á lo que contestó Sila proponiéndole á su vez, que no hiciera cuenta del Rey, sino que reinase él mismo en su lugar, haciéndose aliado de los Romanos, y entregando cierto número de naves. Repelió Arquelao con horror una traicion semejante, y entónces le dijo: «Pues si tú, oh Arquelao, siendo Capadocio y esclavo, ó si quieres amigo de un rey bárbaro, no sufres la infamia por bienes de tan gran tamaño,

á mí, que soy romano y Sila, ¿cómo te atreves á hablarme de traiciones, como si no fueras aquel mismo Arquelao que, huyendo en Queronea con muy poca gente, restos de ciento veinte mil hombres, te hubiste de esconder por dos dias en las lagunas de Orcomene, dejando intransitable la Beocia por la multitud de los cadáveres?» A esto, mudando ya de lenguaje Arquelao, y echándose á sus piés, le rogó que pusiera fin á la guerra haciendo paz con Mitrídates. Admitió Sila la propuesta, y se hizo un tratado, por el que se convino en que Mitrídates cederia el Asia y la Paflagonia; se pondria por rey de Bitinia á Nicomedes, y de Capadocia á Ariobarzanes, y se entregarian á los Romanos dos mil talentos y setenta naves con espolones de bronce y todo su aparejo, con solo que Sila afianzase al Rey, y le diese por seguros todos sus demas dominios, y le declarase aliado del pueblo romano.

Hechos estos convenios, torciendo de camino, marchó por la Tesalia y la Macedonia al Helesponto, teniendo á Arquelao con grande estimacion en su compañía; y habiendo caido éste enfermo de peligro en Larisa, parando el viaje, hizo se le asistiera como á uno de los generales y caudillos que militaban á sus órdenes. Esto dió ocasion á que se pusiera tacha en la jornada de Queronea, como que no se habia obrado con limpieza; y tambien el que habiendo remitido Sila al Rey todos sus amigos que habian quedado cautivos, sólo á Aristion el tirano le dió muerte con hierbas por estar enemistado con Arquelao. Sobre todo hizo sospechar el terreno de diez mil yugadas que se dió en la Eubea á un hombre de Capadocia, y el haberle declarado Sila amigo y socio de los Romanos; mas sin embargo de todo esto, hace Sila la apología en sus Comentarios. Viniéronle á esta sazon embajadores de Mitrídates diciendo que á todo lo demas estaba pronto; pero que en cuanto á la Paflagonia no venia en que se le despojase de ella, y en cuanto á las naves de ningun modo se confor-

maba; de lo que indignado Sila: «¿Qué es lo que decís? les preguntó: ¿Mitrídates se opone á lo de la Paflagonia, y del todo se niega en cuanto á las naves, cuando yo creia que me haria adoraciones si le dejaba aquella diestra con la que á tantos Romanos ha dado muerte? Bien pronto será otro su lenguaje en pasando yo al Asia: ¡está muy bien que ahora descansando en Pérgamo dirija una guerra que hasta el dia no ha presenciado!» Intimidados los embajadores, guardaron silencio; pero Arquelao hizo ruegos á Sila, y sosegó su enojo, tomándole la diestra y derramando lágrimas. Persuadióle, finalmente, á que le enviase á él mismo á Mitrídates, porque ó haria la paz con las condiciones que queria, ó si no lo alcanzaba se daria á sí mismo la muerte. Mandándole, pues, bajo estos supuestos, invadió la Media, y habiéndolo talado todo, dió la vuelta á la Macedonia, y en Filipos recibió á Arquelao, que le participó estar todo negociado á satisfaccion; pero que Mitrídates deseaba con ánsia venir á tratar con él: siendo de ello la principal causa Fimbria, que habiendo dado muerte á Flaco, cónsul del otro partido, y vencido á los generales del Rey, marchaba ya contra el mismo. Este temor era el que principalmente obligaba á Mitrídates á preferir el hacerse amigo de Sila.

Juntáronse en Dardano de la Troade, teniendo consigo Mitrídates doscientas naves armadas, cuarenta mil infantes, seis mil caballos y gran número de carros falcados; y Sila cuatro cohortes y doscientos caballos. Vínose hácia él Mitrídates alargándole la mano; pero Sila le preguntó si daba por terminada la guerra bajo las condiciones convenidas con Arquelao; y como el Rey callase, «pues de los que tienen que pedir, continuó Sila, es el hablar los primeros: los vencedores con callar hacen bastante.» Comenzó entónces Mitrídates á hacer su apología, echando la culpa de la guerra ya á algun mal genio, y ya á los mismos Romanos; mas interrumpióle Sila diciendo, que ya ántes habia oido á

otros, y ahora habia conocido por sí mismo, cuán diestro era Mitrídates en la retórica, pues que no le habian faltado palabras que tenian algun color en hechos tan depravados é injustos. Reprendióle, pues, y reconvínole por tantos males como habia causado, y volvióle á preguntar si pasaba por lo convenido con Arquelao; y como dijese que sí, entónces le saludó y le echó los brazos para abrazarle; presentándole á los reyes Ariobarzanes y Nicomedes, y reconciliándolos con él. Dióle Mitrídates las setenta naves y quinientos arqueros, é hizo vela para el Ponto. Habia observado Sila que se habian disgustado los soldados con aquellas paces, pareciéndoles cosa terrible que un rey que habia sido el mayor enemigo de los Romanos, teniendo dispuesta la matanza en un dia de setenta mil de ellos de los que se hallaban en el Asia, se marchara con su riqueza y sus despojos de este mismo país que habia estado saqueando y poniendo á contribuciones por cuatro años seguidos; pero se excusó con ellos, diciéndoles que no le habria sido posible hacer á un tiempo la guerra á Fimbria y Mitrídates si se hubieran coligado contra él.

Partió de allí contra Fimbria, que estaba acampado junto á Tiro, y estableciendo muy cerca de él sus reales, se puso á abrir un foso en derredor de ellos. Los soldados de Fimbria salieron de su campamento sin más que las túnicas, y yéndose á saludar á los de aquél, se pusieron á ayudarles en su obra con el mayor calor; vista la cual mudanza por Fimbria, como considerase á Sila inflexible, se dió á sí mismo la muerte en su campo. Sila entónces multó al Asia en general en cien mil talentos; y luégo en particular vino á arruinar las casas con la insolencia y el exquisito servicio de los alojados; porque mandó que el huésped diera al soldado raso cuatro tetracdracmas (1) al dia, y además de

(1) La tetracdracma era de cuatro dracmas, y la dracma venía á valer dos reales de vellon.

comer á él y á cuantos amigos convidase; que el Tribuno percibiria al dia cincuenta dracmas y una ropa para casa y otra para salir á la calle.

Habiendo dado á la vela de Efeso con todas las naves, entró al tercer dia en el Pireo: inicióse en los misterios, y se apropió para sí la biblioteca de Atelicon de Teyo, en la que se hallaban la mayor parte de los libros de Aristóteles y Teofrasto, poco conocidos entónces de los más de los literatos. Dícese que traida á Roma, Turanion el Gramático corrigió muchos lugares; y que habiendo alcanzado de él Andrónico Rodio algunas copias, las publicó, siendo éste tambien quien formó las tablas que ahora corren. Los más antiguos de los Peripatéticos, aunque generalmente elegantes é instruidos, parece que no tuvieron la suerte de dar con muchas de las obras de Aristóteles y de Teofrasto, ni de poder examinarlas con la debida diligencia, por culpa del heredero Nileo Escepsio, á quien las dejó Teofrasto y de quien pasaron á hombres oscuros é ignorantes. Miéntras Sila se detenia en Atenas le cargó en los piés un dolor sordo con pesadez, del que dice Estrabon que es el tartamudeo de la gota. Embarcóse para Adepso, donde usó de aguas termales, entreteniéndose juntamente y pasando el tiempo con los artífices de Baco. Paseándose orilla del mar le presentaron unos pescadores ciertos peces muy hermosos, y holgándose mucho con el presente, como hubiese sabido que eran de Aleas, preguntó: «Pues qué, ¿todavía hay alguno de Aleas vivo?» Y es que cuando vencedor en la batalla de Orcomene persiguió á los enemigos, al paso asoló tres ciudades de la Beocia, Antedon, Larumna y Aleas. Quedáronse cortados de miedo los pescadores; pero sonriéndose les dijo que fuesen en paz, pues no eran ruines ni despreciables los intercesores que habian traido; y Alentados con esto los Aleenses, es fama que volvieron otra vez á la ciudad.

Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se

disponia á marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio á Bríndis; pero está allí cerca Apolonia, y á la inmediacion de ésta Ninfeo, lugar sagrado, donde de un montecillo cubierto de hierba y de unos prados nacen diversas fuentes que de contínuo manan fuego. Estando él allí durmiendo, se dice que cogieron un sátiro, cual los escultores y los pintores los representan, y que traido ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese más que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero. Estándose ya entendiendo en el embarque de los soldados, manifestó temor Sila de que luégo que aportasen á la Italia se dispersarian acá y allá por las ciudades; y ellos juraron que se mantendrian unidos, y que voluntariamente ningun daño causarian en Italia. Despues, considerando que habria menester cuantiosos fondos, le presentaron y ofrecieron todo lo que cada uno tenía ahorrado; mas Sila no admitió aquellas primicias, sino que aplaudiéndolos y confirmándoles en su adhesion á él, partió alentadamente, segun él mismo dice, contra quince generales contrarios que mandaban cuatrocientas y cincuenta cohortes, por significarle el Dios con la mayor claridad la ventura que le aguardaba. Porque sacrificando en Tarento inmediatamente despues de su arribo, se vió que la extremidad del hígado presentaba la figura de una corona con dos cintas que de ella pendian; y poco despues del desembarco en la Campania junto al monte Hefeo se vieron por el dia dos machos grandes de cabrío acometerse, y hacer y padecer todo lo que acontece á los hombres cuando pelean. Fué sólo una apariencia; la que levantada un poco de la tierra se esparció por el aire en diversas partes parecidas á unas imágenes muy débiles, y luégo se desvaneció enteramente. Despues, al cabo de poco tiempo, congregando en aquel mismo lugar Mario el jóven y el

cónsul Norbano considerables fuerzas, Sila, sin formar su tropa ni distribuirla convenientemente, y sin más que el vigor y el ímpetu que su misma decision dió á los soldados, desbarató á los enemigos, y encerró á Norbano en la ciudad de Capua, habiéndole muerto siete mil hombres. Esto dice haber sido causa de que no se disolviese su ejército, diseminándose por las ciudades, sino en que se mantuviese unido, mirando con desprecio á los enemigos, sin embargo de que eran en mucho mayor número. En Silvio dicen que por divina inspiracion se le presentó un esclavo de Poncio anunciándole de parte de Belona la superioridad en la guerra y la victoria, y que si no se daban priesa arderia el Capitolio; lo que así sucedió el mismo dia que habia predicho, que fué un dia ántes de las nonas Quintiles, que ahora llamamos Julias. Además de esto, hallándose Marco Lúculo, uno de los generales del partido de Sila, en las cercanías de Fidencia con solas once cohortes, al frente de cincuenta que tenian los enemigos, él bien confiaba en el valor de sus soldados; pero se detenia porque la mayor parte estaban desarmados. Hallándose, pues, perplejo y pensativo, trajo el viento de la llanura vecina en que habia unos prados muchas flores, y las arrojó y esparció sobre los escudos y cascos de los soldados, pareciéndoles á los enemigos que se habian puesto coronas; y ellos, cobrando con esto nuevo ardor, se arrojaron al combate, del que salieron vencedores, dando muerte á diez y ocho mil hombres y tomando el campamento. Este Lúculo era hermano del otro Lúculo que más adelante derrotó y exterminó á Mitrídates y á Tigranes.

Sila, viéndose todavía estrechado por todas partes de sus enemigos con muchos ejércitos y numerosas tropas, hizo por atraer á la paz, parte por la fuerza, y parte por engaño, al otro cónsul Escipion. Habiéndole dado éste entrada, tenian conferencias y frecuentes juntas, buscando siempre Sila algun motivo de dilacion y algun pretexto; y

en tanto ganó á los soldados de Escipion por medio de los suyos, ejercitados en toda falsedad y lagotería como su general. Porque entrando dentro del campamento de los enemigos, y mezclándose en medio de ellos, al punto se atrajeron á unos con dinero, á otros con promesas, y á otros con lisonjas y halagos. Finalmente, presentándose Sila allí cerca con veinte cohortes, saludándole se pasaron á él, y quedándose Escipion solo en su tienda, hubo de conformarse: miéntras Sila, habiendo cazado con sus veinte cohortes, como con otras tantas aves mansas, las cuarenta de los enemigos, las condujo todas á su campamento: así se cuenta haber dicho Carbon que peleaba en Sila con un leon y una raposa alojados en su alma; pero la que más le incomodaba era la raposa. A este tiempo Mario, que tenía en Signio ochenta y cinco cohortes, provocaba á Sila á una batalla; y éste admitia gustoso el combatir en aquel mismo dia, porque habia tenido entre sueños esta vision. Parecióle que el viejo Mario, ya difunto tiempo ántes, exhortaba á Mario su hijo á que se guardara del dia que entraba, porque le traia un grande infortunio; por tanto, Sila estaba pronto para la batalla, y envió á llamar á Dolabela, que estaba acampado á alguna distancia; pero como los enemigos le tomasen los caminos y le cerrasen el paso, los soldados de Sila llegaron á cansarse de combatir y andar; y cayendo al mismo tiempo miéntras así trabajaban una gran lluvia, esto acabó de estropearlos. Dirigiéndose, pues, los tribunos á Sila le pedian, que dilatase la batalla, mostrándole á los soldados quebrantados de la fatiga, y tendidos por el suelo reclinados sobre los escudos. Hubo de condescender muy contra su voluntad; y dada la señal de hacer alto, cuando empezaban á formar el valladar y abrir el foso, delante del campamento se presentó con arrogancia Mario, yendo el primero en su caballo, en el concepto de que los desbarataria hallándolos desordenados. Entónces su Genio dió cumplida á Sila la palabra que le anunció

en sueños, porque su cólera pasó á los soldados, y suspendiendo las obras, dejadas las picas clavadas en el foso, desenvainaron las espadas, y con grande algazara se trabaron con los enemigos; mas éstos no aguantaron mucho tiempo, sino que dieron á huir, y se hizo en ellos una horrible carnicería. Mario huyó á Preneste; pero ya encontró cerradas las puertas; y echándole de arriba una cuerda, se la ciñó al cuerpo, y así lo subieron á la muralla. Algunos dicen, y de este número es Fenestela, que Mario ni siquiera tuvo la menor noticia de la batalla, sino que habiéndose recostado en tierra bajo una sombra, á causa de sus muchas vigilias y fatigas, al tiempo de hacerse la señal del combate le cogió el sueño, y apénas despertó cuando todos habian dado á huir. Dícese que Sila no perdió en esta batalla más que veintitres hombres, habiendo muerto á cuarenta mil de los enemigos, y apresado vivos ochenta mil. Con igual felicidad le salió todo lo demas por medio de sus generales Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio, pues sin vacilar poco ó nada destrozaron fuerzas muy considerables de los enemigos; de manera que Carbon, que habia sido el principal apoyo de la faccion contraria, abandonando de noche su ejército se embarcó para el Africa.

En el último combate, como atleta que entra de refresco contra el que está cansado, estuvo en muy poco que el sámnite Telesino no lo derribase y destruyese á las mismas puertas de Roma; porque allegando mucha gente en union con Lamponio Luqués marchó con celeridad sobre Preneste, con el intento de sacar del cerco á Mario; pero habiéndose enterado de que tenía á Sila por el frente y á Pompeyo por la espalda, dirigiéndose ambos á toda priesa contra él, encerrado de una y otra parte, como buen guerrero ejercitado en muchos combates, levanta su campo por la noche, y marcha con todas sus fuerzas contra Roma. Faltó muy poco para que la sorprendiese sin ninguna guardia; y estando á diez estadios de la puerta Colina, allí se

fijó, amenazando á la ciudad, lleno de presuncion y de esperanzas por haber burlado á tantos y tan acreditados generales. En la madrugada, habiendo salido contra él á caballo lo más escogido de la juventud, dió muerte á muchos, y entre ellos á Apio Claudio, varon insigne en linaje y en virtud. Siendo grande como se deja conocer la confusion de la ciudad, y muchos los lamentos y las carreras, el primero que se alcanzó á ver fué Balbo, enviado por Sila á todo escape con setecientos caballos; y no dando más tiempo que el preciso para que se les quitase el sudor, volvió á ensillar á toda priesa, y se fué en busca de los enemigos. En esto ya se descubrió Sila, y dando al punto órden á los principales para que se diese un rancho, formó en batalla. Rogáronle con instancia Dolabela y Torcuato que se detuviese y no aventurase el resto, teniendo la gente tan fatigada, pues los que ahora se le oponian no eran Carbon y Mario, sino los Sámnites y Lucanos, pueblos enemigos encarnizados de Roma y muy belicosos; pero apartándolos de sí mandó que las trompetas dieran la señal de envestir, cuando vendrian ya á ser las diez del dia. Trabóse un combate como el que nunca otro; y la derecha mandada por Craso alcanzó al punto la victoria; mas como la izquierda sufriese y llevase lo peor, fué Sila en su socorro en un caballo blanco que tenía muy alentado y ligero. Conociéndole por él dos de los enemigos, tendieron sus lanzas para arrojárselas. El mismo Sila no lo advirtió; pero su asistente dió con el látigo al caballo, y éste se adelantó lo preciso para que alcanzando las puntas á dar en la cola, cayesen y se clavasen en tierra. Dícese que teniendo Sila un idolito de Apolo tomado en Delfos, le traia siempre consigo en el seno en las batallas, y que en aquel trance le besó diciendo: «Oh Apolo Pitio, tú que de tantos combates sacaste triunfante y glorioso á Cornelio Sila, el feliz, ¿lo habrás traido ahora aquí á las puertas de la patria para arrojarle á que perezca vergonzosamente con sus conciu-

dadanos?» Hecha esta plegaria, se dice que exhortó á unos, amenazó á otros, y á otros los cogió del brazo; mas que finalmente, mezclado con los que huian, se refugió al campamento, habiendo perdido á muchos de sus amigos y deudos. No pocos tambien de los que habian salido de la ciudad á ver la accion perecieron y fueron pisoteados; de modo que daban por perdida la patria, y estuvo en muy poco que no hiciesen alzar el cerco de Mario: porque los que de la revuelta fueron allá á parar excitaban á Lucrecio Ofela, encargado de estrechar el sitio, á que levantara sin dilacion el campo, teniendo por muerto á Sila, y á Roma por presa de los enemigos.

Siendo ya muy alta noche, vinieron al campo de Sila de parte de Craso á pedir raciones para él y para sus soldados; porque luégo que venció á los enemigos, persiguiéndolos hasta Antemna, puso allí cerca su campo. Sila con esta noticia, y con la de que habian perecido la mayor parte de los enemigos, pasó al amanecer á la misma Antemna; y presentándosele tres mil de estos en legacion, les ofreció darles inmunidad si volvian á él despues de haber causado algun daño á los otros enemigos. En esta confianza acometieron á los restantes, y murieron muchos á mano unos de otros; mas á aquellos mismos, y á los que pudo haber de los otros, en todo hasta unos seis mil, los encerró en el Hipódromo, y convocó el Senado para el templo de Belona. Al mismo tiempo de tomar él la palabra para hablar al Senado, los que tenian la órden dieron muerte á los seis mil. Levantóse una horrorosa gritería, como era natural, siendo asesinados tantos en un recinto estrecho; y como los senadores se asustasen, del mismo modo que estaba hablando, no alterándose ni mudándosele el semblante, les mandó que atendiesen á lo que decia, sin meterte en las cosas de afuera; porque aquello no era más que un aviso hecho de su órden á algunos perversos. Esto hizo conocer, áun al ménos despierto de los Romanos, que

habian mudado de forma de tiranía, pero no la habian sacudido; pues al cabo Mario, habiendo mostrado dureza desde el principio, con el poder la aumentó, pero no mudó de carácter; y Sila, que habia empezado á usar suave y políticamente de su fortuna, ganando concepto de un general popular y benigno, y que era además divertido desde jóven, y blando á la compasion, pues lloraba con mucha facilidad, se pudo sospechar que recibió aquella tan extraña mudanza de la misma grandeza de su poder, que no le dejó permanecer en sus antiguas costumbres, sino que las convirtió en feroces, soberbias é inhumanas. Mas si esto fué variacion y mudanza causada en su índole por la fortuna, ó más bien manifestacion que hizo el poder de la perversidad que ántes abrigaba en su corazon, sería de otra investigacion el definirlo.

Dado ya Sila desenfrenadamente á la carnicería, en términos de llenar la ciudad de asesinatos que no tenian número ni fin, siendo muchos sacrificados á enemistades particulares que en nada le tocaban, sólo por condescendencia y complacencia hácia los que le hacian la corte, uno de los jóvenes, Cayo Metelo, tuvo resolucion para preguntarle en el Senado cuál sería el término de los males, y hasta dónde hacía ánimo de llegar, para poder esperar que cesarian tantas desgracias. «Porque te pedimos, continuó, no que libres de la pena á aquelllos con quienes te has propuesto acabar, sino de la incertidumbre á los que piensas queden salvos.» Respondiendo Sila que áun no sabía á quiénes dejaria, repuso Metelo: «pues decláranos á quiénes has de castigar;» á lo que contestó Sila que así lo haria. Algunos son de opinion que no fué Metelo sino un tal Aufidio, de aquellos que por adulacion frecuentaban la casa de Sila, el que dijo esto último. Sila, pues, proscribió al punto ochenta, sin tratarlo con ninguno de los que ejercian magistraturas; y como muchos se horrorizasen de ello, dejando pasar sólo un dia, proscribió doscientos y veinte, y al tercer

dia un número no menor; y hablando en público sobre esto mismo, dijo que habia proscripto á aquellos que le habian venido á la memoria, y que para los olvidados habria otra proscripcion. Impuso además al que recibiese y salvase á uno de los proscriptos, como pena de su humanidad, la de muerte, sin hacer excepcion ni de hermano, ni de hijo, ni de padres; y al que los matase señaló el premio de dos talentos por tal asesinato, aunque el esclavo matase á su señor y al padre el hijo; pero lo que pareció más injusto que todo lo demas fué haber condenado á la infamia á los hijos y nietos de los proscriptos, y haber publicado sus bienes. Proscribíase no sólo en Roma, sino en todas las ciudades de Italia: no estando inmunes y puros de esta sangrienta matanza ni los templos de los Dioses, ni los hogares de la hospitalidad, ni la casa paterna; sino que los maridos eran asesinados en los brazos de sus mujeres, y los hijos en los de sus madres. Y los entregados á la muerte por encono y enemistades eran un número muy pequeño respecto de los proscriptos por sus riquezas: así hablándose de los que perecian, como cosa corriente se decia: á éste le perdió su magnífica casa, á aquél su huerta, al otro las aguas termales. Quinto Aurelio, hombre retirado de negocios, y á quien de aquellos males no cabia más parte que la que por compasion pudiera tomar en los de algunos que sufrian, yendo á la plaza, leyó la tabla de los proscriptos, y hallando su nombre, «¡miserable de mí! exclamó; lo que me persigue es mi campo del monte Albano;» y á pocos pasos que habia andado fué muerto por uno que iba en su seguimiento.

En esto Mario, estando ya para caer prisionero, se dió á sí mismo muerte; y Sila, pasando á Preneste, al principio los juzgaba y castigaba de uno en uno; pero despues no estando de tanto vagar, los reunió en un punto á todos, que eran doce mil, y mandó que los pasaran á cuchillo, no perdonando á otro que á su huésped; pero éste le respon-

dió con grandeza de alma que por amor á la vida no sobreviviria á la ruina de la patria; y mezclándose voluntariamente con sus conciudadanos, pereció con ellos. Lo que pareció cosa nueva y terrible fué el hecho de Lucio Catilina, porque éste, habiendo dado muerte á su hermano cuando todavía los negocios públicos estaban indecisos, pidió despues á Sila que lo proscribiese como si estuviese vivo, y lo proscribió. Para mostrarse luégo agradecido á este favor, dió muerte á un Marco Mario, de la faccion contraria, y llevando la cabeza á presentársela á Sila, que despachaba en la plaza, marchó desde allí al purificatorio de Apolo, que estaba cerca, y se lavó las manos.

Aun fuera de tantas muertes, ofendia por todo lo demas con su conducta; porque se nombró dictador á sí mismo, reproduciendo esta magistratura al cabo de ciento y veinte años: se decretó igualmente á sí mismo la inmunidad por todo lo hecho, y para en adelante el derecho de muerte, de confiscacion, de enviar colonias, de talar ciudades, y de dar y quitar reinos á quien quisiera. En las subastas de las casas confiscadas se condujo con tal insolencia y despotismo, áun despachando en el tribunal, que más todavía que los despojos incomodaban las donaciones que de los bienes hacía: dando á mujeres bien parecidas, á guitarristas, á histriones, y á lo más inmundo de la gente de condicion libertina los campos de los pueblos enteros, las rentas de las ciudades, y áun á algunos el matrimonio violento de mujeres casadas. Así, queriendo enlazar con Pompeyo Magno, le hizo dejar la mujer que tenía, y le unió con Emilia, hija de Escauro y de su propia mujer Metela, separándola de Manio G abrion estando en cinta: pero esta joven murió de parto, casada ya con Pompeyo. Aspiraba al consulado Lucrecio Ofela, el que tuvo sitiado á Mario, y se presentó á pedirlo; á lo cual desde luego se opuso Sila; pero como aquél bajase á la plaza asistido y protegido de muchos, enviando un centurion de los que tenía cerca de sí, mandó le

quitara la vida, sentado en el tribunal, y poniéndose desde arriba á ser espectador de aquel asesinato. Prendieron los ciudadanos al centurion, y le llevaron á presentar ante el tribunal; mas Sila les impuso silencio, diciendo que habia sido de su órden, y mandó que á aquél le dejaran libre.

Su triunfo fué ostentoso por la riqueza y novedad de los régios despojos; pero lo que dió más magnificencia y realce á aquel espectáculo fueron los desterrados; porque los más ilustres y autorizados de los ciudadanos precedian con coronas, apellidando á Sila salvador y padre, pues por él habian vuelto á la patria y habian recobrado sus hijos y sus mujeres. Cuando todo se hubo concluido, haciendo en junta pública la apología de sus sucesos, no enumeró con menor cuidado los que creia deber á la fortuna que los que eran obra de su valor; y al concluir, mandó que se le diera el sobrenombre de afortunado: porque esto es lo que principalmente quiere significar la voz latina *felix*. Cuando escribia á los Griegos ó despachaba sus negocios, se daba á sí mismo el título de Epafrodito ó venusto; y entre nosotros está su nombre escrito así en los trofeos: *Lucio Cornelio Sila Epafrodito*. Aun más: habiendo dado á luz Metela dos gemelos, varon y hembra, á aquél le puso el nombre de Fausto, y á ésta el de Fausta; porque los Romanos llaman fausto á lo dichoso y plausible: y era tanto mayor la confianza que ponia en su feliz suerte y en sus propias acciones, que con haber hecho morir á tantos, y haber causado en la ciudad tanto trastorno y mudanza, abdicó la dictadura, y dejó al pueblo árbitro y dueño de los comicios consulares, y no se puso al frente, sino que anduvo por la plaza como un particular, exponiendo su persona á los atropellamientos é insultos; sin embargo de que apénas podia dudarse iba á ser elegido contra su opinion Marco Lépido, hombre resuelto y belicoso; no por aficion á él, sino por miramiento del pueblo hácia Pompeyo que lo solicitaba é intercedia en su favor. Por esta razon, viendo Sila que

Pompeyo se retiraba á la plaza muy contento con esta victoria, llamándole aparte le dijo: «¡Bella eleccion has hecho, oh jóven! has ido á nombrar á Lépido ántes que á Catulo; al hombre más necio, ántes que al más virtuoso de todos. Mira por tí, no te duermas, despues de haber hecho más poderoso que tú á tu antagonista;» en lo que parece que adivinó Sila, porque bien pronto, insolentándose Lépido contra él, le hizo la guerra.

Consagró Sila á Hércules el diezmo de toda su hacienda, y daba al pueblo banquetes sumamente costosos, siendo tan excesivas las prevenciones, que todos los dias se arrojaba al rio gran cantidad de manjares, y se bebia vino de cuarenta años, y más añejo todavía. En medio de uno de estos convites, que se prolongó por varios dias, murió de enfermedad Metela; y como los pontífices no permitiesen á Sila que entrase á verla, ni que la casa se contaminase con el funeral, le envió por escrito el desistimiento de su matrimonio; y en vida todavía mandó que la trasladaran á otra casa, en lo que guardó escrupulosamente por supersticion lo prevenido en la ley; pero en cuanto á las impensas del entierro no se contuvo dentro de los términos de la que él mismo habia establecido, no perdonando gasto alguno. Traspasó tambien lo que habia prescrito en otra ley acerca de la profusion en los banquetes, procurando templar el llanto con festines y francachelas de mucho regalo y festejo. Hubo de allí á pocos meses espectáculos de gladiatores; y cuando no estaban todavía distribuidos los asientos, sino que hombres y mujeres se hallaban mezclados y confundidos en el teatro, casualmente le cupo estar sentada junto á Sila á una mujer al parecer decente y de casa principal. Era efectivamente hija de Mesala, hermana de Hortensio el orador, de nombre Valeria, y hacía poco que se habia separado de su marido. Al pasar por detras de Sila alargó hácia él la mano, y arrancando un hilacho de la toga, se dirigió á su puesto. Volviéndose Sila á mirarla

con aire de extrañeza, «nada hay de malo, le dijo, oh general, sino que quiero yo tambien tener alguna partecita en tu dicha.» Oyólo Sila con gusto, y áun se echó de ver claramente que le habia hecho impresion, porque al punto se informó reservadamente de su nombre, y averiguó su linage y su conducta. Siguiéronse despues ojeadas de uno á otro, frecuente volver de cabeza, recíprocas sonrisas, y por fin palabra y conciertos matrimoniales, de parte de ella quizá no vituperables; pero Sila, aunque por lo demas se enlazó con una mujer de conducta é ilustre, el orígen de este enlace no fué modesto ni decente, dando lugar á que se dijese que se habia dejado enredar como un mozuelo de una mirada y un cierto gracejo de que suelen originarse las pasiones más desordenadas y vergonzosas.

Con tener á esta en casa, hacía mala vida con cómicas, con guitarristas y con hombres de la escena, bebiendo con ellos desde ántes del anochecer, recostados en lechos; porque estos eran entónces los que gozaban de todo su favor: Roscio el cómico, Sorix, jefe de los histriones, y el disoluto Metrobis, cuyos amores conservó siempre sin negarlo, áun despues que éste estuvo fuera de edad. De aquí fué el fomentar sin advertirlo una enfermedad que empezó de ligera causa, habiendo ignorado por largo tiempo que tenía dañadas las entrañas; enfermedad que habiendo viciado la carne, la convirtió toda en piojos; de manera que con ser muchos los que de dia y de noche se los quitaban, nada eran los quitados para los que de nuevo sobrevenian; sino que las ropas, el baño, lo que se empleaba para limpiarle y hasta la comida misma, todo se llenaba de aquella podredumbre y corrupcion: ¡tanto era lo que cundia! Así, muchas veces al dia se metia en el agua, lavando el cuerpo y limpiándolo; pero de nada servia, porque en prontitud ganaba la mudanza, y la muchedumbre vencia á toda diligencia. Dícese que entre los más antiguos murió de piojos Acasto, hijo de Pelias, y más modernamente Alc-

man el poeta; Ferecides el Teólogo y Calistenes de Olinto, estando en la cárcel, y además Mucio el Jurisconsulto; y si se ha de hacer mencion de personas en sí ruines, pero que de algun modo se hicieron conocidas, refiérese igualmente que el fugitivo que empezó en Sicilia la guerra servil, llamado Euno, traido á Roma despues de cautivo, murió tambien de piojos.

Sila no sólo previó su muerte, sino que en cierta manera escribió acerca de ella; porque acabó de escribir el libro vigésimo segundo de sus Comentarios dos dias ántes de morir; y dice haberle predicho los Caldeos que despues de haber tenido una vida ilustre y señalada falleceria en el colmo de sus felicidades. Dice asimismo que un hijo suyo, muerto pocos dias ántes de Metela, se le apareció entre sueños, presentándose con una vestidura pobre, y le rogó se dejara ya de cuidados; sino que yendo con él adonde estaba su madre Metela, viviese con ésta en quietud y sin afanes. Mas no por esto se abstuvo de intervenir en los negocios públicos; porque diez dias ántes de su fallecimiento reconcilió á los de Puteolos que andaban revueltos é inquietos entre sí, y les dió ley segun la que se gobernasen; y un dia ántes, habiendo entendido que el empleado Granio, deudor á los caudales públicos, no pagaba, sino que aguardaba á que él muriese, lo mandó llamar á su cuarto, y allí en su presencia hizo que los ministros lo sofocasen; y rompiéndosele con las voces y el acaloramiento la apostema, arrojó cantidad de sangre. Faltáronle con esto las fuerzas; y pasando con gran fatiga la noche, murió dejando de Metela dos hijos pequeños; y Valeria despues de su muerte dió á luz una niña, á la que pusieron el nombre de Postumia: porque así llaman los Romanos á los hijos que nacen despues de la muerte de sus padres.

Uniéronse y confabuláronse muchos con Lépido para privar su cadáver del funeral establecido; pero Pompeyo, aunque resentido con Sila, porque de los amigos á él solo

le olvidó en el testamento, apartando á unos con su presencia y sus ruegos, y con amenazas á otros de aquel intento, acompañó el cuerpo hasta Roma, y concilió á las exequias seguridad y respeto. Dícese haber traido á ellos las mujeres tal cantidad de aromas, que sin contar los que se llevaban en doscientos y diez canastos, se modelaron un retrato del mismo Sila bastante grande y otro de un lictor, de un incienso y cinamomo muy preciosos. Fué el dia desde la mañana muy nubloso, y temiéndose que llovería, no movió el entierro hasta las nueve; pero soplando un viento bastante fuerte en la hoguera y levantando mucha llama, apresuró el que el cuerpo se consumiese; y cuando ya la pira se apocaba, y el fuego iba á apagarse, cayó una copiosa lluvia que duro hasta la noche: de manera que parece haber querido la fortuna permanecer con su cuerpo hasta darle tierra. Su sepulcro está en el campo Marcio; y la inscripcion se dice haberla dejado él mismo: viniendo á reducirse, á que nadie le habia ganado ni en hacer bien á sus amigos ni mal á sus enemigos.

COMPARACION DE LISANDRO Y SILA.

Pues que hemos referido la vida de éste, pasemos al juicio comparativo. El haberse debido á sí mismos sus adelantamientos, desde el principio hasta llegar á la mayor grandeza, fué comun á ambos; de Lisandro fué propio haber recibido cuantos mandos tuvo de la espontánea voluntad de sus ciudadanos, estando bien constituida la república, sin haberlos violentado en nada ni haber tenido poder fuera de la ley. Pero

> En las revueltas suele al más perverso
> Caber más parte del injusto mando:

como en Roma entónces, que viciado el pueblo y estragado el gobierno, se levantaban poderosos por diferentes medios y caminos; y nada tenía de extraño que Sila dominase, cuando los Glauquias y los Saturninos arrojaban de la ciudad á los Metelos; cuando los hijos de los cónsules eran asesinados en las juntas públicas; cuando se apoderaban de las armas los que al precio del oro y de la plata compraban los soldados; y cuando con el hierro y el fuego se dictaban las leyes, acabando con los que contradecian. No me quejo, pues, de que hubiese quien en tal estado procurase arrebatar el supremo poder; pero tampoco pongo

por señal de haber sido el mejor el haberse hecho el primero, cuando tan oprimida se hallaba la ciudad. El que en Esparta, que entónces florecia en prudencia y buen gobierno, fué elevado á los mayores mandos y empleado en los más arduos negocios, probablemente era entre los mejores el mejor, y entre los primeros el primero. Por tanto, el uno, restituyendo muchas veces la autoridad á sus ciudadanos, muchas veces la volvió á tomar, porque siempre el honor debido á la virtud conservó la preferencia; cuando el otro, nombrado una vez general de ejército, por diez años contínuos, haciéndose á sí mismo ahora cónsul, ahora pro-cónsul, ahora dictador, y siendo siempre tirano, mantuvo sin intermision el mando de las armas.

Intentó Lisandro, como dejamos dicho, hacer mudanza en el gobierno; pero con otra blandura y más legítimamente que Sila; pues era por medio de la persuasion, no de las armas, ni trastornándolo todo de golpe como aquél, sino rectificando la misma institucion de los reyes. Y á la verdad que en el órden natural parecia lo más justo que el mejor de los mejores mandase en una ciudad de la Grecia que debia su opinion á la virtud y no al orígen. Porque así como el cazador no busca lo que procede de un perro, sino perro, y el aficionado á caballos, caballo, y no lo que procede de un caballo, ¿pues no procede tambien de caballo el mulo? de la misma manera el político cometeria un yerro si en lugar de inquirir qué tal es el que ha de mandar, inquiriese de quién procede. Así estos mismos Esparciatas quitaron el mando á algunos reyes, porque no eran de ánimo régio, sino inútiles y para nada. La maldad áun con nobleza es digna de desprecio; y si á la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma. Aun las injusticias, en el uno fueron por sus amigos, y en el otro se extendieron hasta estos mismos; pues se tiene por cierto que los más de los yerros de Lisandro fueron por sus partidarios, y si se ejecutaron muertes, fué en fa-

vor del poder y tiranía de aquéllos; pero Sila por envidia privó á Pompeyo del mando del ejército, quitó á Dolabela el de la armada, que le habia dado él mismo, y á Lucrecio Ofela, que por muchos y grandes servicios aspiraba al Consulado, lo hizo degollar ante sus ojos, llenando de horror y espanto á todos con la muerte de aquellos á quienes al parecer más amaba.

Mas la aficion á los deleites y á las riquezas es la que principalmente hace ver que la índole del uno era propia para el gobierno, y la del otro para la tiranía; porque no aparece que el uno manifestase la menor intemperancia ni el más juvenil descuido en tan grande autoridad y poder, sino que evitó más que cualquiera otro que pudiera aplicársele aquello del proverbio:

Leones en casa, zorras en lo raso:

¡tan arreglada, tan contenida y propiamente lacónica fué en todas partes su conducta y su tenor de vida! cuando el otro, ni de jóven puso freno á sus apetitos por su pobreza, ni de viejo por la edad, y miéntras daba á sus ciudadanos excelentes leyes sobre el matrimonio y la continencia, él andaba derramado en amores y en liviandades, como dice Salustio. Así es que dejó la ciudad tan pobre y escasa de numerario, que á las ciudades amigas y aliadas se les vendia por dinero la libertad y la independencia; y esto en medio de que todos los dias confiscaba y publicaba las casas más ricas y acaudaladas; y es que no habia medida ninguna en lo que prodigaba y derramaba á sus aduladores. ¿Ni qué cuenta y razon podia haber para sus profusiones y condescendencias entre el vino y los banquetes, cuando en público y á presencia del pueblo, vendiendo una grande hacienda y ofreciendo muy poco por ella uno de sus amigos, mandó que se cerrara la subasta; y porque otro dió más y el pregonero publicó el aumento, se puso de mal

humor, diciendo: «Es una crueldad y una tiranía, amados ciudadanos, que yo no haya de poder adjudicar mis despojos, que son mios, á quien me dé la gana.» Mas Lisandro hasta los presentes que se le hicieron los remitió con todo lo demas á sus ciudadanos; y no es esto alabar su hecho, porque quizá causó éste más daño á Esparta con la riqueza que en ella introdujo que aquél á Roma con la que le robó; sino que lo traigo para prueba de su desprendimiento. Una cosa hubo propia y peculiar de cada uno de los dos respecto de su ciudad, y fué que Sila, con ser él mismo desarreglado y pródigo, hizo moderados á sus ciudadanos; y Lisandro llenó su ciudad de aquellas pasiones y afectos de que él estuvo más distante. Erraron, pues, ambos, el uno siendo peor que sus leyes, y el otro haciendo peores que él á sus ciudadanos; porque enseñó á Esparta á tener en precio y apetecer aquello que él habia aprendido á no echar ménos. Esto es por lo que hace al órden político.

En los combates y batallas, en los hechos de armas, en el número de los trofeos y en la grandeza de los peligros, Sila no admite comparacion. Es cierto que el otro alcanzó dos victorias en dos batallas navales, y que puede agregarse á ellas el sitio de Atenas, en sí bien poca cosa, pero al que dió nombre la fama; mas, sin embargo, los sucesos de la Beocia y de Haliarto, que acaso serian una desgracia, mas parece que deben atribuirse á precipitacion de quien no pudo aguardar á que llegaran de Platea las grandes fuerzas del Rey; sino que llevado de la cólera y la ambicion se arrojó temerariamente á los muros, á que unos cualesquiera hombres tenidos en nada, haciendo una salida, le dieran muerte. Pues no pereció de una sola herida mortal, como Cleombroto en Leuctras resistiendo á los enemigos que le oprimian, ni como Ciro y Epaminondas persiguiendo á los que ya cedian y asegurando la victoria, sino que éstos murieron como á reyes y generales correspondia; y Lisandro tuvo la muerte de un escudero ó de un

correo con la nota de haberse sacrificado sin gloria: confirmando la opinion de los antiguos Esparciatas que con razon aborrecian los combates murales, en los que no sólo de la mano de un hombre cualquiera, sino de la de un muchacho ó de una mujer acontece morir herido el más esforzado, como se cuenta de Aquiles haber sido muerto por Páris en las puertas de Troya. Mas las victorias de Sila en batallas campales, los millares de enemigos con quienes acabó, ni siquiera es fácil numerarlos: dos veces tomó á la misma Roma; y el Pireo de Atenas no le conquistó por hambre como Lisandro, sino arrojando de la tierra al mar á Arquelao en fuerza de repetidos y obstinados combates. Tambien entran por mucho en estas cosas los contrarios; pues tengo por juego y burlería el haber combatido en el mar con Antioco, pedagogo de Alcibiades, y haber engañado al demagogo de los Atenienses Filocles,

Hombre oscuro, sin más que larga lengua;

á los cuales se desdeñaria Mitrídates de que se les comparara con su palafranero y Mario con cualquiera de sus lictores; pero de los grandes que contendieron con Sila, cónsules, pretores, demagogos, para pasar en silencio á los demas, ¿quién entre los Romanos más temible que Mario? ¿quién entre los reyes más poderosos que Mitrídates y entre las gentes de Italia, ¿quiénes más aguerridos y mejores soldados que Lamponio y Telesino? pues de todos estos, al primero le obligó á huir; al segundo lo sojuzgó, y á estos últimos les dió muerte.

Pero lo más admirable entre todo lo que se ha dicho, á lo que yo entiendo, es que Lisandro obtuvo todos sus sucesos cooperando con él sus conciudadanos; y Sila, estando desterrado y perseguido por la faccion contraria de sus enemigos, al mismo tiempo que su mujer andaba prófuga, que su casa habia sido asolada, y asesinados sus amigos,

entónces, haciendo frente en la Beocia á innumerables millares de hombres, y exponiendo su persona por la patria, erigió un trofeo; y con Mitrídates que le daba auxilio y tropas contra sus enemigos, en nada cedió ni usó de blandura ó de humanidad alguna, sino que ni siquiera le volvió la palabra ni le alargó la mano, ántes de saber de él que se desistia del Asia, le entregaba las naves y admitia los reyes de Bitinia y Capadocia: hazaña la más gloriosa entre todas las de Sila, y conducida con la mayor prudencia, pues que antepuso el interes público al particular, y como los perros de casta no soltó el bocado y la presa hasta que el rival se dió por vencido, y entónces volvió el ánimo á vengar sus particulares ofensas. Tambien conduce para el juicio y comparacion de sus costumbres lo ejecutado con Atenas; pues Sila, habiendo tomado una ciudad que le habia hecho la guerra en defensa del poder y mando de Mitrídates, le dejó la libertad y la independencia; y Lisandro no sólo no tuvo compasion alguna de ella en consideracion al gran poder y dignidad de que habia decaido, sino que destruyendo la democracia, la entregó á los tiranos más crueles é injustos. Veamos, por fin, si no nos acercaremos á la verdad todo lo posible manifestando que Sila alcanzó más trofeos, pero Lisandro tuvo ménos defectos, y atribuyendo al uno la palma de la templanza y la moderacion, y al otro la del valor y la pericia militar.

CIMON.

Peripoltas el adivino, acompañando desde la Tesalia á la Beocia al rey Ofeltas, y á los pueblos á quien éste mandaba, dejó una descendencia que fué por largo tiempo tenida en estimacion, y lo principal de ella se estableció en Queronea, que fué la primera ciudad que ocuparon, lanzando de ella á los bárbaros. Los más de este linaje, valientes y belicosos por naturaleza, perecieron en los encuentros con los Medos y en los combates con los Galos, por arriesgar demasiado sus personas. De éstos quedó un mocito, huérfano de padres, llamado Damon, y de apellido Peripoltas, muy aventajado en belleza de cuerpo y disposicion de ánimo sobre todos los jóvenes de su edad, aunque por otra parte indócil y duro de condicion. Prendóse de él cuando acababa de salir de la puericia un Romano, jefe de una cohorte que invernaba en Queronea; y como no hubiese podido atraerle con persuasiones ni con dádivas, se tenía por cierto que no se abstendria de la violencia, mayormente hallándose abatida la ciudad y reducida á pequeñez y pobreza. Temiendo esto Damon, é incomodado ya con las solicitudes, trató de armarle una celada, para lo que se concertó con algunos de los de su edad, aunque no en grande número para que no se descubriese: de modo que eran al todo diez y nueve. Tiznáronse los ros-

tros con hollin, y habiendo bebido largamente, al mismo amanecer acometieron al Romano, que estaba haciendo un sacrificio junto á la plaza; y dándole muerte á él y á cuantos con él se hallaban, se salieron de la ciudad. Movióse grande alboroto, y congregándose el Senado de los Queronenses, los condenó á muerte; lo que era una apología en favor de la ciudad para con los Romanos. Juntáronse por la tarde á cenar los magistrados como es de costumbre, y arrojándose Damon y sus camaradas sobre el consistorio, les dieron tambien muerte, y luégo volvieron á marcharse huyendo de la ciudad. Quiso la casualidad que por aquellos dias viniese Lucio Lúculo á ciertos negocios trayendo tropas consigo; y deteniendo la marcha, hizo averiguacion de estos hechos, que estaban recientes, y halló que de nada habia tenido culpa la ciudad, y ántes ella misma habia sido ofendida; por lo que, recogiendo la tropa, marchó con ella. Damon, en tanto, infestaba la comarca con latrocinios y correrías, amenazando á la ciudad; y los ciudadanos procuraban con mensajes y decretos ambiguos atraerle á la poblacion. Vuelto á ella, le hicieron prefecto del Gimnasio; y luego estándose ungiendo acabaron con él en la estufa. Despues de mucho tiempo se aparecian en aquel sitio diferentes fantasmas, y se oian gemidos, como nos lo refieren nuestros padres, y se tapió la puerta de la estufa; mas áun ahora les parece á los vecinos que discurren por allí visiones y voces que causan miedo. A los de su linaje, que todavía se conservan algunos, especialmente junto á Estiris de la Fócide, en dialecto eolico les llaman *asbolómenos*, que quiere decir enjorguinados, por haberse tiznado Damon con hollin cuando salió á su mal hecho.

Eran vecinos los Orcomenios; y como estuviesen enemistados con los Queronenses, ganaron por precio á un calumniador romano, para que como si fuera contra uno sólo intentara contra la ciudad causa capital sobre las

muertes que Damon habia ejecutado. Conocíase de la causa ante el Pretor de la Macedonia, porque todavía los Romanos no enviaban entónces pretores á la Grecia; y los defensores de la ciudad imploraban el testimonio de Lúculo. Escribióle, pues, el pretor, y aquél declaró la verdad; siendo de esta manera absuelta la ciudad de una causa por la que se la habia puesto en el mayor riesgo. Los ciudadanos que entónces se salvaron pusieron en la plaza una estatua de piedra de Lúculo al lado de la de Baco; y nosotros, aunque posteriores en algunas edades, creemos que el agradecimiento debe extenderse tambien á los que ahora vivimos; y entendiendo al mismo tiempo que al retrato que sólo imita el cuerpo y el semblante es preferible el que representa las costumbres y el tenor de vida en esta escritura de las Vidas comparadas, tomamos á nuestro cargo referir los hechos de este ilustre varon, ateniéndonos á la verdad. Porque basta demos pruebas de que conservamos una memoria agradecida; y por un testimonio verdadero, ni á él le agradaria recibir en premio una narracion mentirosa y amañada; pues así como deseamos que los pintores que hacen con gracia y belleza los retratos, si hay en el rostro alguna imperfeccion ni la dejen del todo, ni la saquen exacta, porque esto lo haria feo, y aquello desemejante á la vista; de la misma manera, siendo difícil, ó por mejor decir, imposible, escribir una Vida del todo irreprensible y pura, en los hechos laudables se ha de dar exacta la verdad, como quien dice la semejanza; pero los defectos y como fatalidades que acompañan á las acciones, y proceden ó de algun afecto ó de inevitable precision, teniéndolos más bien por remisiones de alguna virtud que por efectos de maldad, no los hemos de grabar en la historia con empeño y con detencion, sino como dando á entender nos compadecemos de la humana naturaleza, que no da nada absolutamente hermoso, ni costumbres decididas siempre y en todo por la virtud.

Parécenos, cuando bien lo examinamos, que Lúculo puede ser comparado á Cimon; porque ambos fueron guerreros é insignes contra los bárbaros; suaves en su gobierno, y que dieron respectivamente á su patria alguna respiracion de las convulsiones civiles: uno y otro erigieron trofeos, y alcanzaron señaladas victorias; pues ninguno entre los Griegos llevó á países tan lejanos la guerra ántes de Cimon, ni entre los Romanos ántes de Lúculo, si ponemos fuera de esta cuenta á Hércules y Baco, y lo que como cierto y digno de fe haya podido llegar desde aquellos tiempos á nuestra memoria de Perseo contra los Etíopes ó Medos y los Armenios, ó de las hazañas de Jason. Tambien pueden reputarse parecidos en haber dejado incompletas sus expediciones; pues uno y otro debilitaron y quebrantaron á su antagonista, mas no acabaron con él. Sobre todo lo que más los asemeja y acerca uno á otro es aquella festividad y magnificencia para los convites y agasajos, y la jovialidad y esplendidez en todo su porte. Acaso omitiremos algunos otros puntos de semejanza; pero no será difícil recogerlos de la misma narracion.

El padre de Cimon fué Milciades, y la madre Hegesipula, tracia de orígen, é hija del rey Oloro, como se dice en los poemas de Arquelao y Melantio, compuestos en alabanza del mismo Cimon. Por esta razon Tucídides el historiador, que por linaje era deudo de Cimon, tuvo por padre á otro Oloro, representando á su ascendiente en el nombre, y poseyó en la Tracia unas minas de oro, diciéndose que murió en Escaptísula, territorio de la Tracia, donde fué asesinado. Su sepulcro, habiéndose traido sus restos al Atica, se muestra entre los de los Cimones, al lado del de Elpinice, hermana de Cimon; mas Tucídides, por razon de su curia, fué Alimusio; y los de la familia de Milciades eran Laciades. Milciades, como debiese al erario la multa de cincuenta talentos, para el pago fué puesto en la cárcel, y en ella murió. Quedó Cimon todavía muy niño con su her-

mana, mocita tambien y por casar, y al principio no tuvo en la ciudad el mejor concepto, sino que era notado de disipado y bebedor, siendo en su carácter parecido á su abuelo del propio nombre, al que por ser demasiado bondadoso se le dió el apellido de Coalemo, que viene á significar bobo. Estesimbroto Tasio, que poco más ó ménos fué contemporáneo de Cimon, dice que no aprendió ni la música ni ninguna otra de las artes liberales comunes entre los Griegos, ni participó tampoco de la elocuencia y sal ática: de manera que atendida su franqueza y sencillez parece que su alma tenía más un temple peloponés; siendo

Natural, franco, y en lo grande grande,

como el Hércules de Eurípides, porque esto es lo que puede añadirse á lo que Estesimbroto nos dejó escrito. De jóven todavía, fué infamado de tener trato con su hermana; y Elpinice, por otra parte, no se dice que fuese muy contenida, sino que anduvo extraviada con el pintor Polignoto; y que por lo mismo cuando éste pintó las Troyanas en el pórtico que ántes se llamaba el Plesianacto, y ahora el Pecilo, delineó el rostro de Laodices por la imágen de Elpinice. Polignoto no era un menestral, ni pintó el pórtico para ganar la vida, sino gratuitamente y para adquirir nombre en la ciudad, como lo refieren los historiadores de aquel tiempo, y lo dice el poeta Melantio por estas palabras:

De los Dioses los templos, generoso,
Ornó á su costa, y la Cecropia plaza,
De los héroes pintando los retratos.

Algunos dicen que no fué á escondidas, sino á vista del público el trato de Elpinice con Cimon, como casada con

él, á causa de no encontrar, por su pobreza, un esposo proporcionado, y que despues cuando Calias, uno de los ricos de Atenas, se mostró enamorado y tomó de su cuenta el pagar al erario la condena del padre, convino ella misma, y Cimon tambien la entregó por mujer á Calias. Cimon parece que tambien estuvo de sobra sujeto á la pasion amorosa; pues el poeta Melantio, chanceándose con él en sus elegías, hace mencion de Asteria, natural de Salamina, y de una tal Menestera, como que las visitaba y obsequiaba. Además, es cosa averiguada que de Isódica, hija de Eurutolemo el de Megacles, aunque unida con él en legítimos lazos, estuvo apasionadamente enamorado, y que sintió amargamente su muerte, si pueden servir de argumento las elegías que se le dirigieron para consuelo en su llanto; de las cuales dice el filósofo Panecio haber sido autor Arquelao el físico, conjeturándolo muy bien por el tiempo.

En todo lo demas las costumbres de Cimon eran generosas y dignas de aprecio, porque ni en el valor era inferior á Milciades, ni en el seso y prudencia á Temístocles, siendo notoriamente más justo que entrambos; y no cediendo á éstos en nada en las virtudes militares, es indecible cuánto los aventajaba en las políticas ya desde jóven, y cuando todavía no se habia ejercitado en la guerra. Porque cuando en la irrupcion de los Medos persuadió Temístocles al pueblo que abandonando la ciudad y desamparando el país combatieran en las naves delante de Salamina, y pelearan en el mar, como los demas se asombrasen de tan atrevida resolucion, Cimon fué el primero á quien se vió subir alegre por el Cerámico al alcázar juntamente con sus amigos, llevando en la mano un freno de caballo para ofrecerlo á Minerva: dando á entender que la patria entónces no necesitaba de fuertes caballos, sino de buenos marineros. Habiendo, pues, consagrado el freno, tomó uno de los escudos suspendidos en el templo; y habiendo he-

cho oracion á la Diosa, bajó al mar, inspirando á no pocos aliento y confianza. Tampoco era despreciable su figura, sino que era de buena talla, teniendo poblada la cabeza de espesa y ensortijada cabellera. Habiéndose mostrado en el combate denodado y valiente, al punto se ganó la opinion y amor de sus conciudadanos, reuniéndose muchos alrededor de él, y exhortándole á pensar y ejecutar cosas dignas de Maraton. Cuando ya aspiró al gobierno, el pueblo lo admitió con placer, y estando empalagado de Temístocles, lo adelantó á los primeros honores y magistraturas de la ciudad, viéndole afable y amado de todos por su mansedumbre y sencillez. Contribuyó tambien á sus adelantamientos Arístides el de Lisimaco, ya por ver la apacibilidad de sus costumbres, y ya tambien por hacerle como rival de la sagacidad é intrepidez de Temístocles.

Cuando despues de haberse retirado los Medos de la Grecia se le nombró general de la armada, á tiempo que los Atenienses no tenian todavía el imperio, sino que seguian aún la voz de Pausanias y los Lacedemonios, lo primero de que cuidó en sus expediciones fué de hacer observar á sus ciudadanos una admirable disciplina, y de que en el denuedo se aventajaran á los demas. Despues, cuando Pausanias concertó aquella traicion con los bárbaros, escribiendo cartas al Rey y á los aliados, empezó á tratarlos con aspereza y altanería, mortificándolos en muchas ocasiones con su modo insolente de mandar y con su necio orgullo: Cimon hablaba con dulzura á los que habian sido ofendidos, mostrábaseles afable, y sin que se echara de ver, iba ganando el imperio de la Grecia, no con las armas, sino con su genio y sus palabras. Así es que los más de los aliados se arrimaron á él y á Arístides, no pudiendo sufrir la aspereza y soberbia de Pausanias. Éstos, no sólo los admitieron benignamente, sino que escribieron á los Eforos para que retiraran á Pausanias, por cuanto afrentaba á Esparta é inquietaba toda la Grecia. Dícese que habiendo

dado Pausanias órden con torpe propósito de que le trajesen á una doncella de Bizancio, hija de padres nobles, llamada Cleonice, los padres por el miedo y la necesidad la dejaron ir; y como ella hubiese pedido que se quitase la luz de delante del dormitorio, entre las tinieblas y el silencio al encaminarse al lecho tropezó sin querer con la lamparilla y la volcó; y que él entónces, hallándose ya dormido, asustado con el estrépito, y echando mano á la espada como si se viese acometido por un enemigo, hirió y derribó al suelo á la doncella. Murió ésta de la herida y no dejaba reposar á Pausanias, sino que su sombra se le aparecia de noche entre sueños, pronunciando con furor estos versos:

Ven á pagar la pena: que á los hombres
No les trae la torpeza más que males;

con lo que, como se hubiesen irritado tambien los aliados juntamente con Cimon, le pusieron cerco. Huyóse, sin embargo, de Bizancio; y espantado de aquel espectro, se dirigió, segun se dice, al oráculo mortuorio de Heraclea, y evocando el alma de Cleonice le pidió que se aplacara en su enojo. Compareció ella al conjuro, y le dijo que se libertaria pronto de sus males luégo que estuviese en Esparta: significándole, á lo que parece, por este medio la muerte que habia de tener: así se halla escrito por diferentes historiadores.

Cimon, hechos ya del partido de Atenas los aliados, marchó por mar de general á la Tracia, por tener noticia de que algunos Persas distinguidos y del linaje del Rey, ocupando á Hione, ciudad situada á las orillas del rio Estrimon, causaban vejaciones á los Griegos por allí establecidos. Ante todo, pues, venció en batalla á estos Persas y los encerró dentro de la ciudad; y despues, sublevando á los Tracios del Estrimon, de donde les iban los víveres, y

guardando con gran diligencia todo el país, redujo á los sitiados á tal penuria, que Butes, general del Rey, traido á la última desesperacion, dió fuego á la ciudad, y se abrasó en ella con sus amigos y sus riquezas. De este modo la tomó, sin haber sacado otra ventaja alguna por haberse quemado casi cuanto aquél traia con los bárbaros; pero el territorio, que era muy fértil y muy delicioso, lo distribuyó á los Atenienses para establecer una colonia. Permitióle el pueblo que pusiera Mercurios de piedra, en el primero de los cuales grabó esta inscripcion:

Harto eran de esforzados corazones
Los que del Estrimon en la corriente
Y en Hione á los hijos de los Medos
Con hambre y cruda guerra molestaron:
Siendo en sufrir trabajos los primeros.

En el segundo:

Los Atenienses este premio dieron
A sus caudillos: justa recompensa
De sus servicios y sus altos hechos.
De la posteridad el que tal viere,
En pro comun se afanará celoso,
Sin esquivar las peligrosas lides.

Y en el tercero:

De esta insigne ciudad llevó Mnesteo
Con los Atridas á los Frigios campos
A un divino varon, loado de Homero
Por su destreza en ordenar las huestes
de los Argivos de bronceadas armas.
¿Qué mucho, pues, que de marcial pericia,
De denuedo y valor el justo lauro
Se dé á los hijos de la culta Atenas?

Aunque en estas inscripciones no se descubre el nombre de Cimon, pareció, sin embargo, excesivo el honor que se le tributó á los de aquella edad; porque ni Temístocles ni Milciades alcanzaron otro tanto; y áun á éste, habiendo solicitado una corona de olivo, Sofanes Decelense, levantándose en medio de la junta, le dió una respuesta no muy justa, pero agradable al pueblo, diciendo: «Cuando tú, oh Milciades, peleando sólo contra los bárbaros los vencieres, entónces aspira á ser coronado tú sólo.» ¿Por qué, pues, tuvieron en tanto esta hazaña de Cimon? ¿no sería acaso porque con los otros dos caudillos sólo trataron de rechazar á los enemigos para no ser de ellos sojuzgados; y bajo el mando de éste áun pudieron ofenderlos, y haciéndoles la guerra en su propio país, adquirieron posesiones en él, estableciendo colonias en Hione y en Anfipolis? Estableciéronse tambien en Esciro, tomándola Cimon con este motivo: habitaban aquella isla los Dolopes, malos labradores y dados á la piratería desde antiguo, en términos que ni siquiera usaban de hospitalidad con los navegantes que se dirigian á sus puertos; y, por último, habiendo robado á unos mercaderes tesalianos que navegaban á Cesio, los habian puesto en prision. Pudieron éstos huir de ella, y movieron pleito á la ciudad ante los Anfictuones. La muchedumbre se rehusaba á reintegrarlos del caudal robado, diciendo que lo devolvieran los que lo habian tomado y se lo habian repartido; mas con todo, intimidados escribieron á Cimon, exhortándole á que viniera con sus naves á ocupar la ciudad, porque ellos se la entragarian. Así fué como Cimon tomó la isla; de la que arrojó á los Dolopes, y dejó libre el mar Egeo. Sabedor de que el antiguo Teseo, hijo de Egeo, huyendo de Atenas habia sido muerto allí alevosamente por el rey Licomedes, hizo diligencias para descubrir su sepulcro, porque tenian los Atenienses un oráculo sobre que trajeran á la ciudad los restos de Teseo, y lo veneraran debidamente como á un héroe; pero ignoraban

dónde yacia, porque los Escirenses ni lo manifestaban ni permitian que se averiguase. Encontrando, pues, entónces el hoyo en fuerza de la más exquisita diligencia, puso Cimon los huesos en su nave, y adornándolos con esmero, los condujo á la ciudad al cabo de unos cuatrocientos años, con lo que todavía se le aficionó más el pueblo. En memoria de este suceso se celebró una contienda de trágicos que se hizo célebre; porque habiendo presentado Sófocles, que áun era jóven, su primer ensayo, como el arconte Afepsion, á causa de haberse movido disputa y altercado entre los espectadores no hubiese sorteado los jueces del combate, cuando Cimon se presentó con sus colegas en el teatro para hacer al Dios las libaciones prescritas por la ley, no los dejó salir, sino que tamándoles juramento los precisó á sentarse y á juzgar, siendo diez en número, uno por cada tribu: así esta contienda se hizo mucho más importante por la misma dignidad de los jueces. Quedó vencedor Sófocles; y se dice que Esquilo lo sintió tanto y lo llevó con tan poco sufrimiento, que ya no fué mucho el tiempo que vivió en Atenas, habiéndose trasladado por aquel disgusto á Sicilia, donde murió y fué enterrado en las inmediaciones de Gela.

Escribe Ion que siendo él todavía mocito, comió con Cimon, en ocasion de haber venido á Atenas desde Quio con Laomedonte; y que rogado aquél que cantase, como no lo hubiese ejecutado sin gracia, los presentes lo alabaron de más urbano que Temístocles, por haber éste respondido en igual caso que no habia aprendido á cantar y tañer, y lo que él sabía era hacer una ciudad grande y rica. De aquí, como era natural, recayó la conversacion sobre las hazañas de Cimon; y como se hiciesen memoria de las más señaladas, dijo que se les habia pasado referir la más bien entendida de sus estratagemas: porque habiendo tomado los aliados muchos cautivos de los bárbaros en Sexto y en Bizancio, encargaron al mismo Cimon el repartimiento; y él

habia puesto á un lado los cautivos, y á otro las preseas y adornos que tenian, de lo que los aliados se habian quejado, teniendo por desigual aquella division. Díjoles entónces que de las dos partes eligieran la que gustasen, porque los Atenienses con la que dejaran se darian por contentos. Aconsejándoles, pues, Herofuto de Samos que eligieran ántes los arreos de los Persas que los Persas mismos, tomaron los adornos de éstos, dejándoles á los Atenienses los cautivos; y por entónces se rieron de Cimon como de un mal repartidor, por cuanto los aliados cargaron con cadenas, collares y manillas de oro, y con vestidos y ropas ricas de púrpura, no quedándoles á los Atenienses más que los cuerpos malamente cubiertos para destinarlos al trabajo; pero al cabo de poco bajaron de la Frigia y la Lidia los amigos y deudos de los cautivos, y redimian á cada uno de éstos por mucho dinero; de manera que Cimon proveyó de víveres las naves para cuatro meses, y áun le quedó de los rescates mucho dinero que llevar á Atenas.

Rico ya Cimon, los viáticos de la guerra, que se los hizo pagar muy bien de los enemigos, los gastaba mejor con sus conciudadanos, porque quitó las cercas de sus posesiones, para que los forasteros y los ciudadanos necesitados pudieran tomar libremente de los frutos lo que gustasen. En su casa habia mesa, frugal sí, pero que podia bastar para muchos cada dia; y de los pobres podia entrar á ella el que quisiese, encontrando comida sin tener que ganarla con su trabajo, para atender solamente á los negocios públicos. Mas Aristóteles dice que la mesa no era franca para todos los Atenienses, sino sólo para el que quisiera de sus compatriotas los Laciades. Acompañábanle algunos jóvenes bien vestidos, cada uno de los cuales, si se llegaba á Cimon algun Ateniense anciano con pobres ropas, cambiaba con él las suyas: hecho que se tenía por muy fino y delicado. Los mismos llevaban igualmente dinero en abundancia, y acercándose en la plaza á los pobres

ménos mal portados, les introducian secretamente alguna moneda en la mano. A estos rasgos parece que alude Cratino el cómico en sus versos arquiloquios cuando dice:

Yo Metrobio el gramático pedia
Con instancias á los Dioses me otorgaran
Pasar unido con Cimon mis dias,
Senectud regalona asegurando
Con este hombre divino, el más bondoso
Y más obsequiador entre los Griegos;
Pero dejóme y se ausentó primero.

Gorgias Leontino dice además que Cimon adquirió riqueza para usar de ella; y que usaba de ella para ser honrado. Cricias, que fué uno de los treinta tiranos, pide á los Dioses en sus elegías

Bienes los de Escopades; mano franca
La de Cimon, y triunfos y victorias
Los del lacedemonio Agesilao.

Y en verdad que el esparciata Licas no es tan celebrado entre los Griegos, sino porque en la concurrencia á los juegos gímnicos daba de comer á los forasteros; pero el uso que de su opulencia hacía Cimon excedia á la antigua hospitalidad y humanidad de los Atenienses: porque aquellos con quienes justamente se muestra ufana esta ciudad, dieron á los Griegos las semillas de los alimentos, y les enseñaron el uso del agua de las fuentes y el modo de encender el fuego para el servicio de los hombres; y éste, erigiendo su casa en un pritaneo comun para los ciudadanos, y poniendo francas las primicias de los frutos ya sazonados, y todo cuanto bueno llevan las estaciones en el país, para que los forasteros lo tomaran y disfrutaran, reprodujo en cierta manera aquella fabulosa comunion de bienes del

tiempo de Saturno. Los que califican estos hechos de lisonja y adulacion á la muchedumbre encuentran el desengaño en todo el tenor del gobierno de Cimon, que siempre inclinó á la aristocracia, como que con Arístides repugnó é hizo frente á Temístocles, que daba á la muchedumbre más ensanches de lo que convenia; y despues se opuso á Efialtes, que para ganarse el pueblo queria debilitar el Senado del Areópago. En un tiempo en que se veia que todos los demas, á excepcion de Arístides y Efialtes, estaban implicados en corrupciones y sobornos, él se conservó puro é intacto hasta el fin, de la tacha de recibir regalos, haciéndolo y diciéndolo todo gratuitamente y con limpieza. Dícese que vino á Atenas con grandes caudales un bárbaro llamado Resaces, que se habia rebelado al Rey, el cual, mortificado de calumniadores, acudió á Cimon y le presentó en el recibimiento dos picheles, lleno el uno de daricos de plata y el otro de oro, y que Cimon al verlo se echó á reir, y le preguntó qué era lo que preferia, que Cimon fuese su asalariado ó su amigo, y como respondiese que amigo: «pues, bien, le repuso, véte y llévate contigo esta riqueza, porque me servirá, si la hubiere menester, siendo tu amigo.

Pagaban los aliados sus contribuciones, pero no daban los hombres y las naves que les correspondian, sino que dejados ya de expediciones y de milicia, no teniendo que hacer la guerra, aspiraban sólo á cultivar sus campos y vivir en reposo, habiéndose hecho la paz con los bárbaros, y no siendo de éstos molestados, que era por lo que ni tripulaban las naves ni daban hombres de guerra. Los demas generales de los Atenienses los estrechaban á cumplir con estas cargas; y usando de multas y castigos con los que estaban en descubierto, hacian áspero y aborrecible su imperio. Mas Cimon seguia en este punto un camino enteramente opuesto, no haciendo violencia á ninguno de los Griegos; sino que de los que á ello se acomodaban tomaba el dinero y las naves vacías, y los dejaba que se acostum-

brasen al reposo y á estarse quietos en casa, haciéndose labradores y negociantes pacíficos con el regalo y la inexperiencia, de belicosos que ántes eran. De este modo á los Atenienses, que todos á su vez servian en las naves y se ocupaban en las cosas de guerra, con los sueldos y á costa de los aliados los hizo en breve tiempo señores de los que contribuian: porque como estaban siempre navegando, manejando las armas, mantenidos y ejercitados en las contínuas expediciones, se acostumbraron aquéllos á temerles y obsequiarlos, haciéndose insensiblemente sus tributarios y sus esclavos en lugar de compañeros.

Por de contado, nadie abatió ni mortificó más el orgullo del gran Rey que Cimon: porque no se contentó con verle fuera de la Grecia, sino que siguiéndole paso á paso, sin dejar respirar ni pararse á los bárbaros, ya talaba y asolaba un país, y ya en otra parte sublevaba á los naturales y los traia al partido de los Griegos; de manera que desde la Jonia á la Panfilia dejó el Asia enteramente libre de armas persianas. Noticioso de que los generales del Rey con un grande ejército y muchas naves se proponian sorprenderle hácia la Panfilia, y queriendo que éstos por miedo no navegaran en adelante en el mar dentro de las Quelidonias, ni siquiera se acercasen á él, dió la vela desde Cnido y Triopio con doscientas naves. Teníanlas desde Temístocles muy bien aparejadas para la celeridad y para tomar prontamente la vuelta; pero Cimon las hizo entónces más llanas, y dió ensanche á la cubierta, para que con mayor número de hombres armados se presentaran más terribles á los enemigos. Navegando, pues, á la ciudad de Faselis, cuyos habitantes eran Griegos, pero ni admitian sus tropas ni habia forma de apartarlos del partido del Rey, taló su territorio, y empezó á combatir los muros. Iban en su compañía los de Quio; y siendo amigos antiguos de los Faselitas, por una parte procuraban templar á Cimon, y por otra arrojaban á las murallas ciertas esquelas clavadas en los as-

tiles para advertir de todo á los Faselitas. Por fin lograron se hiciera la paz con ellos, bajo las condiciones de dar diez talentos y de unirse con Cimon para la guerra contra los bárbaros. Eforo dice que era Titraustes el que mandaba la armada del Rey, y Ferendates el ejército; mas Calistenes es de opinion que Arimandes, el de Gobrias, tenía el mando de todas las fuerzas, y que con las naves marchó hácia el Eurimedonte; no estando dispuesto á pelear todavía con los Griegos, porque esperaba otras ochenta naves fenicias que habian salido de Chipre. Quiso Cimon anticiparse á su llegada, para lo que movió con sus naves, dispuesto á obligar por fuerza á los enemigos, si voluntariamente no querian combatir. Al principio éstos para no ser precisados se entraron rio adentro; pero siguiéndolos los Atenienses, hubieron de hacer frente, segun Fanademo con seiscientas naves, y segun Eforo con trescientas y cincuenta. Mas por mar nada hicieron digno de tan considerables fuerzas, sino que al punto se echaron á tierra; y los primeros pudieron escapar huyendo al ejército que estaba cerca; pero los demas fueron detenidos y muertos, y disuelta la armada. Ahora, la prueba de que las naves de los bárbaros habian sido en excesivo número, es que con haber huido muchas, como es nanatural, y haber sido otras muchas destruidas, todavía apresaron doscientas los Atenienses.

Bajaba el ejército hácia el mar, y le pareció á Cimon obra muy ardua contenerle en su marcha y hacer que los Griegos acometieran á unos hombres que venian de refresco y eran en gran número: con todo, viendo á éstos muy alentados y resueltos con el ardor y engreimiento que da la victoria á arrojarse en union sobre los bárbaros, á la infantería, que todavía estaba caliente del combate naval, le hizo que cargase con ímpetu y algazara; y resistiendo y defendiéndose por su parte los Persas no sin bizarría, se trabó una muy reñida batalla. De los Atenienses cayeron los hombres de mayor valor y de mayor opinion; pero al

fin hicieron huir á los bárbaros con gran matanza de ellos, y despues tomaron prisioneros á otros, y les ocuparon las tiendas llenas de toda especie de preciosidades. Cimon, que como diestro atleta en un dia habia salido vencedor en dos combates, no obstante haber excedido con la batalla campal al triunfo de Salamina, y con la naval al de Platea, áun añadió otro trofeo á estas victorias: pues sabiendo que las ochenta galeras fenicias, que no tuvieron parte en el combate, habian aportado á Hidro, se dirigió allá sin detencion; y como sus comandantes no tuviesen noticia positiva de las principales fuerzas, sino que estuviesen en la duda y en la incertidumbre, siendo por lo mismo mayor su sorpresa, perdieron todas las naves, y la mayor parte de los soldados perecieron. De tal modo abatieron estos sucesos el ánimo del Rey, que ajustó aquella paz tan afamada de no acercarse jamás al mar de la Grecia á la distancia de una carrera de caballo, y de no navegar dentro de las Cianeas y Quelidonias con nave grande y de proa bronceada: aunque Calistenes sostiene que el bárbaro no hizo tal tratado; mas en las obras guardó lo que se ha dicho, de miedo de aquella derrota, teniéndose á tanta distancia de la Grecia, que Pericles con cincuenta galeras y Efialtes con solas treinta navegaron por aquella parte de las Quelidonias, sin que de los bárbaros se les ofreciera á la vista ni siquera un barco. Pero Cratero en su coleccion de decretos insertó el tratado como hecho realmente: y áun se dice que los Atenienses erigieron con este motivo el ara de la paz, y que á Calias, que habia sido el embajador, le colmaron de distinciones. Vendidos los despojos que entónces se tomaron, tuvo el pueblo fondos para otras muchas cosas, y edificó en el alcázar el muro del Mediodía; habiéndose hecho rico con estas expediciones. Añádese que las largas murallas llamadas piernas, aunque se acabaron despues, se empezaron entónces, y que el cimiento, como se hubiese dado con un terreno pantanoso y muelle, fué afirmado con toda seguri-

dad por Cimon, que hizo desecar los pantanos con mucha arcilla y piedras muy pesadas, dando y aprontando para ello el caudal necesario. Fué el primero en hermosear la ciudad con aquellos lugares de recreo y entretenimiento por los que hubo tanta pasion despues: porque plantó de plátanos la plaza; y á la Academia, que ántes carecia de agua y era un lugar enteramente seco, le dió riego, convirtiéndola en un bosque, y la adornó con corredores espaciosos y desembarazados, y con paseos en que se gozaba de sombra.

Como algunos Persas no quisiesen abandonar el Quersoneso, y áun llamasen de más arriba á los Tracios con desprecio de Cimon, partió éste de Atenas con poquísimas naves en busca de ellos; y con solas cuatro naves les tomó trece. Lanzando, pues, á los Persas y derrotando á los Tracios, puso bajo la obediencia de Atenas todo el Quersoneso. Despues, venciendo por mar á los Tasios, que se habian rebelado á los Atenienses, les tomó treinta y tres naves, se apoderó por sitio de su ciudad, adquirió para Atenas las minas de oro que estaban al otro lado, y ocupó todo el terreno sobre que dominaban los Tasios. De allí pudiendo pasar á la Macedonia y ganar mucha parte de ella, como pareciese que lo habia dejado por no querer, se le atribuyó que por el rey Alejandro habia sido sobornado con presentes; sobre lo que tuvo que defenderse, persiguiéndole con encarnizamiento sus enemigos. En su apología ante los jueces dijo que no habia tenido hospedaje como otros entre los Jonios ó los Tesalianos, que son ricos, para recibir honores y agasajos, sino entre los Lacedemonios, cuya moderacion y sobriedad habia procurado imitar y aplaudir, no teniendo en nada la riqueza, y sí preciándose de haber enriquecido su ciudad con la opulencia de los enemigos. Haciendo Estesimbroto mencion de este juicio, refiere que Elpinice, rogada por Cimon, fué á llamar á la puerta de Pericles, porque éste era el más violento de los acusadores; y que él, echándose á reir: «Vieja

estás, le dijo; vieja estás, Elpinice, para manejar tan arduos negocios;» mas que con todo en la vista de la causa se mostró muy benigno con Cimon, no habiéndose levantado durante la acusacion más que una sola vez como para cumplir.

Salió, pues, absuelto de esta causa; y en las cosas de gobierno, miéntras estuvo presente, dominó y contuvo al pueblo, que acosaba á los principales ciudadanos y procuraba atraer á sí toda la autoridad y el poder; pero cuando volvió á marchar á la armada, alborotándose los más y trastornando el órden existente de gobierno y las instituciones patrias en que ántes habian vivido, poniéndose al frente Etialtes, quitaron al Senado del Areópago el conocimiento de todos los juicios, á excepcion de muy pocos; y erigiéndose en árbitros de los tribunales, introdujeron una democracia absoluta, teniendo ya entónces Pericles bastante influjo, y habiéndose puesto de parte de los muchos. Por esta causa, como Cimon á su vuelta se hubiese indignado porque habian oscurecido la majestad del consejo, y hubiese intentado volver á llevar á él los juicios y restablecer la aristocracia de Clistenes, se juntaron muchos á gritar y á irritar al pueblo, renovando lo de la hermana y acusándole de laconismo, acerca de lo cual son bien conocidos aquellos versos de Eupolis contra Cimon:

No era hombre malo; un poco dado al vino,
Descuidado, y que á veces en Esparta
Noche solía hacer, aquí dejando
Sola y sin compañía á su Elpinice.

Pues si falto de atencion y tomado del vino conquistó tantas ciudades y alcanzó tantas victorias, es claro que á haber estado cuerdo y atento, ninguno de los Griegos ni ántes ni despues de él hubiera igualado sus hechos.

Fué en efecto, desde el principio lacomano, y de dos

hijos gemelos que tuvo de Clitoria, segun dice Estesimbroto, al uno le puso por nombre Lacedemonio, y al otro Eleo; por lo que Pericles muchas veces les dió en cara con su orígen materno; pero Diodoro Periegetes dice que así éstos como Tesalo, hijo tercero de Cimon, fueron tenidos en Isodica, hija de Euruptolemo el de Megacles. Contribuyeron mucho á sus adelantamientos los Lacedemonios, que ya entónces estaban en contradiccion con Pericles, y querian que fuese este jóven el que tuviese el mayor poder y autoridad en Atenas. Esto lo vieron al principio con gusto los Atenienses, no sacando poco partido de la benevolencia de los Lacedemonios hácia él: porque en el principio de su incremento, y cuando empezaban á tomar parte en los asuntos de los otros pueblos, aliados de unos ú otros, no les venian mal los honores y los obsequios hechos á Cimon; puesto que entre los Griegos todo se manejaba á su arbitrio, siendo afable con los aliados y muy acepto á los Lacedemonios. Mas despues, cuando ya se hicieron los más poderosos, vieron con malos ojos que Cimon permaneciese todavía no ligeramente apasionado de los Lacedemonios: porque él mismo tambien, celebrando para todo á los Lacedemonios ante los Atenienses, especialmente cuando tenía que reprender á éstos, ó que excitarlos á alguna cosa, habia tomado la costumbre, segun refiere Estesimbroto, de decirles: «¡Qué poco son así los Lacedémonios!» Con lo que se granjeó cierta envidia y displicencia de parte de sus conciudadanos. Pero de todas, la calumnia más poderosa contra él tuvo este orígen: en el año cuarto del reinado de Arquidamo el de Zeuxidamo en Esparta por un terremoto, mayor que todos aquellos de que ántes habia memoria, en todo el territorio de los Lacedemonios se abrieron muchas simas, y estremecidos los Taigetos, algunas de sus cumbres se aplanaron. La ciudad misma tembló toda, y fuera de cinco casas, todas las demas las derribó el terremoto. En el pórtico, en ocasion de estar lleno

ejercitándose en él á un tiempo los mozos y los muchachos, se dice que poco ántes del temblor se apareció una liebre, y que los muchachos, ungidos como estaban, por una muchachada se pusieron á correr tras ella y perseguirla, y en tanto cayó el gimnasio sobre los mozos que se habian quedado, muriendo allí todos; y á su sepulcro aún se le da el dia de hoy el nombre de *Seismacia*, tomado del terremoto. Previó al punto Arquidamo por lo presente lo que iba á suceder, y viendo que los ciudadanos se dedicaban á recoger en sus casas lo más precioso cada uno, mandó que la trompeta hiciera señal de que venian enemigos, para que á toda priesa acudieran armados á su presencia; y esto solo fué lo que entónces salvó á Esparta: porque de todos los campos sobrevinieron corriendo los Hilotes para acabar con los que se hubieran salvado de los Esparciatas; pero hallándolos en órden de batalla, se retiraron á sus poblaciones: siendo, sin embargo, bien claro que iban á hacerles la guerra, atrayendo á no pocos de los circunvecinos, y viniendo ya tambien sobre Esparta los Mesenios. Envian, pues, los Lacedemonios á Atenas de embajador para pedir auxilio á Pericleidas, de quien dice el cómico Aristófanes que, «sentado ante los altares, todo pálido, con una ropa de púrpura, pedia por compasion un ejército.» Oponíase Efialtes, y con el mayor empeño rogaba que se negase el socorro y no se restableciera una ciudad rival de Atenas, sino que se la dejase en el suelo para ser pisado su orgullo; pero dice Cricias que Cimon, anteponiendo el bien de los Lacedemonios al incremento de su patria, convenció al pueblo y salió á auxiliarlos con mucha infantería. Ion nos da cuenta de la principal razon con que movió á los Atenienses, que fué exhortarlos á que no dejaran coja la Grecia, ni dieran lugar á que su ciudad quedara sin pareja.

Auxiliado que hubo á los Lacedemonios, volvia con su ejército por Corinto, y Lacarto le reconvino por haber en-

trado con sus tropas sin anuencia de aquellos ciudadanos: porque decia que áun los que llaman en puerta ajena no entran sin que el dueño les mande pasar adelante; á lo que Cimon le replicó: «pues vosotros, oh Lacarto, no llamais á las puertas de los Cleoneos y Megarenses, sino que quebrantándolas, os introducis con las armas, creyendo que todo debe estar abierto á los que más pueden:» ¡con esta arrogancia habló en tan oportuna ocasion! y pasó con su ejército. Volvieron los Lacedemonios á llamar en su socorro á los Atenienses contra los Mesenios é Hilotes, que se hallaban en Itome; y cuando ya los tuvieron á su disposicion, temiendo su denuedo y aire marcial, los despidieron á ellos solos de todos los aliados, bajo el pretexto de que intentaban novedades. Retiráronse con grande enojo, y además de exasperarse muy á las claras contra los que laconizaban, valiéndose de un leve pretexto, condenaron á Cimon al ostracismo por diez años: porque este era el tiempo prefinido á todos los que sufrian esta pena. En esto, hallándose los Lacedemonios acampados en Tanagra de vuelta de libertar á los de Delfos de los Focenses, les salieron los Atenienses al encuentro para darles batalla; y Cimon fué á colocarse con sus armas entre los de su tribu Oineide, dispuesto á batirse contra los Lacedemonios en compañía de sus ciudadanos; pero el consejo de los quinientos, sabedor de ello y temiéndole, intimó á los generales, á instigacion de sus enemigos, que le imputaban ser su ánimo desordenar el ejército é introducir los Lacedemonios en la ciudad, que de ningun modo lo admitiesen. Retiróse, pues, rogando encarecidamente á Eutipo el de Anaflustio, y á los demas amigos que estaban más tildados de laconizar ó ser adictos á los Lacedemonios, que pelearan esforzadamente, á fin de lavar con las obras ante sus ciudadanos aquella infundada nota. Estos, pues, tomando la armadura de Cimon, y colocándola en su puesto, se juntaron todos en uno, los ciento que eran, y corrieron

á la muerte con el mayor arrojo, obligando á los Atenienses á que sintiesen su pérdida y á que se arrepintiesen de sus injustas sospechas. De aquí es que tampoco les duró mucho el enojo contra Cimon, ya porque trajeron á la memoria, como era debido, sus importantes servicios, y ya tambien porque así lo exigieron las circunstancias: porque vencidos en Tanagra en una reñida batalla, y esperando tener sobre sí para el verano un ejército de los del Peloponeso, llamaron de su destierro á Cimon, y tornó á su llamamiento, habiendo sido Pericles quien escribió el decreto: ¡tan subordinadas eran entónces al órden político las rencillas, tan templados los enojos y tan prontos á ceder á la comun utilidad, y hasta tal punto la ambicion, que sobresale entre todas las demas pasiones, sabía acomodarse á las necesidades de la patria!

Luego que volvió Cimon, al punto puso fin á la guerra y reconcilió las ciudades; pero como hecha la paz viese que los Atenienses no podian permanecer en reposo, sino que deseaban estar en accion y aumentar su poder por medio de expediciones, para que no incomodaran á los demas Griegos, ni dirigiéndose con muchas naves hácia las islas y el Peloponeso diesen ocasion á guerras civiles ú orígen á quejas de parte de los aliados contra la ciudad, tripuló doscientas galeras, con muestras de marchar otra vez contra el Egipto y Chipre; llevando en esto la idea por una parte de que los Atenienses no se descuidaran nunca de la guerra contra los bárbaros, y por otra de que granjearan justamente riquezas, trasladando á la Grecia la opulencia de sus naturales enemigos. Cuando todo estaba dispuesto y las tropas ya embarcadas, tuvo Cimon un sueño. Parecióle que una perra muy furiosa le ladraba, y que del ladrido salia una mezcla de voz humana que le decia:

Acércate; porque has de ser amigo
Mio y de estos mis tiernos cachorrillos.

Siendo tan difícil y oscura esta vision, Astufilo Posidionate, que era adivino y muy conocido de Cimon, dijo que aquello significaba su muerte, explicándolo de esta manera: el perro es el enemigo de aquél á quien ladra, y de un enemigo nunca se hace uno mejor amigo que á la muerte: y la mezcla de la voz designa un enemigo medo, porque el ejército de los Medos se compone de Griegos y bárbaros. Despues de este ensueño, estando él mismo sacrificando á Baco, dividió el sacerdote la víctima, y la sangre ya cuajada la fueron llevando poco á poco unas hormigas, y poniéndola pegada en el dedo grande del pié de Cimon, sin que esto se advirtiese por algun tiempo; pero cabalmente al mismo echarlo de ver, vino el sacerdote mostrándole el hígado sin cabeza. Mas con todo, no pudiendo desentenderse de la expedicion, siguió adelante, y enviando sesenta naves al Egipto, navegó con todas las demas; y venciendo la armada del Rey, compuesta de naves de la Cilicia y la Fenicia, ganó todas las ciudades de Chipre, amagando á las de Egipto, siendo su ánimo nada ménos que de destruir todo el imperio del Rey: mayormente despues de haber entendido que era grande el poder y autoridad de Temístocles entre los bárbaros, y que habia ofrecido al Rey, al mover guerra á los Griegos, que él iria de general. Pero se dice que Temístocles, como desconfiase de poder salir bien en las cosas de los Griegos y más todavía de superar la dicha y esfuerzo y destreza de Cimon, se quitó á sí mismo la vida. Preparados así por Cimon los principios de grandes combates y manteniéndose con su escuadra á la inmediacion de Chipre, envió mensajeros al templo de Amon á inquirir del Dios cierto oráculo oscuro: pues nadie sabe determinadamente á qué fueron enviados. Ni tampoco el Dios les dió oráculo alguno, sino que al tiempo mismo de acercarse mandó que regresaran los de la consulta, porque él tenía ya consigo á Cimon. Oyendo esto los mensajeros, bajaron al mar, y cuando lle-

garon al campo de los Griegos, que ya estaba en el Egipto, supieron que Cimon habia muerto; y computando los dias que pasaron cerca del oráculo, reconocieron habérseles dado á entender la muerte del caudillo con decírseles que ya estaba con los Dioses.

Murió teniendo sitiado á Cicio, de enfermedad, segun los más; aunque algunos dicen que fué de una herida que recibió combatiendo con los bárbaros. Al morir encargó á sus subalternos que al punto dieran la vuelta á casa, ocultando su fallecimiento: así sucedió, que no habiéndolo entendido ni los enemigos ni los aliados, hicieron con seguridad su regreso, acaudillados, como dice Fanodemo, por Cimon, que hacía treinta dias estaba muerto. Despues que él falleció ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes griegos, sino que armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiracion al Rey en sus negocios, y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya más tarde Agesilao, llevando sus armas al Asia, dió algun paso en la guerra contra los generales del Rey; pero sin haber hecho nada grande ó de importancia. Llamado otra vez por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando á los exactores de los Persas en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se vió que ni un mal correo ni un caballo se acercara á aquel mar ni á cuatrocientos estadios durante el mando de Cimon. Haber sido sus despojos traidos al Atica, lo atestiguan los sepulcros que áun hoy se llaman Cimoneos. Tambien los Citienses honran un sepulcro de Cimon, por haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad, segun el orador Nausicrates, que no se olvidaran de Cimon, sino que le dieran culto y lo veneraran como un sér supremo. Tal fué el general griego.

LÚCULO.

El abuelo de Lúculo habia obtenido la dignidad consular, y era tio suyo por parte de madre Metelo, el llamado Numídico; pero su padre habia sido condenado en causa de soborno, y su madre Cecilia estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Lúculo se dió á conocer ántes de pedir magistratura ninguna, y ántes de tomar parte en el gobierno, fué la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el agorero, que habia malversado los caudales públicos: accion que á todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general el hecho de acusar, áun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado, sino que se complacian en ver á los jóvenes perseguir á los malos, como á las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caidas y algunos heridos; pero Servilio fué absuelto. Habíase ejercitado Lúculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina: así es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como á persona que sabía disponer y ordenar la historia con mayor perfeccion: porque su pronto y buen decir no se limitaba al uso preciso, á la manera de quien

El foro agita, cual atun las ondas.

y despues fuera de la plaza

En seco muere con trabada lengua;

sino que siendo todavía jóven, habia adquirido ya, atraido de su belleza, aquella educacion esmerada que se llama liberal. De anciano enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado á la investigacion de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo á la ambicion, á causa de su desavenencia con Pompeyo. Acerca de su aficion á las letras se refiere, además de lo dicho, que siendo todavía mozo, con ocasion de cierta disputa que tuvo con el jurisconsulto Hortensio y el historiador Sisena, la que vino á hacerse un poco séria, se comprometió á escribir la guerra Marsica en verso ó en prosa, en griego ó en latin, segun lo declarase la suerte; y parece que ésta determinó que fuera en prosa griega, pues que dura aún hoy una historia de la guerra Marsica escrita en esta lengua. Son muchas las pruebas que hay del amor que tenía á su hermano Marco; pero los Romanos conservan sobre todo la memoria de la primera; y es que con ser él de más edad entre los dos, no quiso tomar parte sólo en el gobierno, sino que esperó á que éste se hallara ya en sazon, y entónces ganó de tal manera la aficion del pueblo, que juntos fueron nombrados ediles, sin embargo de que él se hallaba ausente.

Era todavía jóven al tiempo de la guerra Marsica, y dió ya en ella muchos ejemplos de valor y de prudencia; pero las calidades que Sila apreciaba más en él, eran su entereza y afabilidad: así le empleó desde el principio en los negocios que pedian grande diligencia, de los que fué uno el cuidado de la moneda. Por tanto, él fué quien en la guerra Mitridática acuñó la mayor parte; la cual de su nombre se llamó Luculeya, y por mucho tiempo se em-

pleó en los contínuos cambios de los soldados para proveerse de lo necesario. Despues de esto, vencedor Sila por tierra en Atenas, como los enemigos le tuviesen cortado por el mar, en el que dominaban, y le interceptasen los víveres, llamó á Lúculo del Egipto y la Libia, mandándole venir de allí con sus naves. Era esto en el rigor del invierno, y con tres barcas griegas y otras tantas galeras rodias de dos bancos se arrojó al gran mar por entre las naves enemigas, que por lo mismo que dominaban, discurrian libremente por todas partes; y sin embargo, aportando á Creta, la agregó á la república; y hallando á los de Cirene en estado de insurreccion, con motivo de sus contínuas tiranías y guerras, los sosegó y arregló su gobierno, trayéndoles á la memoria aquella sentencia de Platon, que fué una especie de profecía. Porque rogándole, segun es fama, que les dictase leyes y diese á su pueblo una forma de prudente y justo gobierno, les respondió que era muy difícil dar leyes á los Cireneos miéntras estuviesen en tanta prosperidad; pues nada hay más indomable que un hombre engreido con su dicha; ni, á la inversa, nada más dócil que el abatido por la fortuna: que fué lo que entónces hizo á los Cireneos sumisos á su legislador Lúculo. De allí volviendo á hacerse á la vela para Egipto, perdió la mayor parte de sus barcos, tomándoselos los piratas; mas él se salvó, y fué magníficamente recibido en Alejandría, porque le salió al encuentro toda la armada, adornada primorosamente, como se ejecuta cuando navega el rey; y Tolomeo, que era aún muy mozo, sobre manifestarle en todo el mayor aprecio, le dió habitacion y cumplido hospedaje en su palacio, lo que nunca ántes se habia hecho con otro general extranjero que allí hubiese arribado. En cuanto á la comida y demas gastos, no se le dió lo que á los demas, sino el cuádruplo; de lo que él, sin embargo, no consumió más que lo preciso, ni recibió los presentes que se le enviaron apreciados en ochenta talentos. Dícese que

ni subió á Menfis, ni vió ninguno de los prodigios tan admirables y celebrados del Egipto, diciendo que éstos eran espectáculos de gente desocupada y divertida, y no como él, que habia dejado á su emperador al raso, acampado en las mismas fortificaciones de los enemigos.

Retiróse Tolomeo de la alianza, temeroso de tener que hacer la guerra; y no obstante esto, le dió naves que le acompañasen hasta Chipre; y saludándole y obsequiándole en el mismo puerto, le regaló una esmeralda engastada en oro de las más raras y preciosas; y aunque al principio se negó á admitirla, haciéndole ver el Rey que estaba grabado en ella su retrato, temió rehusarla no se creyera que se retiraba enteramente enemistado y se le persiguiese en el mar. En la misma navegacion fué reuniendo gran número de naves de las ciudades litorales, á excepcion de las de aquellos que estaban dados á la piratería; y dirigiéndose á Chipre, como allí se le asegurase que hechos al mar los enemigos le estaban esperando en los promontorios, retiró todas las lanchas, y escribió á las ciudades hablándoles de invernaderos y de víveres, como que allí habia de pasar la estacion; mas luégo que tuvo viento, levantando áncoras, se hizo de repente á la vela; y navegando de dia con los lienzos recogidos, y tendidos de noche, aportó salvo á Rodas. Proporcionándole naves los Rodios, persuadió á los de Boo y Gnido que abandonando el partido del Rey, se le reuniesen para militar contra los de Samos. De Quio arrojó por sí mismo á las tropas del Rey, y dió libertad á los Colofonios, apoderándose de Epígono su tirano. Ocurrió por aquel mismo tiempo el que Mitrídates abandonase á Pérgamo reducido á arrinconarse en Pitane: y como allí le tuviese encerrado y sitiado Fimbria, puso toda su atencion y consideracion en el mar, juntando y enviando á llamar las diferentes escuadras que por todas partes tenía, desconfiado enteramente de poder combatir y venir á las manos con Fimbria, hombre de suyo arrojado y que se hallaba

vencedor. Previólo éste, y hallándose sin armada, envió mensajeros á Lúculo, rogándole que viniera con su escuadra y le ayudara á acabar con el más contrario y más guerrero de los reyes: no fuera que de entre las manos se le escapase á Roma Mitrídates, último premio de tantos combates y trabajos, ya que él mismo se habia venido á ellas y metido en el garlito; pues si se le cogiese, nadie tendria más parte en esta gloria que el que hubiera impedido su fuga y le hubiera echado mano al quererse encapar; y el vencimiento se atribuiria á entrambos, al uno por haberle lanzado de la tierra, y al otro por haberle vedado el paso del mar, sin lo cual los tan celebrados triunfos conseguidos por Sila en Orcomene y en Queronea no les merecerian á los Romanos consideracion ninguna. Y en verdad que estas reflexiones eran muy puestas en razon, no habiendo nadie á quien se oculte que si entónces Lúculo, que no se hallaba léjos, se hubiera prestado á los ruegos de Fimbria, y acudiendo con sus naves hubiera cerrado el puerto con su escuadra, habria tenido término aquella guerra y todos se habrian puesto fuera del alcance de infinitos males; pero bien sea que antepusiese á todo bien privado y comun el mantenerse fiel á Sila, ó bien que no quisiese dar oidos á un hombre abominable como Fimbria, manchado por disputa de mando con la sangre de un general y amigo suyo; ó bien, finalmente, que por disposicion superior se hubiera reservado para sí á Mitrídates, manteniendo en vida á este antagonista, lo cierto es que no condescendió. Así le proporcionó á Mitrídates el poder evadirse por mar y burlarse de todo el poder de Fimbria; y él entónces lo primero que hizo fué batir y destrozar las naves del Rey que se habian aparecido en el promontorio Lecto de la Troade; y despues viendo que Neoptolemo navegaba con mayor aparato por la parte de Tenedos, se adelantó allá él solo, montando una galera rodia de cinco órdenes, de la que era capitan Demágoras, hombre muy adicto á los Romanos y muy ejercitado

en los combates navales. Movió Neoptolemo con grande ímpetu, y como diese órden al timonero de que dirigiera para un fuerte choque, temiendo Demágoras el peso de la nave real y la punta de su bronceado espolon, no se atrevió á oponérsele de proa, sino que dando prontamente la vuelta, maniobró para que el choque fuese por la popa, con lo que el golpe que por aquella parte recibió fué sin daño alguno, por haber recaido en la parte de la nave metida en el agua. Llegaron en esto los suyos, y dando órden Lúculo para que su nave se volviese de frente, despues de haber ejecutado hazañas dignas de memoria, obligó á huir á los enemigos, y se puso en persecucion de Neoptolemo.

Uniéndose desde allí con Sila en el Quersoneso, cuando ya éste se proponia regresar, le proporcionó un viaje seguro y trasportes para el ejército. Como despues de hechos los tratados y de retirado Mitrídates al Ponto Euxino hubiese Sila impuesto al Asia veinte mil talentos, parece que fué para las ciudades un alivio de la severidad y aspereza de Sila el que en un encargo tan duro y desagradable se les mostrase Lúculo no solamente íntegro y justo, sino tambien afable y benigno. A los de Mitilene, que se habian pasado al otro partido, tenía determinado guardarles cierta consideracion, y que fuera suave el castigo por lo que habian hecho en favor de Mario; pero hallándolos irreducibles, marchó contra ellos, y venciéndolos en batalla, los encerró dentro de sus murallas. Habíales puesto sitio; pero de dia y muy á su vista navegó para Elea; y volviendo despues sin ser visto ni advertido, se puso cerca de la ciudad en asechanza; y como los Mitileneos saliesen sin órden y sumamente confiados á apoderarse de un campamento que suponian abandonado, cayendo sobre ellos, hizo prisioneros á la mayor parte, y de los que se defendieron mató unos quinientos, habiendo sido seis mil los cautivos, é inmenso el botin que les tomó. Así detenido en el Asia, por una disposicion al parecer divina, para desem-

peñar estos encargos, ninguna parte tuvo en los muchos y diversos males con que Sila y Mario afligieron entónces á los habitantes de toda la Italia; y sin embargo no mereció á Sila menor aprecio que los demas de sus amigos; ántes le dedicó por afecto, como hemos dicho, la obra de sus Comentarios, y al morir le nombró tutor de su hijo, no haciendo cuenta de Pompeyo; lo que parece haber sido el primer motivo de desavenencia y de celos entre estos dos jóvenes, inflamados igualmente del deseo de gloria.

Poco despues de la muerte de Sila en la Olimpiada ciento y setenta y seis fué nombrado cónsul con Marco Cota; y habiendo muchos que trataban de remover la guerra Mitridática, dijo Marco que no estaba dormida, sino sondormida solamente; por lo cual como en el sorteo de las provincias le hubiese cabido á Lúculo la Galia Cisalpina, lo sintió vivamente, porque no podia ofrecer ocasion para grandes empresas. Mortificábale sobre todo que Pompeyo iba ganando en España una aventajada opinion, y podia tenerse por cierto que si daba glorioso término á la guerra española, al punto se le nombraria general contra Mitrídates. De aquí es que pidiendo éste caudales, y escribiendo que si no se le facilitaban, abandonaria á la España y á Sertorio, pasando á la Italia con todas sus fuerzas, Lúculo contribuyó con el mayor empeño á que se le enviasen, para quitar aquel motivo de que volviese durante su consulado, no dudando de que en la ciudad todo estaria á su devocion si en ella se presentase con un ejército tan poderoso. Además de que Cetego, árbitro entónces del gobierno, no por otra causa sino porque en cuanto hacía y decia no llevaba otra mira que la de complacer, estaba particularmente enemistado con Lúculo, por cuanto éste habia desacreditado su conducta cubierta de amores inhonestos, de liviandad, y de toda especie de desórdenes. A éste, pues, le hacía guerra abierta; á Lucio Quincio, otro de los demagogos declarado contra las providencias de

Sila, y que estaba dispuesto á turbar todo el órden establecido, ora mitigándole en particular y ora advirtiéndole en público, logró apartarle de aquel propósito, y sosegó su ambicion manejando política y saludablemente el principio de un gravísimo mal.

Vino en esto la noticia de haber muerto Octavio, que gobernaba en la Cilicia; y siendo muchos los que aspiraban á aquella provincia y que por tanto hacian la corte á Cetego, como que era el que habia de tener el mayor influjo para conferirla, Lúculo por la Cilicia misma no hubiera hecho gran diligencia; pero echando cuenta con que si la alcanzaba, hallándose cerca la Capadocia, ninguno otro sería enviado á la guerra contra Mitrídates, no dejó piedra por mover para que no le fuese arrebatada por otro la provincia; y áun compelido de esta necesidad, pasó contra todo su genio por una cosa nada decente ni laudable, aunque sí muy útil para su objeto. Habia entónces una tal Precia de nombre, de las más celebradas en la ciudad por su belleza y cierta gracia, sin que en lo demas se diferenciase mucho de las otras que ejercian su infame profesion. Solia valerse de los que la frecuentaban y tenian trato con ella para los negocios y solicitudes de sus amigos; con lo que añadiendo á las demas dotes la de parecer buena y diligente amiga, alcanzó bastante influjo. Sobre todo cuando logró atraer y tener por su amante á Cetego, que era el de más nombre y el que todo lo podia en la ciudad, entónces puede decirse que se pasó á ella todo el poder; porque nada se hacía en la república sin que Cetego lo dispusiese y sin que Precia lo obtuviera de Cetego. Ganándola, pues, Lúculo con dádivas y agasajos (además de que para una muger vana y orgullosa era ya grande premio el que la vieran interesada por Lúculo), tuvo ya éste á Cetego por su panegirista y por su agente para alcanzar la Cilicia. Una vez conseguida, ya no hubo menester para nada ni á Precia ni á Cetego, sino que todos á una pusieron en su mano la

guerra Mitridática, como que no habia otro que pudiera administrarla mejor, hallándose todavía Pompeyo enredado en la guerra con Sertorio, y no estando ya Metelo para tamaña empresa á causa de su edad, que eran los dos únicos que podia tener Lúculo por dignos rivales para aquel mando. Con todo, su colega Cota obtuvo á fuerza de instancias del Senado que se le enviara cón una escuadra á defender la Propóntide y proteger la Bitinia.

Lúculo, teniendo consigo una legion ya formada, partió con ella al Asia, donde se entregó de las demas tropas que allí existian, las cuales todas estaban corrompidas con el regalo y la codicia; y además las llamadas Fimbrianas, por la costumbre de la anarquía y el desórden, habian perdido enteramente la disciplina: porque estos mismos soldados eran los que en Fimbria habian dado muerte á Flaco, cónsul y general, y los que despues habian puesto á Fimbria en manos de Sila: hombres insubordinados y violentos, aunque por otra parte buenos militares, sufridos y ejercitados en la guerra. Con todo, Lúculo en muy breve tiempo supo contener la insolencia de éstos, y traer á los otros al órden; pues segun parece hasta entónces no habian servido bajo el mando de un verdadero general, sino que se les habia lisonjeado y dejado hacer su gusto para mantenerlos en la milicia. Por lo que hace á los enemigos, su estado era el siguiente: Mitrídates, á la manera de los sofistas, al principio ostentoso y hueco, se habia presentado contra los Romanos con unas tropas endebles en sí, aunque brillantes y de grande pompa á la vista; pero despues de vencido y escarnecido, con este escarmiento cuando hubo de volver á la lid ya ordenó y dispuso su ejército de manera que pudiera obrar y le fuese útil: porque removiendo de él la muchedumbre indisciplinada de gentes, aquellas amenazas de los bárbaros hechas en diferentes lenguas, y el aparato de armas doradas y guarnecidas con piedras, más propias para ser despojo del enemigo que para fortalecer al que las

lleva, adoptó la espada romana, entretejió escudos espesos y fuertes, cuidó más de que los caballos estuvieran ejercitados que de presentarlos galanos, y de este modo formó en hueste romana ciento veinte mil infantes y diez y siete mil caballos, sin contar los cuatro de cada carro falcado, siendo éstos en número de ciento; con lo cual, y con hacer que las naves no estuvieran adornadas de pabellones de oro y de baños y cámaras deliciosas para mujeres, sino pertrechadas más bien de armas, de dardos y de toda especie de municiones, vino sobre la Bitinia, recibiéndole otra vez con gozo las ciudades; y no sólo éstas, sino el Asia toda, que habia vuelto á experimentar los males pasados, por haberla tratado de un modo intolerable los exactores y alcabaleros romanos; á los cuales Lúculo echó de allí más adelante como arpías que devoraban los mantenimientos; aunque por entónces se contentó con procurar hacerlos más moderados á fuerza de amonestaciones, al mismo tiempo que sosegaba las inquietudes de los pueblos, pues para decirlo así, no habia uno que no anduviese agitado y revuelto.

El tiempo que Lúculo dedicaba á estos objetos, túvole Cota por ocasion favorable para pelear con Mitrídates, á lo que se preparó; y como por muchos se le anunciase que Lúculo estaba ya de marcha con su ejército en la Frigia, pareciéndole que nada le faltaba para tener el triunfo entre las manos, á fin de que Lúculo no participase de él, se apresuró á dar la batalla. Mas derrotado á un mismo tiempo por tierra y por mar, habiendo perdido sesenta naves con todas sus tripulaciones y cuatro mil infantes, encerrado y sitiado en Calcedonia, tuvo que poner ya en Lúculo su esperanza. Habia quien incitaba á Lúculo á que sin hacer cuenta de Cota fuera mucho más adelante para tomar el reino de Mitrídates miéntras estaba indefenso: este era sobre todo el lenguaje de los soldados, los cuales se indignaban de que Cota, no sólo se hubiera perdido así

mismo por su mal consejo, sino que además les fuese á ellos un estorbo para vencer sin riesgo; pero arengándoles Lúculo, les dijo que más queria salvar del poder de los enemigos á un Romano, que tomar todo cuanto pudieran tener aquellos. Asegurábale Arquelao, general en la Beocia de Mitrídates, pero que despues se habia pasado á los Romanos y militaba con ellos, que con dejarse ver Lúculo en el Ponto sería inmediatamente dueño de todo; mas respondióle que no habia de ser él más tímido que los cazadores, para que teniendo las fieras á la vista se hubiera de ir á perseguir sus madrigueras; y en seguida movió contra Mitrídates con treinta mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Puesto ya á vista de los enemigos, admirado de su número, determinó evitar la batalla y ganar tiempo; pero presentándosele Mario, general que habia sido por Sertorio enviado desde España con tropas en auxilio de Mitrídates, y provocándole, se mantuvo en órden como para dar batalla; y cuando apénas faltaba nada para trabarse el combate, de repente, sin mutacion ninguna visible, se rasgó el aire, y se vió un cuerpo grande inflamado caer entre ambos ejércitos, siendo en su figura semejante á una tinaja, y en su color á la plata candente; lo que puso miedo á unos y á otros, y los separó. Dícese que este suceso ocurrió en la Frigia, en el sitio llamado Otrías. Lúculo, reflexionando que no podia haber prevenciones ni riquezas que bastasen á mantener por largo tiempo tantos millares de hombres como Mitrídates tenía reunidos, mandó que le trajesen á uno de los cautivos, y lo primero que supo de él fué cuántos camaradas eran en su tienda, y despues cuántos víveres habia dejado en ella: luégo que le respondió, hizo que se retirara, y del mismo modo mandó comparecer al segundo y tercero, etc. Multiplicando luégo la cantidad de provisiones por el número de los que las consumian, halló que á los enemigos no les quedaban víveres más que para tres ó cuatro dias; por lo

cual resolvió con más justa razon ir dando tiempo, y acopió en su campamento cuantos víveres pudo recoger para acechar, estando él sobrado, el momento de escasez en los enemigos.

En esto Mitrídates armó lazos á los de Cicico, maltratados ya de la batalla de Calcedonia, en la que habian perdido trece mil hombres y diez naves; mas queriendo que no lo entendiese Lúculo, movió desde la cena una noche oscura y lluviosa, y se apresuró á poner su campamento al mismo rayar el dia enfrente de la ciudad, junto al monte de Adrastia. Habiéndolo llegado á saber Lúculo, fué en su seguimiento, y teniéndose por contento con no dar desapercibido en manos de los enemigos, fijó sus reales en un territorio llamado Tracia, y en sitio perfectamente puesto respecto de los caminos y pueblos por donde y de donde necesariamente habia de surtirse de víveres Mitrídates. Por tanto, comprendiendo ya en su ánimo lo que habia de suceder, no usó de reserva con sus soldados, sino que acabado de establecer el campamento y fenecidas las obras, los reunió sin dilacion; y arengándoles, les anunció con grande regocijo que en breves dias, sin necesidad de derramar sangre, les daria la victoria. Mitrídates, poniendo por tierra en deredor de Cicico diez campamentos, y cerrando por la mar con naves el estrecho que separa la ciudad del continente, sitiaba por una y otra parte á los habitantes, alentados y resueltos por todo lo demas á sufrir los mayores trabajos por amor de los Romanos, y solamente inquietos por no saber dónde paraba Lúculo, y eso que le tenian al frente y bien á la vista; pero los de Mitrídates los engañaron, porque mostrándoles á los Romanos que tenian ocupadas las alturas, «¿veis aquellos? les dijeron: pues es el ejército de los Armenios y los Medos enviado por Tigranes á Mitrídates para darle auxilio.» Sobrecogiéronse entónces al ver sobre sí tan formidable aparato de guerra, perdiendo hasta la esperanza de que aun

cuando sobreviniese Lúculo le quedara lugar por donde socorrerlos. Con todo, Arquelao les envió á Demonacte, y éste fué el primero que les anunció hallarse á la vista Lúculo. No queriendo darle crédito, por parecerles que aquella noticia la habia inventado para no dejarlos sin algun consuelo, llegó oportunamente un jóven que estando cautivo habia podido fugarse. Preguntáronle dónde estaba Lúculo, y él se echó á reir, creyendo que se burlaban; mas cuando vió que iba de véras, les mostró con el dedo el campamento de los Romanos, con lo que nuevamente cobraron ánimo. Al mismo tiempo, estando la laguna Dascilitide llena de lanchas bastante capaces, hizo Lúculo traer una á la orilla, y tirándola despues con un carro hasta el mar, colocó en ella cuantos soldados cupieron, y haciendo éstos la travesía de noche, entraron en la ciudad sin que lo entendiesen los enemigos.

Hasta con prodigios fueron los de Cicico alentados por los dioses, como complaciéndose de su valor, habiendo ocurrido entre otros el de que venida la fiesta de Proserpina les faltaba para el sacrificio la vaca negra, y formando una de harina, la pusieron sobre el ara; pero la vaca sagrada, que se habia criado destinada para la Diosa, y que con los demas ganados de los de Cicico estaba pastando á la parte de afuera, en aquel mismo dia separándose de la manada se fué corriendo sola á la ciudad, y se presentó por sí misma al sacrificio. Apareciósе asimismo la Diosa entre sueños á Aristágoras, maestro de niños del pueblo, y «yo tambien vengo, le dijo, trayendo al flautista Africo contra el trompetero Pontico: dí, pues, á los ciudadanos que tengan ánimo.» Maravilláronse los Cicicenos del aviso, y al amanecer se mostró ya el mar alterado, levantándose un viento incierto. A su primer soplo las máquinas del Rey, obras admirables del tesaliano Nicónidas, arrimadas á los muros, con la agitacion y el ruido anunciaron lo que iba á suceder; y luego dominando un austro de

una fuerza increible, en un momento destrozó todas las demas máquinas, y con el sacudimiento hizo tambien pedazos una torre que habia de madera. En Ilio se refiere haber sido Minerva vista por muchos entre sueños cubierta de sudor y rasgado el peplo, diciendo que entónces mismo venía de ayudar á los Cicicenos; y los Ilienses mostraban una columna que contenia los decretos é inscripciones relativas á este asunto.

A Mitrídates, miéntras que fascinado por sus generales no echó de ver el hambre que afligia á su ejército, le mortificaba el que los Cicicenos fuesen esquivando los efectos del sitio; pero despues repentinamente decayó de su ambicion y de su orgullo, cuando se enteró de las privaciones de sus soldados, que llevaban hasta el extremo de comer carne humana; porque Lúculo no hacía la guerra galanamente y por ostentacion, sino, como dice el proverbio, encaminándola al vientre y poniendo el mayor esmero en que por ninguna vía pudieran llegarles víveres. Hallábase éste ocupado en sitiar una fortaleza; y como se apresurase Mitrídates á aprovechar la ocasion, y enviase á la Bitinia casi todos los de caballería con los trenes, y de la infantería los inutilizados, llegándolo á entender Lúculo, regresó en aquella misma noche el campamento; y á la mañana, sin embargo de hacer muy mal dia, llevando consigo diez cohortes y la caballería, se puso en su persecucion, mojándose y con gran incomodidad, tanto, que muchos de los soldados cediendo al frio se le quedaron por el camino; pero con los otros alcanzó á los enemigos á las inmediaciones del rio Rundaco, y causó en ellos tal destrozo, que las mujeres que habian acudido de Apolonia saquearon el bagaje y despojaron á los muertos. Siendo éstos muchos, como se deja conocer, tomó seis mil caballos é innumerable muchedumbre de acémilas, cautivando todavía quince mil hombres, y á todos estos los presentó delante del campamento de los enemigos. No puedo ménos de maravillar-

me de que diga Salustio que entónces vieron los Romanos camellos por la primera vez, no considerando que ya ántes los habian de haber visto los que con Escipion vencieron á Antioco, y los que recientemente habian combatido con Arquelao junto á Orcomene y Queronea. Teniendo además Mitrídates determinado huir con precipitacion, procuraba poner á Lúculo estorbos y dilaciones á la espalda, para lo que despachó al capitan de navío Aristónico al mar de Grecia; pero en el mismo momento de hacerse á la vela se apoderó de él Lúculo, y de diez mil áureos (1) que llevaba consigo, con el objeto de sobornar alguna parte del ejército romano. En tanto, Mitrídates huyó hácia el mar, y los generales conducian el ejército; mas sorprendiólos tambien Lúculo junto al rio Granico, y cautivó á la mayor parte, habiendo dado muerte á unos veinte mil. Dícese, pues, que de tantos millares de hombres como habian venido, así de los de guerra como de las demas clases, fueron muy cerca de trescientos mil los que perecieron.

Lúculo lo primero que hizo fué dirigirse á Cicico, donde gozó el placer y buen recibimiento que era consiguiente; y despues para reforzar su armada recorrió el Helesponto. Llegado á la Troade, se albergó en el templo de Vénus, y aquella noche, despues de recogido, le pareció tener presente á la Diosa, y que le decia:

Iracundo leon, ¿tú estás dormido
Cuando tan cerca tienes á los ciervos?

Levantándose, pues, y convocando á sus amigos todavía de noche, les refirió su ensueño. Al propio tiempo llegaron unos de Ilio dándole aviso de haberse dejado ver trece galeras de cinco órdenes de las del Rey hácia el puerto de los Griegos que se encaminaban á Lemnos. Hízose sin dilacion

(1) El áureo romano era la cuarta parte de una onza de oro.

al mar y las tomó, dando muerte á Isidoro su comandante; y en seguida fué en persecucion de los demas jefes. Hallábanse sus naves ancladas, y remolcándolas hácia tierra, peleaban desde cubierta, causando gran daño á las de Lúculo, porque el lugar no permitia envolver á las de los enemigos, ni tampoco combatirlas de cerca con naves á flote, miéntras que éstas estaban pegadas á tierra y bien aseguradas. Con todo, por la única parte de la isla por donde habia paso, aunque difícil, destacó algunas tropas escogidas, las cuales, cayendo por la espalda sobre los enemigos, á unos les dieron muerte, y á otros les precisaron á picar cables para huir de la tierra; pero chocando unas naves con otras, vinieron á meterse entre las de Lúculo: así fueron muchos los que perecieron; y con los cautivos fué traido uno de los generales de Sertorio, llamado Mario. Era tuerto, y se habia dado desde luégo la órden á los que navegaban al mando de Lúculo de que no quitaran la vida á ningun tuerto, á fin de que recibieran una muerte llena de ignominia y afrenta.

Desembarazado de este incidente, se apresuró á ir en persecucion del mismo Mitrídates: porque esperaba encontrarlo en la Bitinia detenido por Boconio, á quien él habia enviado hácia Nicomedia con algunas naves para molestarle en su fuga; pero Boconio se habia retrasado en Samotracia, con motivo de iniciarse y celebrar los misterios; y á Mitrídates, que navegaba con su armada y se daba priesa por llegar al Ponto ántes que volviese Lúculo, le sobrecogió una terrible tormenta, con la que unas naves se le desaparecieron, y otras se le fueron á pique. Toda la costa se vió por muchos dias cubierta de despojos de naves arrojadas á la orilla por las olas; y como el trasporte en que él mismo navegaba no pudiese ser traido á tierra por los pilotos á causa de la gran borrasca, y de estar las olas tan enfurecidas, ni tampoco aguantar en el mar por ser muy pesado y hacer agua, trasladándose á un buque de los de

corso, y poniendo su persona á merced de los piratas, por un modo increible y extraño aportó salvo á Heraclea de Ponto. No le salió, pues, mal á Lúculo la jactancia de que usó ante el Senado: porque habiendo decretado éste que con tres mil talentos se dispusiese la armada para aquella guerra, se opuso á ello, mandando cartas en que se gloriaba de que sin tantos gastos y preparativos arrojaria del mar á Mitrídates con solas las naves de los aliados; lo que así cumplió con el auxilio de los Dioses: porque se dice haber sido para los del Ponto aquella tormenta castigo de Diana Priapina, por haber saqueado su templo y robado su imágen.

Aconsejaban muchos á Lúculo que dilatase la guerra; pero no dándoles oidos, marchó por la Bitinia y la Galacia hácia la tierra del Rey; tan desprovisto al principio de víveres, que le seguian treinta mil Gálatas llevando cada uno una fanega de trigo al hombro; mas yendo adelante, y apoderándose de todo el terreno, llegó á ser tal la abundancia, que en el campamento se compraba un buey por una dracma y un esclavo por cuatro; y no teniendo todo el demas botin en ningun precio, unos lo abandonaban y otros lo destruian; pues no podia haber permutas cuando todos estaban sobrados. Mas como ninguna otra cosa hiciesen que correr y devastar el país hasta Tesmiciras y las regiones del Termodonte, culpaban á Lúculo de que se le iban entregando las ciudades; y no tomando ninguna á viva fuerza, los privaba de poder utilizarse con el saqueo: «porque ahora, decian, haciéndonos pasar de largo de Amiso, ciudad opulenta y rica, que no era grande obra el tomarla si alguno le pusiera sitio, nos conduce á los desiertos de los Tibarenos y los Caldeos á hacer la guerra á Mitrídates.» Pero en estas cosas no hacía alto Lúculo ni le merecian atencion, porque no creia que los soldados se propasasen al extremo de locura que despues se vió; y sólo daba razon de su conducta á los que le acusaban de

morosidad por detenerse tanto tiempo en ciudades y lugares de ninguna consideracion, dejando que entretanto se acrecentara el poder de Mitrídates. «Juntamente, les decia, es esto lo que yo quiero, y de intento me detengo en este país dando lugar á que aquél se engrandezca de nuevo, y reuna una fuerza respetable, para que así aguarde y no huya á nuestra llegada. ¿Acaso no veis cómo ha dejado en pos de sí, sin vestigio ninguno, unos vastísimos desiertos? Pues ya cerca de aquí está el Cáucaso y otros muchos montes espesísimos, capaces de contener y ocultar millares de reyes que hagan la guerra de montaña. De los Cabiros son bien pocas las jornadas que hay hasta la Armenia, y en esta tiene su residencia Tigranes, rey de reyes, con tan poderosas fuerzas, que con ellas repele á los Partos del Asia, traslada ciudades griegas á la Media, y se deshace de los reyes que vienen de Seleuco, llevándose robadas sus hijas y sus mujeres. Pues con éste tiene deudo Mitrídates, como que es su yerno: por tanto, no es de creer que si le suplica, lo abandone, sino que nos moverá la guerra; y si nos empeñamos en perseguir á Mitrídates, corre peligro que traigamos sobre nosotros á Tigranes, que ya hace tiempo anda buscando motivos, y aprovechará este que se le presenta de verse en la precision de auxiliar á uno que es rey y su pariente. ¿Pues por qué hemos de ser nosotros los que lo preparemos y los que enseñemos á Mitrídates, que no lo advierte, quiénes son aquellos con quienes ha de venir á combatirnos? ¿Por qué cuando él no piensa en ello le hemos de precisar á echarse en brazos de Tigranes? ¿No es mejor que le demos tiempo para que se robustezca y refuerce con los suyos, viniéndonos á hacer la guerra con los Colcos, Tibarenos y Capadocios, á quienes hemos vencido muchas veces, que no con los Medos y los Armenios?»

Discurriendo de esta manera Lúculo, se detuvo á la vista de Amiso, poniéndole remisamente sitio; y despues de pa-

sado el invierno, dejando á Murena para continuar aquél, marchó contra Mitrídates, que se habia situado en los Cabiros, y pensaba ser ya superior á los Romanos, por haber reunido bastantes fuerzas, consistentes en cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, que era en los que principalmente tenía su confianza: pasando, pues, el rio Lico, provocaba á los Romanos á descender á la llanura. Trabóse un combate de caballería, en el que éstos dieron á huir, habiendo quedado prisionero, á causa de hallarse herido, Pomponio, varon muy principal, que fué llevado ante Mitrídates muy mal parado de sus heridas; y como le preguntase el Rey si dejándole ir salvo sería su amigo, «sí, le respondió, como hagas la paz con los Romanos; pero si no, enemigo;» de lo que admirado Mitrídates, ningun daño le hizo. Llegó Lúculo á temer del terreno llano, por ser los enemigos superiores en caballería; y repugnando marchar por las alturas, á causa de que el camino era largo, montuoso y sumamente áspero, hizo la casualidad que fuesen cogidos prisioneros unos Griegos al tiempo de ir á refugiarse en una cueva; y el más anciano de ellos, llamado Artemidoro, prometió á Lúculo conducirle donde pusiera su campo en lugar seguro, guarnecido con una fortaleza puesta precisamente encima de los Cabiros. Dióle crédito Lúculo, y á la noche movió despues de encendidos los fuegos: pasó los desfiladeros sin riesgo y ocupó el puesto, apareciéndose á la mañana siguiente sobre la cabeza de los enemigos, y colocado su ejército en un sitio que si queria pelear, le daba facilidad para ello, y si no queria, le ponia á cubierto de ser violentado. Ninguno de los dos estaba por entónces en ánimo de venir á las manos; pero se dice que yendo los del Rey en persecucion de un ciervo, les salieron al encuentro para cortarlos algunos Romanos, y que con esto trabaron pelea acudiendo contínuamente muchos de una y otra parte. Vencieron por fin los del Rey, y viendo los Romanos desde las trincheras la fuga de los

suyos, llenos de pesar, corrieron á dar parte á Lúculo rogándole que los condujese y que los formase para batalla. Mas él, queriendo hacerles ver de cuánta importancia es en medio de los combates y de los peligros la vista y la presencia de un general prudente, dándoles órden de que esperaran sin moverse, bajó á la llanura, y puesto ante los primeros que huian, les mandó detenerse y volver con él. Obedeciéronle y deteniéndose asimismo é incorporándoseles los demas, con muy poco trabajo rechazaron á los enemigos, persiguiéndolos hasta su campamento. A la vuelta impuso Lúculo á los fugitivos el afrentoso castigo establecido por ley, haciéndoles cabar con las túnicas desceñidas un foso de doce piés á la vista y presencia de todos sus camaradas.

Habia en el ejército de Mitrídates un hombre de grande autoridad llamado Oltaco, perteneciente á la nacion bárbara de los Dándaros, una de las que habitan junto á la laguna Meotis. Era este Oltaco excelente para todo lo que en la guerra pide valor y determinacion; prudente y avisado en los negocios arduos, y además afable y complaciente en su trato. Como tuviese, pues, competencia y emulacion de privanza con otro de su misma gente, ofreció á Mitrídates un servicio señalado, cual era el de dar muerte á Lúculo. Aplaudióle el Rey, y como de intento le diese algunos motivos de fingido enojo y desabrimiento, partió para el campo de los Romanos, donde fué de Lúculo benignamente recibido, porque habia de él grande noticia en el ejército, y haciéndose lugar casi desde su llegada en el ánimo de aquél con su diligencia y su esmero, contínuamente lo tenía á su mesa y se valia de su consejo. Cuando le pareció al Dándaro que ya era llegada la ocasion, mandó á sus asistentes que le sacaran el caballo fuera del campamento, y él, siendo la hora del medio dia en que los soldados descansaban y hacian siesta, se dirigió á la tienda del general, bien persuadido de que nadie estorbaria el paso á

un hombre de confianza que aparentaba tener que comunicarle un asunto de grande entidad y urgencia. La entrada fué sin tropiezo, y el lance hubiera sido cual podia desearle, si el sueño, que á tantos generales ha perdido, no hubiera salvado á Lúculo: porque casualmente estaba durmiendo; y Menedemo, uno de los que hacian la guardia, que se hallaba en la misma puerta, anunció á Oltaco que llegaba á mal tiempo, pues hacía muy poco que Lúculo, despues de tantas vigilias y trabajos se habia entregado al descanso; y como no se retirase á su órden, sino que dijese serle forzoso entrar porque queria hablar de un negocio grave y urgente, enfadado Menedemo, y replicando que nada habia más urgente que salvar á Lúculo, le echó de allí á empujones. Entró con esto en miedo, y saliendo del campamento, montó en su caballo y se volvió al ejército de Mitrídates, sin poner por obra su designio: ¡tan grande es el poder de la oportunidad para sanar y para dañar, no ménos en los negocios que en los medicamentos!

Fué despues de esto enviado Sornacio con diez cohortes á hacer acopio de víveres, y viéndose perseguido por Menandro, uno de los generales del Rey, le hizo frente, y trabando combate, ahuyentó á los enemigos causándoles grandísimo daño. Mandóse de allí á poco con el mismo objeto á Adriano, llevando á su disposicion bastantes fuerzas, para que pudiera hacer abundante provision; y Mitrídates, que no dejó de entenderlo, envió á Menemaco y á Miron, comandantes de considerable número de infantes y caballos; y á excepcion de dos, todos, segun se dice, fueron muertos por los Romanos: pérdida que procuró ocultar Mitrídates, dando á entender que no habia sido de tanta entidad, sino ligera y debida á la impericia de sus generales; pero Adriano pasó vanaglorioso por delante del campamento con muchos carros cargados de bastimentos y de despojos, lo que en aquel produjo desaliento, y en los sol-

dados temor y confusion. Determinóse por tanto no aguardar allí más tiempo; y los de la familia del Rey se adelantaron á querer enviar cómodamente sus efectos y equipajes, impidiéndoselo á los demas; pero inquietos éstos, los atropellaron en la misma salida y saquearon los equipajes, dándoles á ellos muerte. Allí el general Dorialo, que no tenía sobre sí otra cosa de algun precio que la púrpura, pereció por quitársela; y el sacrificador Hermao fué pisoteado en el recinto de la puerta. El mismo Mitrídates, no habiéndole quedado ni sirviente ni palafrenero alguno, tuvo que salir del campamento mezclado con la muchedumbre, sin tener ni uno siquiera de sus caballos; y sólo habiéndole visto al cabo de tiempo, cuando así era arrebatado por el torrente de aquel tropel, uno de sus eunucos llamado Tolomeo, que tenía caballo, echó pié á tierra y se lo cedió. Porque ya los Romanos le alcanzanban siguiéndole de cerca; y por la priesa no habrian dejado de cautivarle, yendo ya casi á echarle mano; sino que la codicia y el ansia propia de los soldados, quitó á los Romanos una presa tras la que andaban largo tiempo habia, sufriendo por ella muchos combates y peligros; y á Lúculo le privó del verdadero premio de su victoria; pues cuando ya tenian á la vista y estaban para llegar al caballo que le conducia, presentándoseles una de las acémilas que iban cargadas de oro, ó porque el Rey de intento la pusiese delante á los que le perseguian, ó porque la casualidad lo hiciese, detenidos á saquear y robar el oro, altercando unos con otros, con este incidente se atrasaron. Ni fué éste sólo el daño que en aquella ocasion se originó á Lúculo de la avaricia de los soldados; sino que habiendo sido apresado el secretario íntimo del Rey, Calistrato, les dió órden de que se le llevasen; y los que le llevaban, habiendo entendido que tenía en el ceñidor quinientos áureos, le quitaron la vida; y áun tuvo, sin embargo, que condescender con que saquearan el campamento.

Tomó los Cabiros y otras muchas fortalezas, habiendo descubierto grandes tesoros, y los calabozos donde estaban presos muchos Griegos y muchas personas de la familia real; á los que teniéndose por muertos, la magnanimidad de Lúculo no les dió sólo salud, sino resurreccion en cierta manera y un segundo nacimiento. Fué al mismo tiempo cautivada Nisa, hermana de Mitrídates, habiendo estado su salvacion en su cautiverio; pues las otras hermanas y las mujeres, que parecia estar más distantes del peligro y con seguridad en Farnacia, perecieron lastimosamente, enviando Mitrídates contra ellas desde su fuga al eunuco Baquides. Entre otras muchas se hallaban dos hermanas del Rey, Rojana y Estatira, solteras en la edad de cuarenta años; y dos de sus mujeres, jonias de orígen, Berenice de Quio y Monima de Mileto. Era grande la fama de ésta entre los Griegos, porque solicitándola el Rey y enviándole de regalo quince mil áureos, no se dejó vencer hasta que se hicieron los contratos matrimoniales y remitiéndole éste la diadema la declaró reina. Habia, sin embargo, pasado su vida en grande amargura; y se lamentaba de su belleza, porque en lugar de marido le habia ganado un déspota; y en lugar de matrimonio y casa, la fortaleza de un bárbaro; y llevada léjos de la Grecia, los bienes esperados no eran más que un sueño, y de aquellos verdaderos estaba careciendo. Llegado, pues, Baquides, como les intimase la órden de morir del modo que á cada una le pareciese más fácil y ménos doloroso, quitándose la diadema de la cabeza, se la ató al cuello y se colgó de ella; pero habiéndosele roto inmediatamente, «¡maldito arrapiezo, dijo, que ni siquiera para esto me has valido!» y despues de haberla escupido y arrojádola al suelo, alargó el cuello á Baquides. Berenice tomó en la mano una taza de veneno, y pidiéndole su madre, que se hallaba presente, la partiese con ella, se la alargó y bebieron ambas. La fuerza del veneno fué bastante para el cuerpo más flaco,

pero no acabó con Berenice, que para su constitucion no habia bebido bastante, y como luchase largo rato con las ánsias de la muerte, tomó Baquides por su cuenta el ahogarla. De las hermanas solteras se dice que la una bebió el veneno despues de haber proferido mil imprecaciones y dicterios; y que la otra no pronunció ni una palabra injuriosa ni nada que desdijese de su orígen; sino que más bien elogió á su hermano, porque en medio de sus peligros propios no las habia olvidado, y ántes habia cuidado de que muriesen libres y sin sufrir afrentas. Todas estas cosas fueron de sumo disgusto á Lúculo, que era de humana y benigna condicion.

Continuando en la persecucion llegó hasta Talauros; pero llevándole cuatro dias de ventaja Mitrídates, que se retiraba á la Armenia, acogiéndose á Tigranes, hubo de retroceder; y habiendo vencido á los Caldeos y Tibarenos, tomó la Armenia menor, sometió otras fortalezas y ciudades, y enviando á Apio en legacion á Tigranes para reclamar á Mitrídates, se encaminó á Amiso, que todavía permanecia cercada. Era la causa de esta dilacion el general Calimaco, que con sus conocimientos en la maquinaria y con todas las habilidades y estratagemas que admite un sitio, daba mucho en que entender á los Romanos, de lo que más adelante tuvo su merecido. Por entónces, burlado á su vez por Lúculo, que en la hora en que los soldados solicitan retirarse y descansar dió repentinamente el asalto y tomó alguna parte, aunque no grande, de la muralla, salió de la ciudad poniéndole fuego: bien fuese con la mira de que no sacasen de ella utilidad alguna los Romanos, ó bien con la de facilitar más su fuga; pues lo cierto es que nadie hizo alto en los que por el mar se retiraban. Cuando ya la llama se veia discurrir en globos por el muro, y los soldados se aparejaban al saqueo, Lúculo, lamentándose de la ruina de la ciudad, clamaba desde afuera por auxilio contra el incendio, y exhortaba á que le apagasen; pero de

nadie era escuchado, porque todos estaban entregados á buscar en qué cebar la codicia, y agitaban las armas con grande vocería; tanto, que violentado de este modo, hubo de condescender con su deseo por si así libertaria á la ciudad del incendio; mas ellos hicieron todo lo contrario: pues miéntras todo lo registran con hachas, llevando fuego por todas partes, quemaron las más de las casas: de manera que entrando Lúculo á la mañana siguiente, se echó á llorar, hablando así á sus amigos: «Muchas veces consideré la felicidad de Sila; pero hoy es cuando principalmente admiro su buena dicha: pues que queriendo salvar á Atenas, fué bastante poderoso para conseguirlo; y yo cuando deseaba aquí imitarle, algun mal Genio me ha hecho incurrir en la mala opinion de Mumio.» Esforzóse, sin embargo, á reparar la ciudad de aquella calamidad; y por de contado por un feliz acaso una lluvia que sobrevino al tiempo mismo de ser tomada, apagó el incendio; y él sin salir de allí reedificó el mayor número de casas arruinadas; dió acogida á los Amisenos que habian huido, y establecimiento á los demas Griegos que quisieron acudir, señalándoles un término de ciento y veinte estadios. Era esta ciudad, colonia de los Atenienses, fundada en aquellos felices tiempos en que floreció su poder, teniendo el dominio del mar; y áun por esto muchos, huyendo de la tiranía de Aristion, trasladándose allá por mar, fijaron en ella su residencia, sucediéndoles que por evitar los males propios tuvieron que sufrir los ajenos. De estos, pues, á los que quedaron salvos los vistió Lúculo decentemente, y dando á cada uno doscientos dracmas, los restituyó á su casa. Fué tambien cautivado en aquella ocasion Tiranion el gramático: pidióle Murena; y habiéndole sido entregado, le dió libertad, usando iliberalmente de aquel don: pues no entraba en la idea ni en la voluntad de Lúculo que un hombre codiciado por su saber, fuese hecho esclavo primero y despues libre: porque realmente aquel no fué acto de

darle la libertad, sinó de quitársela. Bien que no es esta la única vez en que Murena se mostró muy distante de la delicadeza y pundonor de su general.

Dirigióse entónces Lúculo á las ciudades del Asia, para hacer, miéntras se hallaba desocupado de los negocios militares, que participasen de la justicia y de las leyes: beneficios de los que los increibles é inexplicables infortunios pasados habian privado por largo tiempo á la provincia; siendo saqueada y esclavizada por los alcabaleros y logreros, que reducian á los naturales al extremo de vender en particular los hijos de buena figura y las hijas doncellas, y en comun las ofrendas, las pinturas y las estatuas sagradas; y ellos al fin venian á sufrir la suerte de ser entregados por esclavos á los acreedores. Y lo que á esto precedia, los piés de amigo, los encierros, los potros, las estancias á la inclemencia, en el verano al sol y en el invierno al frio, entre el barro y el hielo, era todavía más duro é insoportable; de manera que la esclavitud en su comparacion era paz y alivio de miserias. Observando, pues, Lúculo estos males en las ciudades, en breve tiempo libertó de ellos á los que los experimentaban: porque en primer lugar mandó que ninguna usura pasase del uno por ciento; en segundo dió por acabadas las que habian llegado á exceder el capital; y en tercero, que fué lo más importante, dispuso que el prestamista disfrutase la cuarta parte de las rentas del deudor; y á aquel que incorporaba las usuras con el principal, lo privó del todo: de manera que en el breve tiempo de cuatro años se extinguieron todos los créditos, y las posesiones quedaron libres á sus dueños. Eran estas deudas públicas, y provenian de los veinte mil talentos en que Sila multó al Asia: el duplo, pues, de esta cantidad fué el que se pagó á los acreedores, que con las usuras la habian ya hecho subir á la suma de ciento veinte mil talentos. Estos, pues, como si les hubiese hecho el mayor agravio, clamaban en Roma contra

Lúculo, y con dinero concitaron contra él á muchos de los demagogos, siendo gente de gran poder, y que tenian á su devocion á muchos de los que mandaban; pero con todo, Lúculo no solamente se ganó el amor de los pueblos á quienes hizo beneficios, sino que era deseado de las demas provincias, que tenian por felices á aquellas á quienes habia cabido la suerte de tal gobernador.

Apio Claudio, el enviado en legacion á Triganes, que era hermano de la mujer con quien entónces estaba casado Lúculo, al principio fué de los guias del Rey conducido por la tierra alta, siguiendo un camino de muchos dias, que hacía grandes y no necesarios rodeos, hasta que mostrándole uno de sus libertos, Siro de nacion, otro camino derecho, se apartó de aquel primero largo y torcido, despidiendo á los conductores régios; con lo que en breves dias se puso al otro lado del Eufrates, y llegó á Antioquía la de Dafne. Mandósele que esperara á Tigranes, porque se hallaba ausente, ocupado en subyugar algunas ciudades de la Fenicia; y él en tanto ganó á algunos de los grandes, que de mala gana obedecian á un Armenio, siendo uno de ellos Zarbieno, rey de la Gordiena; y á muchas ciudades de las sojuzgadas, que reservadamente le enviaron mensajeros, les ofreció el auxilio de Lúculo, encargándoles que por entónces disimulasen y se estuviesen quedas. Porque á los Griegos no era tolerable, sino más bien duro y molesto, el imperio de los Armenios, y sobre todo el del Rey, cuyo orgullo y altanería no tenía límites, pareciéndole que todo cuanto bueno apetecen y admiran los hombres, ó dimanaba de él, ó por consideracion suya lo disfrutaban: pues habiendo empezado por esperanzas muy pequeñas y de ningun momento, habia sujetado muchas gentes, habia humillado más que otro alguno el poder de los Persas, y habia llenado de Griegos la Mesopotamia, sacando desterrados á muchos, ora de la Cilicia y ora de la Capadocia. Movió tambien de sus asientos á los Arabes Es-

cenitas, trasplantándolos y estableciéndolos cerca de su residencia, para hacer por medio de ellos el comercio. Los reyes que le servian eran muchos, y á cuatro los tenía siempre cerca de sí como pajes ó escuderos; los cuales cuando iba á caballo corrian á su lado á pié con solas las túnicas, y cuando se sentaba á dar audiencia se colocaban jundo á su trono, teniendo plegadas una con otra las manos: postura que entre todas parece ser la más característica de la servidumbre, como de hombres que abdican la libertad y se muestran más dispuestos á sufrir que á obrar. Mas á Apio nada le impuso, ni le causó admiracion aquella ostentacion teatral, sino que apénas fué admitido á la audiencia, le dijo sin rodeos que el objeto de su mision era reclamar á Mitrídates debido á los triunfos de Lúculo, ó intimar á Tigranes la guerra; de manera que por más que éste afectó serenidad y sonrisa en el semblante para oir el mensaje, todos echaron de ver que le habia inmutado el desenfado de aquel jóven; quizá porque no habia escuchado otra palabra libre en veinticinco años, pues otros tantos llevaba de reinar, ó más bien, tiranizar y oprimir. Respondióle, pues, que no entregaba á Mitrídates, y se defenderia de los Romanos, autores de aquella guerra. Ofendido de Lúculo porque en la carta le llamó Rey solamente, y no Rey de reyes, en la respuesta no le dió tampoco el título de Emperador. Envió, sin embargo, á Apio presentes de gran valor; y como no los recibiese, le envió todavía otros mayores; de los cuales Apio, porque no pareciese que por enemistad los desdeñaba, tomó solamente una taza, volviéndole los demas, y á toda priesa partió en busca del general.

Tigranes al principio ni siquiera se dignó de ver á Mitrídates, ni de admitirle á su audiencia, con ser un deudo suyo, despojado de tan poderoso reino; sino que le trató con ignominia y desprecio, teniéndole como en custodia en un país pantanoso y malsano; pero entónces le envió á

llamar con aprecio y benevolencia; y teniendo ambos conferencias secretas en el palacio, de los celos y sospechas que mutuamente se habian dado el uno al otro, se descargaron sobre sus amigos, atribuyéndoles á éstos la culpa. Era uno de ellos Metrodoro Escepsio, varon elocuente, de grande instruccion, y que habia llegado á tal grado de amistad, que comunmente se le daba el nombre de padre del Rey; y habiendo sido á lo que parece enviado de embajador por Mitrídates para rogar á Tigranes le auxiliase contra los Romanos, preguntóle éste: «Y tu, Metrodoro, ¿qué es lo que en este punto me aconsejas? Y entóces él, bien fuera porque sólo atendiese al bien de Tigranes, ó bien porque no desease que Mitrídates saliese á salvo, le respondió que como embajador se lo rogaba, y como su consejero se lo disuadia. Refiriéselo Tigranes á Mitrídates en el concepto de que no le vendria mal á Metrodoro; pero él al punto le dió muerte, tomando de ello gran pesar Tigranes, sin embargo de que no tuvo toda la culpa de esta desgracia de Metrodoro: pues realmente no hizo más que dar nuevo calor á la displicencia y encono con que ya le miraba Mitrídates; lo que más claramente se descubrió cuando ocupados sus papeles reservados, se halló en ellos la órden de hacer perecer á Metrodoro. Dió Tigranes honorífica sepultura á su cadáver, no excusando gasto alguno para con un muerto á quien vivo habia hecho una traicion. Murió tambien en la corte de Tigranes el orador Anficrates, de quien si hacemos memoria es sólo por consideracion á Atenas. Dícese, pues, de él que huyó á Seleucia del Tígris, donde habiéndosele rogado que hiciese uso de su arte, los desdeñó con altanería, respondiendo que un delfin no cabe en un plato: que habiendo pasado de allí al palacio de Cleopatra, hija de Mitrídates y mujer de Tigranes, se le levantó inmediatamente una calumnia; y como por ella se le prohibiese el trato con los Griegos, de hambre se quitó la vida; y finalmente, que Cleopatra le se-

pultó con magnificencia, estando enterrado en Safa, que es como se llama una de aquellas aldeas.

Lúculo si procuró dar á las ciudades del Asia las mayores pruebas de benevolencia y hacerlas gozar de las delicias de la paz, no por eso se olvidó de las cosas de placer y regocijo; sino que deteniéndose en Efeso, cuidó de ganarse su afecto con pompas y festejos de victoria, y con luchas y combates de gladiatores, y ellas en justo retorno celebraron juegos que llamaron Luculeyos, y le correspondieron con un amor verdadero, más satisfatorio que aquella honra. Mas luégo que llegado Apio se enteró de que habia que entrar en guerra con Tigranes, marchó otra vez al Ponto con su ejército, y puso sitio á Sinope, ó por mejor decir, á los Ciliceños súbditos del Rey, que entónces la ocupaban; los cuales dando muerte á muchos Sinopenses, y poniendo fuego á la ciudad, huyeron en aquella noche. Entró Lúculo luégo que lo supo, y á unos ocho mil que habian quedado los pasó al filo de la espada; adjudicando las casas á los demas que no eran de ellos, y tomando la ciudad bajo su especial amparo, á causa principalmente de una vision que tuvo, y fué en esta forma: Parecióle entre sueños que se le ponia uno al lado y le gritaba: adelanta, Lúculo, un poco, porque viene Autolico, que tiene que tratar contigo. Levantándose, pues, no supo á qué referir aquella aparicion, ni qué significaba; pero tomando la ciudad en aquel mismo dia, cuando perseguia á los Ciliceños que se embarcaban, vió en la ribera una estatua tendida en el suelo, que los Ciliceños con la priesas no pudieron llevarse. Era una de las obras más primorosas de Estenidas; y no faltó quien declarase que aquella estatua era de Autolico, fundador de Sinope. Dícese de este Autolico que fué hijo de Deimaco, y con Hércules partió de la Tesalia á hacer la guerra á las Amazonas; que navegando de allí despues con Demoleonte y Flogio, perdió su nave, por haberse estrellado en el promontorio del Quersoneso,

llamado Pedalio; y que habiendo llegado salvo á Sinope con sus armas y sus amigos, arrebató á los Siros la ciudad; pues la poseyeron, segun se dice, los Siros descendientes de Siro, hijo de Apolo y de Sinope Asopide: oida la cual relacion, no pudo ménos Lúculo de traer á la memoria la advertencia de Sila; quien previene en sus Comentarios que nada tenía por tan digno de fe y tan seguro como lo que se le significaba en los sueños. Al oir allí que Mitrídates y Tigranes tocaban ya casi con su ejército en la Licaonia y la Cilicia para ser los primeros en invadir el Asia, tuvo por muy extraña la conducta de aquel Armenio, que si pensaba en hacer frente á los Romanos, no se valió para la guerra de Mitrídates todavía floreciente, ni juntó sus fuerzas con las de éste en los dias de su prosperidad; y ahora cuando habia dejado que fuese arruinado y deshecho, sobre tibias y flacas esperanzas comenzaba la guerra, uniéndose con los que no podian volver en sí.

En esto Macares, hijo de Mitrídates, que ocupaba el Bósforo, le envió una corona de valor de mil áureos, pidiéndole le tuviese por amigo y aliado de los Romanos; y entónces, dado ya por fenecida la primera guerra, dejó á Sornacio en custodia de la region del Ponto con seis mil soldados; y él, conduciendo doce mil infantes y unos tres mil caballos, corrió á la segunda guerra, pareciendo que con un arrojo extraño, y en el que no entraba por nada la cuenta de su salud, se precipitaba entre naciones belicosas entre muchos millares de caballos, y á un país de interminable extension, circundado de rios profundos y de montañas cubiertas siempre de nieve: tanto, que los soldados, que ya no observaban la mejor disciplina, le seguian con disgusto y violencia; y en Roma los tribunos de la plebe clamaban y se quejaban altamente de que Lúculo pasaba de una guerra á otra, sin conveniencia de la república, no deponiendo nunca las armas por no quedar sin mando, y haciéndose rico y opulento con los peligros públicos; mas

éstos con el tiempo al cabo se salieron con su propósito. Lúculo en tanto caminó á marchas forzadas al Eufrates, y encontrándole salido de madre y turbio con la lluvia, tuvo sumo disgusto por la detencion que habia de causarle en reunir barcos y construir lanchas; pero habiendo empezado por la tarde á ceder la inundacion y bajado mucho por la noche, al amanecer ya el rio se mostró muy recogido. Los del país, advirtiendo en medio del álveo unas isletas, y que la corriente se detenia plácidamente en ellas, se postraban ante Lúculo, porque aquello no habia sucedido ántes sino muy pocas veces, y porque el rio se le mostraba benigno y apacible, ofreciéndole un paso descansado y fácil. Aprovechando, pues, la ocasion, pasó el ejército; y en el acto de pasar tuvo una señal muy fausta. Críanse vacas sagradas de Diana Pérsica, que es la Diosa de mayor veneracion para los bárbaros del otro lado del Eufrates. No hacen uso de estas vacas sino para los sacrificios: por lo demas, yerran libres por los pastos, llevando impresa la señal de la Diosa, que es una antorcha; y cuando las han menester no es cosa fácil ni de pequeño trabajo el echarles mano. Una de estas, encaminándose miéntras el ejército pasaba á una peña consagrada segun se cree á la Diosa, se paró en ella; y bajando la cabeza como las que son tiradas con cuerda, se ofreció así á Lúculo para que la sacrificase; y hecho, sacrificó tambien un toro al Eufrates en reconocimiento del feliz tránsito. Descansó aquel dia; pero al otro y demas siguientes continuó su marcha por la Sofena, sin causar perjuicio á los habitantes, que saliéndole al encuentro hacian muy buena acogida al ejército; y áun queriendo los soldadas ocupar un fuerte en que á su entender habia grandes riquezas: «aquel, les dijo, es el fuerte de que nos hemos de apoderar (mostrándoles el monte Tauro á lo léjos), que este otro reservado queda á los vencedores;» y apresurando áun más la marcha, pasó el Tígris, y entró en la Armenia.

Tigranes, al primero que le anunció la venida de Lúculo, en lugar de mostrársele contento, le cortó la cabeza; con lo que ninguno otro volvió á hablarle palabra, sino que permaneció en la mayor ignorancia, quemándose ya en el fuego enemigo, y no escuchando sino el lenguaje de la lisonja, que le decia que áun se mostraria Lúculo insigne general si aguardaba en Efeso á Tigranes y no daba á huir inmediatamente del Asia al ver tantos millares de hombres. Así, al modo que no es para cualquiera cuerpo el aguantar la inmoderada bebida, en la propia forma no es de cualquiera juicio el no perder la prudencia y el tino en la excesiva prosperidad. Con todo, el primero de sus amigos que se atrevió á decirle la verdad fué Mitrobarzanes; el cual no alcanzó tampoco el más envidiable premio de su sinceridad: porque al punto se le mandó contra Lúculo con tres mil caballos y mucha infantería, y llevando la órden de traer vivo al general y de deshacerse á puntillazos de todos los demas. El ejército de Lúculo, parte se hallaba ya acampado, y parte estaba todavía en marcha: anunciándole, pues, sus avanzadas la venida del bárbaro, temió no los sorprendiese cuando se hallaban separados y fuera de órden. Quedóse por tanto disponiendo el campamento; y envió al legado Sextilio con mil y seiscientos caballos, y con pocos más entre infantería y tropas ligeras, dándole órden de llegar hasta cerca de los enemigos y hacer allí alto, hasta saber que ya estaba acampada toda la tropa que con él quedaba. Sextilio bien queria atenerse á la órden; pero no pudo ménos de venir á las manos, precisado de Mitrobarzanes, que le cargó con el mayor arrojo. Trabado el combate, Mitrobarzanes murió peleando; y dando á huir los demas, perecieron asimismo todos, á excepcion de muy pocos. Tigranes, á consecuencia de este suceso, abandonó á Tigranocerta, ciudad populosa, fundada por él mismo; y se retiró al monte Tauro para reunir allí grandes fuerzas de todas,

partes. Mas Lúculo, no queriendo dar tiempo á estas disposiciones, envió á Murena para dispersar y cortar á los que trataban de unirse con Tigranes, y á Sextilio para contener una gran muchedumbre de Arabes que se encaminaban tambien al campo del Rey; y á un mismo tiempo Sextilio, dando sobre los Arabes cuando iban á acamparse, acabó con la mayor parte de ellos; y Murena yendo en el alcance de Tigranes, al pasar un barranco estrecho con un ejército tan numeroso, le sorprendió en la mejor coyuntura. Tigranes, pues, huyó, abandonando todo aquel aparato; y de los Armenios muchos murieron, y otros en mayor número quedaron cautivos.

Sucediéndole tan felizmente las cosas, movió Lúculo para Tigranocerta, y acampándose en rededor, le puso sitio. Hallábanse en aquella ciudad muchos Griegos de los trasplantados de la Cilicia; muchos bárbaros que habian tenido la misma suerte, Adiabenos, Asirios, Gordianos y Capadocios, á los que arruinando sus patrias, y arrancándolos de ellas, los habia obligado á fijar allí su residencia. Estaba la ciudad llena de caudales y de ofrendas, no habiendo particular ni poderoso que no se afanara por agasajar al Rey para el incremento y adorno de ella. Por esta misma causa Lúculo estrechaba con vigor el sitio, teniendo por cierto que Tigranes no podria desentenderse, sino que con el enojo acudiria á dar batalla, contra lo que tenía meditado; y ciertamente no se engañó. Retraíale sin embargo con empeño Mitrídates, enviándole mensajeros y cartas para que no trabara batalla, bastándole el interceptar los víveres con su numerosa caballería, y rogábale tambien encarecidamente Taxiles, enviado con tropas de parte del mismo Mitrídates, que se guardase y evitase como cosa invencible las armas romanas. Y al principio los escuchó benignamente; pero despues que con todo su poder se le reunieron los Armenios y Gordianos; que con todas sus fuerzas se presentaron asimismo sus respectivos

reyes, trayendo á los Medos y Adiabenos; que vinieron muchos Arabes de la parte del mar de Babilonia, muchos Albaneses del Caspio é Iberos incorporados con los Albaneses, y que concurrieron no pocos de los que sin ser de nadie regidos apacientan sus ganados en las orillas del Araxes, atraidos con halagos y con presentes; entónces ya en los banquetes del Rey y en sus consejos todo era esperanzas, osadía y aquellas amenazas propias de los bárbaros; habiendo estado Taxiles muy á pique de perecer por haber hecho alguna oposicion á la resolucion de pelear; y áun se entró en sospechas de que Mitrídates por envidia se oponia á aquella brillante victoria. Así es que Tigranes no le aguardó, para que no participase de la gloria; y poniéndose en marcha con todo su ejército, se lamentaba, segun se dice, con sus amigos de que aquel combate hubiera de ser con sólo Lúculo y no con todos los generales romanos que se hallasen allí juntos. Y en verdad que aquella confianza no era loca ni vana, al ver tantas naciones y reyes como le seguian, tan numerosa infantería, y tantas millaradas de caballos: porque arqueros y honderos llevaba veinte mil, soldados de á caballo cincuenta y cinco mil, y de éstos diez y siete mil con cotas y otras piezas de armadura de hierro, segun lo escribió Lúculo al Senado; infantes, ya de los formados en cohortes, y ya de los que componian la batalla, ciento cincuenta mil; camineros, pontoneros, acequieros, leñadores y sirvientes para todos los demas ministerios, treinta y cinco mil; los cuales formando á espalda de los que peleaban, no dejaban de contribuir á la visualidad y á la fuerza.

Cuando pasado el Tauro llegaron á descubrirse sus inmensas fuerzas, y él divisó el ejército de los Romanos acampado ante Tigranocerta, el tropel de bárbaros que habia dentro de la ciudad recibió su aparecimiento con grande alboroto y gritería; y con amenazas mostraba á los Romanos desde la muralla las tropas armenias. Púsose Lúculo

á deliberar sobre el partido que debia tomarse; y unos le aconsejaban que marchara contra Tigranes, abandonando el sitio; otros que no dejara á la espalda tantos enemigos ni levantara el cerco; mas él, diciéndoles que separados ni uno ni otro consejo daban en lo conveniente, y juntos sí, dividió sus fuerzas, dejando á Murena con seis mil hombres para continuar el asedio; y él tomando el resto, que eran veinticuatro cohortes con ménos de diez mil infantes, toda la caballería y unos mil entre honderos y arqueros, marchó en busca de los enemigos; y poniendo sus reales junto al rio en una gran llanura, se mostró á Tigranes objeto muy pequeño, siendo para sus aduladores materia de entretenimiento; porque unos lo ridiculizaban, otros echaban suertes sobre los despojos, y cada uno de aquellos reyes y generales presentándose á Tigranes le rogaba que aquel negocio lo dejara á él solo, contentándose con ser espectador. Quiso tambien éste hacer del gracioso y burlon, pronunciando aquel dicho ya tan vulgar: «para embajadores son muchos, para soldados muy pocos:» así estuvieron burlándose y divirtiéndose por entónces. Al amanecer sacó Lúculo su ejército armado: el de los enemigos se hallaba al Oriente del rio. Daba allí éste un rodeo hácia Poniente, y era por aquella parte por donde podia pasarse mejor: así, conduciendo apresuradamente sus tropas en direccion opuesta, se le figuró á Tigranes que huia, y llamando á Taxiles, le dijo riendo á carcajadas: «¿No ves cómo huye esa invicta infantería romana?» Y entónces Taxiles: «¡Ojalá hiciera vuestro buen Genio, oh Rey, ese milagro! pero no se visten los hombres de limpio para las marchas, ni usan de escudos acicalados, ni de morriones desnudos como ahora, quitando sus fundas á las armas; sino que aquella brillantez es de soladados que buscan pelea, dirigiéndose de hecho contra los enemigos.» Decia esto Taxiles cuando ya la primera águila, que era la de Lúculo, habia dado la vuelta, y las cohortes ocupaban sus puestos para pasar el rio; y en-

tónces Tigranes, como quien se recobra con pena de una profunda embriaguez, exclamó por dos ó tres veces: «¿Es posible que vienen contra nosotros?» De manera que aquella muchedumbre se formó con grande atropellamiento en batalla, tomando el Rey para sí el centro, y dando de las alas la izquierda al Adiabeno y la derecha al Medo, en la que á vanguardia se hallaba la mayor parte de los coraceros. Cuando Lúculo se disponia á pasar el rio, algunos de los otros caudillos le advirtieron que debia guardarse de aquel dia, por ser uno de los nefastos, á los que llaman negros: por cuanto en él habia perecido el ejército de Cepion en lid con los Cimbros; pero él les dió aquella tan celebrada respuesta: «pues yo haré este dia afortunado para los Romanos:» era el que precedia á las nonas de Octubre.

Dicho esto, y mandando tener buen ánimo, pasó el rio, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde allí la espada desenvainada, como que tenía que apresurarse á venir á las manos con hombres hechos á pelear de léjos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadizas con la celeridad de la acometida; y viendo á la caballería de coraceros, con que se hacía tanto ruido, defendida de un collado cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que sería de cuatro estadios, no era difícil ni tenía cortaduras, dió órden á los soldados de caballería Tracios y Gálatas que tenía á su mandado, de que acometiéndoles en oblicuo desviaran con las espadas los cuentos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes; no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, á causa de la pesadez é inflexibilidad de su armadura, con la que parecian aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero á pié, armado y decidido á batirse. Luégo que estuvo arriba,

puesto en el sitio más eminente, «vencimos, exclamó en voz alta; vencimos, camaradas;» y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que tirándolas al suelo hirieran á los enemigos en las piernas y los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevencion, porque no aguardaron la llegada de los Romanos; sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron á huir con la más vergonzosa cobardía, y ellos y sus caballos con sus pesadas armaduras cayeron sobre su misma infantería ántes que ésta hubiese entrado en accion: de modo que sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres; y si fué grande la matanza en los que huian, áun fué mayor en los que querian y no podian huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formacion. Tigranes, dando á correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que á su hijo le cabia la misma suerte, quitándose la diadema de la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra vía se salvara como pudiese. No se atrevió aquel jóven á ceñirse con ella las sienes, sino que la dió á guardar á uno de los mancebos de quien más se fiaba; y como despues éste por desgracia cayese cautivo, entre los demas que lo fueron lo fué tambien la diadema de Tigranes. Dícese que de los infantes murieron más de cien mil hombres, y de los de á caballo se salvaron muy pocos: los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antioco el Filósofo, haciendo mencion de esta batalla en su obra sobre los Dioses, dice que el sol no vió otra semejante; Estrabon, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban avergonzados y se reian de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habian sido tan inferiores en número á los enemigos; porque apénas los vencedores eran la vigésima parte, sino

ménos todavía, de los vencidos. De los generales romanos los más inteligentes, y que en más acciones se habian hallado, lo que principalmente celebraban en Lúculo era haber vencido á los reyes más poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilacion: porque á Mitrídates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza; y á Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento: siendo muy pocos los generales que como él hayan tenido una precaucion activa y un arrojo seguro.

Por esto mismo Mitrídates no se halló en la batalla: pues pensando que Lúculo hacía la guerra con su acostumbrado sosiego y detencion, caminaba muy despacio á unirse con Tigranes; y desde luégo encontrándose en el camino con algunos Armenios que marchaban precipitadamente dando indicios de miedo, conjeturó lo sucedido; pero despues tropezando ya con muchos desnudos y heridos, enterado de la derrota, se dirigió á buscar á Tigranes. Hallóle abandonado de todos y abatido; y léjos de añadirle afliccion, echó pié á tierra, y llorando las comunes desgracias, le cedió la familia que le acompañaba, dándole ánimo para lo futuro: así más adelante volvieron á juntar nuevas fuerzas. En Tigranocerta los Griegos se sublevaron contra los bárbaros, y trataban de abrir las puertas á Lúculo, que aprovechando tan oportuna ocasion, tomó la ciudad. Apoderóse de los tesoros del Rey que en ella habia; pero entregó al saqueo de los soldados la ciudad misma; en la que sin la demas riqueza se encontraron ocho mil talentos en moneda acuñada; y sobre todo esto áun distribuyó del botin ochocientas dracmas á cada soldado. Habiéndosele dado cuenta de haberse cogido muchos farsantes y profesores de las artes de Baco, que Tigranes recogia por todas partes con el objeto de abrir un teatro que habia construido, se valió de ellos para los combates y juegos con que celebró su victoria. A los Griegos los remitió á su

respectiva patria socorriéndolos con algun viático; y otro tanto ejecutó con los bárbaros, á quienes se habia obligado á emigrar; de lo que resultó que deshecha una ciudad, se repoblaron muchas, volviendo á recibir sus antiguos habitantes: beneficios por el que veneraron á Lúculo como á su favorecedor y bienhechor. Sucedian tambien prósperamente todas las demas cosas á este insigne varon, que apetecia más las alabanzas dadas á la justicia y á la humanidad, que no las que se tributaban á sus triunfos militares: porque en éstos tiene no pequeña parte el ejército, y la mayor es de la fortuna; cuando los otros hechos son pruebas de un ánimo benigno y bien educado; con cuyo medio iba Lúculo conquistando á los bárbaros sin armas. Porque los reyes de los Arabes vinieron á buscarle, haciéndole entrega de sus cosas; la nacion de los Sofenos se hizo de su partido; y la de los Gordianos llegó hasta el punto de querer abandonar sus ciudades y seguirle con sus mujeres, con este motivo: Zarbieno, rey de los Gordianos, trató secretamente con Lúculo por medio de Apio, segun que ya dijimos, de hacer alianza con los Romanos, no pudiendo sufrir la tiranía de Tigranes; pero habiendo sido denunciado, perdió la vida, y juntamente sus hijos y su mujer, ántes que aquellos penetrasen en la Armenia. No los echó, pues, Lúculo en olvido; sino que pasando al país de los Gordianos, celebró las exequias de Zarbieno, y adornando la pira con aparato régio en ropas y en oro, con otras preseas de los despojos de Tigranes, él mismo le prendió fuego é infundió en ella las libaciones con los deudos y familiares del difunto, apellidándole amigo suyo y aliado de los Romanos. Dispuso tambien que á toda costa se le levantara un suntuoso y magnífico monumento; habiéndose encontrado muchas preciosidades y oro y plata en los palacios de Zabierno; en los que habia además trescientas mil fanegas de trigo, de lo que se aprovecharon los soldados; y Lúculo tuvo la gloria de que sin tomar ni una dracma del erario

público, con la misma guerra sostenia los gastos de ella.

Allí tambien recibió embajada del rey de los Partos, implorando su amistad y alianza, cosa muy grata á Lúculo; quien á su vez envió otra embajada al Parto; pero los mensajeros le descubrieron que éste queria estar á dos haces, y que secretamente pedia á Tigranes la Mesopotamia por precio de sus socorros. Luégo que lo entendió Lúculo, resolvió dejar por entónces á un lado á Tigranes y Mitrídates como rivales ya humillados, y probar sus fuerzas con la de los Partos, marchando contra ellos: teniendo á gran gloria con el ímpetu de una sola guerra postrar uno tras otro, como un atleta, á tres reyes, y salir invícto y triunfante de los tres más poderosos caudillos que habia debajo del sol. Envió, pues, cartas á Sornacio, que quedó en el Ponto, mandándole traer aquellas tropas para mover de la Gordiena; pero aquellos jefes que ya ántes habian hecho alguna experiencia de la indocilidad é inobediencia de los soldados, entónces recibieron pruebas de su absoluta insubordinacion; pues no pudieron encontrar medio alguno, ni de blandura ni de violencia, para hacerles marchar, y ántes les gritaron y protestaron que ni allí querian permanecer, sino irse á casa, dejando aquel punto abandonado. Traidas á Lúculo estas noticias, hasta los soldados que allí tenía le corrompieron; los cuales se habian vuelto con la riqueza perezosos y delicados para la guerra, clamando por el descanso; pues luégo que el desenfado de los otros llegó á sus oidos, decian que aquellos eran hombres, y que era preciso imitarlos, habiendo ya ellos ejecutado bastantes hazañas, por las que merecian se les dejase salvos y descansados.

Sabedor Lúculo de estas proposiciones y de otras todavía más insolentes, tuvo que abandonar la expedicion contra los Partos, y marchó otra vez contra Tigranes en lo más fuerte del estío; y cuando llegó á pasar el monte Tauro se desanimó al ver los campos todavía verdes·

¡tanto es lo que allí se atrasan las estaciones por la frialdad de la atmósfera! Con todo, pasó adelante, y habiendo desbaratado á dos ó tres jefes armenios que osaron oponérsele, impunemente corria y asolaba el país; y habiendo logrado apoderarse de las subsistencias que estaban recogidas para Tigranes, hizo experimentar á los enemigos la carestía y escasez que él habia temido. Provocábalos á batalla abriéndoles fosos delante de sus mismas trincheras y talándoles á su vista el país; y como ni áun así pudiese moverlos, por lo intimidados que habian quedado, levantó su campo y marchó contra Artaxata, corte de Tigranes, donde se hallaban sus hijos pequeños y sus mujeres legítimas, juzgando que Tigranes sin una batalla no abandonaria tan interesantes objetos. Dícese que el cartaginés Aníbal, vencido que fué Antioco por los Romanos, se acogió á Artaxa, rey de Armenia, para quien fué un adiestrador y maestro muy útil en otros diferentes ramos; y que habiendo observado un sitio ameno y delicioso, aunque hasta entónces desdeñado é inculto, concibió la idea de una ciudad, y llevando á él á Artaxa, se lo manifestó, exhortándole á su fundacion; en lo que el Rey vino gustoso, y rogándole que dirigiese la obra, habia resultado una magnífica y hermosa ciudad, la que tomó del Rey su dominacion, y fué declarada metrópoli de Armenia. Como Lúculo, pues, se dirigiese contra ella, no pudo sufrirlo Tigranes, sino que haciendo marchar su ejército, al cuarto dia fijó su campo frente al de los Romanos, dejando en medio el rio Arsania, que precisamente tenian que pasar los Romanos para ir contra Artaxata. Hizo Lúculo sacrificio á los Dioses; y como si ya tuviera la victoria en la mano, pasó sus tropas en doce cohortes, que formó á vanguardia, y las otras doce á retaguardia, para evitar el ser cortado por los enemigos: porque era mucha la caballería y la gente escogida que tenía al frente, y áun delante de éstos se hallaban colocados los arqueros de á caballo de los Mardos

y los lanceros de Iberia, en quienes tenía Tigranes la mayor confianza como en los más belicosos; mas ellos, sin embargo, nada hicieron digno de atencion; pues habiendo tenido una ligera escaramuza con la caballería romana, no aguardaron á la infantería que los cargaba, y huyendo por uno y otro lado atrajeron á la caballería en su persecucion. Al mismo tiempo que éstos desaparecieron, se presentó la caballería de Tigranes, y Lúculo, al ver su brillantez y su muchedumbre, concibió algun temor; por lo que hizo volver á la suya del seguimiento, y se opuso el primero á la gente de los Sátrapas, que como la mejor formaba contra él, y con sólo el miedo que le impuso, la rechazó ántes de venir á las manos. Siendo tres los reyes que se hallaron en aquella accion, el que hizo una fuga más vergonzosa fué Mitrídates, rey del Ponto, que ni siquiera pudo sufrir la vocería de los Romanos. La persecucion fué muy dilatada y de toda la noche, de manera que los Romanos se cansaron de matar, de cautivar y de recoger botin. Livio dice que en la primera batalla pereció más gente; pero que en esta murieron ó quedaron cautivos los más ilustres y principales de los enemigos.

Engreido y alentado Lúculo con estos sucesos, pensaba pasar adelante y acabar con Tigranes; pero en el equinoccio de otoño, cuando ménos lo esperaba, le sobrecogieron copiosas lluvias y nieves, á las que siguieron rigurosas escarchas y hielos, poniéndose los rios en estado de no poder beber en ellos los caballos por el exceso del frio, y de no poder pasarlos, porque rompiéndose el hielo, con lo agudo de la rotura les cortaba los nervios. La region por lo más era sombría, de pasos estrechos y selvosa, lo que hacía que se mojasen sin cesar, llenándose de nieve en las marchas, y pasando muy mal la noche en lugares húmedos. No eran muchos los dias que llevaban de seguir á Lúculo despues de la batalla, cuando ya se le resistieron, primero con ruegos y enviando el mensaje con los tribu-

nos, y despues ya con mayor tumulto y alborotando por las noches en las tiendas, que parece es la señal de un ejército sublevado. Hizo cuanto pudo Lúculo para mitigarlos, tratando de inspirar en sus ánimos aliento y confianza, hasta que tomando la Cartago de Armenia destruyesen la obra del mayor enemigo de los Romanos, queriendo significar á Aníbal. Cuando vió que no pudo convencerlos, se resignó á retroceder, y repasando el Tauro por otras cumbres, bajó á la region llamada Migdonia, muy fértil y cálida, y se dirigió á una de sus ciudades, grande y populosa, que los bárbaros dicen Nisibis, y los Griegos Antioquía Migdónica. Tenía el gobierno de ésta en el título un hermano de Tigranes llamado Gouras; pero en la habilidad y direccion de la maquinaria Calímaco, el mismo que tanto dió que hacer á Lúculo en el cerco de Amiso. Circunvalándola, pues, con su ejército, y empleando todos los medios de un sitio, en poco tiempo se apoderó de ella á viva fuerza; y á Gouras, que él mismo se rindió, le trató con humanidad; pero á Calímaco, aunque le ofreció revelarle depósitos secretos de grandes sumas de dinero, no le dió oidos, sino que mandó se le echasen prisiones para que pagara la pena del incendio con que abrasó la ciudad de los Amisenos: frustrando su beneficencia y el deseo que tenía de dar á los Griegos pruebas de su aprecio.

Hasta aquí parece que la fortuna habia militado con Lúculo en sus banderas; pero ya desde este punto, como aquel á quien le falta el viento, encontrando oposicion en todo cuando intentaba, aunque mostró siempre el valor y magnanimidad de un gran general, sus hechos no encontraron ni aprecio ni gloria; y áun estuvo en muy poco el que no perdiese la ántes adquirida, por más que trabajaba y se afanaba en vano; de lo que no fué él mismo pequeña causa, por no ser condescendiente con la soldadesca, y por creer que todo lo que se hace en obsequio de los súbditos es ya un principio de desprecio y una relajacion de

la disciplina: aunque lo principal era no tener un carácter blando, ni áun para con los poderosos é iguales; sino que á todos los miraba con ceño, no creyendo que nadie valia tanto como él. Pues todos convienen en que entre otras muchas calidades buenas tenía esta mala; porque él era de gallarda estatura, de buena presencia y elegante en el decir, así en la plaza pública como en el ejército. Dice, pues, Salustio que los soldados estuvieron descontentos con él desde muy luégo, en el principio mismo de la guerra contra Cicico, y despues en la de Amiso, por haber tenido que pasar acampados dos inviernos seguidos. Mortificáronlos asimismo los otros inviernos, porque ó los pasaron en tierra enemiga ó en campamento tambien y al raso, aunque entre aliados: pues ni una sola vez entró Lúculo con su ejército en una ciudad ó griega ó amiga. Estando ellos de suyo tan indispuestos, les dieron tambien calor desde Roma los tribunos y otros demagogos, que llevados de envidia, acusaban á Lúculo de que por ambicion y avaricia prolongaba la guerra, y de que sobre reunir él solo en su persona la Cilicia, el Asia, la Bitinia, la Paflagonia, la Galicia, el Ponto y la Armenia hasta el Fasis, ahora habia talado y asolado el reino de Tigranes, como si en lugar de someter á los reyes hubiera sido enviado á despojarlos: que fué lo que dicen le imputó el tribuno Lucio Quinto, á cuya persuasion se decretó que se dieran á Lúculo sucesores de su provincia: determinándose además licenciar á muchos de los que militaban en su ejército.

A este mal estado de los negocios de Lúculo se agregó otra cosa que los acabó de echar á perder; y fueron las instigaciones de Publio Clodio, hombre violento, y el complejo de toda alevosía y temeridad. Era hermano de la mujer de Lúculo, y corrian rumores de mal trato entre ambos, siendo ella muy disoluta. Militaba entónces con Lúculo, sin ocupar el puesto á que se presumia acreedor: porque codiciaba tener el primer lugar; y por su conducta

era precedido de muchos. Sedujo, pues, al ejército de Fimbria, y le acaloró contra Lúculo, moviendo pláticas muy acomodadas al gusto de unos hombres á quienes no faltaba ni la voluntad ni la costumbre de sublevarse; porque estos mismos eran los que ántes habia concitado Fimbria para que, asesinando al cónsul Flaco, le eligieran general. Así oyeron con gran placer á Clodio, á quien llamaron amante del soldado, porque supo fingir que se compadecia de su suerte: «á causa, les decia, de no verse ningun término de tantas guerras y tantos trabajos, sino que peleando con todas las naciones y rodando por toda la tierra, en esto era en lo que habian de gastar su vida; sin servirles de otra cosa estas expediciones que de escoltar los carros y acémilas de Lúculo cargados de preciosas alhajas de oro y pedrería. No así los soldados de Pompeyo, que restituidos ya á la clase de pacíficos ciudadanos gozaban de descanso con sus mujeres y sus hijos, en una tierra y en unas ciudades felices: no despues de haber arrojado á Mitrídates y á Tigranes á unos desiertos inhabitables, ó de haber destruido las opulentas cortes del Asia, sino despues de haber hecho la guerra, en la España á unos desterrados, y en la Italia á unos fugitivos. ¿Por qué no habian de descansar ya de las fatigas de la milicia? ó á lo ménos, ¿por qué no reservar lo que les restaba de fuerza y de aliento para otro general para quien el mejor adorno era la riqueza de sus soldados?» Seducido con tales especies el ejército de Lúculo, no quiso seguirle contra Tigranes ni contra Mitrídates, que inmediatamente regresó al Ponto y recobró su Imperio. Tomando por pretexto el invierno, se detuvieron en la Gordiena, dando tiempo de que llegara Pompeyo ó alguno otro de los generales sucesores de Lúculo, que ya se esperaban.

Cuando llegó la noticia de que Mitrídates, habiendo vencido á Fabio, marchaba contra Sornacio y Triario, entónces siguieron á Lúculo. Triario, ansioso de arrebatar la

victoria que le parecia segura, ántes de que llegara Lúculo, que ya estaba cerca, fué completamente derrotado en batalla campal: pues se dice que murieron más de siete mil Romanos, y entre ellos ciento cincuenta centuriones y veinticuatro tribunos; habiéndoles Mitrídates tomado el campamento. Llegó Lúculo pocos dias despues, y sustrajo á Triario de la ira de los soldados, que le andaban buscando; y como Mitrídates rehusase venir á batalla por esperar á Tigranes, que estaba ya en marcha con grandes fuerzas, resolvió ántes que se verificara su reunion salir al encuentro á Tigranes y pelear con él; pero sublevados los Fimbrianos cuando ya estaba en camino, abandonaron éstos sus puestos bajo el pretexto de que ya estaban libres del juramento de la milicia, por no corresponder el mando á Lúculo despues de conferidas á otros sus provincias. Entónces nada hubo que éste no sufriese muy fuera de lo que á su dignidad correspondia, bajándose á ir hablándoles de uno en uno y de tienda en tienda, presentándoseles abatido y lloroso, y áun alargándoles á algunos la mano; mas ellos desdeñaban estas demostraciones, y tirándole los bolsillos vacíos, le decian que peleara él solo con los enemigos, pues que él solo sabía hacerse rico: con todo, á súplicas de los otros soldados condescendieron los Fimbrianos en permanecer por aquel estío; mas en el concepto de que si en este tiempo no se presentaba alguno á pelear con ellos, se marcharian. Por tales condiciones le fué preciso pasar á Lúculo, para no abandonar á los bárbaros el país si le dejaban desamparado. Retúvolos, pues, aunque sin emplearlos en acciones ni conducirlos á batalla; dándose por contento con que se quedasen, y teniendo que sufrir ver asolada por Tigranes la Capadocia, y que impunemente le insultaba otra vez aquel mismo Mitrídates de quien él habia escrito al Senado que quedaba del todo destruido; por lo que habian ya llegado los enviados del mismo Senado para arreglar las cosas del Ponto como en-

teramente aseguradas; y lo que encontraron fué que ni de sí mismo era dueño, mofado y escarnecido por los soldados. Llegaron éstos á tal extremo de insolencia, que al espirar el estío tomaron las armas, y desenvainando las espadas provocaban á unos enemigos que por ninguna parte se presentaban, hallándose muy escarmentados. Moviendo, pues, grande algazara y batiéndose con sus sombras, se salieron del campamento, protestando que habian cumplido el tiempo por el que á Lúculo habian ofrecido quedarse. A los otros los enviaba á llamar Pompeyo, porque ya habia sido nombrado general para la guerra de Mitrídates y Tigranes, por aficion del pueblo hácia él, y por adulacion y lisonja de los demagogos : miéntras que el Senado y los buenos ciudadanos veian la injusticia que se hacía á Lúculo dándole sucesor, no de la guerra, sino del triunfo, y obligándosele á dejar y ceder á otros, no el mando, sino el prez de la victoria.

Pues áun parecia esta situacion más injusta á los que allí presenciaban los sucesos, porque no era Lúculo dueño del premio y del castigo como es preciso en la guerra, ni permitia Pompeyo que ninguno pasase á verle, ó que se estuviese á lo que disponia y determinaba con los diez enviados, sino que lo daba por nulo, publicando edictos y haciéndose temible por sus mayores fuerzas. Creyeron sin embargo conveniente sus amigos el que tuviesen una conferencia; y habiéndose juntado en una aldea de la Galacia, se hablaron con agrado el uno al otro, y se dieron el parabien de sus respectivas victorias. Era Lúculo de más edad; pero era mayor la dignidad de Pompeyo, por haber tenido más mandos y por sus dos triunfos. Las fasces que á uno y á otro precedian estaban enramadas con laurel por sus victorias; pero habiendo sido muy larga la marcha de Pompeyo por lugares faltos de agua y de humedad, al ver los lictores de Lúculo que el laurel de aquellas fasces estaba seco, alargaron con muy buena voluntad á los otros del suyo,

que estaba fresco y con verdor. Tomaron esto á buen agüero los amigos de Pompeyo: porque en realidad los prósperos sucesos de aquél contribuyeron á dar realce á la expedicion de éste; pero de resulta de la conferencia, en lugar de quedar más amigos, se retiraron más indispuestos entre sí; y Pompeyo, sobre anular todas las disposiciones tomadas por Lúculo, se llevó consigo los demas soldados, no dejándole para que le acompañaran en el triunfo sino solos mil y seiscientos, y áun éstos se quedaban con él de mala gana. ¡Tan mal amañado ó tan desgraciado era Lúculo en lo que es lo primero y más importante en un general! de manera que si le hubiera acompañado esta dote con las demas que tanto en él resplandecian, con su valor, su actividad, su prevision y su justicia, el mando de los Romanos en el Asia no habria tenido por límite el Eufrates, sino los últimos términos de la tierra y el mar de Hircania: habiendo sido ya todas las demas naciones sojuzgadas con Tigranes, y no siendo las fuerzas de los Partos tan poderosas contra Lúculo, como se mostraron despues contra Craso, por cuanto no tenían igual union; y ántes por las guerras intestinas y de los pueblos inmediatos ni siquiera podian sostenerse con vigor contra los insultos de los Armenios. Mas ahora creo que el bien que por sí hizo á la patria, por otros se convirtió contra ésta en mayor daño, á causa de que los trofeos erigidos en la Armenia á la vista de los Partos, Tigranocerta, Nisibis, la inmensa riqueza conducida de ellas á Roma, y la misma diadema de Tigranes traida en cautiverio, impelieron á Craso contra el Asia, en el concepto de que aquellos bárbaros sólo eran presa y despojos seguros y ninguna otra cosa; pero bien pronto puesto al tiro de las saetas de los Partos, dió á todos el desengaño de que Lúculo, no por impericia ó flojedad de los enemigos, sino por inteligencia y valor propios alcanzó de ellos ventajas. Mas de esto se hablará en la vida de Craso.

Restituido Lúculo á Roma, lo primero que se le anunció fué que su hermano Marco se hallaba acusado por Cayo Memio sobre el manejo que tuvo en la cuestura, prestándose á las órdenes de Sila. Como hubiese sido absuelto, se convirtió Memio contra el mismo Lúculo, é inflamó al pueblo, haciéndole creer que se habia reservado cantidades y habia de intento prolongado la guerra, á que le negara el triunfo. Tuvo por tanto que sufrir una grande contradiccion; y sólo mezclándose los principales y de mayor autoridad entre las tribus pudieron conseguir del pueblo á fuerza de ruegos y de mucha diligencia que le permitiese triunfar. No fué su triunfo tan brillante y ostentoso como el de otros por lo dilatado de la pompa y por el gran número de los objetos que se conducian; sino que con las armas de los enemigos, que eran de muy diversas especies, y con las máquinas ocupadas á los reyes, adornó el circo Flaminio; espectáculo que no dejaba de llamar la atencion. En la pompa iban unos cuantos de los soldados de caballería armados; de los carros falcados, diez; de los amigos y generales de los reyes, sesenta; naves de gran porte con espolones de bronce se habian traido ciento y diez; una estatua colosal de Mitrídates, de seis piés, hecha de oro, y un escudo guarnecido de piedras; veinte bandejas con vajilla de plata, y treinta y dos con vasos, armas y monedas de oro. Todas estas cosas eran llevadas por hombres: ocho acémilas conducian otros tantos lechos de oro; cincuenta y seis llevaban la plata en barras, y otras ciento y siete poco ménos de dos cuentos y setecientas mil dracmas en dinero. En unas tablas estaban anotadas las sumas entregadas por él á Pompeyo, ó puestas en el tesoro para la guerra de los piratas; y separadamente que cada soldado habia recibido novecientas y cincuenta dracmas. Ultimamente hubo banquete público y abundante para la ciudad y para los pueblos del contorno, á los que llaman vicos ó arrabales.

Habiendo repudiado á Clodia, que era disoluta y de malas costumbres, se casó con Servilia, hermana de Caton: matrimonio tambien harto desgraciado: faltábale solamente una de las tachas del de Clodia, que era la infamia de que estaban notados los dos hermanos; en lo demas, por respeto á Caton tuvo que sufrir á una mujer desenvuelta y perdida, hasta que por fin no pudo más. Habia fundado en él el Senado grandes esperanzas, pareciéndole que le serviria de escudo contra la tiranía de Pompeyo, y de salvaguardia de la aristocracia, en virtud de haber empezado con tanta gloria y poder: pero él se retiró y dió de mano al gobierno de la república; ó porque ya ésta adolecia de vicios, y no era fácil de manejar; ó, como dicen algunos, porque teniendo grande reputacion se acogió á una vida descansada y cómoda despues de tantos combates y trabajos, que no tuvieron el fin más dichoso. Así, algunos aplauden esta conducta, no sujeta á los reveses de Mario, que despues de sus victorias de los Cimbros, y de tantos y tan gloriosos triunfos, no se dió por contento con tan envidiables honores; sino que por desmedida ambicion de gloria y de mando, siendo ya anciano entró á rivalizar con hombres jóvenes, y se precipitó en hechos horribles y en trabajos más horribles todavía; y á Ciceron le habria estado mucho mejor haber envejecido en el retiro de los negocios despues de sofocada la conjuracion de Catilina; y á Escipion entregarse al reposo despues que al triunfo de Cartago añadió el de Numancia: porque tambien la carrera política tiene su retiro; no necesitando ménos de vigor y de cierta robustez los combates políticos que los atléticos. Mas con todo Craso y Pompeyo desacreditaban á Lúculo por haberse entregado al lujo y á los placeres, como si estas cosas desdijesen más de aquella edad que el meterse en negocios y hacer la guerra.

Sucede con la vida de Lúculo lo que con la comedia antigua, donde lo primero que se lee es de gobierno y de

milicia; y á la postre de beber, de comer, y casi de francachelas, de banquetes prolongados por la noche y de todo género de frivolidad: porque yo cuento entre las frivolidades los edificios suntuosos, los grandes preparativos de paseos y baños, y todavía más las pinturas y estatuas, y el demasiado lujo en las obras de las artes; de las que hizo colecciones á precio de cuantiosas sumas, consumiendo profusamente en estos objetos la inmensa riqueza que adquirió en la guerra: puesto que áun hoy, cuando el lujo ha llegado á tanto exceso, los huertos Luculianos se cuentan entre los más magníficos de los emperadores. Así es que habiendo visto Tuberon el Estoico sus grandes obras en la costa cerca de Nápoles, los collados suspendidos en el aire por medio de dilatadas minas, las cascadas en el mar, las canales con pescados de que rodeó su casa de campo y las otras diferentes habitaciones que allí dispuso, no pudo ménos de llamarle Jerges con toga. Tenía en Túsculo diferentes habitaciones y miradores de hermosas vistas; y además ciertos claustros abiertos y dispuestos para paseos: viólos Pompeyo, y censuró el que habiendo dispuesto aquella quinta con tanta comodidad para el verano, la hubiera hecho inhabitable para el invierno, á lo que sonriéndose le contestó: «Pues qué, ¿me haces de ménos talento que las grullas y las cigüeñas para no haber proporcionado las viviendas á las estaciones?» Queria un edil dar brillantes juegos; y habiéndole pedido para uno de los coros ciertos mantos de púrpura, dijo que miraria si los habia en casa, y se los daria: al dia siguiente le preguntó cuántos habia menester, y respondiéndole el edil que habria bastantes con ciento, le dijo que tomara otros tantos más; que fué lo que dió ocasion á Horacio para exclamar: «No puede decirse que hay riquezas donde las cosas abandonadas, y de que no tiene noticia el dueño, no son más que las que están á la vista.»

En las cenas cotidianas de Lúculo se hacía grande apa-

rato de su adquirida riqueza, no sólo en paños de púrpura, en vajilla con pedrería, en coros y representaciones, sino en la muchedumbre de manjares, y en la diferencia de guisos, con lo que excitaba la admiracion de las gentes de ménos valer. Por tanto, fué celebrado aquel dicho de Pompeyo hallándose enfermo. Prescribióle el médico que comiera un tordo; y diciéndole los de su familia que siendo entónces el tiempo del estío no podria encontrarse sino engordado en casa de Lúculo, no permitió que fueran allá á buscarlo, sino que dijo al médico: «¿Conque si Lúculo no fuera un gloton, no podria vivir Pompeyo?» y le pidió le mandase cosa más fácil de encontrar. Caton era su amigo y su deudo; y con todo estaba tan mal con esta conducta suya y con su lujo, que habiendo hablado en el Senado un jóven larga é inoportunamente sobre la moderacion y la templanza, se levantó Caton, é interrumpiéndole le dijo: «¿No te cansarás de enriquecer como Craso, de vivir como Lúculo y de hablar como Caton?» Algunos bien convienen en que esto se dijo, mas no refieren que Caton lo hubiese dicho.

Que Lúculo, no sólo se complacia en este tenor de vida que habia adoptado, sino que hacia gala de él, se deduce de ciertos rasgos que todavía se recuerdan. Dícese que vinieron á Roma unos Griegos, y les dió de comer bastantes dias. Sucedióles lo que era natural en gente de educacion, á saber, que tuvieron cierto empacho, y se excusaron del convite, para que por ellos no se hicieran cada dia semejantes gastos; lo que entendido por Lúculo les dijo con sonrisa: «Algun gasto bien se hace por vosotros; pero el principal se hace por Lúculo.» Cenaba un dia solo, y no se le puso sino una mesa y una cena moderada: incomodóse de ello, é hizo llamar al criado por quien corrian estas cosas; y como éste le respondiese que no habiendo ningun convidado creyó no querria una cena más abundante: «¿pues cómo, le dijo, no sabías que hoy Lúculo tenía á ce-

nar á Lúculo?» Hablábase mucho de esto en Roma, como era regular; y viéndole un dia desocupado en la plaza, se le llegaron Ciceron y Pompeyo: aquél era uno de sus mayores y más íntimos amigos; y aunque con Pompeyo habia tenido alguna desazon con motivo del mando del ejército, solian sin embargo hablarse y tratarse con afabilidad. Saludándole, pues, Ciceron, le preguntó si podrian tener un rato de conversacion; y contestándole que sí con instancias para ello, «pues nosotros, le dijo, queremos cenar hoy en tu compañía, nada más que con lo que tengas dispuesto.» Procuró Lúculo excusarse, rogándoles que fuese en otro dia; pero le dijeron que no venian en ello, ni le permitirian hablar á ninguno de sus criados, para que no diera la órden de que se hiciera mayor prevencion; y sólo á su ruego condescendieron con que dijese en su presencia á uno de aquellos: «hoy se ha de cenar en Apolo,» que era el nombre de uno de los más ricos salones de la casa; en lo que no echaron de ver que los chasqueaba: porque, segun parece, cada cenador tenía arreglado su particular gasto en manjares, en música y en todas las demas prevenciones; y así con sólo oir los criados dónde queria cenar, sabian ya qué era lo que habian de prevenir, y con qué órden y aparato se habia de disponer la cena; y en Apolo la tasa del gasto era cincuenta mil dracmas. Concluida la cena, se quedó pasmado Pompeyo de que en tan breve tiempo se hubiera podido disponer un banquete tan costoso. Ciertamente que gastando así en estas cosas Lúculo, trataba su riqueza con el desprecio debido á una riqueza cautiva y bárbara.

Otro objeto habia digno verdaderamente de diligencia y de ser celebrado, en el que hacía tambien Lúculo considerables gastos, que era el acopio de libros: porque habia reunido muchos y muy preciosos, y el uso era todavía más digno de alabanza que la adquisicion, por cuanto la biblioteca estaba abierta á todos; y á los paseos y liceos inme-

diatos eran por consiguiente admitidos los Griegos como á un recurso de las musas, donde se juntaban y conferenciaban, recreándose de las demas ocupaciones. Muchas veces se entretenia allí él mismo, paseando y conversando con los literatos; y á los que tenian negocios públicos los auxiliaba en lo que le habian menester: en una palabra, su casa era un domicilio y un pritaneo griego para todos los que venian á Roma. Estaba familiarizado con toda filosofía, y á toda se mostraba tan benigno como era inteligente; pero fué particularmente adicto desde el principio á la Academia, no á la que se llamaba nueva, sin embargo de que florecia entónces con los discursos de Carneades por medio de Filon, sino á la antigua, que tenía por maestro y caudillo en aquella era á Antioco Ascalonita, varon elocuente y de gran elegancia en el decir; y habiendo procurado Lúculo hacerle su amigo y comensal, sostenia la oposicion contra los alumnos de Filon, siendo Ciceron uno de ellos; el cual escribió un tratado bellísimo en defensa de su secta, y en él, para la mejor comprension, hizo que Lúculo tomara una parte en la disputa, y él al contrario; y áun el mismo libro se intitula *Lúculo*. Eran entre sí, como ya se ha dicho, íntimos amigos, y seguian el mismo partido en las cosas de la república: pues no se habia separado Lúculo enteramente del gobierno, y sólo habia abandonado desde luégo á Craso y á Caton la contienda y disputa sobre quién seria el mayor y tendria más poder, como llena de riesgos y contradicciones: por cuanto los que recelaban de la grande autoridad de Pompeyo, habian tomado á éstos por defensores del Senado, á causa de no haber querido Lúculo tomar el primer lugar. Bajaba, sin embargo, á la plaza pública por servir á los amigos, y al Senado, si era necesario contrarestar en algo la ambicion y poder de Pompeyo: así invalidó las disposiciones tomadas por éste despues de haber vencido á los dos reyes; y como hubiese propuesto un repartimiento á los soldados

impidió que se diese, ayudado de Caton; de manera que Pompeyo tuvo que acudir á la amistad, ó por mejor decir, á la conjuracion de Craso y César; y llenando la ciudad de armas y de soldados hizo que pasaran por fuerza sus decretos, expeliendo de la plaza á Caton y Lúculo. Como los buenos ciudadanos se hubiesen indignado de este proceder, sacaron los Pompeyanos á plaza á un tal Veccio, suponiendo que le habian sorprendido estando en acecho contra Pompeyo. Cuando aquél fué interrogado sobre este hecho, en el Senado acusó á otros; pero ante el pueblo nombró á Lúculo, diciendo ser quien le habia pagado para asesinar á Pompeyo; pero nadie le dió crédito, siendo á todos bien manifiesto que aquéllos le habian sobornado para levantar semejante calumnia; lo que todavía se descubrió más á las claras cuando al cabo de muy pocos dias fué Veccio arrojado á la calle muerto desde la cárcel, diciéndose que él se habia dado muerte: pues viéndose en el cadáver señales del lazo y de heridas, se entendió haberle muerto los mismos que le sedujeron.

Con esto todavía se apartó más Lúculo de los negocios; y cuando despues Ciceron salió desterrado, y Caton fué enviado á Chipre, entónces les dió enteramente de mano. Dícese además que ántes de morir se le perturbó la razon, desfalleciendo poco á poco; pero Cornelio Nepote refiere que no la perdió Lúculo por la vejez ó por enfermedad, sino que fué alterada por una bebida que le propinó Calístenes, uno de sus libertos; y que el habérsela propinado fué para que Lúculo le amase más, creyendo que la bebida tenía esta virtud; y por fin que con ella se le ofendió y alteró la razon en términos de haber sido preciso que viviendo él se encargase el hermano de la administracion de su hacienda. Con todo, apénas murió, como si hubiera fallecido en lo más floreciente de su mando y de su gobierno, sintió el pueblo su muerte, concurriendo á sus exequias; y llevado el cadáver á la plaza por los jóvenes más

principales, queria por fuerza sepultarle en el campo Marcio, donde habia sepultado á Sila; pero como nadie estaba prevenido para esto, ni era fácil que se tomaran las convenientes disposiciones, alcanzó el hermano á fuerza de razones y de ruegos que permitiese se hiciera el entierro en el lugar preparado al intento cerca de Túsculo. No vivió él mismo despues largo tiempo, sino que así como habia seguido de cerca al hermano en edad y en gloria, le siguió tambien en el tiempo del fallecimiento, habiendo sido muy amante de su hermano.

COMPARACION DE CIMON Y LÚCULO.

En lo que más debe ser tenido por feliz Lúculo es en el tiempo de su fallecimiento; porque se verificó ántes del trastorno de la república, que con las guerras civiles preparaba el hado: anticipándose á morir y terminar la vida cuando la patria, si bien estaba ya enferma, era todavía libre; y esto mismo es en lo que más conviene y se conforma con Cimon, que tambien murió cuando las cosas de los Griegos no habian decaido aún, sino que estaban en su auge: bien que éste acabó sus dias en el ejército y con el mando, sin abandonar los negocios ni aflojar en ellos, y sin tomar por último premio de las armas, de las expediciones y de los trofeos, los banquetes y las francachelas, que es en lo que Platon reprende á los de los misterios de Orfeo, atribuyéndoles haber dicho que el premio en la otra vida de los que se conducen bien en esta, es una embriaguez eterna. Pues si bien el ocio, el reposo y el tiempo pasado en los coloquios, que dan placer y enseñan, son entretenimiento muy propio y conveniente de un hombre anciano que quiere descansar de los afanes de la guerra y del gobierno; referir las acciones laudables al placer como al último fin, y pasar el resto de los dias, despues de las guerras y de los mandos, en los festejos de Vénus, en divertirse y regalarse, esto no es digno ni de la Academia

suscitaron causas, y por fin le desterraron por medio del ostracismo, para no oir en diez años su voz, segun expresion de Platon; y es que los de carácter aristocrático conforman poco con la muchedumbre, y no saben el modo de agradarla; sino que más bien, usando de rigor para corregir, son molestos á los perturbadores, al modo que las ligaduras de los cirujanos, sin embargo de que con ellas ponen en su natural estado las articulaciones: así, acaso será necesario disculpar en este punto á entrambos.

Lúculo llevó la guerra mucho más léjos: pues fué el primero que llegó más allá del Tauro con un ejército; pasó el Tígris; tomó é incendió las cortes de los reyes, Tigranocerta, los Cabiros, Sinope y Nisibis, extendiendo la dominacion romana por el Norte hasta el Fasis, por el Oriente hasta la Media, y por el Austro hasta el mar Rojo por medio de los reyes de la Arabia. Desbarató y deshizo el poder de ambos monarcas, no habiéndole faltado más que la materialidad de coger las personas, á causa de que á manera de fieras huyeron á refugiarse en desiertos y bosques inaccesibles y de nadie ántes pisados. Porque los Persas, como que no habian recibido de Cimon considerable daño, muy luégo volvieron contra los Griegos, y destrozaron sus fuerzas en el Egipto; pero despues de Lúculo nada dieron ya que hacer Tigranes y Mitrídates: pues que éste enflaquecido y acoquinado con los primeros combates, ni una sola vez se atrevió á sacar ante Pompeyo sus tropas del campamento, sino que bajó en huida al Bósforo, y allí falleció; y Tigranes, él por sí mismo, se presentó á Pompeyo, postrándose desnudo ante él, y quitándose la diadema de la cabeza la puso á sus piés, adulando á Pompeyo con una prenda que más bien que á él pertenecia al triunfo de Lúculo: así se dió por muy contento cuando recobró los símbolos del reino, reconociendo que ya ántes los tenía perdidos: por tanto, es mejor general como mejor atleta el que deja más cansado y debilitado á su contrario.

Además de esto, Cimon encontró ya quebrantadas las fuerzas de los Persas, y abatido su orgullo con las grandes derrotas que les habian causado y con las incesantes huidas á que los habian obligado Temístocles, Pausanias y Leotuquidas; acometiólos en este estado, y hallándolos ya decaidos y vencidos en los ánimos, le fué muy fácil triunfar de los cuerpos; pero Lúculo postró á Tigranes cuando vencedor en muchos combates estaba todavía en el lleno de su poder. En el número no sería tampoco razon comparar los que por Cimon fueron vencidos con los que se reunieron contra Lúculo; de manera que al que todo quisiera confrontarlo le habia de ser muy difícil el determinarse: pues áun la naturaleza superior parece haberse mostrado aficionada á entrambos, anunciando al uno aquello que le convenia ejecutar, y al otro aquello de que debia guardarse: habiendo tenido uno y otro en su favor el voto de los Dioses, como dotados de una índole generosa y casi divina.

NICIAS.

Pues nos parece que no vamos fuera de razon en comparar con Nicias á Craso, y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportuno rogar y amonestar á los que lean estas vidas, no sospechen que en la narracion de los hechos relativos á ellas, en la que Tucídides, excediéndose á sí mismo en la vehemencia, en la energía y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo; el cual, lisonjeándose de superar á Tucídides en la facundia, y de hacer ver que Filisto era cansado y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por las arengas, en cuya descripcion aquellos sobresalieron, no siquiera

A pié corriendo cabe el lidio carro,

como se explica Píndaro, sino mostrándose del todo molesto, pueril, y segun expresion de Difilo, torpe y obeso, engordado en la grasa siciliana, y por lo más arrimándose al modo de decir de Jenarco. Como cuando dice que debieron tener los Atenienses á mal agüero el que el general que tomaba su nombre de la victoria (1), repugnara

(1) Νικη en griego significa la victoria; y de este nombre se deriva el de Nicias.

aquella expedicion; que en la mutilacion de las estatuas de Mercurio les significaron los Dioses que les vendrian muchos males en aquella guerra de parte de Hermócrates hijo de Hermon; y tambien que era natural por una parte que Hércules diera auxilio á los Siracusanos por respeto á Proserpina, que le entregó el Cerbero; y que por otra mirara con odio á los Atenienses por haber salvado á los Egesteos, descendientes de los Troyanos, cuando él ofendido por Laomedonte asoló su ciudad. Mas quizá era propio de la elocuencia de este escritor, como el decir tales sandeces, querer mejorar la diccion de Filisto, é insultar á Platon y á Aristóteles. En cuanto á mí, la contienda y emulacion con otros acerca del estilo en general me parece insulsa y repugnante; pero si es en cosas que no pueden imitarse, téngola por la última necedad. Los hechos, pues, referidos por Tucídides y Filisto, ya que no es posible pasarlos del todo en silencio, especialmente los que dan á conocer la conducta y disposicion de este hombre ilustre, escondidas entre sus muchas y grandes adversidades, los tocaré ligeramente y en sólo lo preciso; pero los que por lo comun no son conocidos, á causa de haber sido separadamente notados por diferentes autores, ó bien por haberse de tomar de presentallas y resoluciones antiguas, estos los recogeré con esmero, para no tejer una historia inútil, sino tal que presente bien la índole y las costumbres.

De Nicias lo primero que se ofrece decir es lo que escribió Aristóteles, á saber, que eran tres los que sobresalian entre los ciudadanos, y tenian benevolencia y amor patrio para con el pueblo: Nicias el de Nicerato, Tucídides el de Milesio, y Teramenes el de Agnon, en menor grado éste que los otros; pues que en cuanto á linaje le motejaron de extranjero oriundo de Ceo, y en cuanto á gobierno, por no haberse mantenido firme en un partido, sino andar continuamente variando, fué llamado *Coturno*. De éstos era Tucídides el de más edad, y puesto al frente de los

mejores y más principales ciudadanos, contradijo en muchas cosas á Pericles, que afectaba popularidad. El más jóven eran Nicias; pero áun en vida de Pericles fué ya tenido en aprecio, hasta llegar á ser general con él, y tener por sí solo mando muchas veces. Muerto Pericles, al punto fué llamado á ocupar el primer lugar, principalmente por los ricos y los nobles, que lo contraponian á la insolencia y osadía de Cleon; y áun tuvo el favor del pueblo, que tambien contribuyó á su adelantamiento; porque si bien Cleon alcanzó grande autoridad con darse aire de anciano y repartir algun dinero; áun de los mismos á quienes favorecia, al ver su codicia, su orgullo y su temeridad, los más se ponian de parte de Nicias; por cuanto, aunque tenía gravedad, no era esta severa y enfadosa, sino mezclada con cierta modestia que atraia á los más, por lo mismo que mostraba timidez; y es que siendo por naturaleza irresoluto y desconfiado, en la guerra su buena suerte ocultó su miedo, habiendo salido siempre vencedor en sus expediciones; mas para el gobierno su pusilanimidad y su temor á los calumniadores llegaban á parecer populares, y le ganaban el afecto de la plebe, que recela de los que hacen poca cuenta de ella, y adelanta á los que la temen; porque en general para la muchedumbre el mayor honor de parte de los más poderosos es el que no la desprecien.

Miéntras Pericles manejó la ciudad, estando dotado de una virtud verdadera y de una poderosa elocuencia, no tuvo necesidad de otros amaños ni de ningun otro prestigio; pero Nicias, que no tenia aquellas prendas, abundando en bienes de fortuna, con ellos ganaba popularidad; y ya que le faltaba disposicion para rivalizar con la flexibilidad y las lisonjas de Cleon; con los coros, con los espectáculos y con otros medios de esta especie logró atraerse el favor del pueblo, aventajándose en magnificencia y gusto á todos los de su tiempo, y áun á cuantos le habian precedido. Subsisten todavía de las ofrendas que hizo, el paladion del

alcázar, habiendo perdido el dorado; y el templete que se conserva en el templo de Baco entre los trípodes ofrecidos en iguales ocasiones: porque conduciendo coros, venció muchas veces, y en ninguna fué vencido. Dícese que en uno de estos coros compareció representando en el adorno á Baco un esclavo suyo de hermosa disposicion y figura, todavía imberbe; y que habiéndose agradado los Atenienses de su presencia, y aplaudido y palmoteado por largo rato, levantándose Nicias, habia expresado que tenía á sacrilegio estuviese en la esclavitud un cuerpo celebrado por su semejanza con el Dios, y habia dado la libertad á aquel mozo. Tambien se conservan en la memoria, como brillantes y dignos de tan alto objeto, los festejos que hizo en Delos: porque lo regular era que los coros enviados por las ciudades á cantar las alabanzas de Apolo, durante la navegacion fuesen como á cada uno le cogia, y que acudiendo mucha gente á la llegada de la nave, se les hiciera cantar sin ningun órden saltando en tierra en confusion, y tomando las coronas y los trajes de la misma manera; mas él, cuando condujo la teoría, aportó á Rene con el coro, con las víctimas y todas las prevenciones, y llevando desde Atenas un puente construido con las dimensiones convenientes, y adornado magníficamente con dorados, con colores, con coronas y alfombras, por la noche le echó sobre el espacio que media entre Rene y Delos, que no es grande. Al dia siguiente al amanecer condujo la procesion que se hacía al Dios, y el coro adornado primorosamente y cantando, y los pasó por el puente. Despues del sacrificio, del combate y del festin presentó al Dios en ofrenda una palma de bronce, y habiendo comprado un terreno en diez mil dracmas, se lo consagró con destino á que de sus rentas tomaran los de Delos lo necesario para sacrificar y dar un banquete, rogando á los Dioses por la prosperidad de Nicias. Porque así lo hizo escribir en la columna que dejó en Delos como monumento de esta dádiva; y la palma, quebrantada de los

vientos, vino á caer sobre la estatua grande de los de Najos, y la hizo pedazos.

En estas cosas suele haber mucho de ostentacion y vanagloria, como es bien sabido; pero atendiendo el carácter y las costumbres de Nicias para todo lo demas, podia no sin violencia colegirse que aquel esmero y toda aquella pompa era consecuencia de su religiosidad; porque le hacian demasiada impresion las cosas superiores, y era dado á la supersticion, segun nos lo dejó escrito Tucídides. Así se dice en uno de los diálogos de Posifonte, que todos los dias ofrecía sacrificios á los Dioses, y que teniendo en casa un agorero, fingia consultarle sobre las cosas públicas, cuando regularmente no era sino sobre las suyas propias, especialmente sobre sus minas de plata: porque poseia minas de este metal en Laurio, que le daban grandes utilidades, aunque el trabajo de ellas no carecia de peligro. Mantenia allí gran número de esclavos, y en esto consistia la mayor parte de su hacienda; por lo cual tenía siempre alrededor de sí muchos que le pedian y á quienes socorria: pues no era ménos dadivoso con los que podian hacer mal, que con los que eran dignos de sus liberalidades: en una palabra, con él era una renta para los malos su miedo, y para los buenos su beneficencia. Dan de esto testimonio los poetas cómicos: porque Teleclides escribia así contra un calumniador:

Ni una mina partida por el medio
Le dió Caricles, porque le tapase
Que entre los hijos que su madre tuvo
El fué el primero que salió del saco.
Nicias de Nicerato dióle cuatro;
Mas aunque de este don yo sé la causa,
No la diré, que Nicias es mi amigo,
Y obra á mi juicio con notable acuerdo:

y aquel á quien zahiere Eupolides en su comedia intitulada *Maricas*, sacando á la escena á uno de los holgazanes y mendigos, se explica así:

—¿Cuánto há que viste á Nicias?
—Nunca le habia visto; mas ahora
Há poco que le ví estar en la plaza.
—Notad que éste confiesa claramente
Que en la plaza con Nicias se ha encontrado;
Y si de traicion no, ¿qué tratarian?
¿No oís, camaradas, cómo Nicias
Fué en el delito mismo sorprendido?
—Andad, menguados: no es para vosotros
En mal caso coger á hombre tan bueno:

y el Cleon de Aristófanes en tono de amenaza dice:

El cuello apretaré á los oradores,
Y á Nicias causaré miedo y espanto.

Tambien Frinico da idea de lo cobarde y espantadizo que era en los siguientes versos:

Era buen ciudadano, lo sé cierto,
Y no al modo de Nicias lo verian
Andar siempre con aire asustadizo.

Viviendo siempre con este temor de los calumniadores, no cenaba con ninguno de los ciudadanos, ni trataba con ellos, ni asistia á sus ordinarias recreaciones; en una palabra, no gustaba de semejantes pasatiempos, sino que cuando era arconte permanecia en el consistorio hasta la noche, y del Senado salia el último, habiendo entrado el primero; y cuando no tenía negocio público alguno, no se dejaba ver ni admitia á nadie, quieto siempre y encerrado

en casa. Sus amigos recibian á los que concurrian á hablarle, y les pedian que le disculparan, porque estaba ocupado en negocios públicos de grande urgencia é importancia. El que principalmente representaba esta farsa, y se desvivia para conciliarle autoridad y opinion, era Hieron, que se habia criado en su casa, y á quien el mismo Nicias habia ejercitado en las letras y en la música. Dábase por hijo de Dionisio, á quien apellidaron Calco, y de quien se conservan todavía algunas poesías, y enviado de comandante de una colonia mandada á Italia, fundó la ciudad de Turios. Este, pues, trataba con los agoreros de parte de Nicias en la interpretacion de los prodigios y los arcanos, y hacía correr en el pueblo la voz de que Nicias llevaba, por solo el bien de la república, una vida infeliz y trabajosa, pues ni en el baño ni en la mesa dejaban de ocurrirle asuntos graves, teniendo abandonados sus intereses por cuidar de los del pueblo; tanto, que nunca se acostaba sino cuando los demas habian dormido el primer sueño. De donde provenia estar tambien su salud quebrantada, y no tener gusto ni humor para conversar con sus amigos, habiendo llegado á perderlos por los negocios públicos juntamente con su hacienda; cuando los demas ganando amigos y enriqueciéndose con las magistraturas, lo pasan muy bien y se divierten en el gobierno. Y en realidad de verdad tal venía á ser la vida de Nicias; por lo que él mismo se aplicó aquel epifonema de Agamenon:

La majestad preside á nuestra vida;
Mas de la multitud somos esclavos.

Observando que el pueblo se valia á veces de la prudencia y experiencia de los insignes oradores y sobresalientes políticos, pero que siempre se recelaba y resguardaba de su habilidad, oponiéndose á su esplendor y su gloria, como se veia bien claro en la condenacion de Pericles, en

el destierro de Damon, en la desconfianza que manifestó la muchedumbre de Antifon Ramnusio, y sobre todo en lo ocurido con Paquetes el que tomó á Lesbos, que al dar las cuentas de su expedicion, sacando en el mismo tribunal la espada, allí se quitó la vida; procuraba huir de las expediciones arduas y difíciles, y cuando iba de general consultaba mucho á la seguridad, con lo que lograba vencer como era natural; mas con todo no referia estos sucesos ni á su inteligencia, ni á su poder, ni á su valor, sino que los atribuia á la fortuna, y se acogia á los dioses, sustrayéndose á la envidia que sigue á la gloria. Convienen con esto los mismos hechos: pues que habiendo sufrido la república en aquel tiempo muchos y grandes descalabros, en ninguno absolutamente tuvo parte; sino que cuando en la Tracia fué vencido por los de Calcis, iban de generales Caliades y Xenofonte; la derrota de Etolia se verificó siendo arconte Demóstenes; en Delio perdieron mil hombres mandando Hipócrates; y de la peste la culpa se echó principalmente á Pericles, por haber encerrado en el recinto de la ciudad, á causa de la guerra, á todos los habitantes de la comarca, habiéndose aquella originado de la mudanza de aires y de género de vida. Nicias, pues, se conservó inculpable en todas estas desgracias, y yendo de general, tomó á Citera, isla muy bien situada para hacer la guerra á la Laconia, y que estaba habitada de Lacedemonios. Recobró tambien y atrajo á muchos pueblos de Tracia que se habian rebelado. Habiendo encerrado dentro de los muros á los de Megara, al punto se apoderó de la isla Minoa; y de allí á poco, partiendo de aquel punto, sujetó á Nisea. Bajó de allí á Corinto, y en batalla campal venció su numeroso ejército y á Licofron su general. Sucedióle en esta ocasion haberse dejado los cadáveres de dos de sus deudos, por no haberlos echado ménos al tiempo de recoger los muertos. Luego que lo advirtió hizo alto con el ejército, y envió un heraldo á los enemigos para tratar de recobrarlos. Segun

cierta ley y costumbre con ella conforme, los que recogian los muertos en virtud de convenio se entendia que renunciaban á la victoria, y no les era permitido levantar trofeo: porque vencen los que quedan dueños, y no quedan dueños los que ruegan, como que no está en su poder tomar lo que piden. Pues con todo, más quiso hacer el sacrificio del vencimiento y de su gloria, que dejar insepultos á dos ciudadanos. Taló, pues, todo el país litoral de la Laconia, y venciendo á los Lacedemonios que se le opusieron, tomó á Turea guarnecida por los Eginetas, y á éstos los trajo cautivos á Atenas.

Como Demóstenes hubiese fortificado á Pilos, al punto acudieron por tierra y por mar los Lacedemonios, y trabada batalla, hubieron de dejar de los suyos en la isla Esfacteria hasta cuatrocientos hombres. Parecíales á los Atenienses cosa importante, como lo era en realidad, apoderarse de ellos; pero el cerco se presentaba difícil y trabajoso en un país que carecia de agua, y para el que el acopio de provisiones áun en verano tenía que hacerse con un rodeo muy largo, hallándose por lo mismo en el invierno enteramente falto de todo: teníalos esto disgustados, y estaban pesarosos de haber despedido la legacion que los Lacedemonios les habian enviado para tratar de paz. Habíanla despedido á instigacion de Cleon, principalmente con la mira de mortificar á Nicias, porque era su enemigo; y viendo que se habia puesto de parte de los Lacedemonios, esto bastó para que inclinase al pueblo á votar contra el tratado. Yendo, pues, largo el sitio, y recibiéndose noticias de que el ejército padecia una escasez suma, se mostraban muy enconados contra Cleon, el cual se volvia contra Nicias, echándole la culpa y acusándole de que por sus temores y su flojedad dejaba allí aquellos hombres, cuya rendicion no habria costado tanto tiempo á haber él tenido el mando. Ofrecióselos al punto á los Atenienses decirle: «¿pues por qué no te embarcas y mar-

chas contra ellos?» Levantóse tambien Nicias, y abdicó en él el mando sobre Pilos, proponiéndole que tomase la fuerza que quisiese, y no anduviera echando baladronadas sobre seguro, en lugar de hacer cosa que fuera de importancia. Él al principio calló, turbado con tan inesperada salida; pero como insistiesen todavía los Atenienses, y Nicias esforzase la voz, acalorado y picado de pundonor, tomó á su cargo la expedicion, y al dar la vela puso el término de veinte dias, diciendo que dentro de ellos ó habia de acabar allí con los Lacedemonios, ó los habia de traer vivos á Atenas; de lo que los Atenienses se rieron mucho, bien lejos de creerlo; porque ya estaban acostumbrados á tomar á diversion y risa sus jactancias y sus sandeces. Pues se cuenta que teniéndose un dia junta pública, el pueblo sentado estuvo esperando largo rato, y ya bien tarde se presentó en la plaza con corona sobre las sienes, y pidió que la junta se dilatase hasta el dia siguiente: «porque hoy, dijo, estoy ocupado teniendo á cenar á unos forasteros, despues que he hecho á los dioses sacrificio;» y que los Atenienses se levantaron y disolvieron la junta.

Favoreciólе entónces la fortuna; y habiéndose manejado bien en la expedicion al lado de Demóstenes, dentro del termino que prefijó, á cuantos Esparciatas no murieron en el combate los trajo esclavos, habiéndosele rendido á discrecion. Volvióse esto en gran descrédito de Nicias, pareciendo una cosa más torpe y fea todavía que arrojar el escudo el abandonar por miedo espontáneamente el mando, y despojándose á sí mismo de la autoridad, proporcionar al enemigo la ocasion de tan brillante triunfo. Motejóle de nuevo con este motivo Aristófanes en su comedia titulada *Las Aves*, diciendo:

Pues no, no es tiempo de dormirnos éste;
Ni de dar largas imitando á Nicias.

Y en la de *Los Labradores* dice asimismo:

—Quiero labrar mis campos.—¿Quién te estorba?
—Vosotros, y mil dracmas os prometo
Si exento me dejais de todo mando.
—Las aceptamos; pues dos mil tendremos
Con las que ya de Nicias recibimos.

Y en verdad que hizo notable daño á la ciudad dejando que adquiriera Cleon tanto crédito y poder: con el que tomando nuevo arrojo y una osadía inaguantable, entre otros males que acarreó á la república, de los que no le cupo á Nicias poca parte, le hizo el de destruir el decoro de la tribuna, siendo el primero que en las arengas gritó descompasadamente, se dejó abierto el manto, se golpeó los muslos, é introdujo el dar carreras estando hablando; con lo que engendró en los que despues de él manejaron los negocios un absoluto olvido y desprecio de toda dignidad; causa principalísima del trastorno y confusion que de allí á poco sobrevino á la república.

Empezaba ya entónces á mostrarse en Atenas Alcibiades, otro orador no tan descompuesto, pero de quien podia decirse lo que de la tierra de Egipto: pues como esta por su gran fertilidad produce

Muchas útiles plantas, y á su lado
Otras muchas nocivas y funestas,

de la misma manera la índole de Alcibiades, propensa igualmente al bien que al mal, dió ocasion á grandes innovaciones. Por tanto, aunque Nicias llegó á verse desembarazado de Cleon, no tuvo tiempo de tranquilizar y afianzar del todo la república; sino que habiendo conseguido llevarla por el buen camino, la apartó de él la violencia y fogosidad de Alcibiades, impeliéndole otra vez á la guerra,

lo que sucedió de esta manera. Los que principalmente se oponian á la paz de la Grecia, eran Cleon y Brasidas, aquél porque en la guerra no se descubria tanto su maldad, y éste porque en ella resplandecia más su virtud; como que al uno le dió ocasion para grandes injusticias, y al otro para gloriosos triunfos. Mas como ambos hubiesen muerto en la misma batalla, que fué la de Anfipolis, hallando Nicias á los Esparciatas deseosos muy de antemano de la paz, y á los Atenienses con poca confianza de sacar partido de la guerra, y á unos y á otros fatigados y en disposiciones de deponer con el mayor gusto las armas, trabajó por ver cómo conciliar amistad entre las ciudades, y aliviar y dar reposo á los demas Griegos de los males que sufrian, haciendo para en adelante seguro y estable el sabroso nombre de felicidad. Y lo que es á los ancianos, á los ricos y á las gentes del campo desde luégo los encontró con disposiciones pacíficas: en cuanto á los demas, hablando á cada uño en particular, y procurando convencerlos, logró tambien retraerlos de la guerra; y cuando así lo hubo ejecutado, dando ya esperanzas á los Esparciatas, los excitó y movió á que se presentaran á pedir la paz. Fiáronse de él, ya por su conocida probidad y ya tambien porque á los cautivos y á los rendidos de Pilos, cuidándolos y visitándolos con humanidad, les hacía más llevadera su desgracia. Habian ya ántes ajustado treguas por un año, durante las cuales, reuniéndose unos con otros, y gustando otra vez de sosiego y descanso, y del trato con los propios y con los extranjeros, se les habia encendido un vivo deseo de aquella vida exenta de inquietudes y de riesgos: así oian con gusto á los coros cuando cantaban:

Quedate, oh lanza, á ser despojo inútil
Donde enreden su tela las arañas.

Erales tambien sabroso traer á la memoria aquel gra-

cioso dicho de que á los que en la paz toman el sueño no los despiertan las trompetas, sino los gallos. Abominando, pues, y maldiciendo á los que suponian tener el hado dispuesto que aquella guerra se lidiara por tres veces nueve años, trataron y conferenciaron entre sí é hicieron la paz. Formóse entónces generalmente la idea de que aquella reconciliacion era estable, y todos tenian siempre á Nicias en los labios, diciendo que era un hombre amado de los dioses, á quien su buen Genio habia concedido por su piedad que del mayor y más apreciable bien entre todos hubiera tomado el nombre: porque realmente así creian obra suya la paz, como de Pericles la guerra: pareciéndoles que éste por muy pequeños motivos habia arrojado á los Griegos en grandes calamidades, y que aquél les habia hecho olvidar los mutuos agravios, volviéndolos amigos. Por tanto, esta paz hasta el dia de hoy se llama Nicea.

Convínose por los tratados en que se restituirian recíprocamente las tierras, las ciudades y los cautivos que tuviesen, sorteándose sobre quiénes habian de ser los primeros á restituir: y Nicias compró con su dinero reservadamente la suerte para que fuesen los primeros los Lacedemonios: á lo ménos así lo refiere Teofrasto. Viendo que los Corintios y Beocios oponian dificultades, y que con diferentes achaques y quejas procuraban otra vez encender la guerra, persuadió Nicias á los Atenienses y Lacedemonios á que á la paz añadieran la alianza, como un refuerzo y nuevo vínculo con el que se hicieran más temibles á los disidentes, y se estrecharan más entre sí. Verificado esto, Alcibiades, que no tenía genio de estarse quieto, y que se hallaba resentido de los Lacedemonios, porque no haciendo cuenta de él, y mirándole con desden, se manifestaban adictos á Nicias, desde luégo se propuso minar la paz; y aunque por entónces nada pudo adelantar, como de allí á poco no se mostrasen ya los Lacedemonios tan complacientes con los Atenienses, y ántes pareciese que empe-

zaban á hacerles agravios en haber formado alianza con los Beocios y no haber entregado en pié las ciudades de Panacto y Anfipolis, aferrándose en estas causas, procuraba acalorar al pueblo haciéndoselas presentes á toda hora. Finalmente, habiendo hecho venir una legacion de Argos para entablar alianza con los Atenienses, trabajaba para que lo consiguiese. Vinieron en esto embajadores de los Lacedemonios con plenos poderes, y como presentándose al Senado hubiesen dado idea de admitir toda condicion justa y moderada, temeroso Alcibiades de que con sus proposiciones ganaran tambien al pueblo, desconcertó sus planes con una perfidia, ofreciéndoles bajo juramento que hallarian en él auxilio para cuanto quisiesen, con tal que no dijeran ni convinieran en que venian plenamente autorizados: porque así saldrian mejor con su intento. Habiéndole dado crédito y unídose á él, abandonando á Nicias, los hizo comparecer ante el pueblo, y les preguntó si habian venido con plenos poderes para todo; y como dijesen que no, mudado repentinamente contra todo lo que podian esperar. llamó la atencion del Senado sobre lo que acababan de decir, y excitó al pueblo á que no diera oidos ni crédito á unos hombres que tan abiertamente mentian y que ahora decian una cosa y luégo la contraria. Quedaron tan pasmados como se deja conocer; y no teniendo el mismo Nicias nada que decir de sorprendido y disgustado, al punto se decidió el pueblo á llamar y hacer venir á los de Argos para concluir la alianza; pero se puso de parte de Nicias un terremoto que en esto sobrevino, siendo causa de que se disolviese la junta. Congregada otra vez al dia siguiente, ora con discursos y ora con ruegos, lo único que pudo alcanzar, y áun esto con dificultad, fué contener la negociacion de los Argivos, y que á él se le enviase en legacion á los Lacedemonios, con esperanza que dió de que todo se transigiria á satisfaccion. Pasando, pues, á Esparta, en todo lo demas le honraron como cor-

respondia á un hombre de probidad y su apasionado; pero no habiendo podido concluir nada, suplantado por los del partido de los Beocios, hubo de volverse, no sólo desairado y con descrédito, sino tambien temeroso de lo que determinarian los Atenienses, disgustados y enfadados de que á su persuasion hubiesen tenido que restituir unos cautivos de tanta calidad: porque los traidos de Pilos eran de las primeras casas de Esparta, y tenian amigos y parientes entre los de mayor poder. No tomaron, sin embargo, en medio de su enojo resolucion ninguna violenta contra él; sino que nombraron general á Alcibiades, hicieron alianza al mismo tiempo que con los Argivos con los de Mantinea y los de Elea, que se habian rebelado á los Lacedemonios, y enviaron piratas á Pilos para molestar la Laconia; con lo que volvieron otra vez á ponerse en guerra,

Estaban Nicias y Alcibiades en lo más fuerte de su discordia, cuando hubo de tratarse de desterrar por el ostracismo, segun costumbre recibida de que á cierto tiempo hiciera el pueblo mudar de país por diez años á uno de los que le fuesen sospechosos, ó que le causaran envidia por su gran crédito ó por su riqueza. Estaban ambos en grande agitacion y peligro, como que no podia dejar de ser el que el uno ó el otro sufriera el destierro. Porque en Alcibiades vituperaban su abandonada conducta y temian de su arrojo; y en Nicias, además de mirarle con envidia por su riqueza, culpaban aquel aire poco afable y popular, ó más bien intratable y oligárquico, que le hacía parecer de otra especie; y como repugnaba muchas veces á los deseos del pueblo, contradiciendo su modo de pensar, y violentándole en cierta manera hácia lo que creia conveniente, habia venido á hacérseles odioso. En una palabra, la contienda era de los jóvenes y amigos de la guerra con los ancianos y amantes de la paz, queriendo los unos que la concha cayera sobre éste, y los otros sobre aquél.

Mas si por dos sobre un honor se alterca,
No es nuevo que recaiga en un perverso:

como en esta ocasion, dividido el pueblo entre los dos, dió motivo á que se presentaran en la palestra los hombres más desvergonzados y corrompidos; de cuyo número era Hipérbolo Peritoide, hombre á quien no fué el poder el que le dió atrevimiento, sino que de ser atrevido pasó á tener poder, y de haber adquirido fama en la ciudad á ser su afrenta y su infamia. Este, pues, considerándose entónces muy distante del castigo de las conchas, cuando lo que verdaderamente le correspondia era un potro, esperaba que cayendo cualquiera de aquellos dos, él iba á ser el rival del que quedase: así se veia bien á las claras que se alegraba de su division, y abiertamente acaloraba al pueblo contra ambos. Enterados Nicias y Alcibiades de esta maldad, se pusieron secretamente de acuerdo, y juntando en uno los dos partidos, lograron que el ostracismo no recayese sobre ninguno de los dos, sino sobre Hipérbolo. Al principio fué este cambio materia de diversion y risa para el pueblo; pero despues ya lo sintieron, pareciéndoles que aquel recurso se habia deshonrado, empleándose en un hombre indigno: teniendo al ostracismo por una pena que honraba; y juzgando que si bien era castigo para Tucídides, Arístides y otros semejantes, para Hipérbolo era una honra y motivo de jactancia el que fuese tratado por su maldad como lo habian sido los varones más excelentes; segun que ya lo dijo Platon el cómico, hablando de él en estos versos:

Por sus maldades mereció esta pena;
Mas por su calidad de ella era indigno:
Porque no se inventó seguramente
Para tan ruin canalla el ostracismo.

Así es que despues de Hipérbolo ya nadie sufrió esta forma de destierro, sino que él fué el último; habiendo sido el primero Hiparco Colarqueo, pariente del tirano. ¡Mas cuán cierto es que la fortuna está muy fuera del alcance del juicio humano, y que respecto de ella nada sirven nuestros raciocinios! pues si Nicias, habiendo hecho caer sobre Alcibiades el peligro de las conchas, hubiera salido vencedor, arrojando á éste de la ciudad, habria quedado en ella con toda tranquilidad; y en caso de haber sido vencido, él habria tenido que salir ántes de los últimos infortunios que le oprimieron, conservando la opinion del mejor general. No se me oculta haber dicho Teofrasto que cuando salió desterrado Hipérbolo era Feaco y no Nicias el que entraba en disputa con Alcibiades; pero los más lo refieren de aquella manera.

Vinieron en esto legados de los Segestanos y Leontinos con la pretension de que los Atenienses enviaran una expedicion contra la Sicilia; mas sin embargo de que Nicias lo contradecia, áun ántes de que sobre este objeto se celebrase junta pública, fué ya arrollado por las sugestiones, y sobre todo por la ambicion de Alcibiades, el cual con esperanzas habia ganado á la muchedumbre, y con sus discursos la habia alucinado: hasta tal punto, que los jóvenes en las palestras, y los ancianos sentados en sus talleres ó en sus reuniones diseñaban el plan de la Sicilia, describian el mar que la rodea, y los puertos y sitios por donde más se avecina al Africa. Porque no se contentaban con ganar la Sicilia en aquella guerra, sino que la miraban como escala para entrar desde allí en lid con los Cartagineses, y dominar en el Africa y en todo aquel mar hasta las columnas de Hércules. Viéndolos, pues, con semejantes proyectos, hizo esfuerzos Nicias por disuadirlos; pero halló muy pocos hombres de poder é influjo que se pusieran á su lado: porque la gente acomodada, por no dar idea de que huian de servir y de contribuir para el armamento de

las galeras, nada hicieron ó dijeron. Con todo, no desistió ó se dió por vencido, sino que áun despues de resuelta la guerra y de haber sido nombrado general juntamente con Alcibiades y Lamaco, todavía en otra junta habló y procuró hacer revocar el decreto, poniéndoles á la vista los inconvenientes; y áun excitó sospechas contra Alcibiades, indicando que con miras de ambicion y de utilidad particular trataba de envolver á la república en una guerra difícil y ultramarina; pero estuvo tan léjos de adelantar nada, que ántes teniéndole con esto por más á propósito á causa de su inteligencia y de su nimia prevision, que contrastarian muy bien con la osadía de Alcibiades y la prontitud de Lamaco, dieron á su eleccion mayor firmeza: porque levantándose Demostrato, que era el orador que más inflamaba á los Atenienses para aquella expedicion, dijo que él haria callar á Nicias; y escribiendo un decreto, por el que se daban á los generales plenas facultades para resolver y ejecutar acá y allá cuanto les pareciera, hizo que el pueblo lo sancionase.

Dícese que por parte de los sacerdotes se propusieron tambien muchas cosas que contradecian aquella jornada; pero teniendo Alcibiades otros agoreros, presentó de ciertos oráculos antiguos uno, en que se decia que les vendria á los Atenienses grande esplendor de parte de la Sicilia; y además le vinieron ciertos adivinos de Júpiter Amonio, trayéndole un oráculo, por el que se prometia que los Atenienses se apoderarian de todos los Siracusanos; pero los que les eran contrarios los ocultaban, por temor de que se tomasen á mal agüero. Lo que no era mucho, cuando no los contenian las señales más visibles y manifiestas, como la mutilacion de los Hermes, que á todos en una noche les fueron cortadas las partes prominentes del rostro, á excepcion de uno solo llamado de Andocides, ofrenda de la tribu Egeide, y que estaba junto á la casa en que Adocides habitaba entónces; y como la atrocidad ejecutada en el ara

de los doce Dioses, la cual consistió en que un hombre se subió repentinamente sobre ella, y abriendo las piernas, con una piedra se cortó las partes genitales. En Delfos habia una estatua de oro de la Diosa Palas, colocada sobre una palma de bronce, ofrenda de Atenas de los despojos tomados á los Medos: á esta, pues, la picotearon por varios dias unos cuervos que vinieron volando, y el fruto de la palma, que era de oro, lo arrancaron á picotazos y lo echaron al suelo; pero ellos decian que esto era invencion de los de Delfos, ganados por los Siracusanos. Prescribióseles en aquella misma sazon por un oráculo que trajeran de Clazomene la Sacerdotisa de Minerva; y enviándola á buscar, se halló que su nombre era *Hesuquia*, que significa quietud; y en esto parece que el buen genio de Atenas aconsejaba á aquellos ciudadanos que por entónces se estuviesen quietos. Bien fuera por temor de estos prodigios, ó bien porque lo alcanzara por su ciencia, el astrólogo Meton, á quien se habia dado entónces cierto mando, fingió dar fuego á su casa, como que estaba loco: aunque otros dicen que no fingió tal locura, sino que habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en la plaza muy afligido, y pidió á los ciudadanos que en atencion á tan grande desventura eximieran de la expedicion á su hijo, que estaba nombrado capitan de galera para pasar á Sicilia. A Sócrates el Sabio le anunció su Genio, por los medios que tenía por costumbre, que aquella expedicion se equipaba en ruina de la ciudad, lo que refirió á sus amigos y conocidos, habiendo corrido entre muchos esta especie. Para no pocos eran tambien motivo de inquietud los dias en que salió la armada, porque celebraban las mujeres las fiestas de Adonis; y por todas partes se veian tendidos por las calles sus simulacros, y junto á ellos exequias y llantos de mujeres; por lo cual los que dan importancia á estas cosas se mostraban disgustados, y temian no fuera que aquel aparato y aquella fuerza que se ostentaban entónces

tan brillantes y florecientes, se marchitasen bien en breve.

El que Nicias se opusiese á la expedicion proyectada, sin dejarse seducir de lisonjeras esperanzas, y que no mudase de dictámen deslumbrado con la brillantez de tan ilustre mando, no puede ménos de merecerle la alabanza de hombre recto y prudente; pero despues cuando, habiéndolo intentado, no pudo apartar al pueblo de la guerra, ni lograr que lo exonerase de su encargo, sino que más bien éste, como que le cogió de la mano y por fuerza, le puso al frente de aquellas tropas; entónces ya no era tiempo de detenciones ó irresoluciones, indisponiendo á sus colegas, y malogrando el objeto con volver como un niño los ojos atras desde la nave y quejarse continuamente de que sus discursos no hubiesen sido atendidos; sino que lo que convenia era apresurarse y cargar prontamente sobre los enemigos á probar la suerte de los combates. Mas él lo que hizo fué contradecir al dictámen de Lamaco, que queria se marchara directamente á Siracusa y que en sus inmediaciones se diera una batalla; y tambien al de Alcibiades, que tenía por lo mejor hacer que las ciudades abandonaran el partido de los Siracusanos, y logrado esto, encaminarse contra ellos; con lo que, y con dar la órden de que recorriendo con las naves la isla se hiciera ostension de las tropas y del número de galeras, y se volviesen despues á Atenas, dejando una pequeña guarnicion á los Segestanos, desconcertó desde un principio los proyectos de entrambos generales, y les infundió grande desaliento. Llamaron de allí á poco los Atenienses á Alcibiades para ser juzgado; y entónces, aunque fué designado segundo general, en el poder quedó de primero, y siempre continuó ó estándose quieto, ó teniendo en movimiento las naves, ó juntando consejos, dando lugar á que en su ejército se debilitase la esperanza, y los enemigos sacudiesen el asombro y terror que les causó la primera vista de tan poderosas fuerzas. Cuando se hallaba allí todavía Alcibia-

des bien se dirigieron con sesenta naves contra Siracusa; pero contuvieron el mayor número de ellas, formándolas fuera á la vista del puerto, y sólo con diez penetraron adentro con el objeto de hacer un reconocimiento; y miéntras por medio de un heraldo llamaban para que volviesen á su casa á los Leontinos, cogieron una nave enemiga que conducia unas tablas, en las que los Siracusanos se habian inscrito á sí mismos cada uno en su tribu; y puestas léjos de la ciudad en el templo de Júpiter Olimpio, entónces las habian enviado á buscar para hacer el recuento de los que se hallaban en edad de hacer el servicio militar. Cogidas que fueron, las presentaron á los generales, y al ver aquel inmenso número de nombres, se sobrecogieron los adivinos, temiendo no fuese aquello lo significado por el oráculo cuando decia: «Los Atenienses se apoderarán de todos los Siracusanos;» aunque otros dicen que este oráculo habia tenido ya pleno cumplimiento en otro tiempo, cuando Calipo el Ateniense, dando muerte á Dion, se apoderó de Siracusa.

Despues que Alcibiades regresó de la Silicia con unos pocos, toda la autoridad fué ya de Nicias; pues aunque Lamaco era hombre de valor y justificacion, y en las batallas peleaba denodadamente, se hallaba tan pobre y miserable, que en cada expedicion se veian precisados los Atenienses á admitirle en las cuentas una pequeña cantidad para su vestido y calzado; y así Nicias, ya por otras causas y ya tambien por su riqueza y por la gloria que habia adquirido, era grande la preferencia que se daba. Cuéntase por tanto que celebrando en una ocasion consejo de guerra, dió órden al poeta Sófocles para que como el más anciano de los generales diera el primero su dictámen; y éste le respondió: «Yo bien soy el más viejo, pero tú eres el más anciano.» De esta manera, teniendo bajo de sí á Lamaco, sin embargo de ser mejor general que él, y no usando de sus fuerzas sino con una nimia reserva y cuidado, primero

con recorrer la Silicia léjos siempre de los enemigos dió á éstos mucho aliento; y despues con haber acometido á Hibla, aldea despreciable, y haberse retirado sin tomarla, incurrió en el mayor desprecio. Finalmente, se retiró á Catana, sin haber hecho otra cosa que asolar á Hicara, aldea habitada por bárbaros, donde se dice haber caido cautiva la célebre ramera Lais todavía mocita, y que vendida con los demas esclavos fué llevada al Peloponeso.

Al fin del verano, como entendiese que los Siracusanos, muy alentados ya, estaban resueltos á acometer los primeros, y la caballería se acercase con insolencia á su campamento preguntando si habian venido á aumentar los habitantes de Catana ó á restituir á sus casas á los Leontinos, determinóse Nicias no sin repugnancia á marchar á Siracusa. Queria sentar con seguridad y sosiego su campamento; y para ello envió cautelosamente desde Catana un hombre que avisara á los Siracusanos de que si querian encontrar desierto el campo de los Atenienses, y tomarle con cuanto contenia, acudieran con todas sus tropas á Catana el dia que les prefijó; pues que no saliendo por lo regular los Atenienses de la ciudad, tenian pensado los amigos de los Siracusanos, cuando vieran que ellos venian, apoderarse de las puertas, y al mismo tiempo poner fuego á la escuadra: siendo muchos los que estaban en ello, no aguardando más que su llegada. Este fué el golpe de maestro que Nicias dió en Sicilia: porque sacando con esta estratagema todas las tropas de la ciudad, y dejándola en cierta manera vacía, pudo marchar de Catana, apoderarse de los puestos, y establecer el campo en sitio donde los enemigos no le incomodaran con aquello en que les era inferior, y desde donde esperaba hacerles libremente la guerra con lo que le daba ventajas. Despues, cuando al volver los Siracusanos de Catana se formaron delante de la ciudad, los acometió subitáneamente Nicias con sus fuerzas, y los venció; mas no se hizo gran matanza en los

enemigos, porque la caballería impidió que se les siguiera el alcance. Rompió entónces Nicias y derribó los puentes; lo que hizo decir á Hermócrates para dar ánimo á los Siracusanos: «¡Ridículo general es este Nicias, que busca medios para no pelear, como si no hubiera sido enviada á pelear su expedicion!» Con todo, fué tan grande la sorpresa y el miedo que causó á los Siracusanos, que en lugar de los quince generales que entónces tenian, eligieron tres, asegurándoles el pueblo con juramento que les dejaria obrar con las más plenas facultades. Hallábase cerca el templo de Júpiter Olimpio, y los Atenienses pensaban en tomarle, por haber en él muchas y muy ricas ofrendas de oro y plata; pero Nicias de intento lo fué dilatando y dejando para otro dia, no impidiendo que los Siracusanos introdujesen guarnicion, por pensar que si los soldados saqueaban aquellas preciosidades, ningun provecho habia de resultar de ello á la república, y sobre él vendria á recaer la nota de impiedad. Ningun partido sacó de una victoria tan celebrada; y pasados pocos dias se retiró á Najos, donde pasó el invierno, haciendo exorbitantes gastos para mantener tan numeroso ejército, y ejecutando cosas de muy poca entidad con algunos Sicilianos de los que habian abrazado su partido. Con esto los Siracusanos cobraron otra vez ánimo, y dirigiéndose á Catana, talaron el país, é incendiaron el campamento de los Atenienses; y de esto todos ponian la culpa á Nicias, porque en conferenciar, en meditar y en precaverse se le iba el tiempo, malogrando las ocasiones; pues lo que es sus hechos nadie los reprendia: siendo despues de determinarse activo y pronto; pero para decidirse muy detenido y cobarde.

Luégo que resolvió mover de nuevo con su ejército para Siracusa, lo dispuso con tanto acierto y fué tal la prontitud y seguridad con que se condujo, que no se tuvo el menor indicio de haberse dirigido á Tapso con la escuadra y haber allí saltado en tierra la tripulacion; ni tampoco de que

él mismo se habia adelantado hasta el punto de Epipolas, y le habia tomado; en seguida de lo cual venció á lo más escogido de los auxiliares, cautivando unos trescientos, y rechazó la caballería de los enemigos, que era tenida por invencible. Pero lo que más que todo admiró á los Siracusanos y se hizo increible á los Griegos, fué haber corrido en muy poco tiempo un muro alrededor de Siracusa, ciudad de no menor extension que Atenas, y que por la la desigualdad de su terreno, por su inmediacion al mar, y por las lagunas que hay en su contorno, ofrece mayores dificultades para poder ser circunvalada con tan dilatada muralla. Pues con todo faltó muy poco para que se acabase enteramente bajo el cuidado de un caudillo que estaba muy distante de gozar de la salud correspondiente á tantas fatigas, padeciendo un violento dolor de riñones; al que debe con razon atribuirse que aquel trabajo no se hubiese concluido. No puedo, pues, admirarme bastante de la diligencia de tal caudillo y del valor de tales soldados, por las victorias que consiguieron, puesto que Eurípides, despues de sus derrotas y de su trágico fin, les hizo este epicedio:

Ocho victorias los que aquí descansan
De los Siracusanos alcanzaron,
Miéntras plugo á los Dioses de ambos lados
En igualdad perfecta mantenerse.

Y no ocho victorias solas, sino muchas más todavía se hallará haber sido las que consiguieron de los Siracusanos, ántes que, como es cierto, se hubiese hecho por los Dioses y por la fortuna oposicion á los Atenienses, cuando habian llegado á la cumbre del poder.

Haciéndose, pues, violencia, acudia Nicias á cuanto se ofrecia; pero habiéndose agravado el mal, tuvo que quedarse dentro del muro con algunos asistentes, y en tanto mandando el ejército Lamaco hacía frente á los Siracusa-

nos, que construian desde la ciudad otra muralla por delanto de la de los Atenienses para impedir los efectos de su circunvalacion. Por lo mismo que los Atenienses estaban victoriosos, solian desordenarse al seguirles el alcance; y habiéndose quedado en una ocasion casi solo Lamaco, aguardó á la caballería de los Siracusanos que le cargaba. Era el primero de ella Calicrates, buen militar y de mucho aliento; y como provocase á Lamaco, fuése éste para él, y pelearon en singular batalla, en la que fué primero herido Lamaco, y al herir despues éste á Calicrates, cayó en el suelo, y ambos murieron juntos. Apoderáronse de su cadáver y de sus armas los Siracusanos, y en seguida dieron á correr hácia el muro de los Atenienses, en el que habia quedado Nicias sin tener casi á nadie en su ayuda. Sin embargo, movido de la necesidad y de la presencia del peligro, mandó á los que tenia cerca de sí que á cuantos maderos se hallaban reunidos para las máquinas y á las máquinas mismas les pegaran fuego. Sirvió esto para contener á los Siracusanos, y salvó á Nicias con la muralla y los efectos que allí tenian guardados los Atenienses; porque viendo los Siracusanos á la mitad de la distancia aquel grande incendio, se retiraron. De resulta de estos sucesos quedó Nicias único general, y se formaron grandes esperanzas; porque se pasaban á su partido las ciudades, y eran muchos los barcos cargados de provisiones que de todas partes llegaban al campamento, acudiendo todos á aquel cuyos negocios iban tan prósperamente; de manera que áun le habian llegado de parte de los Siracusanos proposiciones de paz, desconfiando de poder sostener la ciudad. Así Gilipo, que de Lacedemonia venía en su auxilio, luego que en el curso de su navegacion supo como se hallaban cercados, y la escasez que padecian, continuó su viaje en la inteligencia de que la Sicilia estaba tomada, y que no le quedaba más que hacer sino conservar en la alianza á los italianos y sus ciudades, si áun para esto lle-

gaba á tiempo. Porque las voces que corrian eran de que todo estaba ya por los Atenienses, y que tenian un general invencible por su dicha y su prudencia. El mismo Nicias pasó de repente con esta prosperidad á ser confiado contra lo que llevaba su natural; y teniendo por cierto, ya por su demasiado poder y ventura, y ya más principalmente por los avisos que secretamente le llegaban de Siracusa, que para ser suya la ciudad apénas le faltaba más que estar hechas las capitulaciones, ninguna cuenta hizo de la venida de Gilipo, ni puso las convenientes guardias para estar en observacion: así, con desatenderle y despreciarle, dió lugar á que sin tener él la menor sospecha aportase en una lancha á la Sicilia, donde estableciéndose lejos de Siracusa, reclutó mucha gente sin que los Siracusanos lo supiesen, ni siquiera le esperasen. Por tanto, ya se habia convocado para junta pública con el objeto de tratar de la capitulacion con Nicias; y algunos se encaminaban á ella, pareciéndoles que debia hacerse el tratado ántes que del todo fuese circunvalada la ciudad; porque era muy poco lo que quedaba por hacer, y áun para esto estaban ya arrimados todos los materiales.

Cuando se hallaban en este conflicto llegó Gonguilo de Corinto con una galera; y corriendo todos á él, como era natural, les dijo que Gilipo estaba para llegar de un momomento á otro, y áun venian más fuerzas en su socorro. Todavía dudaban de esta relacion de Gonguilo, cuando les llegó aviso de Gilipo, previniéndoles que marcharan á unirse con él. Cobraron, pues, ánimo, y tomando las armas apénas llegó Gilipo, sin detencion marchó en órden de batalla contra los Atenienses. Formó tambien Nicias contra ellos, y entónces, bajando Gilipo las armas, envió un heraldo á los Atenienses, diciéndoles que les daria permiso para retirarse con seguridad de la Sicilia; á lo cual ni siquiera se dignó de contestar Nicias; pero algunos de los soldados, echándose á reir, le preguntaron, si por ha-

berse presentado una capa y una vara lacónicas habia de repente mejorado tanto el estado de los Siracusanos, que pudieran despreciar á los Atenienses, que á trescientos más valientes que Gilipo y con más cabellera, teniéndolos en prisiones, los habian vuelto á los Lacedemonios. Timeo refiere que los mismos Sicilianos miraron con el mayor desprecio á Gilipo; á la postre, por condenar en él su codicia y su avaricia sórdida, y cuando al principio se presentó, porque hacian irrision de su capa y de su cabellera. Dice, además, que apénas se apareció Gilipo volaron muchos á él, como cuando se aparece la lechuza, dispuestos á hacer la guerra; lo que es más cierto que lo que ántes se deja dicho; porque acudieron en gran número, reconociendo en aquella capa y en aquella vara la señal distintiva y la dignidad de Esparta; y esto fué obra de sólo Gilipo, como lo dice Tucídides, y tambien Filisto, natural de Siracusa, y testigo ocular de estos sucesos. En la primera batalla quedaron vencedores los Atenienses, habiendo dado muerte á algunos Siracusanos, y al corintio Gonguilo; pero al dia siguiente hizo ver Gilipo cuánto puede la inteligencia y pericia militar; porque con las mismas armas, con los mismos caballos, en el mismo terreno, aunque no de la misma manera, sino variando la formacion, venció á los Atenienses, que en fuga se retiraron á su campamento; y habiendo puesto á trabajar á los Siracusanos, con las piedras y materiales que aquellos habian allegado, continuaron sus obras comenzadas, con las que cortaron el murallon de los Atenienses; de modo que áun con vencer nada adelantarian. Alentados con esto extraordinariamente los Siracusanos, tripularon sus galeras, y recorriendo el país con su caballería y la de los aliados, atrajeron á muchos. Dirigiéndose tambien Gilipo á las ciudades, movió alborotos y sediciones en todas ellas, consiguiendo que le obedeciesen y se le incorporasen. Nicias entónces, volviendo á su primer modo de pensar, y reconociendo la mudanza

que los negocios habian tenido, cayó de ánimo, y escribió á los Atenienses pidiendo que le enviaran otro ejército, ó retiraran aquél de la Sicilia; y en cuanto á sí, rogó que le exoneraran del mando á causa de su enfermedad.

Aun ántes de esto habian intentado los Atenienses enviar nuevas fuerzas á Sicilia; pero por envidia de la prosperidad con que la fortuna habia hasta aquel punto lisonjeado á Nicias, lo habian ido dilatando; mas entónces se apresuraron á mandar los socorros. Estaba dispuesto que pasado el invierno marchara Demóstenes con un poderoso ejército; pero entretanto, en el rigor de aquella estacion dió la vela Eurumedonte, llevando caudales, y la designacion de los colegas de Nicias en el mando, tomados de los que allí hacian la guerra; los cuales eran Eutudemo y Menandro. A este tiempo tentó Nicias repentinamente por mar y por tierra la suerte de los combates; y aunque al principio tuvo en el mar algun descalabro, con todo rechazó y echó á pique muchas de las naves enemigas; pero por tierra, no habiendo podido por sí mismo adelantar sus socorros, cargó precipitadamente Gilipo, y tomó á Plemurio, donde hallándose los efectos del arsenal y otra infinidad de enseres, de todo se apoderó, dando muerte á no pocos, y haciendo á otros cautivos; pero lo más fué haber quitado á Nicias la proporcion del acopio de víveres: porque éste era sumamente seguro y pronto por Plemurio, ocupándole los Atenienses; pero desposeidos de él, además de ser difícil, no podia hacerse sino á fuerza de contínuos combates con los enemigos, que tenian surta allí su armada. Aun la victoria contra esta no pareció haberse conseguido de poder á poder, sino por haberse desordenado cuando seguia el alcance: así volvieron á presentarse en actitud de pelear mejor preparados que ántes; pero Nicias no queria aventurar otro combate naval, diciendo que sería gran necedad, estando aguardando tan brillantes tropas de refresco como eran las que á toda prisa conducia Demóstenes, querer arries-

garse á una batalla con fuerzas inferiores y mal organizadas. Pero de Menandro y Eutudemo, que acababan de ser elevados al mando, se habia apoderado cierta envidia y emulacion contra los otros dos generales, proponiéndose ejecutar algun hecho notable ántes que llegase Demóstenes y oscurecer si podian á Nicias. El pretexto, sin embargo, era el celo por la gloria de la república, la que decian pereceria y anublaria del todo si mostrasen temer á los Siracusanos, que los provocaban á batalla; con lo que le obligaron á combatir. Engañados con una estratagema por Ariston, piloto de Corinto, fué destrozada enteramente su ala izquierda, segun escribe Tucídides, con pérdida de mucha gente. Afligióse sobremanera Nicias con este infortunio; pues si mandando sólo ya habia empezado á caer, ahora los colegas le habian precipitado.

Dejóse ver en esto Demóstenes en el puerto tan brillante con la pompa de su magnífica escuadra, como formidable á los enemigos, trayendo en setenta y tres galeras cinco mil infantes, y entre tiradores de armas arrojadizas, flecheros y honderos arriba de tres mil. El ornato de las armas, las insignias de las naves, y la muchedumbre de cantores y flautistas presentaba un aparato teatral, propio para infundir á aquéllos terror. Volvieron, por tanto, los Siracusanos á concebir los mayores recelos, viendo que sus trabajos no tenian término ni alivio, y que se estaban consumiendo y aniquilando en vano. No le duró de otra parte á Nicias largo tiempo el placer de la venida de aquellas fuerzas; pues apénas entró en conferencias con Demóstenes, cuando le vió resuelto á que al punto se acometiera á los enemigos, y sin perder momento se pusiera todo al tablero, para tomar á Siracusa y volverse á casa; de lo que concibió gran temor; y maravillado de aquella prontitud y temeridad, le rogaba que nada se hiciera por desesperacion y sin maduro consejo. Decíale que la dilacion era toda contra los enemigos, que se hallaban gastados en sus bienes, y no podian contar con

que los auxiliares se mantuvieran á su lado largo tiempo, y que si de nuevo sentian los apuros de la escasez y la hambre, acudirian á él como ántes con proposiciones de paz. Porque habia no pocos en Siracusa que secretamente daban avisos á Nicias y le inclinaban á permanecer, á causa de que aquellos habitantes padecian mucho con la guerra y no podian aguantar á Gilipo; y á poco que la miseria se aumentase, enteramente habian de desmayar. Como muchas de estas cosas no hacía Nicias más que indicarlas, no teniendo por conveniente decirlas á las claras, dió motivo á los colegas para que le trataran de irresoluto, diciéndole que ya volvía á sus precauciones, á sus dilaciones y nimiedades, con las que dejó perder el primer calor del ejército, no marchando al punto contra los enemigos, sino procrastinando y haciéndose despreciable; y como con esto los otros se adhiriesen al dictámen de Demóstenes, al cabo convino tambien Nicias, aunque no sin gran violencia. Hecho este acuerdo, tomó consigo Demóstenes por la noche las fuerzas terrestres, y marchando contra el punto de Epipolas, á algunos de los enemigos, sorprendiéndoles sin ser sentido, les dió muerte, y á otros que se defendieron los desbarató; mas aunque le tomó por este medio, no se contuvo, sino que discurrió adelante hasta que dió con los Beocios: porque éstos fueron los primeros que animándose unos á otros, y corriendo á los Atenienses con las lanzas en ristre, los rechazaron con grande gritería, dando muerte á muchos de ellos. Con esto se introdujo gran confusion y terror en todo el ejército, llenando de él el que huia al que todavía estaba vencedor; y dando la parte que avanzaba y acometia en la que se retiraba despavorida, trabaron unos con otros, creyendo que los que huian eran perseguidores, y tratando á los amigos como enemigos. Porque en aquella desordenada confusion, acompañada de miedo y de la falta de conocimiento, y en la inseguridad de la vista en una noche que ni era absolutamente oscura ni tenía una

luz cierta, como era preciso estando ya para ponerse la luna, y moviéndose entre su luz muchos cuerpos y armas, sin que pudieran reconocerse los semblantes, con miedo del enemigo hasta él propio se hacía sospechoso, cayendo los Atenienses en la situacion y perplejidad más terrible. Avínoles tambien el que tenian la luna por la espalda, con lo que enviando sus sombras delante de sí, ocultaban el número y brillo de sus armas; cuando en los contrarios el resplandor de la luna que daba en los escudos, hacía que parecieran en mayor número y con ventaja. Finalmente, cayendo sobre ellos por todas partes los enemigos luégo que cedieron, unos fueron muertos por éstos en la fuga, otros perecieron á manos de sus camaradas, y otros se precipitaron por los derrumbaderos. A los que se dispersaron y perdieron el camino, venido el dia, los acabó la caballería: habiendo sido dos mil los que murieron; y de los que se presentaron en el campamento, muy pocos se salvaron con las armas.

Habiendo recibido Nicias este golpe muy contra su esperanza, se quejaba de la precipitacion de Demóstenes; y éste, despues de haber pretendido excusarse, fué de parecer que debian retirarse cuanto ántes, pues que ya no habian de venirles nuevas fuerzas, ni con aquellas podian vencer á los enemigos; y áun cuando los vencieran, siempre habia de ser preciso abandonar aquel terreno, contrario y enfermizo en todo tiempo, segun se les informaba, para un campamento, y entónces mortífero, como lo estaban viendo: porque se hallaban á la entrada del otoño, tenian muchos enfermos, y todos estaban abatidos. Resistíase Nicias á la propuesta de la retirada y del embarque, no porque no temiese á los Siracusanos, sino porque temia más á los Atenienses, sus juicios y sus calumnias: «porque aquí, añadió, no espero nada de muy adverso; y áun cuando sucediera, quiero más recibir la muerte de los enemigos, que no de mis conciudadanos:» al con-

trario de como pensó más adelante Leon Bizantino, que dijo á los suyos: «Más quiero morir de vuestra mano, que con vosotros.» En cuanto al punto y país adonde trasladarian el campamento, dijo que ya deliberarian con más sosiego. Dicho esto, Demóstenes, como le habia salido tan mal su primer dictámen, no insistió más en el que proponia; y los otros colegas, pareciéndoles que Nicias por esperar y confiar en los de adentro resistia el embarque con tanto teson, convinieron al fin en su parecer. Mas como hubiesen recibido los Siracusanos otros refuerzos, y se encrueleciese la enfermedad en los Atenienses, entónces áun Nicias condescendió en la retirada, y dió órden á los soldados de que estuvieran prontos para embarcarse.

Cuando todo estaba á punto, sin que ninguno de los enemigos lo observase, como que tampoco lo esperaban, en aquella misma noche se eclipsó la luna; cosa de gran terror para Nicias, y para todos aquellos que por ignorancia y supersticion se asustan con tales acontecimientos: porque en cuanto á oscurecerse el sol hácia el dia trigésimo, ya casi todos saben que aquel oscurecimiento lo causa la luna; pero en cuanto á ésta, que es lo que se le opone, y como hallándose en su lleno de repente pierde su luz y cambia diferentes colores, esto no era fácil de comprender, sino que lo tenian por cosa muy extraordinaria y por anuncio que hacía la Diosa de grandes calamidades: pues el primero que con más seguridad y confianza habia puesto por escrito sus ideas acerca del creciente y menguante de la luna habia sido Anaxágoras; y éste no era antiguo, ni su escrito tenía celebridad; sino que no se habia divulgado, y solo corria entre pocos con reserva y cautela. Porque todavía no eran bien recibidos los físicos y los llamados especuladores de los meteoros, achacándoseles que las cosas divinas las atribuian á causas destituidas de razon, á potencias incomprensibles, y á fuerzas que no pueden resistirse; así es que Protágoras fué desterrado; Anaxágoras

fué puesto en prision, de la que le costó mucho á Pericles sacarle salvo; y Sócrates, que no se metió en ninguna de estas cosas, sin embargo pereció por la filosofía. Ya más adelante resplandeció la fama de Platon; y tanto con su conducta, como con haber subordinado las fuerzas físicas á principios divinos y superiores, desvaneció las calumnias que corrian contra estos estudios, y les abrió á todos camino para la instruccion. Así, su amigo Dion, aunque en el mismo punto en que estaba para dar la vela desde Zacinto contra Dionisio, sobrevino un eclipse de luna, no por eso se inquietó ni dejó de partir, y apoderándose de Siracusa, expelió al tirano. Hizo además la casualidad que Nicias no tuviese á su lado un adivino diestro; porque Estilbides, su gran confidente, y que procuraba desimpresionarle de la supersticion, habia muerto poco ántes. Y en verdad que aquella señal, como observa Filocoro, para los que querian huir no era adversa, sino muy favorable: porque las cosas que se hacen por miedo necesitan de reserva, y la luz les es contraria; y fuera de esto, así en los eclipses de sol como en los de luna, se estaba en observacion por tres dias, como en sus Comentarios lo expuso Anticlides; y Nicias les persuadió que esperaran otro período de luna como si no la hubiera visto al punto clara y limpia de manchas luégo que salió de la oscuridad con que la tierra impedia su luz.

Olvidado casi de todo lo demas, se ocupaba en hacer sacrificios, hasta que vinieron sobre ellos los enemigos, sitiando con sus tropas de tierra la muralla y el campamento, y cercando en rededor el puerto con sus naves; y no sólo ellos, sino hasta los muchachos, conducidos en barquichuelos y en lanchas, provocaban é insultaban á los Atenienses. Uno de éstos, hijo de padres distinguidos, llamado Heraclides, que se habia adelantado con su barquichuelo, fué cogido por una nave ática, que salió en su persecucion; y como temiese por él Polico su tio, corrió para librarle

con diez galeras que mandaba; y los demas, temiendo por Polico, movieron igualmente. Trabóse una reñida batalla, en la que vencieron los Siracusanos con muerte de Eurumedonte y otros muchos. No pudieron ya aguantar más los Atenienses, y empezaron á gritar contra los generales, clamando por que dispusieran la retirada por tierra; pues por otra parte los Siracusanos, luégo que hubieron alcanzado la victoria, custodiaron y cerraron la salida del puerto. Rehusaba Nicias venir en semejante resolucion, porque le parecia cosa terrible abandonar un grandísimo número de trasportes y muy pocas ménos de doscientas galeras: embarcando, pues, lo más escogido de la infantería y los más robustos entre los tiradores, ocupó con ellos ciento y diez galeras; porque las restantes estaban desprovistas de remos. La demas tropa la situó á la orilla del mar, abandonando el gran campamento y la muralla que remataba en el templo de Hércules: de manera que no habiendo ofrecido los Siracusanos al Dios tiempo habia los acostumbrados sacrificios, entónces saltando en tierra cumplieron con este acto religioso los sacerdotes y los generales.

Cuando ya estaban listas las naves anunciaron los agoreros á los Siracusanos que las víctimas les prometian prosperidad y victoria, si no eran los primeros á empezar el combate, y solamente se defendian; pues Hércules alcanzó todas sus victorias poniéndose en defensa cuando se veia amenazado: y con esto movieron del puerto. En este combate naval, uno de los más empeñados y terribles, y que no causó menores inquietudes y agitaciones en los espectadores que en los combatientes, por la vista de un encuentro que en breve tuvo muchas y muy inesperadas mudanzas, no vino ménos daño á los Atenienses de su estado y disposicion que de mano de los enemigos. Porque peleaban con naves estrechamente unidas y cargadas, contra otras que estando vacías y ligeras, con facilidad discurrian por todas partes; siendo además ofendidos con piedras, que

donde quiera que cayesen hacian gran daño, cuando ellos no lanzaban sino dardos y saetas, que con el oleaje no tenian golpe seguro, ni siempre podian herir de punta. Esta fué leccion que dió á los Siracusanos Ariston, el piloto de Corinto, el cual habiendo peleado alentadamente en aquel combate, murió en él cuando ya habian vencido los Siracusanos. Habiendo sido grande la ruina y destrozo de los Atenienses, se les cortó toda esperanza de poder huir por mar; y como viesen tambien muy difícil el poderse salvar por tierra, ni estorbaron á los enemigos que remolcasen sus naves, no obstante estarlo presenciando, ni pidieron que se les permitiera recoger los muertos: teniendo todavía por más triste y miserable el abandono que se veian precisados á hacer de los enfermos y heridos; y considerándose á sí mismos en un estado áun más lastimoso, porque habian de llegar al mismo fin por entre mayores males.

Intentaban evadirse aquella noche; y Gilipo, viendo á los Siracusanos entregados á sacrificios y banquetes en celebridad de la victoria y de la fiesta, desconfió de poder moverlos, ni con persuasiones, ni con esfuerzo alguno, á que persiguieran á los enemigos, que no dudaba iban á retirarse; pero Hermócrates por movimiento propio excogitó contra Nicias un engaño, enviando algunos de sus amigos que le dijesen venir de parte de aquellos mismos que ántes acostumbraban hablarle reservadamente, siendo su objeto avisarle que no marchara aquella noche, porque los Siracusanos les tenian armadas celadas y les habian tomado los pasos. Burlado Nicias con este engaño, padeció despues con verdad de parte de los enemigos lo que entónces falsamente se le hizo temer: porque saliendo á la mañana siguiente al amanecer, ocuparon las gargantas de los caminos, levantaron cercas delante de los vados de los rios, cortaron los puentes, y en el terreno llano y sin tropiezos situaron la caballería, para que por ninguna parte pudieran pasar los Atenienses sin tener un combate.

Aguardaron éstos todo aquel dia hasta la noche, en la que se pusieron en marcha, no sin grande afliccion y suspiros, como si salieran de su patria y no de tierra enemiga, sintiendo la estrechez y miseria en que se veian, y el abandono de los amigos y deudos; y sin embargo, estos males les parecian más ligeros que los que les aguardaban. Pues con todo de causar lástima el desconsuelo que reinaba en el campamento, ningun espectáculo era más triste y miserable que el ver á Nicias, debilitado por sus males, y reducido en medio de su dignidad á lo más preciso, sin poder usar de los alivios que por el mal estado de su salud le eran más necesarios, y que con todo hacía y toleraba en aquella situacion lo que no sufrian muchos de los que se hallaban sanos: echándose bien de ver que no por sí mismo ni por apego á la vida aguantaba aquellas penalidades, sino que era el amor á sus conciudadanos el que le hacía no dar por perdida toda esperanza. Así, cuando los demas prorumpian en lágrimas y sollozos por el miedo y el dolor, si alguna vez se veia forzado á dar por el mismo término muestras de su afliccion, se advertia que era á causa de comparar la afrenta é ignominia de su ejército con la grandeza y gloria de los triunfos que habian esperado conseguir. Aun sin tenerle á la vista, con sólo recordar sus discursos y las exhortaciones que habia hecho para impedir la expedicion, se les ofrecia que muy sin causa sufria aquellas calamidades, tanto, que hasta su esperanza en los dioses llegó á debilitarse en gran manera, al considerar que un hombre tan piadoso y en las cosas de la religion tan puntual y magnífico, no era mejor tratado de la fortuna que los más perversos y ruines del ejército.

Esforzábase Nicias á mostrarse en la voz, en el semblante y en el modo de saludar superior á tanta desgracia; y en los ocho dias de marcha, acometido y herido por los enemigos, conservó invencibles las fuerzas que tenía consigo, hasta que quedó cautivo Demóstenes con su division junto

á la quinta llamada Policele, peleando y siendo cercado de los enemigos. Desenvainó entónces Demóstenes su espada, y se hirió á sí mismo, aunque no acabó de quitarse la vida, porque se arrojaron sobre él los enemigos y le echaron mano. Adelantáronse unos cuantos Siracusanos á enterar á Nicias del suceso; y habiendo mandado algunos de los suyos de á caballo, cuando se cercioró de la pérdida de aquéllos, manifestó deseo de tratar con Gilipo para que dejaran partir á los Atenienses de la Sicilia, recibiendo rehenes sobre que serian indemnizados los Siracusanos de todos los gastos que hubiesen hecho en aquella guerra; mas ellos no le dieron oidos, sino que tratándole con vilipendio, y haciéndole amenazas é insultos, le lanzaron tiros, no obstante que le veian reducido al último extremo de miseria. Con todo, áun aguantó aquella noche, y al dia siguiente continuó su marcha, acosado por los enemigos hasta el rio Asinaro. Allí éstos alcanzaron á algunos, y los arrojaron á la corriente; otros habian llegado ántes, y compelidos de la sed se habian echado de bruces á beber; y fué grande el estrago y crueldad contra los que á un mismo tiempo bebian y recibian la muerte: hasta que Nicias, echándose á los piés de Gilipo le hizo este ruego: «Hallen compasion, oh Gilipo, en vosotros los vencedores, »no yo, que de nadie la deseo, debiendo bastarme el nom»bre y la gloria que me dan tamañas desgracias, sino los »demas Atenienses, haciéndoos cargo de que son comunes »los infortunios de la guerra, y que en ellos se hubieron »con vosotros benignamente los Atenienses, cuando les »fué favorable la fortuna.» Al proferir Nicias estas palabras, con ellas y con su vista no dejó de conmoverse Gilipo, pues sabía que los Lacedemonios habian sido de él favorecidos en el último tratado, y además echaba cuenta de que importaria mucho para su gloria el conducir prisioneros á los dos generales enemigos. Por tanto, tomando de la mano á Nicias, procuró alentarle, y dió órden para

que á los demas los hiciesen prisioneros; pero habiéndose tardado algo en hacer correr esta órden, fueron ménos que los muertos los que se salvaron; de los cuales los soldados sustrajeron y robaron muchos. Reunido que hubieron todos los prisioneros que se manifestaron, suspendieron de los más altos y hermosos árboles de la orilla del rio las armas ocupadas á los enemigos; pusieron coronas sobre sus sienes, y enjaezando vistosamente sus caballos, y cortando las clines á los de los enemigos, se dirigieron á la ciudad despues de haber terminado la más celebrada contienda que Griegos contra Griegos tuvieron jamás, y de haber alcanzado la victoria más completa con grande poder y teson, y con las mayores muestras de resolucion y de virtud.

Celebróse junta general de los Siracusanos y los aliados, en la que el orador Eurucles propuso primero que el dia en que habian hecho prisionero á Nicias sería sagrado y dedicado á hacer sacrificios, absteniéndose de todo trabajo; que esta festividad se llamaria Asinaria del nombre del rio: el dia fué el 27 del mes Carneo, al que los Atenienses dicen Metagitnion; que los esclavos de los Atenienses serian vendidos, y tambien sus aliados; pero los Atenienses mismos y los de la Sicilia hallados con ellos serian puestos en custodia, destinándolos á los trabajos de las minas, á excepcion de los generales; y que á éstos se les daria muerte. Habiendo aplaudido los Siracusanos esta propuesta, quiso Hermócrates hacerles entender que más glorioso que el vencer es saber usar con moderacion de la victoria; pero se vió sumamente expuesto; y como Gilipo hubiese pedido que se le entregasen los generales de los Atenienses para conducirlos á Esparta, ensorbebecidos los Siracusanos con la prosperidad, le respondieron desabridamente; y sin esto fuera de la guerra llevaban muy mal su aspereza y su modo de mandar verdaderamente lacónico; y, segun dice Timeo, repugnaban y condenaban su mezquindad y su avari-

cia: enfermedad heredada, por la que su padre Cleandrides, en causa de soborno, fué desterrado; y él mismo, habiendo sustraido treinta talentos de los que Lisandro envió á Esparta, y escondídolos en el tejado de su casa, como hubiese sido denunciado, tuvo que huir con la mayor vergüenza; pero de esto hemos hablado con más detencion en en la vida de Lisandro. Timeo no dice que Demóstenes y Nicias hubiesen muerto apedreados, como lo escriben Filisto y Tucídides, sino que habiéndoles avisado Hermócrates, cuando todavía duraba la junta, por medio de uno de la guardia que allí se hallaba, ellos mismos se quitaron la vida; y que los cadáveres se expusieron públicamente á la puerta para que pudieran verlos cuantos quisiesen. Se me ha informado que todavía se muestra en Siracusa un escudo fijado en el templo, que se dice haber sido el de Nicias, y cuya cubierta es un tejido de oro y púrpura primorosamente entremezclados.

De los Atenienses los más fallecieron en las minas de enfermedad y de mal alimentados, porque no se les daba por dia más que dos cotilas (1) de cebada y una de agua. No pocos fueron vencidos, ó porque habian sido de los robados, ó porque no se les tuvo por ciudadanos atenienses; sino que pasaron por esclavos, y como tales los vendian imprimiéndoles en la frente un caballo; teniendo que sufrir esta miseria más sobre la esclavitud. Fueron para éstos de gran socorro su vergüenza y su educacion, porque ó alcanzaron luego la libertad, ó permanecieron siendo tratados con distincion en casa de sus amos. Debieron otros su salud á Eurípides; porque eran los Sicilianos, segun parece, entre los Griegos de afuera los que más gustaban de su poesía, y aprendian de memoria las muestras, y, digámoslo así, los bocados que les traian los que arribaban de

(1) La cotila griega hacía medio cuartillo y onza y media de la medida de líquidos de Castilla.

todas partes, comunicándoselos unos á otros. Dícese, pues, que de los que por fin pudieron volver salvos á sus casas muchos visitaron con el mayor reconocimiento á Eurípides, y le manifestaron, unos que hallándose esclavos habian conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesías, que tenian de memoria, y otros que, dispersos y errantes despues de la batalla, habian ganado el alimento cántando sus versos; lo que no es de admirar, cuando se refiere que refugiado á uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacian salir, y que despues, preguntando á los marineros si sabian los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con solo esto cedieron y les dieron puerto.

La noticia de aquella desgracia se dice habérseles hecho increible á los Atenienses, por la persona y el modo en que fué anunciada: pues á lo que parece arribó un forastero al Pireo, y entrando en la tienda de un barbero, comenzó á hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debia saberse en Atenas. Oido que fué por el barbero, subió corriendo á la ciudad, ántes que ninguno otro pudiera tener conocimiento; y dirigiéndose á los Arcontes al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habian contado. Siguióse la consternacion é inquietud que era natural; y convocando los Arcontes á junta, le hicieron presentarse en ella; y como preguntado por quién lo sabía, no hubiese podido decir cosa que satisfaciese, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron á una rueda, en la que fué atormentado por largo tiempo hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como habia pasado. ¡Tanto fué lo que les costó creer que á Nicias le habian sobrevenido los infortunios que tantas veces les habia pronosticado!

MARCO CRASO.

Marco Craso, cuyo padre habia sido censor y habia merecido los honores del triunfo, se crió, sin embargo, en una casita reducida con otros dos hermanos. Estaban éstos casados cuando vivian aún los padres, y todos comian á una misma mesa; lo que parece pudo contribuir no poco á que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los hermanos, tomó en matrimonio á su mujer, y de ella tuvo hijos, habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que más de los Romanos; y con todo, cuando ya se hallaba adelantado en edad fué acusado de haber tratado inhonestamente con Licinia, una de las vírgenes Vestales. Licinia fué absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenía ésta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio; para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia: y de aquí tuvo orígen la indicada sospecha; la que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido tambien absuelto por los jueces; pero de la intimidad con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesion.

Dicen los Romanos que á las muchas virtudes de Craso sólo un vicio hacía sombra, que era la codicia; pero á lo que parece no era solo, sino que siendo muy dominante

hacía que no apareciesen los demas. Las pruebas más evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico, y lo excesivo de su caudal; porque no teniendo al principio sobre trescientos talentos, despues cuando ya fué admitido al gobierno ofreció á Hércules la décima, dió banquetes al pueblo, y á cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y sin embargo, habiendo hecho para su conocimiento el avance de su hacienda ántes de partir á la expedicion contra los Partos, halló que ascendia á la suma de siete mil y cien talentos; y si aunque sea en oprobio suyo hemos de decir la verdad, la mayor parte la adquirió del fuego y de la guerra: siendo para él las miserias públicas de grandísimo producto. Porque cuando Sila, despues de haber tomado la ciudad, puso en venta las haciendas de los que habia proscrito, reputándolas y llamándolas sus despojos, y quiso que la nota de esta rapacidad se extendiese á los más que fuese posible y á los más poderosos, no se vió que Craso rehusase ninguna donacion ni ninguna subasta. Además de esto, teniéndose por contínuas y connaturales pestes de Roma los incendios y hundimientos por el peso y el apiñamiento de los edificios, compró esclavos arquitectos y maestros de obras; y luégo que los tuvo, habiendo llegado á ser hasta quinientos, procuró hacerse con los edificios quemados y los contiguos á ellos, dándoselos los dueños, por el miedo y la incertidumbre de las cosas, en muy poco dinero, por cuyo medio la mayor parte de Roma vino á ser suya. Y sin embargo de poseer tantos artistas, nada edificó para sí, sino la casa de su habitacion; porque decia que los amigos de obras ellos se aruinaban á sí mismos sin necesidad de otros enemigos. Eran muchas las minas de plata que tenía, posesiones de gran precio en sí, y por las muchas manos que las cultivaban; y á pesar de eso, todo era nada en comparacion del valor de sus esclavos; ¡tantos y tales eran los que tenía! lectores, amanuen-

ses, plateros, administradores y mayordomos, y él era como el ayo de los que algo aprendian, cuidando de ellos y enseñándoles, porque llevaba la regla de que al amo era á quien le estaba mejor la vigilancia sobre los esclavos, como órganos animados del gobierno de la casa. Excelente pensamiento, si Craso juzgaba, como lo decia, que las demas cosas debian administrarse por los esclavos, y él gobernar á éstos: porque vemos que la economía en las cosas inanimadas no pasa de lucrosa, y en los hombres tiene que participar de la política. En lo que no tuvo razon fué en decir que no debia ser tenido por rico el que no pudiera mantener á sus expensas un ejército: porque *la guerra no se mantiene con lo tasado,* segun Arquidamo; sino que la riqueza respecto de la guerra y los guerreros tiene que ser indefinida; muy distante de la sentencia de Mario; porque como habiendo distribuido catorce yugadas de tierra á cada soldado le hubiesen informado que todavía codiciaban más, «no quiera Dios, dijo, que ningun Romano tenga por poca la tierra que basta á mantenerlo.»

Picábase, sin embargo, Craso de acoger bien á los forasteros, estando abierta su casa á todos ellos, y á los amigos les daba prestado sin interes; pero vencido el plazo exigia con tanto rigor el pago, que la primera gracia venía á hacerse más inaguantable que habrian sido las usuras. Para franquear su mesa era bastante generoso y popular; y aunque ésta no era espléndida, el aseo y la amabilidad la hacía más apetecible que hubiera podido hacerla el ser más exquisita y costosa. En cuanto á instruccion, se ejercitó en la elocuencia, especialmente en la parte oratoria, que es de mayor y más extensa utilidad; y habiendo llegado á sobresalir en esta arte entre los más aventajados de Roma, en el trabajo y en el celo excedió áun á los más facundos; porque ninguna causa tuvo por tan pequeña y despreciable que no fuese preparado para hablar en ella; y muchas veces repugnando Pompeyo y César, y áun el mismo Ciceron, le-

vantarse y tomar la palabra, él concluia la defensa; con lo que se ganó el afecto, como patrono solícito y diligente. Ganósele tambien con su humanidad y popularidad para con las gentes, pues nunca Craso, saludado de un ciudadano romano, por miserable y oscuro que fuese, dejó de corresponderle por su nombre. Dícese que fué muy instruido en la historia, y áun algo dado á la filosofía, adoptando las opiniones de Aristóteles, en las que tuvo por maestro á Alejandro, varon dulce y apacible, como se ve en el modo en que permaneció al lado de Craso; pues que no es fácil demostrar si era más pobre ántes de ir á su compañía, ó despues de estar en ella; y siendo el único entre sus amigos que le acompañaba en los viajes, para el camino se le daba una capa, la que se le recogia á la vuelta. ¡Esta sí que es paciencia! y se ve que este infeliz no sólo no tenía por mala, mas ni áun por indiferente la pobreza. Pero de esto hablaremos más adelante.

Desde luégo que Cina y Mario quedaron vencedores se echó de ver que iban á entrar en la ciudad, no para bien de la patria, sino al contrario, para destruccion y ruina de los buenos ciudadanos; y por de contado cuantos pudieron haber á las manos todos perecieron, de cuyo número fueron el padre de Craso y su hermano. El mismo Craso, que todavía era muy jóven, evitó el primer peligro; pero habiendo entendido que por todas partes le perseguian y andaban solícitos para cazarle los tiranos, acompañado de dos amigos y de diez criados huyó con extraordinaria celeridad á España, donde en otro tiempo habia estado con su padre en ocasion de ser éste Pretor, y habia granjeado amigos; pero habiendo observado que todos estaban llenos de recelo temblando de la crueldad de Mario, como si lo tuvieran ya encima, no se atrevió á presentarse á ninguno; sino que dirigiéndose á unos campos que en la inmediacion del mar tenía Vibio Pacieco, donde habia una gran cueva, allí se ocultó. A Vibio envió uno de sus esclavos para que le

tanteara; y más que ya empezaban á faltarle las provisiones. Alegróse Vibio de saber por la relacion de éste que se habia salvado; é informado de cuántos eran los que tenía consigo y del sitio, aunque no pasó á verle, llamó al punto al administrador de aquella ciudad, y le dió órden de que haciendo todos los dias aderezar una comida, la llevara y pusiera delante de la piedra, retirándose calladamente, sin meterse á examinar ni inquirir lo que habia; y le anunció que el ser curioso le costaria la vida, y el desempeñar fielmente lo que se le mandaba, le valdria la libertad. La cueva está no léjos del mar; y las rocas que la circundan envian una aura delgada y apacible á los que se hallan dentro: si se quiere pasar adelante, aparece una elevacion maravillosa, y en el fondo tiene diferentes senos de gran capacidad, que se comunican unos con otros. No carece de agua ni de luz, sino que al lado de las rocas mana una fuente de abundante y delicioso caudal; y unas hendiduras naturales de las peñas, por donde entre sí se juntan, reciben de afuera la luz; de manera que el sitio está alumbrado por el dia. El que se halla dentro se conserva limpio y enjuto, porque el grande espesor de la piedra no da paso á la humedad y á los vapores, haciéndoles dirigirse hácia la fuente.

Miéntras allí se mantenia Craso, el administrador les llevaba todos los dias el alimento, sin que los viese ni conociese; mas ellos le veian, sabedores de todo, y esperando que mudaran los tiempos; y la comida con que se les asistia no se limitaba á lo preciso, sino que era abundante y regalada. Porque Vibio sabía agasajar á Craso con toda delicadeza: tanto, que hasta sus pocos años le ocurrieron; y viendo que era muy jóven, quiso obsequiarle con los placeres que pide tal edad: pues ceñirse á lo puramente necesario, más es de quien sólo tira á cumplir, que de quien sirve con voluntad. Encaminándose, pues, á la ribera con dos esclavas bien parecidas, luego que llegó cerca del sitio, mostrando á éstas la puerta de la cueva, les dió ór-

den de que entrasen en ella sin recelo. Craso y los que con él estaban, al ver que allá se dirigian, empezaron á temer no fuese que se hubiera descubierto ó que se hubiera denunciado su retiro; preguntáronles, pues, qué querian, y quiénes eran; mas luego que respondieron, como se les habia prevenido, que buscaban á su amo que se hallaba allí refugiado, comprendiendo Craso la finura y esmero de Vibio para con él, dió entrada á las esclavas; las cuales permanecieron en su compañía por todo el tiempo restante, dando parte á Vibio de lo que les hacía falta. Dícese que Fenestela alcanzó á ver á una de ellas ya muy anciana, y que muchas veces la oyó referir y traer á la memoria estas cosas con sumo placer.

Pasó allí Craso escondido ocho meses, y dejándose ver desde el punto en que se supo la muerte de Cina, como acudiesen á él muchos de los naturales, reclutando unos dos mil y quinientos, recorrió con ellos las ciudades; de las cuales sólo saqueó á Málaga, segun opinion de muchos; pero se dice que él lo negaba, y que impugnó á aquellos escritores. Recogió despues de esto algunas embarcaciones, y pasando al Africa se dirigió á Metelo Pio, varon de grande autoridad, y que habia juntado un ejército respetable; pero con todo no permaneció largo tiempo á su lado, sino que habiéndose indispuesto con él, partió en busca de Sila, que le admitió y trató con la mayor distincion. Regresó Sila á Italia de allí á poco, y queriendo tener en actividad á todos los jóvenes que con él servian, les fué dando diferentes encargos; y como enviase á Craso al país de los Marsos á reclutar gente, éste le pidió escolta, porque tenía que pasar entre los enemigos; pero diciéndole Sila con cólera: «¡Y tanto! pues te doy en escolta á tu padre, tu hermano, tus amigos y tus parientes, de cuyos injustos matadores voy á tomar venganza;» corrido é inflamado con semejante expresion, partió sin detenerse; atravesó resueltamente por entre los enemigos; reunió

considerables fuerzas, y en los combates dió pruebas á Sila de su valor. Desde este tiempo y estos sucesos se dice que comenzó su emulacion y contienda de gloria con Pompeyo; porque con ser éste de menor edad, é hijo de un padre infamado en Roma, y aborrecido con el más implacable odio de sus conciudadanos, brilló extraordinariamente, y compareció grande en estos reencuentros; tanto, que Sila cuando entraba Pompeyo se levantaba, se descubría la cabeza, y le saludaba con el dictado de emperador: distinciones de que no solia usar ni con varones más ancianos que él, ni con sus colegas. Quemábase é irritábase Craso con estas cosas, sin embargo de que era justamente postergado, porque le faltaba pericia, y quitaban el valor á sus hazañas las ingénitas pestes que le acompañaban siempre, á saber, su ánsia de adquirir y su sórdida codicia: así es que habiendo tomado en la Umbría la ciudad de Tuder, se creyó que se habia apropiado la mayor parte del botin, y de ello fué acusado ante Sila. Luégo en la batalla de Roma, que fué la más encarnizada y decisiva, Sila fué vencido, habiendo sido rechazado y deshechos no pocos de los que estaban á su lado; mas Craso, que mandaba el ala derecha, venció á los enemigos, y habiéndolos perseguido hasta entrada la noche, envió á pedir á Sila cena para sus soldados, y le anunció la victoria; pero en la proscripciones y subastas volvió á desacreditarse, comprando grandes rentas á precio muy bajo, y pidiendo dádivas. En la Calabria se dice que proscribió á uno, no de órden de Sila, sino por codicia; por lo que reprobando éste su conducta, no volvió á valerse de él para ningun negocio público. Tenía la partida de ser tan diestro para ganarse las gentes con la adulacion, como sujeto á que con la adulacion se le llevaran de calles. Era otra de sus propiedades, segun se dice, el que siendo el más codicioso de los hombres, aborrecia y censuraba á los que adolecian del mismo vicio.

Mortificábale la felicidad y buena suerte de Pompeyo en sus empresas; el que hubiese triunfado ántes de ser senador, y el que los ciudadanos le apellidaran *Magno*, que quiere decir grande; y como en una ocasion dijese uno: «ahí viene Pompeyo el grande,» sonriéndose le preguntó: «¿como qué es de grande?» Desconfiando, pues, de poder igualarle por la milicia, recurrió á las artes del gobierno, llegando á conseguir con su celo, sus defensas, sus empréstitos y con dar pareceres y auxiliar en cuanto le pedian á los que tenian negocios públicos, un poder y una gloria que competian con los que habian granjeado á Pompeyo sus muchas y grandes victorias. Sucedíales una cosa singular: y era que el nombre y la autoridad de Pompeyo en la ciudad eran mayores cuando estaba ausente, á causa de sus prósperos sucesos en la guerra; y presente, quedaba muchas veces inferior á Craso por su entonamiento y por su método de vida, huyendo de la muchedumbre, retirándose de la plaza pública, y no tomando bajo su amparo, y áun esto no con gran empeño, sino á pocos de los que á él acudian, á fin de conservar más vigente su autoridad cuando para sí mismo la hubiera menester. Mas Craso, que conocia la importancia de ser útil á los demas, y que no se hacía desear, ni escaseaba su trato, sino que siempre estaba pronto para toda suerte de negocios, con hacerse popular y humano triunfaba de aquel ceño y majestad. Por lo que hace á la nobleza de la persona, á la facundia en el decir y á la gracia en el semblante, es fama que uno y otro tenian bastante atractivo. Ni aquella emulacion de que hemos hablado producia en Craso enemistad ó malquerencia, sino que sintiendo ver que Pompeyo y César le eran antepuestos en los honores, no por eso acompañaban á este ajamiento de su amor propio, ni mal humor ni enemiga; y sin embargo de esto, César, cuando en el Asia fué cautivado y puesto en custodia por los piratas: «¡con cuánto gozo, exclamó, recibirás, oh Craso, la noti-

»cia de mi cautividad!» Ello es que más adelante contrajeron entre sí cierta amistad; y teniendo en una ocasion César que pasar de pretor á España, como le faltasen fondos y los banqueros le incomodasen, habiendo llegado hasta embargarle las prevenciones de la expedicion, Craso no se hizo el desentendido, sino que le sacó del apuro, constituyéndose su fiador por ochocientos y treinta talentos. Finalmente, dividida Roma en tres partidos, el de Pompeyo, el de César y el de Craso (porque en Caton era más la gloria que la autoridad, y más bien era admirado que tenido por poderoso), la parte juiciosa y sensata de la república cultivaba la amistad de Pompeyo; y la gente inquieta y fácil de mover se iba tras las esperanzas de César. Craso, puesto entre ambos, ya sacaba ventajas de una parte y ya de otra; y siguiendo las vicisitudes del gobierno, que se sucedian con frecuencia, ni era amigo seguro, ni enemigo irreconciliable, sino que con facilidad cedia en la gracia y en el odio, segun la utilidad lo exigia, siendo muchas veces en poco tiempo defensor é impugnador de los mismos hombres y de las mismas leyes. Contribuian á darle poder el favor y el miedo; pero éste más todavía: así es que Sicinio, que tanto dió en que entender á todos los magistrados y hombres públicos de su tiempo, preguntándole uno por qué causa con solo Craso no se metia, sino que le dejaba en paz, «este, le respondió, tiene heno en el cuerno,» aludiendo á la costumbre que tenian los Romanos, cuando habia un buey bravo, de ponerle un poco de heno en el cuerno, para que se guardasen los que le vieran.

La sedicion de los gladiatores, y la devastacion de la Italia, á la que muchos dan el nombre de guerra Espartacense ó de Espartaco, tuvo entónces orígen con el motivo siguiente: un cierto Lentulo Baciato mantenia en Capua gladiatores, de los cuales muchos eran Galos y Traces; y como para el objeto de combatir, no porque hubiesen hecho nada malo, sino por pura injusticia de su dueño, se

les tuviese en un encierro, se confabularon hasta unos doscientos para fugarse: hubo quien los denunciara; mas con todo, los que llegaron á traslucirlo y pudieron anticiparse, que eran hasta setenta y ocho, tomando en una cocina cuchillos y asadores, lograron escaparse. Casualmente en el camino encontraron unos carros que conducian á otra ciudad armas de las que son propias de los gladiatores; robáronlos, y ya mejor armados, tomando un sitio naturalmente fuerte, eligieron tres caudillos, de los cuales era el primero Espartaco, natural de Tracia, de un pueblo nómade; pero no sólo de gran talento y extraordinarias fuerzas, sino áun en el juicio y en la dulzura muy superior á su suerte, y más propiamente Griego que de semejante nacion. Se cuenta que cuando fué la primera vez traido á Roma para ponerle en venta, estando en una ocasion dormido, se halló que un dragon se le habia enroscado en el rostro; y su mujer, que era de su misma gente, dada á los agüeros é iniciada en los misterios órgicos de Baco, manifestó que aquello era señal para él de un poder grande y terrible, que habia de venir á un término feliz. Hallábase tambien entónces en su compañía, y huyó con él.

La primera ventaja que alcanzaron fué rechazar á los que contra ellos salieron de Capua; y tomándoles gran copia de armas de guerra, hicieron cambio con extraordinario placer, arrojando las otras armas bárbaras y afrentosas de los gladiatores. Vino despues de Roma en su persecucion el pretor Clodio con tres mil hombres, y cercándolos en un monte que no tenía sino una sola subida muy ágria y difícil, estableció en ella las convenientes defensas. Por todas las demas partes, el sitio no tenía más que rocas cortadas y grandes despeñaderos; pero como en la cima hubiese parrales nacidos espontáneamente, cortaron los que se hallaban cercados los sarmientos más fuertes y robustos, y formando con ellos escalas consistentes y de grande

extension, tanto que suspendidas por arriba de las puntas de las rocas tocaban por el otro extremo en el suelo, bajaron por ellas todos con seguridad, á excepcion de uno solo, que fué preciso se quedara á causa de las armas. Mas éste las descolgó luego que los otros bajaron, y despues tambien él se puso en salvo. De nada de esto tuvieron ni el menor indicio los Romanos; y al hallarse tan repentinamente envueltos, sobresaltados con este incidente, dieron á huir, y aquellos les tomaron el campamento. Reuniéronseles allí muchos vaqueros y otros pastores de aquella comarca, gente de expeditas manos y de ligeros piés: así armaron á unos, y á otros los destinaron á comunicar avisos, ó á las tropas ligeras. El segundo pretor enviado contra ellos, fué Publio Voreno; y en primer lugar derrotaron á su legado Turio, que los acometió con dos mil hombres que mandaba. Despues, habiendo Espartaco sobrecogido bañándose junto á Salenas al consultor y colega de aquél, Cosinio, enviado con más fuerzas, estuvo en muy poco que no le echase mano. Huyó al fin, aunque no sin gran dificultad y peligro: pero Espartaco le tomó el bagaje, y persiguiéndole sin reposo, causándole gran pérdida, se hizo dueño tambien del campamento; y por último cayó en aquella refriega el mismo Cosinio. Venció igualmente al Pretor en persona en diferentes encuentros; y habiéndose apoderado de sus lictores y de su propio caballo, con esto adquirió ya gran fama, y se hizo temible. Con todo echó como hombre prudente sus cuentas, y conociendo serle imposible superar todo el poder de Roma, condujo su ejército á los Alpes, pareciéndole que debian ponerse al otro lado, y encaminarse todos á sus casas, unos á la Tracia y otros á la Galia; mas ellos fuertes con el número y llenos de arrogancia, no le dieron oidos, sino que se entregaron á talar la Italia. En este estado no fué sólo la humillacion y la vergüenza de aquella rebelion la que irritó al Senado, sino que por temor y por consideracion

al peligro, como á una de las guerras más arriesgadas y difíciles, hizo salir á aquella á los dos cónsules. De éstos Gelio, á las gentes de Germania, que por orgullo y soberbia se habian separado de las de Espartaco, cayendo sobre ellas repentinamente, del todo las deshizo y desbarató. Propúsose Lentulo envolver á Espartaco con grandes divisiones; pero él se decidió á hacerle frente, y dándole batalla, venció á sus legados, y se apoderó de todo el bagaje. Retirado á los Alpes, fué en su busca Casio, pretor de la Galia Cispadana, con diez mil hombres que tenía; pero trabada batalla, fué igualmente vencido, perdiendo mucha gente y salvándose él mismo con gran dificultad.

Cuando el Senado lo supo, mandó con enfado á los cónsules que nada emprendiesen, y se nombró á Craso general para aquella guerra; al cual por amistad y por su grande opinion acudieron muchos de los jóvenes más principales para militar bajo sus órdenes. Entendió Craso que debia situarse en la region Picena, y esperar á Espartaco, que por allí habia de pasar; pero envió para observarlo á su legado Mumio con dos legiones, dándole órden de que puesto á su espalda siguiera á los enemigos, sin que de ningun modo viniera á las manos con ellos, ni áun hiciera la guerra de avanzadas; pero él apénas pudo concebir alguna esperanza, cuando trabó combate y fué vencido; habiendo perecido muchos, y habiéndose otros muchos salvado arrojando las armas en la fuga. Craso recibió á Mumio con la mayor aspereza; y armando de nuevo á los soldados, les hizo dar fianzas de que conservarian mejor aquellas armas. A quinientos, los primeros en huir y los más cobardes, los repartió en cincuenta décadas, y de cada una de ellas hizo quitar la vida á uno, á quien cupo por suerte, restableciendo este castigo antiguo de los soldados interrumpido tiempo habia; el cual, además de ir acompañado de infamia, tiene no sé qué de terrible y de triste, por ejecutarse á la vista de todo el ejército. Despues de dado

este ejemplo de severidad guió contra los enemigos; mas en tanto Espartaco se encaminaba por la Lucania hácia el mar; y encontrándose en el puerto con unos piratas Cilicianos intentó pasar á la Sicilia é introducir dos mil hombres en aquella isla, con lo que habria vuelto á encender en ella la guerra servil, poco ántes apagada, y que con pequeño cebo hubiera tenido bastante. Convinieron con él los de Cilicia, y recibieron algunas dádivas; pero al cabo lo engañaron, haciéndose sin él á la vela. Movió otra vez del mar, y sentó sus reales en la península de Regio; adonde acudió al punto Craso, y hecho cargo de la naturaleza del sitio que estaba indicando lo que habia de hacerse, se propuso correr una muralla por el istmo, sacando con esto del ocio á los soldados, y quitando la subsistencia al enemigo. La obra era grande y difícil; pero contra toda esperanza la acabó y completó en muy poco tiempo, abriendo de mar á mar por medio del estrecho un foso, que tenía de largo trescientos estadios, y de ancho y profundo quince piés; y sobre el foso construyó un muro de maravillosa altura y espesor. Espartaco al principio no hacía caso, y áun se burlaba de estos trabajos; pero llegando á faltarle el botin, y queriendo salir, entónces echó de ver que estaba cercado; y como de aquella estrecha península nada pudiese recoger, aguardando á que viniera una noche de nieve y ventisca, cegó una pequeña parte del foso con tierra, con leños y con ramaje, y por allí pudo pasar el tercio de su ejército.

Temió Craso no fuera que Espartaco concibiera el designio de marchar sobre Roma; mas luégo se tranquilizó, habiendo sabido que muchos le habian abandonado por discordias que con él tuvieron, y formando ejército aparte se habian acampado junto al lago Lucano; del que se cuenta que por tiempos se muda, teniendo unas veces el agua dulce, y otras salada, en términos de no poderse beber. Marchando Craso contra éstos, los retiró de la laguna; pero

le impidió que los destrozase y persiguiese el haberse aparecido de pronto Espartaco con disposiciones de retirarse precipitadamente. Tenía escrito al Senado que era preciso hacer venir á Lúculo de la Tracia, y á Pompeyo de la España; mas arrepentido entónces, se apresuró á dar concluida la guerra ántes que aquellos llegasen; conociendo que la victoria se atribuiria al recien venido que habia dado socorros. Resolvió por tanto acometer primero á los que se habian separado de Espartaco y que hacian campo aparte, siendo sus caudillos Cayo Canicio y Casto; y para ello envió á unos seis mil hombres con órden de que hicieran lo posible por tomar con el mayor recato cierta altura; pero aunque ellos procuraron evitar que los sintiesen, enramando los morriones, al cabo fueron vistos de dos mujeres que estaban haciendo sacrificios por la prosperidad de los enemigos; y hubieran corrido gran peligro, á no haber sobrevenido con la mayor celeridad Craso y empeñado una de las más recias batallas; en la que habiendo sido muertos doce mil y trescientos hombres, se halló que dos solos estaban heridos por la espalda, habiendo perecido los demas en sus mismos puestos, guardándolos y peleando con los Romanos. Retirábase Espartaco despues de la derrota de estos hácia los montes Petelinos; y Quinto y Escrofas, legado el uno y cuestor el otro de Craso, le perseguian muy de cerca; mas volviendo contra ellos, fué grande la fuga de los Romanos, que con dificultad pudieron salvar mal herido al cuestor; y justamente este pequeño triunfo fué el que perdió á Espartaco, porque inspiró osadía á sus fugitivos; los cuales ya se desdeñaban de batirse en retirada, y no querian obedecer á los jefes, sino que poniéndoles las armas al pecho cuando ya estaban en camino, los obligaron á volver atras y á conducirlos por la Lucania contra los Romanos, obrando en esto muy á medida de los deseos de Craso; porque ya habia noticias de que se acercaba Pompeyo, y no pocos hacian correr en

los comicios la voz de que aquella victoria le estaba reservada; pues lo mismo sería llegar que dar una batalla, y poner fin á aquella guerra. Dándose por tanto priesa á combatir y á situarse para ello al lado de los enemigos, hizo abrir un foso, el que vinieron á asaltar los esclavos para pelear con los trabajadores; y como de una y otra parte acudiesen muchos á la defensa, viéndose Espartaco en tan preciso trance, puso en órden todo su ejército. Habiéndole traido el caballo, lo primero que hizo fué desenvainar la espada, y diciendo: «si venciere tendré muchos y hermosos caballos de los enemigos, mas si fuere vencido no lo habré menester,» lo pasó con ella. Dirigióse en seguida contra el mismo Craso por entre muchas armas y heridas; y aunque no penetró hasta él, quitó la vida á dos centuriones que se opusieron á su paso. Finalmente, dando á huir los que consigo tenía, él permaneció inmoble; y cercado de muchos, se defendió hasta que lo hicieron pedazos. Tuvo Craso de su parte á la fortuna: llenó todos los deberes de un buen general, y no dejó de poner á riesgo su persona; y, sin embargo, áun sirvió esta victoria para aumentar las glorias de Pompeyo; porque los que de aquél huian dieron en las manos de éste, y los deshizo. Así es que escribiendo al Senado, le dijo que Craso en batalla campal habia vencido á los fugitivos; pero él habia arrancado la raíz de la guerra. A Pompeyo se le decretó un magnífico triunfo por la guerra de Sertorio y de la España; pero Craso lo que es el triunfo solemne ni siquiera se atrevió á pedirlo; mas ni áun el ménos solemne, á que llaman ovacion, parecia propio y digno por una guerra de esclavos. En qué se diferencie éste del otro, y de dónde le venga el nombre, lo tenemos ya declarado en la vida de Marcelo.

Naturalmente parecia despues de esto ser llamado al consulado Pompeyo; y aunque Craso tenía alguna esperanza de ser elegido con él, se resolvió no obstante á pedirle su intercesion. Tomó éste con gusto el encargo, porque

deseaba ocasion de dejar obligado con algun favor á Craso: así trabajó con eficacia, y por último, llegó á decir en la junta pública que no sería menor su gratitud por el colega que por la dignidad misma. Mas una vez alcanzada ésta, no se mantuvieron en los mismos sentimientos de union y concordia, sino que ántes oponiéndose como quien dice en todos los negocios el uno al otro, y estando en conítnua pugna, hicieron infructuoso y casi nulo su consulado; sin otra cosa notable que haber hecho Craso un gran sacrificio á Hérculès, dando con ocasion de él un banquete al pueblo en diez mil mesas, y repartiendo trigo para tres meses á los ciudadanos. Estando ya en el último término su magistratura, celebraban junta pública; y un hombre poco visible, aunque del órden ecuestre, oscuro y retirado en su método de vida, llamado Onacio Aurelio, subiendo á la tribuna, y llamando la atencion, se puso á explicar este sueño que habia tenido: «porque Júpiter, dijo, se me ha aparecido, y me ha mandado os diga en público, que no deis lugar á que los cónsules dejen el mando ántes de haberse hecho amigos.» Dicho esto, clamó el pueblo que debian reconciliarse; á lo que Pompeyo se estuvo quedo; pero Craso le alargó el primero la mano, diciendo: «No me parece, oh ciudadanos, que hago nada que me degrade, ó que pueda tenerse por indigno de mí si me adelanto á dar este paso de benevolencia y amistad con Pompeyo, á quien vosotros llamasteis *grande* cuando apénas tenia bozo, y á quien decretasteis el triunfo ántes de ser admitido en el Senado.»

Hemos dicho lo que el consulado de Craso ofreció digno de alguna atencion; pues la censura todavía fué más oscura é inactiva: porque ni hizo investigacion del Senado, ni pasó revista á los caballeros, ni impuso nota á ninguno de los ciudadanos, sin embargo de que tuvo por colega á Luctacio Catulo, varon el más dulce y apacible entre los Romanos. Ha quedado memoria de que intentando Craso reducir el Egipto á la obediencia del pueblo romano por un medio

inicuo y violento, se le opuso Catulo con el mayor esfuerzo; y que habiéndose ocasionado entre ambos con este motivo una fuerte discordia, espontáneamente abdicaron aquella dignidad. En las grandes agitaciones causadas por Catilina, que estuvo en muy poco no trastornasen del todo la república, hubo contra Craso alguna sospecha; y áun uno de los conjurados pronunció en público su nombre; pero nadie le dió crédito. Con todo, Ciceron en una oracion claramente echó la culpa de aquel atentado á Craso y á César: bien es que este escrito no salió á luz hasta despues de la muerte de ambos. El mismo Ciceron en la oracion del consulado dice que Craso fué á su casa por la noche, y le presentó una carta en que se hablaba de Catilina y con la que se confirmaba la sospechada conjuracion. Lo cierto es que Craso miró siempre con odio á Ciceron con este motivo; y si manifiestamente no se vengó, fué precisamente por su hijo Publio; el cual, siendo muy dado á las buenas letras y á la filosofía, estaba siempre al lado de Ciceron: de manera que cuando se vió su causa, mudó con él de vestidura, é hizo que ejecutaran otro tanto los demas jóvenes; y al cabo recabó del padre que se le hiciera amigo.

César, luégo que regresó de la provincia, se disponia para pedir el consulado; pero viendo otra vez á Craso y á Pompeyo indispuestos entre sí, ni queria, valiéndose del favor del uno, ganarse por enemigo al otro, ni tampoco esperaba salir con su intento sin el auxilio de uno de los dos. Trató, pues, de reconciliarlos, no dejándolos de la mano, y haciéndoles ver que con sus discordias fomentaban á los Ciceranes, á los Catulos y Catones, de quienes nadie haria cuenta, si teniendo ellos á unos mismos por amigos y por enemigos gobernaban la república con una sola fuerza y un solo espíritu. Convenciólos, y logró unirlos; con lo que formando y constituyendo de los tres un poder irresistible, que fué la ruina del Senado y la disolucion del pueblo, no tanto hizo mayores á los otros, cuanto por medio de ellos

mismos consiguió quedarles superior; pues que á virtud de los esfuerzos de ambos fué al punto elegido cónsul con el mayor aplauso. Durante su gobierno, en el que se conducia perfectamente, hicieron que se le decretase el mando de los ejércitos; y poniendo en sus manos la Galia, lo colocaron como en un alcázar, creidos de que todo lo demas se lo repartirian á su gusto entre sí con mantenerle á aquél firme y estable la provincia que le habia cabido en suerte. Prestábase á todo esto Pompeyo por su ilimitada ambicion; pero en Craso su enfermedad antigua, la avaricia, excitó un nuevo deseo y una nueva emulacion con motivo de los trofeos y triunfos de César, en los que no llevaba á bien ser inferior, cuando sobresalia en todo lo demas: de manera que no paró ni sosegó hasta causar á la patria las mayores calamidades, y precipitarse él mismo en una afrentosa perdicion. Habiendo, pues, bajado César de la Galia hasta la ciudad de Luca, acudieron allá muchos desde Roma; y pasando tambien reservadamente Pompeyo y Craso, acordaron apoderarse de lleno de todos los negocios, y hacerse exclusivamente dueños de todo mando, manteniéndose con esta mira César sobre las armas, y repartiéndose Pompeyo y Craso otras provincias y ejércitos. Para esto no habia más que un camino, que era otra peticion del consulado; y presentándose éstos por candidatos, debia prestarles ayuda César, escribiendo á sus amigos y enviando á muchos de sus soldados para asistir á los comicios.

Vueltos á Roma Pompeyo y Craso despues de este tratado, al punto se levantó contra ellos la sospecha, y corrió de boca en boca la voz de que su entrevista no habia sido para cosa buena. En el mismo Senado preguntaron Marcelino y Domicio á Pompeyo si pediria el consulado, á lo que respondió que quizá lo pediria, y quizá no; y preguntado de nuevo, contestó que lo pediria para ciudadanos hombres de bien, mas no para ciudadanos injustos. Pareciendo nacidas de arrogancia y de soberbia estas respuestas, Craso

contestó con más moderacion, diciendo que si habia de ser para bien de la república pediria el consulado, y si no se abstendrian; por lo cual algunos se resolvieron á presentarse tambien candidatos, y entre ellos Domicio. Mas como al tiempo de las súplicas se mostrasen ya descubiertamente, todos los demas desistieron de la pretension; pero Caton sostuvo á Domicio, que era su deudo, y lo alentó á que tuviera esperanza, y entrara en contienda por las libertades públicas: porque no era al consulado á lo que aspiraban Pompeyo y Craso, sino á la tiranía; ni aquello era peticion de una magistratura, sino rapiña de las provincias y de los ejércitos. Como de este modo se explicase y pensase Caton, casi no le faltó más que llevar á empujones á Domicio hasta la plaza, siendo, por otra parte, muchos los que se pusieron á su lado. Preguntábanse unos á otros con no pequeña admiracion, para qué querrian éstos un segundo consulado, por qué otra vez juntos, y por qué no con otros; «pues tenemos, decian, muchos hombres que pueden muy bien ser colegas de Craso y de Pompeyo.» Cobraron miedo los del partido de éste con tales voces, y no hubo vileza ni violencia á que no se propasasen; sino que armando asechanzas, sobre todo á Domicio, que todavía de noche bajaba á la plaza con otros, dieron muerte al criado que le precedia con el hacha, é hirieron á varios, entre ellos á Caton. Ahuyentando, pues, á éstos y encerrándolos en casa, se hicieron declarar cónsules; y de allí á poco tiempo, rodeado de armas el Senado, echando á Caton de la plaza, y dando muerte á algunos que les hicieron oposicion, prorogaron á César su mando por otros cinco años, y para sí mismos se decretaron la Siria, y una y otra España: despues, echadas suertes, tocó á Craso la Siria, y las Españas á Pompeyo.

Habia salido la suerte puede decirse que á gusto de todos: porque habia muchos que no querian que Pompeyo se alejase á gran distancia de la ciudad; y éste, que amaba

con exceso á su mujer, se veia que se detendria cuanto pudiese. A Craso desde el punto en que cayó la suerte se le conoció la gran satisfaccion que le produjo, y que lo tuvo por la mayor dicha que pudiera sobrevenirle: de manera que apénas podia contenerse áun ante los extraños y la muchedumbre; pero lo que es con sus amigos no hablaba de otra cosa, profiriendo expresiones pueriles y vacías de sentido, contra lo que pedian su edad y su carácter, que nunca habia sido hueco y jactancioso; mas entónces acalorado y fuera de tino, no ponia por término á su ventura la Siria ó los Partos, sino que mirando como niñería los sucesos de Lúculo con Tigranes, y los de Pompeyo con Mitrídates, pasaba con sus esperanzas hasta la Bactriana, la India y el mar exterior. Nada en verdad se decia de guerra Pártica en el decreto que se sancionó; pero todo el mundo sabía que esto era lo que ansiaba Craso; y César le escribió desde las Galias celebrando su designio, y dándole priesa para partir á la guerra. Mas luégo se vió que el tribuno de la plebe Ateyo iba á oponérsele al tiempo de la salida, teniendo de su parte á muchos que no encontraban bien en que se fuese á hacer la guerra á unos hombres que en nada habian faltado, y con quienes intercedian tratados de paz; de miedo de lo cual rogó á Pompeyo que se pusiera á su lado y le acompañara. Era ciertamente grande la autoridad de Pompeyo para con el pueblo; y aunque habia muchos que estaban dispuestos á impedir la marcha y levantar alboroto, los contuvo verle al lado de aquél con semblante risueño: de manera que sin el menor obstáculo los dejaron pasar. Ateyo con todo se les puso delante, y primero le dió en voz, tomando testigos, la órden de que no partiese, y despues mandó al ministro que le echara mano y lo detuviera. Impidiéronlo los otros tribunos: así el ministro no llegó á asir á Craso; pero Ateyo corrió á la puerta, y puso en ella una escalfeta con lumbre; y cuando llegó Craso, echando aromas, y haciendo libaciones, pro-

rumpió en las imprecaciones más horrendas y espantosas, invocando y llamando por sus nombres á unos dioses terribles tambien y extraños. Dicen los Romanos que estas imprecaciones detestables y antiguas tienen tal poder, que no puede evitarlas ninguno de los comprendidos en ellas, y que alcanzan para mal áun al mismo que las emplea: por lo que ni son muchos los que las profieren, ni por ligeros motivos. Así entónces reconvenian á Ateyo de que hubiese atraido sobre la república, por cuya causa se habia manifestado contrario á Craso, semejantes maldiciones y semejante ira de los dioses.

Marchó, pues, Craso, y llegó á Brindis; y sin embargo de que el mar estaba todavía agitado de tormenta, no se detuvo, sino que se hizo á la vela, perdiendo algunos buques. Recogió las fuerzas que le habian quedado, y por tierra siguió su viaje atravesando la Galacia. Allí vió al rey Deyotaro, que siendo ya de edad avanzada, estaba fundando una ciudad nueva; sobre lo que se chanceó con él diciéndole: «¿Cómo es esto, oh Rey, despues de las doce del dia empiezas á edificar?» y el Gálata sonriéndose, «hola pues, le repuso, tú tampoco, oh Emperador, has madrugado mucho para invadir á los Partos:» porque Craso habia ya pasado de los sesenta años, y á la vista áun parecia más viejo de lo que era. Al principio los negocios se le presentaron muy segun sus esperanzas, porque pasó con mucha facilidad el Eufrates, condujo sin tropiezo el ejército, y entró en muchas ciudades de la Mesopotamia, que voluntariamente se le entregaron. En una de ellas, de que era tirano uno llamado Apolonio, le mataron cien soldados, y marchando contra ella con su ejército, la rindió, la entregó al saqueo, y vendió los habitantes: los Griegos llamaban á esta ciudad Zenodocia. De resultas de haberla tomado, admitió el que el ejército le saludase emperador; incurriendo en gran vergüenza, y apareciendo muy pequeño y de pecho muy angosto, pues que de tan insignificante

triunfo se pagaba. Puso de guarnicion en las ciudades rendidas hasta siete mil hombres de infantería y mil caballos, y se retiró á la Siria á tomar cuarteles de invierno. Estando allí llegó el hijo que iba de la Galia de parte de César, mostrándose engalanado con premios, y llevándole mil soldados de á caballo escogidos. Y de los grandes yerros cometidos por Craso en esta expedicion, fuera de la expedicion misma, parece que éste fué el primero, á saber: el que cuando era menester obrar con celeridad y apoderarse de Babilonia y Seleucia, ciudades mal avenidas siempre con los Partos, hubiese dado tiempo á los enemigos para prepararse. Reprendíanle asimismo de que su detencion en la Siria hubiese sido más bien pecuniaria que militar, pues ni investigó el número de las armas, ni reunió las tropas para ejercitarlas; y sólo se entretuvo en hacer el cálculo de las rentas, habiendo gastado muchos dias en poner en pesos y balanzas la riqueza de la Diosa que se veneraba en Hierapolis. Escribia á los pueblos y á las autoridades, señalándoles el número de soldados que habian de presentar; y como luégo los relevase por dinero, incurrió en descrédito y en desprecio. La primera mala señal que tuvo, fué de parte de aquella Diosa, la cual piensan unos que fué Vénus, otros Juno, y otros la causa y naturaleza que de lo húmedo sacó los principios y semillas de todas las cosas, y mostró á los hombres el orígen de todos los bienes: pues saliendo del templo, primero tropezó y cayó en la puerta Craso el jóven, y despues el padre cayó en pos de él.

Cuando ya estaba para mover las tropas de los cuarteles de invierno le llegaron embajadores del rey Arsaces, trayéndole un mensaje muy breve, porque le dijeron: que si aquel ejército era enviado por los Romanos, la guerra sería perpétua é irreconciliable; pero que si Craso habia llevado contra ellos las armas y ocupado sus ciudades sin el permiso de la patria y por sus intereses particulares,

que era lo que se les habia informado, Arsaces estaba dispuesto á usar de moderacion, compadeciéndose de la ancianidad de Craso, y que le restituiria los soldados, que más bien se hallaban en custodia que en guarnicion. Díjoles Craso con altanería que en Seleucia les daria la respuesta; y el más anciano de los embajadores llamado Vagises, echándose á reir, y mostrando la palma de la mano: «Aquí, oh Craso, le dijo, nacerá pelo ántes que tú veas á Seleucia.» Retiráronse, pues, cerca de su rey Hirodes, anunciándole ser inevitable la guerra. De las ciudades de Mesopotamia que guarnecian los Romanos pudiron escapar algunos contra toda esperanza, y trajeron nuevas propias para inspirar cuidado, habiendo sido testigos oculares del gran número de los enemigos, y de los combates que habian sostenido en las ciudades; y como suele suceder, todo lo pintaban del modo más terrible: que eran hombres de quienes si perseguian, no habia cómo librarse, y si huian, no habia cómo alcanzarlos; que sus saetas eran voladoras y más prontas que la vista, y el que las lanzaba ántes de ser observado habia penetrado por do quiera; y finalmente que de las armas de los coraceros, las ofensivas estaban fabricadas de manera que todo lo pasaban, y las defensivas á todo resistian sin abollarse. Los soldados al oir esta relacion cayeron de ánimo: pues cuando creian que los Partos serian como los Armenios y Capadocios, á los que Lúculo llevó como quiso hásta cansarse, y que lo más difícil de aquella guerra sería lo mucho que habria que andar en persecucion de unos hombres que nunca venian á las manos, se encontraban, contra lo que se habian prometido, con que los esperaban grandes combates y peligros: así es que áun algunos de los primeros del ejército creyeron que Craso debia contenerse, y deliberar de nuevo sobre el partido que convendria tomar, de cuyo número era el cuestor Casio. Anunciábanle tambien reservadamente los agoreros que las víctimas le daban siempre funestas y re-

pugnantes señales; mas ni á éstos quiso dar oidos, ni á ninguno que no le hablase de ir adelante.

Vino en esto á confirmarle maravillosamente en su propósito Artabaces, rey de Armenia, porque pasó á su campo con seis mil soldados de á caballo, que dijo constituian su guardia y su defensa, prometiendo otros diez mil armados de corazas, y treinta mil infantes que mantendria á su costa. Aconsejaba á Craso que se dirigiera por Armenia á la Partia, pues no sólo tendria su ejército abundantemente provisto por su cuidado, sino que caminaria con toda seguridad, haciendo la marcha por montes y collados continuos, y por sitios ásperos, inaccesibles á la caballería, que era toda la fuerza de los Partos. Apreció mucho su buena voluntad y sus cuantiosos socorros; mas díjole que le era preciso marchar por la Mesopotamia, donde habia dejado muchos y buenos soldados romanos; y el Armenio á esto cedió, y se retiró. Cuando Craso conducia su ejército cerca de Zeugma se desgajaron frecuentes y terribles truenos, y se fulminaron muchos rayos enfrente del ejército; y un huracan violento con nubes y torbellino, hiriendo en el ponton que preparaba, derribó y destrozó la mayor parte. Fué tambien dos veces tocado del rayo el lugar adonde iba á establecer su campamento. El caballo de uno de los jefes, vistosamente enjaezado, derribó al jinete, y arrojándose al rio, se sumergió y desapareció. Dícese que levantada para marchar la primera águila, por sí misma se volvió lo de adelante atras. Quiso tambien la casualidad que al repartir á los soldados sus raciones despues de haber pasado el rio, lo primero que se les dió fueron lentejas y sal, cosas que son entre los Romanos de luto, y se ponen á los muertos. Habló Craso á las tropas, y en el discurso se dejó caer una expresion que en gran manera disgustó al ejército: porque dijo que romperia el puente para que ninguno pudiese volver; y cuando convenia, luego que conoció el mal efecto que habia producido, re-

cogerla y alentar á los tímidos, se desdeñó de hacerlo por orgullo. Finalmente, haciendo la acostumbrada expiacion del ejército, y presentándole el agorero las entrañas de la víctima, se le cayeron de las manos, con lo que se mostraron inquietos los que se hallaban presentes; mas él sonriéndose, «estas son cosas de la vejez, les dijo; pero á bien que las armas no se me caerán de la mano.»

Movió de allí por la orilla del rio, llevando siete legiones de infantería, cerca de cuatro mil caballos, é igual número de tropas ligeras. En esto vinieron á darle parte algunos de los exploradores de que el país estaba desierto de hombres; pero se advertian huellas de gran número de caballos, que mudando de direccion, se habian vuelto atras; con lo que se encendieron más las esperanzas en Craso, y los soldados empezaron tambien á mirar con desprecio á los Partos, como que no eran hombres para venir con ellos á las manos; pero Casio volvió, sin embargo, á representar á Craso que sería bueno recoger las tropas y darles descanso en una ciudad fortificada hasta tener noticias más ciertas de los enemigos; ó cuando no, marchar á Seleucia, constantemente por la márgen del rio, pues con esto los trasportes, que no se apartarian nunca de la vista del campamento, los surtirian abundantemente de provisiones; y, sirviéndoles el rio mismo de defensa para no ser cortados, podrian pelear siempre con igual ventaja contra los enemigos.

Cuando Craso estaba reflexionando y consultando acerca de estas cosas, sobrevino un príncipe árabe llamado Acharo, hombre doloso y astuto, y que entónces fué para ellos el mayor y más consumado mal de cuantos para su perdicion amontonó la fortuna. Acordábanse algunos de los que habian servido con Pompeyo de que habia disfrutado de su favor y tenía concepto de ser amante de los Romanos. Arrimóse entónces á Craso por dictámen de los generales del Rey, para que viera si acompañándolo podria llevarlo léjos

del rio y de los barrancos, introduciéndolo en una vasta llanura, donde pudiera ser envuelto; porque á todo se determinaban, menos á combatir de frente con los Romanos. Venido, pues, Acbaro á la presencia de Craso, como elocuente que tambien era, empezó á celebrar á Pompeyo que habia sido su bienhechor; y dando á Craso el parabien de mandar tales fuerzas, culpó su detencion en examinar y tomar disposiciones, como si le faltaran armas y manos y no tuviera más bien necesidad de piés ligeros contra unos hombres que lo que buscaban tiempo habia era robar lo más precioso que pudieran en riquezas y en personas, y retirarse á la Escitia ó la Hircania; «y si vuestro ánimo, decia, es pelear, lo que conviene es usar de celeridad y prontitud, ántes que el Rey cobre aliento, y reuna en un punto todas sus fuerzas; cuando ahora no tenemos contra nosotros más que á Surena y Silaces, que han tomado á su cargo el resistirnos; y aquél no se sabe dónde pára.» Todo esto era falso, porque Hirodes habia hecho desde luégo dos divisiones de sus tropas; y talando él la Armenia, para vengarse de Artabaces, habia opuesto á Surena contra los Romanos; no por desprecio, como han querido decir algunos, pues no podia desdeñarse de tener por antagonista á Craso, varon muy principal entre los Romanos, é irse á pelear con Artabaces, haciendo correrías por el país de los Armenios; sino que lo que se conjetura es que temeroso del peligro se propuso estar en celada y esperar el éxito, y que Surena se adelantara á tentar la batalla y detener á los enemigos. Porque tampoco Surena era un hombre plebeyo, sino en riqueza, en linaje y en opinion el segundo despues del Rey; en valor y en pericia el primero entre los Partos de su edad; y además en la talla y belleza de cuerpo no habia nadie que le igualara. Marchaba siempre solo, llevando su equipaje en mil camellos, y en doscientos carros conducia sus concubinas, acompañándole mil soldados de á caballo armados, y de los no armados mucho mayor número, como que

entre dependieutes y esclavos suyos podria reunir hasta unos diez mil. Tocábale por derecho de familia ser quien pusiese la diadema al que era nombrado rey de los Partos; y él mismo habia vuelto á colocar en el trono á Hirodes, arrojado de él, y le habia reconquistado á Seleucia, siendo el primero que escaló el muro, y quien rechazó con su propia mano á los que se le opusieron. No tenía entónces todavía treinta años, y con todo gozaba de una grande opinion de juicio y de prudencia: dotes que no fueron las que contribuyeron ménos á la ruina de Craso, más expuesto á engaños que otro alguno; primero, por su confianza y orgullo; y despues, por el terror y por los mismos infortunios que sobre él cargaron.

Luego que Acbaro le hubo seducido, apartándole de rio, le llevó por medio de la llanura, al principio por un camino abierto y cómodo, pero molesto despues á causa de los montones de arena, y por ser el terreno escueto, falto de agua, y tal que no ofrecia término ninguno donde los sentidos reposasen; de manera que no sólo se fatigaban con la sed y la dificultad de la marcha, sino que lo desconsolado de aquel aspecto causaba afliccion á unos hombres que no veian ni una planta, ni un arroyuelo, ni la la falda de un monte, ni hierba que empazase á brotar; sino una vasta planicie, que á manera de la del mar envolvia al ejército entre arena, con lo que ya empezaron á sospechar del engaño. Presentáronse á este tiempo mensajeros de Artavasdes, rey de Armenia, avisando que se veia oprimido de una violenta guerra, por hacer caido sobre él Hirodes, lo que le imposibilitaba de enviarles auxilios; pero aconsejaba á Craso que retrocediera, pues trasladándose á la Armenia combatirian juntos contra Hirodes; mas que cuando á esto no se determinase, caminara con cuidado y procurara acamparse retirándose de todo terreno á propósito para obrar la caballería, y buscando siempre las montañas. Craso nada le contestó por escrito;

pero de palabra respondió que por entónces no estaba para pensar en los Armenios, pero que luego volveria á tomar venganza de la traicion de Artavasdes. Casio, aunque de nuevo se incomodaba con estas cosas, nada proponia ó advertia ya á Creso por verle irritado; pero fuera de su vista llenaba de improperios á Acbaro, á quien decia: «¿Qué mal Genio, no el más malvado de todos los hombres, es el que te ha traido entre nosotros? ¿con qué hierbas ó con qué hechizos pudiste mover á Craso á que arrojara el ejército en una soledad vasta y profunda, haciéndole andar un camino más propio de un nómade, capitan de bandoleros, que de un emperador romano?» El bárbaro, que sabía plegarse á todo, con éste usaba de blandura, animándole y exhortándole á que tuviera todavía un poco de paciencia; pero á los soldados con quienes se juntaba como para darles algun alivio, los insultaba, diciéndoles con risa y escarnio: «¿Pues qué, creeis que esto es caminar por la Campania, y echais ménos sus fuentes, sus arroyos, sus deliciosos sombríos, sus baños y sus posadas? ¿No os acordais de que nuestra marcha es por los linderos de los Arabes y los Asirios?» De esta manera se burlaba de los Romanos aquel bárbaro; el cual, ántes que más á las claras se conociera el engaño, se ausentó, no sin noticia de Craso, á quien todavía hizo creer que iba á introducir la confusion y el desórden en el ejército enemigo.

Dícese que Craso no se vistió de púrpura aquel dia, como es costumbre entre los Romanos, sino de una ropa negra, la que mudó luego que se lo advirtieron. Corre asimismo que algunas de las insignias no pudieron ser movidas sino con gran dificultad por los que las llevaban, como si estuvieran clavadas, de lo que se rió Craso y avivó la marcha, haciendo que los infantes siguieran el paso de la caballería, hasta que vinieron algunos de los enviados en descubierta anunciando que todos los demas habrian perecido á manos de los enemigos, y ellos solos habian podido

huir, no sin gran trabajo; y que aquellos en gran número y con el más decidido arrojo venian en disposicion de dar batalla. Turbáronse todos; y Craso, que tambien se sobrecogió enteramente, á toda priesa y sin detenerse, puso en órden el ejército: primero como lo deseaba Casio, que era formando muy clara la infantería para evitar, extendiéndola lo posible por el llano, el ser envueltos, y distribuyendo la caballería en ambos flancos; pero despues mudó de propósito, y apiñando las tropas, formó un cuadro de igual fondo por todas partes, componiéndose cada lado de doce cohortes, y á cada cohorte le agregó una partida proporcional de caballería, para que no hubiera parte que careciese de este auxilio, sino que por todos lados se presentara igualmente defendido. De las alas dió una á mandar á Casio, y la otra á Craso el jóven, reservando para sí el centro. Caminando en este órden llegaron á un arroyo llamado Baliso, no muy caudaloso y abundante; cuya vista causó el mayor placer á los soldados, fatigados y abrasados de calor en una marcha tan trabajosa y tan falta de refrigerio. Los más de los jefes eran de opinion que debian allí hacer alto y pasar la noche, informándose en tanto del número, calidad y órden de los enemigos, y al dia siguiente al amanecer, marchar contra ellos; mas Craso, envalentonado con que su hijo y los de caballería que tenía cerca de sí, le inclinaban á seguir adelante y trabar combate, dió órden de que los que quisiesen comieran y bebieran manteniéndose en formacion. Y áun antes que esto pudiera tener cumplidamente efecto, volvió á ponerse en marcha, no poco á poco ni con la pausa que conviene cuando se va á dar batalla, sino con un paso seguido y acelerado, hasta que impensadamente se descubrieron los enemigos á la vista no en gran número ni en disposicion de inspirar terror; y es que Surena habia cubierto la muchedumbre de ellos con la vanguardia, y habia ocultado el resplandor de las armas, haciendo que los soldados se

pusieran sobreropas y zamarras; mas luego que estuvieron cerca, y el general dió la señal, al punto se llenó aquel vasto campo de un gran ruido y de una espantosa vocería. Porque los Partos no se incitan á la pelea con trompas ó clarines, sino que sobre unos bastones huecos de pieles ponen piezas sonoras de bronce con las que mueven ruido; y el que causan tiene no sé qué de ronco y terrible, como si fuera una mezcla del rugido de las fieras y del estampido del trueno: sabiendo bien que de todos los sentidos el oido es el que influye más en el terror del ánimo, y que sus sensaciones son las que más pronto conmueven y perturban la razon.

Cuando los Romanos estaban aterrados con aquella algazara, quitando repentinamente las sobreropas que cubrian las armas, aparecieron brillantes los enemigos con yelmos y corazas de hierro margiano de un extraordinario resplandor, y guarnecidos los caballos armados con jaeces de bronce y de acero. Apareció asimismo Surena alto y hermoso sobre todos, aunque no corespondia lo femenil de su belleza á la opinion que tenía de valor, por usar á estilo de los Medos de afeites para el rostro, y llevar arreglado el cabello; cuando los demas Partos para hacerse más terribles dejan que este crezca á lo Escita desordenadamente. Su primera intencion era acometer con las lanzas, y poner en desórden las primeras filas; pero cuando vieron el fondo de la formacion y la firmeza é inmovilidad de los soldados romanos retrocedieron; y pareciendo que aquello era desbandarse y perder el órden, no se echó de ver que de lo que trataban era de envolver el cuadro. Así, Craso mandó á las tropas ligeras que corriesen en pos de ellos; pero éstas no fué mucho lo que se retiraron, sino que acosadas y molestadas de las saetas, volvieron á ponerse bajo la proteccion de la infantería de línea; siendo las primeras que causaron alguna conmocion y miedo en los que ya habian visto el temple y fuerza de

unas saetas que destrozaban las armas y que pasaban todas las defensas, por más resistencia que tuviesen. Los Partos, separándose algun tanto, empezaron á tirarles por todas partes sin cuidadosa puntería, porque la union y apiñamiento de los Romanos no les dejaban errar, áun cuando quisiesen, causando heridas graves y profundas; como que aquellos tiros partian de arcos grandes y fuertes, que por lo vuelto de su curvatura despedian la saeta con la mayor fuerza. Era por tanto terrible la suerte de los Romanos, pues si permanecian en aquella formacion, recibian crueles heridas, y si intentaban moverse unidos, perdian el poder hacer lo que hacian en su defensa, y padecian lo mismo: por cuanto los Partos se retiraban delante de ellos, tirando siempre; lo que despues de los Escitas ejecutan con suma destreza. Y en esto obran con la mayor sabiduría, pues que con defender su vida huyendo, quitan á la fuga lo que tiene de vergonzosa.

Miéntras esperaron que agotadas las saetas desistirian de aquel modo de pelear, ó vendrian á las manos, tuvieron constancia; pero cuando supieron que habia infinidad de camellos cargados de ellas, á los que corrian los que estaban más cerca, y las tomaban para repartir, entónces Craso, no viendo el término de aquel triste estado, llegó á acobardarse; y enviando ayudantes á su hijo, le dió órden de que viera cómo precisar á los enemigos á entrar en combate ántes de ser envuelto; porque una de las partidas enemigas principalmente cargaba sobre éste, y le andaba alrededor, como para ponérsele á la espalda. Tomando, pues, aquel jóven mil y trescientos caballos, de los cuales mil eran los de César, quinientos arqueros y ocho cohortes de infantería de las que tenía más á la mano, acometió impetuosamente con estas fuerzas. Los Partos que más se habian adelantado, ó porque los hubiesen alcanzado estas tropas como dicen algunos, ó porque quisiesen llevar con maña al jóven Craso léjos del padre, volvieron grupa, y

dieron á huir. Entónces alzando aquél el grito exclamó: «los enemigos huyen;» y aceleró el paso y con él Censorino y Megabaco (1), sobresaliente éste en grandeza de ánimo y en fuerzas corporales, y adornado aquél con la dignidad senatoria y con el dote de la elocuencia, amigos ambos de Craso y de su misma edad. Como hubiesen, pues, movido en la forma dicha los de á caballo, resplandeció tambien en la infantería la decision y gozo de la esperanza; porque creian haber vencido, y que iban en persecucion de los enemigos; hasta que á pocos pasos salieron de su engaño, por haber dado la vuelta los que pareció ántes que huian, y con ellos mucho mayor número que se les habia reunido. Entónces se pararon creyendo que los enemigos les acometerian, al ver que eran tan pocos; pero éstos lo que hicieron fué formar al frente de los Romanos á los coraceros; y corriendo con la demas caballería alrededor de ellos moviendo grande alboroto, revolvieron los montones de arena, y levantaron una densa polvareda, de manera que los Romanos no podian verse ni articular palabra; y encerrados en estrecho recinto, apiñados unos sobre otros, recibian crudas heridas y una muerte no suave y pronta, sino entre convulsiones y acerbos dolores, revolcándose con las saetas y encrudeciendo las heridas, ó despedazándose y destruyéndose á sí mismos, si querian sacar las puntas con anzuelo, que habian dilacerado las venas y los nervios. Recibiendo muchos de esta manera la muerte, áun los que quedaban con vida estaban sin accion para nada: así es que animándolos Publio para que acometiesen á los coraceros, le mostraron las manos pegadas á los escudos y los piés clavados en tierra, en términos que estaban del todo imposibilitados, tanto para huir como para defenderse. Entónces, dirigiéndose á los

(1) Aquí conocidamente hay yerro, porque este nombre no es romano; pero se ignora cuál fuese el de este jóven.

de caballería, acometió con vigor y trabó pelea con los enemigos; mas ésta era desigual en el herir y en el protegerse, hiriendo con azconas cortas y débiles en corazas de piel y de hierro; y siendo heridos con lanzas robustas los cuerpos ligeros y desnudos de los Galos. Porque en éstos confiaba principalmente, y con ellos obró maravillas; pues agarraban con las manos los astiles de las lanzas y trabando de los jinetes, los arrojaban de los caballos, dejándolos, por lo pesado de la armadura, sin poder moverse. Muchos saltando de sus caballos se metian debajo de los caballos enemigos, y los atravesaban por los ijares: tiraban éstos botes en fuerza del dolor, y pisoteando á un tiempo á los jinetes y á sus contrarios, unos y otros morian juntos cubiertos de tierra y de basura. Lo que principalmente quebrantó á los Galos fué el calor y la sed, á que no estaban acostumbrados; y además habian perdido la mayor parte de los caballos, á causa de que ellos mismos se metian por las lanzas enemigas. Viéronse, por tanto, en la precision de haber de acogerse á la infantería, teniendo ya á Publio por sus muchas heridas en el más deplorable estado; y como advirtiesen cerca un alto monton de arena, corrieron á él, colocaron en medio los caballos, y cubriéndose con los escudos como en una trinchera, creyeron que podrian así defenderse mejor de los bárbaros; mas sucedióles lo contrario. Porque en el terreno llano, los primeros protegen á los que están á la espalda; pero allí por la desigualdad del sitio los unos estaban más altos que los otros, y quedando todos al descubierto, no podian evitar los tiros, sino que á todos se dirigian del mismo modo, lamentándose de una muerte sin gloria y sin desquite alguno. Hallábanse con Publio dos Griegos establecidos en aquel país en la ciudad de Carras, llamados Geronico y Nicomaco; persuadíanle que se retirara con ellos y huyera á Iena, ciudad que seguia el partido de los Romanos y estaba de allí á corta distancia; mas respondiéndoles que nin-

guna muerte por más cruel que fuese podría hacer que Publio abandonara á los que morian por él, les rogó que se salvaran, y alargándoles la diestra, los despidió. Entónces, no pudiendo valerse de su propia mano, porque la tenía atravesada con una flecha, mandó á su escudero que lo pasara con la espada, presentándole el costado. Dícese que Censorino murió de la misma manera; pero Megabaco se dió á sí mismo la muerte, y otro tanto ejecutaron los más principales y esforzados. A los demas que quedaron, subiendo los Partos al terreno, los pasaron en pelea con las lanzas, no habiendo tomado vivos, segun se dice, arriba de quinientos. Cortáronle á Publio la cabeza y marcharon al punto en busca de Craso.

El estado de éste era el siguiente. Luego que dió al hijo la órden de acometer á los Partos, como alguno le anunciase que éstos iban en derrota y que se les perseguia con teson, y viese que los que contra sí tenía no obraban como ántes, porque la mayor parte habia marchado con los que huyeron, se alentó algun tanto, y reuniendo sus tropas, las situó en puestos ventajosos, esperando allí que el hijo volviese de seguir el alcance. Publio luego que se vió en peligro envió quien avisase al padre; pero los primeros mensajeros perecieron. De los últimos algunos que con dificultad escaparon, le trajeron la nueva de que Publio era perdido si no se le daba pronto y grande socorro. Combatieron á un tiempo muchos afectos el corazon de Craso: así, ya no obró en él la razon, é impelido ora del miedo, ora del deseo del hijo para darle el socorro que pedia, se resolvió por fin á mover el ejército. En esto aparecieron los enemigos mucho más terribles en su gritería y en sus cantos, aturdiendo otra vez con el ruido de sus tímpanos á los Romanos, que esperaron con esto el principio de otra batalla. Los que traian la cabeza de Publio clavada en la punta de una pica, acercándose más que los otros, la mostraban preguntando con escarnio por sus padres y su

linaje, pues no parecia posible que Craso, hombre el más cobarde y el más perverso, fuera padre de un jóven tan valiente y de tan acendrada virtud. Este espectáculo fué el que más, de cuantos males habian pasado, quebrantó y desconcertó los ánimos de los Romanos, concibiendo todos, no ira y deseo de venganza, que era lo que el caso pedia, sino un indecible terror y espanto. Dícese que entónces Craso, en medio de tan vehemente dolor, se mostró muy superior á sí mismo; porque corriendo las filas habló de este modo á los soldados: «Este luto, oh Romanos, es pri»vadamente mio; pero la eminente fortuna y gloria de »Roma intacta é ilesa permanece en vosotros, á quienes »veo salvos. Si alguna compasion teneis de mí por la pér»dida de mi virtuoso hijo, manifestadla en vuestro enojo »contra los enemigos. Arrebatadles de las manos ese gozo; »vengaos de su crueldad. No os abata lo sucedido: porque »no puede ser que dejen de tener que sufrir y padecer los »que acometen grandes empresas. Ni Lúculo derrotó sin »sangre á Tigranes, ni Escipion á Antioco. Nuestros ante»pasados perdieron en Sicilia mil naves, y en la Italia mu»chos emperadores y pretores; pero no impidieron las der»rotas de éstos que al cabo triunfasen de los vencedores: »pues que la brillante prosperidad de Roma no ha llegado »á tanta altura por su buena suerte, sino por la constancia »y virtud de los que no rehusaron los peligros.»

Este fué el lenguaje que les tuvo Craso, y de este modo procuró alentarlos; pero vió que pocos le escuchaban con buen semblante; y habiéndoles mandado dar el grito de guerra, se desengañó aún más acerca de su abatimiento: porque aquél fué débil, apocado y desigual; cuando el de los bárbaros fué claro y esforzado. Venidos á la contienda, la caballería de éstos, haciendo un movimiento oblicuo, comenzó á lanzar saetas; y los coraceros, usando de las lanzas, redujeron á los Romanos á un recinto estrecho, á excepcion de aquellos que por huir de la muerte que los

tiros causaban, prefirieron arrojarse desesperadamente sobre éstos, haciendo, á la verdad, poco daño, pero encontrando una muerte pronta por medio de heridas grandes y profundas, dadas por hombres que con el empuje de sus robustos astiles, pasaban con el hierro á los que se les ponian delante, y áun muchas veces atravesaban á dos de un golpe. Peleando de esta manera sobrevino la noche, y se retiraron, diciendo que de gracia concedian á Craso una noche para llorar á su hijo; á no que lo pensara mejor, y por sí mismo se fuera á presentar á Arsaces, en lugar de ser llevado. Pusieron allí cerca su campo, alentados de grandes esperanzas; pero para los Romanos la noche fué terrible, no haciendo cuenta de dar sepultura á los muertos, ni de prestar auxilios á los heridos y moribundos; sino que cada uno se lamentaba por sí mismo, teniéndose por perdidos, bien esperaran allí el dia, ó bien se lanzaran por la noche en aquel vasto desierto. Eranles gran motivo de irresolucion los heridos; pues si determinaban llevarlos, serian un estorbo para la prontitud de la marcha, y si los dejaban, con sus gritos darian indicio de la partida; y aunque conocian que Craso era la causa de todo, sin embargo deseaban verle y oir su voz. Mas él se habia retirado solo, y yacia en las tinieblas, cubierta la cabeza con su ropa: ejemplo para los más de las mudanzas de fortuna; pero para los hombres prudentes de temeridad y ambicion, por las que no estaba contento con no ser el primero y el mayor entre tantos millones de hombres, sino que le parecia que todo le faltaba, porque tenía el último lugar respecto de dos solos. Entónces el legado Octavio y Casio trataron de consolarle y darle aliento; pero cuando vieron que del todo estaba desanimado, reunieron á los tribunos y centuriones, y habiendo convenido en que no debian quedar allí, movieron el ejército sin toque de trompetas, y con mucho silencio al principio; pero cuando los imposibilitados de seguir percibieron que se les abandonaba,

fué terrible el desórden y la confusion que entre sollozos y lamentos se apoderó del campo. Despues, cuando ya estaban en marcha, los sobrevino nueva turbacion y terror, creyendo que se acercaban los enemigos: muchas veces retrocedian; otras muchas tomaban el órden de formacion; y de los heridos que los seguian, ya poniendo en los bagajes á unos y ya bajando á otros, fué larga la detencion que tuvieron, á excepcion de trescientos de caballería mandados por Gnacio, que arribaron á Carras como á la media noche. Habló éste á los centinelas en lengua romana; y como le hubiesen entendido, les encargó dijeran á su comandante Coponio que Craso habia tenido una grande batalla con los Partos; y sin decir más, ni descubrir quién era, se apresuró á llegar al puente, y salvó aquella tropa; mas fué muy vituperado por haber abandonado á su general. Con todo, aprovechó á Craso aquella ligera expresion suya referida á Coponio; porque conjeturando éste que lo breve y cortado del anuncio no era de quien traia buenas nuevas, mandó inmediatamente á los soldados tomar las armas; y luego que se informó de que Craso estaba en camino, salió á recibirle, y acompañó á su ejército hasta la ciudad.

Los Partos, aunque por la noche sintieron su partida, no los persiguieron; pero á la mañana, pasando al campamento, acabaron con los que en él habian quedado, que no bajarian de cuatro mil; y á muchos que se habian perdido por aquellas llanuras, les dieron alcance partidas de caballería. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo habia separado del cuerpo del ejército, y que habian errado el camino, las sorprendieron en un collado, y sin embargo de que se defendieron con valor, no pudieron evitar el ser pasadas á cuchillo, á excepcion solamente de veinte hombres: pues maravillados de que éstos con sus espadas trataran de abrirse camino entre ellos, se abstuvieron de herirlos, y les permitieron que sin ofensa se retiraran á Car-

ras. Dióse á Surena un aviso falso, diciéndosele que Craso habia huido con los principales, y que la muchedumbre que se habia refugiado á Carras era una mezcla de hombres de quienes no se debia hacer ninguna cuenta. Creyó, pues, haber perdido el blanco principal de su victoria; mas dudoso todavía, y deseando informarse de lo cierto para sitiar á Craso si allí estaba, ó perseguirle en otro caso sin detenerse con los de Carras, envió á esta ciudad uno de los que estaban con él que sabía ambos idiomas, dándole órden de que en lengua romana llamara al mismo Craso ó á Casio, manifestando que Surena venía á tratar con ellos. Díjolo éste como se le habia mandado, y luégo que se dió parte á Craso, aceptó la convocacion. Al cabo de poco vinieron asimismo de parte de los bábaros unos Arabes, que conocian de vista á Craso y á Casio, por haber estado con ellos en el campamento ántes de la batalla; y éstos viendo á Casio sobre la muralla, le dijeron que Surena estaba dispuesto á tratar de paz, y les concedia ir salvos, con tal que admitieran la amistad del Rey y abandonaran la Mesopotamia; porque consideraba que esto era lo que á unos y á otros convenia más que llegar á los últimos extremos. Admitiendo la proposicion Casio, y diciéndoles que deseaba se determinara el lugar y tiempo en que Craso y Surena tendrian su entrevista, prometieron que así lo harian, y marcharon.

Contento Surena con tenerlos sujetos á un sitio, al dia siguiente condujo allá sus tropas, las que desmandándose en injurias contra los Romanos, llegaron á proponerles que si querian alcanzar capitulacion les habian de entregar atados á Craso y á Casio. Indignáronse de verse así engañados, y diciendo á Craso que era necesario dar de mano á las vanas y largas esperanzas de los Armenios, se decidieron por la fuga. Era muy importante que ninguno de los Carreños lo supiese ántes de tiempo; pero justamente lo supo Andromaco, hombre entre todos el más infiel y

desleal, á quien Craso confió este secreto, valiéndose de él para que los guiase. Así, nada ignoraron los Partos, porque Andromaco se lo refirió todo punto por punto. Mas como sus costumbres patrias se opusiesen á que pelearan de noche, ni esto además les fuese fácil, habiendo de partir Craso de noche, para que aquéllos no se atrasaran mucho en su persecucion, discurrió Andromaco la traza de tomar ahora un camino y luégo otro, hasta que por último los condujo á un terreno pantanoso y cortado con frecuentes acequias, que hacian la marcha penosa y tarda para los que áun se dejaban guiar de él: pues hubo algunos que conociendo que Andromaco no podia hacerles dar aquellos rodeos y vueltas con buen fin, no quisieron seguirle; sino que Casio se volvió otra vez á Carras, y diciéndole sus guias, que eran unos Arabes, ser conveniente esperar á que la luna pasara del Escorpion: «pues yo, les respondió, más temo al Sagitario;» y se encaminó á la Siria con unos quinientos caballos. Otros, que tambien tuvieron fieles conductores, arribaron á las montañas llamadas Sinacas, y se pusieron en seguridad ántes del dia. Eran éstos cerca de cinco mil, y estaba al frente de ellos Octavio, varon de singular probidad. A Craso le cogió el dia engañado todavía de Andromaco y detenido entre acequias y pantanos. Tenía consigo cuatro cohortes de legionarios, muy pocos caballos y cinco lictores; con los cuales salió al fin con mil trabajos al buen camino cuando ya tenía encima á los enemigos. Faltábanle sólo doce estadios para unirse con las tropas de Octavio; pero tuvo que refugiarse á otro montecillo no tan inaccesible á la caballería ni tan seguro, aunque enlazado con las mismas montañas Sinacas, de las que sólo le dividia una serie de collados, que desde la llanura se extendian hasta aquellas: así las tropas de Octavio podian muy bien observar el peligro en que se hallaba. Octavio fué el primero que bajó con unos pocos á darle auxilio: despues partieron los

demas avergonzados de su detencion; y cargando á los enemigos, los rechazaron del montecillo. Cogieron luégo en medio á Craso, y protegiéndole con sus escudos, dijeron con firmeza y resolucion que no tendrian los Partos saeta ninguna que penetrase hasta su emperador, sin que primero murieran todos peleando por defenderle.

Viendo, pues, Surena que los Partos se batian ya con ménos ardor, y que si venia la noche y los Romanos se metian más en los montes le seria imposible darles alcance, armó á Craso otro engaño. Dejó ir libres á algunos cautivos, ante quienes hizo de intento que unos bárbaros se dijeran á otros en el campamento que el Rey no queria que la guerra con los Romanos fuese perpétua; y daria pruebas de estar pronto á restablecer la amistad con el obsequio de tratar humanamente á Craso. Abstuviéronse por tanto los Partos de combatir, y marchando sosegadamente Surena hácia el collado con los principales de su ejército, quitó la cuerda al arco y alargó la diestra, llamando á Craso á conferenciar con él, y diciendo en alta voz que el Rey habia hecho muestra muy contra su voluntad de su valor y su poder; pero que deseando manifestarles tambien su dulzura y benevolencia, les dejaria ir libres y salvos por medio de un tratado. Al decir esto Surena, los demas le escucharon muy placenteros, y se mostraban sumamente contentos; pero Craso, que no habia habido nada en que no hubiese sido engañado, y que extrañaba mucho tan repentina mudanza, no se prestó á esta invitacion, sino que se paró á reflexionar. Mas como los soldados empezasen á gritar y á decirle que fuese, y despues pasasen á insultarle y echarle en cara que á ellos los ponia á pelear con unos hombres con quienes ni áun desarmados queria tener una conferencia, tentó primero el medio del ruego, diciéndoles que aguantaran lo que restaba del dia, y por la noche podrian libremente marchar por aquellas montañas y aquellas asperezas, mostrándoles el camino y exhortán-

dolos á que no perdieran la esperanza de una salud que tenian tan cerca; pero viendo que todavía se le oponian, y que blandiendo las armas le amenazaban, por miedo hubo de partir, sin decir más que estas palabras: «Vosotros, Octavio, Petronio y todos los caudillos romanos que estais presentes, sois testigos de la necesidad de esta partida, y sabeis por qué cosas tan violentas y afrentosas se me hace pasar; mas con todo, si llegais á salvaros, decid ante todos los hombres que Craso pereció engañado de los enemigos, no entregado á la muerte por sus ciudadanos.»

No pudo contenerse Octavio, sino que bajó del collado con Craso; quien despidió á los lictores que tambien le seguian. De los bárbaros, los primeros que salieron á recibirle fueron dos Griegos mestizos, que le hicieron acatamiento, apeándose de los caballos; y saludándole en lengua griega, le propusieron que enviara personas que vieran cómo Surena y los que traia consigo venian sin armas de ninguna especie; mas Craso les respondió que si tuviera en algo la vida, no habria venido á ponerse en sus manos. Con todo, envió á dos hermanos llamados Roscios, á informarse de cuántos eran los que venian y con qué objeto. Surena al punto les echó mano y los detuvo, siguiendo á caballo con los principales de los suyos; y «¿cómo es esto, gritó, un emperador de los Romanos viene á pié y nosotros montados?» mandando que sin dilacion le trajesen un caballo. Contestándole Craso que ni uno ni otro faltaban, concurriendo cada uno segun la costumbre de su patria, dijo entónces Surena que ya estaba hecho el tratado y la paz entre el rey Hirodes y los Romanos, pero que habian de escribirse las condiciones, llegando para ello hasta el rio; «porque vosotros los Romanos, dijo, no soleis acordaros de los convenios;» y le alargó la mano. Mandó entónces Craso que le trajeran un caballo, á lo que repuso: «No es menester, porque el rey te da este;» y al mismo tiempo le presentaron un caballo con jaez de oro, en el que co-

giéndole en volandas, le pusieron los palafraneros, y empezaron á dar latigazos al caballo para hacerle marchar precipitadamente. Octavio fué el primero que asió del freno, y despues de él Petronio, uno de los tribunos, cercándole en seguida los demas y procurando todos contener el caballo, y retirar á los que por uno y otro lado querian á fuerza llevarse á Craso. Suscitándose con esto confusion y alboroto, vínose al fin á los golpes, y desenvainando Octavio su espada, atravesó á uno de aquellos palafreneros; haciendo otro tanto con Octavio uno de ellos que se hallaba á su espalda. Petronio no se encontró con armas; y habiendo recibido un golpe que no pasó de la coraza, saltó ileso del caballo. A Craso le quitó la vida un Parto llamado Pomaxitres; aunque algunos dicen haber sido otro el que le mató, y que este fué el que despues de caido le cortó la cabeza y la mano derecha; cosas que pueden muy bien conjeturarse, pero no saberse de cierto, porque de los que se hallaron presentes y pelearon en defensa de Craso, los unos murieron allí, y los otros á toda priesa se retiraron al collado. Pasaron allá los Partos, y diciendo que Craso ya habia sufrido su castigo, pero respecto de los demas manifestaba Surena que podian bajar con seguridad, unos bajaron efectivamente y se entregaron, y otros se dispersaron por la noche; de los cuales fueron muy pocos los que se salvaron, y á los restantes salieron á cazarlos los Arabes, y alcanzándolos, les dieron muerte. De todas aquellas tropas, veinte mil hombres se dice que murieron, y que diez mil fueron tomados cautivos.

Surena envió al rey Hirodes, que se hallaba en la Armenia, la cabeza y la mano de Craso; y haciendo correr en Seleucia la voz por medio de mensajeros de que conducia vivo á Craso, dispuso una pompa ridícula, á la que dió el nombre de triunfo. Porque al más parecido á Craso de los cautivos, que era Gayo Paciano, le hizo vestir como aquellos bárbaros, y habiendo ensayado el que respon-

diese cuando le llamaran Craso ó emperador, de este modo le llevaban á caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendian ceñidores, y entre las hachas se veian cabezas de Romanos recien cortadas. Seguian despues rameras Seleucienses entonando canciones insultantes y ridículas contra la cobardía y afeminacion de Craso, y de este espectáculo gozaron todos. Mas reuniendo el Senado de los Seleucienses, les presentó los libros obscenos de Arístides llamados Milesíacos; y esto ya no fué inventado, porque se encontraron realmente en el equipaje de Roscio, y dieron ocasion á Surena para motejar é infamar á los Romanos de que ni en la guerra podian estar sin entretenerse con tales objetos y tal leyenda. Mas el concepto que los Seleuciense formaron fué que Esopo habia sido un sabio; viendo que Surena presentaba por delante el cabo de alforja en que se contenian las disoluciones Milesiacas, cuando en pos de sí traia una Sibaris Partica en tanto número de concubinas como las que conducia en su carros; siendo su ejército al parecer como las víboras y las escitalas, porque las partes anteriores y que primero aparecian eran feroces y terribles, estando cercadas de lanzas, de arcos y de caballos; y luego la cola remataba en rameras, en crotalos, en cantos y en nocturnas disoluciones con infames mujercillas. No merecia ciertamente disculpa Roscio; pero no estaba bien á los Partos vituperar en los Romanos la pasion por los libros Milesiacos, cuando muchos de los Arsacidas que reinaban sobre ellos, habian sido descendientes de rameras de la Jonia y de Mileto.

Entretanto que esto pasaba, Hirodes habia ya hecho la paz con el rey de Armenia, Artavasdes, y habia convenido en tomar la hermana de éste para mujer de su hijo Pacoro. Con este motivo eran frecuentes los recíprocos banquetes y festines de uno á otro, y se entretenian con las representaciones teatrales de la Grecia; porque Hirodes no igno-

raba ni la lengua ni las letras griegas, y Artavasdes componia tragedias, y habia escrito oraciones é historias, de las cuales algunas todavía se conservan. Cuando la cabeza de Craso fué conducida á las puertas del palacio, no se habian levantado las mesas, y un representante de tragedias, llamado Jason, natural de Trallis, estaba cantando el pasaje de Agave de la tragedia de Eurípides *Las Bacantes*. En medio de los aplausos que se le daban, se presentó Silaces ante el Rey, y adorándole, arrojó en medio la cabeza de Craso. Grande fué con esto la algazara de los Partos, su alegría y su júbilo; y habiendo hecho los sirvientes tomar asiento á Silaces de órden del Rey, Jason dió las ropas y ornato de Penteo á uno de los del coro, y tomando él la cabeza de Craso en la mano, se puso á hacer el bacante, y recitó con entusiasmo y con canto aquellos versos:

Del monte á nuestro techo
Esta dichosa caza
Traemos ahora mismo
De flecha traspasada.

Esto fué de diversion para todos; pero cantándose en seguida los otros versos alternados con el coro:

¿Quién le tiró primero?
Mio, mio es el premio;

entónces levantándose Pomaxitres, que tambien asistia á la cena, echó mano á la cabeza, diciendo que aquello más le tocaba á él que al actor; lo que cayó muy en gracia al Rey; y habiéndole remunerado segun la costumbre patria, dió á Jason un talento. Este término se dice haber tenido la expedicion de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surena experimentaron al fin castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perju-

rio: porque á Surena de allí á poco le quitó la vida Hirodes envidioso de su gloria; y á éste, despues de haber perdido á Pacoro, muerto en una batalla en que fué vencido de los Romanos, en ocasion de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesía, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dió acónito; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquél el camino más corto, y entrando en su cuarto, le ahogó.

COMPARACION DE NICIAS Y DE CRASO.

Viniendo á la comparacion, la riqueza de Nicias puesta en paralelo con la de Craso tiene una adquisicion y un orígen ménos culpable: pues aunque nadie tenga por irreprensible la que procede del beneficio de las minas, que en gran parte se hace por medio de hombres criminales ó de bárbaros, de los cuales algunos están allí aprisionados, y otros fallecen en aquellos lugares perniciosos é insalubres; con todo, es más tolerable que la que se granjeó con las confiscaciones de Sila y con los destrozos del fuego: porque de estos dos medios se valió Craso, como pudiera haberse valido de cultivar el campo ó de ejercer el cambio. Por de contado, de los graves cargos que á éste se hacían, aunque él los negaba, de que por dinero defendia causas en el Senado, de que era injusto con los aliados, de que adulaba á mujercillas, y finalmente, de que era encubridor de gente mala, ninguno ni áun con falsedad se hizo jamás á Nicias. Burlábanse sí de él, porque malgastaba su dinero, dándolo por miedo á los calumniadores; pero en esto hacía una cosa que quizá no habria estado bien á Pericles y á Arístides, pero que en él era necesaria, por no tener carácter para sostenerse con firmeza; sobre lo que posteriormente habló á las claras al pueblo Licurgo el orador en causa que se le hizo sobre haber ganado con dinero

á uno de los calumniadores: pues se refiere haber usado de estas palabras: «Me alegro de que habiendo tenido por tanto tiempo parte en vuestro gobierno, se me acuse de haber dado, y no de que he recibido.» En sus gastos fué más ceñido Nicias, empleando su caudal en ofrendas, en dar espectáculos y en instruir coros; cuando todo lo que Nicias tuvo fué muy pequeña parte de lo que impendió Craso en dar un banquete á tantos millares de hombres, y en abastecerlos despues; mas esto no debe parecer extraño, cuando nadie ignora que el vicio es una anomalía y desarreglo en las costumbres: y así se ve que los que allegan por malos medios, suelen despues invertirlo en buenos usos. Y por lo que hace á la riqueza de ambos baste lo dicho.

En cuanto á gobierno, nada se advirtió en Nicias que no fuese sencillo, nada injusto, nada violento ó arrebatado, sino que más bien fué engañado por Alcibiades; y con el pueblo se condujo siempre con el mayor miramiento; cuando á Craso en sus continuos tránsitos del odio al amor se le acusa de falta de lealtad y hombría de bien; no negando él mismo que por la fuerza se abrió el camino al consulado, asalariando hombres que se atrevieran á poner las manos en Caton y en Domicio. En la distribucion de las provincias fueron heridos muchos de la plebe, y muertos cuatro; y él mismo, lo que se nos olvidó advertir en el discurso de la Vida, expelió de la plaza bañado en sangre al senador Lucio Analio, que se le opuso, dándole una puñada en el rostro. Mas así como en esta parte es Craso motejado de ser violento y tiránico, en igual grado es digna en Nicias de reprension su irresolucion y atamiento en el gobierno, y su condescendencia con los malos. Y Craso fué de grande y elevado ánimo, no en contraposicion con los Cleones ó los Hipérbolos, no á fe mia, sino con la gran nombradía de César y con los triunfos de Pompeyo; no cediendo, sin embargo, sino compitiendo con

uno y otro en poder, y áun excediendo á Pompeyo en la dignidad de la magistratura censoria; porque en las grandes cosas no se ha de atender á que hacen envidiosos, sino á la gloria que acarrean, anublando la envidia. Y si sobre todo te hallas bien con la seguridad y el reposo, y temes á Alcibiades en la tribuna, en Pilos á los Lacedemonios y en la Tracia á Perdicas, la ciudad deja un ancho campo á la vacacion de todo negocio, en medio del cual te puedes sentar, y tejer para tu frente la corona de la imperturbabilidad, como se explican algunos sofistas. Porque el amor de la paz es verdaderamente divino, y el hacer cesar la guerra el mayor servicio que podia hacerse á la Grecia: así en este punto no podria con Nicias competir dignamente Craso, aunque hubiera puesto al mar Caspio ó al Océano Indico por término de la dominacion romana.

El que mandaba en una ciudad que tenía ideas de virtud, y era el primero en poder, no debió dar lugar á los malos, ni poner la autoridad en manos no ejercitadas, ni confiar en quien no merecia confianza, que fué lo que Nicias ejecutó, colocando él mismo al frente del ejército á Cleon, que fuera de su gritería y desvergüenza en la tribuna, por lo demas en nada era tenido en la ciudad. No alabo en Craso el que en la guerra de Espartaco hubiese consultado más á la prontitud que á la seguridad para dar la batalla; sin embargo de que interesaba su ambicion en que no llegara Pompeyo y le arrebatara su gloria, como Mumio quitó á Metelo de las manos á Corinto; pero lo que hemos dicho de Nicias fué del todo extraño é indisculpable. Porque no cedió al enemigo una ambicion y un mando rodeados de esperanzas y de facilidad; sino que viendo el gran peligro de aquella expedicion, por ponerse á sí mismo en seguridad, miró con abandono los intereses de la república. No así Temístocles, que para que en la guerra Médica no mandase un hombre ruin y sin talentos y perdiese la ciudad, á costa de su dinero le hizo desistir de la em-

presa; ni Caton, que previendo que el tribunado de la plebe habia de dar mucho en que entender y acarrear peligros, por lo mismo, en servicio de la república, se presentó á pedirlo. Mas Nicias, conservando el generalato miéntras se trató de Minoa, de Citera y de los infelices Melios; cuando tuvo recelo de haber de contender con los Lacedemonios, desnudándose de la púrpura, y entregando á la impericia y temeridad de Cleon las naves, el ejército, las armas y un mando que requeria una consumada inteligencia, no fué de su gloria de lo que hizo entrega, sino de la seguridad y salud de la patria. Por lo mismo, cuando despues se le precisó á hacer guerra á los Siracusanos contra toda su voluntad y sus deseos, pareció que queria privar á la ciudad de la adquisicion de la Sicilia; no por reflexion de lo que convenia y debia hacerse, sino por desidia y flojedad suya. Lo que en él arguye mucha rectitud es el que nunca dejasen de nombrarle general como el más inteligente y más capaz, á pesar de la oposicion y resistencia que oponia; cuando Craso, que siempre se andaba presentando para aspirar al generalato, no tuvo la dicha de alcanzarle sino para la guerra servil; y eso por necesidad, á causa de estar ausentes Pompeyo, Metelo y los dos Lúculos: sin embargo de que aquella era la época de su mayor autoridad y poder: y es que, segun parece, áun sus más apasionados le reputaban, segun el cómico,

Hombre útil y apto para todo
Fuera del ejercicio de las armas:

cosa que no les estuvo bien á los Romanos, á quienes hicieron violencia su avaricia y su ambicion. Porque los Atenienses enviaron á la guerra contra su voluntad á Nicias; y Craso llevó forzados á los Romanos; viniendo por éste la república á grandes infortunios, y por la república aquél.

Mas acerca de estos sucesos, si bien Nicias merece alabanzas, no hay razon para reprender á Craso: porque aquél, haciendo uso de su experiencia, y acreditándose de general prudente, no se dejó seducir de las esperanzas de sus ciudadanos, sino que conoció la imposibilidad, y desconfió de que se tomara la Sicilia; y éste padeció equivocacion en tomar sobre sí, como una cosa fácil, la guerra Pártica; pero sus miras eran grandes; y habiendo César sujetado las naciones de Occidente, los Galos, los Germanos y la Bretaña, él concibió el proyecto de encaminarse al Oriente y al mar de la India y sojuzgar el Asia; en lo que ya habia puesto mano Pompeyo, y habia trabajado Lúculo, hombres para todos apreciables y de gran juicio, sin embargo de que habian intentado lo mismo que Craso, y se habian propuesto los mismos fines. Y sin embargo de que dado el mando á Pompeyo, el Senado lo repugnó; y de que habiendo César derrotado á trescientos mil Germanos, fué Caton de dictámen de que aquél fuera entregado á los vencidos para que recayera sobre él la ira del cielo por el quebrantamiento de la paz, el pueblo, no haciendo cuenta de Caton, ofreció sacrificios de victoria por quince dias seguidos, y se mostró muy contento. ¿Pues qué habria hecho, y por cuántos dias habria sacrificado, si Craso hubiera escrito desde Babilonia que era vencedor, y yendo de allí más adelante, hubiera puesto la Media, la Perside, la Hircania, á Susa y á Bactra en el número de las provincias romanas? Porque si, segun Eurípides, tienen que ser injustos los que no pueden estarse quietos ni saben gozar de lo presente, no ha de ser para arrasar á Escandia ó á Mendes, ni para cazar á los Eginetas, que como las aves abandonan su territorio y se refugian en otro país; sino que se ha de tener en mucho el ser injustos, y no con ligero motivo se ha de faltar á la justicia como si fuera una cosa pequeña y despreciable; y los que celebran la expedicion de Alejandro, y reprenden la de Craso, juzgan

desacertadamente, mirando sólo al éxito que tuvieron.

En las expediciones mismas hubo de Nicias hazañas y rasgos muy generosos: porque en muchas batallas venció á los enemigos, y estuvo en muy poco el que tomase á Siracusa; y si hubo faltas, no fueron suyas, sino que provinieron de su enfermedad y de los enemigos que en Atenas tenía; siendo así que Craso por el gran número de sus yerros ni siquiera dió lugar á que pudiera mostrarse en su favor la fortuna; de manera que es preciso admirarse de que fuese tal su torpeza, que ella sola venciera la buena suerte de Roma, y no el poder de los Partos. En órden á que no despreciando el uno nada de cuanto pertenece á la adivinacion, y mirándolo todo el otro con indiferencia, ambos, sin embargo, hubiesen tenido desgraciado fin, en esto el juicio es aventurado y difícil: bien que merece más disculpa el que peca por sobra de precaucion, siguiendo la costumbre y la opinion recibida, que no el que por temeridad se aparta de la ley. En el modo de acabar sus dias hay ménos que vituperar en Craso, que no se entregó, no sufrió prisiones ni afrentas; sino que se resignó con los ruegos de los suyos, y fué víctima de la traicion de los enemigos; cuando Nicias con la esperanza de una salud torpe y vergonzosa sufrió caer en manos de los enemigos, haciendo así más ignominiosa su muerte.

SERTORIO.

No es maravilla quizá que en un tiempo indeterminado, inclinándose ora á una parte y ora á otra la fortuna, los acontecimientos vuelvan á repetirse muchas veces con las mismas circunstancias. Porque si no hay una muchedumbre determinada de accidentes, la fortuna tiene un poderoso artífice de la semejanza de los sucesos en lo indefinido de la materia; y si los acontecimientos están contraidos á un número prefijado, es necesario tambien que muchas veces los mismos efectos sean producidos por las mismas causas. Hay algunos, por tanto, que complaciéndose en cotejar lo que han leido ú oido de esta clase de accidentes, forman una coleccion de los que parecen hechos de intento y con meditado discurso: como, por ejemplo, que habiendo habido dos Atis, personajes ilustres, el uno Siro y el otro Arcade, ambos fueron muertos por jabalíes. De dos Acteones, el uno fué despedazado por sus perros, y el otro por sus amadores. De dos Escipiones, por el uno fueron primero vencidos los Cartagineses, y por el otro fueron despues arruinados del todo. Troya fué tomada por Hércules á causa de los caballos de Laomedonte; por Agamenon mediante el caballo llamado de madera; y tercera vez por Caridemo, á causa del accidente de haberse caido un caballo en las puertas, y no haber podido los Troyanos cerrarlas

prontamente. De dos ciudades que tienen nombres de dos plantas de suavísimo olor, los y Esmirna, en la una se dice haber nacido el poeta Homero, y haber muerto en la otra. Ea, pues, añadamos á estos acasos el que entre los grandes generales, los más guerreros, y que más grandes cosas acabaron por la astucia y la sagacidad, todos fueron tuertos, Filipo, Antígono, Aníbal, y éste de quien ahora escribimos, Sertorio; el cual se hallará haber sido más contenido que Filipo en el trato con mujeres; más fiel que Antígono con sus amigos; más humano que Aníbal con los contrarios; y que no habiendo sido inferior á ninguno en la prudencia, fué muy inferior á todos en la fortuna, la que siempre le fué más adversa que sus más poderosos enemigos; y sin embargo, desterrado y extranjero, nombrado caudillo de unos bárbaros, fué digno competidor de la pericia de Metelo, de la osadía de Pompeyo, de la fortuna de Sila y de todo el poder de los Romanos. A éste el que encontramos más semejante entre los Griegos es el Cardiano Eumenes: porque ambos eran nacidos para mandar ejércitos; ambos eran fecundos en estratagemas; ambos, arrojados de su país, fueron caudillos de gentes extrañas; y á ambos, finalmente, fué en su muerte muy dura y violenta la fortuna: porque perecieron traidoramente á manos de aquellos mismos con quienes habian vencido á los enemigos.

Nació Quinto Sertorio en la ciudad de Nurcia, país de los Sabinos, de oscuro linaje. Criado con esmero por su madre viuda, habiendo quedado huérfano de padre, parece que fué con extremo amante de aquella; de la cual se dice haber tenido por nombre el de Rea. Ejercitóse en las causas con bastante aplauso, y siendo aún jóven, llegó, segun es fama, á adquirir cierto poder en Roma por su elegancia en el decir; pero su sobresaliente mérito y sus hazañas en la milicia llamaron hácia esta parte su ambicion.

En primer lugar, cuando los Cimbros y los Teutones in-

vadieron la Galia, militó con Cepion; y habiendo los Romanos peleado débilmente y entregádose á la fuga, no obstante haber perdido su caballo y hallarse herido, pasó el Ródano á nado, costándole mucho el vencer, embarazado con la coraza y el escudo, la contraria corriente: ¡tan fuerte y robusto era su cuerpo, y tan sufridor del trabajo en fuerza del ejercicio! En segundo lugar, cargando aquéllos con numerosísimo ejército y terribles amenazas, de manera que se reputaba por cosa extraordinaria que un Romano se mantuviera en formacion y obedeciera al general, Mario guiaba tranquilo, y Sertorio se quedó en observacion de los enemigos. Vistióse el traje de los Galos, y aprendiendo lo más comun del idioma para poder contestar oportunamente, se metió entre los bárbaros; de donde, habiendo visto por sí unas cosas y preguntado otras á los que tenía á mano, regresó al campamento. Concediósele entónces el prez del valor; y habiendo dado durante toda la expedicion muchas pruebas de prudencia y de arrojo, adquirió fama y se ganó la confianza del general. Despues de esta guerra de los Cimbros y Teutones fué enviado á España de tribuno con el pretor Didio, y se hallaba en cuarteles de invierno en Cazlona, ciudad de los Celtíberos. Sucedió que insolentes los soldados con la abundancia, y dados á la embriaguez, incurrieron en el desprecio de los bárbaros; los cuales enviaron á llamar á sus vecinos de Orisia; y éstos, yendo de casa en casa, acabaron con ellos: pudo, sin embargo, Sertorio evadirse con unos pocos, y recogiendo á otros que tambien huian, dió la vuelta en rededor á la ciudad, y hallando abierta la puerta por donde los bárbaros habian entrado secretamente, no cayó en el error de éstos, sino que poniendo guardias, y tomando todas las avenidas, dió muerte á todos los que estaban en edad de llevar armas. Ejecutado esto, mandó á todos los soldados que dejaran sus propias armas y vestidos, y adornándose con los de los bárbaros le siguieran á la otra ciudad, de donde salieron

los que en la noche los habian sorprendido. Con la vista de las armas logró que estos otros se engañaran, y hallando abierta la puerta, se le vinieron á las manos gran número de habitantes que creian salir á recibir á sus amigos y conciudadanos, que volvian despues de conseguido su intento: así fué que muchos recibieron la muerte en la misma puerta, y otros que se entregaron, fueron vendidos por esclavos.

Hízose con esto Sertorio muy celebrado en España; y apénas volvió á Roma, fué nombrado cuestor de la Galia Cispadana, en ocasion de urgencia, porque amenazando la guerraÁrsica, se le dió el encargo de levantar tropas y de reunir armas; y como hubiese puesto mano á la obra con una diligencia y prontitud muy diferente de la pesadez y delicadeza de los demas jóvenes, adquirió fama de hombre activo y eficaz. Mas no por haber sido promovido á la dignidad de caudillo aflojó en el denuedo militar; sino que ejecutando brillantes hazañas, y arrojándose sin tener cuenta de su persona á los peligros, quedó privado del un ojo, habiéndosele sacado en un encuentro. De esta pérdida hizo despues vanidad toda la vida: porque decia que los demas no llevaban siempre consigo el testimonio de los premios alcanzados, siéndoles forzoso dejar los collares, las lanzas y las coronas, cuando él tenía siempre consigo las señales de su valor; y los que eran espectadores de su infortunio, lo eran al mismo tiempo de su virtud. Tributóle tambien el pueblo el honor que le era debido: porque al verle entrar en el teatro le recibieron con aplausos y con expresiones de elogio: distincion de que con dificultad gozaban áun los mas provectos en edad y más recomendados por sus méritos. Pidió el tribunado de la plebe; pero oponiéndosele la faccion de Sila, quedó desairado; por lo que parece fué desde entónces enemigo de éste. Despues, cuando Mario, vencido por Sila, tuvo que huir, y éste se ausentó para hacer la guerra á Mitrídates, como el uno de

los cónsules, Octavio, mantuviese el partido de Sila, y Cina, que aspiraba á cosas nuevas, tratase de suscitar la faccion vencida de Mario, arrimóse á éste Sertorio; y más viendo que el mismo Octavio estaba fluctuante, y solo no se atrevia á fiarse de los amigos de Mario. Trabóse una accion reñida en la plaza entre ambos cónsules, en la que quedó vencedor Octavio, y Cina y Sertorio, que habian perdido poco ménos de diez mil hombres, huyeron; pero como hubiesen podido reunir con sus persuasiones la mayor parte de las tropas esparcidas por la Italia, volvieron muy pronto en estado de poder medir las armas con Octavio.

Habiendo regresado Mario del Africa, y puéstose á las órdenes de Cina, como correspondia lo hiciese un particular respecto de un cónsul, los demas eran de opinion de que convenia recibirle; pero Sertorio se opuso, bien fuera por creer que Cina le atenderia ménos luégo que tuviese cerca de sí á un militar de más nombre, ó bien por la dureza de Mario, no fuera que lo echara todo á perder, abandonándose á una ira que pasaba todos los términos de lo justo cuando quedaba superior. Decia, pues, que era muy poco lo que les quedaba que hacer hallándose ya vencedores; y que si recibian á Mario, éste se arrogaria toda la gloria y todo el poder, siendo hombre desabrido y muy poco de fiar para la comunion de mando. Respondióle Cina que discurria con acierto, pero que él estaba entre avergonzado y dudoso para alejar á Mario, á quien él mismo habia llamado á tener parte en la empresa; á lo que le repuso Sertorio: «pues yo en el concepto de que Mario habia venido á Italia por impulso propio, reflexionaba sobre el partido que convendria tomar; pero tú no has debido conferenciar sobre este negocio, cuando llega el que tú deseabas que viniese, sino admitirle y valerte de él, pues que la palabra empeñada no debe dejar lugar á reflexiones.» Resolvióse por tanto Cina á llamar á Mario; y habiendo repartido las tropas en tres divisiones, las mandaron los tres. Terminóse

la guerra; y entregados Cina y Mario á toda crueldad é injusticia, tanto que á los Romanos les parecian ya oro los males de la guerra, se dice que sólo Sertorio no quitó á nadie la vida por enemiga, ni se ensoberbeció con la victoria, sino que ántes se mostró irritado de la conducta de Mario; y hablando á solas á Cina é intercediendo con él, logró ablandarlo. Finalmente, como á los esclavos que tuvo Mario por camaradas en la guerra, y de quienes se valió despues como ministros de tirania, les hubiese dado éste más soltura y poder de lo que convenia, concediéndoles ó mandándoles unas cosas, y propasándose ellos á otras con la mayor injusticia, dando muerte á sus amos, solicitando á sus amas, y usando de toda violencia con los hijos, no pudo Sertorio llevarlo en paciencia; y hallándose reunidos en un mismo campamento, los hizo asaetar á todos, que no bajaban de cuatro mil.

Falleció luégo Mario; Cina fué muerto de allí á poco, y Mario el jóven se arrogó contra la voluntad de Sertorio, y con quebrantamiento de las leyes, el consulado; los Carbones, los Norbanos y los Escipiones hacian tibiamente la guerra á Sila, que llegaba; perdíanse unas cosas por cobardía y desidia de los generales, y otras por traicion se malograban. En este estado era inútil su presencia para unos negocios enteramente desesperados, por el poco tino de los que tenian en sus manos el poder. Por colmo de desórden, Sila, que tenía su campo al frente del de Escipion y hacía correr la voz de que se gozaria de paz, corrompió el ejército, y aunque Sertorio se lo previno y advirtió á Escipion, no pudo hacérselo entender. Entónces, pues, dando por enteramente perdida la ciudad, partió para España, con la mira de anticiparse á ocupar en ella el mando y la autoridad, y preparar allí un refugio á los amigos desgraciados. Sobrecogiéronle malos temporales en países montañosos, y tuvo que comprar de los bárbaros, á costa de subsidios y exacciones, que le dejaran continuar

el camino. Incomodábanse los suyos, y le decian no ser digno de un procónsul romano pagar tributo á unos bárbaros despreciables; mas él, no poniendo la atencion en lo que á éstos les parecia una vergüenza, «lo que compro, les respondió, es la ocasion, que es lo que más suele escasear á los que intentan cosas grandes:» así continuó ganando á los bárbaros con dádivas; y apresurándose, ocupó la España. Halló en ella una juventud floreciente en el número y en la edad; pero como la viese mal dispuesta á sujetarse á toda especie de mando, á causa de la codicia y malos tratamientos de los Pretores que les habian cabido, con la afabilidad se atrajo á los más principales, y con el alivio de los tributos á la muchedumbre; pero con lo que principalmente se hizo estimar fué con librarlos de las molestias de los alojamientos. Porque obligó á los soldados á armarse barracas en los arrabales de los pueblos, siendo él el primero que se hospedaba en ellas. Mas sin embargo no se debió todo á la benevolencia de los bárbaros; sino que habiendo armado de los Romanos allí domiciliados á los que estaban en edad de tomar las armas, y habiendo construido naves y máquinas de todas especies, de este modo tuvo sujetas á las ciudades; siendo benigno cuando se disfrutaba de paz, y apareciendo temible á los enemigos con sus prevenciones de guerra.

Habiéndole llegado noticia de que Sila dominaba en Roma, y la faccion de Mario y Carbon habia sido arruinada, al punto receló que el ejército vencedor iba á venir contra él con algunos de los caudillos, y se propuso cerrar el paso de los montes Pirineos por medio de Julio Salinator, que mandaba seis mil infantes. Fué con efecto enviado de allí á poco por Sila Cayo Anio, el cual, viendo que la posicion de Julio era inexpugnable, se quedó en la falda sin saber qué hacerse; pero habiendo muerto á traicion á Julio un tal Calpurnio, dicho por sobrenombre Lanario, y abandonando los soldados las cumbres del Pirineo, seguia su

marcha Anio con grandes fuerzas, arrollando los obstáculos. Considerábase Sertorio muy desigual, y retirándose con tres mil hombres á Cartagena, allí se embarcó, y atravesando el Mediterráneo aportó al Africa por la parte de la Mauritania. Sorprendieron los bárbaros á sus soldados, miéntras, sin haber puesto centinelas, se proveian de agua; y habiendo perdido bastante gente, se dirigia otra vez á España; pero fué apartado de ella por haber tenido la desgracia de dar con unos piratas de Cilicia, y arribó á la isla Pitiusa, donde desembarcó, habiendo desalojado la guarnicion que allí tenía Anio. Acudió éste bien pronto con gran número de naves y cinco mil hombres de infantería; y Sertorio se preparaba á pelear con él en combate naval, sin embargo de que sus buques eran de poca resistencia, dispuestos más bien para la ligereza que para la fuerza; pero alborotado el mar con un violento céfiro, perdió la mayor parte de ellos, estrellados en las rocas por su falta de peso; y con sólo unos pocos, arrojado del mar por la tempestad, y de la tierra por los enemigos, anduvo fluctuando por espacio de diez dias; y luchando contra las olas y contra tan deshecha borrasca, se vió en mil apuros para no perecer.

Habiendo por fin cedido el viento, aportó á unas islas entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho Gaditano, doblando á la derecha, tocó en la parte exterior de España, poco más arriba de la embocadura del Bétis, que desagua en el mar Atlántico, dando nombre á la parte que baña de esta region. Diéronle allí noticia unos marineros con quienes habló, de ciertas islas del Atlántico, de las que entónces venian. Estas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan del Africa diez mil estadios, y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras; pero los vientos apacibles y provistos de rocío proporcionan que aquella tierra muelle y crasa, no sólo se

preste al arado y á las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos que por su abundancia y buen sabor basten á alimentar sin trabajo y afan á aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas: porque los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiéndose por la distancia de donde vienen en un vasto espacio, van decayendo y pierden su fuerza; y los de mar, el ábrego y el céfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas, por lo comun con una serenidad humectante es con la que refrigeran y con la que mantienen las plantas: de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinion, que corre muy válida, haber estado allí los campos Elíseos, aquella mansion de los bienaventurados que tanto celebró Homero.

Engendró esta relacion en Sertorio un vivo deseo de habitar aquellas islas, y vivir con sosiego, libre de la tiranía y de toda guerra; pero habiéndolo entendido los de la Cilicia, que ninguna codicia tenian de paz y de quietud, sino de riqueza y de despojos, le dejaron con sus deseos, y se dirigieron al Africa para restituir á Ascalis, hijo de Ifta, al trono de la Mauritania. No pudo tampoco contenerse Sertorio, sino que resolvió ir en auxilio de los que peleaban contra Ascalis, para que sus tropas, concibiendo nuevas esperanzas, y teniendo ocasion de nuevas hazañas, no se le desbandasen por la falta de recursos. Habiendo sido su llegada de gran placer para los Mauritanos, puso mano á la obra; y vencido Ascalis, le puso sitio. Sila en tanto envió en socorro de éste á Paciano con las correspondientes fuerzas; mas habiendo venido Sertorio á batalla con él, le dió muerte, y quedando vencedor, agregó á las suyas estas tropas, poniendo despues cerco á la ciudad de Tingis, adonde Ascalis se habia retirado con sus hermanos. Dicen los Tingitanos que está allí enterrado Anteo; y Sertorio hizo abrir su sepulcro, no queriendo

dar crédito á aquellos bárbaros, á causa de su desmedida grandeza; pero visto el cadáver, que tenía de largo sesenta codos, se quedó pasmado, y sacrificando víctimas volvió á cerrar la sepultura, habiéndole dado con esto mayor honor y fama. Añaden los Tingitanos á esta fábula, que muerto Anteo, su mujer Tingis se ayuntó con Hércules; y habiendo tenido en hijo á Sofazes, reinó éste en el país y puso á la ciudad el nombre de la madre; y que de este Sofazes fué hijo Diodoro, á quien obedecieron muchas gentes del Africa, por tener á sus órdenes un ejército griego, compuesto de los que fueron allí trasladados por Hércules de Olbia y de Micenas. Mas todo esto sea dicho en honor de Juba, el mejor historiador entre los reyes, por cuanto se dice que su linaje traia orígen de Diodoro y Sofazes. Sertorio, aunque logró triunfar de todos, en nada ofendió á los que le suplicaron y se pusieron en sus manos; sino que les restituyó los bienes, las ciudades y el gobierno, recibiendo sólo lo que buenamente habia menester, y áun esto por pura dádiva.

Meditaba á dónde se dirigiria desde allí, cuando le llamaron los Lusitanos, brindándole, por medio de embajadores, con el mando; pues hallándose faltos de un general de opinion y de experiencia. que pudieran oponer al temor que los Romanos les inspiraban, en éste sólo tenian confianza, por haber sabido de los que le habian tratado cuál era su índole: pues se dice que Sertorio no se dejaba dominar ni del deleite ni del miedo, siendo por naturaleza inalterable en los peligros, y moderado en la prosperidad; que trabado el combate, no fué inferior en arrojo á ninguno de los generales de su tiempo; y que cuando en la guerra se trataba de merodear y hacer presas, de ocupar puestos ventajosos, ó de meterse por entre los enemigos, necesitándose para ello de dolos y de engaños, era en tales casos de los más sagaces y astutos. En premiar los servicios usaba de largueza y magnificencia, siendo benigno en castigar las

faltas: sin embargo, lo ejecutado cruel y sañudamente con los rehenes hácia el fin de sus dias parece que descubre que su carácter no era el de la mansedumbre; sino que por reflexion lo sabía comprimir, cediendo á la necesidad. Por lo que hace á mí, nunca creeré que una virtud decidida y bien cimentada en la razon pueda por ningun caso de fortuna degenerar en el vicio opuesto; mas con todo no considero imposible que los mejores propósitos, y los caracteres más formados á la virtud, hagan mudanza en sus costumbres por desgracias y calamidades injustamente padecidas; y esto es lo que me parece le sucedió á Sertorio; que cuando se vió abandonado de la fortuna, irritado por los mismos acontecimientos, se hizo cruel contra los que le ofendian.

Como le llamasen, pues, los Lusitanos, movió del Africa, y poniéndose al frente de ellos, constituido su general con absoluto imperio, sujetó á su obediencia aquella parte de la España. uniéndosele los más voluntariamente, á causa en la mayor parte de su dulzura y actividad: aunque tambien usó de artificios para engañarlos y embaucarlos; siendo el más señalado entre todos el de la cierva, que fué de esta manera. Uno de aquellos naturales, llamado Espano, que vivia en el campo, se encontró con una cierva recien parida que huia de los cazadores; y á ésta la dejó ir; pero á la cervatilla, maravillado de su color, porque era toda blanca, la persiguió y la alcanzó. Hallábase casualmente Sertorio acampado en las inmediaciones; y como recibiese con afabilidad á los que le llevaban algun presente, bien fuese de caza, ó de los frutos del campo, recompensando con largueza á los que así le hacian obsequio, se le presentó tambien éste para regalarle la cervatilla. Admitióla; y al principio no fué grande el placer que manifestó; pero con el tiempo, habiéndose hecho tan mansa y dócil, que acudia cuando la llamaba, y le seguia á do quiera que iba, sin espantarse del tropel y ruido militar,

poco á poco la fué divinizando, digámoslo así, haciendo creer que aquella cierva habia sido un presente de Diana, y esparciendo la voz de que le revelaba las cosas ocultas; por saber que los bárbaros son naturalmente muy inclinados á la supersticion. Para acreditarlo más se valia de este medio: cuando reservada y secretamente llegaba á entender que los enemigos iban á invadir su territorio, ó trataban de separar de su obediencia á una ciudad, fingia que la cierva le habia hablado en las horas del sueño, previniéndole que tuviera las tropas á punto. Por otra parte, si se le daba aviso de que alguno de sus generales habia alcanzado una victoria, ocultaba al que lo habia traido, y presentaba á la cierva coronada como anunciadora de buenas nuevas, excitándolos á mostrarse alegres y á sacrificar á los Dioses, porque en breve habia de llegar una fausta noticia.

Despues que los hubo hecho tan dóciles, los tenía dispuestos para todo, estando persuadidos de que no eran mandados por el discurso de un hombre extranjero, sino por un Dios: dando además los hechos mismos testimonio de que su poder se habia aumentado fuera de lo que podia pensarse: porque con solo haber reunido cuatro mil broqueleros y setecientes caballos de los Lusitanos con dos mil y seiscientos, á quienes llamaba Romanos, y con unos setecientos Africanos que se le habian agregado, siguiéndole desde aquella region, hacía la guerra á cuatro generales romanos, que tenian á sus órdenes ciento veinte mil infantes, seis mil hombres de caballería, dos mil entre arqueros y honderos, y un grandísimo número de ciudades; cuando él al principio no tuvo entre todas más de veinte; y sin embargo de haber empezado con tan escasas y apocadas fuerzas, no sólo sujetó á numerosos pueblos y tomó muchas ciudades, sino que de los generales contrarios, á Cota lo venció en combate naval cerca del puerto de Melaria, y á Aufidio, gobernador de la Bética, lo derrotó á las

orillas del Bétis, matándole doscientos Romanos. Venció asimismo por medio de su cuestor á Domicio, y á Lucio, procónsul que era de la otra España; y dió muerte á Toranio, otro de los generales que Metelo habia enviado con fuerzas contra él; y áun al mismo Metelo, varon de los primeros y más acreditados de su edad, habiéndose aprovechado de los no pequeños yerros que este cometió, le puso en tanto aprieto, que fué preciso que Lucio Lolio viniera desde la Galia Narbonense en su socorro, y que de Roma misma fuera enviado Pompeyo Magno con considerables fuerzas. Porque Metelo no sabía qué hacerse con un hombre arrojado, que huia de toda batalla campal, y usaba de todo género de estratagemas por la prontitud y ligereza de la tropa española; cuando él no estaba ejercitado sino en combates reglados y en riguroso órden, y sólo sabía mandar tropas apiñadas, que combatiendo á pié firme, estaban acostumbradas á rechazar y destrozar á los enemigos que venian con ellas á las manos; pero no á trepar por los montes siguiendo el alcance de sus incansables fugas á unos hombres veloces como el viento, ni á tolerar como ellos el hambre y un género de vida en la que para nada echaban ménos el fuego ni las tiendas.

Además de esto, Metelo, que era ya hombre de bastante edad, despues de muchos y peligrosos combates habia empezado á tratarse con más delicadeza y regalo que ántes; y las habia con Sertorio, lleno de vigor y robustez, y que tenía muy ejercitadas las fuerzas, la ligereza y la frugalidad. Porque ni áun en el mayor ocio se dió jamás al vino, y se habia acostumbrado á tolerar grandes fatigas, largas marchas y frecuentes vigilias, bastándole para todo esto escasos y groseros alimentos. Entretenísase siempre cuando estaba desocupado en andar por el campo y en cazar, haciendo como que se libertaba con la fuga, y como que envolvia al enemigo siguiendo un alcance; y así habia adquirido conocimiento de los lugares inaccesibles y de los

que daban franco paso. Por tanto, sucediendo por lo comun que el que quiere evitar batalla padece lo mismo que el que es vencido, para éste el huir era como si él persiguiese; porque cortaba á los que iban á tomar agua, interceptaba los víveres, si el enemigo queria marchar le impedia el paso, cuando iba á acamparse no le dejaba sosiego, y cuando queria sitiar se aparecia él y le sitiaba por hambre, tanto, que los soldados llegaron á aburrirse; y como Sertorio provocase á Metelo á un desafío, empezaron á gritar incitándole á que peleara general contra general, Romano contra Romano; y cuando vieron que no lo admitia, le insultaron; pero él se rió de ellos, é hizo muy bien: pues como dice Teofastro, un general debe hacer muerte de general, y no de un miserable soldado. Viendo, pues, Metelo que los de Lacobriga estaban muy de parte de Sertorio, y que seria facil tomarlos por la sed, á causa de que dentro de la ciudad no habia más que un solo pozo, y entraba en su proyecto apoderarse de las fuentes y arroyos que habia de murallas afuera, marchó contra este pueblo, persuadido de que el sitio sería cosa de dos dias, faltándoles el agua: así á sus soldados les dió órden de que para solos cinco dias tomaran bastimento. Mas Sertorio, acudiendo al punto en su auxilio, dispuso que se llenaran de agua dos mil odres, señalando por cada uno una gruesa cantidad de dinero; y habiéndose presentado al efecto muchos Españoles y muchos Mauritanos, escogió á los más robustos y más ligeros, y los envió por la montaña, con órden de que cuando entregaran los odres en la ciudad sacaran á la gente inútil, para que con aquel repuesto de agua tuvieran bastante los defensores. Llegó esta disposicion á oidos de Metelo, y le fué de mucho desagrado, porque ya los soldados casi habian consumido los víveres, y tuvo que enviar, para que hiciesen nuevo acopio, á Aquilio, que mandaba seis mil hombres. Entiéndelo Sertorio, y adelantándose á tomar el camino, cuando ya Aquilio volvia, hace sa-

lir contra él tres mil hombres de un barranco sombrío; y acometiendo él mismo de frente, le derrota, y da muerte á unos, y toma á otros cautivos. Metelo, cuando vió que Aquilio volvia sin armas y sin caballo, tuvo que retirarse ignominiosamente, escarnecido de los Españoles.

Por estas hazañas miraban á Sertorio con grande amor aquellos bárbaros, y tambien porque acostumbrándolos á las armas, á la formacion y al órden de la milicia romana, y quitando de sus incursiones el aire furioso y terrible, habia reducido sus fuerzas á la forma de un ejército, de grandes cuadrillas de bandoleros que ántes parecian. Además de esto, no perdonando gastos, les adornaba con oro y plata los morriones; les pintaba con distintos colores los escudos; enseñábales á usar de mantos y túnicas brillantes, y fomentando por este medio su vanidad, se ganaba su aficion. Mas lo que principalmente les cautivó la voluntad fué la disposicion que tomó con los jóvenes; porque reuniendo en Huesca, ciudad grande y populosa, á los hijos de los más principales é ilustres entre aquellas gentes, y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones griegas y romanas, en la realidad los tomaba en rehenes; pero en la apariencia los instruia para que en llegando á la edad varonil participasen del gobierno y de la magistratura. Los padres, en tanto, estaban sumamente contentos viendo á sus hijos ir á las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios, los examinaba por sí muchas veces, les distribuia premios, y les regalaba aquellos collares que los Romanos llaman búlas. Siendo costumbre entre los Españoles que los que hacian formacion aparte con el general, perecieran con él si venía á morir, á lo que aquellos bárbaros llamaban consagracion; al lado de los demas generales sólo se ponian algunos de sus asistentes y de sus amigos, pero á Sertorio le seguian muchos millares de hombres, resueltos á hacer por él esta especie de consa-

gracion. Así se refiere que en ocasion de retirarse á una ciudad, teniendo ya á los enemigos cerca, los Españoles, olvidados de sí mismos, salvaron á Sertorio, tomándolo sobre los hombros, y pasándolo así de uno á otro hasta ponerlo encima de los muros; y luego que tuvieron en seguridad á su general, cada uno de ellos se entregó á la fuga.

Ni eran solos los Españoles á quererle por su caudillo, sino que este mismo deseo tenian los soldados venidos de la Italia. Llegó, pues, tambien á España con grandes caudales y mucha gente Perpena Venton, del mismo partido que Sertorio, con ánimo de hacer de por sí la guerra á Metelo; pero los soldados empezaron á indisponerse, y haciendo frecuente conversacion de Sertorio, pensaban ya en abandonar á Perpena, de quien decian que estaba muy hinchado con su linaje y su riqueza: así, cuando ya se supo que Pompeyo pasaba los Pirineos, tomando los soldados las armas y las insignias de las legiones, gritaron á Perpena para que los condujese al campo de Sertorio, amenazándole que de lo contrario le dejarian por ir en busca de un hombre que podia salvarse y salvarlos; y Perpena tuvo que condescender con sus ruegos, y marchando al frente de ellos, juntó con las de Sertorio sus tropas, que consistian en cincuenta y tres cohortes.

Abrazaban el partido de Sertorio todos los de la parte acá del Ebro; con lo cual en el número era poderoso, porque de todas partes acudian y se le presentaban gentes; pero mortificado con el desórden y la temeridad de aquella turba, que clamaba por venir á las manos con los enemigos, sin poder sufrir la dilacion, trató de calmarla y sosegarla por medio de la reflexion y del discurso. Mas cuando vió que no cedian, sino que insistian tenezmente, no hizo por entónces caso de ellos, y los dejó que fueran á estrellarse con los enemigos, con la esperanza de que no siendo del todo deshechos, sino hasta cierto punto es-

carmentados, con esto los tendria en adelante más sujetos y obedientes. Sucedió lo que pensaba; y marchando entónces en su socorro, los sostuvo en la fuga, y los restituyó con seguridad al campamento. Queriendo luégo curarlos del desaliento, los convocó á todos al cabo de pocos dias á junta general, en la que hizo presentar dos caballos, el uno sumamente flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano con una cola muy hermosa y muy poblada de cerdas. Al lado del flaco se puso un hombre robusto y de mucha fuerza, y al lado del lozano otro hombre pequeño y de figura despreciable. A cierta señal, el hombre robusto tiró con entrambas manos de la cola del caballo como para arrancarla; y el otro pequeño una á una fué arrancando las cerdas del caballo brioso. Como al cabo de tiempo el uno se hubiese afanado mucho en vano, y hubiese sido ocasion de risa á los espectadores, teniendo que darse por vencido miéntras que el otro mostró limpia la cola de cerdas en breve tiempo y sin trabajo, levantándose Sertorio «Ved ahí, les dijo, oh camaradas, cómo la paciencia puede más que la fuerza; y cómo cosas que no pueden acabarse juntas, ceden y se acaban poco á poco; porque nada resiste á la continuacion; con la que el tiempo en su curso destruye y consume todo poder, siendo un excelente auxiliador de los que saben aprovechar la ocasion que les presenta, é irreconciliable enemigo de los que fuera de sazon se precipitan.» Inculcando continuamente Sertorio á los bárbaros estas exhortaciones, los alentaba y disponia para esperar la oportunidad.

Entre sus acciones de guerra no fué lo que ménos admiracion excitó lo ejecutado con los llamados Caracitanos. Este es un pueblo situado más allá del rio Tajo, que no se compone de casas como las ciudades ó aldeas, sino que en un monte de bastante extension y altura hay muchas cuevas y cavidades de rocas que miran al Norte. El país que la circunda produce un barro arcilloso, y una tierra muy

deleznable por su finura, incapaz de sostener á los que andan por ella, y que con tocarla ligeramente se deshace como la cal ó la ceniza. Era por tanto imposible tomar por fuerza á estos bárbaros; porque cuando temian ser perseguidos, se retiraban con las presas que habian hecho á sus cuevas, y de allí no se movian. En ocasion, pues, en que Sertorio se retiraba de Metelo, y habia establecido su campo junto á aquel monte, le insultaron y despreciaron, mirándole como vencido; y él, bien fuese de cólera, ó bien por no dar idea de que huia, al dia siguiente muy de mañana movió con sus tropas, y fué á reconocer el sitio. Como por ninguna parte tenía subida, anduvo dando vueltas, haciéndoles vanas amenazas; mas en esto advirtió que de aquella tierra se levantaba mucho polvo, y que por el viento era llevado á lo alto: porque, como hemos dicho, las cuevas estaban al Norte, y el viento que corre de aquella region, al que algunos llaman *Cecias*, es allí el que más domina y el más impetuoso de todos, soplando de países húmedos y de montes cargados de nieve. Estábase entónces en el rigor del verano, y fortificado el viento con el deshielo que en la parte septentrional se experimentaba, le tomaban con mucho gusto aquellos naturales, porque en el dia los refrigeraba á ellos y á sus ganados. Habíalo discurrido así Sertorio, y se lo habia oido tambien á los del contorno; por lo cual dió órden á los soldados de que recogiendo aquella tierra suelta y cenicienta, la fueran acumulando en diferentes puntos delante del monte; y como creyesen los bárbaros que el objeto era formar trincheras contra ellos, lo tomaron á burla. Trabajaron en esto los soldados hasta la noche, hora en que se retiraron; pero por la mañana siguiente empezó desde luego á soplar una aura suave, que levantó lo más delgado de aquella tierra amontonada, esparciéndola á manera de humo; y despues, arreciándose el cecias con el sol, y poniéndose ya en movimiento los montones, los soldados que se halla-

ban presentes los revolvian desde el suelo y ayudaban á que se levantase la tierra. Algunos corrian con los caballos arriba y abajo, y contribuian tambien á que la tierra se remontase en el aire, y á que hecha un polvo todavía más delgado, fuese de aquel impelida á las casas de los bárbaros, que recibian el cierzo por la puerta. Estos, como las cuevas no tenian otro respiradero que aquel sobre el que se precipitaba el viento, quedaron muy luego ciegos, y además empezaron á ahogarse, respirando un aire incómodo y cargado de polvo; por lo cual apénas pudieron aguantar dos dias, y al tercero se entregaron: aumentando, no tanto el poder como la gloria de Sertorio, por verse que lo que no estaba sujeto á las armas, lo alcanzaba con la sabiduría y el ingenio.

Miéntras que hizo la guerra á Metelo parecia que su buena suerte era en gran parte debida á la vejez y torpeza de éste, que no podia contrarestar á un hombre osado, y caudillo más bien de una tropa de bandoleros que de un ejército reglado; pero cuando despues de haber pasado Pompeyo los Pirineos contrapuso al de éste su campo, y dieron uno y otro diferentes pruebas de toda la habilidad y pericia militar, y se vió que sobresalia Sertorio así en acometer como en saber guardarse, entónces enteramente fué declarado áun en Roma mismo como el más diestro para dirigir la guerra entre los generales de su edad. Y eso que no era vulgar la fama de Pompeyo, sino que estaba entónces en lo más florido de su gloria de resulta de sus hazañas en el partido de Sila, por las que éste le apellidó *Magno,* que quiere decir grande; y mereció los honores del triunfo áun ántes de salirle la barba. Así es que muchas de las ciudades sujetas á Sertorio, volviendo á aquél la vista, pensaban en mudanzas; sino que recedieron despues de este propósito por el suceso de Lauron, que salió muy al reves de lo que se esperaba. Teníalos sitiados Sertorio, y fué Pompeyo en su socorro con todas sus

fuerzas. Habia un collado en la mejor situacion contra la ciudad, y el uno por tomarle, y por impedirlo el otro, movieron ambos de sus campos. Adelantóse Sertorio; y Pompeyo entónces, acudiendo con su ejército, lo tuvo á gran ventura, porque creyó que iba á coger á Sertorio en medio de la ciudad y de sus tropas; y avisando á los Lauronitas, les dijo que tuvieran buen ánimo, y salieran á las murallas á ver sitiado á Sertorio. Mas éste cuando lo supo se echó á reir; y «ya le enseñaré yo, dijo, al discípulo de Sila (porque así llamaba por burla á Pompeyo) que el general debe mirar mucho en derredor, y no precisamente delante de sí;» y en seguida hizo advertir á los sitiados que habia dejado seis mil infantes en el primer campamento de donde habia salido para tomar el collado, á fin de que cuando Pompeyo le acometiese, lo tomasen éstos por la espalda. Echólo tarde de ver Pompeyo: así no se atrevió á combatir, temiendo ser cortado, ni tampoco se resolvió de vergüenza á retirarse y abandonar á los Lauronitas en aquel peligro; mas fuéle preciso estar presente y ser testigo de su perdicion: porque aquellos bárbaros desmayaron, y se entregaron á Sertorio. No tocó éste á las personas, ántes los dejó ir libres; pero lo que es la ciudad, la abrasó; no por cólera ó por crueldad, porque entre todos los generales parece que fué éste el que ménos se dejó llevar de la ira, sino para afrenta y mengua de los que tanto admiraban á Pompeyo: pues correria la voz entre los bárbaros de que con estar presente, y casi calentarse al fuego de una ciudad aliada, no le dió socorro.

Sufrió Sertorio bastantes derrotas, no obstante que en sí mismo y en los que con él peleaban se conservó siempre invicto, sino que fué quebrantado en otros generales suyos; pero áun era más admirado por el modo de reparar estos descalabros, que sus contrarios por la victoria: como sucedió en la batalla del Júcar con Pompeyo, y en la del Turia con el mismo y con Metelo. De la del Júcar se dice

haberse dado acometiendo Pompeyo, para que Metelo no tuviese parte en la victoria. Sertorio queria tambien combatir con Pompeyo ántes que llegara Metelo; y reuniendo su gente, se presentó á la pelea entrada ya la tarde, reflexionando que las tinieblas serian á los enemigos, extranjeros é ignorantes del terreno, un estorbo para huir, ó para seguir el alcance. Trabada la batalla, hizo la casualidad que no estuviera él al principio opuesto á Pompeyo, sino á Afranio, que mandaba la izquierda, hallándose él colocado en su derecha; pero habiendo entendido que los que contendian con Pompeyo aflojaban y eran vencidos, encargó la derecha á otros de sus generales, y pasó corriendo á la parte vencida. Reunió y alentó á unos que ya se retiraban, y á otros que se mantenian en formacion, y cargando de recio á Pompeyo, que perseguia á los primeros, le puso en desórden, y estuvo en muy poco que no pereciese, habiendo salido herido y salvádose prodigiosamente; y fué que los Africanos que estaban al lado de Sertorio, cuando cogieron el caballo de Pompeyo engalanado con oro y adornado de preciosos arreos, al partirlos altercaron entre sí y abandonaron el alcance. Afranio, desde el momento que Sertorio partió en socorro de la otra ala, rechazó á los que tenía al frente, y los llevó hasta el campamento, en el que se precipitó con ellos, y empezó á saquearlo. Era ya de noche, y no sabía que Pompeyo habia sido puesto en fuga, ni podia contener á los suyos en el pillaje. Vuelve en esto Sertorio, que por su parte habia vencido, y sorprendiendo á los de Afranio, que se aturdieron por hallarse desordenados, hizo en ellos gran matanza. A la mañana temprano armó sus tropas, y bajó de nuevo á dar batalla; pero noticioso de que Metelo estaba cerca, mudó de propósito, y se retiró al campamento, diciendo: «A fe que al mozuelo éste, si la vieja no hubiera llegado, le habria yo dado una zurra, y lo habria enviado á Roma.»

Andaba muy decaido de ánimo, á causa de que no pare-

porque hizo publicar por pregon que si algun Romano le quitaba la vida, le daria cien talentos de plata y veinte mil yugadas de tierra; y si fuese algun desterrado, le concederia la vuelta á Roma; lo que era desesperar de poderlo conseguir en guerra abierta, poniéndolo en almoneda para una traicion. Además, habiendo vencido en una ocasion á Sertorio, se envaneció tanto, y lo tuvo á tan grande dicha, que se hizo saludar emperador, y las ciudades por donde transitaba le recibian con sacrificios y con aras. Dícese que consintió le ciñeran las sienes con coronas, y que se le dieran banquetes suntuosos, en los que brindaba adornado con ropa triunfal. Tenían se dispuestas victorias con tal artificio, que por medio de resortes le presentaban trofeos y coronas de oro; y habia coros de mozos y doncellas que le cantaban epiniquios ó himnos de victoria: haciéndose justamente ridículo con semejantes demostraciones, pues que tanto se vanagloriaba y tal contento habia concebido de haber quedado vencedor (por haberse él retirado espontáneamente) respecto de un hombre á quien llamaba el fugitivo de Sila y el último resto de la fuga de Carbon. De la grandeza de ánimo de Sertorio son manifiestas pruebas, lo primero el haber dado el nombre de Senado á los que de este cuerpo habian huido de Roma y se le habian unido, y el elegir entre ellos los Cuestores y Pretores, procediendo en todas estas cosas segun las leyes patrias; y lo segundo, el que valiéndose de las armas, de los bienes y de las ciudades de los Españoles, ni en lo más mínimo partia con ellos el sumo poder; y á los Romanos los establecia por sus generales y magistrados, como queriendo reintegrar á éstos en su libertad, y no aumentar á aquéllos en perjuicio de los Romanos. Porque era muy amante de la patria, y ardia en el deseo de la vuelta; sino que viéndose maltratado, se mostraba hombre de valor; mas nunca hizo contra los enemigos cosa que desdijese; y despues de la victoria enviaba á decir á Metelo y á Pompeyo que estaba

pronto á deponer las armas y á vivir como particular, si alcanzaba la restitucion; porque más queria ser en Roma el último de los ciudadanos, que no que se le declarara emperador de todos los demas, teniendo que estar desterrado de su patria. Dícese que era gran parte la madre para desear la vuelta, porque habia sido criado por ella siendo huérfano, y en todo no tenía otra voluntad que la suya. Así es que llamado ya por sus amigos al mando en España, cuando supo que su madre habia muerto, estuvo en muy poco que no perdiese la vida de dolor; porque siete dias estuvo tendido en el suelo sin dar la señal á los soldados, ni dejarse ver de ninguno de sus amigos; y con dificultad los demas caudillos y otras personas de autoridad, rodeándole en su tienda, pudieron precisarle á que saliera y hablara á los soldados, y se encargara de los negocios, que iban prósperamente; por lo cual muchos entienden que él era naturalmeute de condicion benigna é inclinado al reposo, y que por acccidentes que sobrevinieron, tuvo que recurrir contra su deseo á mandos militares; y no encontrando seguridad sino en las armas, que sus enemigos le forzaron á tomar, le fué preciso hacer de la guerra un resguardo y defensa de su persona.

Mostróse asimismo su grandeza de ánimo en la conducta que tuvo con Mitrídates: porque cuando este rey, rehaciéndose como para una segunda lucha del descalabro que sufrió con Sila, quiso de nuevo acometer al Asia, era ya grande la fama que de Sertorio habia corrido por todas partes; y los navegantes como de mercancías extranjeras habian llenado el Ponto de su nombre y sus hazañas. Tenía resuelto enviarle embajadores, acalorado principalmente con las exageraciones de los lisonjeros, que comparando á Sertorio con Aníbal, y á Mitrídates con Pirro, decian que los Romanos, dividiendo su atencion á dos partes, no podrian resistir á tanta fuerza y destreza juntas, si el más hábil general llegaba á unirse con el mayor de todos los

reyes. Envia, pues, Mitrídates embajadores á España con cartas para Sertorio, y con el encargo de decirle que le daria fondos y naves para la guerra, sin solicitar más de él sino que le hiciera segura la posesion de toda aquella parte del Asia que habia tenido que ceder á los Romanos conforme á los tratados ajustados con Sila. Convocó Sertorio á Consejo, al que como siempre llamó Senado; y siendo los demas de dictámen de que se accediera á la propuesta como muy admisible, pues que no pidiéndosele más que nombres y letras vanas sobre objetos que no estaban en su facultad, iban en cambio á recibir cosas positivas que les hacian gran falta, no vino en ello Sertorio, sino que dijo que no repugnaria el que Mitrídates ocupase la Bitinia y la Capadocia, provincias dominadas siempre por el Rey y que no pertenecian á los Romanos; pero en cuanto á una provincia que poseida por éstos con el mejor título, Mitrídates se la habia quitado y retenido, perdiéndola despues, primero por haberla reconquistado Fimbria con las armas, y luégo por haberla cedido aquél á Sila en el tratado, no consentiria que volviera otra vez á ser suya: porque mandando él, debia tener aumentos la república, y no hacer pérdidas á trueque de que mandase: pues era propio del hombre virtuoso el desear vencer con honra; pero con ignominia ni siquiera salvar la vida.

Oyó Mitrídates esta respuesta con grande admiracion; y se dice haber exclamado ante sus amigos: «¿Qué mandará Sertorio sentado en el palacio, si ahora, relegado al mar Atlántico, señala límites á mi reino, y porque tengo miras sobre el Asia me amenaza con la guerra? Mas con todo hágase el tratado, y convéngase con juramento en que Mitrídates tendrá la Capadocia y la Bitinia, enviándole Sertorio un general y soldados; y en que Sertorio percibirá de Mitrídates tres mil talentos y cuarenta naves.» En consecuencia fué enviado de general al Asia por Sertorio Marco Mario, uno de los senadores fugitivos que habian acudido

á él; y habiendo tomado Mitrídates con su auxilio algunas ciudades en el Asia, entrando aquél en ellas con las fasces y las hachas, iba él en pos tomando voluntariamente el segundo lugar, y haciendo como quien dice el papel de criado. Marco concedió la libertad á algunas ciudades, y á otras la exencion de tributos, anunciándoles que lo ejecutaba en obsequio de Sertorio; de manera que el Asia, molestada otra vez por los exactores, y agobiada con las extorsiones é insolencias de los alojados, se levantó á nuevas esperanzas, y empezó á desear la mudanza de gobierno que ya se entreveia.

En España, los Senadores y personas de autoridad que estaban con Sertorio, luégo que entraron en alguna confianza de resistir y se les desvaneció el miedo, empezaron á tener celos y necia emulacion de su poder. Incitábalos principalmente Perpena, á quien con loca vanidad hacía aspirar al primer mando el lustre de su linaje, y dió principio por sembrar insidiosamente entre sus confidentes estas especies sediciosas: «¿Qué mal Genio es el que se ha apoderado de nosotros para arrojarnos de mal en peor? Nos desdeñábamos de ejecutar, sin salir de nuestra casas, las órdenes de Sila, que lo dominaba todo por mar y por tierra; y por una extraña obcecacion, queriendo vivir libres, nos hemos puesto en una voluntaria servidumbre haciéndonos satélites del destierro de Sertorio; y aunque se nos llama Senado, nombre de que se burlan los que lo oyen, en realidad pasamos por insultos, por mandatos y por trabajos en nada más tolerables que los que sufren los Iberos y Lusitanos.» Seducian á los más estos discursos; y aunque no desobedecian abiertamente por miedo de su poder, bajo mano desgraciaban los negocios, y agraviaban á los bárbaros, tratándolos ásperamente de obra y de palabra, como que era de órden de Sertorio; de donde se originaban tambien rebeliones y alborotos en las ciudades. Los que eran enviados para remediar y sosegar estos

desórdenes volvian habiendo suscitado mayores inquietudes, y habiendo aumentado las sediciones que ya existian: tanto, que haciendo salir á Sertorio de su primera benignidad y mansedumbre, se encrueleció con los hijos de los Iberos educados en Huesca, dando muerte á unos, y vendiendo á otros en almoneda.

Teniendo ya Perpena muchos conjurados para su proyecto, agregó además á él á Manio, uno de los caudillos. Amaba éste á un jovencito de tierna edad, y entre las caricias que le prodigaba le descubrió la conspiracion, encargándole que no hiciera caso de los demas amadores, y sólo se aficionase á él, que dentro de breves dias ocuparia un gran puesto. El jóven descubre este secreto á Aufidio, otro de sus amadores, á quien él apreciaba más. Quedóse Aufidio suspenso, porque tambien él entraba en la conjuracion contra Sertorio; pero ignoraba que Manio tuviese en ella parte; y turbado despues al ver que aquel mozo le nombraba á Perpena, á Gracino y á otros que él sabía ser de los conjurados, lo primero que hizo fué desvanecerle aquella idea, exhortándole á que despreciara á Manio, que no tenía más que vanidad y orgullo; y despues se fué á Perpena, á quien manifestó el peligro y la necesidad que habia de aprovechar cuanto ántes la oportunidad, instándole á la ejecucion. Convinieron en ello; y disponiendo que uno se presentase con cartas para Sertorio, le condujeron ante él. En las cartas se anunciaba una victoria conseguida por uno de sus lugartenientes con gran mortandad de los enemigos; y como Sertorio se hubiese mostrado muy contento y hubiese hecho sacrificios por la buena nueva, Perpena le convidó á un banquete con los amigos que se hallaban presentes, que eran todos del número de los conjurados; y haciéndole grandes instancias, le sacó la palabra de que asistiria. Siempre en los banquetes de Sertorio se observaba grande órden y moderacion, porque no podia ni ver ni oir cosa indecente; y estaba

acostumbrado á que los demas que á ellos asistian, en sus chistes y entretenimientos guardaran la mayor moderacion y compostura. Entónces, cuando se estaba en medio del festin, para buscar ocasion de reyerta, empezaron á usar de expresiones del todo groseras; y fingiendo estar embriagados, se propasaron á otras insolencias para irritarle. Él entónces, ó porque le incomodase aquel desórden, ó porque llegase á colegir su intento del precipitado modo de hablar y de la poca cuenta que contra la costumbre se hacía de su persona, mudó de postura y se reclinó en el asiento, como que no atendia ni oia lo que pasaba; pero habiendo tomado Perpena una taza llena de vino, y dejádola caer de las manos en el acto de estar bebiendo, se hizo gran ruido, que era la señal dada; y entónces Antonio, que estaba sentado al lado de Sertorio, le hirió con un puñal. Volvióse éste al golpe, y se fué á levantar; pero Antonio se arrojó sobre él y le cogió de ambas manos; con lo que hiriéndole muchos á un tiempo, murió sin haberse podido defender.

La mayor parte de los Españoles al punto abandonaron aquel partido, y se entregaron á Pompeyo y Metelo, enviándoles al efecto embajadores; y de los que quedaron, se puso al frente Perpena con resolucion de tentar alguna empresa. Valióse de las disposiciones que Sertorio tenía tomadas; pero no fué más que para desacreditarse y hacer ver que no era para mandar ni para ser mandado: pues que habiendo acometido á Pompeyo, fué en el momento derrotado por éste; y quedando prisionero, ni siquiera supo llevar el último infortunio como á un general correspondia; sino que habiendo quedado dueño de la correspondencia de Sertorio, ofreció á Pompeyo mostrarle cartas originales de varones consulares y de otros personajes de gran poder en Roma, que llamaban á Sertorio á la Italia, con deseo de trastornar el órden existente y mudar el gobierno; pero Pompeyo se condujo en esta ocasion, no

como un jóven, sino como un hombre de prudencia consumada, libertando á Roma de grandes sustos y calamidades. Porque recogiendo todas aquellas cartas y escritos de Sertorio, los quemó todos, sin leerlos ni dejar que otro los leyera; y á Perpena le quitó al instante la vida, por temor de que no se esparcieran aquellos nombres entre algunos y se suscitaran sediciones y alborotos. De los que conjuraron con Perpena, unos fueron traidos ante Pompeyo, y perdieron la vida; y otros, habiendo huido al Africa, fueron asaeteados por los Mauritanos. Ninguno escapó sino Aufidio, el rival en amores de Manio; el cual, ó porque se escondió, ó porque no se hizo cuenta de él, mendigo y odiado de todos, llegó á hacerse viejo en un aduar de los bárbaros.

EUMENES.

Del padre de Eumenes Cardiano dice Duris haber sido por su pobreza carretero en el Quersoneso; sin embargo de lo cual habia recibido el hijo una honesta educacion, así en las letras como en los ejercicios de la palestra; y que siendo todavía muchacho, Filipo, que iba de viaje, y se detuvo algun tiempo, concurrió á ver los entretenimientos de los niños cardianos y las luchas de los mozos; y como entre éstos se distinguiese Eumenes, dando muestras de ser activo y valiente, agradándose de él, se le llevó consigo. Parece no obstante estar más en lo cierto los que atribuyen al hospedaje y á la amistad con el padre aquella demostracion de Filipo. Despues de la muerte de éste á ninguno de cuantos quedaron al lado de Alejandro aparecia inferior ni en prudencia ni en lealtad, y aunque no tenía otro título que el de jefe los amanuenses, estaba en igual honor que los más amigos y allegados: tanto, que fué enviado á la India con un ejército de único general, y se le dió el mando de la caballería que antes tenía Perdicas, cuando éste, muerto Hefestion, ocupó su lugar y mando. Por lo mismo, cuando el escudero mayor Neoptolemo dijo despues de la muerte de Alejandro, que él le seguia llevando el escudo y la lanza, y Eumenes llevando el punzon y las tabletas, se le burlaron los Macedonios, por saber

que Eumenes, además de otras distinciones, habia merecido al Rey la de hacerle su deudo por medio de un enlace. Porque habiendo sido Barsine, hija de Artabazo, la primera á quien amó en el Asia, y de la que tuvo un hijo llamado Hércules, de las hermanas de ésta, á Atama la casó con Tolomeo, y á la otra Barsine con Eumenes, cuando hizo aquel reparto de las Persianas y las colocó con sus amigos.

Con todo, tuvo altercados en muchas ocasiones con Alejandro, y corrió peligro á causa de Hefestion. En primer lugar, repartió éste á Ebio el flautista una casa, de la que para Eumenes habian ántes tomado posesion sus criados; é irritándose con este motivo Eumenes contra Alejandro, exclamó, llevando en su compañía á Mentor, que más valia ser flautista ó farsante, arrojando las armas de la mano; de resulta de lo cual Alejandro tomó parte en el enfado de Eumenes, y reprendió á Hefestion. Mas arrepintióse muy luégo, y volvió su enojo contra Eumenes, por parecerle que más bien que libre con Hefestion, habia andado descomedido con él. Envió despues á Nearco con una expedicion al mar exterior, para lo que pidió caudales á sus amigos, por no haberlos en el erario real. A Eumenes le pidió trescientos talentos; pero como no le diese más que ciento, y áun estos de mala gana, y diciendo que con trabajo los habia recogido de sus administradores, no se mostró ofendido, ni los recibió; pero reservadamente dió órden á algunos de su familia de que pusieran fuego á la tienda de Eumenes, con el designio de cogerlo en mentira al tiempo de hacer la traslacion de su dinero. Ardió la tienda ántes de tiempo, con sentimiento de Alejandro, por haberse quemado los escritos de secretaría; pero el oro y plata fundido por el fuego se halló que pasaba de mil talentos. No tomó nada, sin embargo; y ántes escribiendo á todos los sátrapas y generales para que le enviaran copias de los originales que se habian perdido, mandó á Eumenes

que los recogiese. En otra ocasion tuvo con Hefestion contienda por cierto presente, en la que dijo y oyó muchos denuestos; y no por eso recibió entónces ménos; pero habiendo muerto Hefestion de allí á poco, el Rey, que lo sintió mucho, se mostraba desabrido y grave con todos aquellos que le parecia haber mirado con envidia á Hefestion miéntras vivió y haberse alegrado de su muerte; entre los cuales era de Eumenes de quien tenía mayores sospechas, y muchas veces recordaba aquellas contiendas y reprensiones; mas éste, que era astuto y hábil, trató de salvarse por aquel mismo lado por donde era ofendido: porque se acogió al celo y empeño con que Alejandro queria honrar á Hefestion, proponiendo aquellos honores que más habian de ensalzar al difunto, y gastando de su dinero en la contruccion del monumento con profusion y largueza.

Muerto Alejandro, como las tropas no quisiesen obedecer á sus validos, Eumenes en su ánimo favorecia á éstos; pero de palabras se mostraba indiferente entre unos y otros, porque siendo extranjero no le correspondia mezclarse en las disputas de los Macedonios; mas luégo cuando los demas favoritos salieron de Babilonia, habiéndose él quedado en la ciudad, aplacó á una gran parte de la infantería, y la hizo más dócil para la reconciliacion. Aviniéronse despues entre sí los generales, sosegadas que fueron aquellas primeras discordias; y repartiéndose las satrapías y comandancias, á Eumenes le tocaron la Capadocia, y la Paflagonia, por donde confina con el mar Póntico hasta Trapezunte, que todavía no pertenecia á los Macedonios, reinando Ariarates en aquella region: por tanto, era necesario que Leonato y Antígono acompañasen á Eumenes con poderosas fuerzas para darle á reconocer por sátrapa de ella. Como Antígono, que pensaba ya en bandearse por sí, y miraba con desprecio á los demas, no se prestase á ejecutar las órdenes de Perdicas, Leonato bajó con Eumenes á la Frigia, tomando á su cargo aquella expedicion; pero ha-

biéndose unido con él Hecateo, tirano de los Cardianos, y rogádole que auxiliase con preferencia á Antipatro y á los que se hallaban sitiados en Lamia, se decidió á esta marcha, llamando á Eumenes, á quien reconcilió con Hecateo: porque habia entre ellos ciertos recelos, nacidos de disensiones políticas; y Eumenes en muchas ocasiones habia acusado abiertamente la tiranía de Hecateo, excitando á Alejandro á que diera la libertad á los Cardianos. Por tanto, repugnando Eumenes aquella expedicion contra los Griegos, y confesando que recelaba de Antipatro, no fuera que en obsequio de Hecateo, y áun por satisfacer su odio propio, le quitara la vida, Leonato usó con él de confianza, y nada le ocultó de cuanto meditaba: revelándole que el auxilio aquel á que parecia prestarse, no era más que apariencia y pretexto, siendo su designio apoderarse inmediatamente que llegara de la Macedonia; y áun le mostró algunas cartas de Cleopatra que le llamaba á Pela, al parecer para casarse con él; pero Eumenes, ó por temor de Antipatro, ó por desconfianza de Leonato, que era arrebatado y se gobernaba por ímpetus precipitados, movió de noche el campo, llevándose cuanto le pertenecia, que eran trescientos hombres de caballería, doscientos jóvenes de los de su familia armados, y en oro reducido á la cuenta de la plata hasta cinco mil talentos. De este modo huyó en busca de Perdicas, á quien participó los intentos de Leonato, y con quien gozó desde luégo de mucho poder, habiéndole éste hecho de su Consejo. De allí á poco volvió á marchar á la Capadocia con bastantes fuerzas, acompañándole el mismo Perdicas, que en persona iba acaudillándolas; y habiendo sido tomado cautivo Ariarates, y rendídose toda la provincia, fué en ella reconocido por sátrapa. Puso, pues, las ciudades en manos de sus amigos; estableció gobernadores en las fortalezas, y nombró los jueces y procuradores que le pareció, sin que Perdicas se mezclara en ninguno de estos negocios; hecho lo cual se restituyó en su compañía,

ya por mostrársele agradecido, y ya tambien porque no queria dejar la corte.

Estaba confiado Perdicas en que podria por sí mismo poner en ejecucion sus planes; pero entendiendo que para tener guardadas las espaldas necesitaba de un centinela activo y de fidelidad, despachó de la Cilicia á Eumenes, en la apariencia á su satrapía, pero en realidad para tener á raya á la Armenia, que confinaba con sus Estados, y en la que andaba promoviendo sediciones Neoptolemo. A éste, aunque era de genio orgulloso y altanero, procuró atraerle Eumenes por medio de amistosas conferencias; y él en tanto, hallando inquieta é insolente á la falange macedonia, dispuso prepararle como rival una fuerza de caballería; para lo cual concedió á los naturales que podian servir en esta arma, exencion de pechos y tributos; y entre éstos á aquellos de quienes vió podria fiarse, les repartió caballos que compró á su costa: alentando sus ánimos con honores y distinciones, y haciendo sus cuerpos al trabajo por medio del ejercicio y las evoluciones: tanto, que de los Macedonios unos se quedaron asombrados y otros cobraron ánimo, viendo que en tan corto tiempo habia reunido bajo sus órdenes una tropa de caballería que no bajaria de seis mil trescientos hombres.

Más adelante, cuando Cratero y Antipatro, despues de sojuzgados los Griegos, pasaron al Asia con designio de disipar el poder de Perdicas, y se dijo que primero invadirian la Capadocia, Perdicas, que estaba haciendo la guerra á Tolomeo, nombró á Eumenes general en jefe de todas las tropas de la Armenia y la Capadocia; y al mismo tiempo dirigió cartas en que mandaba que Alquetas y Neoptolemo estuvieran á las órdenes de Eumenes, y que éste se condujera en los negocios como viera que convenia; pero Alquetas desde luego se negó á concurrir por su parte, diciendo que los Macedonios que militaban bajo su mando contra Antipatro se avergonzaban de pelear, y

á Cratero áun estaban dispuestos á recibirlo con la mejor voluntad. Por lo que hace á Neoptolemo, no se le ocultó á Eumenes que le estaba fraguando una traicion: llamóle, pues, y en lugar de obedecer, se dispuso á combate. Entónces por la primera vez sacó Eumenes fruto de su prevision y sus aprestos: porque vencida ya su infantería, rechazó con la caballería á Neoptolemo, tomándole todo su bagaje; y cargando con fuerza sobre las tropas enemigas, dispersas con motivo de seguir el alcance, las obligó á rendir las armas y á que, prestado nuevo juramento, sirvieran con él. Neoptolemo, pues, recogiendo de la fuga unos cuantos, se fué á amparar de Cratero y Antipatro; de parte de los cuales se habia ya enviado una embajada á Eumenes, proponiéndole que se pasara á su partido, y recogeria el fruto, no sólo de conservar las satrapías que ya tenía, sino de recibir además de ellos más estados y tropas, haciéndose amigo de Antipatro, de enemigo que ántes era, y no convirtiéndose de amigo en contrario de Cratero. Oida la embajada, respondió Eumenes: que siendo antiguo enemigo de Antipatro, no se haria ahora su amigo, y más cuando veia que él no hacía diferencia entre unos y otros; y en cuanto á Cratero, estaba pronto á reconciliarle con Perdicas, y á que se avinieran á lo justo y equitativo; pero que si empezaba á ofenderle, estaria por él agraviado miéntras tuviese aliento, y ántes perderia su persona y su vida que faltar á su lealtad.

Recibida por Antipatro esta respuesta, pusiéronse á deliberar sobre sus negocios muy despacio; y llegando á este tiempo Neoptolemo en consecuencia de su retirada, les dió cuenta de la batalla, requiriéndolos, sobre que le diesen ayuda, con encarecimiento á entrambos, pero sobre todo á Cratero: diciendo que era muy deseado de los Macedonios, y que con solo ver su sombrero ú oir su voz, corriendo se pasarian á él con las armas. Porque en verdad era grande la reputacion de Cratero, y muchos los

que anhelaban por él despues de la muerte de Alejandro, trayendo á la memoria que repetidas veces á causa de ellos habia sufrido de éste notables desvíos; oponiéndosele al verle inclinado á imitar el fausto persiano, y defendiendo las costumbres patrias, que por el lujo y el orgullo eran ya miradas con desden. Entónces, pues, Cratero envió á Antipatro á la Cilicia, y él, tomando la mayor parte de las fuerzas, marchó con Neoptolemo contra Eumenes, creyendo cogerle desprevenido, en momentos en que sus tropas estarian entregadas al desórden y á la embriaguez, acabando de conseguir una victoria. El que Eumenes hubiese previsto su venida y se hubiera apercibido, podria decirse que era más bien efecto de un mando vigilante que no de una pericia suma; pero el haber no solamente evitado que los enemigos entendieran qué era en lo que él flaqueaba, sino haber hecho tomar las armas contra Cratero á los que con él militaban, sin saber contra quién contendian ni dejarles conocer quién era el general contrario; tal ardid parece que exclusivamente fué propio de este general. Hizo, pues, correr la voz de que volvia Neoptolemo, y con él Pigris, trayendo soldados de á caballo Capadocios y Paflagonios. Era su intento mover de noche; y en la que habia de ejecutarlo, cogiéndele el sueño, tuvo una vision extraña. Parecióle ver dos Alejandros que se disponian á hacerse mutuamente la guerra, mandando cada uno un ejército; y que despues se aparecieron Minerva para auxiliar al uno, y Céres para auxiliar al otro. Trabóse un recio combate; y habiendo sido vencido el favorecido de Minerva, Céres, cortando unas espigas, tejió una corona al vencedor. Por aquí infirió que el sueño se dirigia á él, pues que peleaba por el más delicioso país, en el que se veia mucha espiga que apuntaba del cáliz: porque todo estaba sembrado, y ofrecia el aspecto propio de la paz, estando de una y otra parte muy vistosos los campos con aquella verde cabellera. Aseguróle todavía más el

saber que la seña de los enemigos era Minerva y Alejandro; y él dió tambien por seña Céres y Alejandro, mandando que todos tomasen espigas y con ellas cubriesen y coronasen las armas. Muchas veces estuvo para descubrir y anunciar á los demas jefes y caudillos quién era aquel con quien iba á pelear, no siendo él solo depositario de un arcano que tanto convenia guardar y encubrir; pero al cabo se atuvo á su primer discurso, y no confió aquel peligro á otro juicio que el suyo.

No puso al frente de Cratero á ninguno de los Macedonios, sino dos cuerpos de caballería extranjera mandados por Farsabazo hijo de Artabazo, y por Fénix Tenedio, á quienes dió la órden de que en viendo á los enemigos les acometieran y vinieran con ellos á las manos con toda presteza, sin darles tiempo alguno y sin admitirles parlamentario: porque temia en gran manera á los Macedonios no fuese que conociendo á Cratero desertaran y se pasaran á él. Por su parte, formando un escuadron con los más esforzados, tambien de caballería, en número de trescientos, y colocándose á la derecha, se dispuso á combatir contra Neoptolemo. Luego que pasada una loma que habia en medio, los descubrieron, como cargasen con mucha velocidad y extraordinario ímpetu, sorprendido Cratero, se quejó amargamente con Neoptolemo por haberle engañado acerca de pasársele los Macedonios; y exhortando á los caudillos que le asistian á portarse con valor, acometió igualmente contra los enemigos. Habiendo sido sumamente violento este primer choque, y quebrádose las lanzas, con lo que se hubo de venir á las espadas, Cratero no hizo afrenta á la memoria de Alejandro, sino que derribó á gran número de enemigos, y rechazó muchas veces á los que se le oponian; pero herido al fin por un Tracio, que le acometió de costado, cayó del caballo. Estando en tierra muchos pasaron de largo sin reparar en él; pero Gorgias, uno de los caudillos de Eumenes, le conoció, y apeándose

le puso guardia por verle muy mal parado y casi moribundo. En esto tambien Neoptolemo trabó combate con Eumenes; porque aborreciéndose mutuamente de antiguo, y ardiendo en ira, en dos encuentros no se habian visto; pero al tercero se conocieron, y se vinieron al punto el uno para el otro, metiendo mano á las espadas y alzando grande vocería. Habiéndose encontrado los caballos con la mayor violencia, al modo de galeras, dejaron caer ambos las riendas y se asieron con las manos, quitándose los yelmos, y pugnando por desatar de los hombros las corazas. Miéntras así bregaban, huyeron el cuerpo los dos caballos y ellos vinieron á tierra agarrados como estaban, y empezaron otra lucha; en la cual Eumenes partió á Neoptolemo una pierna al irse á levantar el primero, y se apresuró á ponerse en pié; mas Neoptolemo, apoyándose en la una rodilla perdida la otra, se defendia valerosamente, hiriendo de abajo para arriba; pero sus golpes no eran mortales, y herido en el cuello, cayó desfallecido. Eunemes, llevado de la ira y de su antiguo odio, se puso á quitarle las armas y á decirle injurias, y él, que todavía tenía la espada en la mano, sin que aquél lo percibiera lo hirió por debajo de la coraza por la parte que toca á la ingle; pero la herida más fué para asustar que para ofender á Eumenes, habiendo sido muy leve por la falta de fuerza. Despojó, pues, el cadáver, y aunque se sintió en mal estado por sus heridas, teniendo pasados los muslos y los brazos, montó, sin embargo, á caballo y dió á correr á la otra ala, creyendo que todavía se sostenian los enemigos; mas enterado de la muerte de Cratero, pasó al sitio donde yacía, y hallándole con aliento y en su acuerdo, echó pié á tierra, y prorumpiendo en lágrimas, dijo mil imprecaciones contra Neoptolemo, y se lamentó, tanto de la desgracia de Cratero, como de la precision en que á él se le habia puesto de tener que sufrir y ejecutar tales cosas con un amigo y compañero de su mayor amor y confianza.

Ganó esta batalla Eumenes unos diez dias despues de la primera, resultándole de ella la mayor gloria, al ver que en sus hazañas tenian igual parte la prudencia y el valor; pero atrájole al mismo tiempo igual envidia y odio de parte de los aliados que de parte de los enemigos, por cuanto un advenedizo y un extranjero con las manos y las armas de los mismos Macedonios los habia privado del primero y más aventajado entre ellos. Y si Perdicas, con noticia de la muerte de Cratero, hubiera podido adelantarse, ninguno otro hubiera ocupado el lugar preeminente entre los Macedonios; pero ahora, muerto Perdicas, con motivo de una sedicion en el Egipto dos dias ántes, habia llegado al campamento la nueva de esta batalla; é irritados con ella los Macedonios habian decretado la muerte de Eumenes, nombrando en caudillo de la guerra contra él á Antígono, juntamente con Antipatro. En este tiempo, llegando Eumenes á las dehesas donde pacian los caballos de Alejandro, tomó los que habia menester, y como cuidase de enviar recibo á los encargados, se cuenta que Antipatro se puso á reir, diciendo ser admirable la prevision de Eumenes, que esperaba, ó darles á ellos cuenta de los intereses del Rey, ó haber de tomarla. Era el ánimo de Eumenes, siendo superior en caballería, darles batalla en las llanuras de Sardis, mirando además con complacencia poder hacer al mismo tiempo ante Cleopatra alarde de sus fuerzas; pero á peticion de ésta, que temia excitar sospechas en el ánimo de Antipatro, pasó á la Frigia superior, é invernó en Celainas; donde queriendo competir con él sobre el mando Alcetas, Polemon y Docimo, «esto es, les dijo, lo del proverbio: *con el fin nadie cuenta.*» Habiendo prometido á los soldados que dentro de tres dias les daria el prest, puso en venta las quintas y castillos de aquella region, llenos de gentes y ganados. El general de division ó comandante de tropa extranjera que habia sido comprador de alguno, recibia de Eumenes las máquinas y demas

instrumentos necesarios, y tomándolo por sitio, los soldados se repartian la presa en pago de lo que se les debia. Con esto volvió Eumenes á adquirir estimacion; y habiendo aparecido en el campamento diferentes bandos que habian hecho arrojar los generales de los enemigos, por los cuales se ofrecian honores y cien talentos al que diera muerte á Eumenes, se indignaron terriblemente los Macedonios, é hicieron acuerdo sobre que mil de los principales formaran su guardia, custodiándole siempre así de dia como de noche. Obedecíanle, pues, y tenian placer en recibir de él los mismos honores que de los reyes: porque consideraban á Eumenes con facultad de regalarles sombreros de diversos colores y mantos de púrpura, que era el presente más régio para los Macedonios.

La prosperidad hincha y ensoberbece áun á los de ánimo más pequeño: tanto, que al verlos en medio de sus faustos sucesos parece que realmente están dotados de grandeza y gravedad; pero el hombre verdaderamente magnánimo y fuerte donde se ve y resplandece principalmente es en la adversidad y en los reveses, como Eumenes; porque vencido de Antígono por una traicion en Orcinios de Capadocia, y siendo de éste perseguido, no dió lugar á que el traidor se refugiara á los enemigos, sino que echándole mano, le ahorcó; y huyendo por el camino opuesto de los que le perseguian, le torció sin que éstos lo entendiesen; y dando un rodeo, llegado que fué al sitio donde se dió la batalla, acampó en él, recogió los cadáveres, y con las puertas de las casas de las aldeas vecinas que hizo traer, quemó con separacion á los caudillos, y con separacion á las tropas; y habiéndoles hecho sus cementerios, se retiró: de manera que habiendo ido despues allá Antígono, no pudo ménos de maravillarse de su arrojo y su serenidad. Cayó despues sobre el bagaje de Antígono, y estando en su mano tomar muchas personas libres, muchos esclavos, y gran riqueza amontonada de

tantas guerras y tan cuantiosos despojos, temió que sus soldados cargados con tanto botin y tanta presa se hicieran demasiado pesados para la fuga, y muy delicados para llevar las continuas marchas y aguantar la dilacion y el tiempo, que era en el que principalmente ponia la esperanza de aquella guerra, pensando en cansar y fatigar á Antígono. Mas conociendo la dificultad de apartar á los Macedonios por medio de una órden directa de una riqueza que podian contar por suya, mandó que tomaran ellos alimento y dieran pienso á los caballos, y en seguida marcharan contra los enemigos. En tanto, envió secretamente quien á Menandro, jefe encargado del bagaje de los enemigos, le advirtiese de su parte, como si se interesara por él convertido en su amigo y deudo, de que estuviese apercibido y se retirara cuanto ántes de aquellas llanuras y lugares bajos á la falda de los montes vecinos inaccesibles á la caballería, y poco propia para las sorpresas. Notó Menandro inmediatamente el peligro, y partió de allí: y Eumenes entónces á presencia de todos envió descubridores, dando ya la órden á los soldados de que se armasen y pusieran los frenos á los caballos como para acometer inmediatamente á los enemigos; pero trayéndole los descubridores noticias de que Menandro se habia puesto en plena seguridad con haberse retirado á lugares ásperos, fingiendo que se enfadaba, marchó de allí con sus tropas. Dícese que dando parte Menandro á Antígono de esta ocurrencia, como los Macedonios alabasen á Eumenes y se mostrasen más benignos con él, porque siéndole fácil cautivar á sus hijos y afrentar á sus mujeres, se habia ido á la mano y tenídoles consideracion, replicó Antígono: «No lo ha hecho por amor á nosotros, oh simples; sino por temor de que estas riquezas fuesen grillos para su fuga.»

Andando, pues, Eumenes fugitivo y errante, persuadió á muchos de sus soldados que se retirasen, bien fuera por compasion que les tuviese, ó bien por que no quisiera lle-

var consigo ménos de los que eran menester para pelear, y más de los que convenian para no ser descubierto. Refugiándose, pues, á la fortaleza de Nora, puesta en el confin de la Licaonia y la Capadocia, con quinientos caballos y doscientos infantes, otra vez despidió de allí á aquellos de sus amigos que se lo habian rogado, por no poder sufrir la aspereza del país y la escasez de víveres, saludándolos á todos y tratándolos con la mayor afabilidad. Sobrevino Antígono, y como le llamase á una conferencia ántes de llegar al extremo de ponerle sitio, respondió que Antígono tenía muchos amigos y muchos caudillos que le relevasen; pero si él faltaba, no les quedaba nadie á los que habia tomado bajo su amparo, proponiéndole que le enviara rehenes si tenía por conveniente el que conferenciasen; y como insistiese Antígono en que fuera á hablarle por ser superior, repuso que él no reconocia como superior á ninguno miéntras fuera dueño de su espada. Con todo, habiéndole Antígono enviado á la fortaleza á su sobrino Tolomeo, como el mismo Eumenes lo habia exigido, entónces bajó, y abrazándose se saludaron con amor y cariño, obsequiándose entre sí y tratándose como amigos. Hablaron largamente; y no habiendo Eumenes ni siquiera hecho mencion de seguridad y de paz, y ántes sí pedido que se le sanearan sus satrapías y se le hiciesen presentes, todos los que allí se hallaban se quedaron pasmados, no acertando á ponderar su resolucion y osadía. Al mismo tiempo corrieron muchos de los Macedonios con el deseo de ver qué hombre era Eumenes: porque despues de la muerte de Cratero de ninguno se hablaba tanto en el ejército. Llegando, pues, Antígono á temer por él no se le hiciera alguna violencia, primero hizo publicar que nadie se le acercase, y áun ahuyentó con piedras á los que concurrian: al fin cogió entre sus brazos á Eumenes, y haciendo que sus guardias retirasen á la muchedumbre, con gran trabajo pudo ponerle en seguridad.

Levantó en seguida trincheras contra Nora, y dejando la fuerza correspondiente, se retiró. Sitiado Eumenes, guardaba aquel recinto, dentro del cual tenía trigo en abundancia, agua y sal; pero fuera de esto ningun otro comestible, ni con qué condimentarle. Mas á pesar de todo áun hizo alegre la vida á los que le acompañaban, teniéndolos por dias á su mesa, y sazonando la comida con una conversacion y afabilidad llena de gracia. Su semblante era tambien dulce y en nada parecido al de un guerrero agobiado con las armas, sino alegre y risueño; y, en fin, en todo su cuerpo se mostraba erguido y alentado, pareciendo que con cierto arte gu rdaban entre sí una admirable simetría todos los miembros. No era elegante en el decir; pero sí gracioso y persuasivo, como se puede colegir de sus cartas. Lo que más mortificaba á los que tenía consigo era la angostura á que estaban reducidos, siéndoles preciso vivir apiñados en casas muy pequeñas, y en un recinto que no tenía más que dos estadios de circunferencia, y tomar el alimento sin ningun ejercicio, manteniendo tambien ociosos á los caba los. Queriendo, pues, no sólo librarlos del fastidio que en la inaccion los consumia, sino tenerlos ejercitados para la fuga, si acaso llegaba el tiempo, á los hombres les señaló para paseo el edificio más capaz de todo aquel terreno, que, sin embargo, no tenía más que catorce codos de largo, encargándoles que fueran por grados aligerando el paso. A los caballos los hizo atar al techo con recias sogas que pasando por el arranque del cuello los tenian en el aire, levantándolos más ó ménos por medio de una polea: púsolos, pues, de modo que con los piés traseros se apoyaban en el suelo; pero con los delanteros cuanto tocaban en él con la puntita del casco. Soliviados en esta disposicion, los mozos de cuadra los hostigaban con gritos y latigazos; con lo que, llenos de ardor y de ira, se levantaban y agitaban sobre los piés; y para sentar en firme las manos y pisar el pavimento tenian

que poner en contorsion todo el cuerpo, costándoles semejante esfuerzo mucho sudor y no pocos bufidos, y sirviéndoles este ejercicio de gran provecho, así para la agilidad como para la fuerza y lozanía. Echábanles la cebada majada, para que la mascaran más fácilmente y la cocieran mejor.

Prolongábase demasiado el sitio; y como tuviese noticia Antígono de haber muerto Antipatro en Macedonia, y de estar todo revuelto á causa de las disensiones de Casandro y Polipercon, no limitó ya á poco sus esperanzas, sino que en su ánimo se propuso aspirar á la universalidad del mando, bien que contando con tener á Eumenes por amigo y por auxiliador de sus empresas. Para ello envió á Jerónimo á tratar con Eumenes, remitiendo extendida la fórmula del juramento; pero éste la corrigió, y dejó al arbitrio de los Macedonios que le cercaban el que declarasen cuál era más justa. Porque Antígono hacía al principio alguna mencion de los reyes por cumplimiento, y por lo demas referia á sí mismo todo el juramento; y Eumenes puso en primer lugar á Olimpiada con los reyes; y despues juró que abrazaria los mismos intereses y tendria á los mismos por amigos y por enemigos, no respecto de Antígono solamente, sino respecto tambien de Olimpiada y de los reyes. Túvose esto por lo más justo, y haciendo los Macedonios que bajo esta fórmula jurase Eumenes, levantaron el sitio, y enviaron mensajeros á Antígono para que prestara igual juramento á Eumenes. Luégo que éste se vió libre, restituyó los rehenes de los Capadocios que tenía en Nora, recibiendo de los que se entregaban de ellos caballos, acémilas y tiendas. Reunió al mismo tiempo de sus antiguos soldados á cuantos habiéndose dispersado en la fuga andaban errantes por el país: tanto, que llegó á juntar poco ménos de mil hombres de á caballo, con los cuales desapareció y huyó, temiendo con razon á Antígono: porque no sólo dió órden de que volvieran á sitiarle, restableciendo

las trincheras, sino que contestó ásperamente á los Macedonios por haber admitido la correccion del juramento.

Miéntras así andaba fugitivo Eumenes, le llegaron cartas de los que en Macedonia temian los adelantamientos de Antígono: de Olimpiada, que le llamaba para que tomara bajo su amparo y educara al hijo de Alejandro, á quien se armaban asechanzas; y de Poliporcon y el rey Filipo, que confiriéndole el mando del ejército de Capadocia, le daban órden de hacer la guerra á Antígono y de tomar del tesoro de Cindos quinientos talentos para restablecer su fortuna, y para la guerra cuanto hubiera menester; y sobre estos mismos objetos escribieron tambien á Antigenes y Teutamo, caudillos de los Argiraspidas. Como estos, leidas las cartas, en la apariencia recibiesen con agrado á Eumenes, pero en realidad se viese que estaban devorados de envidia y emulacion, desdeñándose de ser sus segundos; á la envidia ocurrió Eumenes con no recibir la cantidad designada, como que nada le hacía falta; y á la emulacion y ambicion de mando de unos hombres que ni valian para mandar ni querian obedecer, opuso la supersticion. Porque les refirió habérsele aparecido Alejandro entre sueños, y haberle mostrado un pabellon magníficamente adornado, en el que habia un trono real; y que despues le dijo, que cuando se reunieran á despachar en aquel sitio, él estaria en medio de ellos, y tomaria parte en todo consejo y en toda empresa que se comenzara bajo sus auspicios. Fácilmente hizo entrar en esta idea á Antigenes y Teutamo, que no querian concurrir á su posada; así como él se desdeñaba de que se le viera llamar en puerta ajena. Armando, pues, un pabellon real y un trono destinado para Alejandro, allí se reunian á tratar los negocios de importancia. Dirigíanse á las provincias superiores; y Peucestas, que era amigo, se le agregó en el camino con todos los demas Sátrapas. Juntaron en uno todas las tropas; y lo que es con el gran número de armas y la brillantez de los preparati-

vos dieron gran fuerza á los Macedonios; pero habiéndose hecho indóciles por sus riquezas, y delicados por el regalo despues de la muerte de Alejandro; y teniendo además pervertidos sus ánimos y dispuestos á la tiranía con las insolencias de los bárbaros, entre sí no podian ni avenirse ni aguantarse; y por otra parte con lisonjear sin tasa á los Macedonios, gastando con ellos en banquetes y sacrificios, en breve tiempo convirtieron el campamento en un meson de pública destemplanza, é infundieron ideas demagógicas á los soldados sobre la eleccion de generales, como en las democracias. Observando Eumenes que unos á otros se miraban con desprecio, y que á él le temian y trataban de quitarle de en medio si se les presentaba ocasion, fingió hallarse falto de fondos, y tomó á rédito muchos talentos de los que más le aborrecian; para que confiaran de él, y se abstuvieran de su mal propósito por el cuidado de no perder su dinero: de manera que la riqueza ajena vino á convertirse en defensa de su persona; y así como otros dan para que los dejen en sosiego, en él solo se verificó que al recibir debiese su seguridad.

Es verdad que los Macedonios en el tiempo de serenidad se dejaban corromper por los que los agasajaban, que frecuentaban las puertas de éstos, y les hacian la guardia como á sus caudillos; pero cuando Antígono vino á acamparse inmediato á ellos con grandes fuerzas, y los negocios les arrancaron la confesion ingenua de que necesitaban un verdadero general, no solamente los soldados se sometieron á Eumenes, sino que cada uno de aquellos que en la paz y el regalo se ostentaban grandes, cedió entónces, y se prestó á ponerse sin chistar en el lugar que se le señaló; y en el rio Pasitigris como Antígono intentase pasarle, los demas que habian sido apostados en diferentes puntos ni siquiera le sintieron, y sólo se le opuso Eumenes; el cual, trabando con él batalla, hizo en sus tropas gran destrozo, llenando de cadáveres la corriente, y le

tomó cuatro mil cautivos. Mas habiéndole sobrevenido una enfermedad, entónces fué cuando principalmente se vió que si los Macedonios acariciaban á los otros por sus brillantes banquetos y fiestas, para mandar y hacer la guerra en él sólo tenian confianza. Porque habiéndoles dado una espléndida comida Peucestas, repartiendo á víctima por cabeza para el sacrificio, esperó por este medio hacerse el primero; pero al cabo de pocos dias sucedió los siguiente. Estaban los soldados en marcha contra los enemigos, y fué preciso que á Eumenes, que habia enfermado gravemente, se le condujese en litera á cierta distancia del campamento por la falta de sueño: á poco que habian andado se les aparecieron repentinamente los enemigos, que vencidos unos collados descendian á la llanura, y luégo que desde las cumbres resplandeció con el sol el brillo de las armas de oro de una tropa que caminaba en órden, y vieron las torres de los elefantes y las ropas de púrpura, que era el adorno de que usaban cuando se presentaban á batalla, parándose los que iban los primeros en la marcha, empezaron á gritar que se llamara á Eumenes, porque no mandando él no pasaban adelante; y fijando las armas en el suelo, se daban unos á otros la voz de hacer alto, y á los jefes la de que tambien se detuvieran y sin Eumenes no se peleara ni se aventurara accion con los enemigos. Habiéndolo entendido Eumenes, vínose á ellos con celeridad, dando priesa á los que le conducian, y descorriendo de uno á otro lado las cortinas de la litera, les alargaba la mano con el semblante más placentero. Ellos por su parte luégo que le vieron, le saludaron en lengua macedónica, levantaron en alto los escudos, y haciendo ruido con las azconas, provocaron con algazara á los enemigos, manifestando que ya habia llegado su general.

Noticioso Antígono por los cautivos de que Eumenes se hallaba doliente, y que por su mal estado era preciso le llevaran en litera, creyó que no sería de gran trabajo der-

rotar á los demas durante su enfermedad: así, se apresuró á darles batalla. Mas cuando al estar cerca de los enemigos, que ya se hallaban prestos, observó su formacion y su admirable órden, se quedó parado por un rato. Vióse luégo la litera que era conducida de la una ala á la otra; y entónces, echándose á reir Antígono á carcajadas, como solia, dijo á sus amigos: «Aquella litera, segun se ve, es la que nos hace la guerra;» y al punto retrocedió con sus fuerzas, y se volvió al campamento. Los del otro partido apénas respiraron un poco perdieron de nuevo la subordinacion, y dándose al regalo, á ejemplo de los jefes, ocuparon para invernar casi toda la region de los Gabenos: de manera que los últimos tenian sus tiendas á cerca de mil estadios de distancia de los primeros. Luego que lo supo Antígono, marchó otra vez contra ellos de sorpresa por un camino áspero y desprovisto de agua, pero corto, y por el que se atajaba mucha tierra, esperando que si los sobrecogia tan desparramados en sus cuarteles de invierno, ni siquiera les habia de ser fácil á los caudillos el reunirlos. Miéntras así caminaban por un terreno inhabitado, sobrevinieron huracanes fuertes y crudos hielos, que estorbaron la rapidez de la marcha, molestando y fatigando al ejército: fué, pues, recurso preciso el encender muchas hogueras. De aquí nació el ser descubiertos por los enemigos: porque aquellos bárbaros, que apacentaban sus ganados en los montes que miraban hácia el desierto, admirados de ver tantos fuegos, despacharon mensajeros en dromedarios para dar aviso á Peucestas. Luégo que recibió esta noticia con el temor salió fuera de sí, y viendo á los demas en igual disposicion, determinó huir, llevándose tras sí á los soldados que encontraba al paso; pero Eumenes desvaneció su turbacion y su miedo, ofreciéndoles que contendria la celeridad de los enemigos, de manera que llegarian tres dias más tarde de lo que se esperaba. Diéronle asenso, y al mismo tiempo que envió

órdenes para que todas las tropas se reunieran sin dilacion desde sus respectivos cuarteles, montó á caballo con los demas caudillos, y escogiendo en las cumbres un lugar que estuviera bien á la vista de los que caminaban por el desierto, midió en él las distancias, y mandó que de trecho en trecho encendieran fuegos del mismo modo que si hubiera un campamento. Hízose así, y descubiertas las hogueras por Antígono desde los montes, le sobrevino gran pesar y desaliento, por parecerle que muy de antemano lo habian sabido los enemigos, y marchaban en su busca. Para no verse, pues, en la precision de haber de pelear cansado y fatigado del camino contra tropas prevenidas y descansadas, abandonando el atajo hizo la marcha por las aldeas y ciudades, para reponer de esta manera su ejército. Como no encontrase ningun estorbo de los que se encuentran siempre cuando los enemigos se hallan cerca, y los paisanos le dijesen que no se habia visto ningun ejército, y sí todo aquel sitio lleno de hogueras, conoció que habia sido burlado por Eumenes; y mortificado sobremanera continuó con ánimo de que la contienda se decidiese en formal batalla.

En esto, reunida la mayor parte de la tropa del ejército de Eumenes, celebrando su gran talento, resolvió que él sólo tuviera el mando. Disgustados y resentidos de ello los caudillos de los Argiraspidas, Antigenes y Teutamo, empezaron á pensar en los medios de perderle, y teniendo una junta con los más de los otros sátrapas y caudillos, trataron de cómo y cuándo habian de acabar con Eumenes. Como conviniesen todos en que para la batalla se valdrian de él, y terminada le quitarian del medio, Eudamo, conductor de los elefantes, y Faidimo dieron secretamente parte á Eumenes de lo determinado; no por amistad ó inclinacion, sino por el cuidado de no perder el dinero que le tenian dado á logro. Mostróseles agradecido Eumenes; retiróse á su tienda; y diciendo á sus amigos que estaba

rodeado de una caterva de fieras, ordenó su testamento. Rasgó despues y rompió las cartas y escritos que conservaba, no queriendo que despues de su muerte se suscitaran pleitos y calumnias contra sus autores. Arregladas estas cosas, estuvo perplejo entre poner la victoria en manos de los enemigos, y huir por la Media y Armenia para meterse en la Capadocia; pero á nada se resolvió cercado de los amigos, sino que impelido su ánimo por el mismo conflicto á mil diversos pensamientos, por fin ordenó el ejército, exhortando á los Griegos y á los bárbaros, y siendo á su vez alentado por la falange y los Argiraspidas con la voz de que no los esperarian los enemigos. Eran éstos los soldados veteranos del tiempo de Filipo y de Alejandro, atletas nunca vencidos en la guerra, y que habian llegado hasta esta época, teniendo los más de ellos setenta años, y no bajando ninguno de sesenta. Por esta causa al acercarse á los soldados de Antígono les gritaron: «¿contra vuestros padres haceis armas, malas cabezas?»; y cargando con furia, en un momento destrozaron toda su falange, no haciéndoles nadie resistencia, y pereciendo casi todos á sus manos: así en esta parte fué Antígono enteramente derrotado; pero con la caballería quedó vencedor; y como Peucestas hubiese peleado floja y cobardemente, tomó todo el bagaje, ya porque en el peligro obró con el mayor cuidado y vigilancia, y ya tambien por favorecerle el terreno: porque este era una llanura vasta, no profunda ni dura y firme, sino arenosa y llena de un salitre seco y enjuto, que pisoteado por tantos caballos y tantos hombres todo el tiempo que duró la accion, levantaba un polvo parecido á la cal viva, que emblanquecia el aire y quitaba la vista; con lo que pudo más fácilmente Antígono sin ser visto apoderarse de los equipajes de los enemigos.

No bien se hubo terminado la batalla, cuando Teutamo y los de su faccion enviaron embajadores en reclamacion del bagaje; y habiéndoles Antígono ofrecido la restitucion de

éste, y que en todo los complaceria con tal que consiguiese tener en sus manos á Eumenes, tomaron los Argiraspidas una resolucion dura y terrible, que fué la de entregar á Eumenes vivo en manos de sus enemigos. Empezaron por presentársele sin causar sospecha, para tenerle así en observacion, y con este objeto unos se lamentaban de la perdida de los equipajes; otros le daban ánimo, pues que habia quedado vencedor; y otros culpaban á los demas caudillos; pero despues, arrojándose sobre él, le quitaron la espada, y con su mismo ceñidor le ataron las manos á la espalda. Como viniese luégo Nicanor, enviado por Antígono para entregarse de él, pidió que pasándole por entre los Macedonios, se le permitiera hablar, no para interponer ruegos ó disculpas, sino para advertirles de lo que les convenia. Habiéndose impuesto silencio subió á un sitio poco elevado, y tendiendo las manos atadas (1): «¿Podria ni por sueño, exclamó, oh los más malvados de los Macedonios, levantar contra nosotros Antígono un trofeo como el que levantais vosotros contra vosotros mismos, entregando cautivo á vuestro general? ¿Puede darse cosa más vergonzosa que el que siendo vosotros vencedores, os confeseis vencidos á causa del bagaje, como si el vencer pendiera de las riquezas y no de las armas, y áun entregueis á vuestro general por rescate de unos equipajes? Yo por mí sufro esta violencia invicto, porque he vencido á los enemigos, y mi ruina me viene de mis propios aliados; mas vosotros, por Júpiter poderoso y por los Dioses que presiden á los juramentos, dadme aquí la muerte en obsequio de ellos. Si aquí me quitais la vida, me reconozco hechura vuestra; y no temais las quejas de Antígono, porque como quiere á Eumenes es muerto, no vivo. Si no quereis emplear vues-

(1) Justino dice que ántes de hablar se le habian aflojado las ataduras; y sólo habiéndosele ligado de otro modo pudo tenderlas á los Macedonios. Plutarco en la narracion suele ser demasiado rápido y conciso.

tras manos, una de las mias desatada bastará para cumplir la obra; y si desconfiais de poner en mi mano una espada, arrojadme atado á las fieras: que si así lo haceis, yo os doy por libres de toda venganza, considerándoos como los hombres más piadosos y justos que haya habido jamás para con su general.»

Al hablarles así Eumenes, las tropas se mostraban oprimidas de dolor, y prorumpieron en llanto; pero los Argiraspidas gritaron: «que marcharan con él, y no se diera oidos á aquellas chocheces, pues no debia atenderse á las quejas de un miserable Quersonesita, que en mil guerras habia dejado desnudos á los Macedonios; sino á que los primeros entre los soldados de Alejandro y de Filipo, despues de tantos trabajos no quedaran privados del premio de su vejez, teniendo que recibir el sustento de otros, y siendo ya tres las noches que sus mujeres eran afrentadas por los enemigos;» y al mismo tiempo se le llevaron á toda prisa. Antígono, temiendo á la muchedumbre que acudia, porque no habia quedado nadie en el campamento, envió diez de los más valientes elefantes, y gran número de lanceros Medos y Partos, para oponerse al tropel. Por su parte, no pudo resolverse á ver á Eumenes, a causa de su antiguo trato y amistad; y habiéndole preguntado los que se habian encargado de su persona cómo le guardarian, «como á un elefante, les respondió, ó como á un leon.» Túvole despues alguna lástima, y dió órden de que se le quitaran las prisiones pesadas, y se le consintiera tener á su lado un jóven de su confianza para ungirse: permitiendo además que de sus amigos le visitasen los que quisieran, y le proveyesen de lo que hubiera menester. Como hubiese estado muchos dias pensando qué haria de él, escuchó los ruegos y las ofertas que en su favor hacian Nearco Cretense, y su hijo Demetrio, que aspiraban á salvar á Eumenes, cuando todos los demas se oponian y le instaban para que se deshiciera de él. Refiérese haber preguntado Eumenes á Onomarco,

encargado de su custodia, por qué Antígono, teniendo en su mano á un hombre que era su enemigo y su contrario, ó no le quitaba la vida cuanto ántes, ó no le dejaba libre usando de generosidad; y que habiéndole Onomarco respondido con desden, que no era entónces cuando habia de mostrar arrogancia y desprecio de la muerte, sino en la batalla, le replicó Eumenes: «Por Júpiter, que tambien entónces le tuve: pregunta, si no, á los que han venido conmigo á las manos; porque no he encontrado ninguno que me haga ventaja;» á lo que habia repuesto Onomarco: «Pues ya que ahora le has encontrado, ¿por qué no aguardar su disposicion?»

Cuando ya Antígono se resolvió á que se acabara con Eumenes, mandó que se le quitara el alimento; y por dos ó tres dias se le tuvo sin comer para que así falleciese; pero habiendo sido preciso levantar repentinamente el campo, introdujeron un hombre que le quitó la vida. El cadáver lo entregó Antígono á sus amigos, permitiéndoles quemarlo, y que recogieran en una urna de plata sus despojos, para ponerla en manos de su mujer y de sus hijos. Habiendo sido de este modo asesinado Eumenes, la Divinidad por sí no dió castigo alguno á los demas caudillos y soldados que fueron traidores contra él; pero el mismo Antígono, habiendo echado lejos de sí á los Argiraspidas como impíos y feroces, los entregó á Iburcio, gobernador de Aracosia, con órden de que por todos medios los atormentara y destruyera, para que ninguno de ellos volviera á poner el pié en la Macedonia ni á ver el mar de Grecia.

COMPARACION DE SERTORIO Y EUMENES.

Hemos referido lo que en cuanto á Eumenes y Sertorio hemos podido recoger digno de memoria; y viniendo á la comparacion, es comun á entrambos el que siendo extranjeros, advenedizos y desterrados, hubiesen llegado á ser y se hubiesen mantenido generales de naciones diversas, de tropas aguerridas y de poderosos ejércitos. Tuvieron de particular Sertorio, el haber ejercido un mando que le fué conferido por sus aliados, á causa de su grande reputacion; y Eumenes, el que contendiendo muchos con él por el mando, á sus hazañas debió la primacia: al uno le siguieron voluntariamente los que querian ser mandados en justicia; y al otro le obedecieron por su propia conveniencia los que eran incapaces de mandar. Porque el uno, siendo Romano, mandó á los Iberos y Lusitanos; y el otro, siendo del Quersoneso, mando á los Macedonios; de los cuales aquéllos hacía tiempo que servian á los Romanos, y éstos traian entónces sujetos á todos los hombres. Al generalato ascendieron, Sertorio siendo admirado en el Senado y en el ejército; y Eumenes siendo despreciado á causa de no ser mas que un escribiente: así Eumenes no sólo tuvo ménos proporciones para el mando, sino que tuvo tambien mayores obstáculos para sus adelantamientos; porque hubo muchos que abiertamente se le opusieron, y muchos que solapadamente le armaron asechanzas; no como el otro, á quien á las claras nadie, y á

lo último sólo unos pocos de sus confederados ocultamente se le sublevaron. Por tanto, para el uno era el fin de todo peligro el vencer á los enemigos; y para el otro el mismo vencer era un peligro de parte de los que tenía envidiosos.

Los hechos de guerra fueron parecidos y semejantes; pero en diverso modo, siendo Eumenes por carácter belicoso y pendenciero, y Sertorio amante de la paz y del reposo. Porque aquél, habiendo podido vivir en seguridad, disfrutando grandes honores, si hubiera amado el retiro, estuvo en perpétua contienda y peligro con los principales; y á éste, que huia de los negocios, para la seguridad de su persona le fué preciso estar en guerra con los que no le dejaban vivir en paz: pues Antígono de buena voluntad se habria avenido con Eumenes, si absteniéndose de contender por la primacía, se hubiera contentado con el segundo lugar despues de él; y á Sertorio ni siquiera queria permitirle Pompeyo el vivir apartado de todo negocio. Por tanto, el uno voluntariamente se arrojó á la guerra y al mando; y el otro tomó este contra su voluntad, porque le hacian la guerra. Era, pues, apasionado de ésta el que tenía en más la ambicion que la seguridad; y guerrero solamente el que con la guerra adquiria su salud. La muerte al uno le cogió enteramente desprevenido; y al otro cuando ya esperaba su fin; por lo que en el uno hubo candidez, pues parece se fió de unos amigos; y en el otro debilidad, porque habiendo querido huir, dió, sin embargo, lugar á que le echaran mano. La muerte del uno no afrentó su vida, habiendo sufrido de mano de unos amigos lo que ninguno de los enemigos pudo ejecutar jamás; y el otro no habiéndose resuelto á huir ántes de ser cautivo, y queriendo vivir despues de la cautividad, ni evitó ni sufrió la muerte con la grandeza de ánimo que convenia; sino que con humillarse y suplicar al que parecia que sólo dominaba su cuerpo, lo hizo tambien dueño de su espíritu.

AGESILAO.

Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, despues de haber reinado con gran crédito en Esparta, de Lampito, mujer apreciable por su conducta, dejó un hijo llamado Agis; y otro más jóven de Eupolia la de Melisipides, llamado Agesilao. Como por la ley correspondia el reino á Agis, Agesilao, que habia de vivir como particular, se sujetó á la educacion recibida en Lacedemonia, que era dura y trabajosa en cuanto al tenor de vida, pero muy propia para enseñar á los jóvenes á ser bien mandados. Por esto se dice que Simónides llamaba á Esparta domadora de hombres, á causa de que con el auxilio de las costumbres hacía dóciles á los ciudadanos, y sumisos á las leyes, como potros domados bien desde el principio; de cuyo rigor libertaba la ley á los jóvenes que se educaban para el trono. Así hasta esto tuvo en su favor Agesilao, entrar á mandar no ignorando cómo se debia obedecer; por lo cual fué entre los reyes el que en su genio se avino y acomodó más con los súbditos, juntando con la gravedad y elevacion de ánimo propias de un rey, la popularidad y humanidad que le inspiró la educacion.

En las llamadas greyes de los jóvenes que se educaban juntos, tuvo por amador á Lisandro, prendado principalmente de su carácter modesto: pues aunque muy sensible

á los estímulos de la emulacion, y el de genio más pronto entre los de su edad, por lo que en todo aspiraba á ser el primero, y se mostraba irreducible é inflexible en la vehemencia de lo que emprendia, era por otra parte de aquellos con quienes pueden más la persuasion y la dulzura que el miedo, y de los que por pundonor ejecutan cuanto se les manda; siéndoles de más mortificacion las reprensiones, que de cansancio los trabajos. El defecto de una de sus piernas lo encubrió en la flor de su edad la belleza de su halagüeño semblante; y el llevarlo con facilidad y alegría, usando de chistes y burlas contra sí mismo, lo disimulaba y como que lo desvanecia en gran parte; y áun por él sobresalia y brillaba más su emulacion, pues que ningun trabajo ni fatiga le acobardaba no obstante su cojera. No tenemos su retrato, porque no lo permitió, y ántes al morir encargó que no se hiciera ningun vaciado ni ninguna especie de imágen que representara su persona. La memoria que ha quedado es que fué pequeño y de figura poco recomendable; pero su festividad y su alegre y buen humor en todo tiempo, sin manifestar nunca enfado ni cólera, ni en la voz ni en el semblante, le hizo hasta la vejez más amable que los de la más gallarda disposicion. Refiere, sin embargo, Teofrasto, que los Eforos impusieron una multa á Arquidamo por haberse casado con una mujer pequeña: «porque no nos darás reyes, decian, sino reyezuelos.»

Reinando Agis vino Alcibiades de Sicilia á Lacedemonia en calidad de desterrado, y á poco de residir en la ciudad, se le culpó de tener trato ménos decente con Timea, mujer del Rey; y el niño que de ella nació no quiso Agis reconocerlo, diciendo que lo habia tenido de Alcibiades; de lo que escribe Duris no haber tenido gran pesar Timea, sino que ántes bien al oido con las criadas le daba al niño el nombre de Alcibiades, y no el de Leotuquidas. De Alcibiades se refiere tambien haber dicho, que si habia tenido

aquel trato con Timea, no habia sido por hacer afrenta á nadie, sino por la vanidad de que descendientes suyos reinaran sobre los Esparciatas. Mas al cabo por esta causa salió Alcibiades de Lacedemonia, temiendo á Agis. El niño causó siempre sospecha á éste, y no le miró nunca como legítimo; pero hallándose enfermo se arrojó á sus piés con lágrimas, y alcanzó que le declarara por hijo delante de muchas personas. Mas sin embargo, despues de la muerte de Agis, Lisandro, que ya habia vencido á los Atenienses en el combate naval, y gozaba del mayor poder en Esparta, colocó á Agesilao en el trono, por no corresponder á Leotuquidas, que era bastardo; y además otros muchos ciudadanos, que tenian en mucho la virtud de Agesilao y el haberse criado juntos participando de la misma educacion, estuvieron de su parte tambien con el mayor empeño. Mas habia en Esparta un hombre dado à la adivinacion, llamado Diopeites, el cual tenía en la memoria muchos oráculos antiguos, y pasaba por muy sabio y profundo en las cosas divinas. Dijo, pues, que era cosa impía el que un cojo fuera rey de Lacedemonia; acerca de lo cual en el juicio recitó este oráculo:

Por más, oh Esparta, que andes orgullosa
Y sana de tus piés, yo te prevengo
Que de un reinado cojo te precavas:
Pues te vendrán inesperados males,
Y de devastadora y larga guerra
Serás con fuertes olas combatida.

A esto contestó Lisandro, que si los Esparciatas daban valor al oráculo, de quien se habian de guardar era de Leotuquidas: porque al Dios le era indiferente el que reinara uno á quien le flaqueasen los piés; pero que si reinaba quien no fuese ni legítimo ni Heraclida, esto era estar cojo el reino; á lo que añadió Agesilao, que Neptuno habia tes-

tificado la ilegitimidad de Leotuquidas, haciendo á Agis saltar del lecho conyugal con un terremoto, desde el cual se habian pasado más de diez meses hasta el nacimiento de Leotuquidas.

Declarado rey de este modo y por estas causas Agesilao, al punto heredó tambien la hacienda de Agis, excluyendo como bastardo á Leotuquidas; pero viendo que los parientes de aquél por parte de madre, siendo hombres de mucha probidad, se hallaban sumamente pobres, les repartió la mitad de los bienes, granjeándose de esta manera benevolencia y fama, en lugar de envidia y ojeriza con motivo de esta herencia. Lo que dice Jenofonte, que obedeciendo á la patria llegó á lo sumo del poder, tanto que hacía lo que queria, se ha de entender de esta manera. La mayor autoridad de la república residia entónces en los Eforos y en los Ancianos, de los cuales aquellos ejercen la suya un año sólo, y los Ancianos disfrutan este honor por toda la vida: siendo esto así dispuesto, á fin de que los reyes no se creyeran con facultad para todo, como en la vida de Licurgo lo declaramos. Por esta causa solian ya de antiguo los reyes estar con aquellos en una especie de heredada disension y contienda; pero Agesilao tomó el camino opuesto, y dejándose de altercar y disputar con ellos, les tenía consideracion, procediendo con su aprobacion á toda empresa. Si le llamaban, se apresuraba á acudir, y cuantas veces sucedia que estando sentado para despachar en el régio trono pasasen los Eforos, les hacia el honor de levantarse. Cuando habia eleccion de Ancianos para el Senado, á cada uno le enviaba como muestra de parabien una sobrevesta y un buey. Con estos obsequios parecia que honraba y ensalzaba la autoridad de aquellos magistrados, y no se echaba de ver que acrecentaba la suya, dando aumento y grandeza á la prerogativa real con el amor y condescendencia que así se granjeaba.

En su trato con los demas ciudadanos habia ménos que

culpar en él considerado como enemigo que como amigo: porque injustamente no ofendia á los enemigos; y á los amigos los favorecia áun en cosas injustas. Si los enemigos se distinguian con alguna singular hazaña, se avergonzaba de no tributarles el honor debido; y á los amigos no solamente no los reprendia cuando en algo faltaban, sino que se complacia en ayudarles y en faltar con ellos; porque creia que no podia haber nada vituperable en los obsequios de la amistad. Siendo el primero á compadecerse de los de otro partido si algo les sucedia, y favoreciéndolos con empeño si acudian á él, se ganaba la opinion y voluntad de todos. Viendo, pues, los Eforos esta conducta suya, y temiendo su poder, le multaron: dando por causa que á los ciudadanos que debian ser del comun los hacía suyos. Porque así como los físicos piensan que si de la universalidad de los séres se quitara la contrariedad y contienda se pararian los cuerpos celestes y cesarian la generacion y movimiento de todas las cosas por la misma armonía que habria entre todas ellas; de la misma manera le pareció conveniente al legislador lacedemonio mantener en su gobierno un fomento de emulacion y rencilla como incentivo de la virtud: queriendo que los buenos estuviesen siempre en choque y disputa entre sí; y teniendo por cierto que la union y amistad que parece fortuita y sin eleccion, y es ociosa y no disputada, no merece llamarse concordia. Y esto mismo piensan algunos haberlo tambien conocido Homero; porque no presentaria á Agamenon alegre y contento por los acalorados dicterios con que se zahieren é insultan Ulises y Aquiles, á no haber creido que para el bien comun era muy conveniente aquella emulacion de ambos y aquella disension entre los más aventajados. Bien que no faltará quien no apruebe así generalmente este modo de pensar; porque el exceso en tales contiendas es perjudicial á las ciudades, y acarrea grandes peligros.

A poco de haberse encargado del reino Agesilao, vinie-

ron algunos del Asia, anunciando que el rey de Persia preparaba grandes fuerzas para excluir á los Lacedemonios del mar. Deseaba Lisandro ser enviado otra vez al Asia, y dar auxilio á aquellos de sus amigos que habia dejado por gobernadores y tiranos de las ciudades, y que por haberse conducido despótica y violentamente, habian sido expelidos ó muertos por los ciudadanos. Persuadió, pues, á Agesilao que se pusiera al frente del ejército, y que pasando á hacer la guerra léjos de la Grecia, se anticipara á los preparativos del bárbaro. Al mismo tiempo dió aviso á sus amigos del Asia para que enviaran á Lacedemonia á pedir por general á Agesilao. Presentándose éste ante la muchedumbre, tomó á su cargo la guerra, si le concedian treinta entre generales y consejeros Esparciatas, dos mil ciudadanos nuevos escogidos de los Hilotas, y de los aliados una fuerza de seis mil hombres. Con el auxilio de Lisandro se decretó todo prontamente, y enviaron al punto á Agesilao, dándole los treinta Esparciatas, de los cuales fué desde luégo Lisandro el primero, no sólo por su opinion y su influjo, sino tambien por la amistad de Agesilao, á quien le pareció que en proporcionarle esta expedicion le habia hecho mayor favor que en haberle sentado en el trono. Reuniéronse las fuerzas en Gerasto, y él pasó con sus amigos á Aulide, donde hizo noche; y le pareció que entre sueños le decia una voz: «Bien sabes, oh rey de los Lacedemonios, que ninguno ha sido general de toda Grecia, sino ántes Agamenon, y tú ahora despues de él: en consideracion, pues, de que mandas á los mismos que él mandó; que haces á los mismos la guerra, y que partes á ella de los mismos lugares, es puesto en razon que hagas á la Diosa el sacrificio que él hizo aquí al dar la vela;» é inmediatamente se presentó á la imaginacion de Agesilao la muerte de la doncella que el padre degolló á persuasion de los adivinos. Mas no le asombró esta aparicion, sino que levantándose y refiriéndola á los amigos, dijo que honraria

á la Diosa con aquellos sacrificios que por lo mismo de ser Diosa le habian de ser más agradables, y en ninguna manera imitaria la insensibilidad de aquel general; y coronando una cierva, dió órden de que la inmolara su adivino, y no el que solia ejecutarlo, destinado al efecto por los Beocios. Habiéndolo sabido los Beotarcas, encendidos en ira, enviaron heraldos que denunciasen á Agesilao no hiciera sacrificios contra las leyes y costumbres patrias de la Beocia; y habiéndole hecho éstos la intimacion, arrojaron del ara las piernas de la víctima. Fué de sumo disgusto á Agesilao este suceso, y se hizo al mar irritado contra los Tebanos, y decaido de sus esperanzas, á causa del agüero, pareciéndole que no llevaria á cabo sus empresas, ni su expedicion tendria el éxito conveniente.

Llegados á Efeso, desde luégo fué grande la dignidad de Lisandro, y su poder se hizo odioso y molesto, acudiendo en tropel las gentes en su busca, y siguiéndole y obsequiándole todos; de manera que Agesilao tenía el nombre y el aparato de general por la ley; pero en el hecho Lisandro era el árbitro y el que todo lo podia y ejecutaba. Porque de cuantos generales habian sido enviados al Asia, ninguno habia habido ni más capaz, ni más terrible que él; ni hombre ninguno habia favorecido más á sus amigos, ni habia hecho á sus enemigos mayores males. Como aquellos habitantes se acordaban de estas cosas, que eran muy recientes, y por otra parte veian que Agesilao era modesto, sencillo y popular en su trato, y que aquél conservaba sin alteracion su dureza, su irritabilidad y sus pocas palabras, á él acudian todos, y él solo se llevaba las atenciones. En consecuencia de esto desde el principio se mostraban disgustados los demas Esparciatas, teniéndose más por asistentes de Lisandro, que por consejeros del Rey; y despues el mismo Agesilao, aunque no tenía nada de envidioso, ni se incomodaba de que se honrase á otros; como no le faltasen ni ambicion ni carácter, temió no fuera que si ocur-

rian sucesos prósperos se atribuyesen á Lisandro por su fama. Manejóse, pues, de esta manera: primeramente, en las deliberaciones se oponia á su dictámen, y si lo veia empeñado en que se hiciese una cosa, dejándole á un lado, y desentendiéndose de ella, hacía otra muy diferente. En segundo lugar, si acudian con algun negocio los que sabía eran más de la devocion de Lisandro, en nada los atendia. Finalmente, áun en los juicios si veia que Lisandro se ponia contra algunos, éstos eran los que habian de salir mejor; y por el contrario aquellos á quienes manifiestamente favorecia podian tenerse por bien librados si sobre perder el pleito no se les multaba. Con estos hechos, que se veia no ser casuales, sino sostenidos con igualdad y constancia, llegó Lisandro á comprender cuál era la causa, y no la ocultó á sus amigos; ántes les dijo que por él sufrian aquellos desaires, y los exhortó á que hicieran la corte al Rey y á los que podian más que él.

Echábase de ver que con esta conducta y estas expresiones procuraba excitar el odio contra Agesilao; y éste para humillarle más le nombró repartidor de la carne; y segun se dice, al anunciar el nombramiento, añadió delante de muchos: «¡Que vayan ahora éstos á hacer la corte á mi carnicero!» Mortificado, pues, Lisandro, se presentó y le dijo: «Sabes muy bien, ¡oh Agelisao! humillar á tus amigos;» y éste le respondió: «Sí, á los que aspiran á poder más que yo;» y Lisandro entónces: «Quizá es más lo que tú has querido decir que lo que yo he ejecutado; mas señálame puesto y lugar donde sin incomodarte pueda serte útil.» De resulta de esto, enviado al Helesponto, trajo á presentar á Agelisao al persa Espitridates, de la provincia de Farnabazo, con ricos despojos y doscientos hombres de á caballo; pero no se le pasó el enojo, sino que llevándole siempre en su ánimo, pensó en el modo de quitar el derecho al reino á las dos casas, y hacerlo comun para todos los Esparciatas; y es probable que habrian resultado

grandes novedades de esta disension, á no haber muerto ántes haciendo la guerra contra la Beocia. De este modo los caracteres ambiciosos, que no saben en la república guardar un justo medio, hacen más daño que provecho: pues si Lisandro era insolente, como lo era en verdad, no guardando modo ni tiempo en su ambicion, no dejaba Agesilao de saber que podia haber otra correccion más llevadera que la que usó con un hombre distinguido y acreditado que se olvidaba de su deber; sino que arrebatados ambos del mismo afecto, el uno parece haber desconocido la autoridad del general, y el otro no haber podido sufrir los yerros de un amigo.

Sucedió que Tisafernes, temiendo al principio á Agesilao, capituló con él, concediéndole que las ciudades griegas se gobernasen por sus leyes con independencia del Rey; pero pareciéndole despues que tenía bastantes fuerzas, se decidió por la guerra; y Agesilao admitió gustoso la provocacion; porque confiaba mucho en el ejército, y tenía á ménos que los diez mil mandados por Jenofonte hubiesen llegado hasta el mar, venciendo al Rey cuantas veces quisieron; y que él, al frente de los Lacedemonios, que daban la ley por mar y por tierra, no presentara á los Griegos ningun hecho digno de conservarse en la memoria. Pagando, pues, á Tisafernes su perjurio con un justo engaño, dió á entender que se dirigia á la Caria, y cuando el bárbaro tuvo reunidas allí sus fuerzas, levó anclas é invadió la Frigia. Tomó muchas ciudades, y se apoderó de inmensas riquezas, manifestando á sus amigos que quebrantar injustamente la fe de los tratados es insultar á los Dioses; pero que en usar de estratagemas que induzcan en error á los enemigos, no sólo no hay injusticia, sino acrecentamiento de gloria, acompañada de placer y provecho. Era inferior en soldados de á caballo, y al hígado de una víctima se halló faltarle uno de los lóbulos; retiróse, pues, á Efeso, y juntó prontamente caballería por el medio de pro-

poner á los hombres acomodados que si no querian servir en la milicia, dieran cada uno un caballo y un hombre; y como éstos fuesen muchos, en breve tiempo tuvo Agesilao muchos y valientes soldados de á caballo en lugar de inútiles infantes. Porque los que no querian servir, pagaban jornal á los que á ello se prestaban; y los que no querian cabalgar, á los que tenian gusto en ello: pues tambien de Agamenon se dice haber obrado muy cuerdamente en recibir una excelente yegua por librar de la milicia á un hombre cobarde y rico. Ocurrió, asimismo, que los encargados del despacho del botin pusieron de su órden en venta los cautivos, despojándolos del vestido; y como de las ropas hubiese muchos compradores, pero de las personas, viendo sus cuerpos blancos y débiles del todo, á causa de haberse criado siempre á la sombra, hiciesen irrision teniéndolos por inútiles y de ningun valor; Agesilao, que se hallaba presente: «éstos son, dijo, contra quienes peleais, y estas las cosas por que peleais.»

Cuando fué tiempo de volver otra vez á la guerra, anunció que se dirigia á la Lidia, no ya con ánimo de engañar á Tisafernes, sino que él mismo se engañó, no queriendo dar crédito á Agesilao, á causa del pasado error: pensó por tanto que su marcha sería á la Caria, por ser terreno poco á propósito para la caballería, en la que estaba escaso. Mas cuando Agesilao se encaminó, como lo habia dicho al principio, á los campos de Sardis, le fué preciso á Tisafernes correr á aquella parte; y moviendo con la caballería, acabó al paso con muchos de los Griegos que andaban desordenados asolando el país. Reflexionando, pues, Agesilao que no podia llegar tan presto la infantería de los enemigos, cuando á él nada le faltaba de sus fuerzas, se dió priesa á venir á combate; é interpolando con la caballería algunas tropas ligeras, les dió órden de que acometieran rápidamente á los contrarios; y él cargó tambien al punto con la infantería. Pusiéronse en fuga los bárbaros;

y yendo en su persecucion los Griegos, les tomaron el campamento, é hicieron en ellos gran matanza. De resultas de esta batalla, no sólo se hallaron en disposicion de correr y talar á su arbitrio toda aquella provincia del imperio del Rey, sino tambien de presenciar el castigo de Tisafernes, hombre malo, y enemigo implacable de la nacion griega; porque el Rey envió sin dilacion contra él á Titraustes, quien le cortó la cabeza; y con deseo de que Agesilao, haciendo la paz, se retirara á su país, envió quien se lo propusiera, ofreciéndole grandes intereses; pero éste dijo que la paz dependia sólo de la república; y por su parte más se alegraba de que se enriquecieran sus soldados, que de enriquecerse él mismo; y que además los Griegos tenian por más glorioso que el recibir presentes, tomar despojos de los enemigos. Con todo, queriendo manifestar algun reconocimiento á Titraustes por haber castigado al enemigo comun de los Griegos, Tisafernes, condujo el ejército á la Frigia, recibiendo de aquél en calidad de viático treinta talentos. Estando en marcha, le fué entregado un decreto de los que ejercian la autoridad suprema en Esparta, por el que se le daba tambien el mando de la armada naval: distincion de que sólo gozó Agesilao, el cual era sin disputa el mayor y más ilustre de cuantos vivieron en su tiempo, como lo dijo tambien Teopompo; pues que más queria ser apreciado por su virtud, que por sus dignidades y mandos. Sin embargo, entónces, habiendo hecho jefe de la armada á Pisandro, pareció apartarse de estos principios: porque no obstante haber otros más antiguos y de más capacidad, sin atender al bien comun, y dejándose llevar del parentesco y del influjo de su mujer, de la que era hermano Pisandro, puso á éste al frente de la armada.

Situando Agesilao su campo en la provincia sujeta á Farnabazo, no sólo le mantuvo en la mayor abundancia, sino que recogió imponderable riqueza; y adelantándose

hasta la Paflagonia, atrajo á su amistad al rey de los Paflagonios, Cotis, deseoso de ella por su virtud y su fidelidad. Espitridates, desde que rebelándose á Farnabazo se pasó al partido de Agesilao, marchaba siempre y se acampaba con él, llevando en su compañía á un hijo muy hermoso que tenía llamado Megabates (del que siendo todavía muy niño, se prendó con la mayor pasion Agesilao) y á una hija doncella, tambien hermosa, en edad de casarse. Persuadió Agesilao á Cotis que se casase con ella; y recibiendo de él mil caballos y dos mil hombres de tropa ligera, se retiró otra vez á la Frigia, donde corria y talaba la provincia de Farnabazo, que nunca le esperaba ni fiaba en sus fortalezas; sino que conduciendo siempre consigo la mayor parte de sus presas y tesoros, andaba huyendo de una parte á otra, mudando contínuamente de campamentos, hasta que puesto en su observacion Espitridates, que llevaba consigo al esparciata Heripidas, le tomó el campamento, y se apoderó de toda su riqueza. De aquí nació que siendo Heripidas un denunciador rígido de lo que se habia tomado, como obligase á los bárbaros á presentarlo, registrándolo é inspeccionándolo él todo, irritó de tal manera á Espitridates, que le obligó á marcharse á Sardis con los Paflagonios: suceso que se dice haber sido á Agesilao sumamente desagradable. Porque además de sentir la pérdida de un hombre de valor como Espitridates, y de la fuerza que consigo tenía, que no era despreciable, le causaba rubor la nota que le resultaba de avaricia y mezquindad; la que no sólo queria alejar de sí mismo, sino mantener de ella pura á su república. Fuera de estas causas manifiestas, punzábale tambien no ligeramente el amor que tenía impreso él jóven; sin embargo de que áun estando presente, poniendo en accion su carácter firme, pugnó resueltamente para resistir á todo deseo que desdijese. Así es que en una ocasion, acercándose á él Megabates para saludarle con ósculo, se retiró; y como éste avergonzado se

contuviese é hiciese en adelante sus salutaciones desde léjos, pesaroso á su vez y arrepentido Agesilao de haberse hurtado al beso, hizo como que se admiraba de la causa que podia haber habido para que Megabates no presentase ya la boca al saludarle; á lo que: «tú tienes la culpa, le contestaron sus amigos, no aguardando, sino ántes bien precaviéndote y temiendo el beso de aquel mozo; pero si tú quieres, él vendrá y te le dará, bajo la condicion de que no has de temerle segunda vez.» Detúvose algun tiempo Agesilao, pensando entre sí y guardando silencio; y despues dijo: «Paréceme que no hay necesidad ninguna de que le persuadais, porque más gusto he tenido en sostener por segunda vez esta misma pelea del beso, que en que se me convirtiera en oro cuanto tengo á la vista.» Así se manejó con Megabates miéntras estuvo presente; pero despues que marchó, al ver hasta qué punto se inflamó, es difícil asegurar que si hubiese regresado y presentádosele, hubiera podido hacer igual resistencia á dejarse besar.

A este tiempo quiso Farnabazo tener una entrevista con él, y Apolófanes de Cicico, que era huésped de ambos, los reunió. El primero que concurrió con sus amigos al sitio aplazado fué Agesilao, y en una sombra encima de la hierba, que estaba muy crecida, se tendió á esperar á Farnabazo; llegado el cual, aunque se le pusieron alfombras de diferentes colores y pieles muy suaves, avergonzado de ver así tendido á Agesilao, se reclinó tambien en el suelo sobre la hierba, sin embargo de que llevaba un vestido rico y sobresaliente por su delgadez y sus colores. Saludáronse mutuamente, y á Farnabazo no le faltaron justas razones para quejarse de que habiendo sido muy útil en diferentes ocasiones á los Lacedemonios durante la guerra con los Atenienses, ahora aquellos mismos le talaban su país; pero Agesilao, sin embargo de ver que los Esparciatas que le habian acompañado, de vergüenza tenian los ojos bajos, sin saber qué decirse, porque realmente consideraban ser

Farnabazo tratado con injusticia: «Nosotros, oh Farnabazo, le dijo, siendo ántes amigos del Rey, tomábamos amistosamente parte en sus negocios; y ahora, que somos enemigos, nos habemos con él hostilmente. Viendo, pues, que tú quieres ser uno de los bienes y propiedades del Rey, con razon le ofendemos en tí; pero desde el dia en que quieras más ser amigo y aliado de los Griegos que esclavo del Rey, ten entendido que estas tropas, nuestras armas, nuestras naves y todos nosotros seremos defensores y guardas de tus bienes y de tu libertad; sin la cual nada hay para los hombres ni honesto ni apetecible.» Manifestóle en consecuencia de esto Farnabazo su modo de pensar, diciéndole: «Si el Rey encargase el mando á otro que á mí, estaré con vosotros; pero si á mí me le confia, no omitiré medio ni diligencia alguna para defenderme y ofenderos por su servicio.» No pudo ménos Agesilao de oirlo con placer: tomóle la diestra; y levantándose, «¡ojalá, oh Farnabazo, le dijo, teniendo tales prendas, fueras más bien mi amigo que mi enemigo!»

Al retirarse Farnabazo con sus amigos se detuvo su hijo, y corriendo hácia Agesilao, le dijo con sonrisa: «Yo te hago, oh Agesilao, mi huésped;» y teniendo en la mano un dardo, se le presentó: tomóle Agesilao, y causándole placer su aspecto y su obsequio, miró si entre los que le rodeaban tendrian alguna cosa con que pudiera remunerar á aquel gracioso y noble jóven; y viendo que el caballo de su secretario Adeo tenía preciosos jaeces, se los quitó, é hizo á aquél con ellos un regalo. En adelante le tuvo siempre en memoria; y como pasado algun tiempo fuese privado de su casa y arrojado por los hermanos al Peloponeso, le amparó con el mayor celo; y áun en ciertos amores le prestó su auxilio. Porque se habia prendado de un mocito atleta de Atenas; y siendo ya grande, como fuese de mala condicion y se temiese que iba á ser expelido de los juegos Olímpicos, el Persa acudió á Agesilao, pidiéndole por

aquel jóven; y él, queriendo servir á éste, aunque con mucha dificultad y trabajo salió con su intento: porque en todo lo demas era prolijo y ajustado á ley; pero en los negocios de los amigos creia que el querer parecer nimiamente justo no solia ser más que una excusa. Corre, pues, en prueba de esto una carta suya á Hidrieo de Caria en que le decia: «A Nicias, si no ha delinquido, absuélvele; si ha delinquido, absuélvele por mí; y de todas maneras absuélvele.» Esta solia ser en general la conducta de Agesilao en las cosas de sus amigos. Con todo, en ocasiones obraba segun lo que el tiempo pedia, sin atender más que á lo que era conveniente: como se vió cuando habiendo tenido que levantar el campo con precipitacion, se dejó enfermo á un jóven que amaba; porque rogándole éste y llamándole al tiempo de marchar, volvió la cabeza y le dijo: «Cosa difícil es tener á un tiempo juicio y compasion:» segun que así nos lo ha trasmitido Jerónimo el Filósofo.

Pasado ya, el segundo año de su expedicion, era mucho lo que en la corte del Rey se hablaba de Agesilao, y grande la fama de su moderacion, de su sobriedad y de su modestia. Porque armaba para sí solo su pabellon en los templos de mayor veneracion, á fin de tener á los Dioses por expectadores y testigos de aquellas cosas que no solemos hacer en presencia de los hombres; y entre tantos millares de soldados no sería fácil que se viese lecho ninguno más desacomodado ó más pobre que el de Agesilao. Con respecto al calor y al frio, se habia acostumbrado de manera que parecia formado exprofeso para las estaciones tales cuales por los Dioses eran ordenadas; y era para los Griegos que habitaban en el Asia, el espectáculo más agradable ver á los gobernadores y generales, que ántes eran molestos é insufribles, y que estaban corrompidos por la riqueza y el regalo, temer y lisonjear á un hombre que se presentaba con una pobre túnica; y hacer esfuerzos por mudarse y trasformarse á una sola expresion breve y lacónica; de

manera que á muchos les venía á la memoria aquel dicho de Timoteo:

Tirano es el Dios Marte; mas á Grecia
El oro corruptor no la intimida (1).

Conmovida ya el Asia, y dispuesta en muchos puntos á la sublevacion, arregló aquellas ciudades; y poniendo en su gobierno el correspondiente órden sin muertes ni destierros, resolvió ir más adelante; y marchar trasladando la guerra del mar de Grecia, á hacer que el Rey combatiese por la seguridad de su propia persona y por las comodidades de Ecbatana y Susa, y á sacarle ante todas cosas del ocio y del regalo, para que ya no fuese desde su escaño el árbitro de las guerras de los Griegos, ni corrompiese á los demagogos. Mas cuando iba á poner por obra estos pensamientos, vino en su busca el esparciata Epicudidas, anunciándole que Esparta tenía sobre sí una formidable guerra de parte de los Griegos, y los Eforos le llamaban para que acudiese á socorrer la propia casa.

¡Oh mengua! y cómo en vuestra ruina, oh Griegos,
Sois de bárbaros males inventores (2).

Porque ¿qué otro nombre podrá darse á aquella envidia, y á aquella conjuracion y reunion de los Griegos unos contra otros, por la cual renunciaron á la fortuna, que á otra parte los llamaba, y trajeron otra vez sobre sí mismos aquellas armas que estaban vueltas contra los bárbaros, y la guerra que podia mirarse como desterrada de la Grecia? Pues yo no puedo conformarme con Demarato de Corinto, que decia haber carecido del mayor placer los Griegos que

(1) ¿Cómo no ha de ser tirano quien obliga á tales mudanzas? lo demas es bien claro. Este Timoteo fué poeta ditirámbico.
(2) Es un verso de Eurípides en las *Troyanas*.

no habian visto á Alejandro sentado en el trono de Darío; sino que más bien creo que deberian los que le vieron haber llorado, reflexionando que dejaron para Alejandro y los Macedonios aquellos triunfos los que en Leuctras, en Coronea, en Corinto y en la Arcadia vencieron y acabaron á los generales griegos. En cuanto á Agesilao, ninguna accion hubo en su vida más ilustre ó más grande que esta retirada; ni jamás se dió un ejemplo más glorioso de obediencia y de justicia. Pues si Aníbal, cuando ya estaba en decadencia y casi se veia arrojado de la Italia, con gran dificultad obedeció á los que le llamaban á sostener la guerra en casa; y si Alejandro áun tomó á burla la noticia que se le dió de la batalla de Antipatro contra Agis, diciendo: «parece, oh soldados, que miéntras nosotros vencíamos aquí á Darío, ha habido en Arcadia una guerra de ratones; «¿cómo podremos dejar de dar el parabien á Esparta por el honor con que le trató Agesilao, y por su respeto y sumision á las leyes? el cual, apénas recibió la órden, abandonando y arrojando de las manos la singular fortuna y gran poder que de presente tenía, y las brillantes esperanzas que veia próximas, al punto se embarcó, á la mitad de su empresa; dejando gran deseo de su persona á los aliados, y falsificando aquel dicho de Demostrato de Faecia: de que en comun son mejores los Lacedemonios, y en particular los Atenienses; pues habiéndose mostrado rey y general excelente, áun fué mejor y más apacible amigo y compañero para los que en particular le trataron. Como la moneda de Persia tuviese grabado un arquero ó sagitario, al mover su campo, dijo que el Rey lo expelia del Asia con diez mil arqueros; y es que otros tantos se habian llevado á Atenas y á Tebas, y se habian distribuido á los demagogos; con lo que estos pueblos habian declarado la guerra á los Esparciatas.

Pasado el Helesponto, caminaba por la Tracia, sin hablar de permiso á ninguno de aquellos bárbaros; y lo único

que hacía era enviar á preguntar á cada uno de qué manera habia de atravesar su territorio, si como amigo ó como enemigo. Los más le recibieron amistosamente y le acompañaron, cada uno en proporcion á sus fuerzas; sólo los llamados Tralios, de quienes se dice que Jerges negoció con ellos el paso con dádivas, le pidieron en pago de él cien talentos en plata y cien mujeres. Tomólo él á burla, y diciéndoles que por qué no habian acudido desde luégo á cobrarlo, pasó adelante, y hallándolos en órden de batalla, los acometió y derrotó con muerte de un gran número. Hizo al rey de los Macedonios la misma pregunta; y habiendo respondido que lo pensaria, «que lo piense, replicó; pero nosotros en tanto pasaremos.» Admirado el Rey de tamaña osadía, y llegando á cobrar miedo, le envió á decir que transitara como amigo. Hacian los Tesalianos causa comun con los enemigos; por lo que les taló el país: y como habiendo enviado á Larisa á Jenocles y Escita para tratar de amistad, hubiesen sido éstos detenidos y puestos en custodia, todos los demas eran de dictámen de que haciendo alto, pusiese sitio á Larisa; pero él les dijo que ni la Tesalia toda querria tomar con la pérdida de cualquiera de los dos; y los recobró por capitulacion: cosa que no era de admirar en Agesilao, que habiendo sabido haberse dado junto á Corinto una gran batalla, en la que en medio del rebato habian perecido algunas personas principales, y de los Esparciatas muy pocos, cuando la mortandad de los enemigos habia sido muy grande, no por eso mostró alegría y satisfaccion, sino que ántes dando un profundo suspiro, exclamó: «¡Triste de la Grecia, que en daño suyo ha perdido unos varones tan esclarecidos, que si vivieran, bastarian para vencer en combate á todos los bárbaros juntos!» Como los de Farsalia se pusiesen en persecucion de su ejército y le causasen daños, les acometió con quinientos caballos, y habiéndolos puesto en fuga, erigió un trofeo al pié del monte Nartacio; dando á esta victoria la

mayor importancia, á causa de que habiendo creado por sí aquella caballería, con ella sola habia derrotado á los que más pagados estaban de sobresalir en esta arma.

Alcanzóle allí el eforo Difridas, que le traia la órden de invadir inmediatamente la Beocia; y aunque tenía determinado ejecutar despues esto mismo más bien preparado, no creyó que debia apartarse en nada de lo que las autoridades le prescribian; sino que vuelto á sus gentes, les dijo estar cerca el dia por el que habian venido del Asia, y envió á pedir dos cohortes de las tropas que militaban en las inmediaciones de Corinto. Los Lacedemonios que permanecian en la ciudad, para darle pruebas de su aprecio pregonaron que de los jóvenes se alistaran los que quisiesen ir en auxilio del Rey; y habiéndose alistado todos con la mayor prontitud, las autoridades escogieron cincuenta de los más valientes y robustos, y se los mandaron. Púsose Agesilao al otro lado de las Termópilas, y pasando por la Focide, que era amiga, luégo que entró en la Beocia y sentó sus reales junto á Queronea, al mismo tiempo ocurrió un eclipse de sol, presentándose á sus ojos parecido á la luna, y recibió la noticia de haber muerto Pisandro, vencido en un combate naval junto á Gnido por Farnabazo y por Conon. Apesadumbróse con estos sucesos como era natural, tanto á causa del cuñado, como de la república; mas con todo, para que á los soldados en la marcha no les sobrecogiese el desaliento y el terror, encargó á los que habian venido de parte del mar que dijesen por el contrario haber vencido en el combate; y presentándose con corona en la cabeza, sacrificó á la buena nueva, y partió con sus amigos la carne de las víctimas.

Adelantóse á Queronea; y habiendo descubierto á los enemigos, y sido tambien de ellos visto, ordenó su batalla, dando á los Orcomenios el ala izquierda, y conduciendo él mismo el ala derecha. Los Tebanos tuvieron asimismo, por su parte, la derecha; y los Argivos la izquierda. Dice

Jenofonte que aquella batalla fué más terrible que ninguna otra de aquel tiempo, habiéndose hallado presente en auxilio de Agesilao despues de su vuelta del Asia. El primer encuentro no halló resistencia, ni costó gran fatiga, porque los Tebanos al punto pusieron en fuga á los Orcomenios, y á los Argivos Agesilao; pero habiendo oido unos y otros que sus izquierdas estaban en derrota, y huian, volvieron atras. Allá la victoria era sin riesgo, si Agesilao, prosiguiendo en acuchillar á los que se retiraban, hubiera querido contenerse de ir á dar de frente con los Tebanos; pero arrebatado de cólera y de indignacion, corrió contra ellos, con deseo de rechazarlos tambien de poder á poder. Como ellos no los recibieron con ménos valor, se trabó una recia batalla de todo el ejército, más empeñada todavía contra el mismo Agesilao, que se hallaba colocado entre sus cincuenta; cuyo ardor le fué muy oportuno, debiéndoles su salud. Porque áun peleando y defendiéndole con el mayor denuedo, no pudieron conservarle ileso, habiendo recibido en el cuerpo por entre las armas diferentes heridas de lanza y espada, sino que con gran dificultad le retiraron vivo; y entónces, protegiéndole con sus cuerpos, dieron muerte á muchos, y tambien de ellos perecieron no pocos. Hiciéronse cargo de lo difícil que era rechazar á los Tebanos, y conocieron la necesidad de ejecutar lo que no habian querido en el principio: porque les abrieron claro, partiéndose en dos mitades; y cuando hubieron pasado, lo que ya se verificó en desórden, corrieron en su persecucion, hiriéndolos por los flancos; mas no por eso consiguieron ponerlos en fuga, sino que se retiraron al monte Helicon, orgullosos con aquella batalla, á causa de que por su parte salieron invictos.

Aunque Agesilao se hallaba muy mal parado de sus heridas, no permitió retirarse á su tienda ántes de hacerse llevar en litera al sitio de la batalla, y de ver conducir á los muertos sobre sus armas. A cuantos enemigos se aco-

gieron al templo dió órden de que se les dejara marchar libres, porque está allí inmediato el templo de Minerva Itonia; y delante de este templo volvió á poner en pié el trofeo que en otro tiempo erigieron los Beocios, al mando del general Esparton, por haber vencido en aquel mismo sitio á los Atenienses, y dado muerte á Tolmides. Al dia siguiente, al amanecer, queriendo Agesilao probar si los Tebanos saldrian á batalla, dió órden de que se coronasen sus soldados, que los flautistas tocasen sus instrumentos, y que se levantara y adornara un trofeo, como que habian vencido; pero luego que los enemigos enviaron á pedir el permiso de recoger los muertos, lo concedió; y asegurada de esta manera la victoria, marchó á Delfos, porque iban á celebrarse los juegos Píticos. Concurrió, pues, á la fiesta hecha en honor del Dios, y le ofreció el diezmo de los despojos traidos del Asia, que ascendió á cien talentos. Restituido de allí á casa, todavía se ganó más la aficion y admiracion de sus conciudadanos por su conducta y por su método de vida; porque no volvió nuevo de la tierra extranjera, como sucedia con los más de los generales, ni habia mudado sus costumbres por las ajenas, mirando con fastidio y desden las de la patria; sino que apreciando y honrando las cosas del país, tanto como los que nunca habian pasado el Eurotas, no hizo novedad en el banquete, ni en el baño, ni en el tocador de su mujer, ni en el adorno de las armas, ni en el menaje de casa; y áun dejó intactas las puertas, tan antiguas y viejas que parecia ser las mismas que puso Aristodemo: diciendo Jenofonte que el canatro de su hija no tenía particularidad ninguna en que se diferenciase de los demas. Llaman canatros á unas figuras de madera de grifos y de hircocerbos, en las que llevan las niñas en las procesiones. Jenofonte no nos dejó escrito el nombre de la hija de Agesilao, y Dicearco lleva muy á mal que no sepamos quién fué la hija de este rey, ni la madre de Epaminondas; mas nosotros hallamos en las

memorias Lacónicas que la mujer de Agesilao se llamaba Cleora, y sus hijas Apolia y Proluta; y áun se muestra su lanza conservada hasta el dia de hoy en Esparta, la que en nada se diferencia de las demas.

Como observase que algunos de los ciudadanos tenian vanidad y se daban importancia con criar y adiestrar caballos, persuadió á su hermana Cúnica á que sentada en carro contendiera en los juegos Olímpicos; queriendo con esto hacer patente á los Griegos que semèjante victoria no se debia á virtud alguna, sino á sola la riqueza y profusion. Tenía en su compañía para servirse de su ilustracion al sabio Jenofonte, y le dijo que trajera á sus hijos á que se educaran en Lacedemonia, para que aprendieran la más importante de todas las ciencias, que es la de ser mandados y mandar.

Despues de la muerte de Lisandro halló que éste habia formado una grande liga contra él, en lo que habia trabajado inmediatamente despues de su vuelta del Asia; y tuvo el pensamiento de hacer ver cuál habia sido la conducta de este ciudadano miéntras vivió; y como hubiese leido un discurso escrito en un cuaderno, del que fué autor Cleon de Halicarnaso, pero que habia de ser pronunciado ante el pueblo por Lisandro, tomándolo para este efecto de memoria, en el que se proponian novedades y mudanzas en el gobierno, estaba en ánimo de darle publicidad. Mas leyó el discurso uno de los senadores, y temiendo la habilidad y artificio con que estaba escrito, le aconsejó que no desenterrara á Lisandro, sino que ántes enterrara con él el tal discurso; y convencido, desistió de aquel propósito.

A los que se le mostraban contrarios, nunca les hizo el menor daño abiertamente, sino que negociando el que se les enviara de generales ó de gobernadores, demostraba que los empleos se habian habido mal y con falta de integridad, é intercediendo despues en su favor y defendiéndolos, si eran puestos en juicio, de este modo los hacía

sus amigos, y los traia á su partido; de modo que llegó á no tener ningun rival. Porque el otro rey Agesipolis, sobre ser hijo de un desterrado, era en la edad todavía muy jóven y de un carácter apacible y blando, por lo que tomaba muy poca parte en los negocios públicos, y áun así procuró atraerlo y hacerlo más dócil: por cuanto los reyes comen juntos, asistiendo al mismo banquete miéntras permanecen en la ciudad. Sabiendo, pues, que Agesipolis estaba como él sujeto á contraer fácilmente amores, le movia siempre la conversacion de algun jóven amable, y le inclinaba hácia él, y le acompañaba y auxiliaba: pues tales amores entre los Lacedemonios no tenian nada de torpe, sino que ántes promovian el pudor, el deseo de gloria y una emulacion de virtud, como dijimos en la vida de Licurgo.

Como era tan grande su poder en la república, negoció que á su hermano de madre Teleucias se le diera el mando de la armada; y habiendo dispuesto una expedicion contra Corinto, él tomó por tierra la gran muralla, y Teleucias con las naves. Estaban entónces los Argivos apoderados de Corinto, y celebraban los juegos Istmicos; sorprendiólos, pues, y les hizo salir de la ciudad cuando acababan de hacer el sacrificio al Dios, dejando abandonadas todas las prevenciones. Entónces cuantos Corintios acudieron de los que se hallaban desterrados le rogaron que presidiese los juegos; pero á esto se resistió; y siendo ellos mismos los presidentes y distribuidores de los premios, se detuvo únicamente para darles seguridad. Mas despues que se retiraron volvieron los Argivos á celebrar los juegos, y algunos vencieron segunda vez; pero otros hubo que habiendo ántes vencido fueron vencidos despues, sobre lo cual los notó Agesilao de excesiva cobardía y timidez, pues que teniendo la presidencia de estos juegos por tan excelente y gloriosa, no se atrevieron á combatir por ella. Por su parte creia que en estas cosas no debia ponerse más que

mediano esmero; y en Esparta fomentaba los coros y los combates con presenciarlos siempre, con manifestar celo y cuidado acerca de ellos, y con no faltar á las reuniones de los jóvenes ni á las de las doncellas; pero en cuanto á objetos que excitaban la admiracion de los demas, hacía como que ni siquiera sabía lo que eran. Así, en una ocasion Calipides, célebre actor de tragedias, que tenía en toda la Grecia grande nombre y fama, y á quien todos guardaban consideracion, primero se presentó á saludarlo; despues se mezcló con sobrada confianza entre los demas compañeros de paseo, procurando que fijara en él la vista, creido de que le daria alguna muestra de aprecio; y últimamente le preguntó: «¿Cómo? ¿no me conoces, oh rey?» y entónces volviéndose á mirarle dijo: «¿No eres Calipides el *diquelicta* ó remedador?» porque los Lacedemonios dan este nombre á los cómicos. Llamáronle una vez para que oyera á uno que imitaba el canto del ruiseñor; y se excusó diciendo que muchas veces habia oido á los ruiseñores. Al médico Menecrates, por haber acertado casualmente con algunas curas desesperadas, dieron en llamarle Júpiter, y él mismo no sólo se daba neciamente este sobrenombre, sino que se atrevió á escribir á Agesilao de este modo: «*Menecrates Júpiter al rey Agesilao, salud y contentamiento;*» y él le puso en la contestacion: «*El rey Agesilao á Menecrates, juicio.*»

Habiéndose detenido en el país de Corinto, y tomado el templo de Juno, miéntras estaba ocupado en ver cómo los soldados conducian y custodiaban los cautivos, le llegaron embajadores de Tebas solicitando su amistad; pero como siempre hubiese estado mal con este pueblo, y áun entónces le pareciese que convenia ajarlo, hizo como que no los veia ni entendia cuando se le presentaron. Mas sobrevínole un accidente desagradable que pudo parecer castigo: porque ántes de retirarse los Tebanos le llegaron mensajeros con la nueva de que la armada habia sido derrotada por

Ificrates: descalabro de que les quedó sensible memoria por largo tiempo, porque perdieron los varones más excelentes, siendo vencida la infantería de línea por unas tropas ligeras, y los Lacedemonios por unos mercenarios. Marchó, pues, sin dilacion Agesilao en su socorro; mas cuando se convenció de que no habia remedio, regresó al templo de Juno, y dando órden de que se presentaran los Tebanos, se puso á darles audiencia; mas como ellos á su vez le hiciesen el insulto de no volver á hablar de paz, sino solo de que los dejara pasar á Corinto, encendido en cólera Agesilao, «si quereis, les dijo, ver lo orgullosos que están nuestros amigos por sus ventajas, mañana podreis gozar de este espectáculo con toda seguridad;» y llevándolos al dia siguiente en su compañía, taló los términos de Corinto y llegó hasta las mismas puertas de la ciudad. Como sobrecogidos de miedo los Corintios no se atreviesen á emplear medio ninguno de defensa, despidió ya los embajadores. Recogió ántes los tristes restos de la brigada, y partió para Lacedemonia, tomando la marcha ántes del dia, y haciendo alto cuando era ya de noche, para que aquellos Arcades, que los miraban con envidia y encono, no los insultasen. De allí á poco, en obsequio de los Aqueos, emprendió con ellos una expedicion contra los de Acarnania; y habiéndolos vencido, les tomó un rico botin. Rogábanle los Aqueos que deteniéndose hasta el invierno estorbara á los enemigos hacer la simienza, y él les contestó que ántes lo haria al reves, porque les sería más sensible la guerra habiendo de tener sembrados sus campos hasta el verano; lo que así efectivamente sucedió, porque formada nueva expedicion contra ellos, se reconciliaron con los Aqueos.

Despues, como Conon y Farnabazo hubiesen quedado dominando en el mar con la armada de Persia, y tuviesen sitiadas, por decirlo así, las costas de la Laconia, al mismo tiempo que los Atenienses levantaban las murallas de su ciudad, dándoles Farnabazo los fondos para ello, parecióles

á los Lacedemonios conveniente hacer la paz con los Persas. Comisionaron, pues, á Antalcidas para que pasara á tratar con Tiribazo; y el resultado fué abandonar tan vergonzosa como injustamente á los Griegos habitantes del Asia, por quienes Agesilao habia hecho la guerra, dejándolos sujetos al Rey. De aquí es que de la vergüenza de este ignominioso acuerdo participó Agesilao, á causa de que Antalcidas estaba enemistado con él, y así nada omitió para negociar la paz, en vista de que con la guerra crecia el poder de Agesilao, y cada dia ganaba crédito y opinion. Con todo, á uno que con ocasion de esta paz se dejó decir que los Lacedemonios *medizaban* ó abrazaban los intereses de los Medos, le respondió Agesilao que más bien los Medos *laconizaban,* y amenazando y denunciando la guerra á los que no querian admitir el tratado, los obligó á suscribir á lo que el Rey habia dictado: conduciéndose así principalmente en odio de los Tebanos, para que fueran más débiles por el hecho mismo de quedar independiente toda la Beocia; lo que pareció más claro poco despues. Porque cuando Febidas cometió aquel atroz atentado de tomar, vigentes los tratados y en tiempo de paz, el alcázar Cadmeo, los Griegos todos se mostraron indignados, y los Esparciatas mismos lo llevaron á mal, especialmente los que no eran de la parcialidad de Agesilao, que llegaron á preguntar á Febidas con enfado qué órden habia tenido para tal proceder, manifestando con bastante claridad sobre quién recaian sus sospechas; pero el mismo Agesilao no tuvo reparo en tomar la defensa de Febidas, diciendo sin rodeo que no habia más que examinar sino si la accion era en sí misma útil, porque todo lo que á Lacedemonia fuese provechoso debia hacerse espontáneamente, aunque nadie lo mandara. Y eso que de palabra siempre estaba dando la preferencia á la justicia sobre todas las virtudes; porque decia que la fortaleza nada servia sin la justicia; y que si todos los hombres fueran justos, demas estaria la fortaleza. A uno que

usó de la expresion: «Así lo dispone el gran Rey,» le replicó: «¿Cómo será más grande que yo, si no es más justo?» Creyendo con razon que lo justo debe ser la medida real con que se regule la mayoría y excelencia del poder. La carta que hecha la paz le envió el Rey con objeto de hospitalidad y amistad, no quiso recibirla, diciendo que le bastaba la amistad pública, sin haber menester para nada la particular, miéntras aquella subsistiese. Mas en las obras no acreditó esta opinion; sino que arrebatado del deseo de gloria, y del de satisfacer sus resentimientos, especialmente contra los Tebanos, no sólo sacó á salvo á Febidas, sino que persuadió á la ciudad que tomara sobre sí aquella injusticia, que conservara bajo su mando el alcázar, y que pusiera al frente de los negocios á Arquias y Leontidas, por cuyo medio Febidas habia entrado en el mencionado alcázar y se habia apoderado de él.

Vínose, pues, desde luégo por estos antecedentes en sospecha de que aquella injusticia, si bien habia sido obra de Febidas, habia procedido de consejo de Agesilao; y los hechos posteriores confirmaron este juicio. Porque apénas con el auxilio de los Atenienses se arrojó del alcázar á la guarnicion, y quedó la ciudad libre, hizo cargo á los Tebanos de haber dado muerte á Arquias y Leontidas, que en la realidad eran unos tiranos, aunque tenian el nombre de polemarcas, y les declaró la guerra. Reinaba ya entónces Cleombroto, por haber muerto Agesipolis, y fué aquél enviado á esta guerra con las correspondientes fuerzas; porque Agesilao hacía cuarenta años que habia salido de la pubertad, y como por ley tuviese ya la exencion de la milicia, rehusó tomar á su cargo esta expedicion; y es que se avergonzaba, habiendo hecho poco ántes la guerra á los Fliasios en favor de los desterrados, de ir ahora á causar daños y molestias á los de Tebas por unos tiranos. Hallábase en Tespias de gobernador un Esparciata llamado Esfodrias, del partido contrario al de Agesilao, hombre que

no carecia de valor ni de ambicion, pero en quien podian más que la prudencia las alegres esperanzas. Ansioso, pues, de adquirir nombradía, y persuadido de que Febidas se habia hecho célebre y afamado por la empresa de Tebas, se figuró que sería todavía hazaña más ilustre y gloriosa si conseguia, sin inspiracion de nadie, tomar el Pireo, y excluir del mar á los Atenienses, acometiéndolos por tierra cuando ménos lo esperaban. Hay quien diga que este fué pensamiento de los beotarcas Pelópidas y Melon; los que habian enviado personas que, mostrándose aficionadas á Esparta, habian hinchado con alabanzas á Esfodrias, haciéndole creer que él solo era capaz de semejante designio, y le habian incitado y acalorado á un hecho injusto al igual de aquel, pero que no tuvo tan de su parte á la osadía y la fortuna. Porque le cogió y amaneció el dia en el campo Triasio, cuando esperaba introducirse todavía de noche en el Pireo; y como los soldados hubiesen advertido cierta luz que salia de algunos de los templos de Eleusine, se dice haberse sobresaltado y llenádose de miedo. Faltóle á él tambien la resolucion cuando vió que no podia ocultarse: por lo que, sin haber hecho más que una ligera correría, tuvo que retirarse á Tespias oscura y vergonzosamente. A consecuencia de este intento enviáronse acusadores contra él de Atenas; pero encontraron que los magistrados de Esparta no habian necesitado de esta diligencia, pues que sin ella le tenian ya intentada causa capital; á la que desconfió presentarse temeroso de sus conciudadanos; los cuales, por huir de la afrentosa inculpacion de los Atenienses, se dieron por ofendidos é injuriados, para librarse de la sospecha de que trataban de injuriar.

Tenía Esfodrias un hijo llamado Cleonumo, jóven de bella persona, á quien amaba Arquidamo, hijo del rey Agesilao; y entónces le tenía compasion viéndole angustiado por el peligro de su padre; pero no se creia en disposicion de

favorecerle y auxiliarle abiertamente, porque Esfodrias era de la parcialidad contraria á Agesilao. Buscándole, pues, Cleonumo, y rogándole con lágrimas le alcanzara el favor de Agesilao, porque á él era á quien más temian; por tres ó cuatro dias no hacía Arquidamo más que seguir al padre sin hablarle palabra, detenido por el pudor y el miedo; pero, por último, acercándose la vista de la causa, se resolvió á decir á Agesilao que Cleonumo le habia interesado por su padre. Aunque Agesilao habia echado de ver que Arquidamo era amador de Cleonumo, no pensó en retraerle, porque desde luégo comenzó éste á tener más opinion que ninguno otro entre los jóvenes, dando muestras de que sería hombre de probidad; pero tampoco por entónces respondió al hijo de manera que pudiera tener esperanza de éxito favorable y fausto; sino que diciéndole que miraria lo que pudiera ser útil y conveniente, le despidió. Avergonzado con esto Arquidamo, se abstuvo de buscar la compañía de Cleonumo, sin embargo de que ántes solia solicitarla diferentes veces al dia; y tambien se desanimaron los demas que trabajaban por Esfodrias: hasta que Etumocles, amigo de Agesilao, les reveló en una conferencia cuál era el modo de pensar de éste; pues el hecho lo vituperaba como el que más, pero al mismo tiempo reputaba á Esfodrias por buen ciudadano, y se hacía cargo de que la república necesitaba soldados como él; y es que esta conversacion la hacía con unos y con otros ántes del juicio, queriendo condescender con los ruegos del hijo: tanto, que Cleonumo conoció que Arquidamo le habia servido, y los amigos de Esfodrias cobraron ánimo para sostenerle. Porque era Agesilao amante con exceso de sus hijos; y acerca de sus juegos con ellos se dice que solia, cuando eran pequeños, correr por la casa montado como en caballo en una caña; y que habiéndole sorprendido uno de sus amigos, le rogó que no lo dijese á nadie hasta que hubiera tenido hijos.

Fué efectivamente absuelto Esfodrias; y como los Atenienses, luégo que lo supieron, les moviesen guerra, clamaban todos contra Agesilao, por parecerles que cediendo á un deseo inconsiderado y pueril habia estorbado un juicio justo, y que habia hecho á la república objeto y blanco de quejas con semejantes atentados cometidos contra los Griegos. En este estado notó que Cleombroto no se mostraba pronto á hacer la guerra á los Tebanos; y dejando entónces á un lado la ley de que se habia valido ántes para no ir á la otra expedicion, invadió en persona la Beocia, haciendo á los Tebanos cuanto daño pudo, y recibiéndolo á su vez; de manera que retirándose en una de estas ocasiones herido, le dijo Antalcidas: «Bien te pagan los Tebanos su aprendizaje, habiéndoles tú enseñado á pelear, cuando ellos ni sabian ni querian.» Y en realidad se dice que en estos encuentros los Tebanos se mostraron sobremanera diestros y esforzados, como ejercitados con las contínuas guerras que contra ellos movieron los Lacedemonios. Por lo mismo previno el antiguo Licurgo en sus tres series de leyes, llamadas *Retras,* que no se hiciera la guerra muchas veces á unos mismos enemigos, para que no la aprendiesen. Estaban tambien mal con Agesilao los aliados, porque intentaba la ruina de los Tebanos, no á causa de alguna ofensa comun contra los Griegos, sino por encono y enemiga particular que contra aquéllos tenía. Decian, pues, que los gastaba y maltraia sin objeto de su parte, haciendo que los más concurrieran allí todos los años, para estar á las órdenes de los que eran ménos; sobre lo que se dice haber recurrido Agesilao á este artificio, á fin de hacerles ver que no eran tantos hombres de armas como creian. Mandó que todos los aliados juntos se sentaran de una parte, y los Lacedemonios solos de otra: dispuso despues que á la voz del heraldo se levantaran primero los alfareros; puestos éstos en pié, llamó en segundo lugar á los latoneros; despues á los carpinteros;

luégo á los albañiles; y así á los de los otros oficios. Levantáronse, pues, casi todos los aliados, y de los Lacedemonios ninguno, porque les estaba prohibido ejercer y aprender ninguna de las artes mecánicas; y por este medio, echándose á reir Agesilao: «¿veis, les dijo, con cuántos más soldados contribuimos nosotros?»

En Megara cuando volvia con el ejército de Tebas, al subir al alcázar y palacio del Gobierno le acometió una fuerte convulsion y dolores vehementes en la pierna sana, que apareció muy hinchada, y como llena de sangre con una terrible inflamacion. Un cirujano natural de Siracusa le abrió la vena que está más abajo del tobillo, con lo que se le mitigaron los dolores; pero saliendo en gran copia la sangre, sin poder restañarla, le sobrevinieron desmayos, y se puso muy de peligro, mas al cabo se contuvo la sangre, y llevado á Lacedemonia, quedó por largo tiempo muy débil é imposibilitado de mandar el ejército. Sufrieron en este tiempo frecuentes descalabros los Esparciatas por tierra y por mar; de los cuales fué el mayor el de Leuctras, donde por la primera vez fueron vencidos y derrotados de poder á poder por los Tebanos. Aun ántes de esta derrota habia parecido á todos conveniente hacer una paz general; y concurriendo de toda la Grecia embajadores á Lacedemonia para ajustar los tratados, fué uno de éstos Epaminondas, varon insigne por su educacion y su sabiduría, pero que no habia dado todavía pruebas de su pericia militar. Como viese, pues, que todos los demas deferian á Agesilao, él solo manifestó con libertad su dictámen, haciendo una proposicion útil, no á los Tebanos, sino á la Grecia: pues les manifestó que con la guerra crecia el poder de Esparta, cuando todos los demas no sentian más que perjuicios; y los inclinó á que fundaran la paz sobre la igualdad y la justicia: porque sólo podria ser duradera quedando todos iguales.

Observando Agesilao que todos los Griegos le habian

oido con gusto y se adherian á él, le preguntó si creia justo y equitativo que la Beocia quedase independiente, y repreguntándole Epaminondas con gran prontitud y resolucion, si tenía él por justo quedara independiente la Laconia, levantándose Agesilao con enfado, le propuso que dijera terminantemente si dejarian independiente la Beocia. Volvió otra vez Epaminondas á replicarle, si dejarian independiente á la Laconia; con lo que se irritó Agesilao, de manera que aprovechando la ocasion borró de los tratados el nombre de los Tebanos, y les declaró la guerra: diciendo á los demas Griegos, que avenidos ya entre sí, podian retirarse, en el concepto de que por lo que pudiera aguantarse regiria la paz, y lo que pareciese insufrible se quedaria á la decision de la guerra; pues que era sumamente dificultoso aclarar y concertar todas las desavenencias. Hallábase casualmente por aquel tiempo Cleombroto con su ejército en la Focide, y los Eforos le enviaron al punto órden de que marchase con sus tropas contra los Tebanos. Convocaron tambien á los aliados; y aunque con disgusto, por hacérseles muy molesta la guerra, acudieron sin embargo en gran número, porque todavía no se atrevian á contradecir ó disgustar á los Lacedemonios. Hubo muchas señales infaustas, como dijimos en la vida de Epaminondas; y aunque Protoo el Esparciata se opuso á la expedicion, no cedió Agesilao, sino que llevó adelante la guerra, con la esperanza de que habiendo quedado fuera de los tratados los Tebanos, al mismo tiempo que toda la Grecia gozaba de la independencia, habia de ser aquella la oportunidad de vengarse de ellos; pero la oportunidad lo que declaró fué que en decretar aquella expedicion tuvo más parte la ira que la reflexion y el juicio: porque en el dia 14 del mes Esquiroforion se hicieron los tratados en Lacedemonia y en el 5 del mes Hecatombeon fueron vencidos en Leuctras: no habiendo pasado más que veinte dias. Murieron mil de los Lacedemonios, y el rey Cleombroto,

y alrededor de él los más alentados de los Esparciatas. Dícese que entre éstos murió tambien Cleonumo, aquel jóven gracioso hijo de Esfodrias; y que habiendo caido en tierra tres veces delante del Rey, otras tantas se volvió á levantar para combatir con los Tebanos.

Habiendo experimentado entónces los Lacedemonios una derrota inesperada, y los Tebanos una dicha y acrecentamiento de gloria cuales nunca habian experimentado ántes los Griegos peleando unos contra otros, no es ménos de admirar y aplaudir por su virtud la ciudad vencida que la vencedora. Y si dice Jenofonte, que de los hombres excelentes áun las conversaciones y palabras de que usan en medio del solaz y los banquetes tienen algo digno de recuerdo, en lo que ciertamente tiene razon; áun es más digno de saberse y quedar en memoria lo que los hombres formados á la virtud hacen y dicen con decoro cuando les es contraria la fortuna. Porque hacía la casualidad de que Esparta solemnizase una de sus festividades, y fuese grande en ella el concurso de forasteros con motivo de celebrarse combates gimnásticos, cuando llegaron de Leuctras los que traian la nueva de aquel infortunio; y los Eforos, aunque desde luégo entendieron haber sido terrible el golpe, y que habian perdido el imperio y superioridad, ni permitieron que el coro se retirase, ni que se alterase en nada la forma de la fiesta; sino que enviando por las casas á los interesados los nombres de los muertos, ellos continuaron en el espectáculo, atendiendo al combate de los coros. Al dia siguiente al amanecer, sabiéndose ya de público quiénes se habian salvado y quiénes habian muerto, los padres, tutores y deudos de los que habian fallecido bajaron á la plaza, y unos á otros se daban la mano con semblante alegre, mostrándose contentos y risueños; mas los de aquellos que habian quedado salvos, como en un duelo se mantenian en casa con las mujeres; y si alguno tenía que salir por necesidad, en el gesto, en la voz y en las miradas se

mostraba humillado y abatido. Todavía se echaba esto más de ver en las mujeres, observando á la madre que esperaba á su hijo salvo de la batalla, triste y taciturna; y á las de aquellos que se decia haber perecido, acudir al punto á los templos, y buscarse y hablarse unas á otras con alegría y satisfaccion. Sin embargo de todo esto, á muchos, luégo que se vieron abandonados de los aliados, y tuvieron por cierto que Epaminondas, vencedor y lleno de orgullo con el triunfo, trataria de invadir el Peloponeso, les vinieron á la imaginacion los oráculos y la cojera de Agesilao, propendiendo al desaliento y á la supersticion, por creer que aquellas desgracias le habian venido á la ciudad á causa de haber desechado del reino al de piés firmes y haber preferido á un cojo y lisiado; de lo que el oráculo les habia avisado se guardasen sobre todo. Mas áun en medio de esto, atendiendo al poder que habia adquirido, á su virtud y á su gloria, todavía acudian á él, no sólo como á rey y general para la guerra, sino como á director y á médico en los demas apuros políticos, y en el que entónces se hallaban; porque no se atrevian á usar de las afrentas autorizadas por ley contra los que habian sido cobardes en la batalla, á los que llaman *medrosos*, temiendo por ser muchos y de gran poder que pudieran causar un trastorno: pues á los así notados, no sólo se les excluye de toda magistratura, sino que no hay quien no tenga á ménos el darles ó el tomar de ellos mujer. El que quiere los hiere y golpea cuando los encuentra, y ellos tienen que aguantarlo, presentándose abatidos y cabizbajos. Llevan túnicas rotas y teñidas de cierto color; y afeitándose el bigote de un lado, se dejan crecer el otro. Era por lo mismo cosa terrible desechar á tantos cuando justamente la ciudad necesitaba de no pocos soldados. Nombran, pues, legislador á Agesilao, el cual se presenta á la muchedumbre de los Lacedemonios; y sin añadir, quitar, ni mudar nada, con sólo decir que por aquel dia era preciso dejar

dormir las leyes, sin perjuicio de que en adelante volvieran á mandar, conservó á un tiempo á la ciudad sus leyes, y á aquellos ciudadanos la estimacion. Queriendo en seguida borrar de los ánimos aquel temor y amilanamiento, invadió la Arcadia, pero tuvo buen cuidado de no presentar batalla á los enemigos; sino que limitándose á tomar un pueblezuelo que pertenecia á los de Mantinea, y hacer correrías por sus términos, con esto sólo alentó ya con esperanzas á la ciudad, y le volvió la alegría, no dándose por perdida del todo.

Presentóse á poco Epaminondas en la Lacedemonia con los aliados, no trayendo ménos de cuarenta mil hombres de infantería de línea, seguidos además de tropas ligeras y de otros muchos desarmados para el pillaje: de manera que al todo serian unos setenta mil los que invadieron el país. Habríanse pasado á lo ménos seiscientos años desde que los Dorios vinieron á poblar la Laconia, y despues de tanto tiempo entónces por la primera vez se vieron enemigos en aquella region, pues ántes nadie se habia atrevido; mas ahora éstos entraron incendiando y talando un terreno nunca ántes violado ni tocado hasta el rio, y hasta la ciudad misma, sin que nadie los contuviese. Porque, segun dice Teopompo, no permitió Agesilao que los Lacedemonios pugnaran contra semejante torrente y tormenta de guerra; sino que esparciendo la infantería dentro de la ciudad por los principales puestos, aguantaba las amenazas y provocaciones de los Tebanos, que lo desafiaban por su nombre, y le llamaban á pelear en defensa de su patria, ya que era la causa de todos los males, por haber dado calor á la guerra. No ménos que estos insultos atormentaban á Agesilao las sediciones y alborotos de los ancianos, que le daban en cara con tan tristes acontecimientos; y de las mujeres, que no podian estarse quietas, sino que salian fuera de sí con el fuego y algazara de los enemigos. Afligíale además el punto de la honra, porque habiéndose en-

cargado de la república floreciente y poderosa, veia conculcada su dignidad y ajada su vanagloria, de la que él mismo habia hecho gala muchas veces, diciendo que ninguna Lacona habia visto jamás el humo enemigo. Cuéntase asimismo de Antalcidas, que contendiendo con él un Ateniense sobre el valor, y diciéndole: «nosotros os hemos perseguido muchas veces desde el Cefiso,» le contestó: «pues nosotros nunca hemos tenido que perseguiros desde el Eurotas.» Por este mismo término respondió á un Argivo uno de los más oscuros Esparciatas; pues diciéndole aquél: «muchos de vosotros reposan en la Argolide,» le replicó: «para eso ninguno de vosotros en la Laconia.»

Refieren algunos haber Antalcidas, que era á la sazon Eforo, enviado sus hijos á Citera, temeroso de aquel peligro; en el cual Agesilao, viendo que los enemigos intentaban pasar el rio y penetrar en la poblacion, abandonando todo lo demas, formó delante del centro de la ciudad y al pié de las alturas. Iba entónces el Eurotas muy caudaloso y fuera de madre por haber nevado; y el pasarlo les era á los Tebanos más difícil todavía por la frialdad de las aguas que por la rapidez de su corriente. Marchando Epaminondas al frente de sus tropas, se le mostraron algunos á Agesilao; y éste, mirándole largo rato, poniendo una y otra vez los ojos en él, ninguna otra cosa dijo, segun se cuenta, sino lo siguiente: «¡Qué hombre tan resuelto!» Aspiraba Epaminondas á la gloria de trabar batalla dentro de la ciudad y erigir un trofeo; pero no habiendo podido atraer y provocar á Agesilao, levantó el campo y taló el país de nuevo. En Esparta algunos ya de antemano sospechosos y de dañada intencion, como unos doscientos en número, se sublevaron y tomaron el Hisorio, donde está el templo de Diana, lugar bien defendido y muy difícil de ser forzado; y como los Lacedemonios quisieran ir desde luégo á desalojarlos, temeroso Agesilao de que sobreviniesen otras turbaciones, mandó que todos guardasen sus puestos, y él

envuelto en su manto con sólo un criado se adelantó hácia ellos, gritándoles que habian entendido mal su órden; pues no les habia dicho que fueran á aquel puesto, ni todos juntos, sino allí (señalando distinto sitio), y otros á otras partes de la ciudad. Ellos, cuando lo oyeron, se alegraron, creyendo que nada se sabía, y separándose, marcharon á los lugares que les designó. Agesilao al punto mandó otros que ocuparan el Hisorio, y respecto de los sublevados, habiendo podido haber á las manos unos quince de ellos, por la noche les quitó la vida. Denunciáronle otra conjuracion todavía mayor de Esparciatas que se reunian y congregaban secretamente en una casa con designio de trastornar el órden; y teniendo por muy expuesto, tanto el juzgarlos en medio de aquellas alteraciones, como el dejarlos continuar en sus asechanzas, tambien á éstos les quitó la vida sin formacion de causa, con sólo el dictámen de los Eforos, no habiéndose ántes de entónces dado muerte á ningun Esparciata sin que precediese un juicio. Ocurrió tambien que muchos de los ascripticios é hilotes, que estaban sobre las armas, se pasaban desde la ciudad á los enemigos; y como esto fuese tambien muy propio para causar desaliento, instruyó á sus criados para que por las mañanas ántes del alba fuesen á los puestos donde dormian, y recogiendo las armas de los desertores, las enterrasen, á fin de que se ignorara su número. Dicen algunos que los Tebanos se retiraron de la Laconia á la entrada del invierno, por haber empezado los Arcades á desertar y á escabullirse poco á poco; pero otros dicen que permanecieron tres meses enteros, y que asolaron y arrasaron casi todo el país. Teopompo es de otra opinion, diciendo, que resuelta ya por los Beotarcas la partida, pasó á su campo un esparciata llamado Frixo, llevándoles de parte de Agesilao diez talentos por premio de la retirada: de manera que con hacer lo mismo que tenian determinado, áun recibieron un viático de la mano de los enemigos.

No alcanzo cómo pudo ser que esta circunstancia se ocultase á los demas, y que sólo llegase á noticia de Teopompo. En lo que todos convienen es en que á Agesilao se debió el que entónces se salvase Esparta, por haber procedido con gran miramiento y seguridad en los negocios, no abandonándose á la ambicion y terquedad, que eran sus pasiones ingénitas. Con todo, no pudo hacer que la república convaleciera de su caida, recobrando su poder y su gloria; sino que á la manera de un cuerpo robusto que hubiera usado constantemente de un régimen de sobra delicado y metódico, un sólo descuido y una pequeña falta bastó para corromper el próspero estado de aquella ciudad, y no sin justa causa: por cuanto con un gobierno perfectamente organizado para la paz, para la virtud y la concordia, quisieron combinar mandos é imperios violentos, de los que no creyó Licurgo podia necesitar la república, para vivir en perpétua felicidad; y esto fué lo que causó su daño.

Desconfiaba ya entónces Agesilao de poderse poner al frente de los ejércitos á causa de su vejez; y su hijo Arquidamo con el socorro que de Sicilia le envió voluntariamente el tirano, venció á los Arcades en aquella batalla, que se llamó *la sin lágrimas*; porque no murió ninguno de los suyos, habiendo perecido muchos de los enemigos. Hasta entónces habian tenido por cosa tan usual y tan propia suya vencer á los enemigos, que ni sacrificaban á los Dioses por la victoria, sino solamente un gallo de vuelta á la ciudad, ni se mostraban ufanos los que se habian hallado en la batalla, ni daban señales de especial alegría los que oian la noticia; y despues de la célebre batalla de Mantinea, escrita por Tucídides, al primero que trajo la nueva, el agasajo que le hicieron las autoridades fué mandarle del banquete comun una pitanza de carne, y nada más; pero en esta ocasion, cuando despues de anunciada la victoria volvió Arquidamo, no hubo quien pudiera contenerse;

sino que el padre corrió á él el primero llorando de gozo, siguiéndole los demas magistrados; y la muchedumbre de los ancianos y mujeres bajó hasta el rio, tendiendo las manos, y dando gracias á los dioses porque Esparta habia borrado su afrenta, y volvia á lucirle un claro dia; pues hasta este momento se dice que los hombres no habian alzado la cabeza para mirar á las mujeres, avergonzados de sus pasadas derrotas.

Reedificada Mesena por Epaminondas, acudian de todas partes á poblarlas sus antiguos ciudadanos, y no se atrevieron á disputarlo con las armas, ni pudieron impedirlo; mas indignábanse con Agesilao, porque poseyendo una provincia no ménos poblada que la Laconia, ni de menor importancia, despues de haberla disfrutado largo tiempo la perdian en su reinado. Por lo mismo no admitió la paz propuesta por los Tebanos, no queriendo en las palabras reconocer como dueños de aquel país á los que en la realidad lo eran; con lo que no sólo no lo recobró, sino que estuvo en muy poco que perdiese á Esparta, burlado con un ardid de guerra. Porque separados otra vez los de de Mantinea de los Tebanos llamaron en su auxilio á los Lacedemonios; y habiendo entendido Epaminondas que Agesilao marchaba allá, y estaba ya en camino, partió por la noche de Tegea sin que los Mantineenses lo rastreasen, encaminándose con su ejército á Lacedemonia; y faltó muy poco para que tomase por sorpresa la ciudad, que se hallaba desierta, trayendo otro camino que el de Agesilao; pero avisado éste por Eutimo de Tespias, segun dice Calistenes, ó por un Cretense segun Jenofonte, envió inmediatamente un soldado de á caballo que lo participara á los que habian quedado en la ciudad, y él mismo volvió rápidamente á Esparta. Llegaron á poco los Tebanos, y pasando el Eurotas, acometieron á la ciudad, la que defendió Agesilao con un valor extraordinario fuera de su edad: porque no le pareció que aquel era tiempo de seguridad y precau-

ciones como el pasado, sino más bien de intrepidez y osadía, en las que ántes no habia confiado, pero á las que únicamente debió ahora el haber alejado el peligro, sacándole á Epaminondas la ciudad de entre las manos, erigiendo un trofeo, y haciendo ver á los jóvenes y á las mujeres unos Lacedemonios que pagaban á la patria los cuidados y desvelos de su educacion. Entre los primeros á un Arquidamo, que combatia con el mayor ardimiento, y que pronto, por el valor de su ánimo y por la agilidad de su cuerpo, volaba por las calles á los puntos donde se hallaba más empeñada la pelea, oponiendo por todas partes con unos pocos la mayor resistencia á los enemigos; y á un Isadas, hijo de Febidas, que no sólo para los ciudadanos, sino áun para los enemigos fué un espectáculo agradable y digno de admiracion; porque era de bella persona y de gran estatura, y en cuanto á edad se hallaba en aquella en que florecen más los mocitos, que es cuando hacen tránsito á contarse entre los hombres. Este, pues, desnudo de toda arma defensiva y de toda ropa, ungido con abundante aceite, salió de su casa, llevando en la una mano la lanza y en la otra la espada, y abriéndose paso por entre los que combatian, se metió en medio de los enemigos, hiriendo y derribando á cuantos encontraba, sin que de nadie hubiese sido ofendido; ó porque algun Dios le protegiese, ó porque hubiese parecido más que hombre á los enemigos. Por esta hazaña se dice que los Eforos primero le coronaron, y luégo le impusieron una multa de mil dracmas, en castigo de haberse atrevido á salir á batalla sin las armas defensivas.

Al cabo de pocos dias tuvieron otra batalla junto á Mantinea; y cuando Epaminondas llevaba ya de vencida á los primeros, y áun acosaba y seguia el alcance, el espartano Anticrates pudo acercársele, y le hirió de un bote de lanza, segun lo refiere Dioscorides: aunque los Lacedemonios llaman todavía *Macarenos* en el dia de hoy á los descendien-

tes de Anticrates, dando á entender que lo hirió con la espada, á lo que los Griegos dicen *macaira*. Porque fué tanto lo que le admiraron y aplaudieron por el miedo de Epaminondas si viviera, que le decretaron grandes honores y presentes, y á su descendencia le concedieron exencion de tributos, la que áun disfruta en nuestros dias Calicrates uno de sus descendientes. Despues de esta batalla, y de la muerte de Epaminondas hicieron paz entre sí todos los Griegos; pero Agesilao excluyó del tratado á los Mesenios, porque no tenian ciudad. Admitiéronlos los demas, y les tomaron el juramento; y entónces se apartaron los Lacedemonios, quedando ellos solos en guerra, por la esperanza de recobrar á Mesena. Pareció, pues, Agesilao á todos con este motivo hombre violento, terco y viciado en la guerra; pues socavaba y destruia por todos los medios posibles la paz general, no obstante verse reducido, por falta de caudales, á molestar á los amigos que tenía en la ciudad, á tomar dinero á logro, y á exigir contribuciones; cuando debiera hacer cesar los males de la república, pues que la ocasion le brindaba, y no perder un poder y autoridad que habia venido á ser tan grande, y las ciudades amigas, la tierra y el mar, por sólo el empeño de querer recobrar á viva fuerza las posesiones y tributos de Mesena.

Desacreditóse todavía mucho más poniéndose á servir al egipcio Taco; pues no creian digno de un varon que era tenido por el primero de la Grecia, y que habia llenado el mundo de su fama, entregar su persona á un bárbaro rebelde á su rey, y vender por dinero su nombre y su gloria, pasando plaza de mercenario y de caudillo de gente colecticia. Pues si siendo ya de más de ochenta años, y teniendo el cuerpo acribillado de heridas, hubiera vuelto á tomar aquel decoroso mando por la libertad de los Griegos, áun no habria sido del todo irreprensible su ambicion y el olvido de sus años; porque áun para lo honesto y bueno deben ser propios el tiempo y la edad; y en general

lo honesto en la justa medianía se diferencia de lo torpe; pero de nada de esto hizo cuenta Agesilao, ni creyó que habia cargo ninguno público que debiera desdeñarse al par de vivir en la ciudad y esperar la muerte estando mano sobre mano.

Recogiendo, pues, gente estipendiaria con fondos que Taco puso á su disposicion, y embarcándola en trasportes, dió la vela, llevando consigo, como en años pasados, treinta Esparciatas en calidad de consejeros. Luego que aportó al Egipto, se apresuraron á ir á la nave los primeros generales y oficiales del Rey para ofrecérsele: siendo además grande la curiosidad y expectacion de todos los Egipcios por la nombradía y fama de Agesilao: así es que todos corrieron á verle. Mas luego que no advirtieron ninguna riqueza ni aparato, sino un hombre anciano, tendido sobre la hierba en la orilla del mar, pequeño de cuerpo, y sin ninguna distincion en su persona, envuelto en una mala y despreciable capa, dióles gana de reir y de burlarse, repitiendo lo que dice la fábula: «el monte estaba de parto, y parió un raton;» pero todavía se maravillaron mucho más de lo extraño de su porte, cuando habiéndole traido y presentado diferentes regalos, recibió la harina, las terneras y gansos, apartando de sí los pasteles, los postres y los ungüentos. Hiciéronle ruegos é instancias para que los recibiese, y entónces dijo á los que los traian que los entregaran á los hilotes. Lo que dice Teofrasto haber sido muy de su gusto fué el papel de que hacian coronas, por lo ligero de estas; y que por tanto lo pidió y alcanzó del Rey al disponer su regreso.

Reunido con Taco, que se hallaba disponiendo los preparativos de guerra, no fué nombrado general de todas las tropas como lo habia esperado, sino sólo de los estipendiarios; y de la armada naval Cabrias Ateniense, siendo generalísimo de todas las fuerzas el mismo Taco. Esto fué ya lo primero que mortificó á Agesilao, á quien incomodó además

el orgullo y vanidad de aquel Egipcio; mas fuéle preciso sufrirlo, y con él se embarcó contra los Fenicios, teniendo que obedecerle y aguantarle, muy contra lo que pedian su dignidad y su carácter, hasta que se le presentó ocasion. Porque Nectanebo, que era sobrino de Taco, y que á sus órdenes mandaba parte de las tropas, se le rebeló, y declarado rey por los Egipcios, envió á rogar á Agesilao que tuviera á bien auxiliarle; é igual súplica hizo á Cabrias, prometiendo á ambos magníficos presentes. Entendiólo Taco, y como les hiciese tambien ruegos, Cabrias tentó el conservar á Agesilao en la amistad de Taco, persuadiéndole y dándole satisfacciones; pero Agesilao le respondió de esta manera: «A tí, oh Cabrias, que has venido aquí por tu voluntad, te es dado obrar segun tu propio dictámen; mas yo he sido enviado como general á los Egipcios por la patria, y no puedo por mi hacer la guerra á aquellos mismos en cuyo auxilio he venido, si de la misma patria no recibo otra órden.» Dicho esto, envió á Esparta mensajeros que acusasen á Taco, é hiciesen el elogio de Nectanebo. Tambien los enviaron éstos para negociar con los Lacedemonios, el uno como aliado y amigo de antemano, y el otro como que les sería más agradecido y más dispuesto á servirlos. Los Lacedemonios, oidas las embajadas, á los Egipcios les respondieron en público que lo dejaban todo al cuidado de Agesilao; pero á éste le contestaron que viera de hacer lo que más útil hubiera de ser á Esparta. Con esta órden tomó consigo á sus estipendiarios, y se pasó á Nectanebo, valiéndose del pretexto de la utilidad de la patria para cubrir una accion fea y reparable: pues quitando este velo, el nombre que justamente le convenia era el de traicion. Los Lacedemonios, dando á lo que es útil á la patria el primer lugar en lo honesto, ni saben ni aciertan tener por justo sino lo que es en aumento de Esparta.

Abandonado Taco de los estipendiarios, huyó; pero de Mendeto salió contra Nectanebo otro que fué declarado

rey; y allegando cien mil hombres, se presentó en la palestra. Mostrábase confiado Nectanebo, diciendo que aunque aparecia grande el número de los enemigos eran gente colectiva y menestral, despreciable por su indisciplina; pero Agesilao le respondió que no era el número lo que temia, sino aquella misma indisciplina é impericia que hacía muy difícil el poderlos engañar. Porque los engaños obran por medio de una cosa extraordinaria en el ánimo de los que se preparan á defenderse con conocimiento y esperanza de lo que ha de suceder; pero el que ni espera ni medita nada, no da asidero á que se le haga ilusion, así como en la lucha no presenta flanco por donde entrarle el que no se mueve; y á este tiempo envió tambien el Mendesio quien explorara á Agesilao. Temió, pues, Nectanebo, y previniéndole Agesilao que diera cuanto ántes la batalla, y no creyera que podia pelear con el tiempo contra hombres inejercitados en la guerra, que con el gran número podrian envolverle, tenerle cercado, y anticipársele en muchas cosas, concibió mayor sospecha y miedo contra él, y se retiró á una ciudad ventajosamente situada y rodeada de murallas en una gran circunferencia. Sintió vivamente Agesilao y llevó muy á mal que se desconfiara de él; pero causándole vergüenza el haberse de pasar segunda vez á otro, y retirarse al fin sin hacer nada, siguió y se encerró tambien dentro de aquel recinto.

Acercándose los enemigos, y formando trincheras para poner el sitio, concibió otra vez miedo el Egipcio, y queria salir á darles batalla, en lo que estaban muy de acuerdo con él los Griegos, porque en aquel terreno se carecia de víveres; pero como Agesilao no viniese en ello, y ántes mostrase resistencia, era todavía más insultado y denostado de los Egipcios, que le llamaban traidor al Rey. Sufria con gran paciencia estas calumnias, teniendo puesta su atencion en el momento en que podria usar de su inteligencia en el arte de la guerra, lo que era de este modo.

Habíanse propuesto los enemigos hacer un foso profundo alrededor de las murallas, para dejarlos enteramente encerrados. Pues cuando ya los dos extremos de la zanja estaban cerca, yéndose á buscar el uno al otro para ceñir en círculo á la ciudad, esperando que llegara la noche, y dando órden de que se armasen á los Griegos, se fué para el Egipcio: y «esta es, le dijo, oh jóven, la ocasion que para no malograrla no he querido anunciar hasta que ha llegado. Los enemigos mismos han provisto á vuestra seguridad con sus manos abriendo este foso, del cual la parte ya hecha es un impedimento para su gran número, y la parte que resta nos da la proporcion de pelear con una exacta igualdad contra ellos. Ea, pues, muéstrate ahora varon esforzado, y cargando impetuosamente con nosotros, sálvate á tí mismo y salva al ejército: pues los enemigos que tendremos al frente no nos resistirán; y los otros, á causa del foso no podrán ofendernos.» Maravillóse Nectanebo de la prevision de Agesilao, y puesto en medio de los Griegos, acometió y rechazó fácilmente á los que se le opusieron. Cuando una vez tuvo ya Agesilao dócil y obediente á Nectanebo, lo condujo segunda vez á usar, como de una misma treta en la palestra, del mismo ardid con los enemigos. Porque ora huyendo y apareciéndose, y ora haciendó como que los perseguia, atrajo aquella muchedumbre á un sitio en que habia una gran profundidad, rodeada de agua por uno y otro lado. Cerrando, pues, el medio, y ocupándolo con el frente de su batalla, arrojó sobre la muchedumbre á los enemigos que quisieron pelear, viendo que no tenian medio de envolverle y cercarle: así murieron muchos, y los que pudieron huir se dividieron y dispersaron.

Desde entónces empezaron ya los negocios del Egipcio á ir en bonanza y á ofrecer seguridad; por lo que mostrándose aficionado y reconocido á Agesilao, le rogaba que aguardase todavía y pasase con él el invierno; pero Age-

silao se propuso marchar á la guerra en que se veia la patria, sabedor de que ésta se hallaba sin recursos y tenía á su sueldo tropas extranjeras. Despidióle, pues, aquél con el mayor aprecio y agasajo, haciéndole las mayores honras y magníficos presentes, y dándole para la guerra doscientos y treinta talentos. Mas levantóse una recia tempestad, por la que volvió á tierra con sus naves, y arrojado á un punto desierto del Aftica, al que llaman el puerto de Menelao, allí falleció: habiendo vivido ochenta y cuatro años, y reinado en Esparta cuarenta y uno; de los cuales por más de treinta fué tenido por el varon mayor y más poderoso de la Grecia, y casi reputado general y rey de toda ella hasta la batalla de Leuctras. Era costumbre de los Espartanos que cuando los particulares morian en tierra extraña quedaran y se enterraran allí sus cadáveres; y que los de los reyes fuesen llevados á Lacedemonia: así los Esparciatas que se hallaron presentes barnizaron con cera el de Agesilao, á falta de miel, y lo condujeron á Esparta. El trono le ocupó su hijo Arquidamo, y permaneció en su descendencia hasta Agis, á quien por tratar de restablecer el antiguo gobierno, dió muerte Leonidas: siendo este Agis el quinto despues de Agesilao.

POMPEYO.

Respecto de Pompeyo parece haberle sucedido al pueblo romano lo mismo que respecto de Hércules le sucedió al Prometeo de Esquilo, cuando viéndose desatado por él, exclamó:

¡Hijo querido de enemigo padre!

porque contra ninguno de sus generales manifestaron los Romanos un odio más terrible y encarnizado que contra el padre de Pompeyo, Estrabon, durante cuya vida temieron su poder en las armas, porque era gran soldado, pero despues de cuya muerte, causada por un rayo, arrojaron del féretro y maltrataron su cadáver cuando le llevaban á darle sepultura; ni Romano ninguno por el otro extremo gozó de un amor más vehemente, ni que hubiese tenido más pronto principio, que Pompeyo: con ninguno otro se mostró este amor más vivo y floreciente miéntras le lisonjeó la fortuna; ni permaneció tampoco más firme y constante despues de su desgracia. Para el odio de aquél no hubo más que una sola causa, que fué su codicia insaciable de riqueza; y para el amor de éste concurrieron muchas: su templado método de vida, su ejercicio en las armas, su elegancia en el decir, su igualdad de costumbres,

y su afabilidad en el trato; porque á ninguno se le pedia con ménos reparo, ni nadie manifestaba más placer en que se le pidiese, yendo los favores libres de toda molestia cuando los otorgaba, y acompañados de cierta gravedad cuando los recibia.

Su aspecto fué desde luégo muy afable, y que le conciliaba atencion áun ántes que hablase: porque era amable con dignidad, sin que esta excluyese el parecer humano; y en la misma flor y brillantez de la juventud resplandeció ya lo grave y régio de sus costumbres. Además, el cabello un poco levantado, y el movimiento compasado y blando de los ojos daban motivo más bien á que se dijese que habia cierta semejanza entre su semblante y los retratos de Alejandro, que no á que se percibiese en realidad; mas por ella empezaron muchos á darle este nombre; lo que él al principio no rehusaba; pero luégo se valieron de esto algunos para llamarle por burla Alejandro; hasta tal punto que habiendo tomado su defensa Lucio Filipo, varon consular, dijo como por chiste, que no debia parecer extraño si se mostraba amante de Alejandro siendo Filipo. Dícese de la cortesana Flora, que siendo ya anciana solia hacer frecuente mencion de su trato con Pompeyo, refiriendo que no le era dado, habiéndose entretenido con él, retirarse sin llevar la impresion de sus dientes en los labios. Añadia á esto, que Geminio, uno de los más íntimos amigos de Pompeyo, la codició, y ella le hizo penar mucho en sus solicitudes, hasta que por fin tuvo que responderle que se resistia á causa de Pompeyo; que Geminio se lo dijo á éste, y Pompeyo condescendió con su deseo, y de allí en adelante jamás volvió á tratarla ni verla, sin embargo de que parecia que le conservaba amor; y finalmente, que ella no llevó este desvío como es propio á las de su profesion, sino que de amor y de pesadumbre estuvo por largo tiempo enferma. Fué tal y tan celebrada, segun es fama, la hermosura de Flora, que queriendo Cecilio Metelo adornar con esta-

tuas y pinturas el templo de los Dioscuros, puso su retrato entre los demas cuadros á causa de su belleza. Mas volviendo á Pompeyo, con la mujer de su liberto Demetrio, que tuvo con él gran valimiento, y dejó un caudal de cuatro mil talentos, se condujo contra su costumbre desabrida é inhumanamente, por temor de su hermosura, que pasaba por irresistible, y era tambien muy aplaudida, no se dijese que ella era la que le dominaba. Mas, sin embargo de vivir con tan excesivo cuidado y precaucion en este punto, no pudo librarse de la censura de sus enemigos; sino que áun con mujeres casadas le calumniaron de que por hacerles obsequio solia usar de indulgencia y remision en algunos negocios de la república. De su sobriedad y parsimonia en la comida se refiere este hecho memorable: estando enfermo de algun cuidado, le prescribió el médico por alimento que comiese un tordo: anduviéronle buscando los de su familia, y no encontraron que se vendiese en ninguna parte, porque no era tiempo; pero hubo quien dijo que lo habria en casa de Lúculo, porque los conservaba todo el año; á lo que él contestó: «¿Conque si Lúculo no fuera un gloton, no padria vivir Pompeyo?» y no haciendo cuenta del precepto del médico, tomó por alimento otra cosa más fácil de tenerse á la mano. Pero esto fué más adelante.

Siendo todavía muy jovencito, militando á las órdenes de su padre, que hacía la guerra á Cina, tuvo á un tal Lucio Terencio por amigo y camarada. Sobornado éste con dinero por Cina, se comprometió á dar por sí muerte á Pompeyo, y á hacer que otros pegasen fuego á la tienda del general. Denunciada esta maquinacion á Pompeyo hallándose á la mesa, no mostró la menor alteracion, sino que continuó bebiendo alegremente y haciendo agasajos á Terencio; pero al tiempo de irse á recoger pudo, sin que éste lo sintiera, escabullirse de la tienda: y poniendo guardia al padre, se entregó al descanso. Terencio, cuando creyó ser la hora, se levantó, y tomando la espada, se

acercó á la cama de Pompeyo, pensando que reposaba en ella, y descargó muchas cuchilladas sobre la ropa. De resultas hubo, en odio del general, grande alboroto en el campamento y conatos de desercion en los soldados, que empezaron á recoger las tiendas y tomar las armas. El general se sobrecogió con aquel tumulto, y no se atrevió á salir; pero Pompeyo, puesto en medio de los soldados, les rogaba con lágrimas; y por último, tendiéndose boca abajo delante de la puerta del campamento, les servia de estorbo, lamentándose y diciendo que le pisaran los que quisieran salir; con lo que se iban retirando de vergüenza; y por este medio se logró el arrepentimieto de todos, y su sumision al general, á excepcion de unos ochocientos.

Al punto de haber muerto Estrabon sufrió Pompeyo á nombre suyo causa de malversacion de los caudales públicos; y habiendo Pompeyo cogido infraganti al liberto Alejandro, que tomaba para sí la mayor parte de ellos, dió la prueba de este hecho ante los jueces. Acusábasele sin embargo de tener en su poder ciertos lazos de caza y ciertos libros de la presa de Asculo; y ciertamente los habia recibido de mano del padre cuando Asculo fué tomado; pero los perdió despues, con motivo de que al volver Cina á Roma, los de su guardia allanaron la casa de Pompeyo, y la robaron. Tuvo durante el juicio diferentes confrontaciones con el acusador, en las que, habiéndose mostrado más expedito y firme de lo que su edad prometia, se granjeó grande opinion y el favor de muchos: tanto, que Antistio, que era el pretor y ponente de la causa, se aficionó de él, y ofreció darle su hija en matrimonio, tratando de ello con sus amigos Admitió Pompeyo la proposicion; y aunque los capítulos se hicieron en secreto, no se ocultó á los demas el designio en vista de la solicitud de Antistio. Finalmente, al publicar éste la sentencia de los jueces, que era absolutoria, el pueblo, como si fuese cosa convenida, prorumpió en la exclamacion usada por costumbre con los

que se casan, diciendo: *Talasio*. Dícese haber sido el orígen de esta costumbre el siguiente: cuando en ocasion de haber venido á Roma al espectáculo de unos juegos las hijas de los Sabinos, las robaron para mujeres los más esforzados y valientes de los Romanos, algunos pastores, vaqueros y otra gente oscura llevaban tambien robada á una doncella, ya en edad y sumamente hermosa. Estos, para que alguno de los más principales con quien pudieran encontrarse no se la quitara, iban corriendo y gritando á una voz: «á Talasio.» Era este Talasio uno de los jóvenes más conocidos y estimados; por lo que los que oian su nombre aplaudian y gritaban como regocijándose y celebrando el hecho; y de aquí dicen que provino, por cuanto aquel matrimonio fué muy feliz para Talasio, el que por fiesta se dirija esta exclamacion á los que se casan. Esta es la historia más probable de cuantas corren acerca de la exclamacion de *Talasio*. De allí á pocos dias casó Pompeyo con Antistia.

Marchó entónces en busca de Cina á su campamento; pero habiendo concebido temor con motivo de cierta calumnia, muy luégo se ocultó, y se quitó de delante. Como no se supiese de él, corrió en el campamento la hablilla de que Cina habia dado muerte á aquel jóven. Con esto los que ya ántes le miraban con aversion y odio se armaron contra él: dió á huir, y habiéndole alcanzado un capitan que le perseguia con la espada desnuda, se echó á sus piés, y le presentó su anillo, que era de gran valor; pero contestándole el capitan con gran desden: «yo no vengo á sellar ninguna escritura, sino á castigar á un abominable é inicuo tirano,» le pasó con la espada. Muerto de esta manera Cina, entró en su lugar y se puso al frente de los negocios Carbon, tirano todavía más furioso que aquel: así es que Sila, que ya se acercaba, era deseado de los más á causa de los males presentes, por los que miraban como un bien no pequeño la mudanza de dominador: ¡á tal punto

habian traido á Roma sus desgracias, que ya no buscaba sino una esclavitud más llevadera, desconfiando de ser libre!

Hizo entónces mansion Pompeyo en el campo Piceno de la Italia por tener allí posesiones, y por hallarse muy bien en aquellas ciudades, cuyo afecto y estimacion parecia haber heredado. Mas viendo que los ciudadanos de mayor distincion y autoridad abandonaban sus casas, y de todas partes acudian como á un puerto al campo de Sila, no tuvo por digno de sí el presentarse con trazas de fugitivo, sin contribuir con nada y como mendigando auxilio; sino más bien con dignidad y con alguna fuerza, como quien va á hacer favor, para lo que iba echando especies, á fin de atraer á los Picenos. Oíanle éstos con gusto, al mismo tiempo que no hacian caso de los que venian de parte de Carbon; y como un tal Vindio dijese por desprecio que de la escuela se les habia aparecido de repente el brillante orador Pompeyo, de tal modo se irritaron, que cayendo repentinamente sobre Vindio le dieron muerte. Con esto Pompeyo á los veintitrés años de edad, sin que nadie le hubiese nombrado general, dándose el mando á sí mismo, puso su tribunal en la plaza de la populosa ciudad de Auximo; y dando órden por edicto á los hermanos Ventidios, ciudadanos de los más principales que favorecian el partido de Carbon, para que saliesen del pueblo, reclutó soldados, nombrando por el órden de la milicia capitanes y tribunos, y recorrió las ciudades de la comarca ejecutando otro tanto. Retirábanse y cedian el puesto cuantos eran de la faccion de Carbon; con lo que, y con presentársele gustosos todos los demas, en muy breve tiempo formó tres legiones completas; y surtiéndolas de víveres, de acemilas y de carros, y de todo lo demas necesario, marchó en busca de Sila; no precipitadamente, ni procurando ocultarse, sino deteniéndose en la marcha con el fin de molestar á los enemigos, y tratando en todos los

puntos de Italia adonde llegaba, de separar á los naturales del partido contrario.

Marcharon, pues, contra él á un tiempo tres caudillos enemigos, Carina, Celio y Bruto, no de frente todos, ni juntos, sino formando una especie de círculo con sus divisiones, como para echarle mano; pero él no se intimidó, sino que llevando reunidas todas sus fuerzas cargó contra sola la division de Bruto con la caballería, al frente de la cual se puso. Vino tambien á oponérsele la caballería enemiga de los Galos, y adelantándose á herir con la lanza al primero y más esforzado de éstos, acabó con él. Volvieron caras los demas, y desordenaron la infantería dando todos á huir; y como de resultas se indispusiesen entrer sí los tres caudillos, se retiraron por donde cada uno pudo. Acudieron entónces las ciudades á Pompeyo en el supuesto de que habia nacido de miedo la dispersion de los enemigos. Dirigióse tambien contra él el cónsul Escipion; pero ántes de que los dos ejércitos hubiesen empezado á hacer uso de las lanzas, saludando los soldados de Escipion á los de Pompeyo, se le pasaron, y aquél huyó. Finalmente, habiendo colocado el mismo Carbon grandes partidas de caballería á las orillas del rio Arsis, acometiéndolas y rechazándolas vigorosamente, fué persiguiéndolas hasta encerrarlas en lugares ásperos, donde no podia obrar la caballería, por lo cual, considerándose sin esperanzas de salud, se le entregaron con armas y caballos.

Todavía no tenía Sila noticia de estos sucesos; pero al primer rumor que le llegó de ellos, temiendo por Pompeyo rodeado de tantos y tan poderosos generales enemigos, se apresuró á ir en su socorro. Cuando Pompeyo supo que se hallaba cerca, dió órden á los jefes de que pusieran sobre las armas y acicalaran sus tropas, á fin de que se presentasen con gallardía y brillantez ante el Emperador, porque esperaba de él grandes honras; pero áun las recibió mejores: pues luégo que Sila le vió venir, y á su

tropa que le seguia con un aire imponente, y que se mostraba alegre y ufano con sus triunfos, se apeó del caballo; y siendo, como era justo, saludado emperador, hizo la misma salutacion á Pompeyo, cuando nadie esperaba que á un jóven que todavía no estaba inscrito en el Senado le hiciera Sila participante de un nombre por el que hacía la guerra á los Escipiones y á los Marios. Todo lo demas correspondió y guardó conformidad con este primer recibimiento; levantándose cuando llegaba Pompeyo, y descubriéndose la cabeza: distinciones que no se le veia fácilmente hacer con otros, sin embargo de que tenía á su lado á muchos de los principales ciudadanos. Mas no por esto se ensoberbeció Pompeyo; sino que enviado por el mismo Sila á la Galia, de la que era gobernador Metelo, y donde parecia que éste no hacía cosa que correspondiese á las fuerzas con que se hallaba, dijo no ser puesto en razon que á un anciano que tanto le precedia en dignidad se le quitara el mando; pero que si Metelo venía en ello y lo reclamaba, por su parte estaba dispuesto á hacer la guerra y auxiliarle. Prestóse á ello Metelo; y habiéndole escrito que fuese, desde luégo que entró en la Galia empezó á ejecutar por sí brillantes hazañas, y fomentó y encendió otra vez en Metelo el carácter guerrero y resuelto que estaba ya apagado por la vejez: al modo que se dice que el metal derretido y liquidado á la lumbre, si se vacia sobre el compacto y frio pone en él mayor encendimiento y calor que el mismo fuego. Mas así como de un atleta que se distingue entre todos, y ha dado fin glorioso á todos sus combates, no se refieren las victorias pueriles, ni se les da la menor importancia; de la misma manera con haber sido brillantes en sí los hechos de Pompeyo en aquella época, habiendo quedado enterrados bajo la muchedumbre y grandeza de los combates y guerras que vinieron despues, no nos atrevemos á moverlos, no sea que deteniéndonos demasiado en los principios, nos falte despues tiempo

para las insignes hazañas y sucesos que más declaran el carácter y costumbres de este esclarecido varon.

Despues que Sila sujetó á toda la Italia, y se le confirió la autoridad de Dictador, dió recompensas á los demas jefes y caudillos, haciéndolos ricos, y promoviéndolos á las magistraturas, y agraciándolos larga y generosamente con lo que cada uno codiciaba; pero prendado particularmente de Pompeyo por su virtud, y juzgando que podria ser un grande apoyo para sus intentos, procuró con grande empeño introducirle en su familia. Ayudado, pues, con los consejos de su mujer Metela, hace condescender á Pompeyo en que despida á Antistia, y se case con Emilia, entenada del mismo Sila, como hija de Metela y Escauro, casada ya con otro, y que á la sazon se hallaba en cinta. Era por tanto tiránica la disposicion de este matrimonio, y más propia de los tiempos de Sila que conforme con la conducta de Pompeyo, á quien se hacía traer á Emilia á su casa en cinta de otro, y arrojar de ella á Antistia ignominiosa y cruelmente; y más cuando por él acababa entónces de quedarse sin padre: porque habian dadò muerte á Antistio en el Senado, por parecer que promovia los intereses de Sila á causa de Pompeyo; y además la madre, cuando llegó á entender semejantes designios, voluntariamente se quitó la vida; de manera que se agregó esta desgracia á la tragedia de tales bodas; y tambien por complemento la de haber muerto Emilia de sobreparto en casa de Pompeyo.

Llegaron en esto nuevas de que Perpena se habia apoderado de la Sicilia, haciendo de aquella isla un punto de apoyo para los que habian quedado de la faccion contraria, miéntras que Carbon daba tambien calor por aquella parte con la armada; Domicio habia pasado al Africa, y acudian hácia el mismo punto todos los desterrados de cuenta, que con la fuga se habian podido libertar de la proscripcion. Fué, pues, contra ellos enviado Pompeyo con grandes fuerzas; y Perpena al punto le abandonó la

Sicilia. Halló las ciudades muy quebrantadas, y las trató con suma humanidad, á excepcion solamente de la de los Mamertinos de la Mesena: pues como recusasen su tribunal y su jurisdiccion, inhibidos, decian, por una ley antigua de Roma: «¿no cesareis, les respondió, de citarnos leyes, viendo que ceñimos espada?» Parece asimismo que insultó con poca humanidad á los infortunios de Carbon, pues si era preciso, como lo era quizá, el quitarle la vida, debió ser luego que se le prendió; y entónces la odiosidad recaeria sobre el que lo habia mandado; pero él hizo que le presentaran aprisionado á un ciudadano romano que habia sido tres veces cónsul; y colocándolo delante del tribunal, sentado en su escaño le condenó, con disgusto é incomodidad de cuantos lo presenciaron. Despues mandó que quitándosele de allí, le diesen muerte; y se dice que despues de retirado, cuando vió ya la espada levantada, pidió que le permitieran apartarse un poco y le dieran un breve instante para hacer cierta necesidad corporal. Cayo Opio, amigo de César, refiere que Pompeyo se condujo igualmente con inhumanidad con Quinto Valerio: pues teniendo entendido que era hombre instruido como pocos, y muy dado al estudio, luégo que se lo presentaron, le saludó, y se pusieron á pasear juntos; y cuando ya le hubo preguntado y aprendido de él lo que deseaba saber, dió órden á los ministros de que le llevaran de allí y le quitaran del medio; pero á Opio, cuando habla de los enemigos ó de los amigos de César, es necesario oirle con gran desconfianza; y en esta parte Pompeyo á los más ilustres entre los enemigos de Sila, que constaba públicamente haber sido presos, no pudo ménos de castigarlos; pero de los demas, pudiendo hacer otro tanto, disimuló con muchos que lograron mantenerse ocultos; y áun á algunos les dió puerta franca. Teniendo resuelto escarmentar á la ciudad de los Himerios, que habia estado con los enemigos, pidió el orador Estenis permiso para hablarle, y le dijo que no

obraria en justicia si dejando libre al que era la causa, perdia á los que en nada habian delinquido. Preguntóle Pompeyo quién era el que decia ser causa; y como le respondiese que él mismo, pues á los amigos los habia persuadido, y á los enemigos los habia obligado; prendado Pompeyo de su franqueza y su determinacion, le absolvió y dió por libre á él el primero, y despues á todos los demas. Habiendo oido que los soldados cometian insultos por los caminos, les selló las espadas; y el que no conservaba el sello era castigado.

Sosegadas y arregladas de este modo las cosas de Sicilia, recibió un decreto del Senado y cartas de Sila, en que se le mandaba navegar al Africa, y hacer poderosamente la guerra á Domicio, que habia allegado mayores fuerzas que aquellas con que poco ántes habia pasado Mario del Africa á Italia, y convertido de desterrado en tirano, habia puesto en confusion á la república. Haciendo, pues, Pompeyo con la mayor celeridad sus preparativos, dejó por gobernador de la Sicilia á Memio, marido de su hermana, y él zarpó del puerto con ciento veinte naves de guerra y ochocientos trasportes, en que conducia las provisiones, las armas arrojadizas, los caudales y las máquinas. Cuando parte de las naves tomaban puerto en Utica y parte en Cartago, seite mil de los enemigos, abadonando el otro partido, se le pasaron. Las fuerzas que él llevaba eran seis legiones completas; y se dice haberle allí sucedido una cosa graciosa; porque algunos soldados, dando por casualidad con un tesoro, se hicieron con bastante dinero; y como este encuentro se hubiese divulgado, les pareció á todos los demas que el sitio aquel estaba lleno de caudales que los Cartagineses habian en él depositado en el tiempo de sus infortunios. Por tanto, en muchos dias no pudo Pompeyo hacer carrera con los soldados, ocupados en buscar tesoros, y lo que hacia era irse donde estaban, y reirse de ver á tantos millares de hombres cavar y revolver todo aquel

terreno; hasta que desesperados ellos mismos, le pidieron que los llevara donde gustase, pues que ya habian pagado la pena merecida de su necedad.

Preparóse Domicio para el combate, queriendo poner delante de sí un barranco áspero y difícil de pasar; pero como desde la madrugada empezase á caer copiosa lluvia con viento, se detuvo, y desconfiando de que pudiera ser en aquél dia la batalla, dió órden para la retirada. Pompeyo, por el contrario, creyó ser aquel el momento oportuno, y marchando con rapidez, pasó el barranco; con lo que sorprendidos en desórden los enemigos, no pudieron hacer frente todos en union; y áun el viento continuaba dándoles con el agua de cara. No dejó, sin embargo, de incomodar tambien á los Romanos aquella tempestad, porque no les permitia verse bien unos á otros; y el mismo Pompeyo estuvo para perecer por no ser conocido, á causa de que habiéndole preguntado uno de sus soldados la seña, tardó en responder. Mas rechazaron con gran mortandad á los enemigos, pues se dice que de veinte mil solos tres mil pudieron huir, y á Pompeyo le proclamaron emperador; pero como éste no quisiese admitir aquella distincion, miéntras se mantuviera enhiesto el campamento de los enemigos, diciéndoles que para que le tuviesen por digno de aquel título era preciso que ántes lo derribaran, al punto se arrojaron sobre el valladar, peleando Pompeyo sin casco, por temor de que le sucediera lo que ántes. Tomóse, pues, el campamento, pereciendo allí Domicio. De las ciudades unas se sometieron inmediatamente, y otras fueron tomadas por la fuerza. Tomó tambien cautivo al rey Iarbas, que auxiliaba á Domicio, y dió su reino á Hiemsal. Sacando partido de la buena suerte y del denuedo de sus tropas, invadió la Numidia, y haciendo por ella muchos dias de marcha, sujetó á cuantos se le presentaron; con lo que, volviendo á dar tono y fuerza al terror y miedo con que aquellos bárbaros miraban ántes á los Romanos, que ya se

habia debilitado, dijo que ni las fieras que habitaban el Africa se habian de quedar sin probar el valor y la fortuna de los Romanos. Dióse, pues, á la caza de leones y elefantes por algunos dias; y en solos cuarenta derrotó á los enemigos, sujetó al Africa, y dispuso de reinos, teniendo entónces veinticuatro años.

A su regreso á Utica se encontró con cartas de Sila, en que le prevenia que despachara el resto del ejército, y con una sola legion esperara allí al pretor que iba á sucederle. No dejó de causarle novedad semejante órden, y se desazonó con ella interiormente; pero el ejército se disgustó muy á las claras; y rogándoles Pompeyo que marchasen, prorumpieron en expresiones ofensivas contra Sila, y á aquél le dijeron que de ningun modo le abandonarian, ni permitirian que se confiase de un tirano. Procuró Pompeyo al principio sosegarlos y tranquilizarlos; pero cuando vió que no se aquietaban, bajándose de la tribuna, quiso retirarse á su tienda desconsolado y lloroso; pero ellos, conteniéndole, le volvieron á colocar en la tribuna, y se perdió gran parte del dia pidiéndole los soldados que permaneciera y los mandase, y rogándoles él que obedecieran y no se sublevasen; hasta que, instándole y gritándole todavía, les juró que se daria muerte si continuaban en hacerle violencia; y áun así con dificultad los aquietó. El primer aviso que tuvo Sila fué de haberse sublevado Pompeyo, y dijo á sus amigos: «Está visto que es hado mio, siendo viejo, tener que lidiar lides de mozos,» aludiendo á Mario, que, siendo muy jóven, le dió mucho en que entender, y puso en gravísimos riesgos. Mas cuando supo la verdad, y observó que todos recibian y acompañaban á Pompeyo con demostraciones de amor y benevolencia, corriendo á obsequiarle, se propuso excederlos. Salió, pues, á recibirlo, y abrazándolo con la mayor fineza, le llamó *Magno* en voz alta, y dió órden á los que allí se hallaban de que le saludaran de la misma manera; y magno quiere decir

grande. Otros son de sentir que esta salutacion le fué dada la primera vez por el ejército en el Africa, y que adquirió mayor fuerza y consistencia confirmada por Sila. Como quiera, él fué el último que al cabo de mucho tiempo, cuando fué enviado de procónsul á España contra Sertorio, empezó á darse en las cartas y en los edictos la denominacion de Pompeyo Magno: porque ya no era odiosa, á causa de estar muy admitida en el uso; y más bien son de apreciar y admirar los antiguos Romanos, que condecoraban con estos títulos y sobrenombres, no sólo los ilustres hechos de armas, sino tambien las acciones y virtudes políticas: habiendo sido el mismo pueblo el que dió á dos el nombre de Máximos, que quiere decir muy grande: á Valerio por su reconciliacion con el Senado, que estaba en oposicion con él; y á Fabio Rulo, porque ejerciendo la censura, á algunos ricos que siendo de condicion libertina se habian hecho inscribir en el Senado, los arrojó ignominiosamente de él.

Pidió Pompeyo por estos últimos sucesos el triunfo, y fué Sila el que le hizo oposicion: porque la ley no lo concede sino al cónsul ó al pretor, y á ninguno otro; y por lo mismo el primero de los Escipiones, que consiguió en España de los Cartagineses más señaladas victorias, no pidió el triunfo, porque no era ni cónsul ni pretor: decia, pues, que si entraba triunfante en la ciudad Pompeyo, que todavía era imberbe, y por razon de la edad no tenía cabida en el Senado, se harian odiosos, en el mismo Sila la autoridad, y en Pompeyo este honor. De este modo le hablaba Sila para que entendiera que no se lo consentiria, sino que le sería contrario y reprimiria su temeridad si no desistia del intento. Mas no por esto cedió Pompeyo, sino que previno á Sila observase que más son los que saludan al sol en su oriente que en su ocaso; dándole á entender que su poder florecia entónces y el de Sila iba decreciendo y marchitándose. No lo percibió bien Sila; y ob-

servando, por los semblantes y el gesto de los que lo habian oido, que les habia causado admiracion, preguntó qué era lo que habia dicho; é informado, aturdiéndose de la resolucion de Pompeyo, dijo por dos veces seguidas: «Que triunfe, que triunfe.» Como otros muchos mostrasen tambien disgusto é incomodidad, queriendo Pompeyo, segun se dice, mortificarlos más, intentó ser conducido en la pompa en carro tirado por cuatro elefantes, porque en la presa habia traido muchos del Africa de los que pertenecian al Rey; pero por ser la puerta más estrecha de lo que era menester, abandonó esta idea, y hubo de contentarse con caballos.

No habian los soldados conseguido todo lo que se habian imaginado; y como por esto tratasen de revolver y alborotar, dijo que nada le importaba, y que ántes dejaria el triunfo que usar con ellos de adulacion y bajeza. Entónces Servilio, varon muy principal, y uno de los que más se habian opuesto al triunfo de Pompeyo: «ahora veo, dijo, que Pompeyo es verdaderamente grande y digno del triunfo.» Es bien claro que si hubiera querido, habria alcanzado fácilmente ser del Senado; sino que como dicen, quiso sacar lo glorioso de lo extraordinario: porque no habria tenido nada de maravilloso el que ántes de la êdad hubiera sido senador, y era mucho más brillante haber triunfado ántes de serlo; y áun esto mismo contribuyó no poco para aumentar hácia él el amor y benevolencia de la muchedumbre; porque mostraba placer el pueblo de verle despues del triunfo contado entre los del órden ecuestre.

Consumíase Sila viendo hasta qué punto de gloria y de poder subia Pompeyo; pero no atreviéndose por pundonor á estorbarlo, se mantuvo en reposo: á excepcion de cuando por fuerza y contra su voluntad promovió Pompeyo al consulado á Lepido, trabajando por él en los comicios, y ganándole por su grande influjo el favor del pueblo: porque entónces, viendo Sila que se retiraba de la plaza con grande

acompañamiento, «observo, le dijo, oh jóven, que vas muy contento con la victoria: ¿y cómo no con la grande y gloriosa hazaña de haber hecho designar cónsul ántes de Catulo, el mejor de los hombres, á Lepido, el más malo? Pero cuidado no te duermas y dejes de estar solícito sobre los negocios, porque te has preparado un rival más fuerte que tú.» Pero donde más principalmente declaró Sila que no estaba bien con Pompeyo, fué en el testamento que otorgó: porque haciendo mandas á los demas amigos, y nombrándolos tutores de su hijo, ninguna mencion hizo de Pompeyo. Llevólo éste, sin embargo, con gran moderacion y política, tanto, que habiéndose opuesto Lepido y algunos otros á que el cadáver se sepultara en el campo Marcio, y á que la pompa se hiciera en público, tomó el negocio de su cuenta, y concilió al entierro gloria y seguridad al mismo tiempo.

No bien habia fallecido Sila, cuando se vió cumplida aquella profecía, porque queriendo Lepido subrogarse en su autoridad, al punto, sin andar en rodeos ni buscar pretextos, echó mano á las armas, poniendo en movimiento y accion los restos corrompidos de las turbaciones pasadas, que habian escapado de las manos de Sila. Su colega Catulo, á quien estaba unido lo más justo y lo más sano del Senado y del pueblo, en opinion de prudencia y de justicia era entónces el mayor de los Romanos; pero parecia más propio para el mando político que para el mando militar. Reclamando, pues, los negocios mismos la mano de Pompeyo, no dudó por largo tiempo adónde se aplicaria; sino que se declaró por los hombres de probidad, y se le nombró general contra Lepido; el cual ya habia puesto á sus órdenes gran parte de la Italia, y estaba apoderado de la Galia Cisalpina por medio del ejército de Bruto. En todos los demas puntos venció fácilmente Pompeyo luégo que marchó con sus tropas; pero en Módena de la Galia se detuvo al frente de Bruto largo tiempo; durante el cual, ca-

yendo Lepido sobre Roma, y acampándose á sus puertas, pedia el segundo consulado, infundiendo terror con un gran tropel de gente á los ciudadanos que estaban dentro; mas disipó este miedo una carta de Pompeyo, de la que aparecia que sin batalla habia acabado la guerra: porque Bruto, ó entregando él mismo su ejército, ó habiéndole hecho éste traicion, mudando de partido, puso su persona á disposicion de Pompeyo, y con escolta que se le dió de caballería se retiró á una aldea, orillas del Pó; donde sin mediar más que un dia, se le quitó la vida, habiendo Pompeyo enviado allá á Geminio; acerca de lo cual se hacian grandes cargos á Pompeyo: pues habiendo escrito al Senado, inmediatamente despues de la mudanza de Bruto, en términos de significar que éste voluntariamente se le habia pasado, envió despues otra carta, en la que, verificada ya la muerte de Bruto, le acusaba. Hijo era de éste el otro Bruto, que con Casio dió muerte á César; varon del todo desemejante al padre en cuanto á saber hacer la guerra y saber morir, como lo decimos en su vida. Lepido de resultas huyó sin detencion de la Italia, retirándose á Cerdeña, donde enfermó y murió de pesadumbre, no por el estado de los negocios, segun dicen, sino por haber dado con un billete, por el que se enteró de cierta infidelidad de su mujer.

Ocupaba la España Sertorio, caudillo en nada parecido á Lepido, é infundia temor á los Romanos, por haberse refundido en él, como en última calamidad, las guerras civiles. Habia hecho desaparecer á muchos generales de los de menor cuenta; y entónces traia fatigado á Metelo Pio, varon respetable y buen militar, pero tardo ya por la vejez para aprovechar las ocasiones de la guerra, é inferior al estado de los negocios; en los que se le anticipaba siempre la velocidad y presteza de Sertorio, que le acometia inopinadamente y al modo de los salteadores, molestando con celadas y correrías á un atleta hecho á combates re-

glados y á un general de tropas de línea acostumbradas á lidiar á pié firme. Teniendo, pues, Pompeyo en aquella sazon un ejército á sus órdenes, andaba negociando que se le diera la comision de ir en auxilio de Metelo; y sin embargo de habérselo mandado Catulo, no lo disolvió, sino que se mantuvo en armas alrededor de Roma, buscando siempre algun pretexto; hasta que por fin se le dió el apetecido mando á propuesta de Lucio Filipo. Dícese que preguntando uno entónces en el Senado con admiracion á Filipo si realmente era de sentir de que se enviase á Pompeyo por el cónsul, respondió: «Yo por el cónsul no, sino por los cónsules;» dando á entender que ambos cónsules eran inútiles para el caso.

No bien hubo tocado Pompeyo en España, excitó en los naturales, como sucede siempre á la fama de un nuevo general, otras esperanzas; y conmovió y apartó de Sertorio entre aquellas gentes todo lo que no le estaba firmemente unido. Sertorio en tanto usaba contra él de un lenguaje arrogante, diciendo con escarnio que para aquel mozuelo no necesitaba más que de la palmeta y los azotes, si no fuera porque tenía miedo á aquella vieja (aludiendo á Metelo); mas, sin embargo, temia realmente á Pompeyo, y precaviéndose con sumo cuidado, hacía ya la guerra con más tiento y seguridad: porque de otra parte, Metelo (cosa que nadie habria pensado) se habia relajado en su conducta, entregándose con exceso á los placeres; con lo que repentinamente habia habido tambien en él una grande mudanza con respecto al fausto y al lujo: de manera que esto mismo dió mayor estimacion y gloria á Pompeyo, por cuanto todavía hizo más sencillo su método de vida, que nunca habia necesitado de grandes prevenciones, siendo por naturaleza sobrio y muy arreglado en sus deseos. En esta guerra, que tomaba mil diferentes formas, ninguna cosa mortificó más á Pompeyo que la toma de Lauron por Sertorio; porque cuando creia que le tenía envuelto, y áun se jactaba de

ello, se encontró repentinamente con que él era quien estaba cercado; y como por tanto temia el moverse, tuvo que dejar arder la ciudad á su presencia y ante sus mismos ojos. Mas habiendo vencido junto á Valencia á Herenio y Perpena, generales que habian acudido á unirse con Sertorio y militaban con él, les mató más de diez mil hombres.

Engreido con este suceso, y deseoso de que Metelo no entrase á la parte en la victoria, se dió priesa á ir en busca del mismo Sertorio. Alcanzóle junto al rio Júcar al caer ya la tarde, y allí trabaron la batalla, temeroso de que sobreviniese Metelo: para pelear solo el uno, y el otro para pelear con uno solo. Fué indeciso y dudoso el término de aquel encuentro, porque venció alternativamente una de las alas de uno y otro; pero en cuanto á los generales llevó lo mejor Sertorio, porque puso en huida el ala que le estuvo opuesta. A Pompeyo le acometió desmontado un hombre alto de los de caballería; y habiendo venido ambos al suelo á un tiempo, al volver á la lid pararon en las manos de uno y otro los golpes de las espadas, aunque con suerte desigual, porque Pompeyo apénas fué lastimado, pero al otro le cortó la mano. Cargaron entónces muchos sobre él, estando ya en fuga sus tropas, y se salvó maravillosamente, por haber abandonado á los enemigos su caballo adornado magníficamente con jaeces de oro de mucho valor; porque enredados los enemigos en la particion y altercando sobre ella, le dieron lugar para huir. Á la mañana siguiente volvieron ambos á la batalla con ánimo de hacer que se declarase la victoria; pero como sobreviniese Metelo, se retiró Sertorio dispersando su ejército; porque este era su modo de retirarse, y luégo volvia á reunirse la gente; de manera que muchas veces andaba errante Sertorio solo, y muchas vaces volvia á presentarse con ciento cincuenta mil hombres, á manera de torrente que repentinamente crece. Pompeyo, cuando despues de la batalla salió al encuentro á Metelo y estuvieron ya cerca, dió órden de

que se le rindieran á éste las fasces, acatándole como preferente en honor; pero Metelo lo resistió, porque en todo se conducia perfectamente con él, no arrogándose superioridad alguna por consular y por más anciano. Solamente cuando acampaban juntos la señal se daba á todos por Metelo; pero por lo comun acampaban separados, contribuyendo á que tuvieran que estar distantes la calidad del enemigo, que usaba de diferentes artes; y siendo diestro en aparecerse repentinamente por muchos lados, obligaba á mudar tambien los géneros de combate; tanto, que por último, interceptándoles los víveres, saqueando y talando el país, y haciéndose dueño del mar, los arrojó de la parte de España que le estaba sujeta, precisándolos á refugiarse en otras provincias, por carecer absolutamente de provisiones.

Habia Pompeyo empleado y consumido la mayor parte de su caudal en aquella guerra; pedia por tanto fondos al Senado, diciendo que se retiraba á Italia con el ejército si no se le enviaban. Hallábase entónces de cónsul Lúculo; y aunque estaba mal con Pompeyo, y ambicionando para sí la guerra Mitridática, puso calor en que se mandaran los fondos que reclamaba por temor de que se diera este pretexto á Pompeyo, que deseaba retirarse de la guerra de Sertorio, y tenía vuelto el ánimo á la de Mitridates, en que le parecia haber mayor gloria, y ser éste enemigo más domeñable. Muere en tanto Sertorio asesinado vilmente por sus amigos, de los cuales Perpena, que habia sido el principal autor de esta traicion, quiso seguir sus mismos planes, valiéndose de las mismas fuerzas y los mismos medios; pero sin igual capacidad para usar de ellos. Acudió, pues, al punto Pompeyo, y sabedor de que Perpena no obraba con la mayor seguridad, le presentó por cebo en la llanura diez cohortes con órden de que se dispersaran; y como aquél diese sobre ellas y las persiguiese, apareciéndose él con todas sus tropas, y trabando batalla, concluyó

con todo, quedando muertos en el campo de batalla los más de los caudillos. Á Perpena lo llevaron á su presencia, y le mandó quitar la vida; no con ingratitud y olvido de lo ocurrido en Sicilia, como le acusan algunos, sino conduciéndose con la mayor prudencia, y tomando un partido que fué la salud de la república: porque habiéndose apoderado Perpena de la correspondencia de Sertorio, mostraba cartas de los principales personajes de Roma, que queriendo trastornar el sistema vigente y mudar el gobierno, llamaban á Sertorio á la Italia. Temeroso, pues, Pompeyo con este motivo de que se suscitaran otras guerras mayores que las apaciguadas, quitó del medio á Perpena, y quemó las cartas sin haberlas leido.

Deteniéndose despues de esto todo el tiempo necesario para apaciguar las mayores alteraciones, y sosegar y componer las discordias y desavenencias que áun ardian, restituyó el ejército á Italia, llegando por fortuna cuando estaba en su mayor fuerza la guerra servil. Por lo mismo Craso precipitó no sin riesgos la batalla, y le favoreció la suerte, habiendo muerto en la accion doce mil y trescientos hombres de los enemigos. Mas con esto mismo la fortuna halló medio de introducir á Pompeyo en la victoria, porque cinco mil que huyeron de la batalla dieron con él, y habiendo acabado con todos, escribió al Senado por expreso que anticipó, que Craso habia vencido en batalla campal á los gladiatores; pero que él habia arrancado la guerra de raíz: cosa que, por el amor que le tenian, escuchaban y repetian con gusto los Romanos; al mismo tiempo que ni por juego podia haber quien dijese que la gloria de la España y Sertorio eran de otro que de Pompeyo. En medio de todos estos honores y de la expectacion en que en cuanto á él se estaba, habia la sospecha y recelo de que no despediria al ejército, sino que por medio de las armas, y el mando de uno sólo, marcharia en derechura al gobierno de Sila: así, no eran ménos los que por amor

corrian á él y le salian al encuentro en el camino, que los que por miedo hacian otro tanto. Disipó luégo Pompeyo este temor con decir que dejaria el mando del ejército despues del triunfo; pero á los malcontentos áun les quedó un solo asidero para sus quejas, y fué decir que se inclinaba más á la plebe que al Senado, y que habiendo Sila destruido la dignidad de aquella, él trataba de restablecerla para congraciarse con la muchedumbre; lo que era verdad. Porque no habia cosa que más violentamente amase el pueblo Romano ni que más desease que volver otra vez á ver restablecida aquella magistratura: así Pompeyo tuvo á gran dicha el que se le presentase la oportunidad de esta disposicion, como que no habria encontrado otro favor con que recompensar el amor de los ciudadanos si otro se le hubiera adelantado en este.

Decretados que le fueron el segundo triunfo y el consulado, no era por esto por lo que parecia extraordinario y digno de admiracion; sino que se tomaba por prueba de su superior poderío el que Craso, varon el más rico de cuantos entónces estaban en el gobierno, el más elegante en el decir, de mayor opinion, y que miraba con desden á Pompeyo y á todos los demas, no se atrevió á pedir el consulado sin valerse de la intercesion de Pompeyo: cosa en que éste tuvo el mayor placer, porque hacía tiempo deseaba hacerle algun servicio ú obsequio: así es que se encargó de ello con ardor, y habló al pueblo, manifestándole que no sería menor su gratitud por el colega que por la misma dignidad. Sin embargo, nombrados cónsules, en todo estuvieron discordes, y se contradijeron el uno al otro. Y en el Senado tenía mayor influjo Craso, pero con la plebe era mayor el poder de Pompeyo, porque le restituyó el tribunado, y no hizo alto en que por ley se volviesen otra vez los juicios á los del órden ecuestre; pero el espectáculo más grato que dió á los Romanos, fué el de sí mismo cuando pidió la licencia del servicio militar. Porque

entre los Romanos es costumbre, en cuanto á los del órden ecuestre que han servido el tiempo establecido por ley, que lleven á la plaza su caballo á presentarlo á los dos ciudadanos que llaman censores, y que haciendo la enumeracion de los pretores ó emperadores á cuyas órdenes han militado, y dando las cuentas de sus mandos, se les dé el retiro; y allí se distribuye el honor ó la infamia que corresponde á la conducta de cada uno. Ocupaban entónces el tribunal en toda ceremonia los censores Gelio y Lentulo para pasar revista á los caballeros. Vióse desde léjos á Pompeyo que venía á la plaza con el séquito é insignias que correspondian á su dignidad, pero trayendo él mismo del diestro su caballo. Luégo que estuvo cerca y á la vista de los censores, dió órden á los lictores de que hicieran paso, y condujo el caballo ante el tribunal. Estaba todo el pueblo admirado y en silencio, y los mismos censores sintieron con su vista un gran placer mezclado de vergüenza. Despues el más anciano le dijo: «Te pregunto, oh Pompeyo Magno, si has hecho todas las campañas segun la ley.» Y Pompeyo en alta voz: «todas, le respondió, y todas las he hecho á las órdenes de mí mismo como emperador.» Al oir esto el pueblo levantó gran gritería, y ya no fué posible contener por el gozo aquella algazara; sino que levantándose los censores, le acompañaron á su casa, complaciendo en esto á los ciudadanos, que seguian y aplaudian.

Cuando ya estaba cerca de espirar el consulado de Pompeyo, y en el mayor aumento su desavenencia con Craso, un tal Cayo Aurelio, que perteneeia al órden ecuestre, pero habia llevado una vida ociosa y oscura, en un dia de junta pública subió á la tribuna, y arengando al pueblo, dijo habérsele aparecido Júpiter entre sueños, y encargádole hiciese presente á los cónsules no dejaran el mando sin haberse ántes hecho entre sí amigos. Pronunciadas estas palabras, Pompeyo se estuvo quieto en su lugar sin mo-

verse; pero Craso empezó á alargarle la diestra y á saludarle, diciendo al pueblo: «No me parece, oh ciudadanos, que hago nada que no me esté bien, ó que me humille en ser el primero en ceder á Pompeyo, á quien vosotros creisteis deber llamar Magno, ántes que le hubiese salido la barba, y á quien ántes de pertenecer al Senado decretasteis dos triunfos;» y habiéndose en seguida reconciliado, hicieron la entrega de su autoridad. Craso guardó siempre la conducta y método de vida que habia tenido desde el principio; pero Pompeyo se fué desentendiendo poco á poco de patrocinar las causas, se retiró de la plaza, rara vez se mostraba en público, y siempre con grande acompañamiento, pues ya no era fácil el verle ó hablarle sino entre un gran número de ciudadanos que le hacian la corte, pareciendo que tenía complacencia en mostrarse rodeado de mucha gente; dando con esto importancia y gravedad á su presencia, y creyendo que debia conservar su dignidad pura ó intacta del trato y familiaridad con la muchedumbre. Porque la vida togada es resvaladiza al menosprecio para los que se han hecho grandes con las armas y no aciertan á medirse con la igualdad popular; pues que creen debérseles de justicia el que aquí como allá sean los primeros; y á los que allá fueron inferiores no les es aquí tolerable el no preferirles; y por lo mismo, cuando cogen en la plaza pública al que ha brillado en los campamentos y en los triunfos, lo deprimen y abaten; pero si éste cede y se retira, le conservan libre de envidia el honor y poder que allá tuvo; lo que despues confirmaron los mismos negocios.

El poder de los piratas, que comenzó primero en la Cicilia, teniendo un principio extraño y oscuro, adquirió bríos y osadía en la guerra Mitridática, empleado por el Rey en lo que hubo menester. Despues, cuando los Romanos con sus guerras civiles se vinieron todos á las puertas de Roma, dejando el mar sin guarda ni custodia alguna,

poco á poco se extendieron é hicieron progresos: de manera que ya, no sólo eran molestos á los navegantes, sino que se atrevieron á las islas y ciudades litorales. Entónces ya hombres poderosos por su caudal, ilustres en su orígen, y señalados por su prudencia, se entregaron á la piratería, y quisieron sacar ganancia de ella, pareciéndoles ejercicio que llevaba consigo cierta gloria y vanidad. Formáronse en muchas partes apostaderos de piratas, y torres y vigías, defendidas con murallas, y las armadas corrian los mares, no sólo bien equipadas con tripulaciones alentadas y valientes, con pilotos hábiles y con naves ligeras y prontas para aquel servicio, sino tales, que más que lo terrible de ellas incomodaba lo soberbio y altanero que se demostraba en los astiles dorados de popa, en las cortinas de púrpura, y en las palas plateadas de los remos, como que hacian gala y se gloriaban de sus latrocinios. Sus músicas, sus cantos, sus festines en todas las costas, los robos de personas principales, y los rescates de las ciudades entradas por fuerza, eran el oprobio del imperio romano. Las naves piráticas eran más de mil, y cuatrocientas las ciudades que habian tomado. Habíanse atrevido á saquear de los templos mirados ántes como asilos inviolables, el Clario, el Didimeo, el de Samotracia, el templo de Céres en Hermione, el de Esculapio en Epidauro, los de Neptuno en el Istmo, en Tenauro y en Calauria; los de Apolo en Accio y en Leucade; y de Juno el de Samos, el de Argos y el de Lacimo. Hacian tambien sacrificios traidos de fuera, como los de Olimpia, y celebraban ciertos misterios indivulgables, de los cuales todavía se conservan hoy el de Mitra, enseñado primero por aquellos. Insultaban de continuo á los Romanos, y bajando á tierra, robaban en los caminos, y saqueaban las inmediatas casas de campo. En una ocasion robaron á dos pretores, á Sextilio y Belino, con sus togas pretestas, llevándose con ellos á los ministros y lictores. Cautivaron tambien á una hija

de Antonio, varon que habia alcanzado los honores del triunfo, en ocasion de ir al campo, y tuvo que rescatarse á costa de mucho dinero. Pero lo de mayor afrenta era que cautivado alguno, si decia que era Romano, y les daba el nombre, hacian como que se sobrecogian, y temblando se daban palmadas en los muslos, y se postraban ante él, diciéndole que perdonase. Creíalos, viéndolos consternados y reducidos á hacerle súplicas; pero luego unos le ponian los zapatos, otros le envolvian en la toga, para que no dejase de ser conocido, y habiéndole así escarnecido y mofado por largo tiempo, echaban la escala al agua, y le decian que bajara, y se fuera contento; y al que se resistia le cogian y le sumergian en el mar.

Ocupaban con sus fuerzas todo el mar inferior; de manera que estaban cortados é interrumpidos enteramente la navegacion y el comercio. Esto fué lo que obligó á los Romanos, que se veian turbados en sus acopios y temian una gran carestía, á enviar á Pompeyo á limpiar el mar de piratas. Propuso al efecto Gabinio, uno de los más íntimos amigos de Pompeyo, una ley, por la que se le conferia á éste, no el mando de la armada, sino una monarquía y un poder sin límites sobre todos los hombres, porque le autorizaba la ley para mandar en todo el mar dentro de las columnas de Hércules, y en todo el continente á cuatrocientos estadios del mar; la cual medida dejaba de comprender muy pocos países de la tierra sujeta á los Romanos, y abarcaba por otra parte los de grandes naciones y poderosos reinos. Concedíasele además de esto escoger entre los senadores quince en calidad de legados suyos, para mandar en las provincias; tomar del erario y de los cambistas cuanto dinero quisiese, y disponer de doscientas naves, siendo árbitro para formar las listas de la tropa del ejército, de las tripulaciones, de las naves y de la gente de remo. Leido que fué este proyecto, el pueblo lo admitió con el mayor placer; pero á los más principales y podero-

sos del Senado, si bien les pareció fuera de envidia un poder tan indefinido é indeterminado, tuviéronle por muy propio para inspirar recelos; por lo que se opusieron á la ley, á excepcion de César que la sostuvo, no por contemplacion á Pompeyo, sino para empezar á ganarse y atraerse el pueblo. Los demas hicieron fuerte resistencia á Pompeyo; y como el uno de los cónsules le dijese que si se proponia imitar á Rómulo no evitaria tener el propio fin que aquél, corrió gran peligro de que la muchedumbre le hiciese pedazos. Presentóse Catulo en la tribuna, y como el pueblo le miraba con respeto, guardó moderacion y compostura; pero cuando despues de haber hablado largamente en elogio de Pompeyo, les aconsejó que miraran por él, y no expusieran á contínuas guerras y peligros un hombre tan importante; porque «¿á quién acudireis, les dijo, si éste llega á faltaros?» á tí, exclamaron todos á una voz. Catulo, pues, viendo que nada habia adelantado, calló; y presentándose despues Roscio nadie quiso oirle; hacíales, sin embargo, señas con los dedos para que no nombrasen uno sólo, sino otro con Pompeyo; pero se dice que irritado con esto el pueblo, fué tal la gritería que se levantó, que un cuervo que volaba por encima de la plaza se sofocó, y cayó sobre aquella muchedumbre; de donde puede inferirse que no es por romperse y cortarse el aire con el gran ruido por lo que no pueden sostenerse las aves que caen, sino por ser heridas como con un golpe con la voz, cuando enviada ésta con impetu y violencia causa en el aire fuerte movimiento y agitacion.

Disolvióse por entónces la junta; y el dia en que habia de hacerse la votacion se salió Pompeyo al campo; pero habiendo oido que se habia sancionado la ley entró en la ciudad por la noche para evitar la envidia que habia de producir el gran concurso de los que acudirian á esperarle y recibirle; y saliendo de casa á la mañana temprano, primero hizo un sacrificio; y reuniendo despues al pueblo en

junta pública trató de recoger mucho más que lo que ántes se le habia decretado, pues faltó muy poco para que doblara todo el aparato; habiendo alistado quinientas naves, y juntado hasta ciento veinte mil hombres de infantería y cinco mil caballos. El Senado eligió veinticuatro de los que habian sido pretores y habian mandado ejércitos, para que sirvieran á sus órdenes, á los que se agregaron dos cuestores. Como repentinamente hubiese bajado el precio de los objetos de comercio, dió esto ocasion al pueblo para manifestar gran contento, y decir que el nombre de Pompeyo habia acabado la guerra. Dividió éste los mares, y todo el espacio del Mediterráneo en trece partes, y asignó á cada una igual número de naves con un caudillo; y sorprendiendo á un tiempo con estas fuerzas así repartidas gran número de naves de los piratas, les dió caza, y se apoderó de ellas trayéndolas á los puertos. Los que se anticiparon á huir y evadirse, se acogieron como á su colmenar á la Cilicia, contra los cuales marchó él mismo con sesenta naves de las mejores; pero no dió la vela contra aquéllos sin haber ántes limpiado enteramente de piraterías y latrocinios el mar Tirreno, el Líbico, el de Cerdeña, el de Córcega y Sicilia; no habiendo reposado él mismo en cuarenta dias, y habiéndole servido los demas caudillos con diligencia y esmero.

Como en Roma el cónsul Pison por encono y envidia que le tenia le escasease los auxilios y licenciase las tripulaciones, hizo pasar á Brindis la escuadra, y él subió á Roma por la Toscana. Luégo que se supo todos acudieron al camino, como si no hiciera pocos dias que se habian despedido de él. Habia producido este regocijo la celeridad de la no esperada mudanza: pues al punto fué suma en el mercado la abundancia de víveres; así, corrió riesgo Pison de que se le despojara del consulado, teniendo ya Gabinio escrito el proyecto de ley, sino que le contuvo Pompeyo; el cual, habiéndolo dispuesto todo con la mayor humanidad,

provisto de lo que hubo menester, se encaminó á Brindis. Habiendo tenido el tiempo favorable, siguió su navegacion, pasando á la vista de muchas ciudades; mas respecto á Atenas no pasó de largo. Saltó, pues, en tierra; y habiendo sacrificado á los Dioses y saludado al pueblo, al salir leyó ya estos versos heroicos hechos en su honor, á la parte adentro de la puerta:

Cuanto en parecer hombre más te esfuerzas,
Más á los sacros Dioses te pareces.

Y á la parte de afuera:

Fuiste esperado, y en honor tenido:
Te hemos visto; feliz tu viaje sea.

De los piratas que todavía quedaban y erraban por el mar trató con benignidad á algunos; y contentándose con apoderarse de sus embarcaciones y sus personas, ningun daño les hizo; con lo que concibieron los demas buenas esperanzas, y huyendo de los otros caudillos se dirigieron á Pompeyo, y se le entregaron á discrecion con sus hijos y sus mujeres. Perdonólos á todos; y por su medio pudo descubrir y prender á otros, que habian procurado esconderse por reconocerse culpables de las mayores atrocidades.

El mayor número y los de mayor poder entre ellos habian depositado sus familias, sus caudales, y toda la gente que no estaba en estado de servir, en castillos y pueblos fortalecidos hácia el monte Tauro; y ellos, tripulando convenientemente sus naves, cerca de Coraquesio de Cilicia se opusieron á Pompeyo, que navegaba en su busca; y como dada la batalla fuesen vencidos, se redujeron á sufrir un sitio. Mas al fin recurrieron á las súplicas, y tambien se entregaron con las ciudades é islas que poseian, y en que se

habian hecho fuertes, las cuales eran difíciles de tomar y poco accesibles. Terminóse, pues, la guerra, y fueron enteramente destruidas las piraterías en toda la extension del mar en el corto tiempo de tres meses; habiéndose tomado además otras muchas ciudades y naves, y entre éstas noventa con espolones de bronce. De ellos mismos cautivó Pompeyo más de veinte mil; y si por una parte no queria quitarles la vida, por otra no creia que podia ser conveniente dejarlos, y mirar con diferencia que volvieran á esparcirse unos hombres reducidos á la necesidad y avezados á la guerra. Reflexionando, pues, que el hombre por su naturaleza é índole no nació ni es un animal cruel é insociable, sino que la maldad es la que pervierte su carácter, y con los hábitos y la mudanza de vida y de lugares vuelve á suavizarse; y que las mismas fieras con participar de más blandos alimentos deponen su aspereza y ferocidad, resolvió trasladar aquellos hombres del mar á la tierra, y hacerlos gustar de una vida más dulce con acostumbrarlos á habitar en poblaciones, y labrar los campos. A algunos, pues, los admitieron las ciudades pequeñas y desiertas de la Cilicia, incorporándolos en sí, y adquiriendo con este motivo términos más dilatados; y tomando á la ciudad de Solos, poco ántes destruida por Tigranes, rey de Armenia, estableció á muchos en ella; pero á los más les dió por domicilio á la ciudad de Dime en la Acaya, que se hallaba entónces despoblada de habitantes, y poseia un fértil y extenso terreno.

Vituperaban estas disposiciones los que no estaban bien con él; pero lo que hizo en Creta con Metelo ni á sus mayores amigos satisfizo; porque este Metelo, pariente de aquel con quien Pompeyo hizo la guerra de España, habia sido enviado de general á Creta ántes del nombramiento de Pompeyo; pues esta isla despues de la de Cilicia era otro manantial de piratas, y Metelo habia logrado apresar y dar muerte á muchos de ellos. Quedaban otros, y cuando

los tenía sitiados, acudieron con ruegos á Pompeyo, llamándole á la isla, por ser parte del espacio de mar sobre que mandaba, como que caia de todos modos dentro de él. Admitió Pompeyo el llamamiento, y escribió á Metelo prohibiéndole continuar la guerra. Escribió asimismo á las ciudades para que no obedeciesen á Metelo, y envió de general á Lucio Octavio, uno de los caudillos que servian á sus órdenes, el cual, entrando á unirse con los sitiados dentro de los muros y peleando con ellos, no solo odioso y molesto, sino hasta ridículo hacía á Pompeyo, que por envidia y emulacion con Metelo prestaba su nombre á gentes impías y sin religion, é interponia en favor de ellas su autoridad como un preservativo. Pues ni Aquíles se portó como hombre, sino como un mozuelo atolondrado y arrebatado del deseo de la gloria, cuando por señas previno á los demas, y les prohibió tiraran á Héctor,

Porque no le robara otro la gloria
De herirlo, y él viniera á ser segundo.

Y áun Pompeyo lo hizo peor; porque se esforzó á conservar á los enemigos de la república, por privar del triunfo á un general que llevaba toleradas muchas fatigas y trabajos. Mas no se acobardó Metelo, sino que venciendo á los piratas, tomó de ellos justa venganza; y á Octavio lo despachó, despues de haberle reprendido y afeado su hecho en el campamento.

Llegada á Roma la noticia de que terminada la guerra de los piratas, para reposar de ella Pompeyo recorria las ciudades, escribe Manilio, tribuno de la plebe, un proyecto de ley, para que encargándose Pompeyo del territorio y tropas sobre que mandaba Lúculo, y añadiéndosele la Bitinia, que obtenia Glabrion, hiciese la guerra á Mitrídates y Tigranes, conservando además las fuerzas navales y el mando marítimo, como lo habia tenido desde el principio;

que era, en suma, confiar á uno solo la autoridad del pueblo romano. Porque las únicas provincias que parecia no estar contenidas en la ley anterior, que eran la Frigia, la Licaonia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, la Colquida superior, y la Armenia, estas mismas eran las que se le agregaban ahora, con todas las tropas y fuerzas con que Lúculo habia vencido y derrotado á los reyes Mitrídates y Tigranes.

Con todo, de Lúculo, á quien se privaba de la gloria de sus ilustres hechos, y á quien más bien se daba sucesor del triunfo que de la guerra, era muy poco lo que se hablaba entre los del partido del Senado, sin embargo de que conocian el agravio y la injusticia que á aquél se irrogaban; sino que llevando mal el gran poder de Pompeyo, que venia á constituirse en tiranía, se excitaban y alentaban entre sí para oponerse á la ley y no abandonar la libertad. Mas venido el momento, todos los demas faltaron al propósito, y enmudecieron de miedo: solo Catulo clamó contra la ley, y contra quien la habia propuesto; y viendo que á nadie movia, requirió al Senado, gritando muchas veces desde la tribuna, para que como sus mayores buscaran un monte y una eminencia adonde para salvarse se refugiara la libertad. Sancionóse á pesar de esto la ley, segun se dice, por todas las tribus; y Pompeyo, estando ausente, quedó árbitro y dueño de todo cuanto lo fué Sila, apoderándose de la ciudad con las armas y con la guerra.

Dícese de él que cuando recibió las cartas y supo lo decretado, hallándose presentes, y regocijándose sus amigos, arrugó las cejas, se dió una palmada en el muslo, y como quien se cansa de mandar, prorumpió en estas expresiones: «¡Vaya con unos trabajos que no tienen término! ¿Pues no valia más ser un hombre oscuro para no cesar nunca de hacer la guerra, ni de incurrir en tanta envidia, pasando la vida en el campo con su mujer?» Al oir esto, ni sus más íntimos amigos dejaron de torcer el gesto á semejante iro-

nía y simulacion, conociendo que subia muy de punto su alegría con el incentivo que daba á la natural ambicion y deseo de gloria de que estaba poseido, su indisposicion y encono con Lúculo.

Justamente lo manifestaron bien pronto los hechos, porque poniendo edictos por todas partes convocaba á los soldados, y llamaba ante si á los poderosos y á los reyes que estaban en la obediencia del Imperio romano; y recorriendo la provincia no dejó en su lugar nada de lo dispuesto por Lúculo, sino que alzó el castigo á muchos, revocó donaciones; y en una palabra, hizo por espíritu de contradiccion cuanto habia que hacer para demostrar á los que miraban con aprecio á Lúculo, que de nada absolutamente era dueño. Quejósele éste por medio de sus amigos; y habiendo convenido en verse y conferenciar, se vieron efectivamente en la Galacia. Como era conveniente á tan grandes generales que tan grandes victorias habian alcanzado, los lictores de uno y otro se presentaron con las fasces coronadas de laurel; pero Lúculo venía de lugares frescos y defendidos por la sombra, y Pompeyo habia hecho algunos dias de marcha por terrenos áridos y sin árboles. Viendo, pues, los lictores de Lúculo que el laurel de las fasces de Pompeyo estaba seco y marchito enteramente, partiendo del suyo, que se mantenia fresco, adornaron y coronaron con él las fasces de éste; lo que se tuvo por señal de que Pompeyo venía á arrogarse las victorias y la gloria de Lúculo. Autorizaba á Lúculo la dignidad de cónsul y su mayor edad; pero la dignidad de Pompeyo era mayor por sus dos triunfos. Con todo, su primer encuentro le hicieron con urbanidad y mutuo agasajo, celebrando sus respectivas hazañas, y dándose el parabien por sus victorias; pero en su pláticas en nada moderado y justo pudieron convenirse, sino que empezaron á motejarse, Pompeyo á Lúculo por su codicia, y éste á aquél por su ambicion, de manera que con dificultad pudieron lograr

los amigos que se despidieran en paz. Lúculo en la Galacia distribuyó la tierra conquistada, é hizo otras donaciones á quienes tuvo por conveniente. Pero Pompeyo, que estaba acampado á muy corta distancia, prohibió que se le prestase obediencia, y le quitó todas las tropas, á excepcion de mil seiscientos hombres, que por ser orgullosos reputó le serian inútiles á él mismo, y que á aquél no le guardarian subordinacion. Censurando y vituperando además abiertamente sus operaciones, decia que Lúculo habia hecho la guerra á las tragedias y farsas de aquellos reyes, quedándole á él tener que combatir con las verdaderas y ejercitadas fuerzas; pues que Mitrídates habia al fin recurrido á los escudos, la espada y los caballos. Mas defendíase por su parte Lúculo diciendo que Pompeyo iba á lidiar con la imágen y sombra de la guerra, siendo su maña acabar con los cuerpos muertos por otros, á manera de ave de rapiña, é ir dilacerando los despojos de la guerra; pues que de esta manera habia inscrito su nombre sobre las guerras de Sertorio, de Lépido y de Espartaco, terminadas ya felizmente, ésta por Craso, aquélla por Catulo, y la primera por Metelo; por tanto, no era de extrañar que se arrogase ahora la gloria de las guerras Armenias y Pónticas un hombre que habia tenido arte para ingerirse en el triunfo de los fugitivos.

Partió por fin Lúculo; y Pompeyo, dejando la armada naval en custodia del mar que média entre la Fenicia y el Bósforo, marchó contra Mitrídates, que tenía un ejército de treinta mil infantes y dos mil caballos, pero que no se atrevia á entrar en batalla. Y en primer lugar, como hubiese abandonado por ser falto de agua un monte alto y de difícil acceso, en el que se hallaba acampado, lo ocupó Pompeyo; y conjeturando por la naturaleza de las plantas y por el descenso del terreno, que el país no podia ménos de tener fuentes, dió órden de que por todas partes se abrieran pozos, y al punto se vió el campamento lleno de gran cau-

dal de agua, de manera que se maravillaron de que en tanto tiempo no hubiera dado en ello Mitrídates; y despues acampando próximo á él, consiguió dejarle sitiado; pero habiéndolo estado cuarenta y cinco dias, se escapó sin que aquél lo sintiese con lo más escogido de sus tropas, dando muerte á los inútiles y enfermos. Habiéndole vuelto á alcanzar Pompeyo junto al Eufrates, puso su campo enfrente de él, y temiendo que se adelantase á pasar este rio, sacó armado su ejército desde la media noche, hora en que se dice haber tenido Mitrídates una vision que le predijo lo que iba á sucederle. Porque le parecia que navegando con próspero viento en el mar Póntico, veia ya el Bósforo, y los que con él iban se lisonjeaban como el que se alegra con la certeza y seguridad de salir á salvo; pero que de repente se halló abandonado de todos en un débil barquichuelo juguete de los vientos. En el momento de estar en estas angustias y ensueños le rodearon y despertaron sus amigos, diciéndole que tenian cerca de sí á Pompeyo. Fues, pues, indispensable haber de pelear al lado del campamento; y sacando sus generales las tropas, las pusieron en órden. Advirtió Pompeyo que los cogia prevenidos, y no decidiéndose á entrar en accion entre tinieblas, le pareció que no debian hacer más que cogerlos en derredor, para que no huyesen, y á la mañana, pues que sus tropas eran mejores, vendrian á las manos; pero los más ancianos de los tribunos, rogándole é instándole, le hicieron por fin resolverse. Porque tampoco era la noche del todo oscura; sino que la luna, yendo ya bastante baja, daba suficiente luz para que se vieran los cuerpos, que fué lo que principalmente desconcertó á las tropas del Rey: porque los Romanos tenian la luna á la espalda, y estando ya la luz muy cerca del ocaso, las sombras de sus cuerpos iban muy léjos delante de ellos, y se extendian hasta los enemigos, que no podian computar la distancia, sino que como si los tuvieran ya encima, arrojando las lanzas en vano, á nadie alcanzaban. Al ver

esto los Romanos, corrieron á ellos con grande gritería, y como no tuvieron valor ni siquiera para esperarlos, sino que se entregaron á la fuga, los acuchillaron y destrozaron, muriendo más de diez mil de ellos, y les tomaron el campamento. Al principio Mitrídates con ochocientos caballos se habia abierto paso por entre los Romanos poniéndose en retirada; pero á poco se desbandaron todos los demas, quedándose con tres solos, entre los que se hallaba la concubina Hipsicracia, que siempre se habia mostrado varonil y arrojada, tanto que por esta causa el Rey la llamaba Hipsicrates. Llevaba esta entónces la sobrevesta y el caballo de un soldado persa, y ni se mostró fatigada de tan larga carrera, ni con haber atendido al cuidado de la persona del Rey y de su caballo necesitó de reposo, hasta que llegaron al fuerte de Inora, depósito de los caudales y preseas del Rey, de donde tomando éste las ropas más preciosas, las distribuyó á los que de la fuga habian acudido á él. Dió tambien á cada uno de sus amigos un veneno mortal para que ninguno de ellos se entregase contra su voluntad á los enemigos; y desde allí marchó á la Armenia á unirse con Tigranes; pero como éste le desechase, y áun le hiciese pregonar en cien talentos, pasando por encima del nacimiento del Eufrates, huyó por la Colquida.

Mas Pompeyo se dirigió á la Armenia llamado por Tigranes el jóven, que habiéndose ya rebelado al padre, salió á unirse con aquél junto al rio Arajes; el cual, naciendo de los mismos montes que el Eufrates, vuelve luégo hácia el Oriente, y desagua en el mar Caspio. Recorrieron, pues, juntos las ciudades, y las fueron reduciendo; y Tigranes el mayor, que poco ántes habia sido arruinado por Lúculo, sabedor de que Pompeyo era benigno y dulce de condicion, admitió guarnicion en su corte, y acompañado de sus amigos y deudos fué á hacerle entrega de su persona. Llegó á caballo hasta el valladar, donde dos lictores de Pompeyo le salieron al encuentro, y le previnieron bajase

del caballo y continuase á pié, porque jamás se habia visto á hombre ninguno á caballo dentro de un campamento de los Romanos. Condescendió en ello Tigranes, y desciñéndose la espada, se la entregó. Finalmente, cuando llegó ante el mismo Pompeyo, quitándose la tiara, hizo accion de ponerla á sus piés, é inclinando el cuerpo, iba á postrarse con la mayor bajeza ante él; pero Pompeyo, alargándole la diestra, lo levantó y lo sentó á su lado, colocando al otro á su hijo. De todo lo demas les dijo que debian culpar á Lúculo, que era quien les habia quitado la Siria, la Fenicia, la Cilicia, la Galacia y la Sofena; que lo que hasta entónces habian conservado lo retendrian, pagando seis mil talentos á los Romanos en pena de sus ofensas; y que en la Sofena reinaria el hijo. A Tigranes fueron muy agradables estas disposiciones; y habiendo sido aclamado rey por los Romanos, en muestra de su alegría ofreció dar á cada soldado media mina de plata, diez minas á cada centurion, y un talento á cada tribuno; pero el hijo se disgustó, y llamado á la cena, respondió que no necesitaba de Pompeyo, que así creia honrarle, porque él encontraria otro entre los Romanos; de resulta de lo cual se le puso en prision para el triunfo. De allí á poco envió Fraates, rey de los Partos, á reclamar á este jóven por ser su yerno, y al mismo tiempo pedia que pusiera Pompeyo al Eufrates por límite de sus provincias; á lo que contestó éste, que Tigranes más pertenecia al padre que al suegro; y en cuanto al límite, se señalaria el que fuese justo.

Dejando á Afranio de guarnicion en la Armenia, le fué preciso marchar contra Mitrídates por medio de las naciones que habitan el Cáucaso. De estas las más populosas son los Albanos y los Iberos: los Iberes están situados en las faldas de los montes Mosquicos, y los Albanos se inclinan más al Oriente y al mar Caspio. Estos al principio, pidiéndoles Pompeyo el paso, se le habian concedido; pero habiendo cogido el invierno al ejército en aquel país, y

habiendo tenido los Romanos que celebrar la fiesta de los Saturnales, se dispusieron á acometerles, en número de cuarenta mil á lo ménos, cuando fueran á pasar el rio Cirno que naciendo de los montes Iberios, y recibiendo al Arajes que baja de la Armenia, desagua por doce bocas en el mar Caspio; pero otros dicen que no sucede esto al Arajes, sino que corriendo cerca de aquel entra por sí sólo en este mar. Pompeyo pudo oponerse á los enemigos al tiempo del paso; pero los dejó que pasaran con todo sosiego, y cargando con seguridad sobre ellos, los rechazó y deshizo. Como despues el Rey le hiciese súplicas y enviase embajadores, perdonándole aquella injusta agresion, hizo alianza con él, y marchó contra los Iberes, que no eran inferiores en número, y que siendo más belicosos que los demas, deseaban con ardor servir á Mitrídates y alejar de allí á Pompeyo. Porque los Iberes no estuvieron nunca sujetos ni á los Medos ni á los Persas, y áun se libraron de la dominacion de los Macedonios, por haber sido precipitado el paso de Alejandro por la Hircania. Mas á pesar de todo esto los derrotó Pompeyo en una gran batalla, en la que murieron nueve mil, y más de diez mil quedaron cautivos, entrando despues en la Colquida; y junto al Tasis se le presentó Servilio trayendo las naves con que custodiaba el Ponto.

La persecucion de Mitrídates, que se habia acogido á las naciones inmediatas al Bósforo y á la laguna Meotis, ofreció á Pompeyo muchas dificultades, mayormente habiéndosele anunciado que otra vez se le habian rebelado los Albanos. Regresó, pues, contra ellos encendido en ira y en deseo de venganza, costándole extraordinario trabajo volver á pasar el Cirno por haber hecho los bárbaros empalizadas en gran parte de él; y teniendo que andar un camino áspero y falto de agua, habiendo llenado diez mil odres de ella, continuó su marcha contra los enemigos; á los que alcanzó formados en órden de batalla junto al rio

Abante en número de sesenta mil hombres de infantería y doce mil de caballería; pero muy mal armados y sin otro vestido los más que pieles de fieras. Acaudillábalos un hermano del Rey, llamado Coris, el cual trabada ya la batalla, se dirigió contra Pompeyo; y habiéndole herido con un dardo en la parte donde terminaba la coraza, Pompeyo lo traspasó con un bote de lanza. Dícese que en esta batalla pelearon con los bárbaros las Amazonas, habiendo bajado de los montes que circundan el rio Termodonte; porque reconociendo y despojando los Romanos á los bárbaros despues de la batalla, encontraron sí rodelas y coturnos amazónicos, aunque no se vió ningun cuerpo de mujer. Habitan las Amazonas las pendientes del Cáucaso por la parte del mar de Hircania, pero no confinan con los Albanos, sino que están en medio los Gelas y los Leges, y en cada año pasando dos meses en union con éstos, orillas del Termodonte, despues se retiran á vivir solas.

Habiéndose puesto Pompeyo en marcha despues de la batalla para la Hircania y el mar Caspio, tuvo que retroceder por la muchedumbre de ciertas serpientes venenosas y mortíferas, cuando no le faltaban más que tres dias de camino. Retiróse, pues, á la Armenia menor; y á los reyes de los Elimeos y los Medos que le enviaron embajadores, les contestó amistosamente; pero contra el de los Partos, que invadió la Gordiena, y empezó á molestar á los súbditos de Tigranes, envió tropas con Afranio, que le rechazó y persiguió hasta la Arbielitide. Trajeron ante él á muchas de las concubinas de Mitrídates; pero no tocó á ninguna; sino que todas las hizo entregar á sus padres ó deudos; porque en gran parte eran hijas ó mujeres de generales ó sujetos poderosos. Estratónica, que fué la que gozó de mayor dignidad y se mantuvo en un alcázar magnífico, era hija, á lo que parece, de un cantor anciano, de pobre suerte en todo lo demas; pero de tal manera se apoderó del corazon de Mitrídates, habiendo cantado en un festin,

que se la llevó para reposar con ella; mas el viejo salió de allí de muy mal humor, porque ni siquiera le habia dirigido una palabra afable y benigna. Este, á la mañana, cuando al despertarse vió en su habitacion aparadores con bajilla de oro y plata, gran número de sirvientes, eunucos y jóvenes que le presentaban vestidos de los más ricos, y á la puerta un caballo con preciosos arreos, como los de los amigos del Rey, creyendo que todo aquello fuese juego y burlería intentó marcharse de la casa; pero deteniéndole los criados, y diciéndole que el Rey le hacía el presente de la casa de un hombre rico que acababa de morir, y que todo aquello no eran más que primicias y bosquejos de mayores bienes y riquezas, creyólo entónces, aunque todavía con dificultad; y tomando la púrpura, y montando á caballo, dió á correr por la ciudad gritando: «todo esto es mio;» y á los que se burlaban decia que no era aquello de extrañar, sino el que loco de contento no tirase piedras á cuantos encontrara. De esta estirpe y linaje era Estratónica, la cual hizo donacion á Pompeyo de aquel terreno, y le presentó muchos regalos; pero él no tomando más que aquellos que creyó podian servir de adorno en los templos, ó para dar realce á su triunfo, los demas los dejó á Estratónica para que los disfrutase contenta. De la misma manera, habiéndole presentado el Rey de los Iberes un lecho, una mesa y un trono, todos de oro, haciéndole instancias para que los tomase, lo que hizo fué entregarlos á los cuestores para el tesoro público.

En la fortaleza de Quenon vinieron á las manos de Pompeyo los papeles reservados de Mitrídates, y los reconoció con gusto, porque le daban á conocer de un modo muy decisivo sus costumbres. Eran sus libros de memoria, y en ellos descubrió que habia dado muerte con hierbas, además de otros varios, á su hijo Ariarates, y á Alceo de Sardis, porque en una carrera de caballos le sacó ventajas. Contenian tambien explicaciones de ensueños, unos que él

mismo habia tenido, y otros que eran de sus mujeres, y cartas poco decentes de Mónima al mismo Mitrídates, y de éste á aquella. Teofanes refiere haberse encontrado asimismo un discurso de Rutilio, en que le excitaba á acabar con los Romanos que habia en el Asia; pero los más conjeturan con razon haber sido esta especie una maligna invencion de Teofanes, que quizá aborrecia á Rutilio por no serle en nada parecido; ó acaso tambien á causa de Pompeyo, á cuyo padre pinta Rutilio como hombre del todo perverso en sus historias.

Pasó de allí Pompeyo á Amiso, y vino á pagar su rencillosa emulacion cayendo en lo mismo que habia reprendido; pues habiendo censurado amargamente en Lúculo el que hirviendo aún la guerra hubiese arreglado las provincias, haciendo tambien la distribucion de los dones y premios que los vencedores acostumbran hacer concluida y terminada aquella, ejecutó él mismo otro tanto en el Bósforo, cuando todavía Mitrídates estaba mandando y conservaba respetables fuerzas, como si todo estuviera acabado; tomando disposiciones en las provincias, y distribuyendo presentes con motivo de haber acudido á él generales y otros sujetos de autoridad, y doce reyezuelos de los bárbaros; y áun por esto, contestando al Rey de los Partos, se desdeñó de darle, como todos los demas, el título de Rey de Reyes, por no desagradar á estos otros. Vínole allí el deseo y codicia de recobrar la Siria, y de pasar por la Arabia hasta el mar Rojo, para llegar victorioso hasta el Océano que circunda la tierra. Porque en Africa él fué el primero que llevó sus armas vencedoras hasta el mar exterior; en España puso tambien por término de la dominacion romana el mar Atlántico; y en tercer lugar, persiguiendo dias ántes á los Albanos, le habia faltado muy poco para extenderse hasta el mar de Hircania. Púsose, pues, en marcha para dar la vuelta hasta el mar Rojo; porque por otro lado veia que era muy difícil cazar con las armas á

Mitrídates, y que era enemigo más tomible huyendo que peleando.

Diciendo, por tanto, que iba á dejarle en el hambre un enemigo más poderoso que él, estableció guarda-costas contra los comerciantes que navegaban por el Bósforo, imponiendo la pena de muerte á los que fuesen aprehendidos. Hecho esto, tomó consigo la mayor parte del ejército, y se puso en marcha; y como Triario hubiese tenido contraria la suerte y hubiese perecido en un encuentro con Mitrídates, llegando á punto de encontrar todavia los muertos insepultos, les hizo un magnífico entierro con muestras de sentimiento y aprecio; cosa que omitida parece fué una de las principales causas del odio de los soldados á Lúculo. Sujetó, pues, por medio de Afranio á los Arabes que habitan el monte Amano; y bajando él á la Siria, por no tener reyes legítimos, la declaró provincia y posesion del Imperio romano. Domó á la Judea, tomando cautivo á su rey Aristóbulo, y en cuanto á las ciudades, levantó unas de los cimientos, y á otras dió libertad é independencia, castigando á los que las tenian tiranizadas; pero su más contínua ocupacion era administrar justicia, dirimiendo las disputas de las ciudades y los reyes: para lo que adonde á él no le era dado pasar enviaba á sus amigos; como sucedió á los Armenios y Partos, que habiéndose comprometido en él por un terreno sobre que altercaban, les envió tres jueces y amigables componedores; porque si era grande la fama de su poder, no era menor la de su virtud y clemencia, con las que cubria la mayor parte de los yerros de sus amigos y familiares; pues no sabiendo contener ó castigar á los desmandados, con mostrar á los que iban á hablarle este carácter bondadoso, les hacía llevar sin molestia las extorsiones y vejaciones de aquéllos.

El que más valimiento tenía con él era su liberto Demetrio, mozo que no carecia de talento para lo demas, pero que abusaba demasiado de su fortuna, acerca del cual se

refiere lo siguiente: Caton el Filósofo, que todavía era jóven, pero gozaba ya de gran reputacion, y tenía altos pensamientos, subió á Antioquía, no hallándose allí Pompeyo, con el objeto de ver y observar aquella ciudad. Iba á pié, segun su costumbre; pero sus amigos le acompañaban á caballo. Vió desde cierta distancia delante de la puerta gran número de hombres vestidos de blanco, y á los lados del camino, á una parte jóvenes y á otra muchachos con entera separacion, de lo que se incomodó, creyendo que aquello se hacía en honor y obsequio suyo, cuando estaba bien distante de apetecerlo. Dijo, pues, á sus amigos que se apearan, y caminasen á pié con él; y cuando ya estuvieron cerca, el que dirigia todo aquello puesto al frente de la comparsa, y llevaba como distintivo una corona y un baston, les salió al encuentro, preguntándoles dónde habian dejado á Demetrio, y cuándo llegaria. A los amigos de Caton les causó risa; pero Caton exclamó: «¡Desgraciada ciudad!» Y sin decir más palabra pasó adelante. El que este Demetrio no ofendiese y chocase más se debia al mismo Pompeyo, que tratado de él con insolencia, no se mostraba disgustado, pues se dice que en los banquetes de Pompeyo, cuando éste aguardaba y recibia á los convidados, él estaba ya sentado fastuosamente con el gorro calado hasta más abajo de las orejas. Aun ántes de volver á Italia era ya dueño de los sitios más deliciosos de sus cercanías y de los más bellos gimnasios; y habia adquirido unos soberbios jardines que se llamaban los Jardines de Demetrio, cuando Pompeyo hasta su tercer triunfo habitó una casa nada más que regular y de poco precio.

Despues, habiendo construido para los Romanos aquel tan magnífico y celebrado teatro, edificó como apéndice de él una casa de mejor aspecto que la otra, aunque nunca tal que pudiera chocar: tanto, que el que la adquirió despues de Pompeyo, al entrar á reconocerla, se admiró y

preguntó dónde tenía el comedor Pompeyo Magno. Así es como se cuenta.

El rey de la Arabia Petrea al principio no habia hecho ningun caso de las cosas de los Romanos; pero lleno entónces de miedo, escribió que estaba dispuesto á obedecer y ejecutar cuanto se le mandase; y queriendo Pompeyo confirmarle en este propósito, emprendió para ir á Petrea una expedicion, que no dejó de ser vituperada; porque la graduaban de repugnancia en perseguir á Mitrídates, y creian lo más conveniente volver las armas contra este rival antiguo, que segun se decia habia vuelto á recobrarse y á equipar un ejército, con el que se proponia encaminarse por la Escitia y la Peonia á la Italia; pero aquél, que tenía por más fácil derrotar sus fuerzas en la batalla que echarle mano en la fuga, no queria consumirse en balde persiguiéndole; y por lo tanto usó de estas distracciones en aquella guerra, y anduvo gastando el tiempo. Mas la fortuna le sacó de este apuro, porque cuando ya le faltaba poco camino para llegar á Petrea, al tiempo que en aquel dia iba á sentar los reales, y hacía ejercicio á caballo alrededor de su campamento, llegaron correos del Ponto con buenas nuevas, lo que se conoció al punto en que traian los hierros de las lanzas coronados de laurel: y al verlos, acudieron corriendo los soldados donde estaba Pompeyo.

Queria éste concluir el ejercicio; pero como empezasen á gritar y clamar, se apeó del caballo, y tomando las cartas continuaba andando á pié. No habia tribuna, ni habia habido tiempo para levantar la que forman los soldados cortando gruesos céspedes y amontonándolos unos sobre otros; mas entónces, con la priesa y el deseo, echaron mano de los aparejos de los bagajes, y así la alzaron. Subió en ella, y les anunció la muerte de Mitrídates, el que por habérsele rebelado su hijo Farnaces se habia quitado á sí mismo la vida; y que Farnaces habia sucedido en todos sus

bienes y estados, y escribia haberlo así ejecutado en bien suyo y de los Romanos.

Con este motivo el ejército se entregó, como era natural, á los mayores regocijos, y pasó el tiempo en sacrificios y convites, como si en solo Mitrídates hubieran muerto diez mil enemigos. Pompeyo, habiendo puesto á sus hazañas y expediciones un término que no esperaba le fuese tan fácil, regresó al punto de la Arabia; y pasando con celeridad las provincias intermedias, llegó á Amiso, donde recibió muchos presentes de parte de Farnaces, y tambien muchos cadáveres de personas de la casa del rey; entre los cuales, aunque por el semblante no podia distinguirse muy bien el de Mitrídates, á causa de que los embalsamadores se habian olvidado de extraerle el cerebro, le conocieron sin embargo por las cicatrices los que tuvieron la curiosidad de verle; pues Pompeyo no pudo sufrirlo, sino que teniéndolo á abominacion, mandó lo llevaran á Sinope, habiéndose admirado de la brillantez y magnificencia de las ropas y armas de que usaba. Su tahalí, que habia costado cuatrocientos talentos, lo habia sustraido Publio, y lo vendió á Ariarates; y la tiara Cayo, que se habia criado con Mitrídates, la regaló secretamente á Fausto, hijo de Sila, que la habia pedido por ser obra muy primorosa. De esto no tuvo por entónces noticia alguna Pompeyo; pero habiéndolo sabido despues Farnaces, castigó á los ocultadores. Habiendo, pues, ordenado y arreglado los negocios de aquella provincia, el viaje de vuelta lo dispuso é hizo con mayor aparato. Así es que habiendo aportado á Mitilene, dió libertad é independencia á la ciudad por consideracion á Teofanes, y asistió al certámen acostumbrado de los poetas, cuyo único argumento fué entónces sus hazañas. Gustóle mucho aquel teatro, y tomó el diseño de su figura para construir otro semejante en Roma, aunque mayor y más magnífico. Llegado á Rodas, oyó á todos los sofistas, y regaló á cada uno un talento; y Posidonio es-

cribió la conferencia que tuvo á su presencia contra el retórico Hermágoras sobre la invencion oratoria en general. En Atenas se condujo del mismo modo con los filósofos; y habiendo dado á la ciudad cincuenta talentos para sus obras, esperaba aportar á la Italia el más próspero y feliz de los hombres, con ánsia por ser visto de los que deseaban su vuelta; pero el mal Genio, á quien debe de estar encargado mezclar siempre alguna parte de mal con los mayores y más brillantes favores de la fortuna, le estaba preparando tiempo habia un regreso que le fuese de sumo dolor; porque Mucia lo habia cubierto de ignominia durante su ausencia. Miéntras estuvo léjos no hizo gran caso Pompeyo de los rumores que le llegaron; pero cuando se halló cerca de Italia, y tuvo más tiempo para pensar en ellos por lo mismo que se aproximaba á la causa, le envió el repudio, sin manifestar entónces por escrito ni haber dicho despues por qué motivo se divorciaba; pero en las cartas de Ciceron se manifiesta cuál fué el que intervino (1).

Empezaron á correr por Roma diferentes especies acerca de Pompeyo, y era grande la inquietud que habia, porque al punto haria entrar el ejército en la ciudad, y se consolidaria su monarquía. Craso, recogiendo sus hijos y su caudal, se ausentó, ó porque verdaderamente temiese, ó por conciliar, lo que parece más cierto, mayor crédito á aquella acusacion, y suscitar contra él más violenta envidia. Mas Pompeyo, luego que puso el pié en tierra en Italia, congregó en junta á los soldados, y habiéndoles hablado con la mayor afabilidad y agrado de lo que convenia, les dió órden de que se restituyeran cada uno á su patria, y se retiraran á sus casas, no olvidándose de concurrir despues á su triunfo. Cuando la noticia se difundió

(1) Ciceron en la epístola 12, lib. 1.°, á Atico dice: «A todo el mundo ha parecido bien el divorcio de Mucia.» Se ve cuál habria sido su conducta.

por todas partes sucedió una cosa admirable, y fué que al ver las ciudades desarmado á Pompeyo Magno, y que como de un viaje volvia con unos cuantos amigos y familiares, acudieron á él las gentes en gran número por el amor que le tenian, y acompañándole le llevaron á Roma con mucho mayores fuerzas; de modo que si hubiera tenido pensamientos de conmover y alterar el gobierno, no tenía que echar ménos al ejército para nada.

Como la ley no permitia que ántes del triunfo entrase en la ciudad, representó al Senado sobre que se suspendieran los comicios de eleccion de cónsules, y se le dispensara esta gracia para poder hallándose presente dar pasos en favor de Pison; pero habiéndose Caton opuesto á su demanda, quedó desairado en ella. Pasmado de la libertad de Caton y de su entereza, de la que él sólo usaba á las claras en lo que entendia justo, concibió el deseo de ganar por diferentes medios á tan señalado varon; y teniendo Caton dos sobrinas, propuso casarse él con la una, y casar á su hijo con la otra; pero Caton desechó esta tentativa, como que en cierta manera era un cebo para corromperle y sobornarle por medio de aquel deudo, aunque disgustando en ello á su hermana y á su mujer, que no estaban bien con que se rehusase la afinidad de Pompeyo Magno.

Quiso en esto Pompeyo que fuera designado cónsul Afranio, y gastó para ello gruesas cantidades con las tribus de su propio caudal, yendo los que las recibian á los jardines del mismo Pompeyo; por lo que aquel soborno se hizo público, murmurando todos de Pompeyo, porque aquella misma dignidad con que se habian recompensado sus triunfos, y que tanto le habia ilustrado siendo la primera de la república, la hacía venal para los que no podian aspirar á ella por su virtud. «Pues de esta afrenta teníamos que participar, dijo Caton á las mujeres de su casa, si nos hubiéramos hecho deudos de Pompeyo:» con lo que reco-

nocieron que acerca de lo honesto discurria Caton con más acierto que ellas.

A la grandeza de su triunfo, aunque se repartió en dos dias, no bastó este tiempo; sino que muchos de los objetos que le decoraban pasaron sin ser vistos, pudiendo ser materia y ornato de otra pompa igual. En carteles que se llevaban delante, iban escritas las naciones de quienes se triunfaba, siendo estas: el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Colquida, los Iberes, los Albanos, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, las regiones de Fenicia y Palestina, la Judea, la Arabia y los piratas destruidos do quiera por la tierra y por el mar; y además los fuertes tomados, que no bajaban de mil; las ciudades, que eran muy pocas ménos de novecientas; las naves de los piratas ochocientas, y las ciudades repobladas, que eran treinta y nueve. Habia dado sobre todo esto razon por escrito, de que las rentas de la república eran ántes cincuenta millones de dracmas, y las de los países que habia conquistado montaban á ochenta millones y quinientas mil. En moneda acuñada y en alhajas de oro y plata habian entrado en el erario público veinte mil talentos, sin incluir lo que se habia dado á los soldados, de los cuales el que ménos habia recibido mil y quinientas dracmas. Los cautivos conducidos en la pompa, además de los jefes y caudillos de los piratas, fueron: el hijo de Tigranes, rey de Armenia, con su mujer y su hija; la mujer del mismo Tigranes, Zocima; el rey de los Judíos Aristóbulo; una hermana de Mitrídates, con cinco hijos suyos y algunas mujeres Escitas; los rehenes de los Albanos é Iberes, y del rey de los Camagenos; y finalmente, muchos trofeos, tantos en número como habian sido las batallas que habia ganado, ya por sí mismo y ya por sus lugartenientes. Lo más grande para su gloria, y de lo que ningun Romano habia disfrutado ántes que él, fué haber obtenido este triunfo de la tercera parte del mundo; porque otros habian alcanzado ántes

tercer triunfo, pero él, habiendo conseguido el primero de Africa, el segundo de la Europa, y este tercero del Asia, parecia en cierta manera que en sus tres triunfos habia abarcado toda la tierra.

Segun los que están empeñados en compararle contínuamente y para todo con Alejandro, no llegaba entónces su edad á treinta y cuatro años; pero en realidad rayaba en los cuarenta; ¡y ojalá hubiera terminado allí su vida miéntras tuvo la fortuna de Alejandro! porque desde este punto en adelante el tiempo, si le ofreció alguna dicha, fué muy sujeta á la envidia, y las desgracias fueron intolerables; porque habiendo adquirido por los más honestos y convenientes medios el gran influjo de que gozaba en la república, con usar mal de él en favor de otros, cuanta autoridad conciliaba á éstos, otro tanto perdia de su gloria; y con semejante condescendencia, sin advertirlo, quitaba á su propio poder toda la fuerza y eficacia; y así como las partes y puntos más defendidos de una ciudad, luégo que han recibido á los enemigos comunican á éstos su fortaleza, de la misma manera, exaltado en la república César por la autoridad de Pompeyo, con aquello mismo que le sirvió contra los demas, derribó y acabó con éste; lo que sucedió de esta manera. Ya cuando Lúculo llegó del Asia tan mal tratado como se ha dicho de Pompeyo, el Senado le hizo la mejor acogida; y despues de la vuelta de éste procuró mover y despertar su ambicion, para que otra vez tomara parte en el gobierno. Hallábase ya Lúculo en cierta indiferencia para todo, y muy tibio para volver á los negocios, habiéndose entregado á los placeres y á las distracciones propias de los hombres ricos: mas, sin embargo, al punto se animó contra Pompeyo, y tomando sus cosas muy á pechos, en primer lugar alcanzó la confirmacion de las providencias que éste le habia revocado, y en el Senado tenía mucho más favor que él con el auxilio de Caton. Desquiciado, pues, y excluido por aquella parte Pompeyo, se

vió en la precision de acogerse á los tribunos de la plebe, y de reunirse con los mozuelos; de los cuales Clodio, que era el más insolente y más osado de todos, lo puso á la merced del pueblo; de manera que trayéndolo y llevándolo á su arbitrio de un modo que no convenia á la dignidad de tan autorizado varon, le hacía apoyar las leyes y decretos que proponia para adular á la plebe y ganarle sus aplausos; y á pesar de que con esto le degradaba, áun le pedia el premio, como si le hiciera favor; habiéndole arrancado, por último, como tal el que abandonase á Ciceron, que era su amigo, y de quien en las cosas de la república habia recibido importantes servicios; pues hallándose éste en peligro, y habiendo acudido á valerse de su auxilio, ni siquiera se le dejó ver, sino que haciendo cerrar el porton á los que venian en su busca, se marchó por un postigo, y los dejó burlados; y Ciceron, temiendo el éxito de la causa, tuvo que huir de Roma.

Entónces César, que volvia del ejército, recurrió á un arbitrio, que le granjeó por lo pronto aprecio, autoridad y poder para en adelante; pero que fué de gran ruina para Pompeyo y para la república. Iba á pedir el primer consulado; y como viese que estando entre sí indispuestos Craso y Pompeyo, si se inclinaba al uno habia de tener al otro por enemigo, pone por obra el reconciliarlos y hacerlos amigos; cosa por lo demas loable y muy política, pero intentada por él con mal objeto, y tan sagaz como traidoramente ejecutada; porque el poder de la república, que como en una nave reglaba los movimientos para que no se inclinase á un lado ni á otro, luégo que vino á un mismo punto, y se hizo uno sólo, constituyó una fuerza que sin resistencia ni oposicion lo trastornó y destruyó todo. Así Caton á los que eran de opinion de que la discordia ocurrida despues entre César y Pompeyo habia traido la ruina de la república, les decia que se equivocaban, echando la culpa á lo último; pues que no era su desunion y enemis-

tad, sino su conformidad y concordia la que habia sido para la república la primera y más cierta causa de sus males. Porque fué César elegido cónsul, y dedicándose al punto á adular al desvalido y al pobre, propuso leyes para enviar colonias y repartir las tierras, prostituyendo la dignidad de su magistratura, y convirtiendo el consulado en tribunado de la plebe. Opúsosele su colega Bibulo, y como Caton se preparase á sostener con viveza su partido, trajo César al tribunal á Pompeyo á vista de todo el pueblo; y saludándole le preguntó si abogaria por las leyes, y contestóle que sí. «Pues si alguno, continuó, usase de fuerza contra ellas, ¿te pondrás de parte del pueblo en su auxilio?—Sin duda, volvió á responder Pompeyo, y contra los que amenacen con espadas traeré espada y escudo.» Nunca Pompeyo habia hecho ó dicho hasta aquel punto cosa tan arrojada é insolente; tanto, que sus amigos hubieron de tomar su defensa, excusándole con que aquello no habia sido más que un pronto; pero en todo cuanto despues hizo se vió bien claro que se habia entregado á César para cuanto se intentase. Porque al cabo de pocos dias, cuando nadie podia esperar tal cosa, se casó con la hija de César desposada con Cepion, con quien estaba á punto de casarse; y para templar de algun modo el disgusto de Cepion le propuso su propia hija, que ántes habia sido prometida á Fausto, hijo de Sila: y César se casó con Calpurnia, hija de Pison.

Llenó despues de esto Pompeyo la ciudad de soldados, y ya todo lo obtenia por la fuerza; porque al cónsul Bibulo en ocasion de bajar á la plaza con Lúculo y con Caton, saliéndole repentinamente al encuentro, le rompieron las fasces; uno de ellos vació sobre la cabeza del mismo Bibulo una espuerta de basura; y dos tribunos de la plebe, que le acompañaban, fueron heridos. Con esto dejaron despejada la plaza de los que habian de hacerles oposicion, y sancionaron la ley del repartimiento de tierras, la cual les sirvió

de cebo y golosina con el pueblo para tenerle pronto á todo cuanto mal intentaban, sin que hiciese gran cuenta de la resistencia de Caton (1), ni pensase en más que en dar sin rebullir su voto á cuanto se proponia. Así fueron tambien sancionadas las disposiciones de Pompeyo sobre que habia sido la contienda con Lúculo; á César se le concedieron la Galia cisalpina y trasalpina, y los Ilirios por cinco años, con la fuerza de cuatro legiones completas; y fueron designados cónsules para el año siguiente Pison, suegro de César, y Gabinio, el más desmedido entre los aduladores de Pompeyo. En vista de estas cosas, Bibulo estuvo ocho meses sin presentarse como cónsul, contentándose con pedir edictos, que no contenian más que invectivas y acusaciones contra ambos; y Caton, como inspirado y profeta, predecia en el Senado los males que habian de venir sobre la república y sobre Pompeyo. Por lo que hace á Lúculo, al punto desistió, y no se movió á nada, no hallándose ya en edad de llevar los negocios del gobierno; sobre lo que dijo Pompeyo, que para un anciano áun era más intempestivo el darse á los deleites que el tomar parte en los negocios; y sin embargo, bien pronto se enmolleció él mismo con el amor de aquella jovencita; y por atender á ella, y pasar en su compañía la vida en el campo y en los jardines, se descuidó enteramente de lo que pasaba en la plaza pública: hasta tal punto, que Clodio, tribuno entónces de la plebe, llegó á despreciarle y á meterse temerariamente en los negocios más arriesgados. Porque despues que expelió á Ciceron, y que envió á Caton á Chipre, bajo el pretexto de mandar las armas, como viese, cuando ya César habia marchado á la Galia, que el pueblo en todo le preferia, y todo lo disponia y hacía segun su voluntad, al punto intentó revocar algunas de las providencias de Pompeyo;

(1) Seguimos aquí la correccion que de este lugar viciado en el original se hace en las notas puestas al fin de cada tomo de la edicion que nos sirve de texto.

arrebató á Tigranes, que se hallaba cautivo, y lo retuvo consigo; y movió causas á algunos de los amigos de Pompeyo para hacer prueba en ellos del poder de éste. Finalmente, en ocasion de acudir al tribunal Pompeyo con motivo de cierta causa, teniendo él á su disposicion una turba de hombres insolentes y desvergozados, se paró en un lugar muy público, y les dirigió estas preguntas: «¿Quién es el Emperador corrompido y disoluto? ¿Qué hombre anda en busca de un hombre? ¿Quién es el que se rasca la cabeza con un dedo?» Y ellos, como si fuera un coro prevenido para alternar, al sacudir aquél la toga respondian á cada pregunta en voz alta: «Pompeyo.»

Mortificaban en gran manera estas cosas á Pompeyo, nada acostumbrado á los insultos, y poco ejercitado en esta especie de guerra, y le mortificaban más, porque veia que el Senado se complacia en su humillacion, y en que pagara la traicion de que con Ciceron habia usado. Sucedió despues que hubo riñas en la plaza, hasta resultar algunos heridos, y se descubrió que un esclavo de Clodio, que se encaminaba á Pompeyo por entre los que le rodeaban, llevaba oculta una espada; y tomando de aquí pretexto, como por otra parte temiese la insolencia y los insultos de Clodio, ya no volvió á presentarse en la plaza miéntras aquél ejerció su magistratura; sino que se encerró en su casa, discurriendo con sus amigos cómo haria para poner remedio al encono del Senado y de todos los buenos contra él. Con todo, á Culeon que le propuso se separase de Julia y pasase al partido del Senado, renunciando á la amistad de César, no quiso darle oidos; pero con los que le propusieron la vuelta de Ciceron, hombre el más enemigo de Clodio, y más amado del Senado, se mostró más dispuesto á condescender. Presentó, pues, en la plaza al hermano de aquél, que era quien hacía la peticion con una gran partida de tropa; y habiéndose venido á las manos y habido algunos muertos, por fin logró vencer á Clodio. Habiendo sido

Ciceron restituido por una ley, al punto reconcilió al Senado con Pompeyo; y hablando en favor de la ley de abastos, en cierta manera volvió á hacer á Pompeyo árbitro y dueño de cuanto por tierra y por mar poseian los Romanos: porque quedaron á sus órdenes los puertos, los mercados, el comercio de granos, y, en una palabra, todos los intereses de los navegantes y labradores; sobre lo que decia Clodio en tono de acusacion, que no se habia propuesto la ley porque hubiese carestia, sino que se habia hecho que hubiese carestia para dar la ley, á fin de que volviese y se recobrase como de un desmayo con esta nueva autoridad el poder de Pompeyo, que andaba achacoso y decaido. Mas otros dicen haber sido esta comision de Pompeyo pensamiento del cónsul Espinter, que quiso ponerle el estorbo de un mando más extenso para ser él mismo enviado en auxilio del rey Tolomeo. Con todo, el tribuno de la plebe Canidio hizo proposicion de una ley, por la que se encargaba á Pompeyo el que sin ejército, llevando solo dos lictores, compusiera las desavenencias del Rey con los de Alejandría: y Pompeyo no se mostraba disgustado de la ley; pero el Senado la desechó con la plausible causa de que temia por la persona de Pompeyo. Derramáronse en aquella ocasion papeles por la plaza y en el edificio del Senado, en los que se manifestaba haber pedido Tolomeo que se le diera por general á Pompeyo en lugar de Espinter; y Timagenes dice que Tolomeo se salió de Egipto sin necesidad, abandonándole á persuasion de Teofanes, para proporcionar á Pompeyo la ocasion de un mando y de adelantar en sus intereses; pero esto no bastó á hacerlo tan probable la perversidad de Teofanes, como lo hizo increible la índole de Pompeyo, cuya ambicion no tuvo nunca un carácter tan maligno é iliberal.

Creado prefecto de los abastos, para entender en su acopio y arreglo envió por muchas partes comisionados y amigos; y dirigiéndose él mismo por mar á la Sicilia, á la Cer-

deña y al Africa, recogió gran cantidad de trigo. Iba á dar la vela para la vuelta á tiempo que soplaba un recio viento contra el mar; y aunque se oponian los pilotos, se embarcó el primero, y dió la órden de levantar el áncora diciendo: «El navegar es necesario, y no es necesario el vivir;» y habiéndose conducido con esta decision y celo, llenó, favorecido de su buena suerte, de trigo los mercados, y el mar de embarcaciones; de manera que áun á los forasteros proveyó aquella copia y abundancia, habiendo venido á ser como un raudal que naciendo de una fuente alcanzaba á todos.

En este tiempo habian ensalzado á César á grande altura las guerras de la Galia; y cuando se le tenía al parecer muy léjos de Roma, enredado con los Belgas, los Suevos y Britanos, á esfuerzos de su sagacidad y maña estaba sin que nadie lo advirtiese, en mitad del pueblo, minando en los principales negocios el poder de Pompeyo. Porque haciendo de la fuerza militar el uso que de su cuerpo, la ejercitaba en aquellos combates como en una caza y persecucion de fieras, no precisamente contra los bárbaros, sino con la mira ulterior de hacerla invicta y temible. El oro, la plata, y todos los demas despojos y riquezas recogidos en gran copia de los enemigos, todo lo enviaba á Roma; y tentando y agasajando con dádivas á los ediles, á los pretores, á los cónsules y á sus mujeres, se ganó la amistad de muchos de ellos; de manera que habiendo pasado los Alpes y venido á invernar en Luca, sin contar la inmensa muchedumbre que de toda clase de gentes concurrió á visitarle, del órden senatorio fueron doscientos los que acudieron, y entre ellos Pompeyo y Craso; de procónsules y pretores se llegaron á ver á su puerta hasta ciento y veinte fasces. Á los demas los despidió colmándolos de esperanzas y de presentes; pero entre Pompeyo, Craso y él mediaron ajustes: que se pedirian los consulados para los dos primeros, en lo que les auxiliaria César, enviándoles mu-

chos de sus soldados para aumentar los votos; y que inmediatamente que fuesen elegidos, harian entre sí mismos el repartimiento de las provincias y mando de los ejércitos; y á César le confirmarian en las provincias que tenía por otros cinco años. Como este convenio se hubiese divulgado, los principales ciudadanos lo llevaron á mal; y Marcelino les preguntó á los dos en junta pública si pedirian el consulado. Y clamando muchos porque constestasen, el primero que respondió fué Pompeyo, diciendo que quizá lo pediria, y quizá no lo pediria; pero Craso con mayor política dijo que haria lo que creyese ser de mayor utilidad pública. Estrechaba Marcelino á Pompeyo; y como fuese mucho lo que gritaba, le salió éste al encuentro diciéndole que era el más injusto de los hombres en no mostrársele agradecido; pues que por él de taciturno se habia hecho hablador, y de pobre habia venido á estado de vomitar de harto.

Desistieron los demas de aspirar al consulado; pero Caton, no obstante, persuadió y alentó á Lucio Domicio para que no desmayara: «porque la contienda, decia, no es por la magistratura, sino por la libertad contra los tiranos.» Pompeyo y su partido temieron el teson de Caton, no fuera que teniendo por suyo á todo el Senado atrajera y mudara la parte sana del pueblo; por lo cual no permitieron que Domicio bajase á la plaza, sino que habiendo apostado hombres armados dieron muerte al esclavo que iba delante con luz, y ahuyentaron á los demas; habiendo sido Caton el último que se retiró, herido en el codo derecho por haberse puesto á defender á Domicio. Habiendo llegado al consulado por tan mal camino, no se portaron en lo demas con mayor decencia; sino que manifestándose dispuesto el pueblo á elegir por pretor á Caton, en el acto de votar disolvió Pompeyo la asamblea bajo el pretexto de agüeros; y despues aparecieron nombrados Ancias y Vatinio, sobornadas con dinero las tribus. Despues propusieron leyes por

medio del tribuno de la plebe Trebonio, en virtud de las cuales decretaron á César otro quinquenio, segun lo convenido; á Craso le dieron la Siria y el mando del ejército contra los Partos; y al mismo Pompeyo toda el África y una y otra España, con cuatro legiones, de las cuales puso dos á disposicion de César, que las pidió para la guerra de las Galias. Por lo que hace á Craso, al punto partió á su provincia concluido el año de consulado; pero Pompeyo, construido ya su teatro, celebró para dedicarle juegos gimnásticos y de música, y combates de fieras, en los que perecieron quinientos leones: sobre todo, el combate de elefantes fué un terrible espectáculo.

Sin embargo de que con estas demostraciones públicas se granjeó la admiracion y el aprecio, volvió otra vez á incurrir en no menor envidia; porque confiando á lugartenientes amigos suyos los ejércitos y las provincias, él pasaba la vida en las casas de recreo de Italia, yendo con su mujer de una parte á otra; ó porque estuviese enamorado de ella, ó porque siendo amado no se sintiese con fuerzas para dejarla, pues tambien esto se dice, y era voz comun que aquella jóven amaba desmedidamente á su marido; aunque no sería por la edad de Pompeyo, sino que la causa era, á lo que parece, la continencia de éste, que despues de casado no se distraia con otras mujeres, y áun su misma gravedad, que no le hacía desagradable en el trato, y ántes tenía para las mujeres un cierto atractivo, si no hemos de dar por falso el testimonio de la cortesana Flora. Sucedió en esto que en los Comicios edilicios vinieron á las manos algunos, y habiendo muerto no pocos alrededor de Pompeyo, tuvo que mudar las ropas por habérsele llenado de sangre; y habiendo sido grande el bullicio, y la priesa de los esclavos que llevaban las ropas, como la mujer, que se hallaba en cinta, los viese y observase que la toga estaba manchaba de sangre, le dió un desmayo, del que tardó mucho tiempo en volver; y al fin malparió de

resultas de aquel alboroto y pesadumbre; con lo cual áun los que más vituperaban la amistad de Pompeyo con César no culparon ya el amor que tenía á su mujer. Hízose otra vez embarazada; y habiendo dado á luz una niña, murió del parto, y ésta le sobrevivió muy pocos dias. Disponia Pompeyo dar sepultura al cadáver en su quinta Albana; pero el pueblo hizo que se llevara al campo de Marte, más bien por compasion á aquella jovencita que por obsequio á Pompeyo ó á César, y áun entre ellos más parte parece haber dado el pueblo de aquel honor á César con estar distante, que á Pompeyo que se hallaba presente. Porque al punto sobrevinieron borrascas en la ciudad y se conmovió la república, suscitándose voces sediciosas, apénas faltó entre ambos aquel deudo, que más bien habia tenido encubierta que apagada la ambicion encontrada de uno y otro. Llegó al cabo la noticia de haber perecido Craso en la guerra con los Partos, y desapareció este grande estorbo para que viniera sobre Roma la guerra civil; porque temiéndole ambos, en sus repartos tenian que guardar cierta justicia. Mas despues que la fortuna quitó de delante el tercero que pudiera entrar en la lid, se estaba ya en el caso de usar de esta expresion de los *Cómicos*.

¡Cómo se unge el uno contra el otro,
Y las manos con polvo se refriegan!

¡Tan poca cosa es áun la misma fortuna para la ambicion humana! pues que no alcanza á saciar sus deseos; visto que tan grande extension de mando, y tanta copia de felicidad, no puede contentar á dos solos hombres; sino que con oir y leer que todo está distribuido entre los Dioses, y cada uno goza de su particular honor, creian sin embargo que para ellos, con no ser más de dos, no les bastaba todo el imperio de los Romanos.

Pompeyo habia dicho de sí en cierta ocasion arengando al pueblo, que habia obtenido todas las magistraturas mucho ántes de lo que habia esperado, y se habia desposeido de ellas mucho ántes de lo que se esperaba; y en verdad que deponen en su favor las disoluciones de los ejércitos. Recelaba entónces que César no depusiese al tiempo debido su autoridad, y buscaba cómo ponerse en seguro respecto de él con magistraturas políticas, sin hacer otra innovacion alguna, ni dar á entender que desconfiaba, sino que más bien no hacía cuenta y lo miraba con desden. Mas cuando vió que las magistraturas no se distribuian como parecia conveniente, por haber sido sobornados los ciudadanos, hizo porque la república cayera en la anarquía: con lo que al punto corrió la voz de la necesidad de un Dictador, de la cual el primero que se atrevió á hablar en público fué Lucilio, tribuno de la plebe, excitando al pueblo á que nombrase á Pompeyo. Opúsosele Caton, y estuvo en poco el que aquél no perdiese el tribunado; mas en cuanto á Pompeyo muchos de sus amigos se presentaron á defenderle de que ni solicitaba ni siquiera apetecia aquella dignidad. Púsose en esto Caton á hacer su elogio, y á exhortarle á que tomara parte en el restablecimiento del órden; y avergonzado entónces se dedicó á este objeto, quedando elegidos cónsules Domicio y Mesala. Volvióse á caer otra vez en la anarquía; y como tomase mayor incremento la idea de nombrar Dictador, siendo muchos los que la proponian, temiendo Caton y los suyos no lo arrancaran por fuerza, resolvieron, concediendo á Pompeyo una magistratura legítima, apartarle de aquella ilimitada y tiránica; y Bibulo, enemigo declarado de Pompeyo, fué el primero que abrió dictámen en el Senado para que éste fuera nombrado cónsul único: porque ó la república saldria del presente desórden, ó serviria al ciudadano más ilustre. Fué oida con sorpresa la proposicion, á causa del que la hacía; y levántandose Caton, segun se esperaba, para

contradecirle, luégo que se hizo silencio, dijo: que él no habria manifestado aquel dictámen; pero una vez presentado por otro, creia que convenia adoptarle, pues preferia cualquiera mando á la anarquía, y juzgaba que ninguno gobernaria mejor que Pompeyo en semejante confusion. Adoptóle, pues, el Senado, y se decretó que Pompeyo en calidad de cónsul mandase sólo, y si necesitase de colega, eligiera al que fuera de su aprobacion; mas no ántes de dos meses.

Nombrado y designado Pompeyo cónsul en esta forma por Sulpicio, que mandaba en el interregno, saludó con mucha expresion á Caton, reconociendo que le estaba muy gradecido, y le pidió que fuera su asesor particular durante su mando; pero Caton se desdeñó de que Pompeyo le diese gracias, pues que nada de lo que dijera lo habia dicho por consideracion á su persona, sino á la república, y que seria en particular su asesor si le llamaba; pero que si no le llamase, diria en público lo que creyese conveniente. Este era el carácter de Caton en todo negocio.

Habiendo Pompeyo entrado en la ciudad, se casó con Cornelia, hija de Metelo Escipion, que no se hallaba soltera, sino que habia quedado viuda poco ántes de Publio, hijo de Craso, muerto tambien en la guerra de los Partos, con quien casó doncella. Tenía esta jóven muchas prendas que la hacian amable además de su belleza, porque estaba muy versada en las letras, en tañer la lira y en la geometría; y habia oido con fruto las lecciones de los filósofos. Agregábanse á esto unas costumbres libres de la displicencia y afectacion con que tales conocimientos suelen echar á perder la índole de las jóvenes; y en su padre, tanto por razon de linaje como por su opinion personal, no habia nada que tachar. Con todo, este enlace no agradaba á algunos, por la desigualdad de edades, siendo la de Cornelia más propia para haberla casado con su hijo. Otros, mirándolo por el aspecto del decoro y la conveniencia, creian

que Pompeyo no habia mirado por el bien de la república, que agobiada de males le habia elegido como médico, entregándose toda en sus manos; y él en tanto se coronaba y andaba en sacrificios de boda, cuando debia reputar á calamidad aquel consulado, que no se le habria concedido tan fuera del órden legítimo si la patria se hallara en estado de prosperidad. Presidia á los juicios sobre cohechos y sobornos, y al proponer los decretos contra los comprendidos en las causas, en todo lo demas se condujo con gravedad y entereza, dando á los tribunales, en los que tenía puesta guardia, seguridad, decoro y órden; pero habiendo de ser juzgado su suegro Escipion, llamó á su casa á los trescientos y setenta jueces, y les rogó estuvieran en su favor; y el acusador se apartó de la causa por haber visto á Escipion ir acompañado desde la plaza por los mismos jueces. Empezóse por tanto á murmurar otra vez de él; y más que habiendo prohibido por ley las alabanzas de los que sufrian un juicio, él mismo se presentó á hacer el elogio de Planco; y Caton, que casualmente era uno de los jueces, tapándose con las manos los oidos, dijo que no era razon escuchar unas alabanzas contra ley; por lo cual se recusó á Caton ántes de dar su voto; pero Planco fué sin embargo condenado por todos los demas con vergüenza de Pompeyo. De allí á pocos dias Hipseo, varon consular, contra quien se seguia una causa, se puso á esperar á Pompeyo cuando del baño pasaba á la cena, é imploró su favor echándose á sus piés; pero él pasó sin hacer caso, diciendo que ninguna otra cosa adelantaria sino que se le echara á perder la cena, con lo que se atrajo la nota de no guardar igualdad. Todas las demas cosas las puso perfectamente en órden, y eligió por colega á su suegro para los cinco meses que restaban. Decretóse en su obsequio que conservaria las provincias por otro cuadrienio, y percibiria cada año mil talentos para el vestuario y manutencion de las tropas.

Tomando de aquí ocasion los amigos de César, solicitaban que tambien éste sacara algun partido despues de tan continuados combates por el acrecentamiento de la república. Porque ó bien era acreedor al segundo consulado, ó bien á que se le prorogase el tiempo del mando, para que no fuera otro y le arrebatara la gloria de sus afanes, sino que la autoridad y el honor fuesen de quien los habia merecido con sus sudores. Habiéndose reunido á tratar de este asunto, Pompeyo, como para desvanecer por afecto la envidia que podria suscitarse contra César, dijo haber recibido cartas de éste, en las que mostraba desear que se le diese sucesor, y se le relevase del mando; pero que no habria inconveniente en que se le admitiese á pedir en ausencia el consulado. Opúsose á esto Caton, diciendo que despues de reducido César á la clase de particular, y de haber depuesto las armas, verian los ciudadanos qué era lo que correspondia; y como Pompeyo en lugar de insistir se hubiese dado por vencido, fué mayor la sospecha que hizo concebir á muchos de sus disposiciones respecto á César. Reclamó además de éste las tropas que le habia alargado, bajo pretexto de la guerra Pártica; y él, no obstante saber la mira con que se pedian aquellos soldados, se los envió, despues de haberlos regalado con largueza.

Por éste tiempo, como Pompeyo hubiese enfermado de cuidado en Nápoles, y recobrado la salud, los napolitanos, á excepcion de Praxágoras, hicieron sacrificios públicos por su restablecimiento, é imitando este ejemplo los de los pueblos vecinos, fué de unos en otros corriendo toda Italia, y no hubo ciudad grande ni pequeña que no hiciese fiestas por muchos dias. Fuera de esto, no habia lugar que bastase para los que le salian al encuentro por todas partes, sino que los caminos, las aldeas y los puertos estaban llenos de gentes que hacian sacrificios y banquetes. Muchos le salian á recibir con coronas y antorchas, y le acompañaban derramando sobre él flores; de manera que

su vuelta y todo su viaje fué uno de los espectáculos más magníficos y brillantes que se han visto; y así se dice no haber sido esta la menor de las causas que atrajeron la guerra civil. Porque el exceso de esta satisfaccion dió mayor calor al orgullo con que ya pensaba acerca de los negocios; y creyéndose dispensado de aquella circunspeccion que hasta allí habia afianzado y dado estabilidad á sus prósperos sucesos, se entregó á una ilimitada confianza, y al desprecio del poder de César, como que ya no necesitaba de armas ni de una gran diligencia contra él, sino que áun le habia de ser más fácil entónces el destruirlo que le habia sido ántes el levantarlo. Concurrió además de esto haber venido Apio de la Galia trayendo las tropas que Pompeyo habia dado á César, y haber empezado á apocar las hazañas de éste, desacreditándole en sus conversaciones, y diciendo que el mismo Pompeyo no llegaba á conocer todo el valor de su poder y gloria buscando apoyarse con otras armas contra César, cuando con las suyas propias podia destruirle apénas se dejase ver; pues tanto era el odio con que miraban á César, y tan grande la inclinacion que tenian á Pompeyo; el cuál se engrió de manera, y llegó á tal extremo de descuido con la nimia confianza, que se burlaban de los que temian la guerra: á los que le decian que si viniese César no veian con qué tropas se le podria resistir, sonriéndose y poniendo un semblante desdeñoso les contestaba que no tuvieran cuidado ninguno; «pues en cualquier parte de Italia, decia, que yo dé un puntapié en el suelo, brotarán tropas de infantería y caballería.»

Ya César daba calor con más viveza á los negocios, no apartándose mucho de la Italia; enviando contínuamente á Roma soldados suyos para que votaran en las asambleas, y ganando y corrompiendo con intereses á muchos de los magistrados, de cuyo número eran el cónsul Paulo, traido á su faccion con mil y quinientos talentos; el tribuno de la

plebe Curion, á quien redimió de inmensas deudas, y Marco Antonio, que por la amistad de Curion participó tambien para las suyas. Díjose entónces que un tribuno de los que habian venido del ejército de César, hallándose á la puerta del Senado, y llegando á entender que éste no prorogaria á César el tiempo de su mando, echó mano á la espada diciendo: «pues ésta lo prorogará;» y á esto se dirigia cuanto se hacía y meditaba. Con todo, las proposiciones é instancias de Curion en cuanto á César parecian más moderadas; porque pedia una de dos cosas; ó que Pompeyo tambien renunciara, ó que no se quitaran á César las tropas: pues de este modo, ó reducidos á la clase de particulares estarian á l o justo, ó conservándose rivales permanecerian como estaban; cuando ahora el que queria debilitar al otro doblaba por lo mismo su poder. Ocurrió despues, que Marcelo apellidó ladron á César, y fué de parecer que se le tuviera por enemigo si no deponia las armas; mas con todo Curion pudo obtener con Antonio y con Pison que se decidiera este asunto en el Senado: porque propuso que pasaran al otro lado todos los que fueran de opinion de que sólo César dejara las armas y Pompeyo retuviera el mando; y pasaron la mayor parte. Propuso otra vez que se hiciera la misma diligencia, pasando á su lado los que quisieran que ambos depusieran las armas y ninguno de los dos quedara con mando; y á la parte que hacía por Pompeyo sólo pasaron veintidos, pasando á la de Curion todos los restantes. Éste, como si hubiera ganado una victoria, corrió lleno de gozo á presentarse al pueblo, que le recibió con grande algazara, derramando sobre él coronas y flores. Pompeyo no asistió al Senado, porque los que mandan ejércitos no entran en la ciudad; pero Marcelo se levantó, diciendo que ya nada oiria desde su asiento, pues al ver que estaban en marcha diez legiones, habiendo pasado los Alpes, enviaria quien se les opusiese en defensa de la patria.

En consecuencia de esto mudaron los vestidos como en un duelo: y Marcelo, marchando desde la plaza á verse con Pompeyo, á donde le siguió el Senado, puesto ante aquél: «te mando, le dijo, ¡oh Pompeyo! que defiendas la patria, empleando las tropas que se hallan reunidas y levantando otras.» Y lo mismo le dijo Lentulo, otro de los cónsules designados para el año siguiente. Empezó Pompeyo á entender en esta última operacion; pero unos no obedecian, algunos pocos se reunieron lentamente y de mala gana, y los más clamaban por la disolucion del ejército, porque leyó Antonio ante el pueblo contra la voluntad del Senado una carta de César, que contenia una especie de apelacion obsequiosa á la muchedumbre. Proponia en ella que dimitiendo ambos sus provincias, y licenciando las tropas, quedaran á disposicion de la República, dando razon de su administracion; pero Lentulo, ya cónsul, no reunia el Senado; y Ciceron, que acababa de llegar de la Cilicia, trató de una transaccion, por la cual César, saliendo de la Galia y dejando todas las demas tropas, esperaria en el Ilirio con dos legiones el consulado. Como todavía lo repugnase Pompeyo, áun se recabó de los amigos de César que no fuese más que una legion; pero opúsose Lentulo, y gritando Caton que Pompeyo lo erraba y se dejaba otra vez engañar, la transaccion no tuvo efecto.

Corrió en esto la voz de que César, habiéndose apoderado de Ariminio, ciudad populosa de la Italia, venía contra Roma con todo su ejército; pero esta noticia era falsa, porque hacía su marcha con solos trescientos caballos y cinco mil infantes, no habiendo tenido por conveniente aguardar á las demas tropas que estaban del otro lado de los Alpes, con la mira de acometer á los contrarios cuando estuviesen perturbados y desprevenidos, sin darles tiempo para que se apercibieran á la pelea. Habiendo, pues, llegado al rio Rubicon, que era el límite de su provincia, se paró pensativo, y estuvo por algun tiempo meditando lo atrevido

de su empresa. Despues, como los que de un precipicio se arrojan á una gran profundidad, cerró la puerta á todo discurso, y apartó los ojos del peligro; y sin articular más palabras que esta expresion en lengua griega: *tirado está el dado*, hizo que las tropas pasaran el rio. Apénas se divulgó la noticia, la turbacion, el miedo y el asombro se apoderaron de Roma como nunca ántes; el Senado partió corriendo en busca de Pompeyo, y tambien acudieron las autoridades. Preguntó Tulo acerca del ejército y tropas; respondiéndole Pompeyo con inquietud, y como quien no está muy seguro, que tenía prontos los soldados que habian venido del ejército de César, y pensaba reunir en breve los que ya estaban alistados, que serian unos treinta mil, exclamó Tulo: «Nos engañaste, oh Pompeyo:» y fué de dictámen que se enviara á César una embajada. Un tal Fabonio, hombre por otra parte de bondad, pero que con ser arrojado é insolente le parecia que imitaba la libertad y entereza de Caton, dijo entónces á Pompeyo: «Esta es la hora de que des aquel puntapié en el suelo, haciendo brotar las tropas que prometiste;» y tuvo que aguantar con mansedumbre esta impertinencia. Mas recordándole Caton lo que en un principio habia predicho acerca de César, le contestó que si bien Caton habia profetizado mejor, él habia procedido con mayor candor y amistad.

Aconsejaba Caton que se nombrara á Pompeyo generalísimo con la más plena autoridad: añadiendo que el que habia causado grandes males solia ser el más propio para remediarlos; y al punto partió para Sicilia, que era la provincia que le habia tocado, marchando tambien los demas á las que les habian cabido en suerte. Como se hubiese sublevado toda la Italia, era grande la perplejidad acerca de lo que debia hacerse, porque los que andaban fugitivos por diferentes partes se vinieron á Roma; y los habitantes de ésta la abandonaron, á causa de que en semejante tormenta y turbacion lo que podia ser útil carecia de fuerza, y sólo

prevalecia la indocilidad y desobediencia á los que mandaban; pues no habia modo de calmar el miedo, ni dejaban á Pompeyo que pensase por sí solo lo conveniente, sino que cada uno trataba de inspirarle la pasion que á él le dominaba, de miedo, de pesar ó de agitacion. Así, en un mismo dia dominaban resoluciones contrarias y no le era posible saber nada de cierto de los enemigos, porque cada uno venía á anunciarle lo que casualmente oia, y se incomodaba si no le daban crédito.

Decretó, pues, que se estaba en sedicion, y mandó que le siguiesen todos los que pertenecian al partido del Senado; en el concepto de que serian tenidos por Cesarianos los que se quedasen; y ya á la caida de la tarde salió de la ciudad. Los cónsules, sin haber hecho los sacrificios solemnes que preceden á la guerra, huyeron, y áun en medio de tan infaustas circunstancias era Pompeyo, en cuanto al amor del pueblo hácia él, un hombre feliz, pues con haber muchos que abominaban aquella guerra, ninguno miraba con odio al general, y en mayor número eran los que seguian por no poder resolverse á abandonar á Pompeyo, que los que huian con él por amor de la libertad.

De allí á pocos dias llegó César á Roma, y apoderándose á fuerza de ella, trató á todos con apacibilidad y mansedumbre; y sólo al tribuno de la plebe Metelo, que se oponia á que tomara fondos del erario público, le amenazó de muerte, añadiendo á la amenaza otra expresion más dura todavía, pues le dijo que á él le costaria más el decirlo que el hacerlo. Habiendo retirado de este modo á Metelo, y tomado lo que le pareció necesitar, se puso á perseguir á Pompeyo, apresurándose á arrojarlo de Italia ántes que le llegaran las tropas de España. Ocupó éste á Brindis, y teniendo á su disposicion copia de naves, hizo embarcar inmediatamente á los cónsules, y con ellos treinta cohortes, para mandarlos con anticipacion á Dirraquio; y á su suegro Escipion y á Neyo su hijo los envió á la Siria para

disponer otra escuadra. Por lo que hace al mismo Pompeyo, aseguró las puertas; colocó en las murallas las tropas ligeras; mandó á los habitantes de Brindis que no se movieran de sus casas; de la parte de adentro abrió fosos por toda la ciudad, y á la entrada de las calles puso en ellas estacas con punta, á excepcion de dos solas por las que tenia bajada al mar. Al tercer dia habia ya embarcado con descanso todas las tropas, y dando repentinamente la señal á los que estaban en la muralla, se le incorporaron sin dilacion, y se entregó al mar. César, luégo que vió desamparada la muralla, conoció que se retiraban, y puesto á perseguirlos estuvo en muy poco que no cayese en las celadas; pero habiéndoselo advertido los Brentesianos, se guardó de entrar en la ciudad, y dando la vuelta, halló que todos habian dado la vela, á excepcion de dos barcos que no contenian más que unos cuantos soldados.

Colocan todos los demas esta retirada de Pompeyo entre las más delicadas operaciones militares; pero César mostró maravillarse de que ocupando una ciudad fuerte, esperando las tropas de la España, y siendo dueño del mar, desmantelase y abandonase la Italia. El mismo Ciceron le reprende de que hubiese preferido el método de defensa de Temístocles al de Pericles, cuando las circunstancias eran semejantes á las de éste, y no á las de aquél. Como quiera, en las obras manifestó César que temia mucho la dilacion y el tiempo, pues habiendo tomado cautivo á Numerio, amigo de Pompeyo, lo envió á Brindis á tratar de paz con equitativas condiciones; pero Numerio se embarcó con Pompeyo. En consecuencia de estos sucesos, habiéndose hecho César dueño de toda Italia en solos sesenta dias, sin haber derramado una gota de sangre, su primera determinacion fué ir en seguimiento de Pompeyo; pero faltándole las embarcaciones, convirtió su atencion y su marcha á la España para ver de incorporar á las suyas aquellas tropas.

En este tiempo juntó Pompeyo considerables fuerzas, de las cuales las de mar eran del todo irresistibles, porque tenía quinientos buques de guerra, y de trasportes y guarda-costas un número excesivo; en caballería habia reunido la flor de los Romanos é Italianos, hasta en número de siete mil hombres, superiores en riqueza, en linaje y en valor. La infantería era colecticia; y necesitando de instruccion, la disciplinó de asiento en Berea, no ocioso por su parte, sino concurriendo á los ejercicios como si se hallase en la más vigorosa juventud; pues era de gran peso para inspirar confianza el ver á Pompeyo Magno en la edad de cincuenta y ocho años maniobrar armado, ora con la infantería, y ora con la caballería, desenvainando la espada sin trabajo en medio del galope del caballo, y volverla á envainar con facilidad; y en tirar al blanco mostrar no sólo buen tino, sino tambien pujanza para lanzar los dardos á una distancia de la que pocos de los jóvenes podian pasar. Habian acudido á él los reyes y los próceres de las naciones, y de Roma un número tal de los primeros personajes que parecia tener el Senado entero cerca de sí. Concurrió tambien Labeon, abandonando á César, de quien era amigo, y con quien habia hecho la guerra en las Galias, é igualmente Bruto, hijo de aquel á quien Pompeyo hizo perecer en la Galia, varon de elevado ánimo, y que nunca ántes habia saludado ni áun dado la palabra á Pompeyo, por matador de su padre; pero al que se sometió entónces, mirándole como libertador de Roma. Ciceron, aunque en sus escritos y sus consejos habia manifestado diferente opinion, tuvo á ménos no ser del número de los que exponian la vida por la patria. Acudió, yendo hasta la Macedonia, asimismo Tidio Sexcio, varon sumamente anciano, y que habia perdido una pierna; al cual, miéntras los demas se reian y burlaban, corrió á abrazar Pompeyo, levantándose de su asiento, por creer que no podia haber para él testimonio más lisonjero que el que los imposibilitados por

la edad y por las fuerzas prefirieran á su lado el peligro á la seguridad que en otra parte tendrian.

Celebróse Senado; y como siendo Caton quien abrió dictámen se decretase que no debia quitarse la vida á ningun Romano sino en formal combate, ni saquearse ciudad ninguna que se conservase obediente á los Romanos, ganó con esto mayor aprecio el partido de Pompeyo; pues áun aquellos á quienes no alcanzaba la guerra, ó por vivir distantes, ó por preservarlos de ella su oscuridad y pobreza, ayudaban á lo ménos con la voluntad, y en sus conversaciones se ponian de parte de lo justo, creyendo que era enemigo de los Dioses y los hombres el que no sintiera placer en que venciese Pompeyo. Sin embargo, tambien César se acreditó de benigno en medio de la victoria; pues que habiendo tomado y vencido las fuerzas de Pompeyo en España, no hizo más que descartarse de los caudillos, y valerse de los soldados; y habiendo vuelto á pasar los Alpes corrió la Italia, llegó á Brindis en el solsticio del invierno, pasó el mar, y se dirigió á Orico desde donde teniendo cautivo á Bibulo, amigo de Pompeyo, le mandó con embajada á éste para excitarle á que reuniéndose ambos en un dia determinado disolviesen todos los ejércitos, y hechos amigos con juramento solemne volviesen á la Italia. Tuvo este paso Pompeyo por nueva asechanza; y bajando con prontitud hácia el mar, ocupó terrenos y sitios que sirvieran de firme apoyo á su infantería, y puertos y desembarcaderos cómodos para los que arribasen por el mar; de manera que todo viento era próspero á Pompeyo para que le llegaran víveres, tropas y caudales. César, que no habia podido ocupar sino lugares desventajosos, tanto por tierra como por mar, solicitaba los combates, acometia á las fortificaciones, y provocaba á los enemigos por todas partes, llevando por lo comun lo mejor, alcanzando ventajas en estos encuentros, y sólo en una ocasion estuvo para ser derrotado y para perder el

ejército; pues en ella peleó Pompeyo con gran valor, hasta haberlos rechazado á todos, con muerte de unos dos mil; y no los forzó entrando con los Cesarianos en el campamento, ó porque no pudo, ó mejor porque le detuvo el miedo. Así es que se refiere haber dicho César á sus amigos: «Hoy la victoria era de los enemigos, si hubieran tenido vencedor.»

Engreidos con este suceso los del partido de Pompeyo, querian se diese pronto una batalla decisiva; pero Pompeyo, aunque á los reyes y á los caudillos que no se hallaban allí les escribia en tono de vencedor, temia el éxito de una batalla, esperando del tiempo y de la escasez y carestía triunfar de unos enemigos invictos en las armas, y acostumbrados largo tiempo á vencer en union, pero desalentados ya por la vejez para toda otra fatiga militar, como las marchas, las mudanzas de campamento, y la formacion de trincheras, que era por lo que no pensaban más que en acometer y venir á las manos cuanto ántes. Y Pompeyo hasta aquel punto habia podido con la persuasion contener á los suyos; pero cuando César, despues de la batalla referida, estrechado de la carestía, tuvo que marchar por el país de los Atamanes á la Tesalia, ya aquellos ánimos no estaban tan moderados, sino que gritando todos que César huia, unos proponian que se marchara en pos de él y se le persiguiera, y otros que se diera la vuelta á Italia, y áun algunos enviaban á Roma sus domésticos y sus amigos á que les tomaran casa cerca de la plaza, como que ya iban á pedir las magistraturas. Muchos se apresuraron á hacer viaje á Lesbos, para pedir albricias á Cornelia de que estaba concluida la guerra: porque Pompeyo, para tenerla en mayor seguridad, la habia enviado allá. Reunióse, pues, el Senado, y Afranio fué de opinion de que se ocupara la Italia, porque además de ser ella el premio principal de aquella guerra, á los que la dominaran se arrimarian al punto la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega, la España y toda

la Galia, no siendo, por otra parte, razon desatender el que debia ser objeto principal de Pompeyo; á saber, la patria, que le tendia las manos por verse escarnecida, y en la servidumbre de los esclavos y aduladores de los tiranos. Mas Pompeyo creia que ni para su gloria conducia el huir segunda vez de César y ser perseguido pudiendo perseguir, ni era justo abandonar á Escipion ni á los demas consulares esparcidos por la Grecia y la Tesalia, que al punto habian de venir á poder de César con grandes caudales y muchas tropas; y que el mejor modo de cuidar de Roma era el que la guerra se hiciese léjos de allí, para que libre y exenta de males esperara al vencedor.

Tomada esta resolucion, marchó en seguimiento de César, con ánimo de rehusar batalla, contentándose con cercarle y quebrantarle por medio de la falta de víveres, yéndole siempre al alcance, lo que juzgaba tambien conveniente por otro respeto; pues habia llegado á sus oidos la especie difundida entre la caballería, de que sería del caso, despues de deshecho César, acabar tambien con él mismo; y áun algunos dicen que por esta razon no se valió Pompeyo de Caton para ninguna cosa de importancia, sino que al partir contra César lo dejó en la costa del mar encargado del bagaje, no fuera que quitado César de en medio, quisiera al punto obligarle á que depusiera el mando. Viéndole andar de este modo en pos de los enemigos, se le culpaba públicamente de que no era á César á quien hacía la guerra, sino á la patria y al Senado, para mandar siempre, y no dejar de tener por sus criados y satélites á los que eran dignos de dominar toda la tierra; y Domicio Enobarbo con llamarle siempre Agamenon y Rey de reyes, concitaba más la envidia contra él. Erale no ménos molesto que cuantos usaban de indiscretas é importunas libertades aquel Fabonio, con sus pesadas burlas, diciendo: «Camaradas, en todo este año no probareis los higos de Tusculano.» Lucio Afranio, el que perdió las tropas de Es-

paña, por lo que habia contra él la sospecha de traicion, viendo entónces á Pompeyo esquivar la batalla, prorumpió en la expresion de que se admiraba cómo sus acusadores andaban tan tardos en acometer al que apellidaban mercader de provincias. Con estas y otras semejantes expresiones violentaron á un hombre que no sabia sobreponerse á la opinion del vulgo, ni á la censura de sus amigos, á adoptar sus esperanzas y sus planes, apartándose de la prudente determinacion que habia seguido: cosa que no hubiera debido suceder, ni á un capitan de barco, cuanto más á un general de tantas tropas y tantas naciones. Pompeyo, pues, que alababa entre los médicos á los que nunca condescendian con los antojos de los dolientes, en esta ocasion cedió á la parte enferma del ejército, temiendo hacerse desabrido por la salud de la patria. Porque, ¿cómo tendria nadie por sanos á unos hombres que en las marchas y en los campamentos soñaban con los consulados y las preturas; ni á Espinter, Domicio y Escipion, entre quienes habia riñas por la dignidad de Pontífice Máximo de César? como si tuvieran acampado al frente al armenio Tigranes ó al rey de los Nabateos, y no á aquel mismo César y aquellos soldados que habian tomado por fuerza mil ciudades, habian sujetado más de trescientas naciones, y habiendo sido siempre invictos en tantas batallas con los Germanos y los Galos, que no tenian número, habian tomado más de un millon de cautivos y dado muerte en batalla campal á un millon de hombres.

Sin embargo de ver determinado á Pompeyo, desasosegados é inquietos, le obligaron luégo que llegaron á la llanura de Farsalia á tener un consejo, en el cual Labieno, general de la caballería, levantándose el primero, juró que no se retiraria de la batalla sin haber puesto en huida á los enemigos, y lo mismo juraron todos. En aquella noche le pareció á Pompeyo entre sueños que al entrar él en el teatro aplaudió el pueblo, y él despues adornó con muchos

despojos el templo de Vénus Nicéfora (1). Esta vision en parte le alentaba, y en parte le causaba inquietud, no fuera que por ocasion de él resultara gloria y esplendor al linaje de César que subia hasta Vénus. Suscitáronse además en el campamento ciertos terrores pánicos que le hicieron levantar. A la vigilia de la mañana resplandeció sobre el campamento de César, donde todo estaba en quietud, una gran llama, en la que se encendió una antorcha, que fué á parar al campamento de Pompeyo; y se dice que César vió este portento á tiempo que recorria los guardias. Por la mañana muy temprano, antes de disiparse las tinieblas, disponia nacer marchar de allí su ejército; y cuando ya los soldados recogian las tiendas, y enviaban delante los bagajes y los asistentes, vinieron las escuchas anunciando observarse en el campamento del enemigo que se andaba con armas de una parte á otra, y aquel movimiento y ruido que causan hombres que salen á dar batalla; y despues de éstos llegaron otros, diciendo que los primeros soldados estaban ya formados.

César al oir esto, diciendo haber llegado el deseado dia en que iban á pelear con hombres y no con el hambre y la miseria, mandó que al punto se colocara delante de su pabellon la túnica de púrpura, porque ésta es entre los Romanos la señal de batalla. Los soldados al verla, dejando las tiendas, con algazara y regocijo corrieron á las armas, y los tribunos, formándolos como en un coro en el órden que convenia, pusieron á cada uno en su propio lugar, sin arrebato ni confusion.

Tomó Pompeyo para sí el ala derecha, habiendo de tener al frente á Antonio; en el centro colocó á su suegro Escipion, contrapuesto á Lucio Albino; y Lucio Domicio mandó el ala izquierda, reforzada con el grueso de la caballería, que casi toda habia cargado á aquella parte para

(1) Nicéfora vale tanto como conductora de la victoria.

envolver á César y destrozar la legion décima que tenía la fama de ser la más valiente, y en la que acostumbraba á colocarse César en las batallas. Cuando éste vió sostenida por tanta caballería la izquierda de los enemigos, temió la fortaleza de su armadura, y sacó de su retaguardia seis cohortes, colocándolas á espaldas de la legion décima, con órden de que no se movieran, y procuraran ocultarse á los enemigos; mas cuando acometiese la caballería salieran con precipitacion por entre la primera línea, y no tiraran las lanzas, como suelen hacerlo los más esforzados para venir cuanto ántes á las espadas, sino que dirigieran los golpes hácia arriba, para herir en la cara y en los ojos á los enemigos: porque aquellos lindos y graciosos bailarines no sólo no aguardarian, sino que ni áun sufririan por causa de su belleza ver el hierro delante de los ojos. Estas eran las disposiciones que daba César.

Pompeyo, descubriendo desde su caballo el órden y formacion de los enemigos, cuando vió que éstos esperaban tranquilos el momento y oportunidad sin moverse de sus filas, siendo así que su ejército no se mantenia con la misma quietud, sino que lleno de ardor empezaba por su impericia á desordenarse, temiendo que enteramente se le desbandase en el principio de la batalla, dió órden á los de primera línea, de que permaneciendo firmes ó inmobles recibieran en aquella manera á los enemigos. César reprende esta órden y esta operacion militar: porque con ella se debilita la fuerza que adquieren los golpes en la carrera, y aquel encuentro de los enemigos unos con otros, que es el que da impulso y entusiasmo, y aumenta la cólera con la gritería y el mayor ímpetu; quitado lo cual los hombres pierden el ardor y se enfrian. Las fuerzas de César consistian en unos veintidos mil hombres, y las de Pompeyo eran poco más del doble de este número.

Dada la señal de una y otra parte, cuando las trompetas comenzaron á excitar al encuentro, de los de la muche-

dumbre cada uno pensó sólo en sí mismo; pero unos cuantos Romanos, lo mejor entre ellos, y algunos Griegos que se hallaron presentes fuera de la batalla, al ver que se acercaba el momento terrible, se pusieron á meditar sobre el trance á que la codicia y ambicion habian traido á la república. Armas de un mismo orígen, ejércitos entre sí hermanos, las mismas insignias, y el valor y poder de una misma ciudad, iban á chocar consigo mismos, demostrando cuán ciega y loca es la condicion humana en sus pasiones: porque si querian mandar y gozar tranquilamente de lo adquirido, la mayor y más apreciable parte del mar y de la tierra les estaba sujeta; y si todavía tenian ánsia y sed de trofeos y triunfos, podian saciarla en las guerras Párticas y Germánicas. Quedaba además ancho campo á sus hazañas en la Escitia y en la India, pudiéndoles servir de pretexto el dar civilizacion á naciones bárbaras. Porque ¿qué caballería de los Escitas, qué saetas de los Partos, ó qué riquezas de los Indios serian bastantes á contener á setenta mil Romanos que acometieran armados estas regiones al mando de Pompeyo y de César, cuyos nombres habian llegado á sus oidos ántes que supieran que habia Romanos? ¡tantas, tan varias y feroces eran las naciones hasta donde habian penetrado victoriosos! Y entónces se habian buscado para hacerse uno á otro la guerra, sin que sirviera para contenerlos ni el celo de su propia gloria, por la que se habian olvidado hasta de la compasion que debian tener á la patria, habiéndose apellidado invictos hasta aquel dia. Porque el deudo ántes contraido, las gracias de Julia, y aquel enlace, luégo se vió que no habian sido más que unas prendas falaces y sospechosas de una sociedad formada en provecho comun; sin que hubiera entrado en ella, ni por la más mínima parte, la verdadera amistad.

Luégo que la llanura de Farsalia se llenó de hombres, de caballos y de armas, y que de una y otra parte se die-

ron las señales de la batalla, el primero que salió corriendo de las líneas de César fué Cayo Crastino, que mandaba una compañía de ciento veinte hombres, cumpliendo de este modo á César la promesa que le habia hecho; porque habiéndolo éste visto al salir del campamento, saludándole por su nombre, le preguntó qué pensaba de la batalla; y él, alargándole la mano, exclamó: «Vencerás gloriosamente, César, y hoy habrás de alabarme ó vivo ó muerto.» Teniendo fijas en la memoria estas palabras, se adelantó llevando á muchos consigo, y se arrojó en medio de los enemigos. Peleóse desde luégo con las espadas, y como con muerte de muchos intentase penetrar las filas de los enemigos, uno de éstos le metió la espada por la boca, con tal fuerza que le salió por la nuca. Muerto Crastino, ya despues se peleaba con igualdad; sino que Pompeyo no movió con la conveniente celeridad su derecha, deteniéndose á mirar á una y otra parte esperando la acometida de la caballería. Ya ésta marchaba en cuerpo para envolver á César, y habia conseguido impeler sobre su batalla los pocos caballos que ante ella tenía formados; pero habiendo dado César la señal, su caballería se retiró, y acudiendo al punto las cohortes destinadas á oponerse á aquella operacion, que venian á constar de unos tres mil hombres, se dirigieron con ímpetu contra los enemigos, y contrarestando á la caballería, usaron de las lanzas hácia arriba, como se les habia prevenido, para herir en la cara. A aquellos soldados bisoños, sin experiencia de ningun género de combate, y desprevenidos para el que sufrian, no teniendo de él ninguna idea, les faltó valor y sufrimiento para aguantar unos golpes dirigidos á los ojos y al rostro; por lo que, volviendo grupa, y cubriéndose los ojos con las manos, huyeron ignominiosamente. Luégo que éstos se quitaron de delante, los Cesarianos ya no pensaron más en ellos, sino que marcharon contra la infantería por aquella parte por donde habiendo quedado más débil con la falta de los

caballos daba mayor facilidad para ser cercada y envuelta. Acometiendo, pues, por el flanco, y la legion décima por el frente, ni sostuvieron éstos, ni guardaron órden, viendo que cuando esperaban haber envuelto á los enemigos eran ellos los que experimentaban esta suerte.

Rechazados éstos, cuando Pompeyo vió la polvareda, y conjeturó lo sucedido á la caballería, es imposible decir cómo se quedó, ni cuál fué su pensamiento; ántes semejante á un hombre fuera de sí y enteramente alelado, sin acordarse de que era Pompeyo Magno, y sin hablar una palabra, paso entre paso se encaminó al campamento, en términos de venirle muy acomodados estos versos:

En Ayax Jove desde su alto asiento
Tal terror infundió, que helado, absorto,
Echó á la espalda el reforzado escudo,
Y atras volvió mirando á todas partes.

Entrando de la misma manera en su tienda, se sentó taciturno, hasta que llegaron muchos persiguiendo á los que huian, porque entónces prorumpiendo en sola esta expresion: «¿Conque hasta mi campamento?» y sin decir ninguna otra cosa, tomó las ropas que á su presente fortuna convenian, y salió de él. Huyeron asimismo las demas legiones, y fué grande en el campamento la mortandad de los que custodiaban los equipajes y de los asistentes: de los soldados, dice Asinio Polion, que se halló con César en la batalla, que sólo murieron unos seis mil. Tomaron el campamento, y entónces vieron la locura y vanidad de los enemigos: porque las tiendas estaban coronadas de arrayan, entapizadas de flores, y con mesas llenas de vasos preciosos: veíanse tazas rebosando de vino, y todo el adorno y aparato eran más bien de hombres que hacian sacrificios y celebraban fiestas que de soldados armados para la batalla. Pervertidos hasta este punto en sus es-

peranzas, y llenos de una vana confianza, salieron al combate.

Pompeyo, á los pocos pasos que hubo andado desde el campamento dejó el caballo, siendo en muy corto número las personas que le seguian: y como nadie le persiguiese, caminaba despacio, pensando en lo que era natural pensase un hombre acostumbrado por treinta y cuatro años contínuos á vencer y mandar á todos, y que entónces por la primera vez probaba lo que era ser vencido y huir. Contemplaba que en una hora habia perdido aquella gloria y aquel poder que habia ido creciendo con peligros, combates y contínuas guerras; y que el mismo que poco ántes era guardado con tantas armas, caballos y tropas, caminaba ahora tan abatido y desamparado, que podia ocultarse á los enemigos que le buscaban. Pasó por delante de Larisa, y habiendo llegado al valle de Tempe, se echó en tierra de bruces aquejado de la sed, y bebió en el rio, levantóse y continuó marchando por el valle hasta que llegó al mar. Pasó allí lo que restaba de la noche, reposando en la barraca de unos pescadores; y al amanecer, embarcándose en una lanchita de rio, admitió en ella á los hombres libres que le seguian, mandando á los esclavos que se fueran á presentar á César y no temieran. Iba costeando, y vió una nave de comercio que estaba para dar la vela, de la que era capitan un ciudadano romano, de ningun trato con Pompeyo, pero al que conocia de vista: llamábase Petiquio. Éste en la noche anterior habia visto entre sueños á Pompeyo, no como otras muchas veces, sino como abatido y apesadumbrado. Habíalo así referido á sus pasajeros, segun la costumbre de entretenerse con semejantes conversaciones los que están de vagar. En esto uno de los marineros se presentó diciendo haber visto que venía de tierra un barquichuelo de rio, y que unos hombres que en él se hallaban les hacian señas, sacudiendo las ropas, y les tendian las manos. Levantóse Petiquio, y ha-

biendo conocido al punto á Pompeyo, como le habia visto entre sueños, dándose una palmada en la cabeza, mandó á los marineros que echaran el bote, y alargando la diestra, llamaba á Pompeyo, conjeturando ya por la disposicion en que le veia la terrible mudanza de su suerte. Así, sin aguardar súplicas ni otra palabra alguna, recogiéndole, y á los que con él venian, que eran los dos Lentulos y Fabonio, se hizo al mar; y habiendo visto al cabo de poco al rey Deyotaro, que por tierra venía hácia ellos, tambien le recibieron. Llegó la hora de la cena, la que dispuso el maestre de la nave con lo que á mano tenía; y viendo Fabonio que Pompeyo por falta de sirvientes habia empezado á lavarse á sí mismo, corrió á él, y le ayudó á lavarse y ungirse; y de allí en adelante continuó ungiéndole y sirviéndole en todo lo que los esclavos á sus amos, hasta lavarle los piés y aparejarle la comida; tanto, que alguno, al ver la naturalidad, la sencillez y pronta voluntad con que se hacian aquellos oficios, no pudo ménos de exclamar:

¡Cómo todo está bien al hombre grande! (1).

Navegando de esta manera á Anfipolis, pasó desde allí á Mitilene, con el objeto de recoger á Cornelia y á su hijo. Luégo que tocó en la orilla de la isla, mandó á la ciudad un mensajero, no cual Cornelia esperaba, segun las noticias que lisonjeramente le habian anticipado y se le habian escrito, dándole á entender que terminada la guerra en Dirraquio, no le quedaba á Pompeyo otra cosa que hacer que seguir el alcance á César. Entretenida con estas esperanzas, la sorprendió el mensajero, que ni siquiera tuvo fuerzas para saludarla, sino que dándola á entender con sus lágrimas más que con palabras lo grande y excesivo de aquella calamidad, le dijo que se apresurase si queria

(1) Verso de Eurípides.

ver á Pompeyo con una sola nave, y esa ajena. Al oirlo cayó en tierra, y permaneció largo rato fuera de sí sin sentido; costó mucho que volviese, y cuando estuvo en su acuerdo, echa cargo de que el tiempo no era de lamentos y de lágrimas, corrió por la ciudad al mar. Salióla á recibir Pompeyo; y habiendo tenido que recogerla en sus brazos acongojada y á punto de desmayarse: «veo, exclamó, oh Pompeyo, en tí, no la obra de tu fortuna, sino de la mia, al mirar arrojado en un miserable barco al que ántes de casarse con Cornelia habia surcado este mismo mar con quinientas naves. ¿Por qué has venido á verme, y no has abandonado á su infeliz suerte á la que te ha traido semejante desventura? ¡Cuán dichosa hubiera sido yo, habiendo muerto ántes de recibir la noticia de haber perecido á manos de los Partos Publio mi primer marido! ¡y cuán cuerda y avisada si por seguirle me hubiera, como lo intenté, quitado la vida! Quedé con ella para venir ahora á ser la ruina de Pompeyo Magno.»

Dícese que estas fueron las voces en que prorumpió Cornelia, y que Pompeyo le respondió de esta manera: «Tú, oh Cornelia, no has conocido más que la buena fortuna, la que quizá te ha engañado por haber permanecido conmigo más tiempo que el que tiene de costumbre; pero es menester llevar esta suerte, pues que á todo está sujeta la condicion humana, y probar otra vez fortuna; no debiendo desesperar de recobrar lo pasado el que de aquella altura ha descendido á esta bajeza.» Sacó Cornelia de la ciudad los intereses y la familia, y habiendo salido los Mitilenos á saludar á Pompeyo, rogándole que entrase en la poblacion, no se prestó á ello, sino que les previno que obedeciesen al vencedor, confiando en él, porque César era benigno y de buena condicion. Volviéndose despues al filósofo Cratipo, que habia bajado á verle, le dirigió algunas expresiones, con que reprendia la Providencia; á las que cedió Cratipo, procurando llamarle á mejores espe-

ranzas, por no hacerse molesto ó impertinente si entónces le contradecia. Porque se hubiera seguido preguntarle Pompeyo sobre la Providencia, y tener él que contestarle que las cosas habian llegado á punto de ser absolutamente necesario que uno solo mandase en el Estado á causa del mal gobierno, repreguntándole luego: ¿cómo ó con qué pruebas se nos haria ver que tú, oh Pompeyo, usarias mejor de la fortuna si hubieras sido el vencedor? Pero conviene dar de mano á estas cosas, y á todo lo que toca á los Dioses.

Tomando, pues, consigo la mujer y los amigos, seguia su viaje, arribando á los puntos que era necesario para proveerse de aguada y víveres, siendo Atalia de la Panfilia la primera ciudad en que entró. Llegáronle allí algunas galeras de la Cilicia, y empezó á levantar tropas, teniendo ya cerca de sí otra vez unos sesenta del órden senatorio. Habiéndose anunciado que la escuadra se mantenia, y que Caton, habiendo reunido muchos de los soldados, pasaba al Africa, empezó á lamentarse con sus amigos, reprendiéndose de haberse dejado violentar para combatir con las tropas de tierra, no empleando para nada el recurso mayor que sin disputa tenía, y de no haberse aproximado á la armada, para tener prontas, si por tierra sufria algun descalabro, unas fuerzas navales de tanta consideracion: pues ni Pompeyo pudo cometer mayor yerro, ni César valerse de medio más acertado que el de haber trabado la batalla á tanta distancia de los socorros marítimos. Mas, en fin, precisado á dar pasos y sacar algun partido del estado presente, á unas ciudades envió embajadores, y pasando él mismo á otras recogia fondos y tripulaba las naves; pero temiendo la celeridad y presteza del enemigo no fuera que le sobrecogiese ántes de allegar los preparativos, andaba examinando dónde podria hallar por lo pronto asilo y refugio. Puestos á deliberar, no veian provincia que les ofreciese seguridad; y por lo que hace á reinos, el

mismo Pompeyo indicó el de los Partos, como el más propio para recibirlos y protegerlos miéntras eran débiles, y para rehacerlos despues y habilitarlos con nuevas fuerzas. De los demas, algunos volvian la consideracion hácia Africa y el rey Juba; pero á Teofanes de Lesbos le parecia una locura, no distando el Egipto más que tres dias de navegacion no hacer cuenta de él, ni de Tolomeo, que aunque todavía mocito, debia haber heredado la amistad y gratitud paterna, é ir á entregarse en manos de los Partos, gente del todo desleal é infiel; y que el mismo que no queria tener el segundo lugar, respecto de un ciudadano romano su deudo, siendo el primero respecto de todos los demas, ni exponerse á probar la moderacion de aquél, hiciera dueño de su persona á un Arsacida que no pudo serlo de la de Craso miéntras tuvo vida, y llevar una mujer jóven de la casa de los Escipiones á un país bárbaro, entre gentes que hacen consistir el poder en el insulto y la disolucion. Pues aunque nada sufriese, podia parecer que lo habia sufrido, por haber estado entre gente por lo comun desmandada, lo que es terrible. Dícese que esto sólo fué lo que retrajo á Pompeyo de seguir la marcha hácia el Eufrates; si es que esta fué resolucion de Pompeyo, y no fué su mal hado el que le inclinó á este otro camino.

Luego que prevaleció el parecer de ir á Egipto, dando la vela de Chipre en una nave seleucida con su mujer, y siguiéndole los demas, unos con embarcaciones menores y otros en trasportes, hizo la travesía sin accidente alguno; pero habiendo sabido que Tolomeo se hallaba en Pelusio, haciendo la guerra á su hermana, hubo de detenerse, enviando persona que anunciara al Rey su llegada, y le pidiera benigna acogida. Tolomeo era muy jovencito: y Potino, que era el árbitro de los negocios, juntó en consejo á los de mayor autoridad, que la tenían los que él queria, y les mandó dijera cada uno su dictámen. ¡Era cosa bien triste que sobre la suerte de Pompeyo Magno hubie-

ran de decidir el eunuco Potino, Teodoto de Quio, llamado por su salario para ser maestro de retórica, y el egipcio Aquila! Porque estos consejeros eran los principales entre los demas camareros y ayos; y Pompeyo, que no tenía por digno de su persona ser deudor de su salud á César, estaba esperando al áncora léjos de tierra la resolucion de semejante Senado. Los pareceres fueron del todo opuestos, diciendo unos que se le desechase, y otros que se le llamara y recibiera; pero Teodoto, haciendo muestra de su habilidad y pericia en la materia, demostró que ni en lo uno ni en lo otro habia seguridad: porque de recibirle tendrian á César por enemigo, y á Pompeyo por señor; y de desecharle incurririan en el odio de Pompeyo por la expulsion, y en el de César por tener todavía que perseguirle; así que, lo mejor era mandarle venir, y matarle; pues de este modo servirian al uno, y no tenian que temer al otro, añadiendo con sonrisa, segun dicen, que hombre muerto no muerde.

Así se determinó, y Aquila tomó á su cargo la ejecucion; el cual, llevando consigo á un tal Septimio, que en otro tiempo fuera tribuno á las órdenes de Pompeyo, á otro que habia sido centurion, llamado Salvio, y tres ó cuatro criados, se dirigió á la nave de Pompeyo. Habian pasado y reunídose en ella los principales de su comitiva, para estar presentes á lo que ocurriese; y cuando vieron que el recibimiento no era ni régio ni brillante, como Teofanes se lo habia hecho esperar, viniendo sólo unos cuantos hombres en un barquichuelo de pescador, ya les pareció sospechosa la poca importancia que se les daba, y aconsejaron á Pompeyo sacara la nave á alta mar hasta ponerse fuera de alcance; pero en esto, atracando ya el barquichuelo, se levantó el primero Septimio, y saludó en lengua romana á Pompeyo con el título de Emperador; y Aquila, saludándole en griego, le instaba para que pasase á su barco, porque habia mucho cieno, y por allí no tenía

para su galera bastante profundidad el mar, y además abundaba de bancos de arena. Veíase al mismo tiempo que se aprestaban algunas de las naves del Rey, y que se coronaba de tropas la orilla; de manera que no les era dado huir, aunque mudaran de propósito; y por otra parte si tenian dañadas intenciones, con la desconfianza defenderian su injusticia. Saludando, pues, á Cornelia, que muy de antemano lloraba su muerte, dió órden de que se embarcaran primero á dos centuriones, á su liberto Filipo, y á un esclavo llamado Escena, y al darle la mano Aquila, volviéndose á su mujer y á su hijo, recitó aquellos yambos de Sófoces:

Quien al palacio del tirano fuere,
Esclavo es suyo, áun cuando libre parta.

Habiendo sido estas las últimas palabras que pronunció, descendió al barco, y como mediase bastante distancia desde la galera á tierra, y ninguno de los que iban con él le hubiera dirigido siquiera una expresion de agasajo, poniendo la vista en Septimio, «paréceme, le dijo, haberte conocido en otro tiempo, siendo mi compañero de armas;» á lo que le contestó bajando sólo la cabeza, sin pronunciar palabra ni poner siquiera buen semblante; por tanto, como se guardare por todos un gran silencio, sacó Pompeyo un libro de memoria, y se puso á leer un discurso que habia escrito en griego para hacer uso de él con Tolomeo. Cuando arribaban á tierra, Cornelia, que llena de agitacion é inquietud habia subido con los amigos de Pompeyo á la cubierta de la nave para ver lo que pasaba, concibió alguna esperanza al observar que muchos de los cortesanos salian al desembarco como para honrarle y recibirle. En esto, al tomar Pompeyo la mano de Filipo para ponerse en pié con mayor facilidad, Septimio fué el primero que por la espalda le pasó con un puñal, y en seguida desenvaina-

ron tambien sus espadas Salvio y Aquila. Pompeyo, echándose la toga por el rostro con entrambas manos, nada hizo ni dijo indigno de su persona, sino que solamente dió un suspiro, aguantando con entereza los golpes de sus asesinos. Y habiendo vivido cincuenta y nueve años, al otro dia de su nacimiento terminó su carrera.

Los de las naves, habiendo visto su muerte, movieron un llanto que llegó á oirse desde la tierra, y levantando áncoras huyeron con precipitacion. Ayudábales un recio viento cuando ya estaban en alta mar; por lo que, aunque los Egipcios quisieron perseguirlos, desistieron de su propósito. Al cadáver de Pompeyo le cortaron la cabeza, arrojando el cuerpo desnudo á tierra desde el barquichuelo, y dejándolo que fuera espectáculo de los que quisiesen verlo. Estúvose á su lado Filipo, hasta que se cansaron de mirarlo; despues, lavándolo en el mar, y envolviéndolo en una miserable ropa suya, por no tener otra cosa, se puso á registrar por la orilla, y descubrió los despojos de una lancha gastados ya por el tiempo, pero bastantes todavía para la mezquina hoguera de un cadáver, y áun éste no entero. Miéntras los recogia y amontonaba, hallándose allí cerca un Romano ya de edad, y que habia hecho sus primeras campañas con Pompeyo cuando todavía era jóven: «¿quién eres, le dijo, tú que tienes el cuidado de dar sepultura á Pompeyo Magno?» respondióle que un liberto suyo: «pues no has de ser tú solo, continuó, el que le preste tan debido oficio: admíteme á mí á la parte de este tan piadoso encuentro, para no tener tanto de qué culpar á mi suerte en esta ausencia de la patria, gozando entre tantas aflicciones el consuelo de tocar y envolver con mis manos al mayor capitan que ha tenido Roma.» Estos fueron los funerales de Pompeyo. Al dia siguiente Lucio Lentulo, que sin saber nada de lo sucedido navegaba de Chipre, y aportó á tierra, luégo que vió la hoguera de un cadáver, y que al lado de ella estaba Filipo, al que áun no habia cono-

cido: «¿quién es, dijo, el que cumplido su hado reposa en esta tierra? ¡Quizá tú, continuó, oh Pompeyo Magno!» y habiendo desembarcado de allí á poco, le prendieron y dieron muerte. Así acabó Pompeyo. De allí á breve tiempo llegó César al Egipto, que se habia manchado con tales crímenes; y al que le presentó la cabeza de aquél, le tuvo por abominable, volviendo el rostro por no verle; presentáronle tambien el sello, y al tomarle lloró. Estaba en él grabado un leon con la espada en la mano. A Aquila y Potino les hizo dar muerte; y habiendo sido el Rey vencido en una batalla junto al rio, no se volvió á saber de él. A Teodoto el Sofista no le alcanzó la venganza de César, porque huyó del Egipto, andando errante y aborrecido de todos; pero Marco Bruto, en el tiempo en que mandó despues de haber dado muerte á César, le encontró en el Asia, y habiéndole hecho sufrir toda clase de tormentos, le quitó la vida.

Las cenizas de Pompeyo fueron entregadas á Cornelia, que llevándolas á Roma las depositó en el campo Albano.

COMPARACION DE AGESILAO Y POMPEYO.

Expuestas las vidas, recorramos con el discurso rápidamente los caracteres que distinguen al uno del otro, entrando en la comparacion; y son de esta manera. En primer lugar, Pompeyo subió al poder y á la gloria por el medio más justo, promoviéndose á sí mismo, y auxiliando eficaz y poderosamente á Sila para libertar la Italia de tiranos; y Agesilao en el modo de entrar á reinar no parece que carece de reprension, ni para con los dioses, ni para con los hombres: haciendo declarar bastardo á Leutuquidas, cuando su hermano lo habia reconocido por legítimo, é interpretando de un modo ridículo el oráculo sobre la cojera. En segundo lugar, Pompeyo perseveró honrando á Sila miéntras vivió, y despues de muerto cuidó de su entierro, oponiéndose á Lépido; y con Fausto, hijo de aquél, casó su propia hija; y Agesilao alejó de sí y mortificó el amor propio de Lisandro bajo ligeros pretextos, siendo así que Sila no recibió ménos favores de Pompeyo que los que dispensó á éste, cuando Lisandro hizo á Agesilao rey de Esparta y general de toda la Grecia. En tercer lugar, las faltas de Pompeyo en política y en justicia nacieron de su deferencia al parentesco, pues en las más tuvo por socios á César y Escipion sus suegros; y Agesilao á Esfodrias, que era reo de muerte por la injusticia hecha á los Atenienses, le arrancó del suplicio sólo en obsequio del amor de su hijo; y á Febidas, que quebrantó los tratados hechos con los Tebanos, le dió abiertamente favor y auxilio por este mismo agravio. Finalmente, en cuantas cosas es acu-

sado Pompeyo de haber causado perjuicios á la república romana por mala vergüenza ó por ignorancia, en otras tantas Agesilao por encono y rivalidad irrogó daños á los Lacedemonios, encendiendo la guerra de la Beocia. Y si ha de entrar en cuenta con estos yerros, la fortuna que vino por ocasion de Pompeyo, fué inesperada para los Romanos; cuando Agesilao á los Lacedemonios, que lo habian oido, y estaban por tanto enterados, no les dejó precaverse del reino cojo: pues aunque mil veces hubiera sido convencido Leutuquidas de extraño y bastardo, no hubiera faltado á la línea Eurutionide rey legítimo y firme de piés, si Lisandro no hubiera echado un tenebroso velo sobre el oráculo por favorecer á Agesilao. Ahora por lo que hace al recurso que excogitó Agesilao en la dificultad que causaban los que habian huido en la batalla de Leuctras, que fué el de mandar que por aquel dia durmiesen las leyes, jamás se inventó otro igual, ni tenemos ninguno de Pompeyo á que compararle. Por el contrario, éste ni siquiera daba valor á las leyes que él mismo habia dictado, cuando se trataba de hacer ver á los amigos la grandeza de su poder; pero aquél, puesto en el estrecho de desatar las leyes por salvar á los ciudadanos, encontró medio para que aquellas no perjudicasen, y para no desatarlas porque perjudicaban. Tambien pongo en cuenta de la virtud política de Agesilao otro rasgo inimitable, cual fué haber levantado mano de sus hazañas en el Asia apénas recibió la órden de los Eforos; pues no sirvió á la república al modo de Pompeyo en aquello sólo que á él le hacía grande, sino que mirando únicamente al bien de la patria, abandonó un poder y una gloria á los que ni ántes ni despues llegó ninguno otro, á excepcion de Alejandro.

Tomando ya en consideracion otra especie de autoridad, que es la militar y guerrera, en el número de los trofeos, en la grandeza de los ejércitos que mandó Pompeyo, y en la muchedumbre de batallas dadas de poder á poder, de

las que salió vencedor, me parece que ni el mismo Jenofonte habia de comparar con las victorias de aquél las de Agesilao, con ser así que por sus demas cualidades sobresalientes se le concede como un premio particular el que pueda escribir y decir cuanto quiera en loor de este grande hombre. Entiendo además que fueron tambien muy diferentes en el benigno modo de haberse con los enemigos: pues éste, por querer esclavizar á Tebas y asolar á Mesena, la una de igual condicion que su patria, y la otra metrópoli de su linaje, le faltó casi nada para perder á Esparta; por de contado le hizo perder el imperio; y aquél á los piratas que se mostraron arrepentidos les concedió ciudades, y á Tigranes, rey de los Armenios, al que tuvo en su poder para conducirle en triunfo, lo hizo aliado de la república: diciendo que la gloria verdadera valia más que la de un dia. Mas si el prez de la virtud de consumado general se ha de conceder á las mayores hazañas, y á las más irrepensibles disposiciones de guerra, el Lacedemonio deja tras de sí al Romano; porque en primer lugar no abandonó ni desamparó la ciudad al invadirla los enemigos con un ejército de setenta mil hombres cuando él tenía pocas tropas, y éstas vencidas recientemente; y Pompeyo, sin más que por haber tomado César con sólo cinco mil y trescientos hombres una ciudad de Italia, abandonó á Roma de miedo, ó cediendo él cobardemente á tan pocos, ó pensando sin fundamento que fuesen en mayor número. Solícito además en recoger sus hijos y su mujer, huyó, dejando en orfandad á las de los demas ciudadanos: siendo así que debia, ó vencer peleando por la república, ó admitir las condiciones que propusiera el vencedor, que era un ciudadano y su deudo; y no que ahora, al que tenía por cosa dura prorogarle el tiempo del mando, le dió con esto mismo motivo para decir á Metelo al tiempo de apoderarse de Roma que temia por sus cautivos á él y á todos sus habitantes. Tiénese por la más sobresaliente prenda de un buen gene-